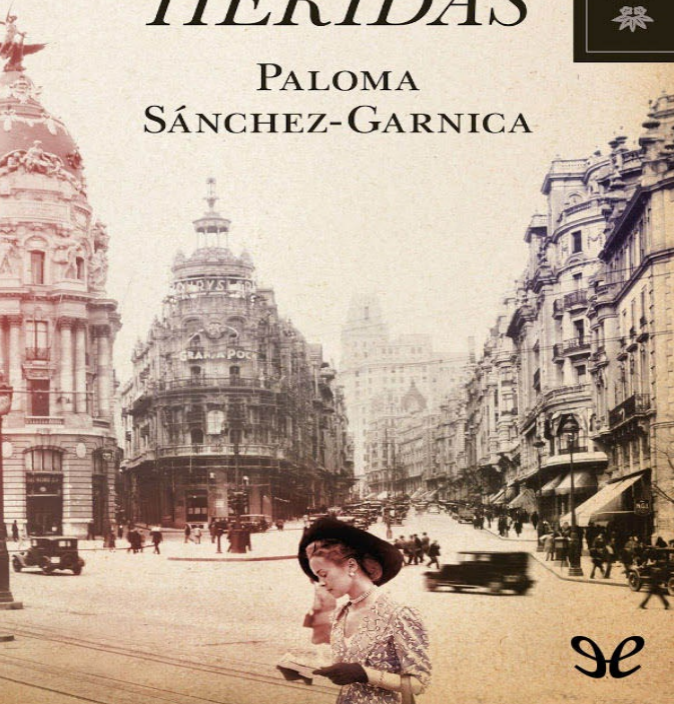


LAS TRES HERIDAS

PALOMA
SÁNCHEZ-GARNICA

AE
& I



LELIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Ernesto, un escritor siempre a la búsqueda de su gran obra, encuentra una antigua caja de latón que contiene la fotografía de una joven pareja, Mercedes y Andrés, junto con unas cartas de amor. Comenzará a indagar en la historia de la pareja a través de los datos que obtiene de las cartas. La intrigante imagen, tomada el día que empezaba la guerra civil, y el posible destino de sus dos protagonistas le ayudarán a escribir su gran novela mientras se convierte en testigo de las heridas del amor, de la muerte y de la vida.

Las tres heridas es una novela de reconciliación, de sentimientos, de amores y de ausencias que nos descubre las únicas razones por las que es importante vivir y morir.

L  **LIBROS**

Paloma Sánchez-Garnica

Las tres heridas

A Manolo, por todo y por tanto

Llegó con tres heridas:
la del amor,
la de la muerte,
la de la vida.

Con tres heridas viene:
la de la vida,
la del amor,
la de la muerte.

Con tres heridas yo:
la de la vida,
la de la muerte,
la del amor.

MIGUEL HERNÁNDEZ

Si te perdiera...
Si te encontrara
bajo la tierra.

Bajo la tierra
del cuerpo mío,
siempre sedienta.

MIGUEL HERNÁNDEZ

POR QUÉ LAS TRES HERIDAS

El título de *Las tres heridas* es un guiño al poema de Miguel Hernández, ya que considero admirable decir tanto y con tanta sensibilidad utilizando tan pocas palabras.

Son tres estrofas cortas, que alternan el orden de tres palabras, las tres heridas: el amor, la vida y la muerte, con la única guía de una frase que introduce el orden de cada estrofa: « Llegó... », « ... viene » y « ... yo », el poeta nos cuenta el desgarró que siente, lo que aquella guerra cainita ha provocado en su interior. Su penosa convicción, como la de tantos otros españoles, de que sin aquella guerra no habría sufrido el desgarró en su vida, separado de su amor, de su familia; si no hubiera estallado la guerra, no habría sentido el zarpazo terrible de la muerte de su primogénito, ni el hambre incomprensible de su otro hijo pequeño, ni la terrible injusticia de la prisión, de la enfermedad infame que le llevó a la muerte, abriendo con ella otra herida profunda a su viuda y al huérfano, como a tantas viudas y tantos huérfanos, privados del amor del marido, la esposa, el hijo, el padre o la madre, del amigo o del enamorado, obligados esos que consiguieron sobrevivir a continuar una vida distinta, condenados por la muerte injusta y malvada.

La guerra laceró con graves heridas la vida de muchos inocentes, a los que se les fracturó su presente y su futuro con todos sus proyectos, sueños y anhelos. Una guerra que quebró amores con la muerte o la ausencia o el destierro o el olvido. Esa maldita guerra que atrajo a la muerte venida a destiempo, cuando no era bien recibida, cuando quedaba todavía mucho aliento que dar y recibir, que rasgó con una herida mortal no sólo a los que sucumbieron, sino, y sobre todo, a los que se quedaron, penando para siempre esa muerte traicionera que les arrancó la vida y el amor.

CUANDO TODO ACABE

La oscuridad apenas le permitía ver la imagen de la foto, pero Andrés Abad Rodríguez la tenía grabada en su memoria: de pie, junto a la fuente de los Peces, con un vestido hasta la rodilla (que él recordaba de pequeñas flores rojas sobre fondo claro aunque la imagen lo mostraba en colores grises y oscuros), el corte bajo el pecho, que dejaba suelta la cintura que ya delineaba la delicada curva del embarazo, y un pequeño cuello de encaje, Mercedes Manrique Sánchez miraba tímida a la cámara, una mano sobre la cadera y la cabeza ladeada con una leve sonrisa, feliz y tranquila, ajena a lo que estaba a punto de estallar. Gracias a aquel artefacto con fuelle, Andrés tenía en sus manos la imagen que lo había mantenido con vida a lo largo de los dos años y medio que duraba aquel infierno. Acariciaba la foto con mucho cuidado para no estropearla, y cerraba los ojos imaginándose junto a ella. Soportaba el hambre, la sed y el agotamiento, pero su ausencia le causaba un dolor a veces insuperable, incrementado por la angustia de no saber nada, ni de ella ni del hijo del que desconocía todo: si era un varón, como él quería, o una niña, como ansiaba ella.

Hacía tres meses que les habían desplazado desde Nuevo Baztán (donde se había pasado los últimos dos años construyendo una vía de tren inconclusa, cavando zanjas que no protegían, o levantando parapetos que de poco servían) hasta un antiguo preventorio abandonado, cercano al término de Las Rozas, no muy lejos de la carretera y próximo a la línea de los sublevados. La orden inicial había sido el traslado de todo el batallón a Navacerrada, sin embargo, al llegar a la carretera de La Coruña, les hacinaron en aquel lugar inhóspito que parecía estar en medio de la nada. Se pasaban el día sin hacer nada, lo que hacía más penoso el paso del tiempo porque, mucho peor que el trabajo agotador que, al fin y al cabo, les arrojaba a un sueño inconsciente al caer la noche, era la desidia y el aburrimiento de ver transcurrir las horas sin otra ocupación que pensar. Las dificultades del ejército republicano en los distintos frentes eran más evidentes cada día, y el desánimo empezaba a cundir entre muchos milicianos. No se había confirmado oficialmente (al menos a ellos, nadie lo había hecho), pero los rumores apuntaban a que Barcelona había caído sin apenas resistencia, que los nacionales avanzaban imparable por Cataluña, y que cientos de miles de republicanos de toda clase y condición huían hacia la frontera de Francia. Y mientras se resolvía una guerra que no era suya, Andrés llevaba más de dos años realizando trabajos forzados para la causa de la República —según les decían los que les custodiaban—, pasando hambre, frío o un calor insostenible. Siempre le rondó la idea de escapar de aquel infierno, pero nunca se atrevió porque era consciente de que su huida supondría la muerte inmediata de su hermano y de un muchacho con cara de infeliz de nombre Cándido Casas. Sin embargo, en los dos meses que llevaba allí encerrado, se había ubicado y sabía que se encontraba lo

suficientemente cerca de Móstoles como para arriesgarse. Si caminaba de noche y regresaba antes del amanecer, podría ver a Mercedes, aunque sólo fuera un instante, y conocer por fin a esa criatura tantas veces imaginada, llegada al mundo en las peores circunstancias. Lo había planeado todo a conciencia. Si salía después del último control del día, cuando todos durmieran, y caminaba toda la noche, podría estar de vuelta antes del primer recuento. Recreaba en su mente los caminos recorridos y bien conocidos. Había hecho el camino de Móstoles a Las Rozas decenas de veces a lomos de la Cordobesa; salía al amanecer y llegaba a mediodía, a pesar de que era lenta y torpe hasta la desesperación; por tanto, si iba a buen paso, podía tardar unas cinco horas y estaría de regreso antes del recuento; al día siguiente era domingo, y los domingos pasaban lista más tarde. La ausencia le dolía y la idea de verla era lo único que le calmaba. Se conformaba con abrazarla sólo un instante, un solo abrazo y estaría dispuesto a volver y soportar lo que fuera.

A pesar del riesgo, se creía con fuerzas suficientes para conseguirlo. Había comprobado que, en aquel lugar, la vigilancia era más laxa; los milicianos parecían más interesados por su propia suerte que por los presos que tenían a su cargo. Había ocultado a su hermano sus intenciones porque trataría de impedirselo. Clemente era tres años mayor que él, y desde el principio había asumido la labor de protegerle. Pedía paciencia cuando la angustia y el llanto desesperado se desbordaban de los ojos de Andrés ante la impotencia de no poder hacer nada, de esperar a diario la muerte, o de asumir ese extraño hado de continuar con vida un día más, una semana más, y así durante más de treinta meses.

—Cuando todo acabe, regresaremos a casa, y volverás a ver a Mercedes y conocerás a tu hijo, y yo podré reunirme con Fuencisla y les contaré cuentos a mis hijos, y les llevaré a ver los caballos de Román, y todo volverá a ser como antes...

—Cuando todo acabe... —murmuraba Andrés, repitiendo las palabras de su hermano, con la vista perdida en la desesperanza—, cuando todo acabe...

—Tenemos que resistir, Andrés, mantenernos vivos..., todo volverá a ser como antes...

Clemente callaba porque sus palabras se ahogaban en la garganta. Todos sabían que aquella guerra, larga y absurda, había transformado a los que consiguieran sobrevivir a ella.

Andrés Abad, tumbado en su incómodo catre sucio y maloliente, con la foto sobre su pecho, presionándola con la palma de su mano, esperaba paciente el momento adecuado para salir. Levantó la cabeza y miró a su alrededor. En apariencia, todos dormían; más de un centenar de hombres acostados; ronquidos, toses, carrasperas flemáticas o groseras ventosidades rompían el silencio nocturno. Sin embargo, su descanso no era plácido, tan sólo se abandonaban al

agotamiento acumulado, al dolor del hambre y al lento transcurrir de un tiempo que les sustraña la vida. Metió la foto de Mercedes entre su ropa y se incorporó lentamente intentando evitar el chirrido de los muelles oxidados bajo su escualido colchón. Sentado, volvió a observar aquel inmenso pabellón de paredes altas y descascarilladas, rezumantes de oscuras humedades, con enormes ventanales sin cristales, cubiertos, en el mejor de los casos, por cartones o mantas rotas por donde se colaba un aire gélido; decenas de catres de hierro se disponían en hileras, tan juntos unos de otros que apenas dejaban un estrecho pasillo para transitar. Se incorporó lentamente y se puso de pie, pero antes de que pudiera dar un paso, sintió que le agarraban del brazo.

—¿Adónde vas?

Clemente le sujetaba con fuerza, barruntando sus intenciones.

—A mear.

Apenas le veía la cara, pero sintió el gesto de reprobación de su hermano.

—Vuelvo en seguida... —murmuró, intentando desasirse, pero Clemente le agarró con más fuerza.

—Te lo advierto, Andrés, no hagas ninguna tontería de la que te puedas arrepentir...

La voz grave y firme de su hermano se le clavó en el pecho como un fino cuchillo. La fuerza de los dedos sobre el brazo se fue aflojando poco a poco hasta liberarlo. Los dos hombres mantuvieron la mirada en la penumbra espesa y cargada, en un silencio mortal, lúgubre, como una extraña despedida que alteró el corazón de Andrés.

Clemente se tendió y le dio la espalda. Sólo entonces, Andrés se alejó, buscando los espacios para meter las piernas por los huecos que quedaban entre las camas; estaban tan juntas que se arañó la piel con los hierros. Cuando alcanzó la ventana respiraba con dificultad y sudaba a pesar del frío reinante. Apoyó la espalda en la pared e intentó mantener la calma. Nadie parecía haberse percatado de su noctámbulo paseo. Algo más sereno, se asomó con cautela al exterior; miró a un lado y a otro; no había ni una sola nube en el cielo, y por fin se había disipado la espesa niebla tras días de cubrirlo todo de un halo blanquecino e impenetrable; la luz cenital de la luna aclaraba levemente el terreno que circundaba aquella cárcel improvisada. Nadie vigilaba esa zona del preventivo. Andrés saltó al exterior, pero al posar el pie algo punzante se le clavó en el talón y tuvo que morderse los labios para no emitir un grito. Tensó todo el cuerpo y, poco a poco, expelió con el aire de los pulmones el intenso dolor. Agazapado entre los matorrales y moviéndose con mucho sigilo, se palpó el pie. Tenía un corte del que ya empezaba a manar la sangre. Se arrancó un trozo de camisa y se la ató a modo de venda. Se calzó las alpargatas y emprendió el camino. A lo lejos se oía el rumor de voces de los que hacían la guardia. Cojeando, se deslizó cauteloso junto al muro, y al llegar al final se asomó para

otear el puesto de guardia. Todo permanecía tranquilo. Anduvo agachado hasta que tuvo la certeza de que no podría ser visto; ya incorporado, miró al cielo y se situó. Tenía que ir hacia el sur. Conocía de sobra los caminos, pero prefirió evitarlos y avanzar por el monte guiándose por las estrellas. De niño, su padre le había enseñado a orientarse por el campo; siempre le decía que, durante la noche, antes de mirar al suelo había que mirar al cielo. Empezó la marcha con paso ligero y constante; no quería agotarse demasiado, debía dosificar sus fuerzas para regresar. El frío era tan intenso que parecía azotar su maltrecho cuerpo. Cruzó los brazos sobre el pecho. El talón le dolía cada vez que lo plantaba porque la fina suela de esparto de las alpargatas apenas le protegían del terreno; intentaba no pensar en ello; sabía cómo controlar el dolor, era una de las cosas que había aprendido durante aquellos meses atroces en los que, a diario, había tenido que sobreponerse a esa penosa sensación.

A un kilómetro escaso, se topó con la carretera de La Coruña. Extremó el sigilo en cada uno de sus movimientos. Sabía que los nacionales habían tomado la vía y cortado el acceso a Madrid, por lo tanto, era previsible que hubiera una mayor vigilancia. Tenía que cruzarla para continuar su camino. Oteó a un lado y a otro hasta cerciorarse de que todo estaba en calma. Encogido como un animal asustado, se deslizó sigiloso con el corazón acelerado, temiendo a cada paso escuchar el chasquido de un gatillo, una voz dándole el alto o el silbido de una bala. Cuando llegó al otro lado se echó al suelo intentando recuperar la respiración retenida por el miedo. Comprobó que el silencio seguía siendo su único compañero. Observó el camino recorrido y le pareció mentira lo ancha que podía parecer una simple carretera. A partir de ese momento, se lanzó a su destino deseado, buscando siempre la senda más fácil sin perder de vista el horizonte, oyendo el crujir de las ramas bajo sus pies y su propia respiración, sintiendo en el rostro la calidez de su aliento blanquecino y procurando evadirse de los sonidos inquietantes que guarda la noche.

Tras varias horas de avance solitario, la silueta del castillo de Villaviciosa se presentó majestuosa en la opacidad de la noche; apenas le faltaba una hora escasa. Apresuró el paso, enervado por el ansia de alcanzar su destino y la idea de volver a ver a Mercedes. Empezaba a sufrir el agotamiento, las piernas le pesaban por el esfuerzo y el frío le había entumecido el cuerpo. Pero lo peor de todo era la sed, esa sensación de tener la lengua pegada al paladar y la garganta reseca como el esparto.

Vio el edificio de la estación de Móstoles que quedaba a su izquierda. El pueblo parecía desierto, envuelto por un silencio tétrico. Se introdujo por la calle del Soto, cruzó la del Cristo y se metió por el camino del Casino hasta llegar a la plaza de la Iglesia. Se acercó hasta la puerta de la casa aminorando el paso. Por su cabeza se mezclaban sentimientos contradictorios que disparaban su ansiedad: por un lado, anhelaba el abrazo de Mercedes, oler su pelo, tocar su piel; sin

embargo, sin saber por qué, le asaltó un repentino miedo de no encontrar a nadie, o de descubrir algo grave e irremediable.

La calle de la Iglesia era estrecha. Al llegar delante de la puerta intuyó que algo no encajaba. En vez de llamar, plantó su mano sobre la madera, empujó y, para su sorpresa, cedió abriéndose con un chirrido lastimero y punzante. Con el corazón encogido, dio un paso hacia el interior oscuro pero en seguida le detuvo el crujir de cristales rotos bajo su pie. Entre la vaga penumbra, comprobó que el zaguán estaba lleno de escombros. Intentó avanzar pero le fue imposible. Llamó a Mercedes con voz temblona, obteniendo por respuesta un penoso silencio. Alzó los ojos y el alma se le cayó a los pies; el techo había desaparecido y en su lugar se abría un boquete que dejaba ver las estrellas; las vigas de madera se distinguían quebradas en la sombra. Sintió pánico y, trastabillando, salió de la casa con la respiración acelerada. Confuso y asustado, miró a un lado y a otro, y pensó en su tío Manolo. Echó a correr sin cuidado de que alguien pudiera descubrirle. Se detuvo al llegar al camino de las Vacas con la aprensión de que también la casa de su tío hubiera sido pasto de las bombas. Respiró algo más tranquilo al comprobar su apariencia intacta. La puerta de la calle del Cristo estaba cerrada a cal y canto. Volvió sobre sus pasos al camino de las Vacas, y se encaramó al muro de mampuesto que cerraba el patio; de un salto, se encontró en el interior. La herida del pie le quemaba como si llevase un clavo ardiendo. Se mantuvo inmóvil un instante, atento a cualquier ruido, pero lo único que oía era el silencio de la noche en calma. Aspiró el aroma a heno; se estremeció al evocar los recuerdos de un pasado que se antojaba muy remoto. Le pareció que había transcurrido una eternidad desde la última vez que estuvo allí. Atravesó el patio hasta la puerta de la cocina. Cuando puso la mano en el pomo para girarlo, se quedó agarrotado al sentir el frío de un hierro apoyado sobre su nuca.

—¿Dónde te crees que vas?

Andrés tragó saliva al reconocer la voz de su tío Manolo.

—Soy yo... —murmuró con la voz temblorosa, sin mover ni un solo músculo por miedo a recibir un disparo—, tío, soy su sobrino..., soy Andrés...

—Dios Santo...

La presión en la nuca desapareció, y sólo entonces Andrés se giró despacio. En la penumbra pudo ver la escuálida silueta de su tío, con una escopeta en la mano.

—Dios Santo —repitió el anciano—, pensaba que estabas...

Andrés le interrumpió, nervioso.

—Estamos bien. Clemente está conmigo...

El viejo Manolo miró a su alrededor, buscando al otro sobrino.

—No, no está aquí —apuntó Andrés.

—¿Dónde está?

—Hemos estado en la zona de Bazán, haciendo la vía del ferrocarril a

Valencia. Hace dos meses nos llevaron a un lugar cercano a Las Rozas, y allí nos tienen, sin hacer nada, en un antiguo preventorio en medio del monte. Está con nosotros Fermín Sánchez.

—¿Fermín está vivo?

El viejo Manolo esbozó una sonrisa. Fermín Sánchez era amigo suyo. Le habían apresado hacía siete meses, cuando intentó entrar en Madrid portando un saco de harina para su esposa y su hijo que se habían instalado en la casa de una cuñada, cerca del puente de la Princesa.

—Dios Santo, qué buena noticia..., al no regresar, me temí lo peor... pensé que estaba muerto.

Andrés bajó la mirada al suelo y esbozó una sonrisa estúpida.

—Sí..., bueno, por ahora, todos sobrevivimos, más o menos.

—Y tú, ¿te has escapado?

—Sí, pero tengo que regresar antes del recuento de la mañana.

Los dos hombres hablaban en susurros hasta que el ladrido de un perro les sobresaltó. El tío Manolo cogió a su sobrino por el brazo y abrió la puerta de la cocina.

—Vamos *pá* dentro. Me imagino que estarás hambriento.

Andrés entró despacio, emocionado de sentirse, después de tanto tiempo, en un lugar familiar. Inspiró profundamente para percibir el aroma conocido. La cocina estaba envuelta en una tenue penumbra, sólo iluminada por el reflejo de la luna que se colaba por la ventana. En seguida atisbó la disposición de muebles y enseres, una imagen que se mantenía intacta en su recuerdo: a la derecha, pegada a la pared y bajo la ventana, la mesa de madera pintada de verde rodeada de tres sillas de enea; de frente, la chimenea con su enorme campana enjalbegada, bajo la cual ardía siempre una buena lumbre, ahora apagada como un agujero negro y profundo. En el revellín, el vasar de yeso en el que seguían todas las cacerolas colocadas por tamaños, media docena de platos de loza descascarillados, algunos vasos y dos sartenes, una muy grande y otra pequeña, colgadas por el mango en ganchos de hierro.

—Voy por algo de leña para encender un fuego que te caliente —dijo el viejo, moviéndose en la oscuridad con enorme facilidad—, la tengo escondida como oro en paño, porque hasta eso escasea.

—No se preocupe, tío. No tengo demasiado tiempo, he de irme en seguida. Deme algo de beber, se lo ruego, me muerdo de sed.

El viejo se detuvo un instante y miró en la penumbra al sobrino. Prendió una vela que había en una palmatoria sobre la mesa, y de inmediato, cerró las contraventanas para evitar que nadie pudiera verles desde la calle. En ese instante, iluminados por la llama rutilante que desprendía la candela, los ojos de los dos hombres se encontraron, dejando al descubierto los sufrimientos grabados por meses de hambre y miseria.

—Siéntate.

—Tengo mucha sed —insistió Andrés.

El anciano puso sobre la mesa una botella de cristal con un cuarto de vino.

—Bebe un poco de esto, te vendrá bien. Voy al pozo a sacar agua.

Andrés cogió la botella, quitó el tapón de corcho y bebió un trago. Sintió un fuerte escozor por el contacto del líquido con las heridas que tenía en la boca. Tragó con dificultad, y resopló para calmar la quemazón.

—¿Qué pasa?, ¿es que ya no te gusta el vino?

—Me escuece mucho la boca.

El viejo salió al patio y al poco rato regresó con la jarra llena de agua. Andrés la cogió y bebió con ansia. Cuando terminó, tenía sobre la mesa un plato colmado de garbanzos con patatas. Se lo quedó mirando un rato, con cara de estúpido, como si no se lo terminase de creer.

—Vamos, come —le instó el viejo Manolo—, no está caliente, pero no creo que te importe demasiado.

Andrés engulló dos platos de garbanzos, untó tocino en un trozo de pan blanco y, además, comió queso y membrillo. Ninguno de los dos habló nada mientras Andrés devoraba la comida; no había espacio para nada más que para calmar el hambre que arrastraba. El viejo Manolo le observaba satisfecho.

Hubo un momento en el que Andrés sintió que el estómago le iba a estallar. Se echó hacia atrás con gesto dolorido.

—¿Ya? —preguntó el viejo, enarcando las cejas, con una sonrisa lacónica.

—Dios, no puedo más. Creo que voy a estallar.

—Habéis debido de pasar mucho.

—No se puede usted ni imaginar...

—Aquí ya no tienes que temer nada. Te puedes quedar en la cueva...

—Ya le he dicho que tengo que regresar.

—¿Cómo te vas a ir otra vez? ¿Estás loco? Te escapas de tu encierro y pretendes volver.

—Si no lo hago, mañana matarán a mi hermano Clemente y a un chaval de dieciséis años. No puedo quedarme.

La voz de Andrés fue tan contundente que el anciano enmudeció. Tras un silencio estremecido, continuó lánguido.

—Se aseguran bien de que ninguno de nosotros escape. Si pasan lista y falta alguno, matan al que va por delante de él en la lista y al que va por detrás.

—Entonces, ¿a qué has venido? ¿Para qué arriesgarte...?

—He estado en casa de la Nicolasa.

El anciano se envaró.

—No habrás podido entrar. Una bomba... —calló, incapaz de encontrar las palabras adecuadas—. Primero fueron unos para echar a los otros, luego los otros para echar a los unos, y entre unos y otros han destrozado parte del pueblo.

—¿Dónde está la Mercedes, qué le ha pasado a mi mujer?

Manolo ensombreció su gesto y bajó la vista al negro hueco de la chimenea.

—La Nicolasa y ella se marcharon a Madrid a los pocos días de llevaros a vosotros. Aquí no estaban a salvo.

—¿A Madrid? ¿Adónde?

—Don Honorio consiguió que las acogiera en su casa un médico conocido suyo.

—Pero ¿están bien?

El viejo encogió los hombros con desidia.

—No tengo noticias desde hace meses, Andrés, no puedo decirte si está viva o muerta.

—¿Y mi hijo..., o mi hija? —preguntó con ansiedad—. Debe de tener más de dos años...

Le interrumpió secamente.

—El hijo venía muerto.

Un silencio intenso y doloroso embargó el pensamiento de Andrés. El viejo continuó con una penosa parsimonia.

—Tu suegra, la señora Nicolasa, murió al poco tiempo de llegar a Madrid. Recibió un disparo cuando esperaba en una cola para conseguir comida.

La frialdad abúlica del viejo envolvía sus palabras en una sombra taciturna de melancolía.

—Pobre Mercedes... —murmuró Andrés, desesperado. Hundió su cabeza entre sus manos, ocultando el rostro—, si al menos pudiera estar a su lado.

—Andrés..., tu madre...

El tío Manolo calló un instante, indeciso. Andrés se alarmó al ver la tragedia reflejada en sus ojos. Andrés había decidido no ir a verla; le hubiera resultado muy costoso convencerla de que tenía que volver al presidio; sería suficiente con el recado de que su hermano y él estaban bien, y que pronto regresarían al pueblo, sanos y salvos.

—¿Qué pasa con ella? —inquirió, balbuciente—. ¿Dónde está?

—Murió..., hace casi un año.

Andrés notó que le subía por la boca un agrio resentimiento. Tragó saliva e intentó retener en sus ojos las lágrimas rabiosas que forzaban su salida. Se quedó quieto, mirando la piel ajada de aquel hombre, seca y arrugada, igual que la que recordaba de su madre. Reconoció la camisa y la chaqueta que habían pertenecido a su padre; cuando murió, su madre le había cedido la ropa que se encontraba en mejor estado para que la aprovechara; las camisas le holgaban alrededor del cuello porque era más flaco y menudo que el difunto; para ajustarlas, su madre pasó días cosiendo mangas y bajos de pantalones. Habían pasado diez años, pero Andrés recordaba con nitidez la tarde en que oyó repicar varias veces la aldaba sobre el portalón de la casa; obedeciendo la orden

materna, abrió la puerta. Dos hombres clavaron sus ojos sobre él con gesto circunspecto; tras ellos se removió la Cordobesa, y entonces vio el cuerpo de su padre atado a la albarda de la mula: la cabeza colgando inerte, los brazos caídos hacia la tierra, las piernas yertas. Dijeron que había caído fulminado en el campo. La viuda lloró su luto durante mucho tiempo. Empezó a sonreír de nuevo con la boda de Clemente y Fuencisla; la llegada de los primeros nietos la llenó de energía, aumentada con el matrimonio de Andrés y de Mercedes. La alegría recuperada se la arrancaron de cuajo el día que se llevaron a sus dos únicos hijos en una camioneta con destino desconocido.

—¿Cómo fue?

El viejo Manolo encogió los hombros.

—Cuando se enteró de que os habían llevado a ti y a Clemente, cayó enferma. Apenas comía nada, perdió mucho peso en poco tiempo, parecía un esqueleto, y lloraba —enarcó las cejas y movió la cabeza de un lado a otro—, lloraba mucho. Se le secaron los ojos y se secó por dentro. Cuando evacuaron a todas las mujeres del pueblo en octubre del 36, ella no quiso marcharse. Estuvimos tres días escondidos en la cueva, hasta que entraron los nacionales y pudimos salir. Le dije que se viniera a vivir aquí conmigo, hasta que todo acabase, pero no quiso, ya sabes lo cabezota que era. Decía que quería estar en casa, por si regresabais. Se pasaba el día sentada en el quicio de la puerta, daba lo mismo que hiciera un frío de perros que un calor de infierno. Casi no dormía, temía no oírlos si llamabais.

El tío Manolo hizo una larga pausa sin dejar de mirar al vacío, hasta que levantó el rostro para fijar sus ojos en Andrés.

—Un día me la encontré muerta. Está enterrada junto a tu padre, como ella quería.

La sensación de orfandad le agarró el pecho. De repente se había enterado de que nunca conocería al hijo que durante todos aquellos meses tanto anheló; «puede que presintiera que el mundo al que llegaba era un lugar terrible para vivirlo», se dijo. No era padre, tampoco era hijo, se había convertido en un huérfano. Pensó en la fortaleza de su madre antes de la guerra, sin problema alguno de salud. Aquella locura continuaba separando familias y provocando la muerte por las bombas, el hambre, o, simplemente, por la pena insoportable de la ausencia.

Después de un rato de silencio, Andrés volvió a insistir sobre el paradero de Mercedes.

—¿Dónde puedo encontrar a Mercedes?

El tío Manolo le miró con cierta reticencia.

—Lo único que sé es el nombre de la calle, General Martínez Campos, pero cualquiera sabe si sigue allí. Han pasado demasiado tiempo y demasiadas cosas. Todo puede haber cambiado. Cuando todo acabe podrás...

El anciano enmudeció cuando Andrés dio un fuerte golpe sobre la mesa, haciendo tintinar los cacharros que estaban sobre ella. Enarcó las cejas, sin apenas inmutarse por la rabia de su sobrino.

—Siempre lo mismo... cuando todo acabe..., cuando todo acabe... —murmuraba entre dientes con aspaviento desesperado—; esto no tiene fin, no acaba nunca..., nunca...

Andrés sintió una punzada en el estómago. El dolor fue tan intenso que le obligó a retorcerse emitiendo un lastimero gemido.

—¿Qué te ocurre?

—Me duele...

No pudo terminar, se tapó la boca y se levantó, pero apenas anduvo dos pasos cuando enarcó el cuerpo y vomitó. El viejo le sujetó por la cintura para que no cayera de bruces contra el suelo. En cada arcada, su cuerpo tenso se encorbaba hasta que expulsaba el vómito por la boca acompañado de un desgarrado bramido.

Cuando por fin parecía haber echado todo lo que había en su estómago, se desmoronó en brazos del anciano.

—No puedes regresar así.

Le llevó hasta la silla, y lo sentó.

—Tengo que marcharme... —murmuró Andrés, intentando recuperar el aliento perdido—. No puedo dejarles..., no podría vivir con eso en mi conciencia... no podría vivir...

El llanto le desbordó, y de su garganta salió un afligido gemido, porque en ese momento se dio cuenta de que, tal vez, no llegase a tiempo para evitar la muerte de su hermano y de aquel pobre chico. Su viaje había sido además de inútil, grotesco. Había ido buscando una esperanza para sobrevivir y se había encontrado con la terrible realidad de la muerte, y el desaliento de no saber cómo estaba Mercedes, peor aún, sabía que estaba en Madrid, sin el hijo que nunca conocería, sin su madre, sola en una ciudad sitiada y bombardeada, de la que sabía que se estaba pasando hambre y muchas penurias.

Manolo repitió, con pesadumbre.

—En estas condiciones no llegarás a ninguna parte.

—¡Tengo que ir!

Sus ojos enrojecidos se clavaron en el rostro del anciano. Él le miró taciturno y murmuró:

—Ha sido una locura que vinieras hasta aquí...

Andrés, con gesto abatido, se enjuagó la boca con un poco de agua y se puso en pie, pero al plantar el talón se quejó.

—¿Qué te pasa? Estás sangrando.

—No es nada, sólo un corte.

—Deja que te lo vea.

Le obligó a sentarse y le quitó la alpargata completamente empapada de sangre. Cogió la vela y la colocó en el suelo. Le retiró el trozo de tela sucio y ensangrentado.

—Esto no tiene buena pinta, Andrés.

—Curará, no se preocupe, he salido de otras peores.

—Espera. Voy a intentar desinfectarlo un poco, y te lo vendaré...

Andrés lo interrumpió retirando el pie.

—Déjelo, tío, no hay tiempo, tengo que marcharme.

El viejo le miró con una mueca en la boca.

—Ya sabes lo que dicen los buenos toreros: « Vísteme despacio que tengo prisa » ; si de verdad quieres llegar a tu destino, deja que te cure esa herida.

Se levantó y salió de la cocina; en seguida volvió con una venda y una botella.

—Es orujo; te dolerá, pero ayudará a cicatrizar la herida.

Abrió el tapón, le sujetó fuerte por el tobillo y vertió el líquido por el pie. El escozor fue tan brutal que Andrés se sintió desvanecer.

—Aguanta un poco, pronto dejarás de tener sensibilidad en esa zona, y se pasará el dolor.

Colocó con destreza la venda, le dio unos calcetines de lana y unas esparteñas mejores y más nuevas.

Después de la cura, Andrés se levantó y, con cuidado, plantó el pie en el suelo bajo la atenta mirada de su tío.

—¿Mejor?

Andrés asintió. El anciano se sentía afligido por la impotencia de no poder hacer más por su sobrino.

—Toma, llévate esta ropa y algo de comida. Procura que Clemente se lo coma más despacio para evitar este desperdicio.

Los dos miraron las baldosas del suelo cubierto de vómito.

—Siento lo de la comida...

—Más lo siento yo —añadió el viejo, conforme—, ni te sirvió a ti ni me sirvió a mí.

—Tengo que marcharme —la voz se le quebró—. Tío, si todo esto no acaba bien..., si me pasara algo, ¿me prometes que cuidará de ella?

El anciano le miró con una mueca de solemnidad.

—Procura que no te maten. Has aguantado hasta ahora, sólo tienes que hacerlo un poco más. Esto no puede durar mucho.

Abrió la puerta, y Andrés susurró un gracias apenas perceptible.

—Quedan seis horas para que amanezca —le dijo el anciano, mirando al cielo estrellado—. Vete ya, corre, y salva la vida de tu hermano y de ese muchacho. Vamos.

Andrés se lanzó al campo, con la única idea de llegar a tiempo. Le dolía el estómago, la cabeza le estallaba, la herida le quemaba como si tuviera fuego y,

sobre todo, seguía teniendo una sed terrible por efecto del vómito.

Estaba al límite de sus fuerzas cuando atisbó a lo lejos el edificio del preventivo que servía de prisión provisional. Había amanecido hacia media hora, y el frío de la madrugada le había dejado insensible la nariz y las orejas. Los sabañones estaban asegurados; en cuanto la piel se desentumeciera, aparecerían los picores y la quemazón. Pero lo que le preocupaba era llegar antes del recuento. «Hoy es domingo», se repetía una y otra vez a medida que el sol liviano de invierno iba ganando espacio en el horizonte, «y hasta los milicianos duermen más en domingo». Cuando estaba a punto de llegar al límite de la arboleda que le amparaba de ser descubierto por la guardia, un disparo lejano le sobresaltó. Se detuvo, paralizado por el miedo. Se mantuvo atento al silencio. Al oír otros dos disparos comprendió que no estaban dirigidos a él, y echó a correr. Atravesó la explanada que había frente al pabellón del dormitorio; jadeante, con un dolor intenso en el pie, se asomó a la ventana por la que había saltado la noche anterior. Los catres estaban vacíos. Oyó un revuelo de gente y comprendió que todos estaban en el patio. Antes de que pudiera reaccionar, se oyeron más detonaciones, sonido secos y huecos que dejaban tras de sí un estremecedor silencio. Saltó al interior y atravesó el pabellón brincando de cama en cama, hasta que llegó a la puerta del pasillo donde se encontró con un centenar de hombres apoyados contra las paredes, sentados por el suelo, con la mirada perdida, abatidos por la desidia. Por los grandes ventanales, oteó al resto de los presos, amontonados de manera desordenada en el gran patio central, cerrado por los cuatro pabellones que conformaban el preventivo.

Andrés se extrañó.

—¿Han hecho el recuento?

Un hombre de unos treinta años, que permanecía sentado en el suelo con un cigarrillo de hebras colgado en los labios, le contestó con voz seca.

—Hoy no hay recuento.

—He oído tiros. ¿Qué está pasando?

—¿Dónde coño estabas?—le preguntó otro, con tono de reproche.

Pero Andrés apenas le dedicó una fugaz mirada. Dirigió sus ojos al primer hombre que le había hablado.

—¿Qué está pasando?

El preso levantó la cara, cogió el cigarro y expulsó el humo de su boca. Sin expresión en su rostro, habló con voz cansina.

—Hoy ha habido sacas. Estos cabrones están en las últimas, y pretenden morir matando.

—¿Sacas?

Andrés estaba desconcertado. Sabía el significado de las «sacas», se lo

habían contado algunos de los que habían pasado por las cárceles de Madrid antes de ser destinados a aquel extraño batallón. Normalmente se hacían en plena noche: a los elegidos se los llevaban y nunca se les volvía a ver. Durante los meses que había estado en la sierra de Tajuña no había vivido una situación similar. Se decía que la razón de la ausencia de ese paseo mortal sin retorno era que todos los presos de aquel batallón se hacían necesarios para trabajar.

—¿Qué sentido tiene ahora esto?

Nadie le contestó. Se acercó a la puerta de salida al patio, pero la presencia de decenas de hombres, apretujados, hacía difícil el paso y le impedían la visión de lo que ocurría. Andrés se volvió hacia el primer preso que le había hablado, como si los demás fueran incapaces de contestarle.

—¿Sabes a quién... sabes a quién le ha tocado?

El hombre con el rostro macilento encogió los hombros y negó con la cabeza.

—Poco importa eso, lo que cuenta es que, al menos hoy, no nos ha tocado a nosotros.

Tenía que encontrar a Clemente. A empujones, se hizo hueco entre la gente, buscando con angustia la cara de su hermano entre todo aquel enjambre de rostros demacrados y sucios que el paso del tiempo había igualado. Se oyeron otros tres disparos y, en ese momento, como en un acto reflejo, todas las miradas se dirigieron hacia el lugar de donde procedían los tiros, inquietos, inmóviles, con gesto circunspecto. A lo lejos se oían voces, gritos arrancados del miedo, del terror atroz del que sabe con certeza que se encuentra cara a cara con la muerte. Mientras, aquellos hombres, hacinados como ganado en un patio cerrado y gris, se mostraban insensibles al escalofrío de la realidad. En su terco intento de avanzar, recibió empujones y codazos, y sólo se detuvo cuando se vio ante una barrera infranqueable de milicianos que, con su fusil, apuntaban amenazantes hacia los presos, cerrando el acceso a un pasaje que desembocaba en otro patio más pequeño. Andrés comprendió que las ejecuciones se estaban produciendo en ese patio. Intentó atisbar algo por encima de las cabezas de los milicianos, pero uno de ellos le empujó hacia atrás con malas formas. Este gesto le cogió desprevenido y Andrés reaccionó encarándose con él. Los dos hombres acercaron sus rostros hasta casi rozarse.

—¿Qué? —le espetó el miliciano, apuntándole con el fusil en la cara—, ¿quieres pasar tú también?

Andrés se mantuvo enfrentado durante un instante, sintiendo el aliento de aquel hombre, algo más alto que él, con los ojos claros y un odio irracional grabado en sus facciones. Pensó que todos, los que estaban presos y los que les retenían, tenían ese gesto, un odio, frío e inhumano, derivado del rencor y del resentimiento sembrado a lo largo de semanas y meses.

Sintió una mano que le agarraba por el hombro y le apartaba de su desafío. Andrés se dejó llevar, y el miliciano se mantuvo altivo, con su mano firme en el

gatillo, dispuesto a disparar.

—Andrés, déjalo.

Se volvió para encontrarse con Fermín Sánchez.

—¿Y mi hermano? —preguntó, impaciente—, ¿dónde está mi hermano?

Fermín Sánchez era un hombre de unos cincuenta años, alto y delgado, con manos muy grandes; siempre había tenido una complexión fuerte, pero los efectos del hambre le habían convertido en un ser esquelético de aspecto lamido. Sus ojos eran oscuros, igual que sus cejas, pobladas y espesas; sin embargo, en pocos meses, su pelo se había vuelto ralo, débil y completamente blanco.

—¿Dónde estabas? No te he visto hasta ahora.

—Eso no importa, ¿has visto a mi hermano? No lo encuentro.

Fermín dirigió su mirada por encima del hombro de Andrés hacia el lugar de donde procedían los tiros y los gritos.

Andrés, desolado, se volvió para mirar al mismo sitio que Fermín. Después, se dirigió de nuevo hacia él.

—Me han dicho que han hecho una saca.

Fermín asintió sin dejar de mirar por encima de las cabezas de los milicianos.

—Entraron cuando dormíamos. Han nombrado a unos cincuenta nombres...

Andrés tenía un nudo en la garganta.

—Fermín..., mi hermano...

Fermín bajó la mirada.

—Clemente fue uno de ellos...

—¡No!

Fue una reacción tan repentina que apenas le pudieron sujetar. Se lanzó hacia la barrera de milicianos. En seguida se formó un pequeño revuelo. Los soldados empujaban de malas maneras y cargaban sus fusiles, mientras que Fermín y otros dos presos más intentaban alejar a Andrés de la guardia.

—¡Clemente! —gritó, poniendo toda la fuerza en su voz, estirando el cuello sin dejar de forcejear con los que le sujetaban—, ¡Clemente, estoy aquí! ¡Clemente!

Su alarido resonó como un eco en aquel lúgubre patio, envuelto en un mutismo tétrico, como si aquel millar de hombres impasibles quisieran conceder, con su silencio, la oportunidad de una despedida a los hermanos.

—¡Andrés! —la voz de su hermano al otro lado del pasadizo le paralizó. No lo veía, pero oyó su llamada perfectamente—. ¡Andrés! Me van a matar...

—¡Clemente! ¡Estoy aquí!

—¡Andrés! Cuida de Fuencisla, dile que la quiero, y protege a mis...

En ese momento, se oyó un disparo al que siguió el silencio más terrible. Andrés se mantuvo atento un instante ansioso por volver a oír la voz de su hermano.

—¡Clemente! —gritó desesperado—. ¡Clemente!

No vio venir el culatazo que le propinó en la cara uno de los milicianos, tan sólo sintió un dolor intenso en la nariz y en el pómulo, y cayó de rodillas al suelo llevándose las manos al rostro.

—Como no te calles te vas para dentro y así lo acompañas.

Andrés no veía al que le gritaba. Se palpó la nariz, y notó que empezaba a sangrar profusamente. Sintió que se encendía por dentro en una mezcla de impotencia, dolor físico, sufrimiento y ansiedad. Cogió fuerza y se abalanzó contra el miliciano que tenía delante.

Se oyó un solo disparo, y, entonces, todo quedó oscuro, en silencio, vacío.

Madrid, enero de 2010

La foto

Cuando mis ojos se fijaron en aquella caja de metal, me llamó poderosamente la atención a pesar de su apariencia inservible.

—¿Qué precio tiene ésta?

—Veinticinco euros. Es un poco más cara que las otras porque tiene contenido.

—¿Qué clase de contenido?

—Mírelo usted mismo.

El vendedor me la alcanzó.

Abrí la caja y lo primero que vi fue la foto en blanco y negro de una pareja. La saqué y miré al dorso. A lápiz, con trazos elegantes, había escrito dos nombres: Mercedes y Andrés; un lugar: Móstoles, y una fecha: 19 de julio de 1936. Examiné el resto del contenido. Parecía un manojo de cartas unidas por una cuerda. No lo dudé. Metí la foto de nuevo en la caja y la cerré.

—Me la llevo.

Siempre me había gustado pasearme por aquel entramado de puestos apiñados unos contra otros en cada rincón de las calles que forman el Rastro madrileño. Acostumbraba a llegar temprano, cuando las tiendas abrían sus puertas y los tenderetes callejeros terminaban de colocar su género. Me dejaba llevar por la Ribera de Curtidores hasta el cruce con San Cayetano, donde se encontraba un puesto de viejo, largo y estrecho, situado en un recoveco casi escondido, regentado por dos hermanos, Abel y Lalo, que siempre tenían de fondo música de Bach o lo mejor de la ópera, lo que les confería cierto aire entre distinguido y retro; además, se ubicaba al margen de la riada humana que se formaba a partir de las once de la mañana. Era como llegar a un remanso en el cauce de un río embravecido y caudaloso. Repasaba con la vista las antiguallas expuestas de forma aparentemente arbitraria que componían una regla organizada y repetida domingo a domingo: restos de vajilla de toda laya, platos, grandes soperas, fuentes, copas de cristal, figuras de porcelana, objetos de bronce, relojes grandes, pequeños, de bolsillo, de sobremesa, radios de madera a válvulas con forma piramidal o recta, broches, pulseras, horquillas, botellas de colores y formas extrañas, muñecas de caras estáticas y trajes antiguos, postales, fotos. Cosas viejas y usadas, cachivaches cotidianos y efectos personales que en el pasado habían pertenecido a hombres y mujeres que ya no existían y que, ahora, quedaban expuestos como parte de una extraña herencia de su acontecer cotidiano. Siempre estuve convencido de que esos objetos, anacrónicos y rancios, mantenían gran parte de la esencia de los que fueron sus dueños. Al tocar

cualquiera de aquellos enseres trataba de imaginar cómo habría sido la existencia de su propietario, qué vivencias habría tenido que gozar o padecer, qué acontecimientos habrían visto sus ojos. Ideaba sus rostros, su aspecto, su presencia. Me pasaba un buen rato ojeando fotos de color sepia, con sus protagonistas mostrándose rígidos, serios, risueños, serenos o atormentados, como si el destello de la cámara hubiera atrapado parte de su alma. Siempre me llevaba algo, unas veces una postal de un euro o una horquilla de tres, otras un bastón por cincuenta. Apenas regateaba. Los dueños me conocían lo suficiente como para hacerme un buen precio, al menos eso me aseguraban, y yo quería creerlo porque se me daba muy mal porfiar con el único fin de ahorrarme unos cuantos euros.

Entré en mi estudio con la caja en la mano, la dejé sobre la mesa, delante del ordenador y, sin dejar de mirarla, me despojé del abrigo y lo tiré de cualquier manera en el sillón que utilizaba para leer. Sólo entonces me senté con la avidez de un rastreador de tesoros. Era de hojalata, de color beis claro, decorada sencillamente con unos menudos pajaritos de colores, posados en diminutas ramas verdes que brotaban de un escuálido tronco marrón. A pesar de que, debido al paso del tiempo, tenía óxido en las aristas, presentaba un buen estado, sin golpes ni rozaduras. Abrí de nuevo la tapa y saqué la fotografía de cartón tieso y algo ajado, con un pequeño borde blanco que enmarcaba la imagen.

—Así que sois Mercedes y Andrés —murmuré.

No era una foto de estudio. Los protagonistas posaban delante de lo que parecía una fuente con los caños en forma de enormes peces. Miraban con fijeza al objetivo de la cámara y traté de recrear el instante en el que quedó capturada la imagen. Él llevaba un traje oscuro y corbata que resaltaba sobre la camisa clara, ella lucía un vestido con flores, de media manga, ajustado bajo el pecho, suelto, con vuelo justo hasta cubrir las rodillas, parecía puesto para la ocasión. Eran jóvenes, aunque su edad quedaba envuelta en la apariencia ambigua de la gente de su tiempo.

Saqué el resto de contenido: un manojo de ocho sobres atados con fino cordel. Cartas manuscritas, enviadas por Andrés Abad Rodríguez a Mercedes Manrique Sánchez, calle de la Iglesia, Móstoles; no constaba domicilio del remitente. Desaté el nudo de la cuerda y cogí el primero de los sobres. Extraje una cuartilla de su interior y la desdoblé, lentamente; el papel, de mala calidad, crujía y parecía que se iba a quebrar en mis manos. Sólo había escrita una carilla, a lápiz, con la misma letra irregular y vacilante que la del sobre, diferente a la del reverso de la foto. Empecé a leer despacio, algo remiso a invadir la ajena intimidad epistolar.

Después de terminar de leer la última de las cartas de Andrés, me levanté a prepararme un café. Lo cierto es que estaba decepcionado; esperaba encontrar algo más interesante en las cartas; cuando uno penetra en el terreno de otro

siempre espera descubrir algo que justifique su injerencia, algo fuera de lo común, algo extraordinario, algo que merezca la pena leer, o averiguar o desentrañar, de lo contrario, la culpa de la intrusión, estéril y absurda, se cierne sobre la conciencia con un peso mayor.

Estaba solo. El domingo era el único día que Rosa no pasaba por casa. Rosa era una parte de la herencia de Aurora, mi mujer, a la que perdí cinco años atrás por una enfermedad que se la llevó, con sólo treinta y cuatro años, en menos de cuatro meses, cuando todavía no habíamos cumplido el sexto aniversario de nuestra boda. Apenas recuerdo aquellos días nefastos que han quedado en mi memoria como una vivencia ajena, brusca y rápida que el tiempo se encarga, poco a poco, de difuminar, de diluir como un azucarillo en un café caliente, se siente al tragar su dulzor (en mi caso la amargura), pero ya no se ve la materia que lo provoca. Unos días antes de que se marchase para siempre de mi lado con rumbo a ese espacio del que nadie vuelve (jóvenes o viejos, nunca regresan para contar lo que han visto, si es que han visto algo, o para decir qué pasa, si es que pasa, cuando el cuerpo deja de tener esencia y se convierte en materia inerte, exangüe) me pidió varias cosas y dispuso otras como ineludibles, entre las que estaba que mantuviera la asistencia de Rosa, porque tenía miedo de que su ausencia me llevase al descuido personal, y, ciertamente, gracias a las atenciones de aquella mujer de aspecto maternal y presencia sigilosa y prudente, con la que apenas cruzaba algunas frases de pura cortesía, en los últimos cinco años no había muerto de inanición, ni devorado por el polvo y la indolencia de la soledad.

Pero la presencia de Rosa en mi vida cotidiana no fue lo único que dispuso Aurora, porque aquellos que tienen la extraña prerrogativa de saber que se mueren, piden cosas, ordenan, organizan e intentan dejar todo cerrado para cuando falten, aunque todo quede abierto, inacabado, suspendido en un tiempo todavía en presente, sobre todo si se es joven como era ella. Y una de esas peticiones fue que dejase las clases de literatura en el Colegio del Pilar para dedicarme por entero a escribir, que eso era lo mío. Quería ser escritor desde que en mi adolescencia fui absorbido por las aventuras de Julio Verne, Salgari o Stevenson. Sólo había sido capaz de publicar una novela en una pequeña editorial, con pocos medios y escasa repercusión. Antes de eso muchos manuscritos habían quedado arrumbados al oscuro confinamiento del cajón, y, por un instante, alcancé mi sueño de ver mi obra publicada; sin embargo el sueño se quedó en un espejismo, una quimera que me produjo una sensación aún mayor de fracaso, ya que apenas se vio en algunas librerías durante algo más de una semana. Después de eso, de nuevo volví al ostracismo, más amargo si cabe porque, inevitablemente y a pesar de las advertencias de Aurora, no pude evitar forjarme unas falsas ilusiones. A pesar de que nuestra convivencia había durado poco más de diez años, ella me conocía bien y sabía cuánto me hastiaban esas clases impartidas a adolescentes rebosantes de hormonas que en su mayoría

conocían más del último invento electrónico que de la figura de Cervantes, y que, en el mejor de los casos, leían (con verdadera pasión, todo hay que decirlo) la saga completa de Harry Potter. Estaba convencida de que, cuando ella no estuviera, ese hastío y el tiempo que aquellas clases me quitaban de leer y escribir (así lo sentía yo, y así se lo decía muchas veces con desesperación) me precipitarían al abismo de una infelicidad que no estaba dispuesta a permitir; así que buscó el momento adecuado para hacerme la propuesta y lo encontró en el que se iba definitivamente, una propuesta que nunca habría aceptado sin esa presencia de la muerte, sin la amenaza de la ausencia segura, sin esa obligación moral que me imponía la terrible circunstancia de la despedida. Me dio la sensación de que lo tenía todo pensado desde hacía mucho tiempo, mucho antes de que la enfermedad traidora (o tal vez no tanto, al menos para ella) diera la cara y se mostrase con toda su saña. Dispuso que el piso donde vivíamos se pusiera a mi nombre como donación (estaba a su nombre como herencia de su madre, muerta también hacía años), incluso hizo cálculos sobre los ingresos que me iban a quedar: una cantidad digna, recibida cada mes en concepto de pensión de viudedad, así como los intereses derivados de algunos ahorros que acumulamos por la venta de mi piso de soltero. Así pues, a los pocos meses de convertirme en viudo (una palabra terrible y dolorosa que me resistía a pronunciar) cumplí mi promesa, dejé las clases y empecé mi vida taciturna, solitaria y, sobre todo, serena de escritor.

Con los codos apoyados sobre la mesa y una taza de café humeante entre mis manos, observaba los rostros en sepia de aquel matrimonio. Me preguntaba qué habría pasado con ellos a partir de aquel momento en el que el fognazo de la cámara immortalizó sus rostros para que setenta y cuatro años después yo pudiera conocerles.

Tenía dos rostros, dos nombres, un pueblo, y unas cartas en las que se contaba muy poco: Andrés reiteraba con insistencia que estaba bien (entre líneas creí intuir que quería tratar de ocultar a Mercedes una oscura realidad), que no se preocupase por él, que se cuidase mucho; debía estar en compañía de un hermano de nombre Clemente, porque lo nombraba en varias ocasiones para dar el mismo mensaje de tranquilidad; que pronto estarían juntos de nuevo y que todo volvería a la normalidad, y que tenía muchas ganas de ver la carita del niño, o de la niña como ella quería. Eran cartas típicas de aquel tiempo, casi rayando la simpleza: escuetas, algunas con un tinte lacónico en el corto discurso epistolar, como si Andrés hubiera sido incapaz de ocultar la amargura soportada y que, inevitablemente, se desparramaba en cada letra. Su trazo débil parecía henchido de sentimientos contenidos. Por las fechas (escritas en todas al principio de la misiva, cada uno de los domingos de septiembre y de octubre del 36; la primera el día 6 de septiembre y la última el día 25 de octubre), pensé que lo más probable fuera que se hubiera visto obligado a ir al frente, lejos de su casa y de

su mujer.

Me retapé en la silla. Imaginé una historia extraordinaria vivida por la pareja, una historia fascinante para poder pergeñar con ella mi gran novela; y aunque la realidad me mostraba que apenas tenía nada que contar, había algo en aquellos rostros, en sus miradas en blanco y negro, que me inducía a conocer más sobre Andrés y Mercedes, protagonistas de una foto tomada setenta y cuatro años antes, en un pequeño pueblo a unos kilómetros de Madrid de nombre Móstoles, convertida ahora en una gran ciudad.

Sería como buscar una aguja en un pajar, pensé desalentado.

ESPAÑOLES: Las circunstancias extraordinarias y críticas por que atraviesa España entera; la anarquía que se ha apoderado de las ciudades y los campos, con riesgos evidentes de la Patria, amenazada por el enemigo exterior, hacen imprescindible el que no se pierda un solo momento y que el Ejército, si ha de ser salvaguardia de la Nación, tome a su cargo la dirección del país, para entregarlo más tarde, cuando la tranquilidad y el orden estén restablecidos, a los elementos civiles preparados para ello. En su virtud y hecho cargo del mando de esta División,

ORDENO Y MANDO

Primero.- Queda declarado el estado de guerra en todo el territorio de esta División.

Segundo.- Queda prohibido terminantemente el derecho a la huelga. Serán juzgados en juicio sumarísimo y pasados por las armas los directivos de los Sindicatos, cuyas organizaciones vayan a la huelga o no se reintegrasen al trabajo los que se encuentren en tal situación a la hora de entrar el día de mañana.

Tercero.- Todas las armas, largas o cortas, serán entregadas en el plazo irreductible de cuatro horas en los puestos de la Guardia Civil más próximos. Pasado dicho plazo serán igualmente juzgados en juicio sumarísimo y pasados por las armas todos los que se encuentren con ellas en su poder o en su domicilio.

Cuarto.- Serán juzgados en juicio sumarísimo y pasados por las armas los incendiarios, los que ejecuten atentados por cualquier medio a las vías de comunicación, vidas, propiedades, etc., y cuantos por cualquier medio perturben la vida del territorio de esta División.

Quinto.- Se incorporarán urgentemente a todos los Cuerpos de esta División los soldados del Cap. XVII del Reglamento de Reclutamiento

(cuotas) de los reemplazos 1931 a 1935, ambos inclusive y todos los voluntarios de dicho reemplazo que quieran prestar este servicio a la Patria.

Sexto.- Se prohíbe la circulación de toda clase de personas y carruajes que no sean de servicio, desde las nueve de la noche en adelante.

Espero del patriotismo de todos los españoles que no tendré que tomar ninguna de las medidas indicadas en bien de la Patria y de la República.

Sevilla, a 18 de julio de 1936.

El general de la División:

GONZALO QUEIPO DE LLANO

Capítulo 1

Andrés Abad Rodríguez corrió para avisar a Mercedes. El minuterero acababa de llegar, y ya estaba montando su máquina junto a la fuente de los Peces. Irrumpió en la casa como una exhalación; a la primera que vio fue a su suegra, la señora Nicolasa.

—¿Dónde está la Mercedes?

La mujer le miró extrañada.

—¿Pasa algo?

—Ha venido el minuterero. Ya podemos hacernos la foto.

—Está en vuestra alcoba, haciendo la cama.

Andrés encontró a su esposa removiendo el colchón de lana. La cogió por la cintura para que dejase la tarea, y la hizo volverse hacia él quedando los dos frente a frente.

—Está el minuterero en la plaza. Vamos a hacernos la foto.

—¿Ahora? Tendré que arreglarme un poco.

—Tú siempre estás preciosa.

—No seas tonto, cómo me voy a retratar con esta pinta.

—No se quedará mucho tiempo. Dice que quiere llegar a Navalcarnero antes de la noche.

—Bueno, pues deja que me vista y me peine. Y tú, ponte la camisa blanca y la corbata de la boda, y péinate un poco esos pelos.

Andrés miró su reflejo en la luna del armario, se quitó la camisa que llevaba y cogió la que le tendió Mercedes, se la puso y se la abotonó. Se atusó el pelo. Luego, se anudó la corbata y se colocó la chaqueta. Moviéndose los hombros con gesto incómodo, desacostumbrado a la indumentaria.

—Yo ya estoy.

Mercedes le miró de arriba abajo con gesto de conformidad.

—Espérame en la plaza. En seguida voy para allá.

—No tardes. Está junto a la fuente.

Cuando Andrés salió, Mercedes continuó haciendo la cama, pero con más prisa. Después abrió la puerta del armario. Sacó el vestido de flores rojas que le había cosido su madre y lo colocó sobre la colcha. Se quitó la bata de lunares que llevaba para hacer las labores de la casa; echó un poco de agua en el aguamanil, y se enjabonó las manos, el cuello y los brazos; después de secarse cuidadosamente, se puso delante del espejo, primero de frente y luego de perfil, acariciando el sutil contorno de su tripa que ya se notaba abultada; sonrió ilusionada. Se atusó el pelo con el peine, se pellizcó los pómulos y, cuando se vio bien, se puso el vestido. Se echó el último vistazo volviéndose de un lado y de otro, y salió.

La madre se puso delante de ella.

—Deja que te vea.

Sonrió satisfecha y Mercedes dio una vuelta sobre sí misma.

—¿Estoy bien?

—Estás perfecta, hija. Anda, ve, que si no a tu marido le va a dar algo, ya sabes lo impaciente que es para todo.

La señora Nicolasa acompañó a su hija hasta la puerta de la casa, se apoyó en el quicio con los brazos cruzados sobre su pecho, y observó, satisfecha, cómo se alejaba por la calle de la Iglesia en dirección al Pradillo, con paso rápido pero sin llegar a correr, balanceando el vuelo de su falda al capricho del viento. Ella se volvió y levantó la mano para decirle adiós. La madre correspondió con una sonrisa y un movimiento de cabeza. Se sentía dichosa porque pronto aumentaría la familia. Un nieto, se decía, nada le podía hacer más feliz en el mundo.

Mercedes Manrique Sánchez se había casado con Andrés Abad Rodríguez el 22 de diciembre de 1935. La ceremonia se celebró en la Ermita de Nuestra Señora de los Santos. Fue un día feliz para todos, a pesar de las ausencias. Hacía ya siete años que el padre de Mercedes había muerto de una complicada pulmonía; don Honorio, el médico, hizo lo que pudo para curarle, pero la infección a los pulmones pudo más que sus tratamientos. Cuando enterró a su marido, la señora Nicolasa supo que las penas nunca vienen solas, y a los dos años murió el único hermano de Mercedes, Pedrito, un niño débil de salud desde su nacimiento que no pudo resistir unas fiebres. Así que solas madre e hija, no tuvieron más remedio que salir adelante. La señora Nicolasa se puso a servir en la casa de don Honorio, y Mercedes lo mismo hacía de planchadora, lavaba en el pilón o hacía un puchero para una celebración, y en invierno ayudaba a la señora Enriqueta con los animales a cambio de huevos o partes de la matanza.

Andrés se dedicaba, junto a su hermano Clemente, a labrar las tierras que habían heredado al morir su padre. Sacaba lo suficiente para vivir sin pasar penurias. Conocía a Mercedes desde siempre, pero, debido al obligado luto por el padre y el hermano, la había perdido de vista hasta el día de la patrona del año 33. Se enamoró de ella en cuanto la vio. Cuando madre e hija se quitaron el luto, prepararon la boda y se casaron. Vivían en la casa de la señora Nicolasa. Era grande y tenía espacio para los tres, y para los que vinieran. Al fin y al cabo, cuando ella faltase, todo sería para ellos.

Mercedes vio un grupo muy numeroso de personas en la plaza del Pradillo; la extrañó porque, a pesar de que era el lugar de reunión acostumbrado de los hombres para hablar de sus cosas, eran demasiados y se les veía algo alborotados.

—¡Mercedes, aquí!

Atendió a la llamada de Andrés, que le hacía señas con la mano desde la fuente de los Peces. Junto a él estaba el fotógrafo con su máquina, la minutera.

—¿Qué pasa? —preguntó Mercedes, al acercarse.

Andrés le contestó con la mirada puesta en el grupo.

—Dicen que los militares se han sublevado en África. También andan revueltos en la casa el pueblo.

—¿Y qué les importa a éstos lo que pase en África? Pues anda que no está lejos, además, allí siempre hay jaleo...

—Las cosas no pintan bien, señorita —intervino el minuterero, sin dejar de preparar su máquina—. Este desorden en el que últimamente vivimos se va a acabar en un pispás, ya lo verá. El Ejército es el único que puede meter en vereda a este Gobierno que nos está llevando derechos al desastre.

Los esposos se miraron sin dar mucho crédito a las palabras del fotógrafo.

—Ande, háganos la foto —replicó Andrés—. Y sáquenos usted bien, es un momento muy feliz para nosotros —Andrés acarició el vientre de Mercedes y ambos se dedicaron una tierna mirada—, y quiero que quede plasmado para siempre.

—Con esta belleza no hay fotógrafo que saque un retrato malo. Se me coloquen ahí, bien juntitos, que para eso han pasado ya por vicaría.

Andrés y Mercedes, siguiendo las instrucciones del fotógrafo, se pusieron de frente a la máquina apoyados en el brocal de piedra de la fuente. Luego, él se situó detrás de la cámara y miró por encima de ella. Era un hombre menudo, con traje gris oscuro y camisa blanca de cuello desgastado. Tenía los ojos muy pequeños y el pelo, negro y abundante, lo llevaba tan fijamente apelmazado que ni un vendaval le hubiera despeinado.

—Pónganse más a la derecha..., no, a su derecha no, a mi derecha... ahí están bien.

El hombrecillo, vestido como si fuera de boda, desapareció debajo de la tela de su minutería, mientras Andrés y Mercedes, erguidos y tensos, esperaban la señal de que la foto estaba hecha.

—Sonrían un poco, están muy serios.

Los dos sonrieron, relajando algo el gesto.

El fotógrafo alzó la palma de la mano.

—Miren a mi mano, así..., no se muevan..., va, ahora...

Salió un pequeño foganazo y el fotógrafo apareció de nuevo.

—Hágale una a ella sola —dijo Andrés, retirándose del lado de Mercedes.

El minuterero volvió a desaparecer debajo de la tela para enfocar la imagen de Mercedes.

—Un poquito a su izquierda, así, no se mueva..., sonría un poquito, eso es..., mire a mi mano, quieta. Ahora.

De nuevo un pequeño foganazo dejó constancia de que la foto estaba en curso.

—En quince minutos las tienen listas.

Mientras que el fotógrafo preparaba a otras personas para su retrato, la

pareja, cogida del brazo, se acercó al grupo de hombres del Pradillo que parecía bastante alterado.

—¿Qué pasa? —preguntó Andrés a uno de ellos.

—Dicen que ha estallado la guerra.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Mercedes, poniéndose la mano sobre la boca, con un gesto entre la incredulidad y el horror de aquellas palabras.

—Por lo visto, en la casa del pueblo se puede alistar el que quiera.

—Alistarse, ¿para qué?

Otro de los hombres, al que se le conocía con el apodo de Merino porque su padre tuvo una partida de ovejas merinas, se volvió hacia Andrés y le espetó con rudeza.

—¿Es que lo dudas? Para acabar con los cerdos caciques que todavía abundan en este pueblo.

—Al que se alista le dan un arma —añadió el primero.

—No me interesan las armas.

Andrés se dio la media vuelta, con la intención de alejarse. Pero antes de dar un paso escuchó la voz de Merino.

—Claro, como el señorito tiene tierras que trabajar y puede llenarse el buche todos los días, no le interesan las armas.

Andrés se quedó perplejo. Se volvió y le miró. Le conocía bien aunque apenas había tenido trato con él. Merino era un hombre rudo, un cretino que alteraba los nervios de cualquiera que no pensara como él. Se preciaba de pertenecer a la llamada guardia roja, y se jactaba de haber participado activamente en las revueltas de Asturias. Nadie en el pueblo podía dar fe de lo que contaba porque nadie estuvo allí para verlo, pero los vecinos, en general, le tenían un temeroso respeto e intentaban no cruzarse en su camino. Además, en los últimos meses, había sido uno de los que había encabezado el asalto y ocupación de tierras por la fuerza, seguidas de altercados y violencia. Incluso, como consecuencia de sus excesos, había sido expulsado de La Mostoleña, una agrupación de campesinos sin recursos, que tenían como fin el cultivo colectivo de las tierras comunales del Soto. Andrés apenas había cruzado el saludo con él en toda su vida. Sin embargo, un incidente ocurrido antes de las elecciones de febrero les convirtió en enemigos acérrimos. En los últimos días de enero, antes de los comicios, se había celebrado un mitin del Frente Popular en el recinto del baile. Asistieron diputados y gente importante de la política de todas las facciones de izquierdas. El evento se desarrolló sin problemas, y cuando terminó, se organizó una pequeña fiesta en la que el vino corrió a raudales. La tarde anterior, Fuencisla, la cuñada de Andrés, esposa de su hermano Clemente, se había puesto de parto. La noche fue muy larga, y con la llegada del día, Eladía, la matrona, tuvo que mandar llamar a don Honorio porque pensaba que se le iban la madre y el niño. Al final, después de horas tensas, de falta de sueño y de un doloroso

parto, Fuencisla parió un niño hermoso y sano que pesó casi cuatro kilos. Los dos hermanos, agotados pero felices, se acercaron a la fiesta que se oía desde la casa con el fin de celebrar la llegada al mundo del tercer hijo de Clemente, y su primer varón. El padre estaba radiante. Clemente y Andrés se mezclaron con la gente que celebraba la terminación del mitin. Todo iba bien hasta que Merino les reprochó que no hubieran asistido al evento político. Clemente le contestó sonriente que había tenido cosas más importantes que hacer, y le dio la noticia de su nueva paternidad. No debió ser excusa suficiente para Merino y, en vez de darle la enhorabuena, como hacía todo el mundo, profirió unas palabras denigrantes dirigidas a Fuencisla y a su recién nacido. Andrés le recriminó antes de que su hermano reaccionase, encendido por el injusto ataque. Se interpuso entre los dos y le instó a Merino a que se marchase y les dejase en paz. Pero no se movió, se mantuvo desafiante, y cuando habló fue para llamarles a los dos cerdos fascistas. Andrés le empujó indignado y los dos hombres se enzarzaron en una pelea. En el fragor de los puñetazos y los empujones, alguien alertó de que Merino llevaba una navaja. Andrés sólo tuvo tiempo de esquivarlo en parte, pero no evitó que la fría hoja de hierro se clavase en su mano. El revuelo fue terrible. La Guardia Civil se llevó detenido a Merino y se le impuso una pena de cárcel de un mes. La mano curó rápido, porque fue un corte superficial. Más amargo fue el primer encontronazo con Merino cuando salió de la cárcel. Le amenazó con que anduviese con cuidado y que procurase guardar sus espaldas. Desde entonces, Andrés intentaba ignorarle.

Mercedes tiró del brazo de su marido para alejarlo de Merino. Ella sabía muy bien que la verdadera razón de aquella inquina hacia él no sólo procedía de que fuera propietario de algunas fanegas de tierra con las que ganarse la vida, sin tener que depender más que de su trabajo y de que lloviera cuando tuviera que hacerlo, sino de un desagradable incidente en el que Merino, con excesiva impertinencia y algo más que grosería, la pretendió como novia cuando ya hablaba con el que después se convertiría en su marido. Aquel rechazo no se lo perdonó, ni a ella ni a Andrés (ignorante del hecho para evitar males mayores, tal y como le había aconsejado su madre, que conocía bien —por edad y experiencia— el carácter de los hombres con lo que consideraban suyo).

—Vámonos, Andrés.

—Señoritos de pacotilla, cerdos caciques, eso es lo que sois los dueños de la tierra.

La tensión entre ambos hombres ascendió para desesperación de Mercedes que, al comprobar que su marido intentaba soltarse de su brazo para encararse con aquel hombre, se aferró más a él.

—Vámonos, no hagas caso. No ofende quien quiere sino quien puede.

Andrés se dejó llevar por su esposa, y se alejaron Pradillo abajo. El día invitaba al paseo. En ese momento, el cura, don Ernesto Peces, pasó por delante

de ellos.

Mercedes lo detuvo.

—Don Ernesto, ¿sabe usted qué está pasando?

El rostro del cura reflejaba preocupación. Miró a la pareja, y luego se volvió hacia el numeroso grupo que se había formado en el Pradillo.

—Pues... no lo sé muy bien, Mercedes, hija, dicen que se ha sublevado el Ejército, y que el Gobierno ha pedido a los afiliados de cualquier sindicato o partido que se alistén en sus sedes o en las casas del pueblo. Esto puede estallar en cualquier momento, no sé por dónde, pero esto revienta de todas maneras... —se persignó, compungido—. Que Dios nos ampare.

—¿Tan grave es la cosa?—inquirió Andrés.

—Sólo Dios sabe adónde nos llevará esto —miró con desasosiego hacia el tumulto, para luego volver los ojos a la pareja—. Si me perdonáis, tengo un poco de prisa.

Se disculpó, les echó una bendición rápida, casi a escondidas, y se alejó apresurado.

Andrés y Mercedes apenas hablaron durante el corto paseo. Observaban a la gente pasar de un lado a otro. El ambiente nada tenía que ver con lo apacible de cualquier mañana de domingo, al contrario, era inquietante y alterado.

Cuando transcurrieron los quince minutos, fueron a recoger las fotos.

—Vete para casa, me acercaré a la casa del pueblo a ver si me entero de lo que está ocurriendo.

—No, voy contigo —sentenció Mercedes.

Andrés se volvió hacia ella, miró la foto y sonrió.

—Has salido muy guapa.

—No digas tonterías, he salido fatal, mira qué cara, y ya se me ve gorda.

Andrés le puso la mano sobre el vientre.

—¿Se mueve mucho?

—No para —se miró la tripa y sonrió—. Me gusta sentirlo. Lo peor de todo son las ganas de vomitar que tengo por las mañanas.

—Ya te ha dicho don Honorio que se pasará.

—Eso espero, porque si tengo que aguantar las náuseas en cada embarazo renuncio en este momento a tener más hijos.

Andrés sonrió y acarició su rostro.

—Vamos a tener por lo menos seis.

—Claro, como tú no tienes náuseas, ni te vas a poner como un tonel, ni vas a tener que traerlos al mundo con unos dolores...

Le puso la mano en los labios para que detuviera sus protestas.

—Siempre cuidaré de ti, y de lo que venga.

—Bueno, pero éste tiene que ser una niña, y se llamará Prados.

Andrés se irguió orgulloso y sonrió con la altivez de pavo real.

—Éste es un niño como un castillo, ya lo verás, y le llamaremos Manuel, como mi padre; después, que vengan todas las niñas que quieras.

La dio el sobre con las dos fotos.

—Anda, ve a enseñárselas a tu madre. Le gustará verlas. Yo voy en seguida.

—No hagas tonterías, Andrés.

—No haré tonterías, te lo prometo. Ve a casa.

Mercedes entró en la casa. Su madre, sentada en la camilla que había junto a la ventana, hablaba con doña Eloísa, la mujer del médico. En principio, nada extraño había; las dos mujeres, a pesar de ser una criada y otra señora, se llevaban como hermanas, eran de la misma edad, habían crecido juntas y vivido puerta con puerta; Nicolasa aprendió de niña a leer, escribir y a hacer cuentas gracias a Eloísa que insistió a sus padres para que la acompañase a la escuela, librándola en muchas ocasiones de acudir al campo y al pilón a lavar la ropa. Pero cuando los ojos de Mercedes se acostumbraron a la grata penumbra de la sala percibió el reflejo de preocupación en sus rostros.

—Buenos días, doña Eloísa —dejó el sobre con las fotos sobre la mesa sin dejar de mirar a una y a otra—, ¿ocurre algo?

—Dice Eloísa que el Ejército se ha sublevado en Marruecos.

—Ya lo sé. Hay mucho jaleo por el Pradillo, y creo que también en la casa del pueblo.

—¿Dónde está Andrés? —inquirió la madre, al comprobar que no entraba su yerno.

—Se ha quedado a ver qué oía.

—La cosa es muy grave —intervino doña Eloísa—. Honorio ha hablado con mi cuñado Crescencio, el que trabaja en el periódico, y le ha dicho que en Madrid hay mucho revuelo, y que el Gobierno ha requisado todos los diarios, y Honorio dice que eso es porque no quieren que se cuente la verdad sobre lo que está pasando.

—Esperemos que esto se arregle de una vez.

—No sé yo. Las cosas llevan mucho tiempo demasiado tensas. Lo que ha pasado en los últimos meses con el Ayuntamiento, y con lo del Soto, y lo de la ocupación del coto de la duquesa de Tamames por los chiqueros, que al final ni la Guardia Civil ni el alcalde han hecho nada para restablecer las cosas a su sitio, y ahí siguen, como si fuera suyo —calló un instante, para añadir con un ademán de disconformidad—: es que hay cosas que no pueden ser.

—Hay que reconocer que la gente está pasando mucha necesidad, y hay algunos que tienen una ralea... —la señora Nicolasa hizo una mueca de hartazgo, que acompañó con la mano—. Prefieren dejar las tierras sin labrar antes que dar trabajo a los del pueblo.

—También llevas razón en eso, pero entrar, así por las buenas, en la propiedad de otro, sin que nadie haga nada por remediarlo, no sé, no me parece bien.

Un silencio raro envolvió las cabezas de las tres mujeres. Mercedes seguía de pie, delante de la camilla. Entonces Nicolasa se percató del sobre y lo cogió, sacando las fotos. Abrió una sonrisa satisfecha.

—¡Qué guapa has salido, hija! Y en ésta con Andrés..., qué foto tan bonita.

Mientras miraban las fotos, pareció que, por un instante, los negros augurios que se cernían sobre sus vidas se difuminaban en el aire fresco que proporcionaban el grosor de las paredes de adobe, aislando el interior de la fuerte calima, del fuego abrasador del sol de aquel domingo de julio.

Después de dejar a Mercedes, Andrés enfiló la calle Antonio Hernández, con el fin de comprobar el ambiente de la casa del pueblo, donde también se hallaba la sede de La Mostoleña. En el cruce con la calle del Cristo se encontró con Amanda Francos, la maestra.

—¿Qué se sabe?—le preguntó.

—Vengo a enterarme; en el Pradillo andan muy alborotados.

—Si no te importa, te acompaño. Yo también quiero saber qué está pasando.

Andrés no dijo nada. Con las manos en los bolsillos, continuó el camino, en un silencio incómodo. Fue la maestra la que intentó atenuar la presentida incomodidad de Andrés.

—¿Cómo está Mercedes?

—Sigue con muchas náuseas por las mañanas. Pero por lo demás, todo está bien.

—Tiene cara de un niño, y a me lo contarás.

—Ojalá sea como usted dice, doña Amanda. Nada me haría más feliz que este primero fuera un varón.

—No me trates de doña, Andrés, ni me gusta ni me lo merezco.

—Es que no me hago a llamarla de otra manera, doña Amanda. Compréndalo, usted es la maestra.

Amanda Francos suspiró cansina. Sabía que era una batalla perdida, con él y con la mayoría de los hombres y muchas de las mujeres del pueblo. No sólo le colocaban el doña delante de su nombre, sino que creaban un muro infranqueable imposible de traspasar si no era para hablar, en el que caso de que se diera, de asuntos de la escuela y de los chiquillos.

—¿Y Fuencisla? Me dijo que tenía a la pequeña María con fiebre.

—Algo le oí comentar a mi hermano, pero no me enteré mucho.

—Ya me pasaré luego a verla. La pobre, con lo llorón que le ha salido el chico.

—Sí que es verdad, tiene buenos pulmones.

Sabía que no era un buen momento para hacer la pregunta que le venía rondando desde hacía meses, pero era la primera vez, desde que se habían casado, que se encontraba a solas con Andrés, y no quiso perder la oportunidad.

—Cuando Mercedes tenga el niño, ¿dejarás que siga viniendo a mis clases?

Andrés la miró ceñudo.

—¿Usted se cree que los hijos se crían solos, como los animales?

—No, hombre, pero sólo se trata de un par de horas a la semana, y tu suegra...

—Doña Amanda —la interrumpió, molesto con la conversación—, la Mercedes sabe lo que tiene que saber, no necesita aprender nada más para cuidarme a mí y a la prole que nos venga. No quiero que la meta más sandeces en la cabeza. La mujer está *pá* lo que está, y cuanto más lee más estúpida se vuelve.

—Andrés, eso no es justo...

—Usted, con todos mis respetos, dedíquese a lo suyo, enseñar las reglas a los niños. Deje lo demás como está.

Ella tragó saliva y mantuvo silencio. No quería entrar en una polémica que podría complicar las cosas a Mercedes. Al fin y al cabo, aunque fuera a escondidas, ella seguía leyendo los libros que le prestaba.

Amanda Francos procedía de Talavera de la Reina. Había llegado a Móstoles hacía cuatro años para dar clase en las escuelas y, desde el principio, su presencia había provocado mucha polémica en el pueblo debido a su implacable defensa para implantar los derechos de la mujer en igualdad con el hombre, pretendidos por la Constitución y las leyes republicanas, con éxito diverso y a todas luces exiguo. Era consciente de que el trabajo sería duro, lento y muy ingrato; no era asunto de poco tiempo cambiar las mentalidades ancladas desde hace generaciones; pero como en algún momento había que empezar, a los tres meses de llegar a Móstoles y de hacerse cargo de las escuelas, decidió impartir clases dirigidas a los adultos para el aprendizaje general de escritura, lectura, cuentas y comprensión de textos. Su intención era, sobre todo, que la gente del pueblo leyera, tan sólo eso sería un buen inicio. El primer escollo que encontró fue la actitud tajante del Ayuntamiento que le negó la utilización de las aulas de las Escuelas para desarrollar ese cometido. Así que decidió hacerlo en la salita de su casa. Las clases eran gratuitas, y podían asistir todos los mayores de catorce años que quisieran aprender aquello que pudiera enseñarles. Durante aquellos cuatro años de clases, sólo asistieron mujeres, la mayoría a escondidas de sus hombres, incluso de sus madres. A los pocos meses se había granjeado el odio visceral de algunos vecinos, debido al excesivo interés que mostraron algunas alumnas aventajadas, no sólo en acudir a las clases, sino al afán de leer, una actividad casi ignorada hasta entonces por la mayoría de las féminas. En más de

una ocasión había tenido que soportar la protesta airada de algún marido, padre o hermano, porque no veía con buenos ojos que su esposa, hija o hermana dedicase el tiempo a escribir frases sin sentido sobre un cuaderno de papel pautado, desatendiendo, según sus palabras (nunca ciertas por otro lado) sus tareas. Algunas de las alumnas mayores eran torpes y algo lerdas para el aprendizaje más elemental, sin embargo, otras, las menos, denotaban una inteligencia que, bien formada, podría sacarlas del ostracismo en el que vivían por pura inercia de una sociedad que relegaba a las mujeres a una vida anodina, ajena a la cultura, mujeres enseñadas y dedicadas a las labores de la casa, cuando no a la ayuda en el campo, y siempre al cuidado de los hombres y la familia. En esa tarea, se interesó por Mercedes, una de las alumnas más sobresalientes e interesantes; ella fue la primera que llamó a la puerta de la escuela doméstica de Amanda Francos. Con catorce años, ya conocía las cuatro reglas y algunas cuentas aprendidas de su madre, para que pudiera defenderse en la vida, decía. Pero Amanda la introdujo en el gratificante mundo de la lectura, un mundo al que Mercedes entró con pasión, pero con mucha discreción, y a que su madre temía que pudiera acabar tan confusa y perdida como estaba la maestra. Seguir soltera a los treinta años era un estigma difícil de sobrellevar, y daba mucho que hablar a los vecinos del pueblo; aunque la realidad sobre su estado civil era otra muy distinta, una realidad que, de forma voluntaria y consciente, había ocultado a todos. Había sido una de las primeras en solicitar el divorcio, tras la aprobación de la ley en 1932. No quiso soportar la convivencia con un hombre obtuso de mente, que durante el noviazgo se mostró dócil y solícito hacia ella, y que, tras la boda, el primer día que salió a cumplir con su trabajo de maestra, le quemó todos los libros que, con mucho esfuerzo y grandes sacrificios, había ido acumulando gracias al dinero obtenido de impartir clases particulares a niños negados para hacer la o con un canuto. A su regreso, sólo pudo ser testigo de la columna de humo que salía de la pira formada por más de doscientos libros, prendida con rabia a sus hojas. Creyó morir. Su primera reacción fue lanzarse al fuego para salvar alguno de los ejemplares; pero fue un intento inútil. El desgarró que sintió ante semejante espectáculo fue brutal, sin embargo, lo que más le dolió fue la indolencia de su esposo: observó con desprecio su desesperación, y lo único que dijo fue que se le pasaría pronto, sus labores en la casa y la llegada de los hijos la curarían de todos los males; y para terminar aquel nefasto día la prohibió volver a trabajar, ni en la escuela ni impartiendo clases particulares. Era el otoño del año 31, cuando se estaba debatiendo la Constitución de la República con las posibilidades que se habrían en ella para los derechos de la mujer, incluido el divorcio. No le quedó más remedio que aguantar y obedecer. Huérfana de sus clases y de sus libros, pasó los peores meses de su vida, hasta que llegó su oportunidad. Pidió el divorcio el mismo día que entraba en vigor la ley. Cuando su marido se enteró, la pegó una paliza que a

punto estuvo de matarla. No esperó ni un minuto. Con lo puesto, tan sólo con sus ganas de seguir adelante, emprendió un camino que la llevaría a Móstoles, donde retomó de nuevo su propia vida, sin arrastrar ni un ápice de su pasado. Poco la importaban la habladurías sobre su soltería. Era consciente de que la razón de que ningún hombre del pueblo se le acercase (a pesar de ser una mujer muy atractiva) era porque se sentían amedrentados ante su facilidad de palabra, su cultura, su capacidad de razonar y discernir cualquier planteamiento, llevado a un diálogo coherente que en más de una ocasión había dejado en ridículo a compañeros suyos, maestros entrados en años y hombres que llevaban puesta la aureola de una intelectualidad malentendida, o, más concretamente, por su única condición de ser varones y, por lo tanto, creerse superiores a cualquier mujer, por muy preparada que aparentase estar.

En el caso de Mercedes, su asistencia a las clases de Amanda se habían interrumpido unos meses antes de casarse con Andrés, poco partidario de que su futura esposa anduviera en boca de todos por atender a las extravagancias, como él decía, de la maestra. Ella aceptó sin rechistar las consignas del que se iba a convertir en su marido, pero la curiosidad y, en cierto modo, la admiración que sentía por esa mujer, distinta a todas las que conocía, podía mucho más que su obligación como esposa, aderezados con los consejos maternos o las habladurías que circulaban sobre ella. A las clases no asistía porque le resultaba imposible, pero Amanda le proporcionaba libros de literatura, poesía o ensayo, que leía a escondidas, cuando Andrés estaba en el campo y su madre se ausentaba para hacer alguna faena.

La calle del Soto era un barullo de gente que se amontonaba en la puerta de la sede. Nada más llegar, la voz potente y autoritaria de Merino, resaltó en medio del grupo.

—¡El que quiera ir a Madrid a luchar contra el fascismo y acabar de una vez con la injusticia, que me siga!

—¿Cómo vamos a ir? —preguntó uno.

—El coche del médico nos servirá a unos cuantos, y la camioneta de Eliso. Vamos, no hay tiempo que perder. Nos espera la revolución.

Merino levantó el puño y un grupo de unos veinte hombres enfilaron la calle en dirección al centro.

—¿Tú no te alistás?

La pregunta de la maestra desconcertó a Andrés.

—¿Yo? ¿Por qué iba a hacerlo?

—La revolución es necesaria para que este país avance por fin y se quite el lastre de tanto mal nacido que pretende seguir pisoteando los derechos de los pobres, mientras unos pocos privilegiados puedan seguir viviendo de forma

holgada.

—No me meta en sus líos políticos, doña Amanda. Mi lucha es levantarme cada día al amanecer y dejarme las manos en la tierra para dar de comer a mi familia.

—Por eso mismo, Andrés, no sólo por ti que te dejas los riñones y las manos en la tierra para alimentar a tu gente, sino por Mercedes, por los hijos que te han de venir, por ellos tienes la obligación de seguir a esa gente y luchar, para acabar de una vez con la incultura que azota a este país y que le hace incapaz de pensar por sí mismo manteniéndolo hundido en la miseria. La República puede conseguir...

—No soy alumno suyo —la interrupción fue severa, y su gesto grave e intenso enmudeció a la maestra—, y, con todos los respetos, no le permito que me hable como si fuera uno de ellos. Para labrar la tierra no necesito de sus libros ni de sus enseñanzas, y mucho menos de su revolución. Vaya usted detrás de ellos, luche si quiere; pero a mí déjeme en paz con mi vida y mis miserias. No tengo que empuñar un arma ni matar a nadie para sacar adelante a los míos. Déjenos en paz de una vez, y no meta más veneno.

La maestra le observó durante un rato; sus sentimientos se medían entre la decepción, el fracaso y la comprensión. Era consciente de las dificultades para conseguir esos ideales que tanto anhelaba. Era necesario tiempo para cambiar. Sabía que Andrés era un buen hombre, algo chapado a la antigua, hombre de su tiempo que no permitía ciertas lindezas, sobre todo respecto a su recién estrenada esposa, sin embargo, le apenaba ver cómo se rendía a un futuro plano y anodino en vez de luchar por despejar el camino hacia un horizonte mucho más amplio y enriquecedor.

—Ojalá tuvieras razón, Andrés. Ojalá no fueran necesarias las armas...

La maestra esquivó la incómoda mirada de Andrés. Se volvió hacia el grupo de hombres que ya doblaban la esquina. Entonaban a voz en grito *La Internacional*. Se despidió con un simple adiós y siguió los pasos de los que se dirigían, precisamente, a empuñar las armas. Andrés se la quedó mirando, pensativo. Aquella mujer le desconcertaba.

Cuando todo el grupo desapareció de su vista, Andrés emprendió el regreso a casa. En el camino se encontró a varios vecinos que comentaban lo grave del asunto. Inopinadamente, aquel domingo de julio estaba resultando de lo más extraño. Aparte del revuelo que se había formado por la sublevación del Ejército, las mujeres no acudían a misa, como era lo normal a esas horas, los chiquillos, en vez de estar jugando ajenos a todo lo que ocurría en el mundo de los mayores, seguían con curiosidad a los grupos de hombres que gritaban consignas políticas, o a los que se decidían ir a Madrid.

Vio subir por la calle del Cristo a Clemente.

—¿Te has enterado? —le preguntó su hermano.

—¿De qué, de lo de los militares de África?

—No, de que le han quitado el coche a don Honorio, y a Eliso la camioneta; por la fuerza. Este empeño de hacer todo por las bravas nos va a salir caro a todos, y si no, al tiempo.

—¿Qué piensas hacer?

—¿Yo? Nada. Pasar el domingo tranquilo, y mañana a trabajar la huerta. A mí estas cosas de política ni me van ni me vienen.

Andrés no dijo nada. Clemente era tres años mayor y la responsabilidad de ser padre le había cambiado mucho. Su máxima preocupación era que la tierra que le había dejado su padre le diera lo suficiente para alimentar a sus tres hijos. No aspiraba a más.

En la puerta de la casa encontraron a Mercedes y a su madre consolando a una compungida y llorosa doña Eloísa, a cuyas faldas se aferraba, con gesto asustado, su hija Genoveva. Un poco más apartados, don Honorio, desencajado, hablaba con el tío Manolo, con el cura y con otros dos hombres.

Mercedes, en cuanto le vio, se echó a sus brazos.

—¿Dónde estabas?

—Ya te lo dije, en la casa del pueblo. ¿Qué ha pasado?

—Han llegado un grupo de hombres dirigidos por Merino y le han dicho a don Honorio que se llevaban el coche. No sabes cómo se han puesto. Yo creía que le daban. Eloísa estaba con nosotras en casa, menos mal, y la niña, pobrecita, ella nos ha avisado, estaba aterrada porque ha visto cómo zarandeaban a su padre.

Andrés dejó a Mercedes en el grupo de las mujeres y se acercó con Clemente hasta donde estaban los hombres.

—¿Está usted bien?

—He estado mejor, Andrés, pero es que no entiendo a esta gente. Todo lo tienen que hacer por la tremenda.

El tío Manolo miró con gesto grave a los dos sobrinos.

—Vosotros ya podéis tener cuidado, ese Merino no me gusta nada, y desde que no tenemos destacamento en la Guardia Civil, aquí ni hay orden ni hay nada. Así que andaros con cuidado, sobre todo tú, Andrés, te tiene ganas y se le nota.

—Ése no se le ocurre volver a acercarse. Es un cobarde.

—No hay nada peor que un cobarde. El que te va de frente le ves venir. Te lo advierto, ándate con ojo.

Los dos hermanos se miraron. Sabían que el viejo tenía razón. Merino y la comparsa que le seguía podían ser capaces de cualquier cosa, y más en un momento como aquel de confusión y revuelta.

Doña Eloísa consiguió calmarse y entró a su casa del brazo de su amiga Nicolasa. Las vecinas, arremolinadas en las esquinas de la calle, observando en una prudente distancia lo que había sucedido, se fueron marchando a sus quehaceres, hablando entre dientes, murmurando lo sucedido con el coche del

médico.

Todo parecía regresar a una calma tensa, una calma de domingo de julio, de día de descanso, de siesta, de paseo y tertulia serena. Un día en el que algo se había quebrado definitivamente para todos.

Andrés entró en la casa, vio la foto de Mercedes sobre la mesa, la cogió y la miró un rato. Ella se acercó para contemplarla con él.

—Le diré a Marcelino que me haga unos marcos.

—Ésta no quiero que la enmarques.

—¿Por qué no?

—Porque la voy a llevar siempre conmigo.

La metió entre el bolsillo de su camisa, junto al corazón. Se volvió hacia su esposa y la abrazó muy fuerte, entristecido, como si le hubiera abordado un terrible presentimiento y temiera que en un instante desapareciera de sus brazos.

—Te prometo que siempre estaremos juntos.

—Lo sé, lo he sabido siempre —musitó ella, dulcemente.

Capítulo 2

Doña Brígida seguía a su marido por el pasillo de la casa insistiendo en que no debería salir a la calle, mientras don Eusebio espetaba intransigente.

—No pasa nada, mujer, ya has visto el periódico, ni una sola noticia alarmante. Todo se ha quedado en Marruecos.

—¿Y si no dicen la verdad de lo que está pasando?

—Pero qué ignara eres, Brígida, ¿qué crees, tontita, que un diario serio y formal como el *ABC* va a seguir las consignas de una censura? Cómo se nota que estás aquí, protegida en tu urna de cristal, al margen de cualquier problema de fuera, ajena de lo que es el mundo real.

Don Eusebio Cifuentes Barrios hablaba mientras, delante de la luna del perchero que había en el recibidor, se colocaba la chaqueta con mucho esmero.

—Pero en la calle hay tiros... y revueltas...

—Pues andaría bueno si me dejo llevar por esos haraganes que llevan meses sin trabajar —contestó, sin dejar de mirarse en el espejo, ajustándose la corbata al cuello. Luego, cogió el sombrero y se volvió hacia ella, dedicándole un gesto indulgente—. Nada me va a impedir salir a tomarme el vermú de los domingos, faltaría más. Si la gente decente permitimos que esos mequetrefes se hagan los dueños de las calles, entonces sí que estamos perdidos.

—Por Dios, Eusebio —suplicó la esposa—, que ayer mataron a ese constructor, aquí mismo, en el portal de al lado; que la cosa es muy grave.

Don Eusebio manifestó en su rostro el hastío por tanta insistencia.

—Eso es por la huelga; yo soy médico, me dedico a traer niños al mundo, nada tengo que ver con los conflictos callejeros que nos abrasan desde que tenemos a este Gobierno de inútiles y truhanes.

Don Eusebio abrió la puerta y salió al descansillo.

—Estaré de vuelta a la hora de la comida.

Doña Brígida se quedó en el quicio, viendo cómo su marido bajaba la escalera. Se puso la mano en el pecho, preocupada. Cuando iba a cerrar vio que Mario, su hijo mayor, se acercaba a grandes zancadas por el pasillo.

—¿Y tú, adónde te crees que vas?

—He quedado con Fidel y Alberto. No me esperéis a comer.

La madre cerró de un portazo y se puso delante de la puerta con los brazos cruzados, haciéndose fuerte e impidiendo el paso a su hijo.

—Tú no vas a ninguna parte.

—Voy a la piscina de El Pardo.

—He dicho que tú no vas a ningún sitio.

Mario la miró condescendiente.

—No te preocupes por mí, mamá. El padre de Alberto nos deja su coche. Vamos a darnos un baño y a pasar el día fuera de Madrid. Estaré de vuelta por la

tarde.

—Mario, hay gente armada por la calle.

—Yo no me meto con los que van armados y, además, estarán por el centro, no creo que vayan con las pistolas a darse un chapuzón hasta El Pardo. Te digo lo mismo que te acaba de decir papá, a mí no me cortan el plan de salir estos que se pasean...

—Que se pasean con armas y que matan a la gente, Mario. Parece mentira que no os deis cuenta de lo grave de la situación.

Un silencio se hizo entre la madre y el hijo.

Mario la cogió de los hombros.

—Tendré cuidado. Te lo prometo.

La besó en la frente, con la misma delicadeza que ella lo hacía cuando era un niño, y, con suavidad, la retiró de la puerta.

Doña Brígida abrió la boca para insistir en lo inconveniente de salir de casa, pero le interrumpió una voz procedente de la cocina que le resultó más molesta que de costumbre.

—Señora, el caldo ya hierve. ¿Echo los avíos o quiere que espere?

Mario aprovechó el pequeño desconcierto de la madre, abrió la puerta y se marchó corriendo escaleras abajo.

—Mario, te lo suplico, ándate con cuidado.

Petrita asomó la cabeza por la puerta de la cocina, secándose las manos con un trapo.

—Señora, que si...

—Ya, Petrita, y a te he oído —la interrumpió con impertinencia, sin ocultar su irritación—. Ahora voy, no seas pesada, que no estoy sorda.

Petrita se metió para la cocina haciendo un mohín desganado, a sabiendas de que la señora no la podía ni ver. Mientras, doña Brígida cerraba de nuevo la puerta de la casa, con la plena convicción de que, desde hacía unos días, algo se estaba rompiendo definitivamente. Tomó aire, y con un suspiro de congoja, entró a la cocina para organizar la intendencia de la comida familiar del domingo.

Don Eusebio Cifuentes se subió a su flamante Ford. Lo había comprado en mayo, después de deshacerse del antiguo Chrysler de segunda mano que ya le estaba causando muchos problemas. Estaba orgulloso de su nueva adquisición. Jactancioso, miraba la carrocería negra, impoluta, reluciente bajo el sol de la mañana. Se acomodó en el asiento de piel. Olía a nuevo. Introdujo la llave en el contacto y giró con suavidad. El ruido del motor le sonaba a música celestial. Metió la marcha y apretó, suavemente, el pedal del acelerador. Enfiló la calle del General Martínez Campos y giró por el paseo de la Castellana. Eran cerca de las doce de aquel domingo caluroso de julio. En siete días, estarían de camino a

Santander para pasar todo el mes de agosto y librarse del calor pegajoso de Madrid, comiendo buen pescado y disfrutando del verdor del campo. Sólo de pensarlo, en sus labios se dibujó una leve sonrisa de satisfacción.

Vio a un grupo de gente salir de una iglesia. Ellos mismos habían acudido, a la hora y lugar habitual, a la misa dominical sin percance alguno. A pesar de los temores de su esposa y de los rumores sobre la gravedad del levantamiento del Ejército en Marruecos, la jornada se estaba desarrollando sin ningún contratiempo sobresaliente, de acuerdo con su criterio. Recorrió el paseo de Recoletos, a poca velocidad, mostrando así, con envanecido orgullo, su nueva adquisición, hasta llegar al hotel Ritz. Aparcó en la misma puerta. Al bajarse, un coche muy parecido al suyo pasó cargado con al menos ocho hombres apretujados en su interior, erizado de fusiles que asomaban por las ventanillas. Era evidente que el conductor no sabía manejarlo; daba acelerones y frenazos y llevaba poco control de la dirección, haciendo eses como si fuera ebrio. Habían pintado en las puertas y en el capó las letras CNT, y entre el jolgorio y las risas gritaban: « Muerte a los fascistas » y vivas a la República y a la revolución. Don Eusebio los siguió con la mirada, receloso, hasta que se perdieron por el Paseo del Prado. Sólo entonces entró en la cafetería del hotel. Buscó con la vista al chico que siempre aparecía, solícito, para recoger su sombrero. Miró a su alrededor, extrañado. A esas horas, lo normal es que estuviera lleno de hombres y algunas damas distinguidas tomando su aperitivo; sin embargo, sólo media docena de personas permanecían sentadas en las dos mesas más alejadas de la entrada. Reconoció en una de ellas a dos de sus colegas. Llamó la atención del camarero que estaba apoyado en la barra.

—Prudencio, ¿dónde está el chico? —inquirió, manteniendo la mano erguida, sujetando el sombrero a la espera de que alguien lo recogiera—. ¿Voy a tener que quedarme así toda la mañana?

Prudencio, un hombre mayor, bajito y regordete, que sudaba por el cogote a consecuencia de lo apretado del cuello de su chaquetilla, se acercó obsequioso y le cogió el sombrero.

—Lo siento, don Eusebio, pero el chico se ha ido, y los demás también. Sólo quedamos el encargado y yo mismo, para servirle a usted en lo que guste mandar.

—¿Y adónde se han ido todos?, si puede saberse.

—La mayoría se han alistado, señor; otros, simplemente, se han despedido.

—Así, por las buenas.

—Así, por las buenas —repitió el camarero, con prudencia, haciendo honor a su nombre.

Don Eusebio lo miró de reojo, con cierto aire despectivo.

—Está bien, Prudencio, ponme lo de siempre.

Se dirigió a la mesa en la que estaban sentados Luis de la Torre y Emeterio

Vargas, médicos que, como él, trabajaban en el hospital de la Princesa. Cuando lo vieron acercarse, los dos colegas se levantaron. Tenían el gesto tenso.

—¿Qué os pasa? No me digáis que vosotros también estáis asustados.

—Eusebio, ¿no te has enterado? —preguntó Luis de la Torre—. Se han llevado a Isidro.

—¿A Isidro? ¿Adónde se lo han llevado?

—No lo sabemos. Iba a misa con Margarita y la niña, y en la misma puerta, un grupo de hombres armados les pidió la documentación. No la llevaban encima, quién se iba a imaginar que les iban a pedir la cédula en la iglesia.

—Pero ¿no les dijo quién es? Habría sido más que suficiente.

—Ahora ya no. Por lo visto, según cuenta la pobre Margarita, se identificó, pero ellos le contestaron que tenía pinta de fascista. Sin más, lo metieron en su propio coche y se lo llevaron. La pobre Margarita está destrozada.

Se calló cuando el camarero puso el vermú de costumbre sobre la mesa. Tras retirarse, la conversación continuó.

—Pero ¿lo ha denunciado? ¿Ha dado parte a la policía?

—Yo mismo la he acompañado a la Dirección General; no saben nada, y tampoco nos han dado solución alguna, simplemente que esperemos, que ya aparecerá. Mucho me temo que no estemos ante una detención, esto es un secuestro en toda regla, y no quiero pensar en cómo pueda acabar.

—No dramáticos, Luisito, que no es para tanto.

—Mira lo que le hicieron a Calvo Sotelo, y eso que era diputado.

Don Eusebio quería aferrarse a una normalidad que se le escapaba como el agua entre los dedos. Se resistía a pensar que las cosas estaban realmente mal. Dio un trago largo a su vermú. Sobre la mesa había un ejemplar del diario *ABC*, el mismo que había leído don Eusebio en el salón de su casa.

—¿Habéis leído el periódico? —preguntó, señalando el diario con el dedo.

—Lo he ojeado por encima. Por lo visto no pasa nada, todo está controlado, la sublevación ha fracasado en todas partes.

—Pues lo que yo digo —terció don Eusebio, satisfecho—, todo normal; la anomalía la aportamos nosotros alterando lo cotidiano. Los problemas son de otros, no nuestros. El que haga huelga, que apenque con las consecuencias, que yo me levanto todos los días para cumplir religiosamente con mi obligación.

—¿Y tú te crees esta calma chicha de los periódicos? —intervino Emeterio Vargas con gesto serio.

—Otro igual —espetó don Eusebio—, vosotros, como yo, estáis suscritos desde hace años al *ABC*. ¿Cuándo no se ha contado la verdad en sus hojas? ¿Y la radio? ¿Tampoco os creéis lo que dice la radio? Porque yo ayer escuché con claridad en el noticiero de Unión Radio que la sublevación había sido aplastada, incluso en Sevilla.

—No lo he confirmado —intervino Luis, mirando a uno y a otro—, pero me

ha dicho gente que pudo sintonizar Radio Sevilla que allí está pasando justamente lo contrario de lo que nos están contando en Madrid.

—Pues mejor me lo pones. No estaría mal que los militares salieran de los cuarteles y pegaran unos cuantos tiros, a ver si por fin se pone un poco de orden en tanto desbarajuste.

—Tenían que haber actuado ya —masculló Emeterio, irritado, con la mirada perdida en su propia frustración—, hay que salir de los cuarteles y empezar a controlar las casas del pueblo, las sedes de los sindicatos, la radio y los periódicos. Están perdiendo demasiado tiempo.

Luis de la Torre prefirió no seguir con el tema. No tenía ninguna gana de entrar en disquisiciones interminables.

—¿Has venido en coche?

—¿Cómo voy a venir si no? —espetó don Eusebio, con gesto malhumorado—, están buenos los tranvías, como para subirse en uno. Creo que se suben hasta sin pagar y nadie les dice nada.

—Pues ya puedes tener cuidado; los están requisando todos, hasta los taxis se han puesto al servicio del Gobierno.

—A mí me tocan mi Ford y los fundo a palos.

—Bueno —terció Luis—, ahora lo importante es saber dónde se han llevado a Isidro. Nosotros hemos llamado a todas las comisarias de la zona y no saben, o no quieren decirnos nada. Un guardia me ha sugerido esta mañana que busque a alguien con influencia ¿Conoces a alguien a quien puedas pedir un favor?

Don Eusebio le dio un trago largo a su vermú, con gesto pensativo.

—No sé..., tenemos que mantener la calma. Si nosotros también nos liamos la manta a la cabeza, ya me diréis —volvió a callarse un instante, mientras meditaba—. Llamaré a Nicasio, tal vez él pueda hacer algo.

En ese momento, los sobresaltó el ruido seco de tres detonaciones precedentes de la calle.

Luis de la Torre se levantó y alzó la mano para avisar al camarero de que le cobrase.

—A esta ronda os invito y o.

Don Eusebio lo miró extrañado.

—¿Ya te vas?, pero si faltan todos por venir.

—No va a venir nadie más, Eusebio. Las cosas se están poniendo muy mal. Yo me voy a casa, a ver qué se oye en la radio, y no descarto salir mañana mismo de Madrid. Seguramente me iré a Burgos, Marta tiene allí unos tíos y podremos quedarnos hasta que la cosa se aclare un poco. No creo que esto dure mucho, pero prefiero salir de aquí, ahora que se puede.

—Espera —dijo Emeterio—, me voy contigo.

—Hala, hala, dejad que estos perdularios os alteren la vida; si cedemos en nuestras costumbres nos van a comer...

—Eusebio, no te confíes —le interrumpió Luis—. Tú también deberías irte a casa, hazme caso.

Don Eusebio no se movió, dando a entender que se quedaba.

—Haz lo que puedas por Isidro —replicó Luis—. Es tu amigo.

Los dos hombres salieron deprisa sin llegar a ponerse el sombrero en la cabeza. Don Eusebio los observó desde el ventanal.

—Atajo de cobardes —masculló.

Luego, se dirigió al camarero.

—Prudencio, acércame el teléfono, he de hacer una llamada urgente.

Marcó el número del domicilio de Nicasio Salas, director del hospital de la Princesa, pero nadie contestó.

—Qué raro...

Dejó el auricular sobre la horquilla. Consultó el reloj que llevaba en el bolsillo de su chaleco con la leontina de oro colgando, reluciente, sobre la tela oscura. A la vista de que nadie más aparecía a tomar el aperitivo de cada domingo, decidió regresar a casa. Desde allí volvería a llamar a su amigo Nicasio, él tenía contactos con gente importante de la Dirección General de Seguridad, y conocía a varios mandamases de la guardia de Asalto. Estaba seguro de que podría arreglar la situación de Isidro, fuera la que fuere. Mientras se calaba el sombrero que le había entregado el camarero, pensó en la alegría que le iba a dar a Brígida al verle de regreso tan temprano. Se despidió de Prudencio y se dirigió a la salida. Al flanquear la puerta rotatoria, se quedó helado. Media docena de hombres vestidos con monos de faena con cremallera, algunos enjaezados con correajes militares, rodeaban su coche, apoyados sobre él como si estuvieran a la espera. Sintió que le hervía la sangre por dentro y, sin ser consciente de que llevaban fusiles en la mano, se fue hacia ellos, increpándolos.

—Eh, eh, apartaos de ahí. Este coche se mira, pero no se toca.

Su arrogancia no tuvo efecto porque ninguno se inmutó.

—¿Es tuyo este carro? —preguntó uno de ellos.

—Usted a mí no me conoce para tutearme.

—Yo a ti te tuteo porque me da la gana, ¿te enteras?

Don Eusebio lo miró con gesto altivo. Otro, dio un salto y se subió en el capó.

—¡Bájate de ahí inmediatamente! —le gritó con denuedo.

A su espalda, alguien le dio un golpe en el sombrero que cayó al suelo rodando. Don Eusebio se volvió entre la alteración que lo fundía por dentro y el desconcierto. Mascullando frases de reprobación, se agachó para recogerlo, pero antes de que lo alcanzase, una patada se lo arrebató y empezaron a jugar con el gorro como si fuera un balón, mientras su dueño intentaba alcanzarlo con un vaivén ridículo.

—Voy a llamar a los guardias y os van...

—Aquí nosotros somos la autoridad —le espetó el que parecía el cabecilla del

grupo—. Este coche queda requisado para la causa de la República.

La indignación pudo con él y se lanzó contra el miliciano que le hablaba, dándole un empujón.

—De eso nada. Este coche es mío...

Don Eusebio ni siquiera supo qué fue lo que le impactó en la mejilla. El golpe lo dejó inconsciente. Cuando recuperó la conciencia, lo primero que sintió fue un intenso olor a orines. Intentó incorporarse, pero el dolor en la cara le hizo quedarse quieto. Se encontraba tumbado en una especie de catre con una colchoneta de donde procedía el hedor que le provocaba arcadas. Se sentó a pesar del escozor de la mejilla y el fuerte dolor de cabeza. Miró a su alrededor. Estaba en un cuarto pequeño, oscuro y húmedo, con un ventanuco por el que apenas entraba claridad. Las paredes estaban sucias. Frente a él había una puerta cerrada. Había sangrado por la nariz y el flujo oscuro se le había resecado alrededor de los labios, por la mejilla y por el cuello. Estaba sin zapatos y le faltaba la chaqueta, el chaleco y la corbata. Se palpó los bolsillos y se dio cuenta de que no tenía ni el reloj ni la cartera con el dinero.

—Hatajo de ladrones...

Se levantó y fue hacia la puerta, intentó abrirla pero estaba cerrada. La aporreó con el puño.

—Eh... ¿hay alguien ahí? —gritó con desespero—. ¿Puede oírme alguien? Eh, ¿alguien puede oírme?

El sonido de la cerradura le hizo dar un paso hacia atrás. La puerta se abrió y un hombre de aspecto zafio y dejado, con un cigarrillo amarillento colgando en los labios, le habló sin ninguna consideración.

—¿Por qué gritas tanto?

—¿Dónde estoy?

—Detenido.

—¿Por qué?

—No estoy autorizado para darte esa información.

—Pero...

—No hay más preguntas —sentenció el hombre, con ínfulas de guardia.

Iba a cerrar la puerta, pero don Eusebio se lo impidió.

—¿Y mi coche, y mi cartera, y mis zapatos? Esto es inconcebible. ¿Sabe usted quién soy yo?

Aquel hombre metido a miliciano desde hacía unas horas, que por primera vez en su vida sentía el placer de tener el control por el simple hecho de llevar una pistola terciada en el cinto, lo miró de arriba abajo, con desprecio.

—Claro que sé quién eres tú, una mierda, eso es lo que eres, una puta mierda.

Don Eusebio no reaccionó. No comprendía nada. La confusión le bloqueaba.

—Y ahora, te vas a estar calladito hasta que vengan a buscarte, ¿entendido?

Iba a cerrar la puerta de nuevo, pero don Eusebio preguntó algo, con la voz

más sumisa.

—¿Qué hora es?

El hombre lo miró entre la sorpresa y la desidia. Encogió los hombros.

—Hora de que te calles.

—¿Puedo avisar a mi esposa? Estará muy preocupada.

—Ya te he dicho que tienes que esperar a que vengan a buscarte.

Don Eusebio se arrojó hacia el miliciano, clamando que no podían hacerle eso. Al sentirse agredido, el guardia lo empujó con fuerza sin ningún miramiento y cerró la puerta. Don Eusebio trastabilló con torpeza y cayó al suelo. El portazo y el sonido hueco del cerrojo le causaron un terrible estado de ansiedad. Con dificultad para respirar, se levantó y se lanzó a la puerta para aporrearla, sin obtener ninguna respuesta. Al cabo de un rato, cansado y aturdido, se sentó en una esquina de la cama, con las manos metidas entre los muslos, encogido y acobardado. Hacía mucho calor y la humedad le provocaba una sensación pegajosa. Comenzó a tiritar de manera descontrolada a pesar de la canícula del ambiente. Sentía que se ahogaba en aquel lugar cerrado y hostil. Recordó la insistencia de su esposa. Avergonzado, reconoció para sí mismo (nunca lo haría en público) que ella tenía razón. Si le hubiera hecho caso, ahora estaría en casa, tranquilamente, enfundado en su batín de seda granate y sus cómodas zapatillas de piel, fumando un buen puro y disfrutando de una plácida tarde de domingo.

La ventana indiscreta

Me levanté temprano. Me había acostumbrado a madrugar para desayunar solo, antes de que llegase Rosa. Apagué la radio de la cocina que escupía noticias y anuncios sin parar; me puse un café muy caliente y me senté frente a la ventana para disfrutar del silencio, percibiendo lejano el murmullo de la ciudad que empezaba a desperezarse. Mirando mi rostro reflejado en el cristal impoluto con el fondo oscuro del día, todavía envuelto en la cerrazón nocturna, sorbí mi café humeante con delicada lentitud, sin la presión de un tiempo que para mí todavía no había empezado. Cuando me sentí algo más despierto, me di una ducha y me puse ropa cómoda. Me encerré en mi estudio y me senté ante mi mesa de trabajo. Encendí el flexo y puse en marcha el ordenador. Mientras arrancaba el sistema, saqué la caja de hojalata, la abrí y coloqué la foto junto a la pantalla. Mirando fijamente aquellas dos figuras estáticas, escuché mi propia voz.

—Estoy seguro de que hay algo que queréis contarme, pero ¿qué?, ¿cómo podría saber más de vosotros?

Posé los dedos sobre el teclado, abrí un archivo nuevo y escribí tres palabras: *Cuando todo acabe*. Esa frase se repetía varias veces en las cartas de Andrés, que ponía de manifiesto el futuro incierto al que deseaban llegar cuanto antes, y dejar, anclado en el pasado, la dolorosa separación que sufrían. Esperé inmóvil, aferrado a las teclas, con los ojos puestos en la pantalla blanca, hasta que me eché hacia atrás, derrotado por la insistente acinesia de mis dedos, la pesadez de mi mente, la ausencia pertinaz de ideas. Levanté los ojos por encima de la pantalla y dejé la mirada perdida. Estaba sentado frente a la ventana a través de cuyos cristales se atisbaba un trozo del cielo de Madrid (era el último piso) y al otro lado de un patio de luces no muy grande, incrustada en la pared, había una ventana algo más pequeña (perteneciente al edificio unido al mío por ese patio) con los fraileros siempre cerrados a cal y canto; era fácil deducir que allí no vivía nadie desde hacía mucho tiempo, seguramente años, teniendo en cuenta el estado de abandono que revelaba; al menos, yo, nunca vi a nadie. Sin embargo, aquel día, los viejos postigos estaban abiertos de par en par, y la tibia luz de una lámpara se deducía a través de la capa de polvo de los cristales y el encaje de unos visillos. Con curiosidad, fijé la vista más allá de mi ventana escudriñando el interior. De repente, al otro lado del cristal, apareció un rostro. Me pilló desprevenido y me sobresalté retirando los ojos un instante, pero en seguida volví la mirada a la sucia cristalera para ver la cara sonriente de una niña de unos diez o doce años que me saludaba con la mano. Algo avergonzado y con la sensación de haber sido pillado, levanté la mano y respondí al saludo. Sin dejar de mirarnos, estúpidamente inmóviles, como si ninguno de los dos supiéramos muy bien qué hacer, se retiró un mechón de pelo que le caía por la frente y se volvió para dirigirse a alguien; al momento, apareció junto a ella una anciana que me

dirigió una cálida sonrisa en forma de saludo cordial. Correspondí amable. No me alegró la idea de tener vecinos nuevos, al contrario, me desconcertó, siempre tenía la persiana subida y ni siquiera tenía cortinas; con habitantes en el piso de enfrente, me sentiría observado y podría llegar a ser una incomodidad y un motivo de alteración para mi concentración. La mujer habló algo a la niña, las dos me miraron y volvieron a saludarme antes de desaparecer de mi vista. Bajé la mirada a la fotografía en blanco y negro que presidía mi mesa, miré el teclado y luego la pantalla, pero no escribí nada en el documento que había abierto; busqué en Google información sobre Móstoles.

Capítulo 3

Apostada en una de los ventanales del salón, doña Brígida manoseaba el rosario y movía los labios en un rezo callado e indeliberado. El reloj de pared, que rompía con sonido isócrono el terrible silencio en el que estaba envuelta desde hacía horas, marcó las ocho.

No se extrañó demasiado cuando su marido no llegó a la hora de la comida. Estaba acostumbrada a sus desplantes; muchas eran las veces que se quedaba en alguno de los caros restaurantes a los que acudía habitualmente con sus colegas, y nunca tenía la deferencia de llamarla. Pero aquel domingo era diferente. Según estaban las cosas, debía haberla avisado. Además de preocupada se sentía irritada por la falta de consideración. Se deshacía en aquellas tesoras ante el desdén de sus hijos, que no daban mayor importancia a sus desvelos. La única que entró en el salón para darle algo de consuelo fue Teresa.

—Madre, no te preocupes tanto por él, ya sabes cómo es, se habrá entretenido.

—Y tú hermano Mario sin aparecer. Otro que tal baila. Mira que se lo he dicho, pero aquí nadie me tiene en cuenta.

En ese momento, el sonido del teléfono interrumpió la retahíla de protestas de doña Brígida. Las dos se volvieron hacia el aparato, pero fue Teresa la que reaccionó.

—Ya lo cojo yo, Joaquina —gritó antes de descolgar, para que la criada, que ya enfilaba el pasillo con la intención de contestar a la llamada, regresara a la cocina.

—Familia del doctor Cifuentes, dígame.

Escuchó atenta lo que le decían al otro lado del aparato, y ante la ansiedad de su madre, tapó el auricular.

—Es un amigo de Mario —le dijo en voz baja; luego se giró y dio la espalda a su madre.

En realidad era Arturo, su novio oculto a los ojos de sus padres, que la llamaba desde la pensión en la que vivía.

Teresa, callada, escuchaba con atención. Al final de la conversación dijo «gracias» y colgó.

—¿Qué pasa, niña? —le preguntó su madre con gesto de súplica—. ¿Le ocurre algo a Mario?

—Era Arturo Erralde.

—Ah, ése... —el gesto de desprecio hirió a Teresa—. ¿Y qué quería? ¿Para qué llama?

—Dice que en el centro están ardiendo muchas iglesias y conventos. Que hay troteos en las calles. Que es mejor que no salgamos de casa.

—¿Y desde cuándo tengo que hacer caso a un mequetrefe como ése?

Teresa no contestó. No quería alterarse.

De repente, como si se hubiera dado cuenta de las palabras que le había dicho su hija, doña Brígida se llevó las manos a la boca, asustada.

—Ay, Dios Santo, tu padre..., y tu hermano, ¿dónde estarán?

—Mamá, no te preocupes por Mario, él iba hacia El Pardo y esto está ocurriendo por el centro.

La familia Cifuentes estaba formada por el matrimonio, don Eusebio y doña Brígida, y sus cinco hijos: Mario, de veintidós años, al que le faltaba un curso para obtener la licenciatura en Derecho por la Universidad Central; Teresa, de veinte, la más rebelde de todos; los mellizos, Carlos y Juan, que habían cumplido los dieciocho años y estaban terminando sus estudios en el Instituto Cervantes; los dos pretendían estudiar Medicina siguiendo la estela de su padre. La más pequeña era Rosario, a la que todos llamaban Charito, de quince años; físicamente era la que más se parecía a la madre, rubia y de ojos claros; conseguía todo aquello que se proponía, ya que, desde muy niña, se había sabido ganar el afecto incondicional de su padre, hombre de carácter frío y distante con todos excepto con ella, lo que la había convertido en una niña impertinente y caprichosa. Se pasaba el día en casa, criticando cualquier cosa que hicieran los demás y malmetiendo entre sus hermanos.

Doña Brígida Martín Caramillo era la única hija del prestigioso doctor Martín, fallecido hacía más de diez años en un trágico accidente de automóvil; poseedor de una importante hacienda, pasó a ser administrada por su viuda hasta el fallecimiento de ésta. Fue entonces cuando doña Brígida, como única heredera, se hizo dueña de una inmensa fortuna. Aunque nunca confesaba su edad, estaba más cerca del medio siglo que de los cuarenta. Desde que sus hijos se habían hecho mayores, la casa le parecía una pensión por donde todos iban y venían haciendo lo que a cada uno le venía en gana, con la única voz autoritaria de don Eusebio, que intervenía sólo en casos extremos, y siempre para inculparle a ella de cualquier situación incómoda que se diera en el ámbito del hogar. Sus frustraciones las volcaba con las únicas que estaban bajo su mando, Petrita, la cocinera, y Joaquina, la criada, a las que sometía a un trato arrogante y déspota que las dos mujeres soportaban a diario, a regañadientes y por pura necesidad.

La familia vivía holgadamente, no sólo del sueldo de don Eusebio procedente de su trabajo como tocólogo en el hospital de la Princesa, sino también de las buenas rentas obtenidas de los alquileres de varios pisos y buhardillas situados en el centro, además de réditos del dinero ingresado en el banco. La casa en la que vivía la familia —el principal derecha exterior del número 25 de la calle del General Martínez Campos— había pertenecido a los padres de doña Brígida. Era un piso espacioso pero con una decoración recargada que lo hacía oscuro y

sombrío. Constaba de siete amplias habitaciones distribuidas a lo largo de un ancho pasillo, un salón, un despacho biblioteca, una cocina enorme y un cuarto minúsculo en el que dormían Petra y Joaquina. Además, tenía un baño completo con bañera, y dos aseos. Los techos eran muy altos, ornados con complicadas molduras, y las estancias se adornaban con objetos inservibles, pero de gran valor, y con muebles de calidad.

Cada verano la familia se trasladaba a Santander, incluidas la criada y la cocinera. Los Cifuentes pasaban todo el mes de agosto en un caserío que había pertenecido, como todo el patrimonio, a los padres de doña Brígida. Aquel verano del 36 estaban pensando en marcharse el 25 de julio, ya que don Eusebio había podido adelantar una semana las vacaciones. Doña Brígida había empezado a organizar el traslado, pero aquel domingo su limitado mundo quedó detenido en una terrible incertidumbre.

El timbre de la puerta retumbó con fuerza. Madre e hija se miraron.

—¿Quién será?

Doña Brígida sabía que no podía ser su marido porque siempre abría con su llave, lo mismo que Mario. Permanecieron atentas a los pasos de la criada, que ya se dirigía a la entrada para abrir; pero antes de que llegase, el timbre volvió a sonar con insistencia. Oyeron a Joaquina acudir arrastrando las alpargatas para abrir la puerta, con un «ya va» acostumbrado; después de un tenso silencio, la voz de la criada alertó los oídos de ambas.

—¡Santa María y San José! ¡Señora..., señora, venga por Dios Santísimo!
¡Señora!

Las voces angustiadas de Joaquina se perdían en la mente de doña Brígida que ya corría por el pasillo siguiendo a su hija Teresa, más rápida que ella. Al llegar al recibidor, Teresa se detuvo bruscamente, y doña Brígida se chocó de bruces contra ella. Las dos mujeres se quedaron atónitas ante la imagen de don Eusebio avanzando renqueante al lado de Joaquina, que, con gesto horrorizado, le sujetaba del brazo.

—Papá —musitó Teresa—, pero ¿qué te ha pasado?

El aspecto de don Eusebio era deplorable, astroso. Tenía la cara manchada de sangre reseca, la nariz inflamada y una herida en el pómulo derecho. Iba descamisado, con el pantalón medio caído por la falta de tirantes, descalzo, con los calcetines de lana fina rotos, y estaba sucio.

Don Eusebio miró hacia adelante un instante, pero de inmediato bajó los ojos, claramente avergonzado de que le vieran con ese aspecto.

Teresa se acercó hasta él y le tomó el otro brazo, pero en un gesto de malentendida dignidad, se soltó de las dos. Doña Brígida, impactada por la visión de su marido en aquel estado, se acercó despacio hasta quedar frente a él.

—Eusebio, ¿qué... qué te ha pasado?

Él la miró en silencio y, sin poder remediarlo, rompió a llorar con un sollozo verecundo, nervioso, irritado. Ella lo agarró del brazo con algo de reparo.

—Niña, llama a Isidro Martínez...

—No, no —renqueó don Eusebio, a media voz—, a Isidro no, llama a Luis de la Torre, el número lo tienes apuntado en el listín que está sobre mi mesa.

Los mellizos salieron alarmados por las voces, y después apareció Charito, que se puso a lloriquear al ver así a su padre. Teresa, que lo había cogido del otro brazo en cuanto bajó la guardia, mandó a su hermano Juan a que hiciera la llamada al médico.

—Joaquina —ordenó doña Brígida—, prepara un baño caliente, rápido, y dile a Petra que haga un caldo.

La criada hizo los mandados, mientras doña Brígida y Teresa, en la alcoba, despojaban a don Eusebio de la ropa mugrienta.

—¿Dónde está Mario? —preguntó el padre al comprobar su falta.

Doña Brígida le quitó la camisa y la echó al suelo con rabia.

—Esta mañana se fue a El Pardo con sus amigos, y todavía no ha regresado. Como nadie en esta casa me hace caso.

Teresa miró a su madre con reprobación. No era momento para reproches.

Ante la ausencia de Mario percibió el rostro preocupado de su padre.

—Llamaré a sus amigos —dijo para intentar tranquilizarlo—. A ver si saben algo en su casa.

Teresa salió cuando su hermano Juan entraba a la alcoba.

—Dice don Luis que viene en seguida —anunció.

Charito seguía lloriqueando y doña Brígida se volvió hacia sus hijos.

—Vamos, cada uno a su habitación. Aquí ya no hay nada que ver.

Salieron los tres hermanos y, al rato, entró Teresa con cara seria.

—¿Qué? —le espetó la madre al ver que su hija se mantenía callada.

—Nada, madre, que están igual que nosotros, preocupados. Además, la madre de Fidel dice que por Ventura Rodríguez hay mucho jaleo y se oyen muchos tiros, están muy asustados.

Teresa cruzó una mirada con su padre y en sus ojos pudo ver un atisbo de temor. Sintió una punzada en el estómago. Nunca había visto a su padre tan amedrentado como aquella tarde. La madre murmuraba entre dientes sobre el paradero de su hijo mayor, mientras acompañaba a su marido a la bañera.

Luis de la Torre entró en la alcoba del matrimonio precedido de Teresa.

—Padre, ha llegado don Luis.

—Pasa, Luis, adelante.

De la Torre se acercó a la cama en la que don Eusebio, después del baño

reconfortante acababa de tenderse. Pero su rostro y su cuerpo seguían dando testimonio de las terribles horas que había pasado durante su encierro.

—¿Quién te ha hecho esto?

El médico recién llegado empezó por observar las heridas de la cara.

—Creo que me han roto la nariz y una o dos costillas. También me duele la muñeca, aunque no creo que sea rotura.

De la Torre le palpó la muñeca.

—Parece una luxación. Deja que te vea esa nariz... —se acercó y le tocó la cara con cuidado—. Rota no la tienes, pero vaya golpe... ¿Quién ha sido el bestia que te ha hecho esto?

Doña Brígida y su hija Teresa permanecían a un lado, a la espera de la cura y de conocer lo que había ocurrido. A pesar de las preguntas insistentes de su esposa, don Eusebio no había dado ninguna explicación, tan sólo habían salido de sus labios quejidos y alguna que otra maldición o palabrota mascullada entre dientes, a las que ella reaccionaba con un movimiento sutil y rápido delante de la cara como si se persignase.

—Al poco rato de iros vosotros, salí del Ritz. Un grupo de estos que ahora patrullan por la calle estaba alrededor de mi coche, esperando. Me pegaron con algo en la cara y luego me encerraron, no me preguntes dónde porque no tengo ni idea, era un edificio en la zona de Legazpi, seguramente una de esas casas del pueblo que ocupan esos comunistas incontrolados.

—¿Eran comunistas?

—¿Hay alguna diferencia entre unos y otros? Son todo la misma escoria...

Hizo un ademán de dolor cuando le intentó desinfectar la herida de la mejilla.

—Aguanta un poco, Eusebio, tienes un corte profundo y hay que curarlo. — Después de un silencio concentrado en la cura de la herida, De la Torre continuó —: No son todos iguales, hay grandes diferencias. Parece que los anarquistas son los que están haciendo más estragos.

—Todos iguales, te lo digo yo, hijos de mala madre, resentidos y vagos, eso es lo que son, todos sin excepción.

Volvió a removerse por el dolor.

—Tranquilo, ya a termino. Menudo golpe, y a puedes decir que te han partido la cara.

—Canallas... —le siguieron una retahíla de insultos e improperios farfullados, a los que doña Brígida volvió a conjurar encadenando señales de la cruz—. Perdí el conocimiento. Cuando abrí los ojos estaba encerrado en un cuartucho inmundo y pestilente. Allí me han tenido horas sin beber, ni comer...

Doña Brígida, al despojarle de los pantalones, se había dado cuenta de que su marido se había orinado encima, pero, por supuesto, no había hecho ningún comentario al respecto.

—¿Y no sabes por qué te han detenido?

—A mí nadie me ha dicho nada; de todas formas no eran guardias de asalto, ni agentes de la Guardia Civil. Eran unos bárbaros con un arma en la mano.

—¿Y cómo es que te han dejado marchar?

—Por lo visto comprobaron que era médico y me han dicho que podía irme a mi casa, que aquí esperase sus órdenes —alzó el tono con gesto desairado— que ya se encargarían de ponerme al servicio de la República. Me han sacado a la calle y me han dejado en la puerta del metro con unos céntimos para el billete —bajó el tono de voz hasta casi lo imperceptible, y doña Brígida agudizó el oído—. No te puedes imaginar la vergüenza que he pasado hasta llegar a casa, Luis, no te lo puedes imaginar...

Las lágrimas afloraron a los ojos, pero se contuvo, digno, respirando con fuerza.

—Me han quitado el coche, me han dejado casi desnudo y me han robado el reloj y el dinero.

Doña Brígida se estremeció y se puso la mano en la boca.

—Dios Santo, el reloj también...

Nadie le hizo caso, pero el reloj que portaba su marido en el chaleco había pertenecido a su abuelo y luego a su padre. La pérdida de esa joya le dolió en el alma.

—Bueno, Eusebio, según están las cosas, ya puedes dar gracias de estar vivo; lo que ahora necesitas es descansar y olvidar este desagradable episodio.

—En cuanto me pueda mover, voy a denunciar a esa panda de sinvergüenzas.

—Tú no vas a hacer nada, Eusebio. Te vas a quedar aquí calladito, en reposo, sin moverte. Ya te dije esta mañana que las cosas están cada vez más revueltas.

—Ni lo pienses, esto no se va a quedar así. Mi coche y mi reloj bien valen una denuncia en comisaría, y mi dignidad, Luis, mi dignidad, ¿qué me dices a eso? ¿Pretendes que me quede con los brazos cruzados sin hacer nada?

Luis de la Torre se volvió hacia doña Brígida, pero su gesto le indicó que ella no podría hacer nada para convencer a su esposo. Miró a su amigo tendido en la cama.

—Te he colocado la nariz lo mejor posible; y para las costillas, reposo, Eusebio. Seguro que unos días en cama te harán ver las cosas de otra manera.

—¿Se sabe algo de Isidro? Esta mañana he intentado llamar a Nicasio Salas, pero no me ha cogido el teléfono...

—Antes de que me llamase tu hijo Juan estuve hablando con Margarita. No sabe nada —se detuvo un instante, pensativo—. Eusebio, ten cuidado con Nicasio.

—¿Por qué lo dices?

Hizo un mohín extraño torciendo el gesto.

—Sólo te digo que tengas cuidado con él, no me fío, y tú tampoco deberías hacerlo.

Doña Brígida dio dos pasos hacia la cama con un visaje de congoja.

—¿Es que le ha pasado algo a Isidro?

Luis se giró hacia ella con gesto grave.

—Se lo han llevado esta mañana, en la puerta de la iglesia; no se sabe nada de él.

—Ay, Dios mío, ¿qué va a ser de nosotros?

Don Eusebio ignoró los pesares de su esposa.

—Pásate mañana a verme cuando salgas del hospital, así me cuentas cómo están las cosas.

Luis de la Torre movió la cabeza, negando.

—No, Eusebio, mañana no voy a ir al hospital. Marta ya está preparándolo todo para salir de Madrid en cuanto amanezca. Regresaremos cuando las cosas se calmen.

Don Eusebio lo miró con una mezcla de indignación e incredulidad.

—A mí nadie me va a echar de mi casa —espetó.

Luis de la Torre recogió sus cosas y se alejó de la cama acercándose a las dos mujeres.

—Tened mucho cuidado.

Doña Brígida acompañó al amigo de su marido hasta la puerta y lo despidió. Luego regresó junto a la cama donde convalecía su esposo.

—¿Piensas denunciar? —le preguntó, mientras aparentaba arreglarle las sábanas.

—¿Es que no has oído a Luis?

—Pero ¿y el coche? —insistió ella—. Santo Cielo, estaba nuevécito. ¿Y el reloj?, ¿también vas a dejar que te roben el reloj? Te recuerdo que era el reloj de mi padre...

—¿Quieres callarte de una vez y apartarte de mi vista?, me agotas sólo de verte.

El desplante cogió desprevenida a doña Brígida. Se irguió y cruzó las manos sobre su regazo, como si de repente aquellas sábanas le hubieran dado un calambre; alzó la barbilla y apretó los labios, aspirando aire, en un intento de mantener el pundonor perdido hacía muchísimo tiempo; se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

—Teresa, ven conmigo, deja que tu padre descanse un poco.

Teresa salió tragándose la furia que sentía al ver la humillación a la que su madre se sometía. Nunca se enfrentaba a él, le permitía todo, aunque la tratase como a un perro. Ciertamente era que su madre no demostraba ser muy inteligente, pero le daba rabia comprobar el desprecio que siempre le brindaba su padre y que ella aceptaba con denigrante sumisión.

La primera pista

Nunca antes había estado en aquella ciudad que respondía a lo que se llamaba ciudad dormitorio, sin embargo, a la vista de la actividad que se mostraba a mis ojos, Móstoles tenía vida propia. Me guíé por las señales en dirección a los juzgados, situados, según la información de Google, cerca del Ayuntamiento, y frente a los que había un aparcamiento. Después de dejar el coche, me dispuse a llegar al núcleo del Móstoles antiguo, a partir del cual, el pequeño pueblo de apenas tres mil habitantes, se expandió desde los años setenta de forma extraordinaria en todas las direcciones, pasando a ser una ciudad con más de doscientos mil habitantes. Según la información histórica que había recabado, en los años treinta, el antiguo centro mostoleño giraba en torno a la ermita de Nuestra Señora de los Santos, la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, la plaza del Ayuntamiento y el Pradillo, donde había una fuente llamada de los Peces, que debía de ser la misma en la que, setenta y cuatro años atrás, mis dos personajes, Andrés y Mercedes, se habían hecho fotografiar y que, milagrosamente y para mi sorpresa, a pesar de la transformación que había sufrido la ciudad, la fuente permanecía en el mismo lugar.

Callejeando y guiado por las indicaciones de un matrimonio, encontré la ermita. Bajé por una cuesta escalonada, bordeada a ambos lados de una escueta e irregular hilera de árboles, que dejaba al santuario en lo alto. Llegué a un cruce de calles. Miré a un lado y a otro, y a mi derecha, en una placita circundada de cuidados parterres y algo de arboleda, descubrí la fuente. A pesar de estar casi seguro, pregunté a una mujer que pasaba a mi lado empujando un carrito de niño.

—¿Es ésta la fuente de los Peces?

—Sí, señor, ésta es.

Después de agradecer la información, me acerqué hasta el brocal de forma octogonal que tenía un par de peces de bronce apoyados en un centro de granito, cuyas bocas abiertas eran los caños que vertían agua a la pila. Salvé unas cadenas que la rodeaban como aparente medida de protección y que apenas me llegaban a la rodilla. Al tocar la piedra sentí una extraña emoción. Cerré los ojos e intenté evadirme del ruido de alrededor, de las voces, de la presencia de la gente y del motor de los coches, para transportarme a la mañana del domingo de julio de 1936, Mercedes y Andrés posando (en aquel mismo lugar) ante una de esas cámaras antiguas sujetas sobre un trípode, en las que el fotógrafo desaparecía por unos instantes bajo una tela para enfocar y plasmar el momento, las caras, los gestos.

—Sonrían un poco, están muy serios.

Mercedes y Andrés se mirarían, sonrientes, relajados.

—No se muevan..., va, ahora...

El fogonazo les indicaría que la foto ya estaba hecha, que habían quedado retratados para siempre en blanco y negro sobre una fina lámina de cartón. Me pregunté qué pensarían aquel 19 de julio tan convulso para nuestra Historia. Su apariencia serena denotaba que ni siquiera sospechaban que en ese mismo instante se estaba desatando una cruenta guerra que marcaría a todos para siempre. Me inundó una profunda empatía hacia aquella pareja, por conocer y participar (aunque sólo fuera en el recuerdo) de sus vivencias, de las penurias que, con seguridad, debían haber sufrido a la vista de lo que se dejaba entrever en las escuetas cartas de Andrés, de saber si habrían llegado a cumplir el deseo que reiteraba al final de todas sus epístolas:

«Cuando todo acabe, estaremos juntos de nuevo y volveremos a ser una familia, y recuperaremos nuestra vida, una vida que nos mantenía unidos y felices antes de que estallara esta guerra que no es nuestra».

Allí mismo, en el lugar donde se hicieron la foto que yo tenía en mi poder, muy cerca de donde debía de estar su hogar, me pregunté si habrían sobrevivido, si su descendencia estaría por allí cerca, gozando de una vida muy distinta a la que les había tocado a ellos.

De repente, algo ajeno me arrancó de mi abstracción. Abrí los ojos, aturdido, como si hubiera hecho un recorrido en el tiempo. Una niña me observaba sonriente, con gesto inocente.

—Hola.

—Hola —dije, desubicado por lo imprevisto.

—¿Te gusta la fuente?

—Sí..., claro.

—A mí también —se asomó al interior para ver el agua—. Pero no tiene peces. Antes tenía.

—¿Ah, sí? ¿Vives aquí?

Negó con la cabeza.

—Nací en Boiro, cerca de la capilla de San Ramón de Bealo. Allí está mi casa.

—Ah... —respondí, desconcertado.

Miré alrededor para comprobar si estaba en compañía de alguien.

—¿Estás sola?

—No. Estoy con mi abuela.

Me sentí algo incómodo por la forma en que me miraba. Sus ojos tenían una mezcla entre la seguridad de un adulto y la curiosidad infantil que se atreve a investigar todo sin ningún prejuicio.

—¿Eres escritor?

La miré sorprendido.

—¿Tanto se me nota?

—Claro, lo tienes en tus ojos.

—Ah... no lo sabía.

—¿Y qué escribes?

—¿Eso no lo tengo en mis ojos?

La niña no me respondió. Se retiró el pelo de la frente con un movimiento de mano, y entonces caí en la cuenta.

—Yo te he visto...

—Esta mañana —me interrumpió sonriente—, cuando estabas delante del ordenador.

Comprendí entonces la pregunta de si era escritor.

—Así que tú eres la que estaba en la ventana. Qué casualidad, vernos en este lugar. ¿Cómo te llamas?

—Natalia.

—Yo soy Ernesto, encantado de conocerte, Natalia. Ya puedo poner nombre a esos ojos cuando te vea a través del cristal.

En ese momento, su mirada se desvió.

—Me tengo que marchar. Adiós.

No dijo más, saltó la cadena y salió corriendo.

Corrió hacia una mujer muy mayor que la estaba esperando. Cuando llegó hasta ella, la agarró de la mano y las dos me miraron dedicándome una sonrisa. Me imaginé que era la misma que había visto esa mañana detrás de los cristales junto a mi nueva vecina. Echaron a andar, y la niña se volvió hacia mí con una sonrisa sagaz.

Miré el reloj y me di cuenta de que me quedaban diez minutos para mi cita.

Llegué al ayuntamiento en seguida y, por indicación del funcionario que estaba en información, subí hasta la cuarta planta, donde se encontraba el Archivo Histórico. En la puerta había un cartel: « Pase sin llamar »; abrí y entré. Una mujer estaba sentada detrás de una mesa.

—Buenos días, he quedado con doña Carmen, la archivera.

La mujer se levantó.

—Soy yo —me tendió la mano por encima de la mesa con amabilidad—. Usted debe ser Ernesto Santamaría, ¿verdad?

Me invitó a sentarme frente a ella. Era una mujer de unos cuarenta y tantos años, de pelo corto y ojos pequeños pero muy vivos, escrutadores, acostumbrados a examinarlo todo escrupulosamente. Había contactado con ella por teléfono. En lo primero que pensé para saber algo de Andrés y Mercedes fue en el Archivo Histórico, pero en nuestra conversación telefónica ya me advirtió que no constaba información alguna sobre personas particulares (ni siquiera el catastro) porque las milicias republicanas lo habían destruido todo en octubre del 36, antes de que las tropas nacionales entrasen en Móstoles.

—Fue una pena —aduje, al comentar lo lamentable de haber perdido gran parte de la historia del pueblo.

—Las guerras no sólo destruyen vidas y familias, también acaban con el pasado, dejan lagunas imposibles de llenar, y Móstoles, por desgracia, fue víctima de esa terrible devastación.

Hablaba serena, sin reproche, pero con la nostalgia que tienen los que son plenamente conscientes de lo que se perdió con la desaparición de un material de tanta valía.

—Éstas son las personas de las que le he hablado —saqué la foto y se la mostré—. Si no me equivoco, la imagen está tomada en la fuente de los Peces, por lo que deduzco que debían de ser de aquí.

—Sí, la fuente es la de los Peces, está aquí cerquita.

—La he visto antes de venir.

Se quedó en silencio mirando la fotografía.

—Es probable que vivieran aquí. En aquellos tiempos no se hacía tanto turismo y creo que el interés por retratarse era muy distinto al que tenemos ahora que nos fotografiamos por todo y en todos los sitios por donde pasamos. Estos retratos se puede decir que son documentos históricos.

—Me imagino que también lo serán nuestras fotos dentro de setenta años.

Ella sonrió sin dejar de observar la imagen.

—Sabe Dios qué efecto provocarán nuestras fotografías dentro de setenta años, tampoco estaremos aquí para verlo.

Le dio la vuelta a la lámina y leyó lo escrito a lápiz.

—Como ve, está fechada justo al comienzo de la guerra; él debió de alistarse y se marchó de Móstoles, porque le envió varias cartas con fecha de septiembre y octubre del 36.

—Ya le dije que poco puede encontrar aquí —levantó la vista y me miró fijamente—. ¿Por qué tiene tanto interés? ¿Son familiares suyos?

—No, no. Es todo mucho más sencillo, bueno, o más complicado, según se mire. Soy escritor y, no sé —encogí los hombros algo incómodo por tener que dar unas explicaciones sobre algo que ni yo mismo entendía—, puede que me esté planteando contar su historia, pero por ahora, lo único que tengo es esta foto y ocho cartas en las que poco o nada hay de interés.

—¿Por qué no pregunta a los viejos de Móstoles, a los nacidos aquí? Seguramente serán ellos los que le puedan dar alguna pista, si es que la hay.

—Quedarán ya muy pocos que hayan pasado la guerra.

La mujer sonrió con deferencia.

—Aunque ahora le parezca mentira, hasta hace treinta años Móstoles era un pueblo pequeño, y lo que mejor ha funcionado siempre en los pueblos es la tradición oral. No vivirán los testigos directos, pero sí sus hijos, incluso sus nietos, y ellos habrán oído historias de la guerra a sus mayores. Es lo único que le puedo

aconsejar.

—No conozco a nadie nacido aquí, bueno, lo cierto es que no conozco a nadie en Móstoles. No sabría por dónde empezar.

La archivera entrelazó las manos, mirándome con fijeza, como si me estuviera evaluando igual que un legajo antiguo antes de catalogarlo para su archivo. Cogió un papel y escribió un nombre y un teléfono. Luego, me lo tendió.

—Éste es el teléfono de alguien que puede ayudarle. Es médico en un centro de salud de aquí; su padre y antes de él su abuelo fueron los médicos de toda la vida cuando aquí no había más que uno. Ahí tiene su nombre y su teléfono. Llámelo, y dígame que va de mi parte, seguro que no tendrá inconveniente en hablar con usted.

Me despedí agradeciendo a la archivera el tiempo que me había dedicado y, en cuanto salí al exterior, cogí el móvil y marqué el número que tenía en el papel. Una voz fuerte y segura me respondió.

—¿Carlos Godino?

—Sí, soy yo.

Me presenté y le dije de parte de quién llamaba; traté de explicarle en pocas palabras mi interés en hablar con él.

—Poco o nada puedo contarle, mis padres fallecieron hace unos años, y de mis abuelos sólo queda mi abuela paterna, pero pasó la guerra fuera de Móstoles. La pobre está muy mayor, y empieza a tener algo de demencia senil.

Me quedé en silencio, sin saber si insistir o dejarlo; mi interlocutor debió de darse cuenta porque reaccionó de una forma airosa.

—Estaré libre en una media hora. Si le parece, podemos tomar un café y charlamos un rato.

Acepté con pocas esperanzas de sacar algo en claro. Cogí un taxi para que me llevase a la dirección que me había indicado: Centro de Salud Dos de Mayo. Pregunté por él en el mostrador de información. Esperé unos diez minutos. Un hombre se acercó a la mujer que me había atendido; ella me señaló y él se lanzó a mi encuentro. Llegó hasta mí sonriente, con la mano tendida.

—¿Es usted el que me ha llamado?

—Sí. Soy Ernesto Santamaría.

Me abrumó la fuerza de su apretón de manos, su empaque, alto, atractivo, perfectamente conjuntado con una chaqueta de sport, camisa blanca, pantalones vaqueros de marca y zapatos impecables. Debía rondar mi edad, pero su pelo, a diferencia del mío, era abundante sin una sola cana.

—¿Tomamos un café?

Salimos a la calle hablando de banalidades. Entramos en una cafetería grande y bien decorada, y me indicó una mesa al fondo, junto al ventanal.

—Me ha dicho que es usted escritor.

—Sí. Bueno, más que serlo se trata de un intento diario.

—¿Y ha publicado algo?

Era la pregunta maldita. Sin poder evitarlo, me sentí flojo. Con palabras balbucientes, algo avergonzado, bajando los ojos en una señal clara de frustración, le hablé de mi única novela publicada, y su rostro contrariado, señal de que no tenía ni idea de cuál era, apuntaló la insignificancia de mi obra.

—¿Qué es lo que quería saber exactamente? Lo que no le haya dicho Carmen es difícil que se lo pueda contar yo. Bebo de sus conocimientos.

Repuesto de mi acceso de poquedad, saqué la foto de Andrés y Mercedes. Él la cogió y la observó.

—Es la fuente de los Peces. Está en el Pradillo, cerca del ayuntamiento.

—Lo sé, he estado allí, pero no me interesa la fuente, me interesan las personas de la foto.

—¿Son familiares suyos?

Negué con la cabeza. Era demasiado impetuoso, demasiado rápido, y su actitud me arrollaba antes de que pudiera abrir la boca.

—Lo único que sé son sus nombres: Andrés Abad Rodríguez y Mercedes Manrique Sánchez, que vivían en la calle de la Iglesia, y que debían estar casados, porque parece evidente que ella estaba embarazada —apunté con el dedo a la foto—; asimismo sé que Andrés tenía un hermano que se llamaba Clemente y que la foto se tomó el 19 de julio del 36.

Mientras le hablaba, miraba la foto con aparente interés.

—Me gustaría conocer qué pasó con esta pareja durante la guerra y qué fue de ellos después, si es que sobrevivieron.

—¿De dónde ha sacado la foto?

—¿Importa mucho eso?

Por primera vez desde nuestro encuentro, se sintió incómodo. Esbozó una sonrisa y me la devolvió como si se disculpase.

—No, no por supuesto. Pero no sé cómo puedo ayudarle. Aquí hay muchos apellidos Abad, Rodríguez...

—Eso me lo ha dicho la archivera, pero también me ha comentado que es usted hijo y nieto de los médicos que atendían aquí, desde que esto era un pueblo pequeño.

—Hijo, nieto y bisnieto —replicó satisfecho—, mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo ejercieron en Móstoles la medicina cuando era necesario un solo médico; ahora soy yo el que la ejerzo, pero ya no soy el único. Todos mis ascendientes, tanto maternos como paternos, nacieron aquí, y también mis hijos son mostoleños de nacimiento, precisamente los únicos que fallamos somos mi mujer y yo, que nacimos en Madrid —bebió un sorbo de café que le había dejado sobre la mesa la camarera—. Como ya le dije por teléfono, la única que queda viva es mi abuela paterna —chascó la lengua con un gesto de negación—, pero no sé yo si le puede servir de ayuda, a veces olvida hasta mi nombre.

—Me ha sugerido la archivera que, tal vez, usted haya escuchado a los viejos del pueblo contar chascarrillos, historias, cosas que pasaron aquí en esa época.

Su gesto me lo dijo todo. Negaba con la cabeza.

—Siempre se oyen cosas. En la consulta, los viejos hablan de su pasado con más lucidez que del presente, pero, si quiere que le diga la verdad, no les presto mucha atención porque entonces no se irían nunca y, lo que es peor, los tendría en la consulta todos los días. No tienen nada que hacer, el tiempo les pertenece, y si el médico o el director del banco donde tienen sus ahorros los escucha, pues se sientan y cuentan sus batallitas.

Bebí el café casi de un trago. Tenía ganas de irme de allí. Estaba decepcionado. Después de hablar por teléfono con la archivera, me había propuesto no crearle falsas esperanzas, pero lo cierto era que no había podido evitar hacerme ilusiones de obtener alguna pista, por pequeña que fuera, sobre la suerte de Mercedes y Andrés.

—Bueno, Carlos, no quiero entretenerlo más. Ha sido usted muy amable conmigo.

Metí la foto en la carpeta.

—Espere, déjeme los nombres y apellidos. Preguntaré a los viejos que conozco si saben algo, pero no le prometo nada. Los que pasaron la guerra y viven todavía, o eran muy pequeños y tienen muy vagos recuerdos, o están muy cascados de cabeza. La edad no perdona.

Apunté los nombres de mis dos personajes, además del mío y de mi móvil.

—Si averigua algo, lo que sea, no dude en llamarme. De verdad, tengo muchísimo interés en el asunto.

Nos despedimos en la puerta de la cafetería después del forcejeo normal de quién de los dos pagaba la escueta cuenta. Cuando llegué a casa, Rosa ya se había ido, así que estaba solo. Lo agradecí. Me fui directamente a mi escritorio. Cerré la puerta, puse la música de Bach y me senté en el sillón con la novela de *El conde de Montecristo*. Me sentía incapaz de enfrentarme al teclado. Antes de centrarme en el libro, miré a través de los cristales al piso de enfrente. Había luz tras los visillos de encaje, pero no vi a ninguna de mis nuevas vecinas.

Absorbido por la inteligente y mordaz astucia de Edmond Dantès, percibí algo extraño que se colaba en mi mente. Alcé los ojos del libro; me costó un instante identificar el zumbido del móvil. Me levanté y lo busqué con prisa en el bolsillo de mi chaqueta, colgada en el respaldo de la silla. Miré el número en la pantalla y no lo reconocí.

—¿Sí?

Con un gesto mecánico miré a través de la cristalera y mientras escuchaba mi nombre al otro lado del teléfono me pareció ver algo en la ventana de enfrente, pero apenas le presté atención, porque el que me llamaba era Carlos Godino.

—Ernesto, tengo buenas noticias que darle. He llevado los nombres a mi abuela Genoveva. Ya le dije que tiene la cabeza muy mal, pero, como le comenté esta mañana, estos viejos, si se trata de cosas que sucedieron en el pasado, recuerdan como si lo hubieran vivido ayer. En cuanto ha oído los nombres se le ha cambiado la cara. Creo que le puede interesar hablar con ella.

En un intento de que no se notase en exceso mi alegría, me encogí en silencio y, con una amplia sonrisa marcada en mi rostro, cerré alborozado el puño que tenía libre.

—Pero ¿los ha conocido? ¿Sabe algo de ellos?

—Resulta que eran vecinos, puerta con puerta. Mi abuela tenía diez años al comienzo de la guerra. Pero será mejor que se lo cuente ella misma.

Habían desaparecido todas las retenciones sobre la aparente arrogancia de aquel hombre y ahora me deshacía en palabras amables, cargadas de emoción.

—¿No será mucha molestia? —pregunté, falseando un sentimiento de preocupación que no tenía.

—Para nada, ella encantada y, además, le hará un favor, a ella y a la pobre Doris que es la que la cuida. Mi abuela no tiene más entretenimiento que ver la calle desde la ventana. Ya no aguanta ni la tele. Le vendrá muy bien hablar con alguien que le ponga oídos.

Quedamos para el día siguiente a las cinco de la tarde en la fuente de los Peces. La casa en la que vivía su abuela estaba justo al lado, y él me acompañaría. Le agradecí varias veces su interés. Cuando colgué el teléfono me quedé un poco desconcertado, como si no terminase de asumir que había encontrado el primer extremo del hilo que podría ayudarme a tirar de la historia de los protagonistas de aquel retrato. Posé la mirada sobre la foto, colocada sobre la pantalla del ordenador. Me senté en la silla para acercarme más, puse la mano sobre la mesa, y apoyé la barbilla en mi puño.

—Andrés y Mercedes —murmuré, entusiasmado—, si me contáis vuestra historia, la escribiré, y os prometo que será lo mejor que haya escrito nunca.

Capítulo 4

En el reloj del salón se oyeron cinco campanadas. Teresa bostezó y se estiró sin reparo.

—Niña, compórtate —la reprendió su madre—, no olvides que eres una señorita.

Sin hacerle mucho caso, se levantó y se asomó al balcón. Hacía ya un rato que había amanecido y, a pesar del calor que se anunciaba, el ambiente era agradable gracias a una suave brisa que corría como estela del frescor de la noche. Aspiró el aire para despejar su modorra por la falta de sueño. En ese momento, se oyó en la lejanía el estruendo hueco de un cañonazo, al que siguió lo que parecía el repiqueteo de un tiroteo.

—¿Qué es eso?

La voz de su madre resonó a su espalda.

—No lo sé; parece que viene del centro.

Doña Brígida masculló una retahíla de rezos que, desde hacía horas, bisbiseaba de forma intermitente. Teresa había estado toda la noche a su lado, en el salón, a la espera de que las horas transcurrieran lentas, sin que sonara el teléfono o el timbre de la puerta que les trajera alguna noticia sobre el paradero de Mario. A medianoche, habían llamado a los padres de Fidel y de Alberto; ninguno de los dos había aparecido; estaba claro que les había sucedido algo grave. Los gemelos se habían acercado a la Dirección General de Seguridad para denunciar la desaparición, pero les dijeron que posiblemente se hubieran excedido en alguna fiesta, y que lo más probable fuera que estuvieran de vuelta con el día. Habían llamado a todos los hospitales y a las comisarías. Nadie sabía nada, ni de ellos, ni del coche en el que iban. No quedaba más remedio que esperar.

Apoyada sobre la baranda, Teresa vio acercarse con paso apresurado a dos hombres.

—Eh, oiga, ¿de qué son esos cañonazos?

Los hombres alzaron la mirada sin detenerse.

—Es el cuartel de la Montaña. Lo están asaltando.

No le dio tiempo a preguntar nada más porque cruzaron la calle y se alejaron con prisa en dirección al centro.

Teresa se fue directa al aparato de radio que había sobre la cómoda y, algo nerviosa, buscó la sintonía de Unión Radio, mientras le contaba a su madre lo que había oído. La reacción de doña Brígida fue un ataque de nervios acompañado de frases grandilocuentes que auguraban terribles desgracias. Su hija, ignorándola, intentaba oír algo en el receptor pegando la oreja al aparato. Cuando consiguió captar la sintonía, lo único que radiaban era una música chillona. Miró el reloj de pared al otro lado del salón; debía de haber pasado ya el parte, tendría que

esperar el siguiente. Bajó el volumen y decidió preparar una infusión que calmase a su madre. Algo más sosegada, con el agotamiento rozándole los párpados, doña Brígida fue cayendo en un duermevela involuntario. Teresa aprovechó para correr todas las cortinas, dejando el salón en penumbra, con la esperanza de que se durmiera. Procurando no hacer ruido, salió de nuevo al balcón. La quietud de la mañana se rompía con el nítido estruendo de las explosiones. Un humo negro se elevó hacia el cielo, presagio de algún incendio, incluso le pareció oír en la lejanía el ronquido del motor de un aeroplano. Cuando comprobó por fin que había caído en un sueño profundo, con los ojos cerrados, la boca abierta y la cara ladeada, roncando levemente al expulsar el aire, decidió ir a ver a su novio. Tal vez él supiera dónde buscar a Mario; eran compañeros de carrera y conocía los lugares en los que se movían los hombres cuando salían a correrla.

Se movió muy despacio hacia la cocina donde oyó trastear a Petrita.

—Petra, ¿me podrías prestar uno de tus vestidos?

La cocinera la miró sorprendida.

—¿Para qué quiere la señorita un vestido mío?

—Tengo que bajar al centro, Petra, y sé que a los que van bien vestidos los detienen.

Las dos mujeres hablaban muy bajito.

—Ay, señorita Teresa, no se vaya usted a exponer, a ver si le va a pasar como al señorito Mario.

—A Mario no le va a pasar nada —replicó ceñuda—. Tengo que salir antes de que mi madre despierte. ¿Puedo contar con el vestido?

Petra tenía unos años más que Teresa, pero las dos mujeres eran de una constitución similar.

De forma apresurada, Teresa se colocó el vestido de la cocinera. Era Arturo el que le había advertido que si salía a la calle se pusiera la peor ropa que tuviera, porque desde la pensión veía cómo grupos cada vez más numerosos de gente armada, apostados en cada esquina o patrullando las calles a pie o en los coches requisados, detenían a todo aquel hombre que fuera con sombrero y corbata, y a las mujeres que vestían bien y llevaban el peinado de peluquería; les pedían la cédula de identificación, y a muchos les metían en un coche y se los llevaban, nadie sabía muy bien adónde. Incluso había oído que a algunos les habían dado un tiro en plena calle y a la vista de todo el mundo, sencillamente porque tenían cara de fascistas, o pinta de cura, o una mirada traidora.

—Salga ahora, señorita Teresa —le indicó Petrita—. Su madre sigue dormida.

Las dos recorrieron el pasillo de puntillas, intentando que la madera del suelo crujiera lo menos posible.

—Estaré de vuelta a la hora de comer. Si alguien pregunta por mí, di que estoy durmiendo.

—Ay, señorita Teresa, que ya sabe cómo se las gasta su señora madre, que si me descubre en una mentira y me echa a la calle...

—No te preocupes. Si eso ocurre, yo saldré en tu defensa.

Petrita no se quedó muy conforme porque sabía del mal carácter de doña Brígida, y más con todos los acontecimientos que estaban ocurriendo, que la hacían todavía más irascible y antipática.

Bajó la escalera deprisa. Modesto, el portero, barría el portal con desgana.

—Buenos días, señorita Teresa, ¿qué temprano sale usted?

Teresa no se detuvo. Musitó un saludo rápido y salió a la calle.

—Tenga usted cuidado, señorita, que las cosas no están bien.

Ella se volvió, antes de cruzar la calle.

—Gracias, Modesto, tendré cuidado.

La ciudad empezaba a desperezarse, pero no era una mañana normal. La gente caminaba deprisa, inquieta. Vio pasar hacia el centro varios coches parecidos al de su padre, con la carrocería pintarrajeada con letras grandes y blancas, llevando a gente subida incluso a los alerones de los bajos. El tranvía de Santa Engracia bajaba desde la glorieta de Cuatro Caminos atestado de hombres, algunos armados, cantando y gritando como si estuvieran ebrios. Lo dejó pasar, y se dirigió hacia Bravo Murillo para ver si tenía más suerte. Echó a andar hacia el centro mirando hacia atrás, pendiente del tranvía. Oyó el sonido agudo de la campana que se acercaba a su espalda y se detuvo a esperarlo. Venía medio vacío; al llegar a su altura, se subió. Pagó sus quince céntimos, oteó el interior y se dirigió hacia el asiento del fondo. Estaba habituada a coger el tranvía, y siempre se sentía observada por los hombres cuando pasaba a su lado; pero aquel día, nadie se fijó en ella; parecían abstraídos, con los ojos perdidos en el horizonte restallante de lejanos bombazos. Pensó que era por su aspecto astroso. Además de haberse puesto el vestido de Petrita, que no le sentaba nada bien, se calzó unas alpargatas y se había recogido el pelo con una coleta. No llevaba maquillaje ni se había pintado los labios, y por supuesto, no se había rociado con el agua de colonia que solía dejar un sugerente aroma de azahar a su paso. Sin embargo, cuando llegó al final del vagón, comprendió que aquellos hombres no la miraban, no por su aspecto diferente de otros días, sino porque empezaba a extenderse por toda la ciudad un estado de desasosiego y sobre todo de miedo que no les abandonaría en mucho tiempo.

Mecida por el lento traqueteo, pensaba en lo que había sucedido en las últimas horas. Le parecía que habían transcurrido una eternidad desde que, el viernes por la tarde, Arturo y ella salieron a dar un paseo por el Retiro. Fue la primera vez que hablaron seriamente sobre su futuro juntos. Desde aquella conversación no había dejado de darle vueltas a los obstáculos con los que chocaba su ansiado matrimonio con aquel apuesto muchacho. Había demasiadas cosas en su contra. Sus recursos eran escasos; nació en un pequeño pueblo de Zaragoza; su madre

murió a los pocos días del parto, y con diez años también perdió a su padre. Doña Matilde, viuda y sin hijos, prima hermana de la madre de Arturo, se hizo cargo del niño. Vendió la casa del pueblo y se lo trajo a Madrid donde acababa de montar la pensión La Distinguida en el piso que la había dejado en herencia su difunto esposo. Intentó criarlo como un hijo, pero Arturo dejó claro desde el principio que no quería madre ni padre y ya que los había perdido, y doña Matilde lo entendió, intentando siempre que esa distancia reclamada no empañase el cariño que ella sentía por el chico. Estudió la primaria en la escuela pública, y gracias a la llegada de la República y a las primeras reformas que se hicieron en el sistema educativo, pudo terminar el bachillerato en el instituto de San Isidro, becado por sus excelentes resultados académicos. De niño, mientras su padre trabajaba en el campo, Arturo leía los libros de Salgari que le prestaba el maestro de la escuela. La lectura le embobaba tanto que su padre le llegó a prohibir los libros, aunque se las ingeniaba para hacerlo a escondidas. Una vez se iniciaban los ronquidos de su padre, prendía una vela que guardaba bajo su cama, y leía con la tranquilidad de que, durante horas, nadie le interrumpiría. Ya en Madrid, nada le impidió leer, si no era la falta de dinero para comprar libros. Pero eso nunca resultó un problema; siempre se las arregló para pedir prestado en bibliotecas, en el colegio, a profesores o a compañeros con más recursos. Cualquier libro que alguien tuviera era objeto de su petición. Los cuidaba con esmero, y una vez leídos, los devolvía impolutos, como si entre sus manos hubiera tenido un preciado tesoro. Uno de sus sueños era tener una gran biblioteca, pero mientras se nutría de la fantasía y la ficción de otros, le fue surgiendo la vena de la escritura. Continuaba las historias leídas, rellenando cualquier espacio en blanco de las libretas escolares. Escribía cuentos y relatos, incluso se atrevió con algo de poesía que desechó por empalagosa y mortífera. Le hubiera gustado estudiar magisterio, pero le había prometido a su padre antes de morir que se haría abogado, convencido de que los abogados, además de ganarse bien la vida, estaban menos expuestos al engaño de las leyes y las normas. Cuando terminó el bachillerato, entró en la Universidad Central con el fin de cumplir su promesa. Allí conoció a varios de los intelectuales que, en aquellos tiempos, se movían por Madrid con la intención de cambiar el mundo a través de la cultura. Fue en esa época en la que tuvo algunos contactos con la Residencia de Estudiantes, un lugar que le fascinaba tanto como le amilanaba. Para paliar su faceta frustrada de maestro de escuela se apuntó a las misiones pedagógicas que se habían creado en el año 31. Viajó hasta los rincones más remotos de la España profunda, a pueblos recónditos a los que llegaban con una camioneta destartalada, o con burros y mulas en algunos casos, para llevar a aquellas gentes libros, cine o teatro. La experiencia fue impactante para él, y sus ideas, o mejor, sus ideales políticos y sociales se formaron cuando comprobó todo lo que había que hacer para cambiar aquella sociedad en la que él se

consideraba un privilegiado por el solo hecho de tener acceso a la cultura. En junio había terminado su carrera y se había convertido en un abogado. Hacía tan sólo unos días que había acudido a una entrevista en el bufete del prestigioso abogado don Niceto Sánchez Lomo. El resultado había sido esperanzador: el día 1 de septiembre empezaría como pasante; en principio, por seis meses sin cobrar una peseta, pero con la posibilidad (siempre y cuando demostrase su valía) de quedarse como abogado del bufete, debido al ingente trabajo que se le acumulaba. A pesar de que se abría para Arturo un buen futuro profesional y de que en muy poco tiempo podría estar ganando mucho dinero como abogado, Teresa sabía que ello supondría truncar las aspiraciones de Arturo, obligado a dejar en un segundo plano su verdadera pasión que era escribir. En aquella conversación por los jardines del Retiro calcularon que podrían casarse en tres años, cuando Teresa cumpliera la mayoría de edad, porque, además del sustento, había trabas más peliagudas que sortear para conseguir su futuro juntos; la resistencia de sus padres hacia él se había hecho evidente unos meses atrás, cuando Teresa contó a su madre que la pretendía. Lo conocía porque, en varias ocasiones, había acudido a su casa con el grupo de Mario, donde celebraban tertulias y charlas (demasiado vehementes a veces, incluso exaltadas en ocasiones) con las que proyectaban arreglar el mundo. Cuando doña Brígida supo de quién se trataba, montó en cólera y le negó cualquier posibilidad de noviazgo, alegando que se trataba de un muerto de hambre, sin clase, que vivía en una mísera pensión del centro, becado en los estudios, y que no era a ella a la que pretendía, sino a su posición social y patrimonial. De nada sirvieron las protestas de Teresa y, al sentirse acorralada, le echó en cara la humilde procedencia de su propio padre, un asunto del que nunca nadie hablaba en la casa. Don Eusebio Cifuentes Barrios, antes de atribuirse el «don» y de convertirse en un médico distinguido, también había sido un muerto de hambre, sin clase, como tildaba doña Brígida a los que no alcanzaban una cierta categoría social, carente de cualquier fortuna, que había hecho la carrera trabajando por las noches en los más diversos empleos, y que, una vez licenciado, se ganaba la vida pasando consulta en los barrios más míseros de Cuatro Caminos, Bellas Vistas o en el asilo de La Paloma, con unos ingresos muy alejados del sueldo percibido en el hospital de la Princesa, al que había accedido, le recordó Teresa a su madre sin disimular una fina ironía, no por méritos propios, sino por los contactos que su suegro (médico que fue de ese hospital durante muchos años, y hasta su muerte) tenía en dicho centro. Aquellas palabras encendieron una fingida indignación a doña Brígida, de tal forma, que simuló un ademán de desmayo, y se mantuvo durante dos días en cama convaleciente por el disgusto. Por supuesto, la culpa del estado de ansiedad al que se precipitó la buena mujer, a pesar de que era cierto todo lo que había dicho, recayó sobre Teresa, y por ello recibió la reprobación de todos, incluso de la mocosa de su hermana Charito, que se empeñaba en meterse con

ella en cuanto tenía ocasión. El resultado de aquella accidentada conversación fue la prohibición de salir de casa hasta que entrase en razón y, por supuesto, el rechazo absoluto del incipiente noviazgo. Después del disgusto, y una vez asumido el asunto, Teresa urdió un plan para eludir las prohibiciones y recuperar la confianza de su madre. En primer lugar, con un ánimo falsamente afligido, la dio a entender que, después de reflexionar, había comprendido que tenían razón en que ese chico no le convenía. La madre, sintiéndose vencedora, se relajó. Después de unas semanas, en las que Teresa se las arregló para verse a escondidas con Arturo, buscó el momento adecuado para plantear que quería aprender algo de costura, y que había oído hablar de una academia muy reconocida en la calle Hortaleza, a la que se quería apuntar. Doña Brígida, regocijada en su creencia de haber doblegado la rebeldía de su hija, aceptó complacida la propuesta. De ese modo, y desde hacía ocho meses, acudía todos las tardes a Hortaleza, no para aprender las artes de la costura, sino para encontrarse con Arturo.

No sólo la baja extracción social de Arturo era un grave inconveniente para su unión con Teresa, también estaban sus ideas políticas y religiosas. Arturo era de izquierdas (algo muy mal visto en su casa), manifiestamente republicano y liberal, además de declararse laico, lo que suponía la imposibilidad, por pura coherencia, a pasar por el altar en caso de boda. Consideraba que la religión, y más concretamente la Iglesia, era uno de los frenos de la evolución social debido a su ancestral pretensión de manejar la vida desde la cuna, a través del confesor y la educación. A Teresa no le entusiasmaba demasiado una boda civil, muy alejada de lo que siempre había soñado (su traje de seda, con larga cola, y velo cubriéndola el rostro, las flores, la entrada triunfal en el templo, su posición central en el altar, el repique de campanas anunciando el acontecimiento a todo Madrid), pero lo cierto era que aceptaría casarse en la fría sala de un juzgado si ello le suponía abandonar su casa. Teresa sentía que se ahogaba en aquel piso de la calle del General Martínez Campos, enorme, de techos altos y cargado de cuadros oscuros y rancias antiguallas que nadie podía tocar. Cada vez soportaba menos las constantes impertinencias de su madre, sus desplantes, sus histerias y paranoias que recaían sobre ella porque nadie más, en la casa ni fuera de ella, le hacía caso. Tenía muy claro que no quería acabar como ella: amargada, frustrada, sin amistades, sin vida propia y con futuro de mortecino aburrimiento, mantenida en una urna de cristal por un marido que en nada la apreciaba y que había ascendido en su escala social a costa de hundirla a ella en el pozo del hogar. Su intención era salir de allí, de cualquier forma, y la ocasión se presentaba si se casaba con Arturo. Podría hacerlo, y estaba dispuesta a dar el paso en cuanto cumpliera la mayoría de edad, con o sin el consentimiento paterno.

Una ráfaga de ametralladora demasiado próxima le arrancó de sus pensamientos con brusquedad. El tranvía se detuvo casi en seco, la gente se

levantó alterada, encogida, o más bien sobrecogida por el terror a convertirse en destinataria de una bala perdida, murmurando con el susto en el cuerpo, mirando a un lado y a otro para localizar la procedencia de los tiros. Poco antes de llegar a la glorieta de Bilbao, se hallaba apostado un grupo de hombres armados, algunos de los cuales, de vez en cuando, disparaban al aire una ráfaga de tiros, riendo y gritando viva la revolución y muerte al fascismo. Los viajeros empezaron a apearse, asustados; el tranvía se convertía en un blanco demasiado fácil para escabullirse de las bravuconadas de las armas sin control. Teresa dudó un instante, pero al final, también se decidió a abandonarlo. Ya estaba muy cerca, así que echó a andar, con la cabeza baja, y alejándose todo lo que pudo del peligro. Atravesó la glorieta, y al llegar a la altura del café Comercial, vio cómo un coche se detenía con brusquedad cerrando el paso a dos hombres que caminaban con prisa; el más joven llevaba una maleta que soltó al suelo en cuanto les rodearon, alzando y mostrando las palmas de las manos. Teresa, desde el otro lado de la acera, percibió el gesto de terror de los dos detenidos, rodeados de hombres con fusiles en sus manos, vestidos con monos azules y con pañuelos rojos y negros anudados al cuello, que gritando de forma agresiva les preguntaban que adónde se dirigían y les exigían que se identificasen. Ella no se detuvo, siguió caminando atemorizada.

Uno de los milicianos abrió la maleta.

—¡Llevan una Biblia! —gritó como si lo que hubiera encontrado fuera una bomba—, y una sotana.

Teresa miró de reojo y vio cómo sacaban la sotana de la maleta y la alzaban a lo alto con gesto de triunfo. Acto seguido, sin mediar palabra, resonaron dos disparos secos, seguidos, casi simultáneos. Los dos hombres, el viejo primero, y el más joven un instante después, cayeron desplomados al suelo. Teresa, quedó clavada en el sitio y se tuvo que poner la mano en la boca para retener un chillido que se le ahogó dolorosamente en la garganta; por un momento, fue incapaz de reaccionar, allí, frente al espectáculo de muerte más cruel, incomprensible y fría que nunca hubiera podido imaginar, quieta como una estatua de mármol, aterrorizada. El corazón le latía con fuerza, le costaba respirar, pero seguía allí, mirando aquel horror que estaba a pocos metros de ella.

Uno de los milicianos la miró, y gritó:

—Eh, tú, ¿qué miras?

Teresa no respondió, se volvió con los hombros encogidos y echó a andar calle abajo, temblando de forma incontrolable, a pesar de que sentía la espalda empapada y las gotas de sudor resbalar por sus sienes. En ningún momento echó la vista a tras. Avanzaba deprisa, estremeciéndose con el estallido de los cañonazos y los tiros procedentes del centro, cada vez más cercanos, hasta que llegó al número 1 de la calle Hortaleza. Miró hacia arriba y vio en el balcón el cartel conocido: PENSIÓN LA DISTINGUIDA. PRIMERO IZQUIERDA.

COMODIDAD, LIMPIEZA Y BUEN TRATO. Se precipitó al interior del portal y, sólo entonces, se detuvo aturrida. Cuando se vio a salvo, apoyada la espalda contra la pared, se abandonó al llanto, un llanto descontrolado, sonoro, que la rompía por dentro.

La portera la oyó y se asomó.

—¿Te ocurre algo, chica?

Teresa no respondió, se lanzó escaleras arriba y no se detuvo hasta que llegó al primer piso. Llamó al timbre. El llanto la ahogaba, apenas podía respirar.

Cándida le abrió.

—Pero señorita Teresa, ¿qué le ocurre?

—¿Está... Arturo? —preguntó con la voz entrecortada y entre hipo.

—Sí, sí, pase, por Dios, pase. ¡Señorito Arturo! —llamó, sin apenas alzar la voz, seguramente para no despertar al resto de los inquilinos—, señorito Arturo —repitió cerrando la puerta—. Pase, pase, está en el saloncito, con doña Matilde, aquí apenas se ha dormido esta noche, con tanto jaleo...

En ese momento, la criada se calló porque por el pasillo apareció Arturo, que en cuanto vio a Teresa se lanzó hacia ella. Le seguía doña Matilde, la dueña de la pensión, alarmada por las voces de la criada.

—¿Qué te ha pasado, te han hecho algo?

La miró la cara, le tocó el pelo, la cabeza, los hombros y la revisó de arriba abajo, buscando algún daño en su cuerpo. Teresa, entre hipo y con un llanto irreprímible, le intentaba decir que estaba bien, que no tenía ningún daño. Sólo cuando Arturo se convenció de que Teresa no estaba herida, la abrazó dulcemente, y dejó que derramase todo lo que llevaba dentro.

Cándida y doña Matilde contemplaban la escena con preocupación. No les extrañaba el estado en el que llegaba Teresa, eran conscientes de la gravedad de lo que estaba ocurriendo en las calles, y, desde la madrugada, en el cuartel de la Montaña. Llevaban despiertas desde las cinco de la mañana oyendo los bombazos y los tiros. Desde los ventanales del salón se podía ver la Gran Vía, y hacía horas que hombres y mujeres (jóvenes y más mayores), metidos a milicianos, empuñando viejas pistolas o armados con fusiles, mosquetones y hasta con palos y cuchillos, pasaban en dirección a la calle Bailén, dispuestos a asumir una lucha que no les correspondía. Había pasado un tanque que había hecho retumbar los adoquines recientemente colocados, incluso un cañón tirado por una camioneta de cerveza como si se tratase de un extraño esperpento. Todo ello entre gritos y consignas para liberar el cuartel de la Montaña.

Cuando Teresa se calmó un poco, Arturo la llevó cogida de los hombros hasta el salón.

—Anda, Candidita —instó doña Matilde a la muchacha—, calienta el chocolate que sobró de ayer, seguro que a todos nos sentará bien, y saca los picatostes.

Cándida hizo una mueca de fastidio porque quería enterarse de lo que había pasado. Rondaba los treinta años, y ayudaba en las tareas de la pensión; lavaba la ropa, planchaba, cocinaba y limpiaba los retretes. La limpieza de las habitaciones era cosa de cada inquilino. A cambio, doña Matilde le pagaba doscientas pesetas al mes, y le daba cama y comida. Llevaba con ella desde que doña Matilde puso en marcha la pensión, y estaba contenta con el trato de la dueña, a la que consideraba como la madre a la que nunca conoció.

Teresa y Arturo se sentaron en el sillón. El estruendo de las bombas estremecía la casa cada vez que estallaban.

—Dime, ¿qué ha ocurrido?

—Han matado a dos hombres delante de mí. Les han pegado un tiro, y los han matado, sólo porque llevaban una Biblia y una sotana en una maleta..., no habían hecho nada, y los han matado, sin mediar palabra... les han pegado un tiro en plena calle... y nadie ha hecho nada... nadie ha hecho nada...

De nuevo el llanto se tragó sus palabras.

Arturo y doña Matilde se miraron, preocupados.

—No sé adónde vamos a llegar —murmuró doña Matilde, dando un suspiro afligido.

—Bueno, y a pasó, tranquilízate, y a pasó.

Cándida se dio mucha prisa en hacer su mandado. Puso a calentar el chocolate y colocó en una bandeja las tazas, las cucharillas, unos picatostes y una jarra de agua.

Cuando estuvo todo preparado, salió pitando al salón.

—Arturo, no sabemos nada de Mario desde ayer. Se marchó por la mañana a la piscina de El Pardo, con Fidel y Alberto.

Arturo sonrió, para intentar disimular su preocupación.

—Seguro que andan de juerga, y a sabes cómo son.

Teresa negó con la cabeza.

—No, no lo creo. Mario es un botarate cuando se junta con los amigos, pero con todo lo que está pasando en Madrid, habría llamado a casa. Algo malo les ha pasado.

Arturo sabía que Teresa no iba desencaminada en sus temores. Las cosas se estaban saliendo de madre, y él lo sabía. Pero intentó restarle importancia.

—Dices que se fueron a la piscina de El Pardo, ¿sabes si lo hicieron en coche o en autobús?

—En coche.

—Intentaré llegar hasta allí, a ver si averiguo algo.

—¿Lo harías?

—Claro, no te preocupes, y a verás como aparecen.

En ese momento, entró Manuela, una niña de doce años que vivía en la pensión con su abuela desde hacía dos meses. Se sentó en un sillón frente a

Teresa, sin decir nada.

—Tú tampoco puedes dormir, ¿verdad, pequeña? —le preguntó doña Matilde, mientras la muchacha servía el chocolate—. Anda, Cándida, trae una taza para la niña.

Cándida salió como alma que lleva el diablo en busca de la dichosa taza.

—¿Qué te pasa? —preguntó la niña, al ver a Teresa tan abatida.

Ella, con una voz apenas perceptible, esbozó una sonrisa, y le contestó que nada. Conocía a la niña de verla en la pensión. Arturo decía de ella que era algo extraña y que le hacía preguntas muy raras para su edad, sin embargo, mantenían una gran empatía, y pasaban mucho tiempo hablando sobre temas de lo más variopinto; a Teresa también le gustaba aquella niña de ojos grandes, de piel delicada y una extraña serenidad reflejada en su semblante.

—¿Por qué lloras? —insistió.

—Porque no sabe dónde está su hermano —le contestó Arturo—, y está preocupada por él.

Ella se quedó mirando muy fijamente a Teresa, tanto y de forma tan intensa que se sintió incómoda.

—Tu hermano está vivo, pero no está bien.

Todos se quedaron atónitos. Cándida, entró con la taza y la sirvió el chocolate. Se dio cuenta del silencio que las palabras de Manuela habían causado.

—Háganle caso, se lo digo yo, que esta niña tiene un don.

—Vamos, Cándida —terció doña Matilde—. No juguemos con estas cosas, que es un asunto muy serio.

Cándida se calló, pero en ese instante entró Maura, la abuela de Manuela. Se saludaron con cordialidad y hablaron de lo poco que habían descansado y lo preocupados que estaban por cómo se estaban torciendo las cosas.

Cándida miraba a todos a la espera de algo interesante que escuchar y que le diera vida para el resto del día, pero bastó un gesto de doña Matilde para que saliera corriendo hacia la cocina a por una taza para la recién llegada.

Maura se sentó junto a su nieta y le dedicó un gesto cariñoso. Miró a Teresa.

—¿Qué te pasa, niña? Estás llorando.

Su voz era dulce y delicada, igual que su rostro, arrugado y frágil como ella.

—Está preocupada por su hermano —le dijo su nieta—, pero ya le he dicho que está vivo, aunque no está bien.

Maura acarició el pelo oscuro de la niña, le retiró el mechón que le caía sobre la frente, y le sonrió complaciente.

—¿Tú lo has visto?

La niña miró a su abuela y asintió.

—Lo tiene en sus ojos —añadió la niña, haciendo un gesto hacia Teresa.

En ese momento entró Cándida con la taza.

—Ya les he dicho, señora Maura, que hicieran caso a la niña. Pero no se lo

creen.

La criada se calló al sentir la mirada recriminatoria de doña Matilde. Se apartó de la mesita del centro, y se sentó en una silla.

Maura miró a Teresa, que con la cabeza baja y el rostro abotargado por el llanto, estrujaba en su mano un pañuelo.

—¿Qué crees que le ha podido pasar?

—No lo sé, señora Maura. Se marchó ayer por la mañana con dos amigos, y no sabemos nada de ellos.

—No podrá volver a casa en mucho tiempo —sentenció la niña—. Pero regresará vivo.

Un silencio tenso ensombreció el ambiente. Doña Matilde se quedó con la taza en los labios, mirando por encima de ella a Manuela, y después a Teresa, de reojo, expectante a su reacción. Conocía aquella habilidad de la niña, un don, como lo llamaba Cándida. En varias ocasiones había acertado hechos imposibles de saber con antelación. Incluso la noche anterior, durante la cena, había dicho que esa noche Madrid despertaría con el ruido de las bombas. Cuando a las cinco de la mañana le sobresaltó el primer estallido, en lo primero que pensó fue en Manuela.

Teresa seguía retorciendo su pañuelo, y Arturo continuaba pendiente de ella, consciente, asimismo, de las predicciones de la niña.

—Ten confianza —le dijo Maura con serenidad y sin borrar la sonrisa—. Si mi nieta dice que tu hermano está vivo, te puedo asegurar que lo está.

—Tengo que pensar así, porque si le ha pasado algo... y o...

Sus palabras quedaron ahogadas de nuevo por el sollozo incontrolado. Arturo la abrazó.

La niña miraba la escena con sus ojos profundos, azules como el mar, porque, según decía su abuela, lo primero que vio la niña nada más nacer fue el mar, y ese reflejo del inmenso océano se le había grabado en la mirada de la nieta.

—Ya verás cómo aparece —la consoló Arturo—. Mario tiene muchos recursos, y a lo sabes.

Se oyó la puerta de la entrada y luego unos pasos lentos avanzar por el pasillo. Cándida, sentada junto a la puerta del pasillo, se asomó extrañada.

—¿Quién es?

—Soy yo.

—Don Hipólito, ¿pero qué hace usted aquí tan temprano?

Don Hipólito apareció en el salón, con el sombrero en la mano, despeinado y sudoroso.

—Ya ves, hija, que nos han dicho en el periódico que nos fuéramos a casa. Órdenes del Gobierno, por lo visto.

Se dirigió cansino hacia uno de los butacones más alejados y se dejó caer,

como si llegase derrotado.

Don Hipólito Morante era otro de los clientes estables de la pensión. Trabajaba en la rotativa del diario *La* desde hacía más de diez años, controlando los montones de periódicos y atándolos con un hatillo para su transporte; una actividad monótona y aburrida hasta el hartazgo. Rondaba los cuarenta años; viudo, sin hijos, y que después de haber malvivido alquilado en viejos cuartuchos, decidió, hacía siete años, instalarse en la habitación del fondo del pasillo de La Distinguida. El sueldo no era alto, pero le daba justo para sobrevivir; en cuanto cobraba, lo primero que hacía era pagar el mes a doña Matilde, con ello se aseguraba no sólo la cama, sino también comer caliente tres veces al día, además de un vaso de café, con tres galletas o dos magdalenas, de merienda. Don Hipólito nunca faltaba a la mesa, ya que, después del pago de la renta, apenas le quedaban cinco duros para tirar el resto del mes; era un hombre austero, rayando en ocasiones la cicatería; aprovechaba la ropa con zurcidos imposibles que le cosía Cándida a cambio de un par de pesetas; cuando se le hacían agujeros en la suela de los zapatos, metía cartones en su interior hasta que ahorraba lo suficiente para llevarlos al zapatero. El tabaco era el único placer al que no estaba dispuesto a renunciar a pesar de las penurias, por eso, cada principio de mes, se compraba una cajetilla de cigarros Ideales sin boquilla; desmenuzaba cuidadosamente las colillas y guardaba el tabaco sobrante en una bolsa, y una vez acabada la cajetilla, se liaba nuevos cigarrillos. Era en su estar normal educado, pero perdía las formas cuando se hablaba de política; intolerante y despectivo con los que no pensaban como él, se definía, con vanagloria, como un hombre católico, monárquico y de derechas. Además, mostraba una actitud muy mezquina con todo lo que fuera común al resto de los clientes que convivían en la pensión, sobre todo, en el uso del váter, para el que necesitaba, según sus alegaciones, más tiempo que los demás porque sufría de un penitente estreñimiento que requería sosiego y tranquilidad; sin embargo, como era el único cuarto de baño útil para todos, además del que tenía doña Matilde para su uso personal y exclusivo que mantenía cerrado a cal y canto, se hacía difícil aceptar sus argumentos atildados de verborrea que irritaban al más paciente. De hecho, cada día, a la misma hora, justo después del desayuno, don Hipólito Morante se dirigía con marcialidad hacia el excusado, haciendo suyo el ejemplar del día del *ABC*, al que estaba suscrita doña Matilde, y se encerraba en su interior, sin hacer caso a las llamadas insistentes que le pudiera hacer cualquier otro usuario. La situación soliviantaba a la dueña y cada día se montaba una discusión cuando don Hipólito se dignaba a dejar libre el baño. Todos los años, en el mes de agosto, se marchaba a pasar las vacaciones a su pueblo, cerca de Córdoba, pero aquel verano pensó que, dadas las circunstancias y hasta que la cosa se calmase, lo mejor sería no moverse de Madrid, a la espera de acontecimientos.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó doña Matilde, impaciente.

Los ojos del hombre se alzaron lánguidos para lanzar una ojeada a los que esperaban sus palabras. Encogió los hombros y arrastrando una tristeza que parecía innata, habló lento y con la voz ronca, como si le faltasen las fuerzas.

—Poco hay que contar. He llegado a mi trabajo, puntual como cada día, y al rato un ordenanza ha bajado a la rotativa con la orden de detener las máquinas y de que nos fuéramos a casa. Por lo visto el Gobierno se ha incautado de todos los periódicos. Eso es lo que decían. En la puerta me ha cacheado otro ordenanza con un pistolón terciado en el cinto. Conmigo salían todos los demás trabajadores, los directivos, los redactores, todos.

Arturo se inquietó por lo que pudiera pensar Teresa. La miró y la esbozó una leve sonrisa.

—Será mejor que te vayas a casa, intentaré encontrar a Mario.

—Sí, será mejor que regrese. He salido cuando mi madre se ha quedado dormida de puro agotamiento. Está de los nervios. No quiero ni pensar cómo se pondrá si se entera de que no estoy en casa.

—Te acompañaré al tranvía.

Se despidieron y salieron de la casa.

La calle era ya un hervidero de gente, pero aquél no era un lunes como cualquier otro. Todos caminaban más rápido, más nerviosos, en dirección a sus destinos con la aprensión de lo que estaba sucediendo a poca distancia de aquella aparente normalidad. Hacía un rato que no se oía el ruido de tiros y abusos.

—¿Tú crees lo que dice Manuela?

—Bueno, Cándida la cree a pies juntillas, la tiene como el oráculo del futuro, y doña Matilde me ha confesado que, por lo que ella sabe, acierta en todas sus predicciones.

—¿Cómo puede hacer eso?

—Mira a tus ojos y sabe lo que pasa, y lo que va a pasar.

—Yo no me creo esas cosas.

—Te ha dicho que estaba vivo, mantener la esperanza es bueno.

—Sí, pero también me ha dicho que no estaba bien, ¿qué crees que ha querido decir con eso?

Antes de que Arturo pudiera decir nada, una avioneta pasó por encima de ellos. Todo el mundo alzó la vista al cielo, luego continuaron su camino. En ese momento, dos muchachos de apenas quince años se cruzaron con ellos; uno llevaba una pistola en la mano. Discutían disputándose el arma.

—Eh, chavales —les increpó Arturo—, ¿no sabéis que eso es peligroso?

Los chicos detuvieron su discusión y miraron a la pareja con gesto arrogante.

—Es mía, y la sé utilizar —contestó el que llevaba el arma en la mano en ese momento.

—¿De dónde la habéis sacado?

—Del cuartel de la Montaña.

—¿Ha acabado el asalto?

—Sí, hay muchos fascistas muertos. Los demás se han rendido como ratas.

Los chicos se echaron a reír de manera impetuosa, como si la violencia y el olor a pólvora los hubiera embriagado dejándolos ajenos a la crudeza de la realidad.

Arturo y Teresa se miraron preocupados. Los chicos continuaron su camino, reanudando su disputa por llevar la pistola. En ese momento pasó un grupo de milicianos. Parecían contentos.

—Eh, camaradas —los llamó Arturo, ante el gesto circunspecto de Teresa—, aquellos chavales llevan una pistola, puede ser muy peligroso en sus manos.

Uno de ellos se volvió hacia el grupo y, señalando a dos, les gritó con autoridad:

—Canuto, Forja, id a quitársela.

Luego, se volvió hacia la pareja.

—Gracias, camarada. Cualquier arma nos es útil para la lucha. Ha habido algún desorden en el cuartel de la Montaña cuando hemos acabado con esos cerdos facciosos, pero ahora está todo controlado.

Teresa se sintió herida. No comprendía por qué tenía que hablar así de los militares, y menos insultarles de esa manera, pero más le impactó las palabras y el gesto de Arturo, poniéndole la mano en el hombro, como símbolo de apoyo.

—Me alegro mucho, compañero. A ver si esto se acaba pronto y podemos regresar a la normalidad.

—Eso intentamos, camarada, pero los sublevados tienen mejores armas y la mayoría de los oficiales se han quedado al lado de los golpistas. Toda ayuda es poca para la revolución. Me imagino que te habrás alistado. Necesitamos brazos fuertes y valientes para acabar con esta sublevación.

—Lo haré, compañero, no temas, pero ahora debo acompañar a mi novia hasta su casa.

El miliciano miró a Teresa y al ver sus ojos enrojecidos creyó que lloraba por la pena de que su novio se alistase.

—No te preocupes, camarada, acabaremos con esa gentuza y los aplastaremos como ratas.

Teresa notó que Arturo intentaba acabar con aquella conversación. Pero el miliciano insistió en sus palabras.

—Tú también puedes alistarte; en esta revolución, hombres y mujeres somos iguales, y lo seremos en el triunfo. Pero ahora toca arrimar el hombro para acabar con los que nos quieren robar la libertad.

Teresa no dijo nada. No quería abrir la boca porque sería incapaz de reprimir su rabia para expetarle a ese necio vestido con un mono azul descolorido, un pañuelo rojinegro al cuello, con alpargatas y con un fusil colgado al hombro, lo

que pensaba de su revolución.

—Seguro que también lo hará —dijo Arturo tirando del brazo de Teresa con la intención alejarse—, estoy en ello, compañero. Tenemos que irnos, gracias por todo. Abur.

—Abur, camarada.

Cuando se alejaron, Teresa miró a Arturo, pero no encontró sus ojos.

—¿No pensarás alistarte?

Arturo se mantuvo callado. Mirando al frente, sujetando a Teresa del brazo y avanzando por la calle para coger el tranvía.

—Te he hecho una pregunta, Arturo...

—No es momento de discutir eso ahora, ya lo hablaremos más adelante, cuando todo esto se aclare un poco más.

—¿Qué tiene que aclararse, dime? Esos con los que tú te quieres alistar están matando a la gente en plena calle.

—No seas injusta, Teresa. Sabes que yo no soy así, y que estoy en contra de cualquier tipo de violencia, venga de donde venga.

—Tal vez tú no, pero gente como ese camarada tuyo que te anima a que te alistés ha matado hace un rato delante de mí a dos hombres indefensos.

—No todos son así.

—Con que sólo uno lo sea ya me es suficiente. ¿Sabes lo que le han hecho a mi padre? Le detuvieron ayer en la puerta del Ritz, le golpearon, le robaron todo lo que tenía encima, incluido el coche, y, después de darle una paliza, le dejaron en la puerta del metro, descalzo y medio desnudo.

Arturo miraba con la boca abierta, sorprendido por lo que estaba escuchando.

—No sabía...

—Le han roto una costilla y tiene la cara desfigurada..., esos a los que tú llamas camaradas.

—Delincuentes y malnacidos ha habido siempre y en todos los lados, o ¿qué crees, que los otros se andan con delicadezas?

Arturo calló un instante, moviendo la cara de un lado a otro, como si quisiera negar la realidad.

—En los últimos meses esto se ha salido de madre, Teresa; hoy dan unos y mañana dan otros, hoy unos matan y, mañana, los otros lo hacen el doble y con más saña si cabe. Y ahora, esos militares descerebrados de África pretenden un golpe de estado. Son muy violentos, están acostumbrados a una guerra cruenta y brutal en África, no tienen piedad, están entrenados para matar. Si vencen al Gobierno legítimo perderemos todo lo que hemos conseguido en estos años, habrá sido todo inútil. No podemos mirar para otro lado y quedarnos de brazos cruzados.

—¿Y quieres vencer a todo un ejército poniéndote al lado de esta gentuza?

—Gentuza son ellos —replicó molesto—, los que se sublevan contra el

Gobierno legítimo que ha salido de las urnas.

—Yo no entiendo quién ha salido o quién ha entrado, lo que sé es lo que ven mis ojos, y, esos a los que tú llamas camaradas, y con los que te quieres juntar, están matando a gente sin que el Gobierno al que tú llamas legítimo haga nada para impedirlo.

Se miraron de hito en hito un rato, hasta que Arturo esquivó la mirada y dio un profundo suspiro.

—Todo es demasiado confuso ahora, Teresa, y, la verdad, no tengo ni idea de lo que voy a hacer, pero te mentiría si te dijera que no estoy pensando lo de alistarme; en este asunto, o se está con la legalidad o en su contra. Tenemos que unirnos contra los que nos quieren arrancar la libertad.

—Siento decepcionarte, pero no me veo vestida con pantalones y un arma colgada al hombro.

—No es eso lo que pretendo...

—No, claro, tú lo que pretendes es coger un arma, quitarle el coche a un cochino rico que tenga la osadía de tener dinero en el Banco y que viva en una buena casa, conducir por las calles de Madrid deteniendo a gente para comprobar si piensa exactamente igual que tú, y si no es así, erigirte en juez, y si se tercia, en ejecutor del osado que no os siga en vuestra revolución —fue alzando la voz a medida que las palabras se le escapaban de los labios, para terminar su arrebato de ironía con un gesto vehemente de los brazos.

—¿Crees que los otros son unas hermanitas de la caridad?

—No me importa lo que hagan los otros, yo no me voy a alistar a sus filas.

—No lo vas a hacer porque ellos son de los que piensan que las mujeres han de quedar en casa, limitadas a cuidar del hombre y los hijos, sin futuro, sin posibilidad ninguna de tener una vida propia que no sea una continuación del hombre que las somete.

—¿Y qué es lo que habéis hecho tú y tus camaradas, dime? Porque yo sigo sometida a la autoridad de mi padre, mientras que mis hermanos varones tienen toda la libertad que a mí me falta hasta para respirar...

Tomó aire en sus pulmones, como si realmente se hubiera quedado sin aire.

—Vamos a dejar esta conversación, Teresa. No es el momento.

Teresa se soltó del brazo con brusquedad, pero no le dijo nada porque, en ese mismo momento, el tranvía llegó a su altura y, en cuanto se detuvo, se subió sin volverse. Arturo se quedó mirándola desde la acera mientras Teresa pagaba el billete. Luego, la siguió en su paso por el interior. Teresa se sentó, lo miró lánguida hasta que cerró los ojos, hinchados por el llanto.

—Me acercaré hasta El Pardo —gritó Arturo cuando el tranvía, trabajosamente, se puso en marcha—. Avisame si tenéis noticias.

Arturo vio cómo se alejaba el vagón. Se mantuvo quieto, pensativo. No iría a El Pardo; muy a su pesar, sabía demasiado bien dónde tenía que buscar a Mario

y a sus amigos.

A Teresa la asaltó un intenso sentimiento de culpabilidad. Era consciente de que había sido injusta con Arturo. Conocía perfectamente sus ideas y su manera de pensar. Estaba afiliado al partido socialista, incluso lo había acompañado a alguna de las asambleas que se celebraban en la universidad, mesas redondas en las que, chicos y chicas, hablaban de todo con libertad, sin las cortapisas y censuras a las que tan acostumbrada estaba Teresa en el ámbito de su casa en donde su opinión era siempre desdeñada. Esbozó una sonrisa al recordar el día en que lo conoció en el salón de su casa: nada más entrar se fijó en él, sentado junto a otros amigos de su hermano Mario; desde ese momento, sólo tuvo ojos para él. A pesar de no llevar ropa cara, era muy apuesto y elegante, con ojos claros y rasgados, el pelo lacio y abundante, siempre caído hacia la frente, lo que le daba un aire bohemio y soñador; sonreía con facilidad y entonces su cara se iluminaba de una delicada belleza. Se dio cuenta en seguida de que nada tenía que ver con el resto de los amigos de su hermano, arrogantes y orgullosos, envueltos en sus trajes caros con el cuello impoluto y sus aires de estúpida superioridad. Ella se había sentado en una esquina, incapaz de intervenir por el temor a que se mofasen de ella (incluido su hermano); tampoco le importaba demasiado permanecer callada, ser espectadora prudente y muda; estaba muy acostumbrada —de ahí su sorpresa ante la forma de opinar, vehemente y con autoridad, de las jóvenes como ella que hablaban ante una treintena de chicos, que las escuchaban absortos en sus diatribas—; se conformaba con permanecer atenta a la charla que mantenían aquel grupo de estudiantes de Derecho sobre leyes, procedimientos, normativas, derechos y facultades, temas sobre los que Teresa quedaba embobada y admirada. Sonrió para sus adentros; si su madre supiera, o aún peor, si se enterase su padre de que no sólo flirteaba con un muchacho de izquierdas sin oficio ni beneficio, sino que, además, compartía muchas de las ideas que defendía, estaba segura que la echarían de casa. Prefería la República a la Monarquía, empezaba a comprender los derechos de los trabajadores, defendía, aunque con muy poco convencimiento, el reconocimiento pleno de los derechos de las mujeres, la libertad de culto, una educación laica y gratuita para todos; en definitiva, una sociedad más justa, como sentenciaba Arturo, incluso conocía cada uno de los artículos de la Constitución de 1931, ya que le había ayudado a memorizarlos e interpretarlos para preparar un examen. A veces, sentía envidia de los que estaban en la universidad, de todo lo que aprendían en cada una de las clases, de los libros, de la capacidad de analizar cualquier asunto de actualidad; con una resignación natural de su condición de mujer, aceptaba sus limitaciones y las intentaba cubrir con su participación, aunque fuera pasiva, en todo lo que Arturo le enseñaba. No obstante, Teresa, al contrario que su novio al que enaltecía ese punto de cándido idealismo capaz de mover el mundo, era muy pesimista en cuanto a los cambios

pretendidos por las leyes que se propugnaban desde la instauración de la República; tenía serias dudas de que la sociedad fuera capaz de asumir tanto cambio de una forma ordenada y pacífica. No veía a su padre y a gente de su clase, ni siquiera a los amigos de su hermano, aceptando las reivindicaciones de las mujeres, el reconocimiento de sus derechos y el trato de igualdad con los hombres. Todo era demasiado complicado. Las clases altas tenían dinero, el poder se compraba con dinero, y sólo a través del poder se hacían las leyes. Lo demás eran hermosas quimeras imposibles de alcanzar.

Dio un largo suspiro y miró a través de la ventanilla abierta. Al ver a la gente vestida con petos o monos de mecánico la embargó de nuevo una profunda desesperanza, recordando la angustiosa ausencia de su hermano Mario.

La fragilidad de los recuerdos

La abuela de Carlos Godino vivía a escasos cincuenta metros de la fuente de los Peces. Era un primer piso y nos abrió una chica morena de unos treinta años, que cuidaba de la anciana las veinticuatro horas.

—Hola, Doris. ¿Está en la sala?

—Sí, les está esperando —contestó con una amplia sonrisa y el acento meloso del Caribe.

Percibí un agradable olor a café procedente de la cocina, en la que Doris se metió, mientras yo seguía los pasos de Carlos por un estrecho pasillo. Como me había indicado Carlos Godino, su abuela se encontraba sentada en un butacón frente a un ventanal, a través del que se podía ver la plaza del Pradillo y parte de la avenida de la Constitución. La estancia era minúscula y con pocos muebles: una camilla, bajo cuyas faldillas de lana la anciana resguardaba sus piernas del frío, cuatro sillas y una pequeña estantería en la que se exponían recuerdos de bodas y bautizos y otros adornos de lo más variopinto. Además, tenía varias plantas estratégicamente colocadas que proporcionaban calidez al ambiente. Las cortinas era claras y estaban plegadas a ambos lados, por lo que se veía pasear a la gente por la calle.

—Hola, abuela, aquí te traigo al escritor del que te hablé ayer.

—Hola, hijo —la anciana recibió con una sonrisa agradecida al beso de su nieto.

—Encantado de conocerla, señora, y gracias por recibirme en su casa.

—No me lo agradezca, me gusta tener visita, paso mucho tiempo sola y la pobre Doris ya está muy harta de mí.

—No diga eso —intervino la chica, que en ese momento entraba portando una bandeja con café y tres tazas—. Sabe que yo la quiero mucho, lo que pasa es que ya nos hemos contado la vida y milagros, ¿a que sí?

—Doris, no pongas café para mí, yo me voy.

—¿No te quedas, hijo?

—No, abuela, tengo que recoger a Carlitos del cole, que Ana tiene trabajo en el despacho.

—Ve, usted —añadió dirigiéndose a mí—, nunca tienen tiempo para dedicarle a una pobre vieja.

—Va, abuela, no te quejes, sabes que vengo a verte siempre que puedo. Siéntese, Ernesto. Su nombre es Ernesto —le reiteró a la anciana, mientras yo tomaba asiento con timidez.

—Vale, vale. Anda, marcha ya, no vaya a ser que salga el niño y no te encuentre.

Carlos se acercó a la anciana y le acarició con cariño la mejilla.

—Aquí le dejo con lo más parecido a la versión del *NO-DO*. Le advierto que

en cuanto note que le presta atención y a no habrá quien la pare. No le arriendo las ganancias con ella.

—No se preocupe. Estaré encantado de escucharla.

—Si ve que se va por los cerros de Úbeda, reaccione y salga corriendo.

—Anda, tunante, vete y a recoger a mi bisnieto, y a ver si me lo traes, que me da mucha alegría verlo.

—Me marchó. —Me tendió la mano y yo hice un amago de levantarme para estrechársela—. Espero que la tarde resulte fructífera para ambos. No dude en llamarme cuando vuelva por Móstoles y tomamos otro café. ¿Lo hará?

—Por supuesto, y se lo agradezco de nuevo...

—No tiene nada que agradecer. La abuela está encantada, eso es lo importante.

Dio un beso en la frente a la anciana y salió acompañado de Doris.

—Es un buen nieto, pero esta juventud tiene tanto trabajo que no le queda tiempo para nada. Yo no sé para qué quieren ganar tanto, que si el coche, que si otra casa, que si un viaje, el móvil ese, ¿usted se cree que a mi bisnieto, con cinco añitos, están pensando en comprarle un teléfono?

—Son los tiempos de la tecnología —añadí, algo cortado.

—No sé. Antes no teníamos tantas cosas y vivíamos tan tranquilos, ahora si les falta el coche o el móvil, es que se mueren.

—Algo de razón tiene usted; lo cierto es que a cada uno nos toca vivir una época con sus grandes ventajas y sus grandes inconvenientes.

—En eso tiene usted razón. A los de mi edad nos ha tocado pasar mucho y muy malo, y por eso nos conformamos con menos cosas. Cuanto más se tiene, más se quiere, y eso tampoco es bueno.

Esbocé una sonrisa estúpida. Tenía razón, pero no era cuestión de hablar de las necesidades de unos y otros en los distintos tiempos en los que nos había tocado vivir.

Oí cerrarse la puerta de la casa y los pasos de Doris acercarse por el pasillo. Entró y nos sirvió el café mientras hablaba con la mujer igual que si se dirigiera a un niño de corta edad. Cuando terminó, dejó la cafetera.

—Genoveva, si necesitan algo, estoy en mi cuarto.

—Gracias, Doris, estaremos bien. Arrima la puerta, que no se vaya el calor.

Sorbí el café mirando por encima de la taza a aquella anciana que había conocido a los personajes de mi fotografía. Tenía ese aspecto de abuela dulce, delicada como una porcelana, curtida por el paso del tiempo, el pelo cano pegado al cráneo, la piel nivea, casi transparente, y los ojos claros como el agua. De apariencia menuda, sus movimientos eran pausados, carente de una prisa y a ausente en su esquema vital. El tono de voz era afable, algo tembloroso, como desgastado.

—Así que es usted escritor.

—Eso intento.

—¿Y qué escribe?

—Lo que puedo —contesté un poco a la defensiva—. Sobre todo novela, pero también he hecho algo de poesía, aunque me considero un auténtico inepto en ese terreno.

Hizo un leve movimiento con la cabeza y alzó tímidamente sus cejas.

Decidí sacar la foto y mostrársela.

—Genoveva, me ha dicho su nieto que conoció a esta pareja.

Antes de mirarla, cogió una funda de plástico que tenía sobre la mesa, sacó unas gafas de pasta antiguas, y se las ajustó a la nariz. Sus manos huesudas, rugosas y con manchas oscuras, temblaban ligeramente. Cuando estuvo lista, tomó la foto y la observó, elevando la barbilla.

—Fue tomada en la fuente de los Peces el domingo 19 de julio del 36.

Sus ojos quedaron atrapados en el laberinto de los recuerdos.

—¿Los conoce? —insistí, expectante.

—Claro. Me acuerdo perfectamente de este vestido de la Mercedes, y de ese día; nadie era consciente de que aquel domingo empezaba una guerra. Corrían malos tiempos —calló un instante para luego preguntarme, levantando la vista de la imagen—. ¿De dónde la ha sacado?

Esta vez no tuve inconveniente en explicarle cómo la había encontrado.

Mientras me escuchaba, no dejó de mirar a los personajes de la foto.

—Qué pena que un retrato así acabe en el puesto de un mercadillo, es algo tan..., no sé, tan propio; ahora se toman fotos de todo, cada acontecimiento, o sin acontecimiento alguno, se toma un montón de fotos porque sí; y tengo una buena colección de mis nietos y de los bisnietos desde el mismo día que nacieron: en cada cumpleaños, si se bañan en la piscina, si en la playa, cuando montan en bicicleta, todo se fotografía, pero antes una foto era casi como un tesoro. Yo, de cuando era pequeña, tengo media docena de retratos, y de mis padres sólo me queda uno de cuando hice la Comunión —asentí a sabiendas de que la anciana tenía toda la razón, pero no dije nada esperando, paciente, a que hablase algo de la pareja—. Aquí la Mercedes ya debía de estar de unos cuantos meses, aunque se le notaba muy poco. Mi padre fue el que le confirmó el embarazo. No sabe usted cómo se pusieron de contentos, y la Nicolasa, no le digo nada la alegría que tenía, después de todo lo que había pasado la pobre.

Saqué mi bloc y le pregunté si no le importaba que tomase nota de la información que me daba.

—A mí no. Haga usted lo que quiera. Aunque poca importancia puede tener lo que yo le cuente como para que lo escriba.

—Estoy seguro de que sí la tiene. Cualquier cosa sobre ellos me será válida,

seguro.

—Si usted lo dice, apunte todo lo que quiera.

—Así que Mercedes, en julio del 36, estaba embarazada.

—Sí, pero el niño nació muerto.

—Vaya —añadí contrariado. Apunté de nuevo, y mientras lo hacía seguí preguntando—: Y esa Nicolasa, ¿quién era?

—La madre de la Mercedes —me contestó con rotundidad, como si se extrañara de mi ignorancia. Luego, volvió a clavar los ojos en la fotografía y esbozó una sonrisa blanda, embargada en el vaivén del recuerdo—. Se habían casado unos meses antes, en las Navidades; hicieron una fiesta muy bonita, una cosa sencilla pero muy bonita. Me acuerdo perfectamente de que hizo un día muy soleado a pesar del frío, y de que la Mercedes estaba muy guapa, bueno, es que la chica era muy guapa, y el Andrés también era buen mozo.

—Ya se ve en la imagen.

—Vivían en casa de la Nicolasa, que estaba justo al lado de la de mis padres. Mi padre era el médico de Móstoles, el único, porque en ésos tiempos atendía a todo el pueblo; se conocía los males de cada uno de los vecinos y no necesitaba ningún ordenador de ésos. Esto apenas era un pueblito de algo más de mil habitantes, y fíjese ahora. La casa en la que yo nací estaba aquí mismo —señaló con el dedo índice hacia el suelo—. La tiraron para hacer este bloque y a mí me dieron este piso. Con mi marido viví en otra casa, cerquita de aquí, un poco más arriba de esta calle; también la tiraron hace poco para hacer un bloque de pisos. Ahí crié a mis cinco hijos; cuarenta años me pasé en esa casa —dijo un suspiro, cansino, embelesada por la evocación—, pero cuando me quedé viuda, todos se habían casado y yo no quería estar sola en una casa tan grande, con tantos recuerdos. Así que me vine a este pisito. Aquí estoy muy entretenida, y es más recogido.

Lo dijo con resignación, aceptando lo inevitable del paso del tiempo, de la soledad a la espera del final anunciado.

—Entonces, usted era vecina de Mercedes y Andrés.

—Puerta con puerta, sí señor.

—Por lo tanto, ésta es la calle en la que vivían Mercedes y Andrés, ¿no es cierto?

—Y la Nicolasa —afirmó—. Ahora se llama el Sitio de Zaragoza, ya ve usted, cosas del alcalde, pero de toda la vida ha sido la calle de la Iglesia, o de las Iglesias, que algunos la llamaban así porque, si se da cuenta, es la calle que lleva de la ermita y a la iglesia de la Asunción.

—Entonces —escribía la información, deprisa, y pregunté para confirmar lo escrito—, ¿esta calle es lo que antes se conocía como de la Iglesia?

—Por donde usted ha entrado al portal estaba la puerta de la casa de mis padres, y justo al lado, hacia la iglesia, había una ventana y la puerta de la

Nicolasa.

—Genoveva, ¿le importa decirme el nombre de sus padres?

—Mi padre, Honorio Torrejón, y mi madre, Eloísa García. La Nicolasa y mi madre eran muy amigas, las recuerdo siempre juntas; la Nicolasa venía a limpiar a mi casa para sacarse unos cuartos. Había que vivir. Era una buena mujer, aunque tuvo mala suerte con el marido y el hijo.

—¿Qué pasó? ¿Por qué tuvo mala suerte?

—Los dos murieron. Primero el marido, y luego el chico; yo no los llegué a conocer a ninguno de los dos. La Nicolasa y la Mercedes se quedaron solas —apretó los labios y negó con la cabeza—. Mi madre siempre decía que tuvieron que trabajar mucho para salir adelante. Imagínese usted, dos mujeres solas, en aquellos tiempos. Mucho tuvieron que pasar, mucho...

—¿Y qué ocurrió con Andrés y Mercedes?

Enarcó las cejas y encogió los hombros.

—A él se lo llevaron a poquito de empezar la guerra.

—¿Con su hermano Clemente?

—Ah, ¿pero también sabe de Clemente?

—No mucho, la verdad. Junto a la foto había unas cartas que Andrés le escribió a Mercedes en los meses de septiembre y octubre del 36, en todas lo nombra afirmando que estaba bien, pero nada más.

—¿Unas cartas? No sé nada de cartas.

Se quedó callada un rato, con la mirada fija en un punto indeterminado de la calle, ausente, como si hubiera dejado de interesarle mi presencia.

—Genoveva, ha dicho que se llevaron a Andrés, ¿quién se lo llevó?

—Los rojos —contestó con firmeza—. Estaban trabajando en el campo los dos hermanos, los subieron a un camión y se los llevaron. Yo siempre oí que era cosa de Merino, que los tenía muy enfilados, sobre todo al Andrés. Mi madre decía que le tenía envidia porque antes de ponerse de novios pretendió a la Mercedes, pero ella en seguida puso los ojos en el Andrés y no le hizo ni caso.

—¿Podría hablarme algo más de ese Merino?

—Uy, era muy malo, se lo digo yo. Me acuerdo el día que entró en mi casa para incautar el coche de mi padre. No se puede usted imaginar qué violencia, qué infulas, no hacían nada más que gritar, y el susto que me llevé cuando vi que agarraban a mi padre y lo zarandeaban como si fuera un muñeco. Hay cosas que una niña no olvida en la vida, y esa forma de tratar a mi padre... uff, no se puede usted imaginar. Era un prenda, sí señor, una mala persona. Lo fusilaron después de la guerra. Nadie le echó de menos. Mucha gente le tenía ganas.

Quedó en silencio y aproveché para terminar de apuntar todo lo que me contaba con la letra más legible posible.

—¿Y recuerda cuándo se llevaron a los dos hermanos?

—Pues debió de ser al poquito de pasar la Virgen de agosto; ese año ya no

hubo nada de celebración, ni misa, ni nada; mi madre hizo una limonada, unas tostas de hojaldre y allí nos reunimos parte de la familia y algunos amigos, los más allegados. Había mucho miedo. A mí no me dejaban salir a jugar ni a la puerta de la calle. Hubo muchos excesos. Hubo asesinatos, se llevaban a la gente por la noche y la dejaban tirada en el Cerro de las Nieves con un tiro en la cabeza. Me acuerdo que llamaban a mi padre para que fuera a reconocer a los muertos; luego se encargaba de dar la noticia a la familia. Nunca he podido olvidar su cara cuando regresaba a casa, no se puede imaginar qué tristeza, la pena que arrastraba. Fueron días terribles.

—¿Y Mercedes qué hizo?

—Uy —agitó su mano huesuda para dar más ímpetu a sus palabras—, no hacía más que llorar, la pobre mía. La Nicolasa y ella se tuvieron que esconder en casa del tío Manolo, porque el Merino también se la quería llevar.

—¿Pasaron la guerra aquí?

—No. Aquí se quedaron algunos hombres, muy pocos, evacuaron a todo el pueblo antes de que llegasen los nacionales.

—Entonces, Mercedes y su madre también salieron de Móstoles.

—Ellas mucho antes que los demás, al poquito de apresar al Andrés tuvieron que sacarlas de noche, a escondidas. Ya le digo que había mucho miedo, y la gente se tenía que ocultar en las cuevas o marcharse de noche a hurtadillas. Las llevó un primo de mi padre en su carro, para evitarle la caminata a la Mercedes. Ésa fue la última vez que las vi.

—¿Nunca regresaron?

—No señor.

—Pero ¿murieron?

—La Nicolasa recibió un disparo en una calle de Madrid de esos que llamaban pacos. De la Mercedes no se supo más, al menos yo no he vuelto a saber nunca de ella, no le puedo decir si está viva o muerta, porque nunca supe qué le ocurrió y por qué no regresó.

Me quedé mirándola entre el entusiasmo por la información que aquella anciana me estaba proporcionando y la desesperanza de que, de repente, se cortase el hilo de la historia.

—¿Sabe dónde fueron cuando salieron de aquí?

—Mi padre conocía a un médico en Madrid y creo que fue él el que las acogió en su casa. Al menos, recuerdo a mi padre intentando llamar por teléfono; las líneas funcionaban muy mal y mi madre me sentó toda una tarde junto al aparato para avisarles si llamaba la telefonista.

—¿Y no recuerda el nombre del médico?

Negó de nuevo moviendo la cabeza.

—Trabajaba en el hospital de la Princesa. Es lo único que le puedo decir.

Repasé cuidadosamente lo que iba escribiendo.

—Genoveva, me ha hablado de un tal Manolo, ¿quién era?

—¿El tío Manolo?, ése era el hermano de la madre del Andrés y del Clemente; los Brunitos los llamaban. Fue uno de los pocos que se quedó en el pueblo cuando nos evacuaron a todos; se escondió en la cueva hasta que entraron los nacionales. Y con él se quedó la hermana, la madre de Andrés; no hubo manera de convencerla, y eso que la evacuación era obligatoria, nadie podía quedarse, eran órdenes, porque decían que los moros mataban a todo el que se encontraban en su camino. Se escondió con su hermano y no consintió en salir de Móstoles —su voz, a veces dulce, a veces susurrada, otras algo más aguda, más firme, emulaba los recuerdos que se deslizaban por la fragilidad de su mente—. Decía que tenía que quedarse en la casa por si regresaban sus hijos. La pobre se murió de pena antes de que terminase la guerra.

—¿Murieron los dos hermanos?

Ella encogió los hombros un instante, pensativa.

—Después de la guerra, mi padre los buscó, pero lo único que halló fue el nombre de Clemente en una lista de enterrados en un cementerio de Las Rozas. Intentó traerse el cuerpo para que recibiera sepultura aquí, junto a la tumba de su madre, pero ni eso pudo, por lo visto lo habían metido en una fosa común y era imposible sacarlo. La pobre Fuencisla, se quedó sola con tres criaturas, y sin una tumba que llorar.

—¿Era la mujer de Clemente?

—Sí —alzó las cejas, sin mirarme, con los ojos puestos en un triste vacío—. Cuántas viudas quedaron, Dios Santo, y cuántos huérfanos..., qué pena...

—¿Sabe si alguno sigue vivo? Tal vez ellos pudieran decirme algo más...

Me miró con extrañeza, confusa, como si no hubiera comprendido mi pregunta.

—La mujer de Clemente —insistí con sutileza, temeroso de agotarla—, ¿sabe si ella o alguno de sus hijos viven todavía?

La anciana esbozó una sonrisa dispersa.

—No le puedo decir. Móstoles se hizo muy grande en pocos años; las cosas ya no son como antes, que conocías a todos y de todos sabías su vida y milagros, porque ya sabe usted lo que eran los pueblos: se sabía todo de todos. Pero con esto de los pisos, empezó a llegar gente de fuera y los vecinos de siempre empezamos a perder el contacto. Sé que una de las hijas se casó y se marchó a Valencia, o Alicante, no estoy segura, y que el chico puso una fábrica de pan, en un pueblo de Toledo, pero no le puedo decir dónde. De la otra hija no sé nada, y de Fuencisla —encogió los hombros como si se disculpase—, pues la verdad es que no tengo ni idea si se ha muerto la mujer, o si vive... no lo sé, no puedo ayudarle.

Apunté deprisa toda la información, y antes de separar el bolígrafo del papel, levantando apenas la cabeza, insistí:

—Y entonces, de Andrés, ¿nada se volvió a saber nunca?

Arrugó los labios con un visaje pensativo.

—Yo regresé con mis padres en abril del 39. Pasamos toda la guerra en casa de un tío mío; ¡qué hambre pasamos!, no se puede usted imaginar las cosas que tuvimos que ingeniar para llevarnos algo a la boca; eso sí que era hambre y necesidad de todo. En Madrid no había de nada, ¿sabe? Se hacía cola para todo, esperábamos horas y horas de pie, con frío, con lluvia; ¡madre mía!, las colas que me habré tragado yo para echar al capacho un bote de leche condensada y medio kilo de lentejas con más piedras que en una cantera. ¡Qué tiempos! —a pesar de que había momentos en los que parecía confusa o aturrida, en otros, sin embargo, era evidente esa extraña lucidez de los viejos, de la que Carlos Godino hablaba, para recordar con claridad los pasajes más lejanos en su vida—. Cuando pudimos volver nos encontramos la casa saqueada. Apenas quedaban algunos muebles destrozados —suspiró, manteniendo fijos sus ojos vidriosos—. Pero estábamos vivos, y en ese tiempo era lo importante, sobrevivir. Aquí no volvimos a pasar hambre; todos los días teníamos un plato caliente en la mesa, aunque fuera siempre el mismo, cocido de lunes a domingo, los garbanzos nunca faltaban, más o menos abundantes, otra cosa era el acompañamiento, unas veces había y otras no; cuando había tocino, pues tocino, si era cecina, o gallina, o conejo, pues eso nos comíamos. No había de qué protestar, y no dejábamos ni las migas en el plato, no como ahora, que se tira una cantidad de comida que da una pena...

Me resultaba enternecedor escucharla, pero temía que se agotase mi tiempo, así que insistí de nuevo.

—Genoveva, pero ¿no tiene ni idea de lo que le pasó a Andrés, no se oyó nada, ni hubo rumores sobre si había muerto o si se había exiliado? Me ha dicho que en los pueblos todo se sabe de todos.

Me dedicó un visaje indulgente.

—Si algo aprendimos cuando terminó la guerra fue ignorar el pasado para poder seguir viviendo, no a olvidarlo, pero sí a ignorarlo, aunque a muchos se nos acabó por olvidar...

Un silencio espeso se cruzó en el ambiente; me di cuenta de que había tocado alguna fibra inadecuada. Preferí mantenerme callado, a la espera de que ella reaccionase como estimara oportuno.

—Créame —continuó con gesto sereno—, siento mucho no poder ayudarle, pero yo, al menos, no volví a saber nada ni de él ni de la Mercedes. Mi madre decía que parecía que se los hubiera tragado la tierra —al ver mi gesto de incondicional atención, esbozó una sonrisa y abandonó los ojos en el vacío—. No crea que fueron los únicos. En esos años desapareció mucha gente; muchos se esfumaron como el humo cuando los nacionales entraron en Madrid. Alguno regresó años después, pero de la mayoría —encogió los hombros con un

movimiento casi mecánico— nunca más se supo. Mire usted, se mataba a la gente y se la enterraba en cualquier sitio, en fosas comunes, en las cunetas de los caminos, en los campos, en los desmontes, fuera de las tapias del cementerio. En el piso de Cuatro Caminos en el que viví durante la guerra había un descampado justo enfrente, y muchas noches, desde la ventana, vi cómo llegaban camionetas o coches particulares cargados de muertos; los bajaban, cavaban un poco y, hala, ya estaban enterrados. Hubo casos terribles. Desconocer dónde está enterrado el cadáver de un ser querido debe ser peor que la muerte. Yo no digo que fueron unos u otros, que barbaridades las hicieron de un bando y de otro, estábamos en guerra y había miedo al hambre o al frío, a la falta de sueño, a la bala perdida, a morir y a matar, había miedo por todo y un ciego instinto de conservación que sacaba todo lo más horrible que usted se pueda imaginar de un ser humano — enmudeció en silencio largo, lúgubre, como un homenaje a todas aquellas almas que perdieron su candidez en aquella guerra cainita—. Pero cuando llegó la paz, ¡ay madre del cielo!, o eras de Franco o estabas contra él, en esos tiempos no cabía la pasividad ni la ambigüedad; los falangistas decían que había que acabar con los tibios, que eran los blandos los que hundían a la patria. Ya ve usted, los blandos o tibios; al que hubiera tenido cualquier contacto con los republicanos le apresaban y podía pasarse meses en la cárcel sin saber por qué razón estaba encerrado. Mi padre estuvo más de un mes preso, porque como tuvo que trabajar en los hospitales de Madrid durante toda la guerra, le consideraban un rojo; menos mal que varios médicos y algunos militares le avalaron, que si no lo fusilan, mire usted. Mi padre tuvo suerte, pero hubo muchos que no la tuvieron, y no encontraron los avales suficientes para salir airosos de una culpa que no tenían, no porque no contasen con alguien que alegase a su favor que nada tenían que ver con los rojos, sino porque no se atrevían a dar la cara por ellos. Hubo muchos valientes, pero también salió mucho cobarde, y mucho miedo, y también mucha envidia que todo hay que decirlo; no se puede usted imaginar la cantidad de pobres inocentes que se llevaron por delante, gente que a lo único que se dedicó fue a trabajar; los mataban por rencor, por codicia, por rivalidades banales, para quedarse con su puesto de trabajo, o con su casa. La guerra fue muy mala, pero en los primeros años de la posguerra también se pasó mucho porque, paz había, claro, eso no se lo niego yo, pero seguía habiendo mucha hambre y mucho miedo, mucho miedo —repetió con vehemencia—, y mucha malicia y venganzas y odios... uff...

Movió la mano como asustada, se tapó ligeramente la boca con los dedos y se encogió de hombros como si un escalofrío le hubiera recorrido el cuerpo.

—En eso le doy la razón, Genoveva, malas son las guerras, pero la venganza y la falta de generosidad del vencedor respecto del vencido es más terrible, si cabe.

—Franco no fue generoso, no señor, no lo fue, ni él ni los que le rodeaban.

Debía de ser muy rencoroso, y decían que tenía mucho miedo de que le quitaran el poder. Menudo era. Ahora lo puedo decir, antes había que callar, que hemos vivido todos con la boca bien cerrada y, en muchos casos, mirando para otro lado. Pero ahora sí que lo digo. Hubo muchos meapilas y aprovechados que se apegaron al poder y levantaron el brazo en alto gritando vítores a Franco. Tampoco se crea que los critico, no en aquellas circunstancias. Por eso le digo que muchos de los que no regresaron fueron olvidados, porque si se los buscaba se corría el riesgo de encontrar la desgracia propia y la de toda la familia, porque el que caía, arrastraba a todos los que estaban alrededor, como si fueran apestados. Había que seguir viviendo —me miró esquivo, y me pareció que intentaba justificarse ante mí, como si de pronto se hubiera arrepentido de haber hablado demasiado—, tiene usted que pensar que la gente tenía que continuar, no podíamos anclarnos en el pasado, ni siquiera nos podíamos quedar en el presente que nos tocaba porque, a veces, era peor; sólo teníamos el futuro, había que tirar *p' adelante*, como decía mi pobre madre —se calló y bajó la mirada hacia sus manos, que todavía sostenían la foto de la pareja—. Poco a poco, la gente se fue olvidando de los muertos, y también de los desaparecidos. El olvido fue imprescindible para sobrevivir. Durante mucho tiempo, lo prioritario para la mayoría fue no morir de hambre..., ni de pena, y el ejercicio voluntario de ignorar una realidad que pertenecía al pasado fue la única salida que nos quedó a muchos.

Después de escucharla, me pesó continuar removiendo los amargos recuerdos de aquella anciana, pero la curiosidad por saber algo más superó a mi mala conciencia.

—Tuvo que ser muy duro.

—Mucho —me reiteró, convencida—, no se lo puede usted imaginar; durante los tres años que duró la guerra se mató a mucha gente buena, de un lado y de otro, y con Franco llegó la paz para unos, pero empezó la pesadilla para otros muchos; había tanto odio contenido, tanto afán de venganza —alzó los hombros, conforme—. Yo, ya lo tengo todo hecho, pero le aseguro que a diario le pido a Dios que mis nietos y mis bisnietos no tengan que pasar por lo que pasamos nosotros.

Se paró un instante y aproveché para insistir en mis indagaciones.

—¿No hubo nadie que buscara a Mercedes y Andrés, algún familiar?

—El tío Manolo era la única familia directa que les quedaba, y murió el día que acabó la guerra. Estaba soltero. Decía mi madre que se le había pasado el tiempo de novias en el cuidado de la hermana viuda y de los sobrinos. Vivía solo y murió solo. El día que los nacionales entraron en Madrid se cogió una buena borrachera, eso decían, y yo no lo vi, pero debió de ser muy gorda porque no se le volvió a ver por el pueblo. Cuando le encontraron en el pajar llevaba varios días muerto.

Insistí dispuesto a estrujar hasta el fondo la frágil memoria de aquella anciana. Por muy duros que fueran aquellos años no me convencía la idea de que nadie los buscara, que nadie se preocupara por ellos. Más me cuadraba el silencio consentido, voluntario para evitar, tal vez, alguna persecución o peligro, sobre todo durante los primeros años de la represión franquista.

—¿Es posible que salieran del país, que se exiliaran?

Negó con la cabeza antes de continuar, encogiendo los hombros y esbozando una sonrisa.

—No le podría decir...

De nuevo se quedó en silencio.

—La estoy cansando.

—No se preocupe, estoy bien. Es que a mi edad los recuerdos pesan demasiado y, a veces, me cuesta. Pero me gusta contar estas cosas, bueno, lo cierto es que me gusta que me escuche.

—Lo hago encantado, Genoveva, y además me está ayudando mucho.

Me devolvió una sonrisa agradecida. Repasé rápidamente todas mis notas. No quería que se me quedara ninguna pregunta por hacer.

—¿Y la casa en la que vivían Andrés y Mercedes?

—La destruyó una bomba. Permaneció en ruinas durante muchos años, nadie se atrevió a hacer nada, esperando, por si un día aparecía alguno. Luego hicieron pisos.

—Sólo una cosa más, Genoveva, y perdone por mi insistencia, ¿conoce a alguien con quien pueda hablar de Andrés y Mercedes?

—Quedamos ya tan pocos —esbozó una sonrisa maternal—. Me parece que va a tener que inventarse la historia para escribir su novela, porque los muertos no hablan —miró la foto durante un instante, me la dio y enarcó las cejas con una sonrisa ladina—, o puede que sí... quién sabe.

Capítulo 5

Cuando el tranvía desapareció de su vista, Arturo suspiró y miró a un lado y a otro. El sol de mediodía lo aplanaba. La Gran Vía parecía una fiesta de monos azules, puños en alto, banderas diversas con los colores de la República o el rojo y negro de los cenetistas que ondeaban triunfantes en la calma derretida de aquel extraño lunes de julio. El ruidoso claxon de los coches que venían desde el cuartel de la Montaña ponía de manifiesto el júbilo de sus apiñados ocupantes por la victoria conseguida. Arturo se fijó en los rostros que se le cruzaban, algunos envueltos en un embriagado alborozo, con aspecto astroso y desaliñado, la barba oscurecida de varios días, cansados por la falta de sueño. Al margen de éstos, había otros que marchaban esquivos, desconfiados y medrosos, evitando a los grupos de milicianos que se habían hecho los amos de la calle, de la ley y de las vidas. Arturo no sabía muy bien qué pensar. A su parecer, todo resultaba demasiado caótico; más que una lucha, reinaba un completo desorden. Con la consigna dada por el Gobierno, según la cual, todos los soldados del Ejército quedaban licenciados y, por tanto, liberados de sus obligaciones militares, el efecto inmediato había sido la guerrilla colectiva, el desorden, la falta de jerarquías encargadas de organizar la lucha, los frentes, incluso las movilizaciones, arbitrarias y poco efectivas en todo caso. Además, desde el Gobierno Giral se había dado orden de entregar armas al pueblo a través de los sindicatos y a los partidos de izquierdas. Todo parecía hacerse a golpe de voces, de bulos, de fatuos líderes espontáneos que se dejaban llevar por un vano enardecimiento. La confusión reinaba en cada grupo. Cualquiera creía convertirse en soldado con derecho a matar por el simple hecho de apuntarse en una lista de su sindicato, partido o casa del pueblo; a la mayoría se les entregaba escopetas o fusiles, y en el mejor de los casos, se impartían algunas nociones básicas de cómo cargar y cómo disparar; convertidos en una utópica hueste, se lanzaban a las calles, sin orden ninguno, sin mandos que dirigiesen los ataques y la defensa, arrobados por un ímpetu vano de triunfo, inconscientes del peligro real que existía en el combate donde ya se libraban duras batallas contra los sublevados. Parecía que, en medio de aquella euforia por el triunfo sobre el cuartel de la Montaña, se mascaba una terrible tragedia, de la que pocos se daban cuenta aunque envolvía todo el ambiente.

Después de pensarlo un rato, Arturo decidió acudir primero a la casa del pueblo, situada en el barrio de Lavapiés. Conocía a gente del partido que trabajaba habitualmente en la sede, tal vez allí le podrían indicar por dónde empezar a buscar. No había querido decirle nada a Teresa porque temía que hubiera ocurrido lo peor. Conocía lo que estaban haciendo algunos desalmados sin escrúpulos, manejando la situación de forma injusta y con extrema crueldad, y muchos de ellos actuaban bajo las siglas del partido que con tanto denuedo había

defendido ante su novia. No quería que ella pensara que él tenía nada que ver con esos grupos descontrolados.

Enfiló la calle Montera para llegar a la Puerta del Sol, después se metió por la calle Carretas, cruzó Atocha y se introdujo en el dédalo de callejas y recovecos que le llevaron a la calle del Calvario. El aire estaba impregnado de olor a madera quemada y a humo, residuo de la quema de conventos, iglesias y escuelas religiosas, incendiadas y saqueadas en las últimas horas por todo Madrid. Arturo caminaba pensativo y muy preocupado. Al torcer la calle, se encontró con un tumulto en el portal del edificio en la que se ubicaba, desde hacía dos años, el local de la casa del pueblo. A duras penas se abrió paso entre los que salían y los que, formando grupos que entorpecían el flujo de entrada, fanfarroneaban de sus experiencias en el asalto al cuartel de la Montaña. Al entrar en el oscuro zaguán, el olor conocido a humedad se mezclaba con el sudor de los que subían y bajaban apresurados por las escaleras. La mayoría iban con un mono azul o gris, algunos lucían corrajes militares y los menos portaban con orgullo ostentoso el arma al hombro o terciada al cinto, y todos llevaba el pañuelo rojo anudado al cuello o atado al antebrazo. Hubo quien le saludó con el puño en alto, otros, sin embargo, le miraron con recelo porque no llevaba el atuendo miliciano que se estaba imponiendo para diferenciarse de los sublevados y no ser sospechoso de colaboracionismo faccioso. La sede socialista estaba en el segundo; era un piso pequeño e interior, suficiente como referencia del partido en aquel barrio. Arturo acudía allí cada quince días con el fin de ayudar a los compañeros con problemas legales, les asesoraba en lo que podía, y si no sabía, buscaba solución preguntando a los profesores de la Facultad, sobre todo a don Amadeo Fatás, catedrático de Derecho Romano, que conocía muy bien todos los vicisitudes de las nuevas leyes que trataban de proteger los derechos de los trabajadores, conculcados en muchos aspectos por la inercia de una sociedad incapaz de alterar lo que se había hecho costumbre, a pesar de que contraviniese la ley. La sede tuvo movimiento desde el primer momento, pero aquel día había tanto personal que apenas se podía acceder al interior. Los que querían entrar impedían el paso a los que pretendían salir. El hedor a sudor, mezclado con la sensación de bochorno y falta de ventilación, hacían irrespirable el aire incluso en el descansillo.

Arturo consiguió introducirse, a codazos, hasta el despacho del fondo, en cuya puerta también se acumulaban una fila de personas que esperaban ver a Draco.

Agapito Trasmonte Draco era el fundador, presidente y responsable de todo aquel tinglado, tal y como lo definía él mismo; se consideraba un socialista convencido de que era posible cambiar las cosas de forma pacífica, sin los excesos que planteaban los comunistas, ni el descontrol del que tildaba a los anarquistas; su problema era la intolerancia, excesiva a veces, hacia esas facciones de la izquierda, que malograba el pacifismo del que siempre alardeaba

frente al autoritarismo e insolidaridad propias de la derecha pacata y reaccionaria. No le gustaba su nombre porque decía que tenía poca fuerza, por eso se hacía llamar por su apellido materno, más contundente y firme.

Arturo estiró el cuello por encima de la marabunta de cabezas, con el fin de atisbar el interior del pequeño despacho. Draco se encontraba sentado a la mesa, ante la que se arremolinaba una multitud caótica y desordenada. A su izquierda estaba Rafael Lillo, un estudiante de segundo de Derecho, que colaboraba muy estrechamente en la sede, y que manejaba una lista de nombres.

—Draco —gritó desde fuera—, Draco, tengo que hablar contigo.

—Eh, tú —le espetó con insolencia un hombre que estaba a punto de traspasar el quicio de la puerta—, espera tu turno, que aquí todos tenemos que hablar con Draco.

Llevaba un peto gris sobre una camisa oscura y sucia, y en su cinto colgaba una vieja pistola de doble cañón. Sudaba profusamente por el cuello, por la frente y por los sobacos, parecía que le hubieran echado un jarro de agua por encima.

Draco, que había oído la voz de Arturo, se levantó para localizarlo.

—Arturo, pasa. Dejad que pase el compañero, viene a echarnos una mano.

A regañadientes, la gente se apartó para dejarle sitio. Cuando llegó a la mesa, se colocó a la derecha de Draco, enfrascado de nuevo en la tarea de apuntar y organizar aquel desbarajuste.

—Draco, tengo que pedirte un favor.

Le miró con gesto serio.

—Ahora no, Arturo, ¿es que no ves cómo estamos?

—Es muy urgente.

—Hoy todo es urgente —los dos hombres se miraron un instante—. Échanos una mano y luego hablamos.

No podía preguntar por la suerte de tres posibles detenidos delante de todos.

—¿Dime qué hay que hacer?

—Toma —le cedió una hoja en blanco y un lápiz—. Apunta el nombre y apellidos, el número de afiliación...

—¿Y si no están afiliados?

—Los apuntas también. Edad, profesión, domicilio dónde se les pueda localizar, y si alguna vez han utilizado un arma. Se admite a todo el mundo que haya cumplido los dieciséis años, cualquiera que sea su profesión o condición, y a sea hombre o mujer. Nos valen todos.

Arturo cogió el papel y el lápiz. Se sentó junto a Draco y empezó a escribir nombres. Se estremeció al comprobar la condición de muchos de los que se apuntaba. No sólo hombres hechos y derechos con profesiones de lo más variopintas, también había un buen número de mujeres dispuestas a colgarse un máuser y pegar tiros a todo lo que se moviera. Pero sobre todo le sobrecogía la juventud desbordante, casi arrogante, de aquella gente que en su mayoría apenas

superaban los veinte años, preparada para defender el quimérico ideal de cambiar las cosas.

Terminó de apuntar los datos de una planchadora de veintidós años. Cuando la mujer se retiró, levantó la cabeza para empezar con el siguiente, pero ante él tenía a un muchacho que no tendría más de catorce años.

—¿Y tú qué quieres?

—Alistarme. Quiero matar a los fascistas.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciséis.

—Tú no tienes dieciséis. Vete a jugar y déjanos trabajar.

—Tengo dieciséis —espetó ofendido—, los cumplí ayer.

—Tienes la cédula o alguien que acredite lo que dices.

El chico dudó un instante, para luego negar con la cabeza.

—Pero prometo que los tengo.

—Te he dicho que te vayas a jugar.

El chico no se movió, y Arturo se mostró condescendiente. Le miró lánguido y sonrió con una mueca.

—Como no te vayas ahora mismo, te saco de la oreja hasta la calle.

—¡Tú lo que eres es un fascista de mierda!

Las palabras del chico cayeron como el mármol en la estancia, todos callaron, haciéndose un silencio culpable. Arturo se armó de valor para mantener la paciencia y no seguir el impulso de levantarse y darle un bofetón a aquel mocosito que le había insultado delante de todos. Aspiró el aire y se intentó relajar. Draco le miró de soslayo y continuó apuntando al hombre que tenía frente a él.

—Mira, chico...

—Me llamo Melquiades Aranda Ridruejo.

Arturo contuvo una sonrisa.

—Mira, Melquiades Aranda Ridruejo, yo no estoy aquí para escuchar sandeces de un mocosito como tú, tenemos mucho trabajo y aquí estás empezando a molestar. Si quieres ayudar, márchate a casa.

—Me iré a ver a los comunistas. Mi padre decía que eran mejores que vosotros. Ellos machacarán a los fascistas, y no vosotros, que lo que pretendéis es pactar con ellos.

—Apúntalo y que se vaya de una vez —intervino Draco, molesto.

—Pero si es un niño...

—Mételo en la lista —insistió con autoridad. Luego, se dirigió al chico—. Y tú, vete a casa, y espera a que te llamemos. Es una orden.

—¿No me vais a dar un arma?

Los murmullos se hicieron oír hasta el pasillo.

—Verás, Melquiades —Draco resopló su impaciencia, y se echó un poco hacia adelante para que el chico pudiera oírle con claridad—, te estoy dando una

orden, si quieres te alistás y te vas a casa hasta que seas convocado para ir al frente, sólo entonces tendrás un arma; si no te parece bien, puedes marcharte por dónde has venido y alistarte con esos malnacidos comunistas, pero no te arriendos las ganancias a su lado. Luego no vuelvas aquí reclamando un sitio.

El chico, ante las palabras autoritarias de Draco, se arrugó un poco.

—Pero a éstos les has dado una arma...

—Porque éstos salen para el frente esta misma mañana. Tenemos que organizarnos, Melquiades, si no, nos aniquilarán a la primera de cambio.

Tras un silencio incómodo, el chico decidió darle todos los datos a Arturo.

—¿No me has dicho que no apunte a los menores de dieciséis años? — preguntó Arturo en cuanto desapareció.

—¿Y qué querías, que nos diera un espectáculo, o que se fuera a algún ateneo libertario para apuntarse con los comunistas? Ésos sí que no tienen agallas para enviar a un mocoso como ése a su casa con su madre; les da lo mismo que sean niños con tal de que puedan disparar.

Señaló con su dedo el nombre de Melquiades en el papel.

—Escribe una nota al margen de que no es válido, y sigue con el trabajo.

Después de más de cuatro horas apuntando nombres, la sede empezó a despejarse de personal. Hacía un calor infernal. Un aire caliente entraba implacable por las ventanas abiertas y parecía derretir el ambiente. Todos acusaban el cansancio, aumentado con esa sensación incómoda y pegajosa de bochorno. El último de los alistados salió y detrás lo hizo Rafael con las listas en la mano; Arturo esperó a que se alejasen por el pasillo, luego le habló a Draco.

—Tengo que pedirte un favor.

—¿Qué quieres?

—Necesito saber el paradero de tres compañeros de Facultad.

Draco lo miró, serio.

—¿No serán falangistas? No me jodas.

—No son nada, Draco, son tres chavales de los que nadie sabe nada desde ayer por la mañana.

Draco suspiró, agotado. Por fin estaban solos en el despacho, un lugar pequeño, agobiante, con una ventana abierta a un callejón, por el que se colaba la flama irrespirable. Además de la mesa, había unos anaqueles destartados, atiborrados de papeles y carpetas bastante desordenadas. Las paredes estaban sucias por el roce y el humo de los cigarrillos, desnudas de cualquier ornamento excepto un pequeño retrato algo mugriento y demasiado oscuro de Pablo Iglesias. Draco sacó el cuarterón de tabaco picado y dos papelillos de liar, uno de los cuales se lo ofreció a Arturo. Sumidos en un concentrado silencio, los dos hombres envolvieron la picadura de sus cigarrillos. Draco, más rápido y diestro en el manejo del papel, lo encendió y le dio una larga calada, mientras Arturo terminaba de liar el suyo.

—Mira, Arturo, se está deteniendo a mucha gente, y lo peor de todo es que lo están haciendo sin ningún control. Cualquiera que tenga un arma puede detenerte y llevarte a un descampado, te pega un tiro y se acabó; nadie pide cuentas. Hay muchas denuncias falsas, gente que por odio, por celos, o simplemente porque le cae mal, denuncia a otro y se lo llevan sin preguntar.

—Sé cómo están las cosas, Draco...

—No sabes nada —interrumpió con voz ronca—. No tienes ni idea de lo que está pasando en realidad, ni tú ni nadie, ni siquiera este Gobierno de inútiles que no sabe imponer autoridad.

—¿Me puedes ayudar o no?

Draco dio otra profunda calada a su cigarrillo, y dejó que el humo azulado saliera lento por entre sus labios, mirando con fijeza a los ojos a Arturo. Luego, le tendió una media cuartilla en blanco, sobada y sucia.

—Apunta ahí los nombres. Si tienen algo que ver con la Falange o con algún partido de la derecha, olvídate de ellos, ya te lo advierto. Bueno será que encuentres sus cuerpos.

Arturo escribió los tres nombres en el papel, y se lo dio.

—De Mario Cifuentes te doy mi palabra de que no tiene nada que ver con partidos ni con nada.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Es... bueno, él es el hermano de Teresa, mi novia.

Draco, sonrió, condescendiente.

—Vaya, así que Arturo se nos ha enamorado de una niña bien.

Draco cogió el papel y leyó los nombres en silencio, al tiempo que aspiraba y soltaba el humo del cigarro, haciendo el aire más pastoso aún; luego, cogió el lápiz y trazó una raya para tachar los nombres de Fidel y Alberto.

—¿Qué haces?

—Yo no me la juego por unos falangistas, por muy amigos tuyos que sean.

—Son tres buenos chicos.

—Te he dicho que no me la juego. Si quieres indago sobre este Mario Cifuentes, hermano de tu novia. No te prometo nada, y a te lo digo, pero tú tienes que hacerme otro favor.

—Tú dirás.

—Nos haces falta aquí. Quiero que te alistes, por lo que pueda pasar.

Arturo sabía que se lo iba a pedir.

—Draco, tú me conoces, soy incapaz de matar una mosca. No podría llevar un arma...

—La situación es muy grave. Te necesito yo, y te necesita el partido.

No podía rechazar la petición de Draco. Pensó en Teresa. Intentaba comprender sus reticencias. Él no quería ese tipo de revolución. Creía que los cambios debían realizarse poco a poco, desde la escuela.

Draco lo miraba expectante. Arturo resopló y apretó los labios, cabizbajo. Si Mario estaba detenido, como se temía, no había otra forma de intentar salvarlo de una muerte segura, y el tiempo corría en su contra.

—Está bien, cuenta conmigo, pero pregunta por los tres. Te aseguro que ninguno son un peligro para la República.

Draco miró los nombres escritos, dio la última calada y machacó la colilla en un platillo atiborrado de colillas y ceniza. Se levantó despacio.

—Voy a hacer unas llamadas. Espera aquí un momento.

Arturo se puso el cigarro entre los labios y aspiró el humo hasta sentirlo en los pulmones. Le pareció que el tiempo se detenía, embriagado por la calima, el cansancio y el humo del tabaco que ascendía lento hasta difuminarse en el aire, convirtiéndose en una nube blanquecina y estática. Después de tanto jaleo, aquel piso parecía desierto. Todos se habían doblegado al agotamiento y al calor. Por la ventana abierta se introducía, procedente de alguna radio, la música frívola de una canción de moda. Arturo, envuelto en el letargo de la siesta perdida, seguía con el pie el ritmo pegadizo, con golpecitos isócronos, apenas perceptibles, hasta que la música se interrumpió y resonó la voz aguda del *speaker* de Gobernación; su discurso de palabras grandilocuentes y en exceso acentuadas, despertó los sentidos de Arturo que se acercó a la ventana para escuchar mejor.

«Faltan sólo dos horas para yugular la reacción. Las noticias que llegan a este Ministerio confirman el triunfo absoluto del Gobierno de la República y el aplastamiento de la insensata rebelión militar».

Arturo movió la cabeza negando. Sabía que no se estaba diciendo la verdad. Las noticias procedentes de otras emisoras fuera de Madrid que captaban en la vieja radio de la pensión decían lo contrario de lo que estaba sucediendo. Era como si el Gobierno, a través de la prensa y de la radio, quisiera aplacar la evidencia del peligro.

Volvió a su silla, confuso, aspirando el humo de su cigarrillo y soltándolo después, lento, expectante. De nuevo sonó la música, una copla de una cantante de voz estridente y molesta. De vez en cuando, se asomaba algún despistado, pero se quedaba en la entrada, donde Marina le atendía con voz ronca y cansina. Arturo sintió pena por ella; debía de estar allí desde muy temprano. Era muy trabajadora, y le echaba todas las horas del día a cambio de un sueldo mísero que le pagaba el partido. Cualquier cosa mejor que estar en su casa, con un marido en paro, que volcaba en ella toda la frustración de un hombre acabado. Marina se encargaba de la administración de la sede. Junto a ella y a Draco, trabajaba Salvador Postillón, al que todos llamaban Salva, un panadero de algo más de treinta años, al que su jefe le había echado por haber participado (obligado por su sindicato) en una huelga. Draco le dio trabajo en su taller de

reparación de motos, carros y bicicletas; allí se mantuvo durante un año, hasta que el partido ofreció a Draco encargarse de la apertura y puesta en marcha de una casa del pueblo, y éste echó el cierre al negocio. Salva Postillón le siguió como chico para todo y se convirtió en su hombre de confianza. Era bien mandado, algo lento de entendimiento, obediente y tan servil que, a veces, el mismo Draco le reprendía para que mostrara más agallas. Al margen de ellos, otros como el mismo Arturo y Rafael Lillo, se pasaban cuando podían para colaborar en tareas del partido.

Arturo encendía un cigarro de los suyos cuando Draco entró en la estancia.

—¿Tienes algo?

Draco negó y alzó las cejas. Llevaba el papel con los nombres, y se lo tendió a Arturo.

—Ya te dije que la cosa está muy fea. He hecho varias llamadas, incluso he llamado a Ramiro, el chaval ese de la FAI al que ayudaste con el tema de su despido.

—Sé quién es.

—Todos me dicen lo mismo, que no hay listas de detenidos, y en donde las hay no han querido confirmarme si están o no. Ve a ver a Ramiro, está en una casa que han incautado en la calle Princesa; ahí tienes la dirección. Tal vez tú puedas sacarle alguna información, creo que sabía más de lo que me ha dicho. Lo siento, no he podido hacer más.

Arturo miró el papel; bajo los tres nombres, había una dirección escrita con letra temblorosa de párvulo. Se levantó apoyándose con la mano sobre la mesa, cansado.

—Gracias, Draco.

—Ten cuidado, Arturo, te mueves en una línea peligrosa con esa gente.

—Esa gente somos todos, incluidos tú y yo, si no conseguimos hacer algo para detener todo esto. No se está actuando conforme a la ley.

—La ley que has estudiado en tus clases está muerta, Arturo —esbozó una sonrisa rota, como si se estuviera despidiendo para siempre—. Sabes que te aprecio. Ten mucho cuidado.

—Lo tendré en cuenta. Cuando me necesites llama a la pensión; deja el recado si no estoy.

Draco asintió lánguido. Su gesto tenía un rictus extraño, como si le pesaran sus propios pensamientos. Se despidieron esquivos. Arturo bajó las escaleras sudoroso y, a pesar del calor, se sintió aliviado al salir a la calle. Miró el papel y decidió coger el tranvía para ir a ver a Ramiro. No perdía nada por preguntar, o eso creía él, aunque el miedo empezaba a incrustarse en sus entrañas indefectiblemente, sin apenas darse cuenta, un miedo a una sombra invisible pero mortal que acechaba a todos, sin distinción, sin condición alguna. Todos estaban en el punto de mira de cualquier desalmado con ansias de venganza, o

simplemente, de cualquier débil, embargado y cegado por la fuerza arrolladora de una violencia descontrolada.

Capítulo 6

Teresa bajó del tranvía y se dirigió a su casa, pero al doblar la esquina de la calle del General Martínez Campos se topó con sus hermanos mellizos. Le extrañó que cada uno llevaran una bolsa de viaje.

—¿Adónde vais vosotros con tanta prisa? ¿Es que se sabe algo de Mario?

—No, todavía no sabemos nada —le contestó Carlos.

—¿Y tú de dónde vienes? —le preguntó Juan, con una arrogante vehemencia. Teresa le miró displicente.

—He preguntado yo primero, ¿adónde vais? Las cosas están muy revueltas por el centro. Deberíais quedaros en casa.

Los mellizos se miraron de reojo, y Teresa notó el gesto evasivo que Juan le dirigía a Carlos. Cruzó los brazos sobre su regazo; intentaba imponer algo de autoridad sobre aquellos dos mocosos que pretendían jugar con ella a ser mayores.

—Vamos a ver, ¿sabe mamá que habéis salido de casa?

Juan se mostró impertinente.

—Hay cosas que sólo se hablan entre hombres.

—Ah, sí, ¿no me digas? Y se puede saber ¿qué es eso que sólo se habla entre hombres?

—No entiendes nada de lo que pasa, las mujeres sois demasiado simples.

Teresa arqueó las cejas sin saber si echarse a reír en su cara o mantener la serenidad para evitar que aumentara su insolencia.

—Sabrás tú lo que pasa.

—Vamos a alistarnos con los nacionales —interrumpió Carlos, intentando imprimir firmeza en sus palabras. Era más tierno y más débil que Juan.

—Eres un estúpido —replicó Juan con desprecio, dándole un fuerte codazo.

—¿Se puede saber quién os ha metido esa absurda idea en la cabeza? Esto no es un juego. Acabo de ver cómo mataban a dos hombres de un tiro porque llevaban una Biblia y una sotana metidas en una maleta.

—Tú sí que no te enteras de nada —le espetó Juan—. Esa pandilla de sindicalistas anarquistas se está tomando la justicia por su mano, y tú pretendes que nos quedemos encerrados en casa, como si fuéramos unos cobardes.

—Acaban de tomar el cuartel de la Montaña; la sublevación está fracasando. Vais a uiros a los perdedores...

—Eso es mentira. No sabes nada, eres como mamá, no te enteras de nada.

—Y tú eres un mocoso...

En ese momento, Juan propinó una sonora bofetada a su hermana.

Teresa puso la mano sobre mejilla, aturdida y humillada, conteniéndose para no agarrarlo de la oreja y arrastrarlo ante la presencia de su madre.

—Y entérate de una cosa —continuó Juan, con un ímpetu exacerbado, y ante

la mirada atónita de su mellizo—, ésta es una lucha de hombres, las mujeres tenéis la obligación de quedaros en casa, ése es vuestro sitio —empujó a su hermano, para que se moviera—. Vámonos, Carlos, no tenemos por qué dar explicaciones a quien tiene el cerebro de un mosquito.

—Papá lo sabe —balbució Carlos—, él está de acuerdo, vamos a unirnos al ejército sublevado.

Teresa los vio alejarse manteniendo la mano sobre la mejilla. Era evidente que Juan había convencido a su mellizo para que le siguiera en su pretensión utilizando para ello todas las malas artes de las que ya hacía gala, incluidos el insulto y la humillación. Por su parte, Carlitos seguiría a su hermano hasta el fin del mundo. Tenía que impedir aquella locura como fuera. Subió corriendo a la casa y llamó a la puerta. Cuando Joaquina abrió, le preguntó por su padre.

—Está en su alcoba.

Irrumpió en la habitación sin llamar. Don Eusebio tenía bastante mejor aspecto que la noche anterior; su cara estaba inflamada y algo amoratada, pero parecía que el baño, el descanso y los calmantes le habían provocado una palpable mejoría. Incorporado en la cama y apoyado sobre varias almohadas, con un libro entre las manos y las gafas sujetas en la mitad de la nariz, le dedicó a su hija una mirada entre la sorpresa y el desagrado por su impertinente irrupción.

—Padre, acabo de cruzarme con los mellizos...

—¿Es que no sabes llamar, niña?

—Dicen que van a alistarse a los sublevados.

—¿Tu madre no te ha enseñado modales?

—Padre ¿es cierto que se van a alistar?

—¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones a ti?

—¡Padre, todavía son dos niños!

—Tus hermanos son dos hombres y van a cumplir con su obligación como patriotas.

—El alzamiento ha fracasado, han tomado los cuarteles. El golpe no ha prosperado. Se van a unir a los perdedores.

—Perdedores, dice —la mueca de ironía llegó a ser hiriente—, sabrás tú quién pierde o quién gana.

—Los pueden matar...

—Claro que pueden matarlos. Pero si han de morir lo harán luchando por su patria, como hombres que son —con gesto displicente, cogió el libro como si fuera a reanudar la lectura—. Además, no te preocupes tanto por ellos, están en buenas manos. Ramón Pellicer ha estado aquí esta mañana; es el único que se ha preocupado por mi estado. Sale hoy mismo para Burgos con su familia, y ha propuesto a tus hermanos que se alistén a la sublevación. Ha llegado la hora de que plantemos cara a este descontrol.

—¿Ramón Pellicer? Pero si es un falangista conocido en todo Madrid.

Las lágrimas de rabia afloraron a los ojos de Teresa. No comprendía cómo su padre era capaz de arrojar a la muerte a sus dos hijos adolescentes. Su insensata testarudez la pasmaba.

—Ahora mismo toda ayuda es poca para defender nuestros derechos. Yo me iría con ellos si esos canallas no me hubieran dejado inútil para luchar, pero mis hijos formarán parte de ese ejército glorioso que acabe de una vez con esa chusma que nos quiere avasallar, que nos roba y pretende arrebatar nos todo con lo que tú vives como una princesa.

—A mí no me metas en tus líos.

—No es que te meta, niña, es que estás dentro. Si no los aplastamos de una vez nos echarán de nuestras casas, nos dejarán sin nada, si es que nos dejan con vida.

—Eso no es cierto. Los militares se han sublevado contra el Gobierno salido de la urnas —intentaba recordar los argumentos que Arturo utilizaba con ella—. Es lo que ha querido la mayoría.

—Qué sabrás tú de Gobiernos, de urnas y de mayorías. La mayoría es la que tiene el dinero, si no de qué iban a vivir esos vagos perdularios que se están dedicando a amedrentar la vida de la gente honrada, amenazando con armas que les ha entregado ese Gobierno que tú dices que ha salido de la urnas. Si no fueras una mujer te diría por dónde me paso yo las urnas y la mayoría —calló un instante, con el gesto quebrado de enfado—. No entiendes nada, no sabes nada. Eres igual de ingenua e ignorante que tu madre.

—Los sublevados se han alzado contra el Gobierno legítimo. Es un golpe de Estado.

—Ingenua e ignorante —recalcó don Eusebio con intención—. Tú a lo tuyo, a la casa y a callar, que es lo que tienes que hacer. Y déjame tranquilo de una vez.

Teresa respiró hondo, e intentó mantener la calma.

—¿Qué ocurre? —doña Brígida, que había oído voces desde el salón, interrumpió la conversación.

—Mamá, los mellizos van a salir de Madrid para unirse a los sublevados; papá les ha dado su permisión para que lo hagan de la mano del mayor de los fascistas de Madrid, Ramón Pellicer.

Doña Brígida intentó ponerse digna.

—Lo sé, Teresa. Ramón ha estado aquí. Ha sido muy amable al venir y visitar a tu padre.

—¿También estás de acuerdo en que los mellizos se alistén a los sublevados?

—Al Ejército nacional, nena, a los que quieren restablecer el orden.

—Pero ¿es que os habéis vuelto locos?

Don Eusebio se removió incómodo, mostrando un gesto de hartura.

—Haced el favor de salir de aquí, las dos. Mis hijos están donde deben. Y no

hay más que hablar. Las decisiones en esta casa las tomo yo, y he dado demasiadas explicaciones al respecto.

Teresa resopló rabiosa. Dejó a su madre sentada en el diván y fue hasta el salón. Cogió el teléfono para llamar a Arturo, pero se acordó de que le había dicho que iba hacia El Pardo. Se sentó en el sillón, abrumada. Si Mario estuviera allí, no lo habría permitido, él nunca hubiera permitido aquella barbaridad.

El susurrar de los muertos

Genoveva me miró decaída, con la expresión nostálgica que otorga la certeza de que, a su edad, cualquier despedida puede resultar definitiva. Doris me acompañó hasta la puerta. Bajé la escalera y salí del portal. El frío de enero se me clavó hasta las entrañas. Me encogí con un escalofrío helado y la respiración se convirtió en un vaho blanquecino y cálido que envolvió mi rostro. Eché una ojeada al reloj. Eran las ocho y diez. Crucé la escasa distancia que me separaba de la otra acera; quería situarme justo frente al portal del que había salido. La calle era estrecha y corta, apenas unos cincuenta metros, y tenía a cada lado de la calzada una hilera de bolardos. Frente a mí, el edificio del que acaba de salir se alzaba en varios pisos. Intenté imaginarme aquel lugar ochenta años antes, sin luces, sin ruidos, sin asfalto, sin postes de hierro, sin escaparates ni cierres metálicos, sin toldos de material, sin anuncios llamativos. Me estremecí al tomar conciencia de que Mercedes y Andrés habían vivido allí mismo, en el mismo lugar en el que ahora se anunciaban «desayunos y meriendas»; imaginé una casa baja, con cubierta de teja roja, de una sola planta, con un altillo o desván, sencilla en su diseño, encalada de blanco, con el mobiliario imprescindible, sin apenas decoración en sus paredes desnudas, destruida por una bomba incauta.

La visita a aquella anciana había sido mucho más interesante de lo que hubiera podido imaginar. Había sido un buen comienzo; antes de hablar con ella, sólo tenía datos sin ninguna trascendencia: una foto, dos nombres, una fecha, un lugar y unas cartas sin apenas contenido interesante. Tenía muchas más dudas, pero se había abierto una rendija de la caja de Pandora que traía consigo la imagen de Andrés y Mercedes. Emocionado, apreté contra mi pecho la carpeta con la foto y el cuaderno de notas. Cada vez estaba más convencido de que había algo sólido que contar, una historia interesante y consistente.

Llegué a casa y cené lo que Rosa me había dejado preparado por la mañana. Creyendo que tenía sueño me acosté, pero al cabo de media hora de darle vueltas y más vueltas a la conversación con Genoveva, me convencí de que el sueño había pasado de mí y me levanté. Cogí la carpeta con la foto y el cuaderno de notas, y me metí en mi estudio. Me gustaba la calidez de aquella minúscula estancia, repleta de libros en una extraña babel organizada sólo en mi cabeza, donde, además de estanterías atestadas, había un cómodo sillón de lectura con una luz que pendía sobre él, una mesa amplia —teniendo en cuenta las dimensiones de la estancia— de madera barata pero muy funcional, sobre la que estaban mi portátil, un flexo, montones de libros apilados en un complicado equilibrio, y un pequeño cuadro que me había regalado Aurora en nuestro primer aniversario en el que se enmarcaba con letras cursivas y firmes uno de los

poemas más hermosos y escuetos de Miguel Hernández, *Llegó con tres heridas*, incluido en su obra *Cancionero y romancero de ausencias*. Era un poema que me encandilaba por su acertada concreción (no se podía decir tanto con tan pocas palabras) que compendia en sus tres cortas estrofas la oscura realidad de la guerra, de todas las guerras, de todas las vidas, de todos los amores, de todas las muertes.

Aqué era mi pequeño universo. Lo tenía todo a mano y la cerrazón claustrofóbica que impelía la mirada hacia el cielo, apenas atisbado desde aquel cuchitril, me proporcionaba la sensación de permanecer aislado en la cima del mundo. Podía pasarme horas allí encerrado, como si estuviera en una reunión de amigos dispuestos a contarme algo extraordinario, interesante, mágico, historias eternas que les convirtieron en inmortales; desde Cervantes, hasta Javier Marías, pasando por Azorín, Baroja, Galdós, Tolstói, Víctor Hugo, Dumas, Marsé, Vargas Llosa, Capote, Luis Martín Santos, Ana María Matute, Muñoz Molina, y tantos otros, se perpetuaban allí esperando pacientes mi llegada, apiñados a mi alrededor. Su conversación silenciosa me abstraía de tal forma que no necesitaba más vida social. Era como tener cientos de aliados, grandes y buenos compañeros que nada pedían a cambio de su amistad, con los que podía contar a cualquier hora, en cualquier momento; sólo con alzar la mano y tocarlos, se presentaban a mí dispuestos a darme su abrazo literario, reconfortante, sereno, a regalarme su generosa ficción, llevándome en un inmóvil paseo por paisajes desconocidos, a descubrir vidas de otros, historias de otros, pasiones de otros que se me permitía vivir y sentir.

Me fijé en la ventana de mis nuevas vecinas; la luz permanecía encendida tras la cortinilla de encaje, una luz exigua, amarillenta, liviana, que parecía perpetuarse en la lobreguez de la estancia. Eché una ojeada al reloj: pasaba un cuarto de hora de las dos de la madrugada. La ausencia de sueño y la calma de la noche propiciaba el abandono al vaivén de mi conciencia más subyacente. Leí con esmero las notas, las pasé a limpio y las ordené. Luego, me quedé pensativo durante un largo rato. Tras la euforia del primer momento, me di cuenta de que no tenía nada, apenas algunos retazos más de la vida de mis personajes recién descubiertos, trazos que conducían a ninguna parte, a un callejón sin salida, nada relevante con lo que comenzar una historia, ¿o sí? Recordé en ese momento las palabras de Genoveva antes de despedirme: los muertos podrían hablarme, tal vez esos manes atrapados en la imagen pretendían contarme su historia. Cogí la foto y la miré con persistencia, como si quisiera ver más allá de sus ojos o tratara de escuchar alguna palabra salir de sus labios, entreabiertos gracias a la sonrisa obligada por la pose.

Levanté los ojos y atisbé, al otro lado del patio, tras el turbio cristal, el rostro fantasmagórico de aquella niña, que me miraba con fijeza. Desvié un instante los ojos a mi reloj para comprobar que eran las tres y cinco de la madrugada. Al

volver la mirada a la ventana ya no había nadie. Fruncí el ceño, desconcertado, porque ya no supe si había sido real o una simple alucinación; suspiré cansino, taciturno. Releí las cartas de Andrés, repasé despacio cada una de sus palabras para comprobar si me había dejado algún detalle, alguna señal que me indicase algo más de sus vidas. Al final, con una extraña sensación de derrota, me levanté de la silla y me estiré para desperezarme. Eran las cuatro y media. Sentí que el sueño me llamaba de nuevo. Apagué la luz y, antes de salir del cuarto, miré hacia la ventana de enfrente; la luz dorada y tibia permanecía encendida, y una velada silueta se deslizó por detrás del visillo que se meció levemente; me mantuve un instante con los ojos fijos, inyectados en los haces de claridad bruñida, esperando algo, hasta que mis párpados cedieron, incapaces de continuar mirando.

Cuando posé la cabeza sobre la almohada y cerré los ojos, arrojado en el laxo letargo del sueño, los personajes de la foto tomaron vida en mi conciencia adormecida: los veía reírse, hablar entre ellos; yo los observaba aislado, como un espectador contempla la escena representada, en silencio, ajeno a ellos, excluido, hasta que sentí que mi mano era asida por otra, más menuda, huesuda y frágil, que tiró de mí para arrastrarme hacia ellos con la intención de romper la barrera que nos separaba y establecer un vínculo. En la nebulosa de mi sueño, bajé la mirada hacia la figura que me impelía; era un niño de pocos años, cinco o seis, tal vez más. Sonriente, con una mueca infantil, alentaba mi acercamiento hasta conseguir situarme frente a la pareja. Andrés se volvió hacia mí y me tendió la mano, mientras Mercedes me sonreía a su lado. Sentí sobre mis actos una ausencia de voluntad. Andrés me hablaba, con la mano tendida en el aire, a la espera, mientras yo me mantenía inmóvil sin corresponder al saludo, incapaz de oír su voz que no alcanzaba mis oídos; sus labios se movían, sus palabras, mudas, se dirigían a mí; intenté hablarle, pero de mi boca no salió nada, atorada la voz, ahogada en la garganta; me esforcé con denuedo por hablar, incluso intenté gritar mi torpe incapacidad para escucharlo. La irrupción de una voz ajena me arrancó de la escena, y mis personajes soñados se precipitaron en el final brusco de mi sueño. Aturdido, abrí los ojos y oí con nitidez la voz firme de una mujer que hablaba muy rápido de la temperatura que hacía en Madrid y de cómo iba a ser el tiempo durante la jornada. Miré a mi izquierda para ver en la pantalla de la radio despertador que eran las ocho y un minuto, y para comprobar que la voz femenina, ajena, que hablaba del tiempo y que ya había sido sustituida por una voz de hombre, procedía de la radio.

Capítulo 7

Ramiro lo recibió con mucho recelo y, al principio, no quiso aportarle información alguna sobre el paradero de Mario Cifuentes y sus amigos.

—Me lo debes, Ramiro, recuerda que te saqué de un buen lío.

En un silencio constreñido, los dos hombres cruzaron su mirada con actitud reticente.

—Me ha dicho Draco que estos dos no son de fiar.

—Eso es lo que dice Draco. Yo te estoy pidiendo el favor a ti. Los tres son buena gente, no tienen nada que ver con la política.

Ramiro dio un fuerte golpe en la mesa, con rabia contenida.

—Fidel Rodríguez Salas es un falangista. No me digas que no lo sabías.

Arturo no contestó, pero mantuvo la mirada desafiante de Ramiro.

—De este Fidel ya te puedes despedir, no pienso mover un dedo por un cerdo faccioso. De los otros dos, si todavía están vivos, sólo te prometo que no les dan el paseo. Es lo único a lo que me comprometo.

—Es suficiente —afirmó Arturo, con gesto derrotado.

Le hubiera dicho lo que pensaba sobre las detenciones ilegales, sobre lo que se empezaba a llamar «dar el paseo», que no era otra cosa que sacar a la gente a las cunetas y pegarles un tiro, le hubiera echado en cara tantas cosas, pero no era el momento de reproches, Ramiro era la única esperanza que le quedaba de salvar la vida de Mario, y tenía que callarse.

De sus labios se deslizó un gracias taciturno, desganado. Se dio la vuelta para marcharse, pero Ramiro le sujetó con energía el brazo, inmovilizándole. Sus rostros quedaron a medio palmo de distancia el uno del otro, frente a frente, tragándose el aliento del contrario, la mirada sostenida en los ojos del otro.

—Una cosa más —le espetó al fin Ramiro—, no se te ocurra venir por aquí. Tú y yo estamos en paz. No me vuelvas a llamar, no le hables a nadie de mí, ni de esta conversación, ¿me oyes? A partir de ahora, yo a ti no te conozco y tú no me has visto en la vida.

Arturo no dijo nada, apretó los labios y se marchó en silencio. El miedo también cercaba a los que lo ejercían.

Anochece cuando salió de aquel elegante caserón, vacío de sus refinados dueños, sustituidos a la fuerza por un nutrido grupo de poceros, albañiles, mecánicos y limpiabotas, además de unas bulliciosas lavanderas, criadas y costureras, vistiendo monos azules, petos o pantalones de pana negra atados en los extremos con cuerdas; los hombres se mostraban, sin pudor, despechugados, con la piel ennegrecida por la barba de varios días, sucios, sudados y pegajosos del calor polvoriento. Algunos cantaban, reían y contaban las hazañas vividas en el cuartel de la Montaña, sentados en las amplias salas, en los sillones de telas doradas de seda o tumbados sobre las mullidas alfombras que cubrían el suelo.

Otros, subían y bajaban escoltando a cautivos sin defensa, espantados por una sentencia de muerte que parecía cincelada en su rostro, con los ojos cristalinos, curiosos, ávidos y aturridos por la brutal incertidumbre de su inmediato destino.

Desolado, salió a la calle y se volvió hacia la fachada. Desde una enorme balconada, se había descolgado una sábana blanca con unas letras grandes y confusas garabateadas con pintura negra: REQUISADO PARA ATENEO LIBERTARIO DE MONCLOA. Cuando iba a echar a andar de regreso a la pensión, una voz ronca y autoritaria le dio el alto. Se volvió despacio, con las manos metidas en los bolsillos, estrujando en la palma de su mano el papel con los nombres de los tres hombres a los que buscaba. Ante él, un hombre alto, delgado pero de constitución fuerte, que vestía una guerrera nueva e impoluta, con la única mácula de un reguero oscuro que se arrastraba por la solapa, desabrochados los botones, luciendo los limpios correaes de piel. La graduación del anterior dueño de la guerrera era de sargento, y debía de tener la misma constitución y altura que su nuevo propietario porque parecía hecha a su medida. El contraste eran los pantalones de pana pardos y las alpargatas, completando el uniforme con una gorrilla cuartelera que lucía con gracia inclinada a hacia el lado izquierdo.

—¿Sabes conducir?

La pregunta fue directa.

Arturo, aturrido, asintió con un leve movimiento de la cabeza.

—Acompáñame entonces, te necesito, camarada.

Le costó unos segundos arrancar los pies del suelo, como si el miedo le hubiera adherido a la tierra para evitar su avance.

—Vamos, hay mucha faena que hacer.

Detrás de aquel sargento eventual, que empuñaba una pistola en su mano derecha, otros dos milicianos, apenas dos adolescentes a los que les quedaba grande el mono, obligaban, a golpe de fusil, a dos hombres y una mujer a subir a un Dogde aparcado en la acera con las letras FAI pintarrajeadas con pintura blanca por toda la carrocería.

—Sube al coche —le instó el «sargento» impostado.

—Yo no puedo...

—¿Acaso te niegas a arrimar el hombro por la libertad?

Arturo no sabía si echarse a reír o a llorar, ¿cómo podía hablarle aquel hombre de libertad? Contuvo su mueca por cobardía.

—¿Qué pretendes que haga?

—Tú ponte al volante. Ya te diré yo adónde vamos.

En ese momento, llegó una camioneta que se detuvo, con un brusco frenazo, detrás del Dogde. Primero bajaron una cuadrilla de seis hombres y dos mujeres, todos ellos armados; reían alegres. Aquel jolgorio era una terrible contradicción con lo que sucedió instantes después, cuando se inició el descenso de los

capturados: un hombre de mediana edad, seguido de otros dos, que debían rondar los veinte años; uno de ellos se volvió para tender la mano a una mujer de unos cincuenta años, pero una de las milicianas le empujó para que avanzase, y la mujer tuvo que descender sola, llorosa y asustada. Detrás de ella bajó una niña de unos quince años. A Arturo le pareció que eran los miembros de una misma familia. Se estremeció de pura impotencia. A empujones y entre insultos los condujeron al interior.

Absorto y paralizado por la escena, había olvidado por completo al que llevaba la guerrera de sargento, y sus ojos se toparon con el negro orificio de la pistola, que le apuntaba a la frente.

—Te subes al volante o te pego un tiro aquí mismo.

Arturo obedeció la orden, sobrecogido. Aprendió a conducir en el coche de un viejo profesor de Derecho Mercantil, al que la vista y los reflejos empezaban a fallarle; habían llegado a un acuerdo justo: él le enseñaría el manejo del volante con la condición de que lo llevase a la Facultad cada mañana. Los dos se procuraron un servicio: el profesor tenía su chófer particular, y Arturo se ahorró, durante una buena temporada, el gasto del tranvía.

A su lado se sentó el que iba disfrazado de sargento. Lo miró de reojo y atisbó su perfil afilado de la nariz ganchuda y la barbilla saliente. Detrás, apiñados como en lata, los otros dos milicianos custodiaban a los detenidos. Miró por el retrovisor mientras ponía en marcha el motor. Apenas veía las caras, pero podía respirar su miedo.

—¿Adónde vamos?

—¿Sabes ir a la Casa de Campo?

—La Casa de Campo es muy grande.

—Tú ve hacia Garabitas, y a te diré yo dónde tienes que parar.

Inició la marcha despacio, inseguro; dio varios acelerones hasta que el coche se caló y se detuvo en seco.

—Pero ¿tú no sabías conducir?

Arturo no se amedrentó y se atrevió a retarlo, subiendo la voz.

—Si quieres me bajo.

—No. Conduce.

—Entonces, ten un poco de paciencia, no conozco este coche.

Al final, algo vacilante, el vehículo fue avanzando por la calle Princesa portando su lúgubre mercancía. Durante un rato el ruido del motor ahogaba cualquier sonido en el interior, hasta que Arturo percibió el llanto apagado de la mujer. Miró por el retrovisor, pero sólo pudo entrever la sombra de sus facciones.

—¿Dónde les lleváis?

—¿A éstos?, ¿tú qué crees?

—He preguntado yo.

—Pues a darles un paseo, ¿dónde vamos a ir sino?

De pronto, Arturo oyó un hilo de voz a su espalda.

—Podría entregar esto a mi esposa. Es el anillo que me regaló cuando nos casamos... Se lo suplico.

Arturo miró por el retrovisor, intranquilo. Comprendió que si no hacía nada, aquellos muchachos imberbes dirigidos por un autonombrado responsable vestido de sargento de un ejército inexistente matarían a esa gente. Tenía un nudo en el estómago tan fuerte que le impedía respirar con normalidad.

—¿Puedo fumar? —preguntó al responsable, sacando del bolsillo de su camisa la cajetilla.

—¿Tienes uno para mí?

Arturo se puso su pitillo en la boca y le entregó la arrugada cajetilla.

—Te queda sólo uno.

—No importa.

Arturo, manteniendo el coche a muy poca velocidad, soltó el volante para encender su cigarro. El humo azulado envolvió el habitáculo antes de escapar revoloteando por las ventanillas abiertas y esfumarse en la oscuridad. El vehículo avanzó lento hasta llegar a Moncloa, dejaron atrás la cárcel Modelo y torcieron a la derecha por el asilo de Santa Cristina. Se cruzaron con algunos coches y, en dos ocasiones antes de adentrarse en la oscuridad de los desmontes de la Casa de Campo, les dieron el alto para la identificación.

Arturo seguía pensando en cómo evitar aquellas tres muertes.

—¿Y qué han hecho éstos para merecer el paseo?

—¿Éstos? El viejo es un cerdo fascista al que le he encontrado varios periódicos de *La Fe* y del *ABC*. Los tenía bien escondidos, pero yo soy más listo. El otro no sé quién es, me lo han asignado y yo cumplo.

—¿Y la mujer?

—¿Ésa? Una beata que tenía más dinero en el banco que el *rochi* ese.

—¿Y qué delito es tener dinero en el banco?

El miliciano le miró apurando el cigarrillo.

—¿No serás tú un cerdo fascista camuflado?

—Tanto como lo puedas ser tú.

—Para aquí —le instó, de repente.

Arturo detuvo el coche.

—Éste es un buen lugar.

El miliciano bajó del coche y lo mismo hicieron los otros dos. Arturo permaneció sentado, incapaz de reaccionar. Con la única iluminación de los faros del Dodge cuyo haz ambarino se perdía en la inmensa negrura del campo, observó cómo los tres condenados, trastabillando, eran colocados a empujones en el cono de luz mortecina que los mostraba como un espectáculo lóbrego. Se le encogió el corazón al ver a la mujer, llorando, con los ojos hundidos, las manos juntas suplicando clemencia. Asió la manivela de la puerta para bajar. Tenía que

impedirlo. Se dio cuenta de que sudaba, de que apenas respiraba. Los menguados y recatados ruegos de la mujer penetraron hasta sus entrañas. Miró sin ver la escena. Los tres cuerpos encogidos como tres peles, agarrados entre ellos, estaban en busca de un apoyo para sostenerse en pie, aterrados ante su inminente ejecución. El responsable gritaba dando órdenes a unos, los condenados, y a otros, los verdugos. Arturo se dio cuenta que uno de los muchachos milicianos, que ya apuntaba con el fusil al hombro, temblaba. Por fin, salió del coche.

—¡Espera!

El sargento lo miró, molesto.

—¡Fuego!

Ignorando la petición de Arturo, el grito del sargento impostado resonó en el campo abierto. Primero un solo disparo, luego otro, como si la torpeza de los dedos adolescentes hubiera retardado la presión sobre el gatillo. El hombre de más edad cayó desplomado, primero sobre sus rodillas, después se precipitó contra el suelo de bruces, con los brazos dislocados. Los otros dos se aferraron aún más uno al otro. Arturo vio cómo el chico abrazaba a la mujer contra su pecho, como un hijo a una madre cuando las madres se hacen dignas de ser cuidadas y no de cuidar, de ser protegidas y no de proteger.

—¡Dispara o te mato!

El alarido tirano del responsable se oyó ronco y despiadado. Otros dos tiros secos sonaron en la oquedad del campo. Los condenados cayeron al suelo como ropa tendida que resbala de la cuerda. Después de un silencio estático, el fingido sargento se acercó a los cuerpos, y con su pistola descerrajó tres tiros seguidos, uno tras otro, sobre la cabeza de cada uno de los caídos. Arturo, tragándose un llanto cobarde, apartó la mirada, incapaz de continuar siendo el testigo impasible de aquellas muertes, se giró sobre sí mismo y echó a andar campo a través, embriagado de dolor ajeno de los seres queridos de aquellos occisos a los que nunca más volverían a ver, avergonzado de sí mismo, de sus ideas, abrumado por la culpa.

—¡Eh, tú, espera!

No contestó, continuó andando, hundiéndose cada vez más en la oscuridad más absoluta.

A su espalda sonó un disparo, y oyó el silbido de la bala pasar a su lado y superarle. Se detuvo en seco.

—Vuelve aquí o te aseguro que te salto los sesos a ti también.

Arturo hundió los hombros en su propia impotencia. Desanduvo el camino y se metió en el coche. Los milicianos le siguieron. Con la visión de los cuerpos sobre la tierra, puso el coche en marcha y aceleró.

—Dame el anillo que te ha dado ése —instó el responsable, extendiendo el brazo hacia atrás dispuesto a recibir el botín.

—Me lo ha dado a mí —protestó el muchacho.

—Te he dicho que me lo des.

Arturo lo miró de reojo con desprecio.

—¿Es que no piensas cumplir el último deseo de un condenado?

—Tú te callas, que nadie te ha dado vela en este entierro.

Llegaron a la checa y se bajaron del coche. Arturo inició la marcha, esta vez dispuesto a alejarse definitivamente, pero el responsable lo interceptó, se puso ante él y le obligó a detenerse.

—Gracias, camarada —le dijo con una sonrisa paternal.

Arturo no tuvo valor para mirarlo a los ojos. Sentía tanto asco que habría vomitado si hubiera tenido algo en el estómago.

—Sé que la primera vez es difícil, pero uno se acostumbra pronto a oír las súplicas de estos pecados. Acabaremos con ellos y el triunfo será nuestro.

En ese momento, Arturo levantó la vista y clavó los ojos en los de aquel hombre. Lo habría matado allí mismo con sus propias manos. Con la mandíbula prieta y los puños agarrotados en el interior de sus bolsillos, se mantuvo frente a él notando su aliento áspero a vino barato, hasta que, derrotado de nuevo, desvió su mirada, lo esquivó y echó a andar, con un escalofrío vergonzante de ignominia, encogido, como si quisiera desaparecer. Atrás fue quedando la batahola de los nuevos habitantes de la casa y se introdujo en el inquietante silencio nocturno de la calle desierta. Cuando pasó por delante de la iglesia del Buen Suceso, sonó una campanada que marcaba la una de la madrugada. Llevaba casi veinticuatro horas sin dormir y apenas sin comer. Apresuró la marcha ansioso de guarecer sus miedos en la pensión, con la idea de acurrucarse en su cama e intentar olvidar aquella terrible imagen de los cuerpos caídos, de los ojos del miedo, de los gritos implorantes, de los llantos, del silencio de la muerte.

Capítulo 8

Mario Cifuentes oyó el rugido de sus tripas. Ya no sentía tanto hambre como los primeros días porque el estómago se había acostumbrado a la falta de alimento. Mucho peor era la sed; tenía la garganta áspera como la suela de una alpargata, y la boca tan seca que le costaba hablar. Su brazo derecho lo mantenía pegado a su cuerpo, entumecido e inflamado; se lo habían retorcido con brusquedad al intentar resistirse durante la detención. La violencia hacia ellos había sido excesiva y llegó a temer que les pegaran un tiro. Todo había pasado demasiado rápido; en Puerta de Hierro, un grupo de unas veinte personas armadas les dio el alto; la mayoría eran hombres, pero también había varias mujeres vestidas con pantalones y camisas de hombre. Les pidieron que se identificasen y los obligaron a bajar del coche. A partir de aquel momento todo había sido un caos. Recibieron los primeros golpes cuando se resistieron a que uno de ellos se pusiera al volante con la intención de llevarse el coche. Del enfrentamiento y las protestas, salieron los tres muy mal parados. Mario sólo recordaba que los golpes le venían de todos los lados. Luego, los metieron en una camioneta, y acabaron encerrados en lo que parecía un garaje o el sótano de algún edificio. El olor a bencina era tan intenso que parecía incrustarse en la nariz. A todas horas mantenían encendida una bombilla desnuda, de quince bujías, colgada del techo con un cable. La puerta no se abrió durante al menos veinticuatro horas; así que estuvieron horas sin comida, sin agua y sin poder ir al retrete, por lo que no les había quedado más remedio que apañárselas en un rincón, lo que provocó que aquel lugar, pequeño y mal ventilado, se convirtiera en una cloaca maloliente y sofocante.

Nadie les dijo nada durante esas primeras horas, nadie los informó de la razón de su encierro, hasta que en la madrugada del martes, la puerta se abrió por fin.

—Tú, arriba.

La escopeta del que habló apuntaba a Mario. Se levantó del suelo, lentamente, confuso, lo que provocó el enfado del que aguardaba.

—Vamos, que no tenemos todo el día.

Le condujeron por un pasillo largo y oscuro, para luego ascender tres tramos de escaleras. Anduvieron por corredores algo más anchos a los que se abrían clases oscuras con pupitres vacíos. Mario pensó que debía de ser un colegio de curas. Llegaron a una sala grande en la que había una mesa y, sentados frente a la entrada, tres hombres en mangas de camisa, como un remedo de tribunal. Hablaban en voz alta, pero enmudecieron en cuanto Mario accedió a la estancia seguido de los dos hombres que lo habían custodiado. El que estaba a la izquierda, consultó un papel que tenía delante; tenía aire de intelectual, con gafas redondas y casi calvo a pesar de no tener más de treinta años. Mientras, los otros dos

observaban a Mario con una mueca entre el desprecio y una actitud altanera, de manejo de la situación.

El que estaba en el centro, sin dejar de mirar a Mario, preguntó al que consultaba el papel.

—¿Y éste quién es?

Antes de que Mario pudiera reaccionar, el de las gafas relató lo que parecía leer.

—Mario Cifuentes Martín, veintidós años, estudiante de Derecho, y sin oficio conocido, por ahora.

—O sea, niño bien. Papá te resuelve la vida, ¿no es eso?

El de las gafas continuó con su perorata, como si estuviera acostumbrado a este tipo de comentarios.

—Ha tenido contactos con las facciones falangistas de la Universidad Central, y ha participado en varios mítines promovidos por la CEDA.

—¿Qué tienes que decir a eso?

Mario estaba aturdido y tardó en reaccionar.

—No... no tengo nada que ver con la política, he ido a mítines de la CEDA, es cierto, pero también he asistido a otros organizados por las izquierdas. Soy un estudiante, todo me interesa.

—Pues hay algunos intereses que pueden costar muy caros.

—No sabía que escuchar otras opiniones pudiera traer problemas...

—Según qué opiniones, y a te digo yo que sí.

Mario se encogió levemente, como si quisiera desaparecer. No sabía qué decir, si callar o hablar, temía equivocarse en uno u otro caso.

—Entonces, ¿no niegas que has tenido contactos con la Falange?

—Nos reunimos de vez en cuando en un aula para hacer mesas redondas y hablar. Allí también hay gente que milita en el partido socialista, y comunistas, incluso hay algún anarquista, ellos pueden confirmar que digo la verdad.

—Yo no tengo que preguntar a nadie, huelo a un cerdo fascista a un kilómetro de distancia.

La frase le trastornó. Aquello no podía ser cierto. Encogió los hombros, acobardado.

—Yo no soy fascista..., ni de izquierdas.

—Entonces ¿qué eres, hijo de papá?—intervino el que no había hablado hasta ese momento.

—No tengo nada que ver con la política, se están equivocando conmigo.

—No es ésa la información que tenemos sobre ti, chico bien.

Mario bajó los ojos al suelo. Le estallaba la cabeza de no comer y de la falta de descanso, se sentía sucio y sediento. Le costaba pensar con claridad, a pesar del esfuerzo que estaba haciendo para defenderse de aquel extraño jurado, un jurado irregular e ilegal. Entonces reaccionó de otra manera.

—¿Es esto un tribunal?—preguntó irguiéndose y sacando pecho.

Los hombres de la mesa se miraron entre sí, divertidos.

—Así es.

—Pues entonces requiero de la presencia de un abogado, de lo contrario, cualquier actuación que se ventile en esta sala será nula de pleno derecho.

Un silencio ocupó el ambiente durante un rato. Los cinco hombres que había en la sala miraban a Mario sorprendidos. El que actuaba como juez carraspeó y bajó la cabeza hasta hacer desaparecer el rostro. Sus hombros empezaron a moverse de forma espasmódica, y la carcajada fue en aumento, poco a poco, uniéndose a ella la de los demás. Las risas burlonas duraron varios minutos. El único que permanecía impasible era Mario. Los demás se desternillaban a carcajadas.

El hombre que hacía de juez era delgado y de tipo erguido, con aspecto autoritario, la cara ovalada y larga, ojos oscuros, nariz recta y fina, y boca pequeña; debía de rondar los cuarenta. Tenía el pelo echado hacia atrás, y apuntaba abundantes canas entre los mechones negros y grasientos. Su aspecto era algo más aseado que el que estaba a su lado, que no hacía otra cosa que observar. Éste rondaba los veinte, era tosco y cuadrado, disecado por el sol, su sonrisa era sucia y su cara áspera. Sus manos y sus brazos eran grandes, casi desproporcionados, y cubiertos de una espesa capa de pelo negro. Por último, el de las gafas escribía entre carcajadas las palabras de Mario, en una declaración de parodia.

Mientras duró el alborozo, Mario se mantuvo erguido, impertérrito.

El improvisado juez se fue tragando la risa y mandó silencio con un gesto de la mano. Los demás hicieron un esfuerzo por contenerse.

—Me has caído bien, Mario Cifuentes, no todo el mundo me hace reír como tú lo has hecho, y más en los tiempos que corren.

Puso los codos sobre la mesa y se sujetó la barbilla con los puños. Conservaba una sonrisa irónica en sus labios sin dejar de mirar con fijeza a Mario.

—Verás, Mario Cifuentes, de ti depende quedar libre y marchándote a casa para que tu mamáita te cuide y te mime. Sólo tienes que darnos una información que nos interesa mucho.

—Me temo que le voy ser de poca ayuda.

—Haz un esfuerzo y enumérame los nombres de todos los fascistas que conozcas en esa universidad de señoritos a la que asistes. Si me das tres nombres, dentro de un rato estarás en tu casa, tomando un baño caliente y con tu criada preparándote un caldo, y esta noche dormirás en tu cama mullida y cómoda, y mañana volverás a vestirte con tus trajes caros y tus camisas de cuello almidonado. De lo contrario, te vas a pasar una buena temporada encerrado, conviviendo con pulgas y delincuentes de la peor calaña dispuestos a darte por culo en cuanto te descuides, comiendo bazofia, oliendo a mierda de día y de

noche porque cagarás y mearás a la vista de todos en el retrete comunal, en un agujero hecho en el suelo, por el que cae la mierda que salpicará tus pantalones hasta que aprendas a atinar en la diana. Verás a tu madre una vez a la semana, no más de quince minutos, a través de una espesa verja, rota de dolor por ver a su niño en semejante estado, y eso, siempre y cuando te portes bien —se calló un instante y se echó un poco más hacia adelante—. Tú eliges.

Mario lo miró en silencio. Conocía a muchos compañeros que se habían inscrito en la Falange a lo largo de los últimos meses, sobre todo desde principio de año con motivo de las elecciones. Fidel era uno de ellos, y había estado a punto de convencerlo a él para que se afiliase también, pero no lo había hecho por simple pereza, porque los exámenes le habían absorbido todo el tiempo y no se había molestado en hacer los trámites. Había acompañado en varias ocasiones a Fidel a vender la revista *La Fe* en la calle de Alcalá; lo hacía sobre todo, por apoyarlo en las refriegas que se montaban con los comunistas que vendían el *Mundo Obrero*. Les divertía la tensa espera, oír los gritos de unos y otros intentando acallar los de sus adversarios en la venta, hasta que cualquier chispa, cualquier mirada, o cualquier roce hacía saltar la calma y se montaba el altercado. Había tortas y palos, y cuando veían aparecer a los guardias, salían corriendo para esconderse en alguna de las cafeterías atestadas de gentes de la CEDA que los ayudaban a ocultarse.

Sin embargo, no podía desvelar sus nombre, sabía que los matarían sin preguntar. No estaba dispuesto a cargar con eso sobre su conciencia.

—Ninguno de los que conozco pertenece a la Falange.

El juez puso un gesto defraudado. Chasqueó los labios.

—Ay, Mario Cifuentes. Creía que estaba hablando con un hombre inteligente, pero ya veo que eres como todos, falto de entendimiento. ¿Estás seguro? Mira que todavía estás a tiempo... —calló por un instante, con un ademán de espera. Al ver que Mario bajaba la mirada al suelo, dio un largo suspiro y continuó hablando—. Tú lo has querido. Pero antes de perderte de vista he de decirte dos cosas: la primera, es que tenemos a tu amigo Fidel en la lista de afiliados de la Falange, además de otros diez más que asisten a las mismas clases que tú; y quiero que sepas una cosa, no me gusta la gente que miente. La segunda es que no te pego un tiro en la frente ahora mismo porque te ha salvado un pajarito. Por lo visto, alguien que te aprecia mucho. Así que ya puedes dar gracias a que tienes amigos en este lado, que si no estabas muerto —se detuvo un instante, serio. Luego bajó la mirada hacia sus manos, como si le costase dejarlo marchar, y con voz potente y firme, gritó—: ¡Sacadle fuera de mi vista!

Mario apenas se resistió. Salieron y recorrieron el camino de regreso a su lugar de encierro. Por los pasillos vacíos, respiró el grato aroma infantil de las gomas de borrar y las pinturas de colores. Sin embargo, al abrir la puerta donde lo esperaban Fidel y Alberto se escapó un olor hediondo que le obligó a volver la

cara, sin poder evitar el gesto de asco.

Lo empujaron adentro y señalaron a Fidel con el máuser.

—Tú, acompáñanos.

Los dos amigos se miraron un instante. Mario pudo ver el miedo en sus ojos. Le apretó el hombro y salió.

En cuanto se quedaron solos, Alberto le acució para que le dijera lo que le habían dicho, pero Mario estaba ausente, apenas oía las palabras de su amigo. Le dolía la cabeza y se sentía aturdido. Sentados, lentamente, como si tuvieran todo el tiempo del mundo por delante, le fue contando lo sucedido. Luego, los dos se sumieron en un silencio espeso, envuelto en la incertidumbre, en la terrible espera de un destino inquietante.

Mario miró hacia el ventanuco que se encontraba por encima de su cabeza. Estaba anocheciendo. Habían pasado tres días sin noticias de Fidel. A Alberto le habían subido para interrogarle a las pocas horas de haberse llevado a Fidel. Cuando lo devolvieron, después de varias horas, parecía un despojo humano. Le habían dado golpes por todo el cuerpo. Dolorido, se acurrucó en el regazo de Mario, sin llegar a mirarle. Sin decir nada. Mario respetó el silencio. Al rato, sintió que su cuerpo se estremecía por el llanto; Mario tomó en sus pulmones el aire viciado. Alberto lloró durante mucho rato, amparado por el mutismo de su amigo. Apenas hablaban, no tenían fuerzas; con el paso de las horas, habían ido perdiendo la esperanza de salir rápido de aquella ratonera en la que se encontraban. No descansaban, porque tenían que dormir sobre el suelo, sucio y pegajoso, y les dolían todos los huesos. La puerta sólo se abría por las mañanas; les permitían salir al baño, primero a uno y luego a otro. Como única comida les daban un trozo de pan seco y un caldo oscuro con garbanzos. Aunque el primer día lo rechazaron al considerarlo asqueroso, al final comprendieron que era la única forma de sobrevivir, ya que ignoraban cuánto tiempo iban a estar allí; así que se lo comían haciendo un esfuerzo, bebiendo aquel brebaje con la nariz tapada, no sólo porque estuviera asqueroso, sino también porque era difícil llevarse algo al estómago con el hedor asfixiante que flotaba en el ambiente, y al que no se acostumbraban.

El ruido seco y chirriante del cerrojo los arrancó de su apatía. No era la hora habitual. Mario levantó la cabeza. Tenía la esperanza de que por fin trajeran a Fidel.

Dos hombres armados, vestidos con el mono azul ajustado con los correajes de soldado, aparecieron tras la puerta.

—¡Dios, qué peste hay aquí!

El hecho de abrir la puerta les suponía a Mario y a Alberto poder respirar aire algo más fresco.

—¿Es que nadie se ha preocupado de mantener un poco limpio esto?

—Somos soldados, no limpiadoras —terció alguien al que Mario no podía ver.

—Vamos, sacadlos de ahí. Hay que curarlos y adecentarlos un poco antes del traslado, que no se diga que no cuidamos a los detenidos. Y dadles algo de comer y un poco de agua, parece que no hubieran comido en años.

La voz autoritaria de aquel hombre le pareció a Mario la más celestial y generosa del mundo. Bebieron varios vasos de agua y comieron pan blanco con chocolate. Les dieron un pantalón y una camisa, y les dejaron lavarse y afeitarse. Mario comprobó que la camisa olía a sudor y que el pantalón tenía varias manchas de grasa. Sin embargo, no dijo nada, prefería aquella ropa a la suya, que ya le resultaba pegajosa por el sudor y la suciedad acumulados en aquel cuchitril. También le vendaron su brazo, y a Alberto le curaron los cortes de la cara. Toda aquella intendencia la realizaron dos mujeres vestidas de milicianas con los corrajes, como si fueran soldados. La más joven fue la que se encargó de vendar el brazo a Mario.

—¿Puedes avisar a mi familia? —le preguntó en un susurro.

Ella le hizo una seña para que se mantuviera callado, pero no dejaba de mirarle mientras enrollaba cuidadosamente la venda. Mario la observaba. Era una mujer de las que cortejaría si no estuviera en aquellas condiciones extremas y extrañas. Su pelo era negro y lo recogía a ambos lados de la cabeza con horquillas; tenía la piel blanca y delicada, las manos finas y sus labios eran carnosos, dulces, pero sobre todo tenía unos ojos negros que no dejaban de mirarle. Llegaron incluso a sonreírse, esbozando un pequeño gesto apenas perceptible, como una manera de distender aquella tensión.

Un hombre asomó la cabeza por la puerta.

—Vamos, ya está aquí la camioneta.

—¿Adónde nos llevan? —preguntó Mario, cuando salían.

—A la Modelo —le contestó uno de los milicianos que les custodiaban.

—¿Puedo avisar a mi familia?

—Sigue andando y calla. Ya se enterarán.

Alberto sólo murmuraba quejidos. Caminaba con dificultad ayudado por dos hombres que llevaban la pistola terciada en el cinto. Mario se acordó de Fidel.

—¿Y mi amigo, dónde está el que venía con nosotros?

El miliciano que abría el cortejo con un papel en la mano le preguntó:

—¿Te refieres a tu amigo el fascista?

—Fidel Rodríguez Salas —insistió Mario—, hace días que se lo llevaron y no sabemos nada de él.

—No te preocupes por él, le llevaron a dar un paseo.

—Pero ¿dónde está ahora? —porfió, embargado por la ingenuidad de la esperanza.

—Criando malvas, me imagino.

Mario se detuvo en seco, pero en seguida lo empujaron para que continuase. Sintió una punzada en el estómago que le resultó dolorosa. Cuando salieron a la calle aspiró con desasosiego el aire fresco y seco. Era de noche, y apenas se veía nada porque las farolas de gas quedaban alejadas; el único punto de referencia eran las luces encendidas de una camioneta a cuya parte de atrás los subieron a él y a Alberto. Junto a ellos se colocaron dos milicianos como vigilantes.

Se oyó la voz de una mujer que le hablaba al conductor.

—Voy con vosotros, así me dejas en casa.

—Sube atrás —añadió el conductor.

Mario reconoció en la penumbra a la chica que le había curado. Subió con agilidad y se sentó junto a él. El vehículo se puso en marcha con un fuerte acelerón e inició un viaje por las calles oscuras de un Madrid relegado para Mario. Iba sentado al fondo, junto a la cabina, enfrente de Alberto; a su lado, la chica, y al otro extremo, los dos milicianos que intentaban encender un cigarro, meneados por los traqueteos de una conducción torpe y demasiado rápida. Charlaban de cosas tan vanas como el calor o de la mala calidad del tabaco. Hablaban sin gana, sin tema, mirando las calles vacías que iban quedando atrás, dando profundas caladas y soltando el humo azulado que se escapaba rápido, difuminándose al salir de los labios.

Envuelto en el zarandeo a veces brusco, Mario tardó en reaccionar cuando la chica le habló en un susurro.

—Dime dónde vives, intentaré avisar a tu familia.

La miró un instante e intuyó su cara; luego, nervioso, echó una ojeada a los dos milicianos, que seguían empeñados en lo terrible del bochorno de aquella noche de julio.

—Calle del General Martínez Campos, número 25, principal derecha.

Quedó callado, sacudido por una curva tomada con demasiada velocidad, observando de reojo a esa chica con cara de ángel disfrazada de hombre que le quería ayudar. Después de tantos días de humillante soledad, de silencios incomprensibles, en medio de aquella sinrazón, por fin había alguien que se dignaba a ayudarlo. Notó que la emoción le subía por la garganta y tragó saliva, pero le fue imposible evitar que la imagen de aquel rostro angelical se le nublase en sus ojos.

—Gracias —murmuró.

Ella sólo esbozó una sonrisa.

Era noche cerrada y apenas veía tramos de calles oscuras o poco iluminadas por el tenue fulgor de las farolas de gas a través de la lona, abierta por los milicianos, asomados por ella como si estuvieran en una balconada. Calculó que tardaron una media hora desde que salieron del lugar de su encierro hasta que el vehículo se detuvo. Descendieron todos menos la chica. Mario se volvió hacia ella e intentó decirle algo, pero ella desvió la mirada bruscamente,

derrengándose en el asiento sin ningún cuidado, aparentando despreciar su presencia.

Se encontraban delante de la cárcel Modelo. El edificio de entrada se erguía ante ellos en la oscuridad, como si fuera a tragárselos para siempre. Mario sintió un escalofrío. A quince minutos, sus padres y hermanos estarían preguntándose por su paradero. « Mi pobre madre —pensó—, cuánto estará penando» .

El que llevaba el papel en la mano, habló con el guardia que había salido a recibirles. Luego, los dejaron bajo la custodia de tres funcionarios de prisiones. Los milicianos subieron de nuevo a la camioneta y se marcharon, dejando la estela del ruido renqueante del motor, alejándose poco a poco.

Mario y Alberto pasaron su primera noche en la cárcel Modelo en un pabellón de entrada. Aquello les pareció un paraíso después de la terrible experiencia que habían vivido en los últimos días. Por fin pudieron comer caliente y dormir en una colchoneta. En cuanto su cara tocó la tela áspera del colchón, Mario cayó en un profundo sueño.

Capítulo 9

Petra llegó de la calle relatando entre dientes. Entró en la cocina y soltó el capacho vacío. Había ido a hacer la compra diaria y, por segundo día, se volvía de vacío. Cada vez era más complicado encontrar algo digno que echar a la olla, y lo poco que había tenía unos precios desorbitados y se acababa en seguida. Pero, más que al hambre, temía los desaires de doña Brígida; pareciera que fuera ella la culpable del desabastecimiento que sufría la ciudad.

En cuanto la oyó llegar, doña Brígida se precipitó a la cocina, ansiosa.

—¿Qué, has sido más lista hoy, o te has estado paseando por ahí con ese pavo que te ronda?

—Señora, no me falte, que yo la tengo un respeto.

—¿Que si has traído los mandados?

Petrita, con cara de circunstancias, le enseñó el cenacho vacío.

—No hay nada, señora, nada de nada. El tendero de Bravo Murillo ni siquiera ha abierto; dicen que se marchó de noche y con media casa a cuestas. El que está en Santa Engracia tiene la tienda abierta, pero sus estanterías están más limpias que una patena; de ése, dice la gente que el muy bribón lo ha guardado todo a la espera de que la escasez haga de oro lo que venda.

—¿Y la leche?—preguntó doña Brígida, con desespero.

—Ya le he dicho, señora, nada, no hay nada.

—¿Y el panadero, tampoco ha hecho pan?

—Me ha dicho que hizo algunas barras con la poca harina de que disponía, pero cuando yo he llegado le aseguro que no quedaban ni las migas.

—Pero ¿cuándo sale la gente a comprar?

—Creo que hacen cola desde la madrugada.

—Pues mañana te vas antes del amanecer—sentenció doña Brígida—, y tú Joaquina, lo mismo, os ponéis cada una en una cola.

—Pero, señora...

—Ni se te ocurra discutirme, Petrita. Habrá que comer, digo yo, y no pensarás que baje yo a comprar.

Charito entró en la cocina. La falta de alimento ya empezaba a notarse en la alacena de forma alarmante, y la llegada de Petra estaba envuelta en la esperanza de comer algo más variado, ya que desde hacía días no había leche, ni pan, ni verduras, ni tampoco carne ni pescado, y el aceite ya empezaba a escasear. Doña Brígida no tenía la costumbre de acumular mucha comida en la alacena, así controlaba que no hubiera excesos ni hurtos por parte de las criadas, muy dadas, según ella, a sisar si veían abundancia acumulada en los estantes. Prefería enviar a Petrita a hacer la compra diaria, con una lista en la mano y el dinero bien contado; después tenía que darle cuentas de todo lo gastado, sin perdonarle nunca ni un solo céntimo. La escasez en una casa en la que nunca

había faltado de nada empezaba a hacer mella en el ánimo de los más impacientes.

Charito abrió el cenacho de esparto y miró al interior. Se volvió hacia Petra con los ojos encendidos de rabia, arqueando las cejas con gesto indignado.

—¿No has traído nada?

La cocinera reprimió una mueca de desdén. La niña era más insoportable que la madre.

—Ya le he dicho a su señora madre, que no hay nada —respondió con cierto retintín.

—Eres una inútil y una incompetente, Petrita, sé que hay otras más listas que tú que no hacen pasar hambre a sus señores. Tú lo que quieres es matarnos de hambre.

—¿Cómo voy a querer yo eso, señorita Charito?

—Madre, me moriré si comemos otra vez lentejas.

—No te vas a morir por comer lentejas, y sal de la cocina, tengo que pensar qué hacer hoy de comida, tu padre se va a poner hecho un basilisco, sin su pan, sin su leche con café, otra vez sin el chocolate de la tarde; Santo Cielo, las magdalenas, ya verás cuando sepa que tampoco hoy hay magdalenas.

—Pues yo quiero carne con patatas —protestó Charito, sin hacer caso a su madre.

—¿Y si bajas más hacia el centro? —insistió doña Brígida ignorando la rabieta de su hija—. A lo mejor hay más cosas en las tiendas del centro.

—He bajado hasta el mercado de abastos y todo está igual. Cuando subía encontré una charcutería abierta que todavía tenía cosas en los estantes, pero justo cuando iba a pedir, entraron un grupo de milicianos y se llevaron todo, sin pagar ni nada, para alimentar a los que están en el frente, dijeron, y me quedé con las ganas.

—Además de sinvergüenzas, ladrones —espetó doña Brígida, nerviosa e indignada—. Si es que son como animales, tenían que encerrarlos a todos.

Petrita se incomodó por el insulto. También ella lo había pensado, pero no era lo mismo en su boca que en la de la rancia y pedante doña Brígida.

—Bueno, señora, también ellos tienen que comer, vamos digo yo, además, hay mucha gente luchando en Campamento y en la sierra a los que habrá que llenar el buche.

Doña Brígida no intentó disimular un gesto desagradable.

—No me dirás, insensata, que tú defiendes a esos desalmados, muertos de hambre, que han tomado la ley por su mano, no me lo digas porque te vas a la calle.

Petrita se envaró con descaro. Puso sus manos sobre la cintura.

—Pues sabe usted lo que le digo, que no me va a echar porque me voy yo. Que me tiene usted muy harta, y que no tengo por qué aguantarla. Que una tiene

un límite, sabe usted, un límite, y su señora de usted lo ha pasado demasiadas veces conmigo. Así que lo dicho, que me voy.

Doña Brígida pensó que era un órdago de Petrita, otro de tantos, y suspiró con aires de grandeza, mirándola de soslayo con una mueca entre la humillación y el desprecio.

—¿Dónde ibas a ir tú, desgraciada, si no tienes dónde caerte muerta?

Joaquina, que estaba viendo la escena, sabía que Petrita iba en serio. Le había hablado de su intención de marcharse para alistarse a las milicias; la había convencido un novio que le había salido hacía un par de meses, y que le tenía el seso absorbido. Joaquina le advirtió en varias ocasiones que espabilase y no se dejase llevar, que las cosas no eran ni tan fáciles ni tan drásticas como se las mostraba ese novio suyo.

—La calle es mejor sitio que esta casa, aquí no hay más que miserias. Prefiero morirme de hambre con los de mi condición a soportar un solo día más sus desprecios.

—Petra —doña Brígida sólo la llamaba así cuando se enfadaba de verdad—, cuida bien tus palabras...

—No me cuido de nada. Me voy y punto, ahora te haces tú la comida, doña perfecta, que te crees doña perfecta.

El tuteo fue lo que terminó de soliviantar a la pobre Brígida, que parecía no ganar para sustos en los últimos días.

—Vete de mi vista, y no vuelvas, ¿me oyes? No quiero verte por aquí, nunca.

Petra recogió sus pocas pertenencias deprisa, con furia contenida.

—No dudes que volveré —le espetó, acercándose tanto a doña Brígida que tuvo que echar la cara hacia atrás—, pero acompañada de un grupo de milicianos que defienden los derechos del pueblo en contra de aprovechados como tú y tu familia, explotadores de los pobres a cambio de migajas. Eso, en este país, se ha *acabao*. Abur.

Un silencio espeso se hizo en la cocina. Doña Brígida estaba petrificada. Joaquina se había echado unos pasos hacia atrás y se mantenía arrinconada con el fin de evitar recibir las iras que su señora tenía que soltar. Charito también se puso fuera del alcance de las iras de su madre, y se deslizó por el pasillo para encerrarse en su habitación hasta que pasara la tormenta.

Petrita, con un pequeño hato colgado en su brazo, alzó el puño en alto y gritó:

—¡A la lucha, muerte a los fascistas!

Después se marchó, dejando a la señora de Cifuentes en un estado de conmoción que, por primera vez en muchos años, estuvo a punto de hacerle perder el conocimiento de verdad.

Teresa, que había oído el jaleo desde su cuarto, salió corriendo tras ella escaleras abajo.

—Espera, Petra, por el amor de Dios, pero ¿adónde vas?

La cocinera se volvió pero no se detuvo.

—Señorita Teresa, lo siento por usted, que es la única que me ha tratado con respeto en esta casa. Pero esto se acabó. La revolución está en la calle, y yo no me puedo quedar ni un minuto más en una casa donde me explotan.

Habían llegado al portal y Teresa la cogió del brazo para obligarla a detenerse.

—Pero ¿quién te ha metido a ti todas esas ideas en la cabeza?

Petra bajó la mirada al suelo, sin decir nada, como si le hubiera dado vergüenza decir aquellas cosas a Teresa. Estaba claro que no eran ideas suyas, ella nunca habría llegado a pensar así.

—Yo tampoco aguanto a mi madre, ni a mi padre. Y comprendo que mi hermana Charito es una impertinente maleducada. Pero en esta casa no te ha faltado nunca de nada, Petra, siempre has tenido un plato caliente, una cama, ropa que ponerte y un sueldo que se te ha pagado religiosamente cada semana. Has aprendido un oficio. ¿Quién te está explotando?

La criada tenía los ojos enjugados de lágrimas, pero consiguió contenerse. Sus sentimientos eran muy confusos. No sabía si las lágrimas que se estaba tragando eran de rabia o de pena. La disyuntiva entre seguir los designios de su novio, en una aventura que no sabía muy bien adónde la iba a llevar, o la de quedarse en la seguridad de la casa, aguantando los desplantes de la señora, le resultaba muy complicada. Ella nunca había tenido la necesidad de pensar más allá de cuánta cantidad de sal echar al guiso, o cuántos kilos de patatas necesitará para la semana. Nunca se había preocupado por su futuro, por lo que iba a ser de ella. Por eso estaba confusa.

En ese momento, Teresa oyó un crujido, se volvió y atisbó a Modesto, con la puerta medio abierta y la oreja pegada a ella, escuchando la conversación. Cogió a Petra del brazo y la sacó a la calle. Caminaron unos pasos hasta alejarse del portal indiscreto.

—Mira, Petrita, las cosas en la calle están muy mal.

—No me lo diga usted, señorita, que eso ya lo sé yo.

—¿Adónde vas a ir?

—Pues con mi Paco. Vive en un cuartito de Lavapiés, sabe usted. Ahí estaremos muy bien los dos juntitos. No es muy grande, no le digo yo que lo sea, y poco ventilado, que parece que no ha llegado ni una pizca de aire desde hace años, pero en invierno será confortable porque se calienta en seguida con un infiernillo pequeño, y además tiene poco que limpiar.

—¿Y de qué vas a vivir?

—Pues no sé. El Paco me encontrará algo.

—Y si no encuentra nada, ¿te va a mantener tu Paco?

Ella la miró indecisa.

—Mi Paco es carpintero, pero lleva meses sin trabajar y sin cobrar por lo de

las huelgas y eso. Y ahora, la carpintería está cerrada porque el dueño —calló un instante indecisa—, bueno al dueño lo mataron el otro día no se sabe quién. Mi Paco se alistó y sube a la sierra por la mañana, pero regresa por la tarde. Él me ha dicho que me aliste, que las mujeres también van al frente, que todos los brazos son necesarios aunque sean los de una hembra; además, en el frente dan bien de comer, y te dan ropa nueva, y una manta, y si tienen, pues me darán un arma, y dos duros al día —bajó los ojos al suelo, sin terminar de creerse lo que estaba diciendo—. Eso me dice mi Paco.

—¿Y crees que eso es lo mejor para ti?

Encogió los hombros, conforme.

—¿Por qué no lo iba a ser? Él me quiere. Si mi Paco dice que eso es bueno, pues lo será.

Aquella ingenuidad, casi infantil, provocó en Teresa un confuso sentimiento entre la pena y la ternura. Habían pasado veinte años de la llegada de Petrita a la casa, unos meses después de nacer Teresa. Petrita sólo recordaba inquietos retazos de aquel día: el hatillo que preparó su madre guardando, primorosamente, la poquita ropa que tenía, el intenso frío, con un aire denso que la hacía tiritar, la escalera de aquella casa enorme, y el abrazo que le dio su madre con los ojos llorosos, haciéndole prometer que se portaría bien. La madre de Petra conocía a don Eusebio de cuando pasaba consulta en los dispensarios de los barrios humildes de Cuatro Caminos. Estaba muy enferma, y temía morir y dejar en el desamparo a la niña que entonces contaba apenas diez años. La ofreció como quien ofrece un saco de garbanzos, buenos y baratos. Doña Brígida se negó al principio, pero no tuvo más remedio que aceptar porque así lo quiso don Eusebio, en un extraño gesto de humanidad, muy raro en él, imponiendo a la madre la condición de que no volviera a aparecer nunca más por la casa; si lo hacía o la veía por los alrededores siquiera, la niña se iría a la calle. Joaquina le había contado a Teresa que Petrita lloró la ausencia de su madre durante muchas noches; apenas descansaba y por las mañanas andaba torpe y falta de atención, lo que provocaba la ira de doña Brígida, dándole un trato tan humillante en opinión de Joaquina, que ella misma se atrevió a quejarse a don Eusebio. Aunque la cosa, en principio, pareció suavizarse un poco, lo cierto era que el trato que dispensaba doña Brígida a las dos criadas era denigrante. Durante los primeros meses, Petra mantuvo la esperanza de que algún día su madre volvería a buscarla. Pero el tiempo pasó, y su sentimiento de ausencia se tornó en odio hacia su madre. Después de muchos años, tuvo el valor para regresar al barrio de donde la había sacado; allí se enteró que había muerto de tuberculosis, en completa soledad, dos meses después de dejarla en aquella casa. A partir de ese momento, los remordimientos por haberla culpado de un obligado abandono se tornaron en un odio acérrimo a don Eusebio porque podría haberla curado si hubiera querido; sin embargo, no lo hizo, la había dejado marchar y, con ello, la

había dejado morir. También odiaba a doña Brígida porque lo único que había recibido de ella era el desprecio más absoluto hacia todo su trabajo, a pesar de que sabía que no podía prescindir de ella ni de sus guisos.

Aquel día resultó la culminación de veinte años de extraños sentimientos de culpa y odio; como decía su novio, sin conocer su historia, había llegado el momento de la venganza para los desfavorecidos, y ella era una de esas desfavorecidas. Había llegado su momento. Haría pagar todo lo que le habían hecho sufrir.

Teresa, en el fondo, comprendía la actitud de Petrita, incluso llegó a envidiar su decisión; ella deseaba hacer lo mismo, salir de aquella casa dando un portazo, pero no se atrevía. Su padre tenía razón cuando, ante algunos gestos de rebeldía, le había reprochado que el temor de un futuro incierto, al margen de la seguridad que le proporcionaban la casa y el amparo del dinero, podía más que sus ansias de libertad.

La voz rígida y bronca de la madre desde la ventana del balcón rompió la serenidad que se había creado entre las dos mujeres.

—¡Teresa, sube a casa inmediatamente!

Petra miró con desprecio hacia doña Brígida, luego volvió sus ojos a Teresa.

—Tengo que irme, señorita Teresa. Guárdese bien de este desaguisado, que aquí nadie se libra de ser paseado.

—¿Qué quieres decir con eso?

Petra bajó la mirada un instante, se metió la mano en el bolsillo de su vestido y sacó un papel. Cogió la mano de Teresa mirando hacia el balcón donde estaba doña Brígida y se lo entregó.

—Son las señas de mi Paco. Si algo le pasara a usted, señorita Teresa, vaya y pregunte por mí. ¿Lo hará?

Teresa cerró la mano y sonrió a la criada.

—Claro que lo haré, Petra. ¿Y tú, harás lo mismo si me necesitas?, ¿me llamarás?

Petra esbozó una sonrisa poco convencida y afirmó moviendo la cabeza. Echó a andar en cuanto oyó de nuevo la voz chillona de doña Brígida.

—Mala madre, que te parta un rayo, cerda asquerosa —murmuró, sin que nadie más que su propia conciencia, oyera la retahíla de insultos que a cada paso soltaba por la boca.

Buscando la suerte

Desayuné solo, como cada día. Tras una buena ducha, me encerré en mi estudio y me senté frente al ordenador; coloqué la foto y las cartas de Andrés sobre la mesa, convertidos para mí en fetiches necesarios. El día amanecía gris y lluvioso, desleído en un cielo mortecino. El ambiente melancólico del otro lado del cristal envolvía mi estado de ánimo en la calidez del estudio, solo, en silencio, con el rumor de fondo, amortiguado y tibio, de las gotas chocando contra las baldosas desnudas del patio de luces.

Encendí el ordenador. Ante la página en blanco de la pantalla, con los dedos inmóviles sobre el teclado, esperé con paciencia la llegada de los personajes, su presencia ubicua, anhelé suplicante el susurro de sus palabras, sus historias, sus vidas, que se introdujeran de una vez en mi cotidianidad para convertirme en el instrumento necesario de su relato. Consumido por la agarrotada parálisis, decidí abrir un libro y arrojarme al reconfortante abrazo de la lectura. Absorbido en los últimos capítulos de *El conde de Montecristo* el tiempo transcurrió sin apenas darme cuenta, como en una buena tertulia en la que las horas parecen segundos y desaparece la prisa. Llegué a la parte en la que Maximilien Morrel lee la carta que Edmond Dantès le deja como despedida:

«Sólo aquel que ha experimentado el infortunio es capaz de sentir la extrema felicidad. Hay que haber deseado la muerte, Maximilien, para saber apreciar la dulzura de la vida... Vivid y sed felices... hasta el día en que Dios se digne a revelar al hombre el futuro, toda la sabiduría humana se hallará en estas dos palabras: ¡Confiar y esperar!» .

Levanté la cabeza al oír cerrarse la puerta de la casa. Tardé un instante en comprender que se trataba de Rosa que, una vez terminada su tarea, se había marchado. Nunca se despedía; era como un ser invisible que se deslizaba sigilosamente por los rincones de la casa, etéreo, casi incorpóreo. Se había acostumbrado a evitar mi presencia no visible, siempre enclaustrado, incluso trataba de evitar cruzarse conmigo mientras navegaba con sus trastos por los rincones del piso. La puerta de mi estudio se había convertido para ella en un muro infranqueable que sólo se atrevía a traspasar cuando me ausentaba de la casa, momento que aprovechaba para dar una rápida pasada, siempre desde el quicio de la puerta, introduciendo el tubo del aspirador por los recónditos y complicados recovecos de aquella minúscula y atiborrada estancia. En alguna ocasión me alegó (en un tono maternal, como hablan las madres a los hijos ya maduros, en ese discurso que saben hueco y vacío pero que repiten por inercia, con la esperanza, cada vez más remota, de que alguna vez se les haga caso) que debería dejarla algún día hacer una limpieza a fondo de mi guarida (así se refería a la habitación en la que

trabajo, y a mí no me disgustaba esa denominación) más allá del brazo alejado y aséptico que aspiraba el polvo del suelo, para limpiar el polvo de la superficie de los libros y maderas que se había ido acumulando a lo largo del tiempo, como una pátina probatoria de que aquél era mi santuario, exclusivo y excluyente.

Debía de ser casi media tarde porque la noche ya empezaba a tragarse las nubes oscuras que seguían descargando una lluvia persistente sobre la ciudad, todavía activa. Mi atención, centrada en la lectura, se precipitó sobresaltada a la realidad por un zumbido apenas reconocido; miré a un lado y a otro, aturrido, como si acabase de despertar de un sueño profundo, desubicado; hasta que me di cuenta de que se trataba del sonido sordo y constante del móvil que, a un lado de la mesa, se iluminaba con sutiles destellos. No reconocí el número que aparecía en la pantalla y a punto estuve de pasar de la llamada, pero al final me decidí a contestar. La voz de Carlos Godino provocó que, como si lo tuviera delante y en un gesto de cortesía, me levantase del sillón. Miré mi reloj; eran casi las siete. Llevaba horas encerrado, con apenas un plato de macarrones recalentado en el microondas, donde me lo había colocado Rosa antes de desaparecer. Mientras hablábamos de cosas banales pero necesarias para introducir la conversación, aproveché y salí a la cocina en busca de un café cargado. La casa estaba en penumbra.

—Verá —me decía Carlos—, estoy en casa de mi abuela Genoveva, y me dice que ayer, cuando usted se marchó, se acordó de que conserva como oro en paño la agenda de su padre. Por lo visto, mi bisabuelo era un hombre muy metódico y apuntaba los nombres, teléfonos y direcciones de todos los colegas que conocía. Por lo que puedo ver, aquí hay al menos cien nombres con todos sus datos; ahora bien, no le arriendo las ganancias con la letra, esto sí que es letra de médico; si consigue descifrar algo en este montón de garabatos será usted un lince. No sé si le interesará...

—Claro que me interesa —contesté con vehemencia, sin dejarlo terminar. La anciana había dicho que Mercedes y su madre habían ido a casa de un médico, probablemente pensó que su nombre, incluso la dirección de ese médico, podrían estar apuntadas en esa agenda—. ¿Cuándo le viene bien que vaya?

—Mañana la tengo que llevar a que le hagan unas pruebas.

—¿Le ocurre algo? —pregunté, con tono preocupado.

—No, nada que no pueda achacarse a la edad. Pero nos llevará toda la mañana, y si le digo la verdad, se queda un poco pachucha —noté que bajó el tono de voz en sus últimas palabras—. Es mucho trajín para ella: salir de casa, el ajetreo de las pruebas, bueno, sacarla de su rutina diaria la deja más que agotada... —lo interrumpió la voz de Genoveva reprochándole algo—. Ella me dice que no, pero ya le digo yo a usted que sí, y tampoco quiero que venga hasta aquí para nada, ¿me comprende?

—No hay problema, lo menos que querría sería molestar a su abuela,

bastante hace con recibirme, es un encanto de mujer.

Mientras hablaba sabía que Carlos Godino atendía a mis palabras y a las que le decía la anciana.

—¿Le viene bien el viernes?

—¿Por la mañana o por la tarde?

—Véngase por la mañana, a eso de las once. Dice que le espera. Le ha caído usted en gracia. No crea que es así con todos, le aseguro que a otros nos trata a patadas.

Oí protestas cariñosas de la anciana.

Nos despedimos y me preparé un café caliente.

Regresé a mi estudio reconfortado por el café, pensando en lo que me podía encontrar en aquella agenda del padre de Genoveva. Repasé de nuevo mis notas. Lo único que había recordado la anciana era que el médico, en cuya casa de Madrid se habían cobijado Mercedes y su madre al principio de la guerra, trabajaba en el hospital de la Princesa. Abrí el Google y busqué algo sobre la situación del hospital durante la guerra. Con sorpresa, descubrí que en el año 2001 se había cumplido el ciento cincuenta aniversario de la fundación y que, con ese motivo, se había abierto una exposición sobre la historia del centro, con datos y fotos de los médicos más destacados, directores y jefes de servicio que habían pasado por sus instalaciones. Decidí que al día siguiente me acercaría al hospital para intentar conseguir información acerca de los médicos que ejercían allí en el año 36; cruzando aquellos datos con los de la agenda, tal vez el círculo se estrechase y pudiera llegar a tener otro hilo del que tirar.

Aquella noche dormí bien, sin sobresaltos y con un sueño reparador.

Salí de casa antes de que llegara Rosa, no sin antes haber recogido un poco el desorden de mi mesa, porque sabía que, ante mi ausencia, aprovecharía la oportunidad de cumplir con el ritual de la limpieza. Me dirigí a la calle Diego de León donde se encontraba el hospital de la Princesa. Dejé el coche en un aparcamiento y me adentré en aquel enorme edificio, atestado de gente que entraba y salía con prisas. Tardé un rato en ubicarme y saber exactamente hacia dónde tenía que dirigirme. Después de preguntar en varios mostradores, llegué ante una puerta y llamé con un par de golpes suaves. Oí la voz de una mujer que me indicaba que pasara.

—Buenos días. —Accedí decidido, y le tendí la mano. Ella me la estrechó con energía sin llegar a levantarse—. Me han dicho que usted podría informarme sobre la historia del hospital durante los primeros meses de la Guerra Civil.

—¿Es usted investigador?

—Bueno, sí —como siempre, contesté balbuciente, inseguro de lo que me consideraba realmente—, podría llamarse así. Estoy buscando datos sobre un médico que debió de ejercer aquí en aquella época.

La mujer que tenía enfrente era rubia, con mechas, pelo largo y peinado de

peluquería; debía de rondar los cuarenta. Vestía una blusa negra y sobre ella caían desde el cuello una serie de collares de colores vivos que iluminaban su cara. Era atractiva, no sólo por sus facciones, simétricas, perfectas, casi de diseño, sino por una sonrisa abierta y cercana que mostraba unos dientes blancos, alineados, en sintonía con el resto de su cara.

—Siéntese —me indicó, mientras retiraba a un lado el teclado del ordenador y posaba los antebrazos sobre la mesa en la que debía de haber estado trabajando hasta que yo la interrumpí—. Dígame qué busca exactamente.

—Me gustaría saber el nombre de los facultativos que trabajaban en el hospital al comienzo de la guerra.

—Pero ¿busca algún nombre en concreto?

—Bueno, sí, busco un nombre, el problema es que no sé cuál es, al menos todavía.

La mujer me miró enarcando las cejas, como si se preguntase qué me podía interesar de un listado de médicos ya fallecidos.

Yo no me inmuté. Tenía la esperanza de que no me hiciera muchas preguntas, no quería dar demasiadas explicaciones sobre lo que buscaba. La mujer se retiró un mechón de pelo que le caía por la frente y me sonrió.

—Bueno, vamos a ver si podemos ayudarlo. —Con resolución, cogió el teclado, lo centró y empezó a teclear fijando la vista en la pantalla que tenía a su izquierda—. Aquí está, 1936...

Manejó el ratón y la impresora se puso en marcha, expulsando dos folios. Ella los cogió y me los tendió, no sin antes asegurarse de que la impresión había salido bien.

—Aquí tiene. Éstos son los médicos que formaban la plantilla del hospital en 1936 hasta el momento de su traslado al colegio del Pilar, en la calle Castelló; se tuvo que llevar allí durante la guerra porque la zona de Alberto Aguilera, que era donde estaba situado el viejo edificio, se encontraba muy cerca del frente.

Cogí los folios y ojeé su contenido. Por orden alfabético, se detallaban los apellidos, el nombre, la especialidad y, en su caso, el cargo que ocupaba cada médico.

—¿No sé si le sirve?

Levanté los ojos del folio y desplegué una sonrisa amable y satisfecha.

—Sí, por supuesto, se lo agradezco muchísimo.

—Le deseo suerte.

—Gracias, creo que voy a necesitarla.

Capítulo 10

Luisa Sola se apeó del tranvía y anduvo hasta dar con la calle del General Martínez Campos. Buscó el portal número 25. Cuando lo divisó desde el otro lado de la calle se detuvo para mirar la casa. Era un edificio de tres plantas, además del sotabanco. No había duda de que se trataba de una vivienda de postín, como diría su padre, con la diferencia de clases bien marcada de acuerdo con la altura: los más pudientes en el principal, los arrendados en la buhardilla. Una hilera de balcones recorría toda la fachada a lo largo de los tres primeros pisos, con sus barandillas de hierro forjado, los ventanales con fraileros de buena madera y cristales brillantes e impolutos, a través de los que se podía atisbar visillos de encaje y cortinones de telas caras y tupidas que amparaban la intimidad de sus moradores.

Luisa seguía indecisa. Le había dado muchas vueltas hasta decidirse a llegar allí. Sabía que se la jugaba, pero no sólo ella, sino también ponía en peligro a los que moraban en la casa cuya visita pretendía. Nadie le había dado permiso para hacer aquello y podrían acusarla de traición, de chivata o de lo que les viniera en gana por haber actuado por su propia cuenta sin contar con los que se habían erigido en jefes, o, mejor dicho, responsables, porque aquella palabra, al igual que muchas otras, había sido desterrada del vocabulario por sus connotaciones humillantes para el obrero. Pero cada noche pensaba en aquel chico, en sus ojos, en su ruego; se imaginaba por lo que debían de estar pasando sus padres, ignorantes de la suerte de su hijo. La conciencia le remordía y le resultaba difícil conciliar el sueño. En el fondo, les llevaba la noticia de dónde se encontraba su hijo Mario, porque tenía la remota esperanza de que pudieran hacer algo para sacarlo de allí; aquella gente tan importante seguro que tenía contactos. Y luego estaba lo del amigo fascista. Le resultaba una crueldad incomprensible no dar cuenta a las familias de la suerte de esos chicos.

Tomó aire y cruzó la calle hasta quedar frente a la enorme puerta que daba acceso al vestíbulo. Una vez más, alzó la mirada hacia arriba, y después empujó con decisión. Cuando la puerta se cerró a su espalda se encontró en un amplio portal de mármol reluciente. Olía a limpio y el aire resultaba refrescante. Toda la claridad y el calor del exterior se habían quedado en la calle. De frente, una puerta de cristal, cruzada por una celosía dorada de formas onduladas hecha del mismo material que el picaporte; al otro lado, una escalera ascendía haciendo una hermosa curva.

De nuevo se quedó inmóvil, observando, alerta, a su alrededor, consciente de que no estaba en su terreno. Antes de que pudiera dar un paso, la sobresaltó la voz cavernosa y seca de Modesto.

—¿A quién buscas? Aquí sólo vive gente decente.

Modesto salió de su cuchitril con gesto desafiante, sabedor de que aquel portal

pertenecía a sus dominios. Luisa se sintió incómoda cuando percibió la mirada suspicaz que le echó de arriba abajo.

—¿La casa de Mario Cifuentes?

La pregunta le salió de los labios débil, sin apenas fuerza, como si las palabras se ahogasen en la garganta.

El portero le mantuvo la mirada.

—¿Para qué lo quieres?

Luisa se envaró, molesta.

—¿Vive aquí la familia de Mario Cifuentes?

—¿Qué sabes tú del señorito Mario? —le espetó el portero.

Luisa bajó la mirada y se volvió sobre sí misma, dispuesta a marcharse por donde había venido.

—Será mejor que me vaya —balbució.

—Espera, no te he dicho que te marches, es sólo que... bueno, como hay tantas cosas ahora, pues..., compréndelo..., uno no sabe cómo acertar.

Luisa lo miró un instante a la espera. Convencido el portero de que aquella miliciana no le iba a contar nada del asunto que la llevaba a casa de los Cifuentes, bajó la guardia.

—Es el principal derecha, pero él no se encuentra...

Luisa reaccionó y echó a andar de inmediato. Llegó a la puerta de cristal, cohibida, la abrió, temerosa de que se quebrase en sus manos o de dejar sus dedos marcados sobre su superficie impoluta; luego, inició el ascenso por las escaleras, ignorando la presencia de aquel hombre que la seguía con la mirada desde el pie de la escalinata hasta que desapareció de su vista.

Cuando Luisa alcanzó el descansillo del principal, miró la puerta sobre la que había un cartel de madera con letras doradas que ponía « Derecha ». Se acercó y se detuvo frente a ella. Levantó la mano lentamente hasta poner el dedo sobre el timbre. Todavía tardó unos segundos en pulsarlo. Notaba los latidos de su corazón desbocado. Por fin presionó el botón, y en el interior resonó un timbre.

Mientras esperaba, inconscientemente, se colocó la ropa y se atusó el pelo. Levantó la cara y esperó dispuesta. Le costaba admitirlo, pero estaba nerviosa.

Oyó unos pasos al otro lado de la puerta; se abrió y apareció Joaquina.

—¿Es ésta la casa de Mario Cifuentes?

La criada dudó un instante al ver las trazas de la mujer que tenía delante.

—¿Para qué le requiere, si se puede saber?

Luisa se hartó de dar explicaciones.

—Dígale a su madre que su hijo está en la cárcel Modelo.

—¿Cómo... cómo dice?

—Ya me ha oído.

Luisa se dio la media vuelta para marcharse, pero antes de dar un paso, se giró de nuevo para mirar a Joaquina, que permanecía con la boca abierta con

gesto de pasma.

—Y a la familia de Fidel Rodríguez Salas —calló un instante, sin saber si hablar o no— díganles que lo busquen en el cementerio de San Justo, allí encontrarán su nombre.

Reinició su marcha, y se perdió por la escalera.

Joaquina intentó llamar a doña Brígida, pero el primer grito se le ahogó en un gemido lastimero y nervioso.

—¡Señora! —el tono de su voz, aumentaba a cada paso que daba hacia el salón—. ¡Señora! ¡Señora! ¡El señorito Mario, que está vivo, señora, que lo tienen encerrado en el abanico!

A medio pasillo, ya se había encontrado con las tres mujeres de la familia. Don Eusebio, que seguía convaleciente de la rotura de dos de sus costillas, descansaba en el mejor sillón del salón.

—Pero ¿qué ocurre, Joaquina? ¿Qué escándalo es éste?

Joaquina llegó frente a doña Brígida con la respiración acelerada y la cara desencajada.

—El señorito Mario, que lo tienen en el abanico, que está vivo, señora... Está vivo...

—Por Dios, cálmate, Joaquina, y aclárate. No entiendo nada de lo que me estás diciendo.

—Señora, ha venido una mujer, una libertaria de estas que van con los petos en vez de con faldas, como Dios manda, y me ha dicho que el señorito Mario está preso en el abanico.

Doña Brígida se puso tensa.

—¿Me quieres decir qué es el abanico?

—La Modelo, señora, la cárcel Modelo —le contestó extrañada, pues a su parecer, todo el mundo sabía que a esa cárcel se la conocía con ese nombre—. A la Modelo la llaman el abanico, por su forma...

Pero doña Brígida ya no la escuchaba. Confundida, entre la esperanza y la terrible preocupación de saber que su hijo, su querido primogénito, estaba en una cárcel, preso como si de un vulgar delincuente se tratase, se dirigió al salón donde esperaba su marido.

—Eusebio...

La interrumpió alzando la mano para que se callase, con la mirada perdida en un vacío, desconcertado.

—Lo he oído —dijo con sequedad.

—¿Y qué vamos a hacer? Dios Todopoderoso, mi hijo preso. ¡Qué vergüenza, qué va a pensar la gente!

Teresa se enfureció y no pudo aguantarse ante las vacuas palabras de su madre.

—Madre, por favor, ¿qué importará ahora lo que la gente piense? Lo

importante es que Mario está vivo.

—Claro, hija, pero no me negarás que es una vergüenza, preso, Ave María Purísima...

Se persigné varias veces, y echó de menos tener en sus manos el rosario que desde hacía días se mantenía escondido, junto con otros objetos de culto católico, debajo de uno de los baldosines de la despensa, alertados por los registros que se habían hecho tan habituales en las casas.

Al ver las jaculatorias, don Eusebio la miró despectivo y le habló con autoridad.

—Ya te he dicho muchas veces que reprimas esas estúpidas manifestaciones religiosas, sabes que nos puedes meter en un lío a todos.

—No son estúpidas —dijo con dignidad—, son mis creencias.

—Pues aprende a contenerte, porque como se enteren de que aquí somos católicos practicantes ni Dios ni el Espíritu Santo nos salvan de que nos den un paseo.

Doña Brígida cruzó las manos bajo el pecho para evitar volver a santiguarse ante las palabras de su marido que, a su parecer, rayaban la blasfemia.

—No exageres, padre —saltó Teresa casi sin pensar.

—Tú te callas, que nadie te ha dado vela en este entierro.

—Bueno, y a basta —terció doña Brígida, nerviosa—, hemos de centrarnos en Mario. ¿Qué se supone que debemos hacer ahora?

—Yo me voy a la Modelo —dijo Teresa, resuelta, y salió del salón—, preguntaré por él e intentaré verlo, y si no puedo, me enteraré cómo funciona el régimen de visitas.

—¿Adónde te crees que vas?

La madre salió detrás de ella, indignada, porque su hija hacía exactamente lo que ella no se atrevía hacer, a pesar de que lo estaba deseando.

—Aguarda a que tu padre diga lo que debemos hacer.

Teresa se volvió hacia su madre mientras comprobaba que llevaba en el bolso la cédula de identidad y el carnet del sindicato de costureras que su novio le había proporcionado para que pudiera moverse por Madrid sin problemas.

—Quédate tú, esperando, como siempre, a que papá decida por ti. Yo me voy a ver a mi hermano.

Después de comprobar que en el interior de su bolso todo estaba en orden, salió del piso y cerró la puerta en las narices de doña Brígida, que se quedó estupefacta, incapaz de reaccionar, conteniendo la rabia porque en el fondo ella quería acompañar a su hija, quería ir con ella a esa cárcel en la que tenían preso a su hijo, pero no se atrevía a hacer nada por sí misma. Resignada, regresó al salón, a la espera de los dictados de su marido.

Don Eusebio estaba hablando por teléfono, con gesto serio, dando a su interlocutor la información que le había llegado sobre el paradero de su hijo

Mario.

—Está bien, Emeterio, lo comprendo. No te preocupes. Sí, sí, estoy algo mejor. Te lo agradezco mucho. Adiós, adiós.

Colgó el teléfono con un ademán despectivo.

—Ten amigos para esto. Que no puede hacer nada, el muy cobarde...

Tensó las mandíbulas y movió la cabeza.

Don Eusebio hizo varias llamadas, todas con el mismo resultado. Los que le contestaban le decían que, según estaba la situación, no podían hacer nada, otros le eludieron abiertamente y no se quisieron poner al aparato, y algunos ni siquiera descolgaron el teléfono, huidos fuera de Madrid desde hacía días. Don Eusebio tenía la cara desencajada. Movía la cabeza de un lado a otro con los ojos fijos en el vacío. Doña Brígida, al ver que su marido no reaccionaba con la rapidez que ella hubiera deseado, le instó, con toda la prudencia de que fue capaz para que no se alterase.

—Habrà alguna forma de sacar al niño de allí, digo y o, si no, ¿para qué están las amistades?

La miró exasperado.

—Las amistades sólo están para los buenos tiempos, Brígida, a ver si te enteras. Cuando las cosas vienen torcidas, nadie es amigo de nadie. Todos huyen a esconderse como ratas.

Don Eusebio estaba resentido. La noticia de su detención corrió de boca en boca como la pólvora; se especuló con barbaridades sobre su persona, poniéndole en el punto de mira del Comité Provincial de Investigación Pública como sospechoso fascista y de dar apoyo a los sublevados. De hecho, ninguno de los que se decían colegas y amigos se había dignado a visitarlo, con la única excepción de Luis de la Torre, para curarle sus heridas, y de Ramón Pellicer, en cuya visita observó la evidencia de un interés torticero al proponerle, casi a imponerle, el alistamiento de los mellizos, a pesar de ser dos adolescentes que no estaban preparados ni para cargar el fusil al hombro. Hubo alguno que le había llamado por teléfono, con una prudencia extrema, notando en su voz el miedo a que las líneas estuvieran intervenidas, hablando poco, llamadas de puro compromiso de apenas un par de minutos. Era como si en su casa hubiera entrado de repente la peste, y nadie quisiera acercarse a él, por si acaso.

—Todos tenemos miedo —murmuró doña Brígida.

—Unos cobardes, eso es lo que son, unas ratas cobardes.

—¿Y qué vamos a hacer, entonces?

Don Eusebio dio un profundo suspiro, cogió el periódico y lo abrió.

—Esperaremos a ver qué noticias trae Teresa. Al menos, sabemos que está vivo.

Cuando Joaquina oyó esas palabras, se acordó de lo que la miliciana había dicho sobre el amigo de Mario.

—Señor, si usted me lo permite... —miró a doña Brígida afligida—, es que esa mujer que ha venido con la noticia del señorito Mario... pues que dijo otra cosa más...

Los dos se la quedaron mirando tan fijamente que se sintió intimidada. Bajó la cabeza, y ante su mutismo, don Eusebio la apremió.

—Habla, Joaquina, por lo que más quieras, habla de una vez.

—Pues, señor, verá usted, que esa mujer me dijo que les dijera que el señorito Fidel, el amigo del señorito Mario, pues me dijo que le dijeran a su familia que le buscasen...

Calló un instante aturdida por la expectación que sus palabras estaban creando en el ambiente, tragó saliva y, ante la desesperación de los que la escuchaban, la instó doña Brígida impaciente:

—¿Dónde Joaquina, dónde está Fidel?

—En el cementerio de San Justo..., el de San Isidro, *pá* que ustedes me entiendan. Que allí les darían cuenta de él.

—¡Dios Santo!

—¿Estás segura de que dijo eso, Joaquina?

Joaquina se llevó los dedos a la boca y se los besó con vehemencia.

—Que me caiga muerta aquí mismo si les miento. Así mismo me lo dijo, que le buscasen en el cementerio de San Justo.

Doña Brígida se dirigió a su marido.

—Habrá que avisar a sus padres.

—Yo lo haré.

Los ojos de don Eusebio se hundieron en unas profundas ojeras. Cogió el teléfono y marcó el número conocido. El padre de Fidel era conocido suyo de las tertulias que formaban en el Círculo de Bellas Artes los sábados por la tarde. La noticia de la muerte de su hijo le destrozaría para siempre. Sentía un dolor en el estómago. Le estremeció escuchar la voz dulce de Carmen, la madre de Fidel. Cuando colgó el teléfono tenía los ojos llenos de lágrimas, pero se contuvo, impertérrito, inmóvil, sin dar muestras del dolor que le abrasaba las entrañas.

Doña Brígida, mientras tanto, envuelta en una terrible congoja, creía morirse. Tenía que quedarse allí sentada, esperando, sin hacer nada, mientras su hijo estaba preso en una cárcel.

Las horas fueron transcurriendo desesperadamente lentas, silenciosas, envueltas en la calima asfixiante. El timbre chillón y estridente del teléfono les sobresaltó. Don Eusebio descolgó el auricular y contestó muy serio.

—Sí, soy yo.

El silencio se mascaba en aquel salón enorme, casi en penumbra porque las cortinas y los fraileros permanecían cerrados para evitar que el calor sofocante del mediodía se colase por los balcones, y para que nadie pudiera saber si estaban o no sus ocupantes en la casa.

Don Eusebio escuchaba con máxima atención lo que le contaba su interlocutor, al otro lado del teléfono.

—Entiendo —dijo al fin—. Gracias por avisarme.

Colgó el teléfono tan lentamente que desesperó a doña Brígida, y no pudo resistirse a preguntar.

—¿Ocurre algo?

Su marido la miró con desolación.

—Era Margarita, han tenido noticias de Isidro.

Doña Brígida esbozó una sonrisa de alegría, pero en seguida la borró de su rostro. Por la expresión de su marido, comprendió que las noticias no eran buenas.

—Sólo saben que le han pegado un tiro, pero todavía no han encontrado su cuerpo. Por lo visto, una enfermera del hospital que buscaba a su marido al que habían sacado de su casa por la noche lo reconoció junto a una tapia del matadero de Legazpi. Estaba con otros cuatro cadáveres más... —alzó los ojos y miró lánguido a doña Brígida—. Cuando han acudido al sitio que les había indicado la enfermera sólo han encontrado restos de tiros y manchas de sangre reseca.

Doña Brígida se dejó caer en el sillón, desmoronándose en un mar de angustias y miedos. También ella era cobarde, como decía su marido, una rata cobarde, que habría huido en aquel mismo instante, para marcharse lejos de aquel horror, para alejarse de todo y de todos. A pesar del bochorno que se acumulaba en el salón, un escalofrío la estremeció, y un sudor frío humedeció su piel bajo la ropa. Sintió que una terrible angustia la oprimía el pecho y le costaba respirar. Bajó la cabeza, y empezó a rezar entre dientes, rezó durante mucho rato, en silencio, con los ojos cerrados, concentrando su mente en las oraciones repetidas, pidiendo en cada una de ellas que todo aquello acabase, que el Dios Todopoderoso al que tantas veces había suplicado en sus plegarias le concediera el milagro de que todo regresara a la normalidad perdida.

Teresa se subió al tranvía casi en marcha. Eran las tres de la tarde y el sol de principios de agosto se mostraba implacable, haciendo el aire casi irrespirable en las calles de Madrid. Se acomodó en un asiento. Antes de acudir a la Modelo, había pensado en ir a buscar a Arturo para que la acompañase; con él iría más segura a la puerta de la cárcel para preguntar por su hermano. Al llegar a la esquina de Gran Vía se apeó y se dirigió a Hortaleza. Llegó al portal de la pensión y subió corriendo las escaleras hasta el primero. Pulsó el llamador, y esperó.

Cándida estaba sumida en el sopor de la siesta y, en la embriaguez del sueño, apenas percibió el agudo timbrazo cuya potencia no fue la suficiente para

arrancarle del letargo, mucho más pesado que la realidad, por lo que ni siquiera se movió.

Teresa intentó contener su impaciencia, consciente de que era la hora de la siesta y que la única manera de combatir el calor era el duermevela del descanso. Cuando estaba a punto de llamar otra vez, oyó un ruido en el interior. Al fin se abrió la puerta, y apareció Manuela.

—Hola.

—Hola, Manuela —habló en voz baja—, vengo a ver a Arturo, ¿sabes si está?

La niña asintió con un movimiento enérgico de la cabeza. Se retiró para que Teresa pasara y cerró la puerta.

—¿Está en su habitación? —le preguntó Teresa.

—¿Vas a ver a tu hermano?

Teresa la miró sorprendida.

—¿Cómo sabes...? —se calló y tragó saliva.

—Lo dicen tus ojos.

Teresa miraba a aquella niña con los ojos de un azul oscuro como el mar. Acarició su frente retirándole el mechón de pelo que le caía hacia la cara.

—Manuela...

—Si quieres puedes llamarme Lela...

Teresa se agachó para quedar a la altura de los ojos de aquella niña increíble.

—Dime, Lela, ¿cómo puedes ver esas cosas en mis ojos?

La niña encogió los hombros.

—Lo veo.

—Ya —Teresa sonrió—. Pues, ¿sabes una cosa?, tienes razón, nos acaban de decir que mi hermano está en la Modelo, y vengo a buscar a Arturo para que me acompañe. Voy a intentar verlo. ¿Crees que me dejarán?

La niña volvió a encoger los hombros y apretó los labios.

Las dos se quedaron mirándose, calladas. A Teresa le gustaba aquella niña misteriosa. Era como si la conociera de mucho antes. Tenía la sensación de dejar expuesto su pensamiento a esa mirada escrutadora, pero no la importaba. Poseía una especie de aura que irradiaba a todo lo que estaba a su alrededor una extraña serenidad.

Teresa se incorporó.

—Gracias, Lela...

Dejó a la niña atrás, y enfiló el pasillo hacia la habitación número cinco. Llamó suavemente con los nudillos, y cuando oyó la voz de Arturo al otro lado, entró.

Él saltó de la cama en cuanto la vio.

—Teresa, ¿ocurre algo?

Su presencia imprevista, y a aquellas horas, lo alertó.

—Mi hermano está en la Modelo.

—¿Cómo lo habéis sabido?

—Una mujer ha ido a casa, y no la he visto, pero dice Joaquina que era una miliciana o una libertaria, como las llama ella. Ha dicho que estaba preso en la Modelo y se ha marchado. Quiero acercarme a ver si me entero de algo más. Había pensado que podrías acompañarme.

—Creo que el horario de visitas es por la mañana, y no todos los días. De todas formas, iremos, así nos informamos de todo.

Cogió un aguamanil del suelo, y vertió un poco de agua en una palangana de cinc. Se lavó la cara y los brazos. Teresa se sentó en la cama y lo observó. La camiseta blanca de tirantes dejaba al descubierto los hombros, perfectos y fuertes, cuya desnudez la provocaba un ardor difícil de controlar.

Arturo se volvió hacia ella mientras se secaba con la toalla.

—¿Qué miras? —preguntó, sonriente.

—A ti. ¿Es que no puedo?

Se acercó a ella y la besó.

Ella apartó la cara, incómoda. Se sintió culpable por pensar en aquellas frivolidades conociendo la situación de su hermano.

Arturo lo entendió, se retiró y se puso la camisa. Abrió un cajón y sacó su cédula y un carnet del sindicato de estudiantes socialistas emitido por la Universidad Central.

Salieron al pasillo y allí se cruzaron con Manuela.

—Nos vamos —le dijo Teresa.

Lela sonrió, les hizo un gesto de despedida con la mano y se metió en su alcoba.

Mientras bajaban a la calle, Teresa le contó a Arturo lo que le había pasado con la niña gallega.

—¿Cómo ha podido saber que iba a ver a mi hermano?

—Intuición. Hay gente que la tiene mucho más agudizada que el resto; eso, o habrá que pensar que posee el don de ver cosas en los ojos de la gente, como dice Cándida.

Cuando salieron del portal el calor agobiante los aplanó. Había poca gente por la calle y los que caminaban lo hacían buscando la sombra. Esperaron al tranvía que los llevaría hacia Moncloa. Teresa fue todo el trayecto muy callada, agarrada del brazo de Arturo, mientras miraba por la ventanilla, pensativa. Por un lado se sentía alentada porque, al fin y al cabo, su hermano Mario estaba vivo. Si unas semanas atrás alguien le hubiera dicho que le iba a provocar una extraña euforia el hecho de que su hermano estuviera preso en la Modelo, no se lo hubiera podido creer, pero era esperanzador saber que seguía con vida, después de tantos días de terrible espera, sin noticias sobre él, sabiendo de los paseos que se daba a la gente detenida por las noches, de los muertos que aparecían al amanecer con un tiro en la cabeza junto a las tapias de los cementerios o en la

cuneta de alguna carretera. En tan poco tiempo, la gente parecía haberse habituado a contemplar con naturalidad la muerte en las calles, como si siempre hubiera estado allí, como si no les afectase o, tal vez, porque tratando a los muertos con desapego (incluso en algunos casos con desprecio denigrante) espantaban la amenaza que también se cernía sobre ellos, porque nadie escapaba a la denuncia falsa, a la mala suerte de cruzarse con el baile de la muerte, y algunos, con falsa valentía, o con un morbo enfermizo, se acercaban a los lugares habituales de las ejecuciones nocturnas para contemplar el macabro espectáculo de los cadáveres amontonados, en un terrible desamparo, deformados por las balas o las torturas previas al tiro de gracia; hombres, mujeres, incluso niños y adolescentes. Teresa conocía aquellos detalles macabros por Joaquina, que le había llegado a confesar, avergonzada, que había participado en esa exhibición dantesca de la crueldad. Ante la indignación de Teresa, alegó en su defensa que sólo había ido una vez, y arrastrada por otras criadas con las que se juntaba en las colas de los comercios, que la convencieron con engaño sobre la realidad que luego descubrió.

La falta de noticias de Mario durante tantos días habían sumido la casa en una especie de caos controlado por el miedo, el desconcierto y la ansiada esperanza de que las tropas sublevadas llegasen pronto a Madrid, con la firme convicción por parte de sus padres de que sólo el Ejército sería capaz de poner a todo el mundo en su lugar. Ella, en el fondo, y ante la situación de desorden que se estaba dando, pensaba lo mismo, pero se había cuidado mucho de comentarle nada a Arturo sobre aquel asunto.

Llegaron a la plaza de Moncloa y se apearon del tranvía. Teresa se quedó mirando aquel edificio gris, de apariencia impenetrable. Arturo la cogió del brazo y la animó.

—Vamos a ver si encontramos la forma de saber algo de Mario.

Teresa se dejó llevar por el paso de su novio. Le costaba concebir que su hermano, incapaz de hacerle daño a nadie, estuviera allí encerrado como un vulgar delincuente.

Llegaron a la puerta de entrada y nada más atravesarla Teresa vio un cartel que rezaba: **ODIA EL DELITO Y COMPADECE AL DELINCUENTE.** Se estremeció.

—Espera aquí, voy a preguntar.

Ella asintió con un leve movimiento y se quedó sola, encogida y acobardada, mirando a su alrededor, como si se encontrara en un mundo inseguro.

Al poco, Arturo regresó acompañado de una chica vestida de hombre con gorro militar en la cabeza. No debía de tener más de veinte años.

—Teresa, mira, ella es la que ha ido esta mañana a daros el aviso sobre la situación de Mario.

Las dos chicas se miraron un instante, calladas, observándose. Hasta que la

miliciana le tendió la mano.

—¿Eres la hermana de Mario Cifuentes?

Teresa miró la mano tendida sin reaccionar. Movi6 la suya y la junt6 con la de aquella mujer, de forma mecánica, lenta, con torpeza.

—Sí. Soy Teresa Cifuentes.

—Yo soy Luisa Sola.

Teresa tenía la espalda agarrotada; movió ligeramente el cuello y los hombros. Luego, esbozó una sonrisa.

—Te agradezco mucho lo que has hecho. No sabíamos nada de Mario, y la verdad, viendo cómo están las cosas, nos temíamos lo peor.

—Me lo imagino. Siento no haber ido antes, he estado fuera y..., bueno, de algunos se da el aviso, pero de otros...

Se calló, como si de repente le hubiera dado vergüenza seguir hablando.

Teresa la observaba con un extraño sentimiento entre la desconfianza y la gratitud.

—¿Cómo está?

Encogió los hombros.

—Me imagino que no muy cómodo.

—Pero ¿por qué está aquí preso?, ¿qué razón tienen para mantenerlo encerrado? Mi hermano no ha hecho daño a nadie en su vida.

La chica se sintió incómoda. Miró a un lado y a otro.

—Oye, mira, y o no puedo contestar a tus preguntas. Me ha dicho tu novio que venís a verlo, pero ya le he dicho que las visitas para su galería son los martes, a las doce de la mañana.

—¿No podemos verle ahora? —suplicó Teresa, con la esperanza de que aquella miliciana tuviera la suficiente influencia como para hacer una excepción —. Te daré lo que me pidas, pero necesito verle.

Luisa la miró con desagrado.

—Nunca te pediría nada si pudiera dejarte, pero las normas son para todos, sin excepción.

—Lo siento, no quería...

—Os aconsejo que el martes vengáis muy pronto —la cortó tajante.

—¿A qué hora?

Luisa dudo un instante.

—Bueno, hay gente que está aquí desde antes del amanecer. Se forma una cola muy larga para entrar y si no cogéis un buen puesto, es muy posible que os quedéis en la puerta, o que no os dé tiempo ni de entrar. Podéis traerle comida, ropa y cosas de aseo, pero cuidado que no sean demasiado caras o exquisitas; todo lo registran, y si ven algo atrayente se quedan con ello. Echarle cosas básicas.

—Gracias.

—Sólo pueden entrar dos personas. Si quieres escribirle también puedes hacerlo, pero ten en cuenta que también revisan las cartas, nada de mensajes subversivos, ni información de lo que pasa fuera de Madrid. ¿Queda claro?

Arturo y Teresa afirmaron.

—¿Le puedes decir que he estado aquí?

—Lo intentaré, pero no te prometo nada. Ahora tengo que irme. Abur, camaradas.

Alzó el brazo con el puño cerrado y se alejó. Teresa no le respondió.

—El martes volveremos y podrás verlo —le dijo Arturo.

—¿Por qué está pasando todo esto, Arturo, por qué?

—No lo sé, Teresa, no me explico cómo hemos llegado a esta situación. Estoy igual de confuso que lo puedes estar tú.

—Alguien será el responsable de tanta injusticia. ¿Dónde están los guardias de asalto, dónde están los jueces que tienen que juzgar el delito que se le imputa a mi hermano? ¿O es que se le ha encerrado aquí porque es hijo de un médico y viste trajes a medida? —Agitaba las manos, nerviosa, con los ojos cristalinos a punto del llanto, mirando a un lado y a otro sin punto fijo, sin una referencia a la que aferrarse—. Ojalá entrasen en Madrid esos malditos militares... puede que con ellos todo volviera de nuevo a su cauce.

Arturo la miró y resopló con indignación.

—¿A su cauce? ¿A qué cauce? ¿A ponernos a todos los que no piensan como ellos un bozal y tratarnos como animales de carga, que es lo que hemos sido siempre?

—Son los únicos que pueden poner orden, Arturo, ¿es que no te das cuenta? Se mata a la gente en la calle, y no pasa nada, se detiene a ciudadanos honrados, y no pasa nada. El mundo está al revés...

—Te recuerdo que no ha sido el Gobierno el que ha empezado este desastre, nos defendemos de un golpe de Estado, Teresa.

—¿Y por qué este Gobierno no ataja esta sangría, por qué no se detiene a nadie? Hasta los crímenes más horribles están quedando impunes, mientras mi hermano, que no ha matado una mosca en su vida, está encerrado en una cárcel como un vulgar delincuente.

Arturo volvió a resoplar, exasperado; sabía que ambos tenían su parte de razón, y que la vulneración de sus férreos principios políticos se hacía cada vez más evidente, desmoronándose en cascada como un frágil castillo de naipes.

—El Gobierno de la República está intentando mantener las formas —replicó, en un intento de imprimir razón a sus argumentos. La mirada irónica de Teresa lo soliviantó aún más y pasó a un ataque más directo—. En las zonas en las que ha triunfado la sublevación es el propio mando, el de esos a los que tú anhelas para que pongan orden, el que da las órdenes de matanzas y represiones brutales.

—¿Y tú te crees lo que dicen por la radio? Todo eso son mentiras, Arturo.

—Hablas igual que tu padre.

Teresa lo miró con rabia contenida. Aquellas palabras le dolieron porque tenía razón. Había repetido el mismo discurso, palabra por palabra, que oía a su padre desde hacía días. Consternada, posó sus ojos en el edificio de la cárcel.

—Es todo... tan confuso... es...

La voz le temblaba, pero no quería llorar.

—Pronto acabará todo, Teresa. Ya lo verás.

La vio tan desamparada que la cogió de los hombros y la atrajo hacia sí, para envolverla entre sus brazos.

—¿Cuándo, Arturo, dime cuándo acabará este infierno?

—Pronto, todo acabará muy pronto. Ten confianza. En poco tiempo esto será sólo un mal recuerdo.

Arturo le acariciaba el pelo mientras hablaba, convencido de que aquella locura iba a durar mucho más de lo que todos pensaban. No sólo era un presentimiento suyo, la propia Manuela, la niña gallega, se lo había confirmado. Duraría muchos meses, habría mucha desgracia, muchas muertes, mucho sufrimiento, y cuando todos creyeran que se acababa, empezaría de nuevo la amargura, las muertes y la miseria en una paz fingida y torticera. La adversidad había recaído como una sombra lúgubre sobre ellos, abocados —aquellos que tuvieran la suerte de sobrevivir— a desgastarse en luchas fratricidas durante los mejores años de su vida, quedando marcados para el resto de su existencia, o bien por el odio, por el resentimiento, o por el olvido obligado, constreñido en el miedo y el terror, inferidos de las heridas más profundas y eternas.

Capítulo II

Por la ventana entreabierta del balcón se colaba una ligera brisa que refrescaba el bochorno de la alcoba, agitando ligeramente el vaporoso visillo. Doña Brígida se incorporó sobresaltada con fuertes palpitations. Esta vez el ruido del motor acelerado no pasó de largo, y al brusco frenazo le siguió un barullo de ruidos y golpes secos de portazos. Se quedó paralizada, sin atreverse a despertar a su marido, escarmentada de los rapapolvos que había recibido en las otras dos ocasiones que resultaron ser falsas alarmas.

—¡Es aquí! —restalló una voz masculina, potente y autoritaria, quebrando la quietud de la noche.

Los fuertes golpes en la puerta del portal fueron la espita para que doña Brígida diera un salto en la cama y zarandease a su marido, que dormía profundamente.

—Eusebio, Eusebio —musitó, trémula.

Como única respuesta recibió un gruñido.

—Eusebio, por Dios, despierta —masculló con más firmeza en su voz.

No obtuvo respuesta, y doña Brígida bajó de la cama, torpe, descalza, incapaz de encontrar las zapatillas en la oscuridad; tambaleante y casi a tientas, se dirigió al balcón. Las voces ya eran potentes y enérgicas. Gritaban para que Modesto les abriera. Sin apenas tocar la cortina, se asomó; atisbó un coche y una camioneta con la carrocería pintada con letras grandes y blancas, de los que descendían hombres y algunas mujeres, todos armados.

—Eusebio —la voz de la mujer fue casi un murmullo, temerosa de que pudieran oírlo desde la calle—, Eusebio, despierta.

—¿Qué es lo que quieres?

—Están ahí abajo.

La penumbra de la estancia apenas dejaba percibir la silueta de la cama. No podían encender la luz, eso sería mucho peor.

—Pero ¿qué pasa?

Don Eusebio apenas percibía nada más allá de sus propias narices. Mientras que doña Brígida se dirigió a ciegas hacia la puerta, con las manos extendidas para no tropezar con nada. Se quedó inmóvil, mirando hacia la entrada en la oscuridad del pasillo. El estruendo de la escalera la estremeció. Con la mano en el corazón, rezó con humano egoísmo para que pasaran de largo ante su puerta y fuera otro el elegido. Pero los golpes, acompañados de varios timbrazos, seguidos e insistentes, la hundieron en la desesperación.

—Qué querrán ahora —murmuró para sí, temblorosa.

Teresa salió de su alcoba poniéndose la bata.

—Deja, madre, y a abro yo.

—No, no, que lo haga Joaquina.

La criada salió de la cocina descompuesta, con los pelos alborotados, desgreñada y descalza, como su señora. Encendió la primera luz de la casa, y el fulgor amarillento de la bombilla iluminó el principio del pasillo. Aturdida, se dirigió a doña Brígida.

—Abre, Joaquina, abre...

Doña Brígida temblaba en el quicio de la puerta. Su marido luchaba por encontrar las zapatillas y su batín, murmurando entre dientes toda clase de improperios. Todavía estaba dolorido de sus costillas, y le costaba mucho agacharse.

—Brígida, mis zapatillas, ¿dónde están? No las encuentro.

Doña Brígida no le contestó porque no le oyó, a pesar de tenerle a su espalda. Estaba absorta, mirando cómo Joaquina se acercaba a la puerta. La abrió y, como una presa desbordada, el grupo irrumpió por el pasillo sin hacer el más mínimo caso a la criada que intentaba, sin conseguirlo, contenerlos.

—¿Eusebio Cifuentes Barrios? —preguntó el que iba por delante, marcando el paso del resto, avanzando hacia donde se encontraban Teresa, su madre y Charito, que se les había unido.

—Soy yo.

Don Eusebio apartó a su mujer para salir de la alcoba, haciéndose una lazada en el batín y descalzo.

—Tienes que acompañarnos.

—¿Adónde se supone que he de acompañarlos?

—Eres médico, y la revolución te necesita en los hospitales de sangre para que salves la vida de los valientes que luchan contra el fascismo. Hay muchos heridos y todas las manos son pocas.

—Mi marido está convaleciente...

—¿Y a qué hospital se me asigna? —don Eusebio interrumpió con brusquedad a su mujer.

—No se te asigna ninguno, estarás donde te necesiten.

—¿Y para eso es necesario tanto jaleo? —inquirió don Eusebio, irónico—. Me visto...

—Te vienes ahora mismo, y este jaleo, como tú lo llamas, es porque vamos a hacer un registro.

—No tienen derecho...

—¿Me lo vas a impedir tú?

—Pues claro que lo impediré. Llamaré a la policía...

—Sacadle de aquí, que se ponga a trabajar de inmediato.

Dos hombres empujaron a don Eusebio sin ningún miramiento.

—Tendré que vestirme...

—Así estás bien. No hace falta ir de etiqueta para cerrar las heridas de nuestros hombres por la metralla que les disparan los fachas. Vamos, llevadle al

hospital de obreros, llevan días desbordados mientras este gandul duerme tan tranquilo en su casa.

Le sacaron a empujones, arrastrado, casi en volandas, aturdido, acompañado del llanto suplicante de doña Brígida, que le veía salir de casa descalzo y con su batín oscuro de seda. Sus dos hijas la sujetaban para evitar que se desplomase al suelo.

Las cuatro mujeres fueron obligadas a entrar en el salón.

Encendieron todas las luces de la casa, y los milicianos se desplegaron por las habitaciones, abriendo cajones, armarios y arcones, sacando todo de su interior, desparramando por el suelo ropa, enseres, fotos, recuerdos, exhibiendo la intimidad de la familia. Cada golpe, cada ruido de algo que se estampaba contra el suelo haciéndose añicos, estremecía a las mujeres, sentadas en el filo de los sillones de tapicería oscura con filigranas granates y doradas, rígidas, doña Brígida entre sus dos hijas, y en frente, en una butaca de madera, Joaquina, vigiladas por dos milicianas de aspecto hombruno que las apuntaban arrogantes con el fusil; mientras a su alrededor, el ruido ensordecedor de las cosas cayendo con estrépito, rompía la densidad del aire cargado de terror.

El que había hablado parecía el responsable del grupo. Se paseaba tranquilo por el salón; de vez en cuando salía y hablaba con alguno de los que trajinaban por la casa.

—¡Lo hemos encontrado!

Un hombre joven entró en la sala con una bolsa de tela en la mano. Doña Brígida se puso lívida.

—Estaba en el sitio indicado —le dijo al responsable, entregándole la saca—. Ya te dije que mi Petra no fallaba.

Las mujeres se miraron horrorizadas. Les había denunciado Petra. Ella sabía dónde se hallaba escondida esa bolsa de tela granate con todas las joyas, además de una importante cantidad de dinero (que dejó boquiabiertos a los avezados ladrones) que don Eusebio había sacado del banco a mediados de julio con la idea de llevarse efectivo a su veraneo en el norte; asimismo habían guardado en la bolsa todos los pagarés y bonos bancarios, lo que suponían una parte importante de los depósitos bancarios de los Cifuentes. Con la ayuda de Juanito y Carlos, se horadó un hueco en la pared que quedaba justo detrás del enorme armario ropero de la alcoba de matrimonio, un armario que no era fácil de mover si no era con el esfuerzo de varias personas. Allí se había escondido todo lo que ahora disfrutaban maravillados aquellos ladrones de mono y alpargata.

Pero las sorpresas desagradables no habían terminado. Una joven miliciana entró portando otro paquete en su mano, con una sonrisa triunfante.

—Estaba en la cocina, debajo de una baldosa, tal como dijo la Petra.

Doña Brígida se desvaneció sin fuerzas sobre el hombro de Teresa, que la recostó suavemente sobre el sillón.

—¿Voy a por las sales, señorita?—preguntó Joaquina, asustada.

—No —contestó Teresa, sin quitar ojo del botín que ya desparramaban por la mesa—, déjalo; así, al menos, estará un rato tranquila.

Teresa estaba rígida. Sus sentimientos encontrados se cruzaban en su mente, sin llegar a comprender el daño gratuito inferido por la criada a una familia con la que había convivido tantos años.

En el paquete que había en la cocina había más dinero, y todas los rosarios, estampas, medallas de oro y artículos varios de carácter religioso.

—Vaya panda de meapilas —dijo el que lo había traído, mientras inspeccionaba el contenido de su botín—. Mira, Lillo, mira qué colección de estampas, si tienen a todos los santos, y más vírgenes que un oratorio. Se merecen ir todos al paredón.

Rafael Lillo, el responsable de aquel comité, miro a Teresa durante un rato.

—Ellas se quedan.

—Pero, Lillo, aquí tenemos pruebas más que suficientes de lo que son esta gente...

—He dicho que se quedan —le interrumpió con voz tajante y autoritaria—. Coged todo lo que sea de valor y acabemos de una vez.

Teresa no dejaba de observar al hombre al que llamaban Lillo; era alto y delgado, el pelo rubio, los ojos claros, y una piel blanca y pecosa. Llevaba unas gafas de doctor con aire intelectual, que encajaban mal con la ropa poco elegante que vestía: pantalones de loneta oscuros y raídos, atados con una cuerda a la cintura, una camisa blanca, sucia y sudada; sus ojeras y la barba de varios días evidenciaban un cansancio acumulado.

Durante un buen rato, estuvieron sacando cuadros, algunos muebles, mantas, sábanas y todo lo que encontraron que pudiera tener cierto valor, o simplemente, cosas que no habían tenido nunca en sus manos, como parte de una colección de plumas estilográficas, que se repartieron con regocijo.

—Si yo no sé hacer la o con un canuto —rió uno, mirando la pluma sin saber siquiera como abrirla.

—Pues así aprendes, que con una de éstas se firman los menesteres de los ricos.

Una colección de pipas, unas figuras de marfil, una escribanía de nácar y nogal, todo fue saliendo de la casa, para meterlo en la camioneta de los milicianos.

Doña Brígida había recuperado la conciencia y, como las demás, se mantenía quieta, sin apenas respirar, mirando esquivo el trasiego de idas y venidas de aquel expolio.

Cuando por fin cerraron la puerta, el silencio envolvió la casa. Ninguna se movió, atentas a los ruidos procedentes de la escalera y de la calle. Teresa fue la primera que reaccionó. Se acercó al balcón y se asomó de soslayo. Se oyó el

rugido de los motores, después, los acelerones se llevaron el ruido, dejando un silencio sepulcral en aquel salón despojado de sus atributos más cotidianos, desordenado, envuelto en una calma agarrotada. Se miraban unas a otras, con una apariencia entumecida, rígidas. Teresa salió al pasillo, sorteando todo lo que había por el suelo. Libros, papeles, ropa y objetos rotos se desparramaban a sus pies. Apenas podía dar un paso sin toparse con algo. Se acercó a la puerta de su habitación y quedó desolada. El colchón había desaparecido, sus vestidos esparcidos por todos los rincones, sus sombreros tirados sin cuidado, las cortinas rasgadas con malicia. Tragó saliva y la vista se le nubló. Sentía una punzada en el estómago que apenas la dejaba respirar. Con la mano en la boca para no gritar su rabia, se paseó lenta por la alcoba.

Oyó los lamentos quejumbrosos de su madre, relatando lastimosa sobre lo que se habían llevado, lo que se había roto, de lo que habían destrozado.

—Yo esto no lo aguanto más —relató Charito, indignada—, me voy con mis hermanos.

—Tú no vas a ninguna parte —la reprendió Teresa—. Ya nos podemos dar con un canto en los dientes de continuar vivos.

—Tú a mí no me das órdenes.

—¿Quieres callarte de una vez? —replicó Teresa, molesta ante la actitud de su hermana—. Y ayuda un poco, en vez de echar más leña al fuego, ¿es que no ves cómo está mamá?

—Teníamos que habernos ido de Madrid hace días. Carlos y Juan están con los vencedores, los únicos capaces de restablecer el orden y la autoridad, mientras nosotros permanecemos aquí, permitiendo que nos humillen, que nos ultrajen como miserables por una pandilla de grillados...

—¡Te he dicho que te calles! Sabrás tú quién puede poner orden o quién quitarlo. No tienes ni idea de las barbaridades que están cometiendo esos a los que tú llamas vencedores, esos que imponen el orden allá donde llegan matando a todo el que les planta cara, o simplemente al que sospechan que lo hace, o a su familia, a los maestros, a los que piensan de forma distinta a ellos. A nosotros nos humillan quitándonos el dinero o las cosas de valor, los sublevados humillan matando.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

La voz de su madre a su espalda le sobresaltó. Se giró y la vio allí, parada, mirándola con los ojos muy abiertos, atónita por lo que estaba contando su hija.

—¿Cómo sabes lo que hacen los sublevados?

—Tiene un novio anarquista, me lo dijo Carlitos. Se ven en una pensión en el centro.

Teresa miró a su hermana conteniendo sus ganas de abofetearla, pero tenía que afrontar la mirada fulminante y encendida de la madre.

—¿Es cierto eso?

—Es otra estupidez de Charito.

—Es verdad, madre, es ese compañero pobre de Mario.

—Calla un rato, nena, me interesa mucho lo que tiene que decir tu hermana.

—Puedes pensar lo que quieras, las noticias sobre lo que hacen los sublevados a los sitios donde llegan sale en la radio, cualquiera puede oírlo...

—No me digas lo que dicen por la radio. Dime quién te mete esas ideas en la cabeza; parece como si estuvieras de parte de los que nos han robado esta noche, los que se han llevado a tu padre descalzo y en pijama, y, no te olvides, que a esos a los que tú pareces defender tienen a tu hermano metido en la cárcel.

—Yo no defiendo nada, madre, sólo sé que se están cometiendo errores en un bando y en otro.

—¿Llamas errores al hecho de que tu hermano esté preso?

—Pues claro que es un error garrafal. Mi hermano no ha hecho nada.

—¿Y llamas errores a las muertes que cada día se están produciendo aquí, en Madrid, de gente buena, de monjas, curas, frailes, niños, mujeres? ¿Crees que eso es un error?

—Bueno, madre, no creo que sea el momento para discutir lo que es un error o no para mí. Será mejor que recojamos esto y empecemos a reaccionar.

—Sí, será mejor —añadió la madre, rígida e irónica—. Pero por tu bien y el de todos espero que te mantengas en el puesto que te corresponde. La cosa está clara: o estás contra esa gentuza que nos está destrozando la vida, o estás de su lado. Tú eliges. De ninguna manera voy a permitir que en esta casa se justifique la barbarie alegando que los otros también las cometen. No lo voy a consentir, ¿me oyes? Y ya hablaremos de ese Arturo cuando regrese tu padre.

—No hay nada que hablar sobre él.

—Eso ya lo veremos. Tu padre arreglará este asunto.

Teresa no replicó, no quería seguir con la conversación que no le llevaría a nada bueno. Dedicó una mirada desafiante a su hermana, que la respondió con un gesto desdeñoso.

La agenda

El viernes me levanté más temprano de lo normal. Quería salir con tiempo para evitar cualquier atasco que retrasara mi entrevista con Genoveva; sin embargo, no encontré ningún problema, así que eran las diez de la mañana cuando transitaba por las calles de Móstoles dispuesto a aparcar el coche y encontrarme de nuevo con la anciana. En mi cartera, además de mi cuaderno de notas y la foto fetiche de mis dos personajes, había introducido el listado de todos los facultativos del hospital de la Princesa en el año del inicio de la Guerra Civil. También me había preparado algunas preguntas surgidas después de darle vueltas a lo que me había contado en nuestro primer encuentro, que tal vez la anciana pudiera llegar a recordar.

Una vez aparcado el coche en el aparcamiento, me dirigí a mi destino caminando sin demasiada prisa; me detuve un instante en la fuente de los Peces y me recreé en sus imagen, en cómo debía ser su entorno setenta años atrás y en lo que guardaban aquellas piedras que abrazaban sus aguas. Me tomé un café observando pasar a la gente de un lado a otro con prisa, siempre con prisa; resultaba raro ver a alguien caminar despacio por las calles de una gran ciudad, y me gustaba buscar a ese ser singular con el fin de analizar su aspecto e intentar desentrañar sus razones para no ir al ritmo frenético del resto.

A las once en punto estaba frente al portal de Genoveva, revisando la hilera de los timbres. Recordaba que era el primero C. Pulsé el botón y sonó la peculiar tonalidad de los porteros automáticos. Con cierta impaciencia esperé escuchar la voz de Doris, pero nadie contestó. Presioné de nuevo, pensando que, tal vez, me hubiera equivocado de letra, pero en el momento en que retiré el dedo, se oyó una voz enlatada:

—¿Sí?

—Sí, hola, buenos días —acercaba mi boca al altavoz que había al final de la hilera de timbres—, vengo a ver a doña Genoveva.

—¿Quién llama?

Identifiqué la voz melosa de Doris.

—Doris, soy Ernesto Santamaría, la visité el otro día, no sé si me recuerda.

No obtuve respuesta. Me mantuve expectante pegado a la pared, mirando la columna de botones, hasta que de nuevo me habló Doris:

—Le abro.

A su voz le acompañó un pitido bronco, empujé la puerta y se abrió. Subí andando. Doris estaba en la entrada, sonriente.

—Buenos días —repetí al entrar.

—Buenos días, pase, pase, la está esperando. Está en la salita, donde el otro día —me indicó con la mano para que avanzara por el pasillo—. ¿Le apetece un café?

—Sólo si lo toma doña Genoveva.

—Pase, lo llevo en seguida.

Se metió en la cocina y yo me adentré hacia la salita. La anciana estaba de espaldas a la entrada, sentada en la mismo sillón que el día anterior, junto a la camilla, con los faldones de lana colocados sobre sus piernas y de frente al ventanal que mantenía las cortinas descorridas. Golpeé suavemente con los nudillos sobre la madera de la puerta.

—¿Se puede?

—Pase, pase. —Su voz desleída me pareció más débil que el otro día—. Me alegro de verle. Siéntese.

—¿Cómo se encuentra?

—Bueno, a estas edades mejor es que te duela algo, porque si no, como dice mi nieto, mal asunto.

Me senté y vi sobre la mesa una libreta de tapas de tela negra con las esquinas y bordes desgastados.

—¿Cómo han ido las pruebas?

—Bah, todo ha ido bien, dentro de lo que cabe, pero no hablemos de cosas de médicos y hospitales. Y usted, ¿qué tal le ha ido?, ¿ha conseguido alguna cosa más sobre la Mercedes y su marido?

—Bueno, poca cosa, la verdad; tengo un listado de todos los médicos que trabajaban en el hospital de la Princesa en el verano del 36. Como me dijo su nieto que conserva una agenda de su padre...

—Ésta es —añadió interrumpiéndome y señalando lo que ya había identificado yo como la agenda.

—A ver si, entre la información que me han dado y lo que hay escrito en la agenda, consigo identificar el nombre del médico en cuya casa estuvieron. No sé si servirá de algo, pero en algún sentido he de moverme.

Se me quedó mirando un rato como si no me hubiera entendido. En ese momento, entró Doris con una bandeja sobre la que había dispuesto dos tazas, una cafetera de acero inoxidable algo requemada, una jarrita de leche que humeaba, el azucarero y un platito con pastas. Para que la muchacha pudiera colocar el café sobre la mesa, Genoveva retiró la agenda y la mantuvo en su regazo. Cuando terminó, se marchó con la bandeja vacía.

—Cierra, hija, que se escapa el calor —le dijo antes de que saliera de la sala. Luego se dirigió a mí—. ¿Qué me decía?

La serví el café mientras hablaba.

—La agenda de su padre que usted conserva, que puede que me ayude a encontrar algún rastro del lugar de Madrid donde se trasladaron Mercedes y su madre en el verano del 36.

La separó de su regazo como si la hubiera descubierto.

—Ah, sí, la agenda. Mi padre era un hombre muy organizado para sus cosas,

todo lo apuntaba para no olvidarlo. Cuando conocía a algún colega, fuera de donde fuese, tomaba nota de su teléfono, su domicilio, su especialidad y el lugar en el que trabajaba.

Alcé las cejas con una sonrisa vivaz. Si lo que estaba diciendo era cierto, mi campo de búsqueda quedaría reducido a los que ejercieran su profesión en La Princesa. La anciana, ajena a mi expresión, continuó hablando.

—Antes, los médicos de los pueblos se enfrentaban a enfermedades que a veces no sabían resolver, y tener contactos de colegas especialistas que le ayudasen a un buen diagnóstico era, en muchos casos, vital para el enfermo, y eso mi padre lo tenía siempre muy claro; era muy buen médico, muy bueno, sí señor, no es que lo diga yo, que lo decía todo el pueblo, se le respetaba mucho. Era un buen hombre y un gran médico.

—No me cabe la menor duda, Genoveva.

Mantenia la agenda en sus manos, pero tampoco me atrevía a pedirselas. Pensé en hacerle algunas de las preguntas que me había preparado.

—Genoveva, ¿sabe usted qué edad tendrían en el momento de la foto Mercedes y Andrés?

—La Mercedes era diez años mayor que yo, justitos, lo sé porque ella cumplía los años el 1 de abril, un día antes que yo. Del Andrés no me acuerdo, era más pequeño que su hermano Clemente, debía tener unos... —dudó un instante, intentando recordar— tres o cuatro años más que la Mercedes, pero ya le digo que de él no me acuerdo.

Lo apunté de inmediato. Con una fecha posible de nacimiento podría ir al Registro Civil y pedir información al menos sobre Mercedes, y tirando de ella, también podría llegar a conocer todo sobre la filiación de Andrés.

—Si usted tenía diez años en el 36, entonces nació en el 26, ¿no es así?

—El 2 de abril de 1926, sí señor, ochenta y cuatro años voy a cumplir este año.

—Ya me gustaría a mí llegar a su edad tan bien como usted.

—Qué fácil es decir eso cuando aún no se han cumplido los cuarenta.

—Se equivoca, ya los cumplí, el año pasado, voy como un rayo a por los cuarenta y uno.

—Le queda mucho por delante, y gracias a Dios, los de su generación no han padecido las carencias que tuvimos que pasar nosotros, y yo no puedo quejarme, válgame el cielo, no me faltó nunca un plato de garbanzos que llevarme a la boca, excepto en los años de la guerra que nadie tenía de nada.

Di el último sorbo a mi café. Ella me vio e hizo lo mismo.

—¿Está bueno?

La contesté con una afirmación rotunda.

—Me dice mi nieto que no debo tomar café —se me acercó desdoblado una sonrisa pícaras—, pero yo no le hago ni caso, siempre me ha gustado mucho el

café y a mis años no voy a renunciar a uno de los pocos placeres que me permite mi mundo limitado; si me muero, al menos que sea con un buen café, ¿no cree?

—Estoy completamente de acuerdo con usted, Geneveva, pero también comprendo que su nieto quiera cuidarla.

—Bah, pamplinas. Mi padre vivió hasta los noventa, fumaba como un carretero. Cuando tenía sesenta años le prohibieron el tabaco y el alcohol. Ni lo uno ni lo otro dejó, y mire que era médico y tenía que dar ejemplo, pero decía que si tenía que morir se fuera con un cigarrillo en una mano y un buen vino de Casa Fermín en la otra —se paró un instante. Yo cogí una pasta y la mastiqué despacio—. Ahora que miento a Fermín, me viene a la memoria... —quedó de nuevo callada, con los dedos sobre la boca, repasando lo que había removido aquel nombre en sus recuerdos—, Fermín Sánchez estuvo preso con los dos hermanos, sí..., estuvo con ellos. Lo detuvieron cuando quería entrar en Madrid, y acabó en el mismo sitio que los dos brunitos.

—¿Quién es Fermín Sánchez?

—Tenía una tasca de vinos en la calle del Cristo; yo iba allí de pequeña a comprar el vino para mi padre. Era buen amigo del tío Manolo, la tasca estaba justo enfrente de su casa, y cuando no estaba en el campo se pasaba las horas muertas allí metido.

—¿Cree que sería posible hablar con él?

Me miró con una sonrisa blanda.

—Fermín murió hace más de treinta años, al poquito de morir mi padre; pero el nieto todavía vive, debe de rondar los sesenta, porque su padre era de mi edad.

—¿Cree que sabrá algo de este asunto?

Me acordé de la nula información que me pudo dar el propio nieto de Geneveva. Era un salto de dos generaciones, y mucha gente de la mía, como lo era Carlos Godino, apenas prestamos oídos a lo que cuentan los viejos, y sobre todo en lo referente a la guerra. No hay tiempo para escuchar las vivencias de los que ya han pasado por la vida con la experiencia cargada a sus hombros, dispuestos a enseñarnos a no errar en los mismos fallos que sufrieron ellos. Una pena, pensé.

Ante mi pregunta, ella encogió los hombros.

—No le puedo decir.

—¿Y sabe dónde puedo encontrarlo?

—¿A ése?, en el cementerio viejo, el que está en el centro del pueblo. Es el sepulturero.

Con letra rápida apunté todos los datos.

—¿Y su nombre?

—Ay, ¿cómo se llamaba este chico? —frunció el entrecejo, cavilando—. No

me acuerdo de su nombre, pero le llaman el Camposanto.

—Sabiendo que es el sepulturero y que le llaman el Camposanto, no creo que tenga problemas en dar con él.

—No se preocupe, allí no se pierde usted.

—¿Dónde está el cementerio? ¿Tengo que coger el coche?

—No, nada de coche, si está a dos pasos de aquí. Es el cementerio antiguo, el parroquial; está bajando el Pradillo, a la izquierda; no tiene pérdida. Ahora por la mañana, hasta la una por lo menos, está abierto, allí le encuentra seguro.

Miré hacia la agenda que mantenía sobre su regazo.

—Genoveva, ¿me permite ver la agenda de su padre?

Miró la libreta con gesto despistado.

—Ah, sí, tome, si la tenía aquí para usted, qué tonta —me la tendió por encima de la mesa—. Tenga usted cuidado con ella, mi padre decía que era su memoria. —Me di cuenta de que miraba la agenda, que ya tenía en mis manos, con una inmensa ternura—. Cuando mis padres me faltaron conservé algunas cosas suyas, naderías sin ningún valor. Le parecerá una tontuna de viejo, pero me da la sensación de que algo de ellos se queda impregnado en esas cosas que fueron suyas, y así, llevo mejor su ausencia.

Desplegué una sonrisa abierta.

—No es ninguna tontuna, y mucho menos de viejo. Yo pienso igual que usted, y por eso me gusta ir los domingos al Rastro, para buscar cosas sin importancia aparente que pertenecieron a otros, como la foto y las cartas de Mercedes y Andrés.

Nos quedamos en silencio, y yo aproveché para abrir con mucho cuidado aquel tesoro paterno. Como me había anunciado Carlos Godino, lo poco que atisbé fueron hojas atiborradas de letra menuda, escrita con pluma, en apariencia imposible de descifrar. Estaba seguro de que sólo me permitiría ojear la agenda delante de ella, por eso me sorprendió cuando me dijo:

—Llévesela el tiempo que quiera.

—Pero... —sonreí azorado— ¿de verdad no le importa?

—Así tendrá otra excusa para venir a visitarme, me hace usted mucha compañía, ¿sabe? Lo peor de hacerse viejo es que nadie te pone oídos. —Sus ojos cansados se dejaron caer en un vacío languidecido—. A los jóvenes de ahora todo lo que suene a viejo no les interesa.

—Pues, si le sirve de algo, Genoveva, yo estoy encantado de escucharla y de ponerle oídos, y me está sirviendo de muchísima ayuda. No sé dónde me llevaría esta historia, pero estoy seguro de que si no hubiera sido por usted se habría quedado en nada.

Me sonrió agradecida.

—Devuélvame la cuando quiera, pero no tarde mucho, piense que mi tiempo es limitado.

—Bueno, nadie tenemos el tiempo asegurado.

—En eso tiene razón. Pero yo, a diferencia de usted, tengo ya todos los números de la lotería.

—No se preocupe, la cuidaré como un tesoro y se la devolveré en cuanto la revise.

—Sé que lo hará.

Capítulo 12

Doña Matilde se sentó cuando Cándida entró portando la sopera humeante. A la mesa, esperando la cena, se encontraban todos los huéspedes de la pensión, excepto Arturo, que había avisado de que no le esperasen, algo que le empezaba a preocupar a doña Matilde porque su ausencia (actitud poco habitual en él) se había vuelto una costumbre en los últimos días. Maura y su nieta Lela estaban sentadas en el lado derecho, frente a ellas estaba don Hipólito. A su lado se encontraba Saturnino Manzanero, profesor interino del Colegio de la Paloma. Don Saturnino había pasado de los treinta años y, muy a su pesar, permanecía soltero; era poco agraciado, parco en palabras, aburrido y bastante tacaño, por lo que las pocas chicas que se le arrimaban apenas le duraban un par de meses, hartas de paseos eternos Gran Vía arriba y Gran Vía abajo, sin nada más que hablar que el tiempo que hacía, el calor o el frío, sin un café que llevarse a la boca ni un mísero bollo suizo que calmase la gusa. Llevaba en la pensión tres años; procedía de un pueblo de Cáceres al que apenas regresaba, por falta de medios para el traslado y porque aprovechaba las vacaciones para quedarse encerrado en su cuarto preparando las oposiciones para una cátedra de instituto, a la que aspiraba con un anhelo frustrante desde que obtuvo su licenciatura.

Al otro extremo de la mesa, frente a doña Matilde, se sentaba Julia Crespo, una mujer de veinticinco años que se ganaba malamente la vida en una pescadería del mercado. Su presencia se intuía de inmediato porque el olor a pescado formaba parte de su aroma habitual. Aprovechando las nuevas leyes, se había divorciado de un marido que la molía a palos provocándole, además del cuerpo dolorido, dos abortos en menos de un año; pero su atrevimiento le costó tener que salir de su pueblo con una mano delante y otra detrás, para buscarse la vida en Madrid. Llevaba ocho meses bajo los maternales cuidados de doña Matilde, y como siempre tenía dificultades para pagar el mes compensaba los atrasos, incluso las faltas de pago, llevando algo de pescado que le sisaba a la dueña de la pescadería, aprovechando que era ella la que se quedaba cada tarde a limpiar el puesto y a cerrarlo. Por lo tanto, desde que Julita había entrado en la pensión, en la cena casi siempre había un plato de pescado.

Había otros clientes habituales que no se encontraban en la pensión en esas fechas, dos estudiantes universitarios que regresaban a sus casas para pasar los meses de verano, y un funcionario de prisiones, don Crispulo, que estaba de baja por la tisis, y que, por prescripción médica, se había trasladado a Oviedo a casa de un tío suyo para una recuperación más rápida.

Doña Matilde observaba a Cándida sirviendo la sopa. Era tan clara que había cierto jolgorio cuando a alguno de los comensales le caía algún fideo.

—A ver si se termina esta pesadilla —dijo doña Matilde, algo azarada, por el sopicaldo que se estaba sirviendo—, todo escasea, y cada vez resulta más

complicado llenar la cesta.

—Ya no hay ni leche en los hospitales de la Gota de Leche —apuntó Cándida.

—Todo esto se arregla en cuanto las tropas del general Franco entren en Madrid —dijo don Hipólito, contundente.

—No lo creo y así —contestó de inmediato don Saturnino—. Ese Franco no nos traerá nada más que miseria, y si no, al tiempo.

—Más miseria que tenemos con este Gobierno de ineptos no podemos tener.

—No le niego y o que dificultades están teniendo, pero ha de admitir, amigo Hipólito, que la República está promoviendo cambios que intentan mejorar los vicios que sufre esta sociedad nuestra. Lo malo es que hay cosas que están demasiado arraigadas y resulta muy complicado hacerlas de la noche a la mañana.

—A mí me gusta la República esa —terció Julita, sorbiendo la sopa.

Don Hipólito hizo una mueca despectiva.

—Si yo lo digo yo, las mujeres son duras de mollera, sí señor.

—Oiga, a mí no me falte...

—Bueno, ya está bien —dijo doña Matilde—. En la mesa no se habla de política. Cada cual que se quede con sus ideas.

Las miradas esquivas se escondieron en el fondo de los platos, y lo único que se oyó durante un rato fue el ruido de las cucharas chocando contra la loza.

Cándida retiró los platos hondos, y luego fue sirviendo unos boquerones que había traído Julita. Apenas llegaban a diez piezas, por lo tanto, la escasez era evidente.

—Sirve dos a la niña, y otro guárdaselo a Arturito.

—Eso no lo veo justo —espetó don Hipólito—. En esta casa las normas no se cumplen igual para unos que para otros. Si yo faltó a la cena, me quedo sin cenar.

—Usted se calla, don Hipólito, porque en esta casa, como usted dice, hay normas, y resulta que esas normas las pongo yo como me da la gana.

—Pues insisto en que no es justo. Si ese gañán socialista anda por ahí haciendo fechorías contra la gente decente, no hay porqué guardarle ni una raspa.

—Eso ha estado de más —espetó don Saturnino, incómodo—, ¿no cree, usted?

—No lo creo, y estoy seguro de que me quedo corto. Ciegos están los que no quieren ver.

La mirada de doña Matilde le fulminó, pero don Hipólito no se amedrentó.

—Si él tiene cena, yo exijo que se me dé postre.

Doña Matilde cerró lentamente los ojos para contener la ira que le recorría el cuerpo. Había veces que aquel hombre la sacaba de sus casillas, porque llegaba a ser ruin y rastrero en temas como el dinero, la comida, el agua caliente asignada, el trato dado a cada uno; siempre estaba poniendo pegas por todo, protestaba por cualquier nimiedad, por insignificancias banales que alteraban las relaciones

entre los huéspedes. Doña Matilde procuraba aplicar las reglas de convivencia con rectitud y su trato a los clientes, sobre todo con los que pasaban temporadas largas en su casa, era amable y cercana, siempre respetando las distancias, evitando, en la medida de lo posible, los lógicos inconvenientes de lo cotidiano. La única excepción era Arturo Erralde; él no era un huésped como los demás, le consideraba como un hijo, y todos lo sabían.

—Ya le he dicho, don Hipólito, que en esta casa las normas las pongo yo —sentenció con firmeza—. Si no está conforme, ya sabe dónde tiene la puerta.

En ese momento, el sonido estridente del timbre sobresaltó a todos. Cándida miró extrañada a doña Matilde. No podía ser Arturo porque él tenía llave. Doña Matilde miró, instintivamente, el reloj de pared que marcaba el tictac en el silencio del comedor. Las nueve y media.

—¿Abro? —preguntó Cándida, aturrida.

—Abre.

Si hubiera sido en cualquier otra época nadie se hubiera extrañado porque podría ser cualquier cliente buscando habitación, sin embargo, una sombra de inquietud se incrustó en los ojos de todos los comensales.

El timbre volvió a retumbar dejando una resonancia enmudecida.

Cándida salió del comedor y recorrió el largo pasillo hasta llegar a la puerta, acelerando el paso pero sin llegar a correr. Abrió con cierto reparo que desapareció de inmediato al encontrarse con tres caras asustadas: dos mujeres desconocidas y al cuñado de doña Matilde, don Avelino, al que le costó ubicar unos segundos al no llevar la sotana, no tanto porque no entendiera desde un principio que en aquellos días ir por la ciudad con hábito religioso era como llevar una diana en el pecho, sino porque nunca se hubiera imaginado a aquel hombre vestido de otra forma que no fuera con el alzacuellos blanco y la vestidura talar negra. Parecía distinto con un simple pantalón de tela de color pardo atado a la cintura con un cordel engrasado y una camisa raída y sucia.

—Padre Avelino...

El hombre la hizo callar con un gesto de silencio instintivo y temeroso. Cándida encogió los hombros y se puso la mano en la boca.

Las dos mujeres que le acompañaban tenían el mismo aspecto mísero que él: astrosas, al punto del agotamiento, como si no hubieran comido ni dormido en varios días. Una debía de rondar los cincuenta y la otra apenas llegaba a los veinte. No llevaban más equipaje que un hato de tela de cuadros grises que portaba en su brazo la más joven. Ante la mirada atónita de la criada, los tres permanecían agarrados entre sí, como si se sostuvieran unos a otros sin posibilidad de soltarse.

—Hola, Candidita —dijo el hombre haciendo un esfuerzo por sonreír—, ¿mi cuñada Matilde se encuentra?

—Sí, claro; en seguida la aviso, pero pasen, pasen, no se queden ahí.

Cándida hizo pasar al recibidor a aquellas tres almas en pena; después, se dirigió al comedor donde todos esperaban impacientes.

—Doña Matilde, que salga usted.

—¿Quién es? —inquirió, pasando delicadamente la servilleta por la comisura de los labios.

La criada se acercó al lado de su señora como si quisiera decirle una confidencia.

—Es su cuñado, el padre Avelino, y viene sin la sotana y acompañado de dos mujeres.

A pesar de que lo había dicho muy bajito, todos habían oído las palabras de la criada.

—¿Un cura? —inquirió don Hipólito, sobresaltado—, ¿no pensará meterlo aquí? En los tiempos que corren, cobijar a un cura en una casa puede resultar una sentencia de muerte para los que vivan en ella.

Doña Matilde se levantó altiva y con serenidad contenida, colocando los puños sobre la mesa, le habló despacio como si quisiera que le entendiera cada una de sus palabras con toda precisión.

—Es mi casa, don Hipólito, y por muy cura que sea don Avelino es mi cuñado y como comprenderá usted le recibiré como se merece. Si tiene algún inconveniente, ya sabe lo que tiene que hacer.

Don Hipólito no contestó. Hizo un gesto petulante y centró la atención en su pieza de pescado que permanecía más solitaria que nunca en el centro del plato de loza.

—Si me disculpan un instante.

Doña Matilde salió al pasillo seguida de Cándida, dejando a todos envueltos en un silencio de miradas expectantes. Al llegar al recibidor, los tres visitantes se encontraban en la misma postura que los había dejado la criada: agarrados entre sí, como si hubieran hecho un pacto de no abandonarse uno a otro, de no separarse, de mantenerse unidos.

—Pero... Avelino... ¿qué haces aquí? —le miró de arriba abajo—. ¿Y tu sotana?

Sólo en ese momento, el hombre se soltó del brazo de la mujer para acercarse a doña Matilde, mucho más alta y más corpulenta que él. Intentó esbozar una sonrisa pero le salió una mueca forzada.

—Matilde, no tenemos adónde ir. Quieren matarnos. No vendría a molestarte si no fuera necesario...

Un amargo llanto ahogó sus palabras.

—Vamos, vamos, Avelino, aquí siempre eres bien recibido, ésta es tu casa, no tienes que justificar tu visita.

—Ellas son la hermana Felisa y la hermana Adoración, bueno, Dorita.

—¡Dos monjas! —exclamó Cándida, tapándose la boca con la mano,

sorprendida porque tampoco ellas llevaban el hábito, sino unos vestidos livianos de flores, muy sencillos, y calzaban alpargatas.

Doña Matilde la miró con un leve gesto de reproche lo que le hizo dar un paso atrás con la cabeza gacha, mascullando una disculpa.

—Pertenece a un convento de Clarisas de Badajoz. Las conocí en el tren, tuvieron que salir huyendo. Ya sabrás cómo están las cosas con respecto a los religiosos.

—Lo sé, lo sé, no tienes que explicarme nada, pero pensaba que sólo era aquí, en Madrid.

—Ellas tampoco tienen adónde ir y he pensado que tal vez tú las puedas acoger, al menos hasta que sepan dónde meterse. No pueden andar por la calle porque carecen de documentación. Hasta ahora hemos ido sorteando los controles porque se han hecho pasar por madre e hija y yo por hermano y tío. Si Dios no nos hubiera colocado en el mismo compartimento del tren no sé que hubiera sido de ellas.

—Anda, pasad al comedor, y a nos arreglaremos como sea.

Les costó moverse, por pura prudencia y por el terror (del que todavía no se habían despojado). Doña Matilde les obligó a enfilar el pasillo.

El hermano del difunto esposo de doña Matilde era párroco de un pequeño pueblo de Sevilla de apenas quinientos habitantes muy cercano a Usagre, el mismo pueblo del que ella procedía y que había abandonado a los diecisiete años para casarse con don Isidro, un viudo que le triplicaba la edad y que necesitaba de los cuidados de una mujer. A los pocos meses de su matrimonio, don Isidro cayó enfermo de tuberculosis y doña Matilde dedicó cinco años a cuidarle y atenderle hasta su muerte. Sola y sin hijos, lo único que le quedó fue el piso de la calle Hortaleza, propiedad de su difunto esposo, y una pequeña cantidad de dinero que no le duraría demasiado tiempo. Con gran parte de esos ahorros decidió poner en marcha la pensión de la que vivía desde hacía más de treinta años. Don Avelino visitaba muy de vez en cuando Madrid y cuando lo hacía se hospedaba en la pensión de su cuñada. Era un hombre de unos sesenta años, curtido por el aire sano del campo, de piel atezada por el sol, delicado en sus maneras y que siempre llevaba adherida sobre la sotana una fina capa del polvo de la tierra que pisaba.

—Cándida, pon tres platos en la mesa y saca otra vez la sopa.

—Queda muy poca.

—Lo que haya estará bien, y saca pan.

—No hay nada.

—Pues galletas, magdalenas, lo que haya. ¿No ves que vienen hambrientos?

Doña Matilde, una vez que Cándida se metió en la cocina, se puso delante de los tres visitantes y les guió hasta la puerta del comedor. Ella entró, pero los recién llegados se detuvieron, sin atreverse a cruzar el quicio, amedrentados ante

las miradas de los comensales que seguían sentados.

—Creo que todos conocen a mi cuñado, Avelino; ellas son las hermanas Felisa y Adoración.

—¿Dos monjas?

La voz impertinente y molesta de don Hipólito interfirió el momento de la presentación, pero esta vez doña Matilde no le respondió.

—Vienen desde muy lejos y están cansados y hambrientos; me imagino que no tendrán inconveniente en que compartan nuestra mesa.

Maura fue la primera que se levantó para ir a su encuentro y ayudarles a ocupar un sitio en la mesa. Lo mismo hizo Lela y Julita. Don Saturnino se levantó como forma de cortesía, pero se quedó en su sitio, y don Hipólito ni siquiera se movió, mirando desconfiado a los recién llegados.

Antes de tomar asiento Dorita, le hizo una seña a don Avelino sobre el hato que llevaba colgado de su brazo. Éste lo cogió y le dijo a doña Matilde que lo escondiera.

—¿Qué es?

—Mi sotana —balbució, con gesto avergonzado y temeroso.

—¿Pero cómo la llevas encima, hombre? Podían haberte...

—Ya se lo advertimos nosotras —arguyó con voz dulce la hermana Felisa—, pero nos dijo, y en cierto modo tiene razón, que era como si le pidiesen que abandonase algo sagrado.

—Es mi sotana, Matilde, tú sabes que la llevo desde hace más de treinta años; sin ella no soy nadie.

Doña Matilde cogió el hato sin abrirlo y se lo tendió a Cándida, que acaba de entrar y dejaba sobre la mesa una bandeja con una sopera y dos platos con trozos de galletas, algunas almendras y un par de magdalenas.

—Escóndelo en lo alto de mi armario, detrás de las cajas.

La criada, con cara de susto, se acercó reticente; cogió el hato como si fuera algo peligroso, y se lo llevó. Mientras, los demás fueron tomando asiento ante la mirada consternada de doña Matilde. Después de un movimiento de sillas, platos, servilletas y cubiertos, la misma doña Matilde sirvió a los recién llegados un solo cucharón de sopa a cada uno.

Cándida entró para retirar la sopera.

—Señora, pescado no queda, a no ser que les sirva el boquerón que he reservado para el señorito Arturo.

—No queremos molestar —intervino la mujer más mayor, la que respondía al nombre de Felisa, antes de llevarse la primera cucharada de caldo humeante a la boca—, con esto estamos más que servidos, muchas gracias.

—Trae ese boquerón, anda. Seguro que a Arturo no le importará.

La criada salió del comedor para volver en seguida con el boquerón en un plato pequeño. Felisa sorbió la sopa lenta, pero Dorita se tragó en dos cucharadas

el sopicaldo para luego dejar clavados sus ojos en aquel pez solitario que esperaba dueño. Don Avelino empujó el plato hasta colocarlo frente a ella y, ante su inicial reticencia, le indicó que comiera. Él, sin embargo, dio varias vueltas al plato con la cuchara sin llegar a llevársela a la boca; se le notaba cansado y alicaído. El resto de los comensales desmenuzaban con esmero el boquerón que tenían en el plato, intentando apurar cualquier resquicio adherido a las endeble espinas, todos excepto doña Matilde que no lo probó, manteniendo un gesto de preocupación, y don Hipólito al que sólo le quedaban las raspas, que escrutaba con suspicacia a los recién llegados.

—¿Qué es lo que ha pasado, Avelino? —inquirió doña Matilde en cuanto comprobó que su cuñado había acabado la sopa.

—Tuve que salir por piernas —contestó, dejando la cuchara sobre el plato vacío—. Venían a por mí y me libré gracias al aviso de unos vecinos que me escondieron en su pajar, jugándose la vida para salvar la mía.

—Estos rojos —espetó don Hipólito, displicente—. Ahora les ha dado por los curas y las monjas.

El sacerdote le miró lánguido.

—¿Qué entiende usted por rojos?

Don Hipólito se removió sorprendido por la pregunta, ya que pensaba que el cura vestido de paisano le daría sin dudarle la razón a la crítica.

—Qué pregunta tiene usted... —balbució, inseguro—, pues ¿quiénes van a ser?, la chusma que forma la izquierda de ese país, esos ácratas desagradecidos que están destruyendo y masacrando todo lo que huele a incienso. No tienen respeto ni a las iglesias ni a los santos, y hacen correr como conejos a hombres de Dios como usted. Ésos son los rojos y, me imagino, que si viene de un pueblo pequeño, la cosa habrá sido más sangrante.

El hombre, compadeciéndose de su simpleza, desvió la mirada y esbozó una sonrisa triste.

—Sí que lo ha sido —dijo condescendiente—, diría yo que sangrante y terrible, pero no han sido los rojos, como usted les llama, los que han cometido las barbaridades más abominables que pueda usted llegar a imaginarse, sino los nacionales que tomaron el pueblo hace unos días, los mismos hombres que se vanaglorian de ser cristianos devotos, que asisten con disciplina castrense a las misas de campaña; de ellos he salido huyendo porque me habían sentenciado a muerte.

Se calló un instante, y don Hipólito se sintió como si de repente estuviera desnudo delante de todos, incómodo y nervioso.

—Bueno, alguna razón habrá para lo que usted está contando.

—Es cierto, había una razón: que no me habían matado los rojos, esos rojos que eran mis feligreses, el rebaño que Dios me había encomendado cuidar a pesar de que tuvieran ideas de izquierdas o fueran ácratas, anarquistas o

sindicalistas. Yo, señor mío, no hago distingos en mi iglesia, ni paso lista de los que entran o faltan a ella. Para mí son todos hijos de Dios, sean de izquierdas o de derechas, tengas tierras o estén desposeídos de ellas, pasen hambre o haya abundancia en su mesa. Todos forman parte de mi parroquia y a todos me debo como hombre de Dios, dispuesto a ayudarles en todo lo que yo pueda para salvar su alma.

Don Hipólito intentó mantener las miradas reprobatorias de los comensales. Removió el cuello como si le ahogase el almidón del cuello de su camisa negrída y se retrepó en su silla humillado en su pundonor.

Doña Matilde, dejando de lado la necedad de don Hipólito, instó inquieta a su cuñado.

—Pero, Avelino, cuenta, ¿dinos lo que ha ocurrido?

—Eso, cuente —le animó don Saturnino, con una evidente expresión de interés y atención—. Cuéntenos qué está pasando fuera de Madrid. Aquí tenemos noticias muy vagas y me temo que bastante tergiversadas de todo. Los periódicos y la radio son muy parcos en noticias, y las que dan son cuanto menos sospechosas. ¿Es verdad que las tropas de Franco avanzan a marchas forzadas, o como se nos dice en Madrid, la sublevación se desvanece como fuegos de artificio? ¿Son ciertas las barbaridades que cuentan sobre los moros?

—El alzamiento de las tropas de Marruecos apenas alteró la vida en el pueblo. Los únicos cambios fueron la formación en el ayuntamiento de un comité de defensa de la República, y algunos jóvenes, un poco más exaltados, que se marcharon a Badajoz para luchar de forma más activa contra la sublevación. Allí todos los vecinos nos conocemos y se sabe de qué pie cojea cada uno. Los monárquicos y los votantes de derechas se mantuvieron encerrados en sus casas, algunos se marcharon del pueblo el mismo día que se confirmó el levantamiento, pero lo cierto es que la rutina en los días siguientes apenas cambió. Yo continué con las misas, las novenas y con mi iglesia; los hombres que tenían tierra que labrar siguieron levantándose al amanecer para ir al campo, los jornaleros acudían al tajo, los parados a la plaza a esperar y las mujeres continuaron con sus quehaceres en las casas o lavando la ropa en el caño. Cada uno en su sitio. A los tres días se presentó en el pueblo un grupo de unos veinte milicianos. Nos detuvieron a mí, al pobre don Antonio, el médico —le aclaró a su cuñada, mientras ella afirmaba con la cabeza—, a doña Isadora, ¿no sé si te acuerdas de ella?, la dueña del casino —continuó, porque doña Matilde afirmó de inmediato dando a entender que lo recordaba a la perfección—, y a una docena más de hombres y mujeres, por ser de derechas, por tener propiedades o por reconocer su asistencia a la misa diaria.

—¡Ve, usted! —saltó don Hipólito, interrumpiendo con satisfacción las palabras que mantenían a todos en una fascinada atención—. Si ya lo decía yo, estos ácratas se toman la justicia por su mano, como si tuvieran ellos autoridad

para detener a la gente.

Doña Matilde le reprendió.

—Le ruego, don Hipólito, que mantenga la boca cerrada, nos sobran sus comentarios. Anda, Avelino, continúa, a ver si podemos enterarnos de lo que ha pasado sin más interrupciones.

El cura echó una rápida ojeada a todos antes de seguir.

—Nos metieron a todos en el calabozo que hay en los bajos del ayuntamiento, y allí estuvimos encerrados tres días, sin comida y con un botijo de agua para todos. No fue una experiencia agradable, tengo que decirlo, pero al menos salimos vivos. Al anochecer del tercer día oímos mucho jaleo, tiros y el estallido de varias bombas. Fue el alcalde el que nos liberó; los milicianos habían salido huyendo incapaces de repeler el avance de los sublevados. Cuando salí de mi encierro me pareció que estaba en otro pueblo; los milicianos, que por lo visto procedían de Toledo, habían entrado en la iglesia; todo estaba patas arriba, las imágenes por el suelo —se persignó rápidamente, con una pulsión emocionada en la voz—, el sagrario abierto y las formas consagradas esparcidas y pisoteadas; robaron lo poco que había de valor e intentaron quemar los bancos de madera, gracias a Dios que no prendió, de lo contrario se hubiera perdido un templo tan hermoso. También provocaron desmanes en el cementerio, profanaron las tumbas de los que consideraban los ricos del pueblo para robarles los dientes de oro o cualquier alhaja que se hubieran llevado a la sepultura. Lo mismo hicieron en las casas de los que estábamos detenidos y en las que estaban vacías. Se pasaron los tres días amedrentando a la gente con sus fusiles, bebiendo y robando todo lo que pudieron.

Don Hipólito resopló sin disimular una irónica complacencia. El anciano le miró lacónico.

—Sí, es cierto que esos milicianos se comportaron como ladrones y que su conducta fue deplorable, pero todos estábamos vivos, nadie sufrió daño alguno. Sin embargo, para los militares que esa misma noche se hicieron con el mando del pueblo, ése fue nuestro delito, permanecer vivos. Algunos vecinos se habían marchado del pueblo siguiendo a los milicianos, atemorizados por los rumores que precedían a los moros y las terribles represiones que se decía infligían los soldados cuando tomaban un pueblo o una ciudad. Los que se quedaron (incluido el alcalde, un buen hombre que tenía una vaquería y que se ganaba la vida con la leche de sus vacas, por muy de izquierdas que fuera) pensaron que no tenían que temer nada, ya que nada malo habían hecho; estábamos convencidos de nuestra inocencia y confiábamos en la noble justicia del Ejército, por muy sublevado que fuera. Pero nos equivocamos todos. Los soldados sacaron a todos los vecinos, hombres, mujeres, niños, y nos reunieron en la plaza. Aquello —tragó saliva, afligido, con la mirada desvada en el vacío—, aquello fue el principio del horror más grande que hayan visto mis ojos. El alcalde y los dos concejales de

izquierdas que se habían quedado fueron fusilados allí mismo, a la vista de todos, sin juicio, sin justicia alguna, delante de sus familias; sus madres, hermanas, sus mujeres y sus hijos, alguno incluso de pecho, fueron encerrados en la escuela; yo no lo vi, pero me dijeron que los mataron después de abusar de las más jóvenes delante de los hijos. A los demás se nos obligó a dar dos nombres de sospechosos. Cuando me llegó el turno me quedé callado —encogió los hombros y enarcó las cejas—, ¿cómo iba a dar dos nombres? Me pedían algo imposible. Traté de explicar que de los daños que se veían en la iglesia y en el cementerio no eran responsables ninguno de los vecinos, pero no me creyeron, dijeron que los estaba encubriendo. No me pegaron un tiro allí mismo porque el que estaba al mando creo que se apiadó de mí, y me dieron la oportunidad de que me lo pensara hasta el día siguiente. A cambio me pidió diez nombres; diez nombres a cambio de mi vida —expulsó una sonrisa sarcástica de su interior—. A gusto hubiera dado mi vida si con ello los hubiera salvado. Dejaron que me fuera a casa, pero a media noche me avisó el hijo del panadero —clavó sus ojos en don Hipólito—, un rojo ácrata, como usted lo llamaría. Tenía que esconderme porque venían a por mí; se lo había dicho a su padre uno de los guardias civiles del pueblo que se encontraba con los militares. Tuve que salir por la parte de atrás de la casa, ayudado por un muchacho de quince años que se estaba jugando la vida por un viejo como yo; conseguimos llegar a la panadería y me escondieron en el pajar. Allí, cubierto por la paja y sin moverme, permanecí toda la noche y todo el día siguiente. Oí cómo entraron los soldados, oí las amenazas, oí los gritos de Amelita —tragó saliva, lánguido—, cuando se hizo de noche, Benjamín, el panadero, me sacó de su casa y me llevó campo a través hasta Almendralejo; fue agotador porque caminamos toda la noche sin descanso. Allí me dejó con un amigo suyo, rojo también, que sin preguntar en ningún momento ni quién era ni por qué huía me llevó en su carro hasta Mérida. Benjamín se volvió al pueblo porque me confesó que habían detenido a todas las mujeres y niños, para evitar huidas. Le pregunté por Amelita y por su chico, y me confirmó que también se los habían llevado, así que tenía que regresar de inmediato.

Calló un instante y sus ojos se clavaron en don Hipólito que, incómodo, desvió en seguida la mirada.

—¿Se da cuenta? —continuó con vehemencia—, había puesto en peligro no sólo su propia vida sino la de toda su familia por salvarme a mí, a un pobre cura, viejo y cansado.

Un silencio respetuoso se mantuvo alrededor de la mesa.

—Me pidió que rezara por ellos, me pidió que rezara... llevo en esa parroquia más de treinta años y Benjamín no había pisado nunca la iglesia, pero me pidió que rezara por ellos. No sé cuál habrá sido su suerte. Me desprecio a mí mismo por no haberme quedado y en mi conciencia llevo la carga de que lo pensé, pero reconozco que tuve pánico, y con un terrible sentimiento de culpa me subí a ese

tren que me alejaba de la muerte consciente de que salvando mi vida condenaba a muchos de mis feligreses.

Un llanto íntimo, callado, rebosante de emoción le enmudeció, moviendo los hombros en una convulsión incontenible. Nadie habló, respetando el momento de compunción. Al cabo de un rato de silencio constreñido, don Avelino suspiró largamente y con los ojos enrojecidos por el llanto y la voz entrecortada, continuó.

—Tuve que esperar casi veinticuatro horas hasta que llegó el tren que me traería a Madrid. Me senté en un vagón frente a Dorita y a Felisa; pude ver el miedo reflejado en sus ojos cuando unos milicianos llegaron pidiendo la documentación a todos los pasajeros. Cuando se dirigieron a ellas, antes de que pudieran hablar, les dije que eran mi hermana y mi sobrina, y que no tenían cédulas de identificación porque habíamos tenido que salir corriendo de nuestra casa huyendo de los moros. Yo tenía un carnet falso del sindicato de panaderos de Sevilla que me había dado Benjamin, y con eso se quedaron convencidos. Hemos tenido que pasar varios controles, el último aquí en Madrid, en la estación; estoy seguro de que una de las milicianas no se ha creído nada de lo que le he dicho, pero nos han dejado ir.

Arqueó las cejas esbozando una leve sonrisa, como si se hubiera liberado de una pesada carga después de hablar.

—Así que ya ve, don Hipólito, las personas no pueden ser agrupadas en rojos o azules, habrá buenos y malos en ambos bandos.

Doña Matilde intervino resuelta, como si hubiera despertado de repente de un letargo.

—Bueno, ya pasó todo. Os quedaréis aquí el tiempo que sea necesario.

—No tenemos dinero —dijo la hermana Felisa—. No tenemos nada.

—No se preocupe, hermana, ya nos arreglaremos. Cándida, prepara la habitación de don Crispulo para mi cuñado, y para ellas la de los estudiantes. No aparecerá ninguno hasta mediados de septiembre, por lo menos.

Cuando la criada salió, don Hipólito se levantó con gesto enfadado.

—Tener un cura y dos monjas escondidos nos pone en peligro a todos, doña Matilde, y no olvide que usted tiene una obligación hacia nosotros como casera.

—Aquí se van a hospedar mi cuñado, Avelino, su hermana y su sobrina; él es panadero y ha tenido que huir de su pueblo porque fue tomado por los sublevados. Nadie tiene por qué saber que son religiosos.

Don Saturnino habló, comedido.

—Si me permite, doña Matilde, por esta vez, y sin que sirva de precedente, he de dar la razón a don Hipólito. Esconder en la pensión a gente huida puede traernos muchas complicaciones a todos.

—Pues le digo a usted, don Saturnino, lo mismo que a don Hipólito. Esta gente se queda en mi casa. Si alguno no está de acuerdo, o piensa que puede haber un

peligro por su presencia, puede marcharse.

Un golpe en la puerta y los timbrazos seguidos y estridentes, estremecieron a todos. Cándida entró corriendo con gesto asustado.

—Son los milicianos. Hay una camioneta de la FAI en la puerta.

—¡Dios Santo!

Todos parecían paralizados, incapaces de reaccionar, mientras continuaban los timbrazos insistentes y el aporreo de la puerta, tan fuerte que parecía que fueran a tirarla abajo. Se escucharon voces procedentes de la escalera.

—¿Qué hago, señora? —preguntó Cándida, asustada.

—Manuela —dijo Maura a su nieta—, llévalas a nuestro cuarto y echa la llave.

La niña se levantó sin decir nada y, cogiendo de la mano a don Avelino, guió a los tres visitantes fuera del comedor.

Doña Matilde miró hacia la mesa.

—Julita, haz el favor, lleva los tres cubiertos a la cocina, rápido.

La mujer actuó con la misma celeridad. Colocaron las sillas y, sólo entonces, sobresaltados por los golpes, doña Matilde se dirigió a Cándida.

—Ahora puedes abrir. Y todos a sentarse a la mesa. Yo asumo toda la responsabilidad. Al fin y al cabo, es mi casa.

—¡Qué fácil es decir eso! —exclamó don Hipólito, molesto, sentándose de nuevo ante su plato vacío—. A buena hora mangas verdes. De ésta, acabamos todos en una cuneta con un tiro en la cabeza.

Las miradas de miedo se esquivaron. El ambiente se tensó.

—Intentemos mantener la calma —ordenó doña Matilde, al desaparecer Cándida—. Esto es una pensión, y estamos cenando. ¿De acuerdo?

Se oyeron pasos apresurados aproximarse por el pasillo, y seis milicianos con un pañuelo rojinegro ajustado al cuello, irrumpieron en el comedor, armados con fusiles y pistolas en actitud amenazante.

Doña Matilde se levantó.

—¿Qué quieren?

En ese momento, la niña apareció sorteando a los milicianos que se agolpaban en la entrada al salón, para sentarse con parsimonia al lado de su abuela.

—Documentación.

—Yo no la tengo aquí —dijo don Hipólito, con una postura apocada.

Salió seguido de uno de los milicianos, mientras los demás enseñaban su cédula.

—Estamos buscando a tres personas, un hombre mayor y dos mujeres. Han entrado en este portal.

—Pues aquí no hay nadie más que las personas que ve —aseveró doña Matilde, educada.

—Registrarlo todo —ordenó sin ni siquiera moverse.

Entró don Hipólito y el miliciano que le había acompañado con la cédula en la mano y se la entregó al cabecilla. La miró y la devolvió a su dueño. Mientras, el silencio era arrumbado por los golpes de las puertas de las alcobas, abiertas de par en par. Todos estaban quietos, tensos, bajo la vigilancia del responsable que observaba audaz cualquier gesto revelador.

Doña Matilde miró a Maura, sintiendo un nudo en el estómago, pero la anciana estaba serena, cogida de la mano de su nieta.

—Hay una puerta cerrada —dijo uno de los milicianos, asomándose al comedor.

—Es mi habitación y la de mi nieta —agregó Maura con naturalidad.

—Señora, o nos abre la puerta o la echamos abajo.

—No hace falta ser tan brusco.

Maura se levantó lenta, sin prisa. El corazón de doña Matilde estaba a punto de saltarle del pecho, pero una voz conocida se oyó por el pasillo.

—¿Qué está pasando aquí?

La voz de Arturo fue como un alivio que rompió un poco la tensión del ambiente.

Entró en el comedor y el cabecilla del grupo miliciano se envaró, sorprendido.

—Coño, Arturo, ¿qué haces tú aquí?

—Eso digo yo, Salva, ¿qué pretendes encontrar aquí?

—Nos han dicho que han visto entrar en el portal a tres personas sospechosas, pensaba...

—Salva, ¿no me digas que tú también te has metido en esta mierda?

—Yo sólo cumplo órdenes.

—¿Sabe Draco que estás participando en esto?

El hombre rehusó la mirada y agachó el gesto ocultado su vergüenza.

—Alguien tiene que hacer el trabajo sucio.

A pesar de que intentó imponer un tono de firmeza, se le notaba avergonzado.

—Pero tú no, Salva, tú no estás hecho para esto. Siempre has sido un buen hombre, no puedes manchar tus manos con sangre de inocentes.

—Si hoy no lo hacemos, mañana vendrán a por nosotros, Arturo, y seremos nosotros los que recibiremos los tiros. ¿Tú sabes las barbaridades que están haciendo esos hijos de puta por donde pasan? Esos cerdos facciosos no dejan títere con cabeza. Son unos salvajes.

—Y, por lo que veo, tú pretendes ponerte a su misma altura.

—Hay que acabar con ellos —sentenció Salva, apretando los puños con fuerza.

—Vivo aquí desde hace años, conozco a todos, y te aseguro que doña Matilde no metería en su casa a nadie sospechoso. Confía en mí.

Los dos hombres se miraron un instante, reticentes, con un punto de desafío. Sin retirar la mirada, habló en voz alta y autoritaria al miliciano que esperaba a que Maura le abriera la cerradura de su cuarto.

—Llama a los hombres, nos vamos de aquí.

—Pero nos falta por revisar una...

Le interrumpió, volviéndose hacia él con brusquedad.

—¿Es que no has oído lo que te he dicho? Nos vamos. Aquí no hay nada que buscar.

Los seis hombres se fueron en silencio, y en silencio se quedaron todos, expectantes, hasta que se oyó el arranque del motor de la camioneta. Don Saturnino y don Hipólito se precipitaron a la ventana del salón que daba a la calle Hortaleza para comprobar que se alejaba el peligro.

—Se han ido —gritó don Saturnino.

Su voz fue como si entrase de nuevo el aire en el comedor y todos pudieran volver a respirar con normalidad.

Doña Matilde, entonces, se desmoronó en la silla, como si la fortaleza mantenida durante la visita la hubiera dejado sin fuerzas para sostenerse en pie. Julita y Cándida acudieron a su lado, alarmadas. Arturo también se acercó.

—Estoy bien, estoy bien —doña Matilde suspiró sosegada, y miró sonriente hacia Arturo—. Dios Santo, Arturito, nunca hubiera pensado que me alegrase tanto de verte.

—¿Qué es lo que ha pasado?

Cándida le explicó, con la ayuda de Julita, la visita de los tres refugiados, y la posterior entrada del comité miliciano.

—Es muy peligroso mantener escondida a esa gente.

—Lo sé, hijo, pero no les puedo dejar en la calle. No tienen adónde ir. Son inofensivos, un cura y un par de monjas. ¿Qué daño pueden hacer a la República esos tres?

—No se preocupe, doña Matilde, aquí están a salvo —intervino Lela.

—¡Ay, Dios mío! O existen los milagros o va a ser verdad que esta niña tiene un don, porque si no, hay cosas que no se podrían explicar.

Capítulo 13

Hacia varios días que Alberto sufría diarreas frecuentes y fiebre muy alta; su cuerpo desprendía un hedor pegajoso, pero Mario no tenía más remedio que dormir pegado a él porque no había posibilidad de tumbarse en ningún otro sitio. El espeso bochorno de aquella celda minúscula, donde dormían seis hombres, cuando su capacidad estaba prevista para uno, avivaba los efluvios derivados de la falta de higiene y hacía el aire fangoso, casi irrespirable; había veces que Mario se despertaba sobresaltado con la sensación de que se ahogaba en el fondo de una alcantarilla de excrementos y podredumbre.

Mario Cifuentes dormitaba inquieto sobre el colchón de crin vegetal compartido con Alberto, cuando el picotazo de una pulga le hizo moverse con brusquedad para rascarse.

Su amigo se removió.

—¿Qué pasa? —murmuró, cansino.

—Estas chinches son como ratas, las muy cabronas —masculló rascándose frenéticamente el muslo que había sido atacado por el incómodo insecto—. Van a acabar conmigo antes que estos rojos.

Alberto se giró hacia él.

—Mario —susurró, con voz pastosa—, cuando me muera, no le digas a mi madre que he estado así.

—No te vas a morir, vamos a salir los dos juntos de esta pocilga, y a lo verás.

—Mario, prométeme que no le contarás nunca a mi madre por lo que estoy pasando. Prométemelo.

Los dos amigos se miraron silentes, envueltos en el aire viscoso que apenas les dejaba respirar, oyendo los ronquidos, toses, los carraspeos y ventosidades de los que dormían pegados a ellos.

—Prométemelo —su voz tembló, ahogada por un llanto amargo.

—Alberto, no puedes rendirte. No puedes dejarme ahora...

—Prométemelo, Mario, no quiero que mi madre sepa nunca por lo que estoy pasando.

Mario sabía que si respondía a la súplica, Alberto claudicaría a la muerte; era consciente de la gravedad de su estado, no podría aguantar mucho tiempo sin atención médica, una atención que no llegaba. Pero cómo no prometer aquello que un hijo requería para su madre. Le sorprendía el hecho de que, en esos terribles momentos en los que tenía que enfrentarse a la muerte, el único pensamiento de Alberto fuera para la madre, un pensamiento opresivo, consciente de lo que ella estaría pensando desde la brusquedad de su ausencia, de lo que sentiría cuando se enterase de que nunca volvería a abrazarlo, a besarlo, a tratarlo como a un niño, ese trato que, una vez traspasada la línea de la adolescencia, resulta tan incómodo para los hijos, y que sin embargo, ellas, las

madres, apenas pueden reprimir a pesar de los reproches. Sus labios murmuraban la súplica en esa embriaguez febril de la enfermedad mortal. Mario y a no lloraba, no podía llorar, se le había secado el alma de ver tanta miseria en tan poco tiempo. ¿Cómo asimilar todo lo que estaba sucediendo? ¿Cómo aceptar que el ser humano pueda tratar a un semejante peor que a un bicho abyecto? ¿Cómo aceptar una alteración tan brutal en una vida llena de comodidades, de olores agradables, de ropa limpia, de platos llenos y sabrosos, de besos, de abrazos, de futuro, de proyectos? ¿Cómo asumirlo? Mario recordó, abatido, cuando vio a su madre junto a su hermana Teresa: su rostro desencajado, rígido, intentando tragarse el llanto que la oprimía por dentro, zarandeada como muñecas rotas por otros familiares más avezados o más acostumbrados a la terrible visión, conscientes de que sólo tenían unos minutos para hablar a voces con los suyos, voces que se perdían en un barullo sarcástico a través de las verjas que se elevaban hasta el techo, separadas por un pasillo de la jaula donde estaban ellos, los presos, encerrados detrás de otra verja metálica también hasta el techo. Su memoria le devolvía la expresión de su madre con los ojos fijos en él, incapaz de aceptar que su hijo querido estuviera allí, y que ella, que se sentía morir por dentro, no pudiera, tan cerca que lo tenía, acercarse para abrazarlo, para curar sus heridas, para arrullarlo como cuando era un niño y buscaba en su regazo el consuelo a su pena. ¿Qué puede haber más doloroso para una madre que ser testigo pasivo del sufrimiento de un hijo? Las visitas resultaban crueles, dolorosas, desgarradoras, sin embargo, se hacían tan necesarias como respirar aquel aire viciado y espeso. Apenas pudieron intercambiarse tres frases a voces entre los dos hermanos, gritando todo lo que podían para conseguir hacer llegar al oído del otro las palabras que se perdían en aquella tremenda batahola: « ¿Cómo estás? ». « Bien, estoy bien, no os preocupéis, estoy con Alberto ». « Ah, vale, se lo diremos a sus padres ». « Decídes que está bien ». « Te escribiremos ». « Vale ». « Cuidate ». « Sí, no os preocupéis ». Su madre, pegada a Teresa, en silencio, incapaz de abrir la boca porque se le hubiera escapado el alma por los labios. Hasta que de repente el silbido agudo e incómodo de la sirena interrumpió el tiempo de la etérea visita. Rodeado de los otros presos, conducidos como un rebaño, Mario no dejó de mirar a su madre, que permaneció digna, maternal, aparentemente impávida, encubriendo el sufrimiento; levantó la mano para despedirse de ella y se esforzó hasta lo increíble por dedicarle un esbozo de sonrisa, con la única intención de que se llevara esa imagen y no la de la desolación del preso, del detenido, del humillado; y la madre no se movió, impertérrita a los empujones que recibía de unos que, vencidos, ya se iban, y de los que intentaban lanzar los últimos consejos, los últimos deseos, los últimos te quiero; ella se mantuvo allí, en una entereza ficticia, con los ojos clavados en el hijo, resistiéndose a dejar de verle, reteniéndolo en su retina para poder seguir subsistiendo cuando saliera de aquella ratonera.

—Alberto, te prometo que tu madre nunca se enterará de lo que has pasado aquí dentro, te lo prometo..., pero tienes que aguantar por ella, y por tu padre... y por mí, tienes que aguantar, Alberto, tienes que hacerlo... yo solo no seré capaz de soportar esto.

—No puedo más, no me quedan fuerzas.

Mario se tragó las lágrimas. No sabía qué decir, ni qué hacer, sentía un extraño dolor interno por la impotencia de no poder hacer nada, porque su mejor amigo se moría y él estaba allí quieto, sin moverse.

Sintió la presión de la mano de Alberto aferrándose a su brazo, como si de repente temiera quedarse solo.

—Mario...

La voz era cada vez más débil y lejana.

—Estoy aquí, Alberto, estoy aquí, a tu lado.

—Has sido un buen amigo.

—Tú también para mí... Tú también...

—Dile a mi madre que no sufrí, que mi muerte fue dulce, y que me acordé de ella..., de su cara, de sus manos, de su olor..., el olor a lavanda de su pelo...

Tragó saliva y cerró los ojos, y un susurró casi imperceptible, apenas escurrido de sus labios, conmovió a Mario.

—Madre... madre...

El estrepitoso silencio de la muerte provocó en Mario una pulsión de náusea. Se incorporó y tocó el pecho de su amigo intentando encontrar el latido de vida.

—Alberto, Alberto —primero le llamó susurrando, para luego clamar a voz en grito—, ¡Alberto!

Los guardias no atendieron a su llamada, nadie acudió en su auxilio. La noche transcurrió como cualquier otra, lenta, sofocante, oscura, maldita, sin que la irrupción de la muerte en aquella celda pequeña hubiera alterado nada ni a nadie. Al final, derrotado ante la indolencia y las protestas del resto de presos, ávidos por dormir para olvidar, se quedó sentado en el colchón velando el cadáver de su amigo, mirándole en la penumbra, inmóvil, ahogando en un solitario llanto la amargura de sus recuerdos, de los días de estudio, de las encendidas tertulias, de las largas noches de juerga, de las risas y las confidencias.

Al amanecer, como cada día, la puerta de la celda se abrió con un golpe brusco y metálico. El ruido empezó a ocupar cada rincón de aquella inmensa cárcel. A la orden de una voz potente, salieron al pasillo todos los presos menos Mario, que permaneció junto al cadáver de su amigo, con los ojos fijos en el rostro que ya adquiría la lividez cadavérica, con la piel fría como el mármol, ajada, como si en aquella noche maldita hubiera envejecido veinte años.

Le ordenaron cargar el cadáver a sus hombros; sintió el peso del cuerpo muerto como si la tierra lo reclamase. Avanzaba precedido de un guardia que le abría paso a través de los pasillos atestados de hombres que callaban a su paso,

mirando de soslayo por miedo a verse reflejados en aquel guñapo que se meneaba al son de cada paso de Mario. Llegaron a un cuarto de techos altos, sin ventanas, de paredes y suelos oscuros que desprendían olor a muerto. En el centro, una fría mesa de mármol sucia de sangre seca.

—Déjalo ahí, ya vendrán a buscarlo.

—¿Dónde lo van a llevar?

—¿Qué más te da dónde vaya?

—Es mi amigo.

—Pues lo siento mucho, lo de su muerte, digo.

—Es por avisar a su madre, tal vez ni siquiera sepa que estaba aquí encerrado. No ha recibido visitas en el tiempo que llevamos aquí.

—Hay cosas que es mejor no saber.

Sabía por qué lo decía; resultaba muy extraño que nadie hubiera ido a visitar a la cárcel a Alberto. Mario sabía que la miliciana que le había curado había estado en su casa para avisarles de su encierro, porque se lo había dicho Teresa en la única carta que le había llegado. Si estaban al tanto sus padres, también lo tenían que conocer los de Alberto. Pero ellos nunca fueron. Otros presos les decían que no era fácil entrar, que algunos tardaban semanas en poder acceder a la sala de visitas. Había muchos familiares, y los más avezados se colaban sin ningún miramiento a los que llegaban nuevos y despistados, demasiado cándidos para esos menesteres. Pero lo que Mario desconocía era que los padres de Alberto habían caído aquella misma noche bajo la fría bala de una pistola. Junto al cementerio, abrazados entre ellos y unidos en el recuerdo del hijo, que en ese mismo instante evocaba el olor a lavanda de la madre.

El funcionario le miró abrumado, movió la cabeza mirando al muerto.

—Yo no puedo hacer mucho, vienen y se los llevan al cementerio que les pille de paso. Es lo único que te puedo decir.

Ante la desolación de Mario, el funcionario se removió inquieto. Era un hombre de unos treinta años, bien parecido, de trato cortés dentro de la necesaria rigidez que se imponía en la prisión. Su aspecto rudo parecía más una careta que ocultaba una bondad contenida, imposible de mostrar en un trabajo que nunca había encajado con su carácter, pero que no tuvo más remedio que aceptar si quería comer, él y los suyos, sus padres y tres hermanas menores que él, cuya supervivencia dependía únicamente de su paga.

—Vamos, tienes que volver a tu galería.

—¿Puedo quedarme hasta que se lo lleven?, sólo para velarle...

El guardia se lo negó tajante, pero alguien interrumpió sus palabras.

—Cipri, deja que se quede, y o le vigilaré.

Una mujer hablaba desde la puerta. Los dos hombres se giraron, sorprendidos.

El funcionario sonrió nervioso, como si se hubiera ruborizado con la presencia

de la recién llegada.

—Ah, hola, Luisa, no sabía que andabas por aquí.

—Deja que se quede —insistió ella, entrando a la sala fúnebre.

—Sabes que no puedo, las normas...

—Las normas ahora son otras. No te preocupes, yo asumo la custodia del preso. Ve al control de la entrada y pide la camioneta para que vengan a buscar al muerto.

—Pero ¿y el recuento...?

—Pues avisa al que lo hace.

—Está bien, lo que tú digas, pero si me dicen algo...

—No te preocupes, responderé por ti. Sabes que lo haré.

La chica sonrió con franqueza y Cipriano se marchó con la sumisión de un criado frente a la señora de la casa.

Mario y Luisa se quedaron solos, separados por la mesa de mármol. El olor a muerte parecía hacerse más intenso. Ella miró con fijeza el rostro de Alberto.

—Siento mucho lo de tu amigo —dijo.

Mario no contestó, sólo movió la cabeza, conforme. En sus recuerdos buscaba aquellos ojos conocidos.

—Tú eres la que venía en la camioneta que nos trajo aquí.

Ella le miró, sonriente.

—Tomaré como un halago que te acuerdes de mí.

—Es difícil olvidar esos ojos.

Ambos sonrieron, cohibidos.

Mario se removió incómodo porque, a pesar de lo inoportuno del momento, no podía remediar sentirse embelesado por la presencia de aquella chica delgada, menuda, blanca de piel y de pelo negro, largo y abundante que llevaba recogido con el pañuelo rojinegro anudado alrededor de su cabeza, dejando caer un mechón del flequillo sobre la frente. Tenía los ojos grandes y oscuros, y una sonrisa abierta que mostraba unos dientes blancos y perfectos.

—Entonces, te llamas Luisa.

—Luisa Sola.

—Pues muchas gracias, Luisa Sola, por dejarme velar a mi amigo. Bastante penoso ha sido morir como lo ha hecho.

Ella arqueó las cejas y se metió las manos en los bolsillos, como si no supiera muy bien qué decir.

—Creo que es de justicia, lo de dejar que lo veles, aunque en estos días esa palabra está bastante pisoteada.

Mario hizo un gesto de ironía, forzando una sonrisa.

—Si tú lo dices.

Ella se sintió incómoda, e hizo un amago de darse la vuelta.

—Espera —le dijo Mario, de inmediato, temeroso de que se marchase—, no

quería ofenderte, a ti no.

—No, no me ofendes. Sé que estoy siendo parte de todo esto, pero eso no quiere decir que esté de acuerdo en cómo se hacen ciertas cosas.

—Entonces ¿por qué estás aquí?

Ella encogió los hombros y miró hacia la puerta. Luego, volvió los ojos a Mario.

—No me queda otra elección.

Mario miró a su amigo muerto, le acarició la cabeza con delicadeza.

—Claro, mejor ser verdugo que no condenado.

Luisa se acercó a la pared y se sentó en el suelo poniendo sus brazos sobre las rodillas encogidas hacia su pecho. No iba armada. Vestía un mono azul desgastado con cremallera; le quedaba muy grande, y llevaba las mangas y las perneras plegadas con varios dobleces. Calzaba unas alpargatas sucias atadas a los tobillos huesudos con una cinta blanca, dejando al aire las pantorrillas morenas y algo mugrientas del polvo.

Mario la observaba desde el otro lado de la mesa de mármol.

—Hace quince días tuve visita de mi madre y de mi hermana. Quería darte las gracias.

—Conocí a tu hermana, y también a su novio.

—¿A Teresa? —preguntó sorprendido—. ¿Todavía sigue con ese socialista?

—¿Tiene algo de malo?

—No. En absoluto. Es un buen chico, lo conozco de la universidad. Pero no creo que mi padre, y mucho menos mi madre, le acepten como yerno, no lo creo, la verdad.

Mario se movió un paso, pero se detuvo mirando a Alberto, como si temiera dejarle solo. Volvió a tocarle la cabeza con ternura. Luego, despacio, se acercó hasta donde estaba ella y se sentó a su lado.

—Él no ha tenido visita de sus padres. Estoy convencido de que eso le debilitó más.

—Hay veces que los familiares esperan horas en la puerta y luego no pueden ver a los presos. Todo es un poco caótico. Hay demasiados responsables, y eso no es bueno para nadie.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán en llevárselo?

—Depende, pero ya te advierto que pueden pasar horas.

—No aguantaremos mucho tiempo en este sitio, con este calor; el olor ya empieza a ser insoportable.

—A todo se acostumbra uno. Pero si quieres, puedes volver a la galería.

—No. No le dejaré solo.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Luisa, haciendo un gesto con la cabeza hacia el cadáver.

Mario fijó sus ojos en aquella superficie mortuoria en el que se dibujaba el

perfil sereno de la muerte.

—Hace unos días empezó con fiebre muy alta, apenas probaba bocado; luego llegaron las diarreas. Se quedó sin fuerzas. Pedí un médico para que lo atendiera, pero nadie me hizo caso. Por lo visto, es la justicia que se imparte ahora, dejar morir a los enfermos.

No pudo evitar el tono de reproche, pero ella no se inmutó.

—Todos los médicos y sanitarios de Madrid están en los hospitales de sangre. Cada día llegan más heridos del frente, no dan abasto —le miró con franqueza—. No hay médicos aquí. Por eso no pudieron ayudar a tu amigo.

—Mi padre es médico, ¿sabes? Y he tenido que ver cómo mi mejor amigo se moría de unas diarreas en la más absoluta indigencia... Es todo tan injusto... —guardó un instante de desesperado mutismo, intentando tragar la realidad. Luego, miró a la chica, serio, inquisitivo—. ¿Por qué participas en esto?

Ella le mantuvo la mirada un rato, como si quisiera aseverar que no tenía nada que ver con la muerte de su amigo. Luego, se quedó mirando al vacío, arqueó las cejas y chascó la lengua.

—Tú perteneces a una familia rica, tienes el futuro asegurado desde que naciste; mi mundo es otro muy distinto en el que la palabra justicia no ha existido nunca.

—¿Y por eso merezco estar aquí, preso como un delincuente?

—Siempre hay víctimas en una revolución, unas veces les toca a unos, otras a otros.

—Y esta vez me ha tocado a mí... y a él —dijo, mirando hacia el cadáver de Alberto.

—Es un precio que hay que pagar.

—Demasiado caro, ¿no crees? Claro, tú qué vas a decir...

Ante el silencio de ella, él continuó su discurso, sin apenas fuerzas, sólo hablaba por expulsar fuera de sí la impotencia acumulada ante la incomprensión de lo que pasaba.

—Llevo un mes aquí metido y todavía nadie, nadie —repitió con vehemencia— me ha dicho qué delito he cometido. Han matado a mi amigo Fidel, y Alberto... —tragó saliva, con gesto abatido. Puso su cabeza entre las manos y miro a un cielo inexistente e imaginario—. No entiendo nada.

—Yo no pongo las normas, Mario.

—Ni yo tampoco las ponía antes, Luisa. ¿Cuántos hombres hay aquí encerrados? ¿Cuántos están como yo? Un día sales de tu casa y unos tíos te meten en una camioneta con letras pintadas, sin más explicaciones; te acusan de tener amigos fascistas... ¡Dios Santo! ¿Desde cuándo pensar es un delito?

—¿Qué estudias?

Le cogió de sorpresa lo trivial de la pregunta.

—¿Qué importa eso? ¿También es un delito estudiar?

—A mí me hubiera gustado estudiar arquitectura. ¿No estudiarás arquitectura?

Mario miró aquellos ojos negros, que parecían querer evadirse de la terrible tragedia. Respiró hondo y relajó el tono de voz, emitiendo un sonido casi gutural al hablar.

—Me falta un año para terminar Derecho.

—No me gustan las leyes, son demasiado frágiles, están hechas a voluntad de un grupo de zoquetes que no tienen ni idea de lo que necesita la gente —se volvió hacia él y le sonrió achicando sus enormes ojos—. A mí me gustaría construir edificios, puentes, torres, cosas que queden para siempre y que sean útiles.

Mario estaba anonadado ante la retahíla de aquella miliciana.

—Visto así, también son útiles las leyes para mantener el orden.

—El orden de unos pocos, los mismos que hacen esas leyes, siempre a su medida.

—¿Y los abogados? Seremos necesarios para defender los derechos...

—Los derechos de los ricos —le interrumpió con un tono irónico, retirándose el mechón de la mejilla y llevándolo detrás de la oreja—, porque si no tienes para pagar a un abogado tampoco tienes derechos.

—Las cosas no son tan simples —balbució Mario, incómodo.

—Si un asesino tiene dinero siempre habrá un abogado que lo defienda, y si es bueno, seguramente hasta se escaqueará de la cárcel. Pero si a un infeliz le pillan robando una gallina para comer, y no tiene dónde caerse muerto, ya se puede dar por perdido porque acabará condenado de por vida.

—No estoy de acuerdo.

—¿Defenderías a un delincuente, sabiendo que ha cometido un delito, si te paga bien?

—Todo el mundo tiene derecho a una defensa.

Ella le miró con sorna.

—¿En qué mundo vives? No tienes ni idea de lo que pasa ahí fuera.

—¿Es que tengo que pedir perdón de haber nacido en una familia con dinero? Eso tampoco se elige, ¿sabes?

—Has tenido la suerte de poder elegir la carrera, y de ir a la universidad. Yo nunca tendré esa oportunidad.

—Eres una mujer, ¿para qué quieres ir tú a la universidad?

Le miró un instante con un evidente gesto de reproche.

—Por eso estoy en este lado.

—Pero las mujeres no tenéis la misma capacidad para estudiar que los hombres, no es adecuado para vosotras. ¿Tú sabes lo difícil que es la carrera de arquitectura?

—No me conoces y ya me consideras una estúpida incapaz.

—No quería decir eso.

—Lo piensas, y no sólo eso, estás convencido de ello, no sólo de mí, sino de

todas las mujeres.

Mario se sintió aturdido.

—Mi madre y mis hermanas no han tenido la necesidad de estudiar...

—Ni tus hermanas ni tu madre han tenido la oportunidad de elegir porque en esta sociedad sólo deciden los hombres.

Sonrió sarcástico.

—Te aseguro que, aunque tuvieran todos los permisos y aquiescencia de mi padre, no veo yo a las mujeres de mi casa recibiendo clases en la universidad...

En ese momento la puerta se abrió y un hombre asomó la cabeza.

—Ah, Luisa, estás ahí. Me ha dicho Cipri que llamase al camión para que se lleven al muerto.

—¿Tardará mucho?

—Acaba de llegar.

—Está bien, que vengan a buscarlo.

Mario y Luisa se levantaron pesadamente, como si la interrupción les hubiera disgustado.

El miliciano puso una expresión de asco y se tapó la nariz.

—Éste huele y a que apesta. No sé cómo podéis soportar el olor.

Desapareció de la puerta dejándola entreabierta. Luisa esperó un instante expectante, comprobando que se alejaba. Se puso frente a Mario y le miró con gesto grave.

—Mario, ¿confías en mí?

—No entiendo...

—¿Confías en mí? ¿Quieres salir de aquí?

—Claro.

—Pues escucha bien lo que voy a decirte porque no te lo volveré a repetir. A lo largo del día harán un registro en tu galería. Pase lo que pase en las próximas horas no des tu nombre sino el de Faustino Morales Corral; llevas encerrado en la cárcel desde hace seis meses porque asesinaste a tiros a dos guardas en una finca de La Guindalera.

Luisa tenía fijos sus ojos, negros y grandes, en los de Mario. Hablaba despacio, con voz muy baja pero clara, asegurándose de que él entendía todo lo que decía.

—Pase lo que pase, no digas que eres Mario Cifuentes, a partir de ahora eres Faustino Morales Corral, y en cuanto tengas oportunidad, di que te quieres afiliara a la CNT, y que quieres ir al frente a luchar contra los fascistas; recuérdalo, a la CNT, si te ofrecen la UGT recházalo, es la única forma de poder ayudarte.

—Pero ¿por qué?

Ella encogió los hombros y le mostró su sonrisa.

—Soy una chica lista. Siempre es bueno tener a un abogado como amigo.

Se oyeron unas voces por el pasillo que se acercaban, para desesperación de

ambos.

—Luisa...

—Haz lo que te digo, estate atento y cuando tengas que identificarte procura mostrarte no como un niño burgués sino como un asesino. Te aseguro que te va la vida en ello. Luego, déjate llevar.

Tuvo que callarse porque dos hombres irrumpieron en la sala mortuoria. El hedor pestilente de la muerte les obligó a girarse con un gesto de repugnancia; se colocaron sobre la nariz el pañuelo que llevaban anudado al cuello, mientras echaban pestes por la boca.

—¿Es a éste al que tenemos que llevarnos?

—Sí —contestó de inmediato Luisa, acercándose a la mesa de mármol.

Antes de que los dos milicianos cogieran el cuerpo de Alberto, Mario acarició su cabeza por última vez en una despedida definitiva.

—Tú, tienes que regresar a tu galería.

Comprendió el tono rudo y autoritario de Luisa.

Esperaron a que sacasen el cuerpo y abandonaron aquel cuarto. Fueron en silencio hasta la entrada de la galería número tres.

—Recuerda todo lo que te he dicho —le dijo, en voz muy baja, antes de llegar al control. Después, se dirigió a los funcionarios que hacían guardia—. Aquí os traigo a éste.

El que estaba en la puerta apenas le echó un vistazo, más pendiente de revisar de arriba abajo a Luisa. El sonido metálico de las cerraduras le devolvió a la realidad. Dio un par de pasos y la puerta se cerró a su espalda. Cabizbajo, recorrió el pasillo atestado de hombres y voces huecas que no le decían nada. Daba vueltas a las palabras de Luisa, sin dejar de repetirse el nombre que le había dicho y el crimen aplicado. No entendía nada, pero por pura supervivencia tenía que confiar en ella.

Llevaban varios días haciendo registros en busca de armas. A los presos comunes se les había ofrecido la posibilidad de salir en libertad si se alistaban a la milicia de la República. Eran muchos los que habían aceptado, y se estaba haciendo una selección de ellos. Mario pensó en la atrocidad de poner en libertad a ladrones, asesinos, condenados y maleantes de la peor calaña, para pasar a formar parte de un ejército. Aquello no podía salir bien.

En completa soledad, a pesar de estar rodeado de centenares de hombres, solos como él, se dispuso a afrontar el primer día sin Alberto, alertado por lo que pudiera pasar en las próximas horas, y en el nombre y datos que le había dado Luisa.

Rayaba el sol de mediodía de aquel sábado de agosto, sudaba por todo el cuerpo y le costaba respirar el aire seco, espeso, pastoso.

Capítulo 14

El viejo Manolo se volvió al oír el motor ronco de una camioneta que se acercaba. Una nube de polvo envolvía la bandera roja (con la hoz y el martillo pintado toscamente) que ondeaba en lo alto de la cabina. Supuso que trasladaba milicianos hasta algún frente, así que continuó caminando. Cuando el vehículo le rebasó, bajó la mirada al suelo, se caló el sombrero de paja, y apretó los labios para evitar tragar el polvo que había levantado a su paso. Lo vio alejarse; sin embargo, al llegar a la barbacana, en vez de continuar por la carretera, se desvió hacia el cementerio. Le pareció extraño. Llevaba el azadón sobre el hombro para unirse a sus sobrinos. Aquella mañana se había quedado en casa, durmiendo un poco más de la cuenta, porque había estado hasta bien entrada la madrugada escondiendo todas las cosas de valor, suyas y las de su hermana, en un agujero cavado en el patio, con el fin de evitar los robos y saqueos que ya se habían dado en algunas casas vacías. Por eso no había acudido a primera hora al campo con sus sobrinos. Ellos llevaban ya varias horas trabajando la tierra. Era casi mediodía, y al sol abrasador de finales de agosto se le unía una ligera brisa que hacía el aire seco más sofocante.

Manolo se detuvo cuando, a lo lejos, comprobó que el camión estaba detenido frente a la tapia del cementerio, en medio de la tierra cultivada, justo para ver cómo, a empujones, subían a sus dos sobrinos a la batea del camión. Echó a correr consciente de que se la jugaba. En los últimos tiempos, las cosas se habían enrarecido mucho. Todos recelaban de todos, nadie se fiaba de nadie en una tensa espera ante el imparable avance hacia Madrid de los sublevados, a pesar de que las autoridades insistían en que se les estaba plantando cara. Pero la realidad era que las carreteras se convertían a diario en una riada de refugiados camino de un exilio en su propia tierra, mujeres cargando a sus niños, viejos portando sobre una mula o un carro, o sobre sus flacos hombros, los hatos con toda su vida, hombres curtidos por el sol y el viento del campo acobardados por la brutalidad implacable de los rebeldes en cada pueblo conquistado, exterminando cualquier elemento ajeno a su causa. Muchos en Móstoles habían empezado a marcharse a lugares más seguros. Pero él lo tenía claro, nadie, ni sublevados ni republicanos, le sacarían de su casa si no era con los pies por delante.

El camión emprendió la marcha en dirección a él; se plantó en medio del camino y alzó los brazos para detenerlo. El sonido insistente del claxon no lo amedrentó y el conductor no tuvo más remedio que pisar el freno de forma brusca. Con el vehículo ya parado y en medio de la polvareda provocada por el frenazo, el hombre que iba al volante sacó medio cuerpo por la ventanilla y le espetó con enfado.

—¿Qué pasa, es que quieres que te mate? Apártate.

—¿Por qué os lleváis a esos dos?

—¿A quién?

—Son mis sobrinos y no han hecho nada.

—Eso lo tendrá que decir un tribunal. Nosotros sólo cumplimos órdenes.

—¿Órdenes de quién?

—De la autoridad.

—¿Cómo se llama tu autoridad?

En ese momento, se oyó la voz de Andrés.

—¡Tío Manolo, no deje que nos lleven!

—¡Arranca de una vez! —gritó el que iba junto al conductor—. ¡Arranca te he dicho!

—Esperad. No os los podéis llevar. Ellos no han hecho nada.

—Aparta o te paso por encima.

La camioneta inició la marcha muy lentamente y, esta vez, el viejo se apartó para intentar ver a sus sobrinos por la parte de atrás. Se agarró a la puertezuela que cerraba la batea del camión, pero uno de los milicianos le dio un golpe en la mejilla con una escopeta y le hizo caer al suelo.

—¡Avisé a las mujeres! —gritó Clemente.

—¡Cuide de ellas! —replicó Andrés.

Le costó levantarse, y cuando lo consiguió, la camioneta en la que se llevaban a los dos hermanos ya estaba muy lejos. Con la cara dolorida y algo aturdido, se encaminó a casa de Mercedes.

La señora Nicolasa pelaba unas patatas sentada en la cocina. Alzó la vista y cuando le vio supo que algo grave había pasado.

—Se los han llevado.

—¿A quién?

—A mis sobrinos, a los dos; los han subido a un camión y se los han llevado.

—Pero ¿quién..., y adónde?

—No lo sé. Iban camino de Madrid.

—¿Por qué? Ellos no se han metido nunca en nada...

—¿Dónde está la Mercedes?

—¡Dios Santo! Mercedes... mi pobre hija.

—Hay que avisarla.

—Espera, se lo diré yo.

—Iré a ver a mi hermana. Tengo que decírselo a la Fuencisla. Luego te veo.

La señora Nicolasa se levantó y antes de que saliera por la puerta, le preguntó con gesto grave.

—¿Qué vamos a hacer?

El viejo se detuvo y, durante un instante, se mantuvo en silencio, inmóvil, pensativo. Movié la cabeza y la contestó sin llegar a mirarla.

—No lo sé.

Cuando el tío Manolo desapareció, Nicolasa se quedó paralizada. Mercedes

estaba dando de comer a las gallinas en el patio. ¿Cómo decirse lo sin alterarla demasiado? Temía que una emoción tan fuerte pudiera sobresaltarla en exceso. Tan sólo hacía unos días don Honorio le había aconsejado tranquilidad y cierto reposo.

Salió al patio, y no hizo falta decirle nada, con ver la cara a su madre, Mercedes dejó caer el capacho en el que llevaba media docena de huevos recién recogidos.

—¿Qué ha pasado?

—Ha venido el tío Manolo. Se han llevado a Andrés y a tu cuñado.

—¿Adónde?

La señora Nicolasa, no pudo contener un llanto de impotencia y negó con un movimiento de cabeza.

—¿Dónde está el tío Manolo?

—Ha ido a avisar a la María y a la Fuencisla.

Mercedes pasó por delante de su madre, pero ésta reaccionó y la sujetó del brazo.

—¿Qué vas a hacer?

—Tengo que saber adónde se los han llevado.

—Espera un poco, hija.

—Madre, no puedo esperar, no hay tiempo...

Salió corriendo y se fue a la casa del pueblo. Allí encontró a varias mujeres vestidas con pantalones a las que no conocía porque no eran de Móstoles. Cuando entró, reían y fumaban como si fueran hombres. Al ver la cara desencajada de Mercedes se callaron.

—Se han llevado a mi marido y a mi cuñado.

—¿Y qué tenemos que ver nosotras con eso?

Mercedes se encogió de hombros, aturdida.

—No sé por qué se los han llevado.

—Pues espera noticias. Ya te lo dirán.

—Pero no sé adónde les llevan.

—Nosotras tampoco tenemos esa información.

—Seguro que van al frente —intervino otra—, se necesitan hombres para luchar contra el fascismo.

En ese momento, salió de un cuarto Dionisio, un vecino de Clemente.

—Dionisio, se han llevado a mi marido y a mi cuñado.

Un silencio tenso pareció cortar el aire. Las miradas esquivas entre las milicianas alteraron más aún el estado de nervios de Mercedes.

—Dionisio, tienes que ayudarme, no sé a quién acudir...

—Te aconsejo que no hagas nada, Mercedes, es mejor para todos.

—¿Para quién?

—Para Andrés, para Clemente y para ti. No hagas nada. Vete a casa y

espera.

Sus palabras fueron contundentes y firmes.

—No me pidas que me quede de brazos cruzados, ¡es mi marido! Él no ha hecho nada, tú lo conoces, conoces a los dos.

—No puedo ayudarte, Mercedes.

En ese momento, entró en la estancia el viejo Manolo. Mercedes se abrazó a él, conteniendo la emoción. El anciano, envarado y falto en la práctica de mostrar emociones, apenas la correspondió.

—Dionisio, tú sabes adónde se han llevado a mis sobrinos.

—Yo no sé nada.

—Dionisio... no me jodas.

El hombre hizo un gesto para que entrasen en el cuarto del que había salido, en el que había una mesa y dos sillas, y las siglas del PSOE pintadas de negro en la pared encalada. Cerró la puerta y sacó un cigarrillo; lo encendió con una mecha y dio una profunda calada. Se dejó caer con pesadez sobre una de las sillas, mientras que Manolo y Mercedes permanecían de pie, inmóviles, a la espera.

—Manolo, quiero que me escuches con atención y que mantengas la cabeza fría. No puedes hacer nada por tus sobrinos, ni lo intentes siquiera porque tú también irás por delante.

—No voy a quedarme de brazos cruzados...

—¡Si lo vas a hacer! —interrumpió con firmeza—. Y te voy a dar un consejo, y quiero que me escuches muy bien —miró a Mercedes un instante, con gravedad en sus ojos, para luego dirigir toda su atención a Manolo—: ella debería marcharse del pueblo.

—Yo no me muevo de aquí —replicó Mercedes.

Dionisio no se inmutó.

—Sácala de Móstoles, Manolo, cuanto antes mejor. Te lo he avisado. No puedo hacer más.

—¿Y mis sobrinos?

—Hay que esperar.

—Pero ¿por qué se los llevan?

Dionisio bajó los ojos esquivando las miradas de súplica.

—Es cosa de Merino.

Mercedes se tambaleó con una mano en la tripa y otra sobre la boca para no soltar un grito.

—Merino... —murmuró Manolo—, valiente hijo de perra...

—No os puedo decir más. Que se vaya del pueblo cuanto antes.

A pesar de las protestas aturdidas de Mercedes, el viejo Manolo la cogió del brazo y se la llevó de allí. Comprendió que también irían a por ella, así que la metió en su casa hasta decidir qué hacer. Tuvo que enfadarse con ella para que

entendiera la gravedad de la situación y accediera a quedarse.

—Si te llevan poco podremos hacer por ti, ¿es que no lo entiendes, niña? Éstos no se andan con chiquitas. Si quieres recuperar a tu marido, hazme caso y quédate aquí. Voy a avisar a tu madre. Si oyes algo extraño, métete en la cueva. ¿Me has entendido?

Ella sólo asintió, con lágrimas en los ojos, acobardada, sentada en una de las sillas de la cocina. Manolo cerró la puerta con llave y se dirigió a casa de la Nicolasa.

La encontró con Eloísa, la esposa del médico; las dos mujeres estaban cabizbajas, tristes. En cuanto le vieron, Nicolasa se levantó y se fue hacia él.

—Manolo, ¿has visto a mi hija? Se marchó y no sé adónde ha ido.

Manolo la miró un instante.

—La Mercedes está en mi casa, escondida. Hay que sacarla de Móstoles. ¿Tenéis algún sitio donde podáis ir por unos días?

Ella no daba crédito a la claridad de palabras de aquel hombre.

—¿Mi hija escondida? Pero... ¿qué ha hecho mi pobre hija para tener que esconderse?

—Nadie ha hecho nada, Nicolasa, pero las cosas están como están. La única justificación tiene un nombre: Merino...

—¡Dios Santo, Merino!

Eloísa, que se había levantado y estaba a su lado, la sujetó por el brazo.

—Honorio conoce a gente en Madrid, seguro que sabe de alguien que os pueda ayudar.

—Ay, Eloísa, ¿adónde vamos a ir? —se lamentaba Nicolasa, acobardada—, si todo lo que tengo está en estas cuatro paredes. ¿Qué va a ser de nosotras? Dios mío, cuando todo parecía enderezarse... y mira ahora, escondidas como delincuentes. ¿Y mi yerno? ¿Qué va a ser de él, pobre mío? Si es un pedazo de pan, si es incapaz de hacerle daño a una mosca... ¿Qué vamos a hacer?

—Todo se arreglará, Nicolasa, y a lo verás.

El tío Manolo se había quitado el sombrero de paja y le daba vueltas en sus manos, como si exteriorizase las vueltas que daba su mente.

—Deberías venirte a mi casa, al menos hasta que sepamos qué hacer. Estaréis más seguras allí.

Aturdida, con la ayuda de Eloísa y de la pequeña Genoveva, recogieron algunas cosas en un hato, cerraron la casa para que diera la sensación de que se habían marchado del pueblo.

«Sombras negras nos acechan —murmuraba el viejo en un tono apenas perceptible—, que Dios nos ampare y nos proteja..., sombras negras... maldito Merino, maldito seas...» .

Capítulo 15

Mario oyó un griterío que procedía de la primera planta de la galería. Salió de su celda y, como todos los demás, se asomó al hueco central para ver qué ocurría. Las voces que alertaban del fuego llegaban acompañadas por el olor a humo que ya se percibía, aunque nadie parecía saber su origen. El revuelo fue en aumento en cada uno de los cuatro pisos. La idea de que hubiera un incendio provocó los primeros conatos de pánico entre algunos presos. Como una marea humana, corrieron al edificio central, al que llamaban «el clavo», reclamando a los funcionarios la apertura de las puertas que les permitiera escapar de aquella ratonera de barrotes y cemento. Mario bajó las escaleras junto al resto de los presos, nervioso, repitiendo en su memoria el nombre de Faustino Morales Corral, asesino de dos guardas en una finca de La Guindalera, y que llevaba en la cárcel seis meses. El corazón le latía con fuerza en medio de la confusión que crecía por momentos. Nadie sabía nada. Corrían de un lado a otro, aporreaban las puertas de salida de las galerías, se asomaban a las ventanas pidiendo auxilio, agitando los brazos entre los barrotes, advirtiendo de un fuego que no veían pero sí olían (y sobre todo temían). Mario intentó mantener la calma y se pegó a la pared, muy cerca de la salida al edificio central, a la espera. Más angustia que las llamas le daba el pánico de los presos encerrados capaces de cualquier cosa con tal de salir de allí. Se oyeron tiros en el exterior, y más voces. Una marabunta de hombres cada vez más alterados iban y venían, indecisos, sin que nadie supiera dónde se hallaba el peligro. Debieron de pasar al menos un par de horas de tensa espera cuando por fin se abrió una de las puertas del edificio central. Al oír los chirridos de los cerrojos, todos se precipitaron hacia ellas aumentando de nuevo la algarada nerviosa. Mario se incorporó a la turba de hombres que se apretaba frente al hueco de la única puerta abierta. De repente, todos se encogieron al oír una ráfaga de ametralladora, y los que habían alcanzado primero la puerta retrocedieron asustados por los disparos, empujando a los que les iban a la zaga. Algunos perdieron el equilibrio y cayeron al suelo pisoteados por los que pretendían ponerse a salvo de su propio miedo. En medio de aquel tumulto de voces y empujones se escuchó la voz autoritaria de un hombre.

—¡Todo el mundo quieto!

Repitió varias veces la frase, acompañado de algún otro que pedía orden, hasta que por fin los presos guardaron silencio.

—Que vayan pasando primero los presos comunes, es decir, aquellos que estén acusados de delitos. Militares y falangistas manteneros a la espera.

—¡Sacadnos de aquí, hay fuego y nos vamos a quemar como ratas! —gritó uno de los presos.

Todos le jalearon, mientras que los hombres se removían, unos para avanzar

y otros para dejarles el paso.

—No tenéis de qué preocuparos —contestó alguien asomándose a la puerta de la galería—. Ha sido un pequeño incendio en la tahona que ya está controlado. Nadie corre peligro, así que os pido calma a todos.

El murmullo de protestas entre dientes se mezclaba con las caras ceñudas y las miradas esquivas entre los reclusos que empujaban por alcanzar la puerta y los que no tenían más remedio que esperar. Mario dudó un instante, pero reaccionó en seguida y se incorporó a la fila de los que se ponían ante la puerta. Caminaba con la cabeza gacha, temeroso de que alguien le conociera y delatara su inocencia de cualquier delito. Paso a paso, avanzó por el pasillo hacia la salida de la galería, ante la mirada fría de los que se apoyaban contra las paredes aguardando su suerte. Antes de salir, Mario subió los ojos y se encontró con la mirada de uno de los que había compartido celda durante aquel mes de estancia en la cárcel. Él sabía quién era y por qué estaba allí. A los dos les habían detenido por tener pinta de fascistas, sin más atribuciones, sin otra acusación que su apariencia de señoritos. Contuvo la respiración un instante, pero el chico desvió la mirada, apretando la mandíbula, como si le deseara buena suerte, tal vez porque había sido más valiente o más inteligente que él.

Una vez en el edificio central, les guiaron por un pasillo hasta la puerta de una oficina. Allí les colocaron en una fila ordenada, y les dijeron que fueran pasando uno a uno para identificarse. Cuando le tocó el turno a Mario, las piernas le temblaban. Recordó las palabras de Luisa, no podía comportarse como un niño burgués, tenía que mostrarse como un asesino.

Tomó aire, apretó los puños y se lanzó al interior del cuarto. Allí, ante una mesa, había cuatro milicianos; hablaban entre ellos mirando unas hojas que tenían encima de la mesa. A un lado estaba ella, apoyada en la pared, con un fusil en la mano y un cigarro en la otra. Luisa le miró de soslayo para luego desviar la mirada a los de la mesa, ignorando su presencia. Mario la miró sin atención, conteniendo una extraña alegría de saber que ella estaba allí. Se posicionó delante de la mesa, con las manos cruzadas a la espalda para evitar mostrar que le temblaban. Se las agarró con fuerza. Levantó el mentón y tomó aire intentando serenarse.

—¿Nombre?

—Faustino Morales Corral.

La voz de Mario salió de sus labios, firme y seria. El que estaba en el centro buscó en el listado.

—Aquí está —dijo el del centro, señalando con un lápiz—. Faustino Morales, pendiente de juicio por asesinato.

—Pero si a este tío ya le dieron el pase.

—Sí, aquí le pusieron la L, pero está borrada.

Mientras los milicianos hacían las comprobaciones, Luisa les miraba ausente,

como si no fuera con ella; Mario permanecía envarado, intentando mantener un aplomo que se le escapaba por cada uno de los poros de la piel.

—¿Quién llevaba el control del día 16?

—Celestino —intervino ella—. Yo estuve con él. Si queréis le busco y le pregunto.

—No está —añadió el de la izquierda—, se marchó ayer con los de Zaragoza.

—¿Y tú te acuerdas de éste? —le preguntó a Luisa.

Ella le miró un instante, y alzó las cejas.

—Hubo muchos ese día. Algunos les dieron el pase para que se alistaran, pero luego Celes, lo pensaba mejor y los retenía porque no se fiaba. Ya sabéis cómo es. Es posible que éste fuera uno de ellos.

El que estaba en medio miró al de la derecha.

—Yo no estuve ese día. Pero me suena un montón este tío.

—¿El nombre o su cara?

—No sé... no estoy seguro. He visto tantas caras en las últimas semanas que todos me parecen iguales.

—Bueno, entonces, estamos en que eres Faustino Morales Corral.

—Ése es mi nombre —contestó Mario.

—¿Y tú qué quieres?

—Salir de aquí —lo dijo convencido, sin necesidad de imprimir ni un ápice de esfuerzo en su respuesta.

—¿Y qué vas a hacer si te dejo libre?

Mario levantó la barbilla para que sus palabras adquirieran mayor credibilidad.

—Alistarme y luchar. Aquí dentro sirvo de poco.

—Estás acusado de asesinar a dos guardas —sus ojos le recorrieron de arriba abajo—, no pareces un asesino.

Mario le mantuvo la mirada desafiante, extrayendo todo el odio contenido por la muerte de su amigo.

—¿Hay que parecerlo?

—No te veo disparando un arma.

—Dame una y te demuestro aquí mismo lo que soy capaz de hacer con ella.

El miliciano le echó una mirada poco convincente, inquisidora. Luego bajó sus ojos hacia los pies de Mario.

—Llevas unos zapatos demasiado caros.

Mario bajó la vista hacia sus pies. De la vestimenta con la que salió de su casa aquel domingo de julio sólo le quedaban los calzones y los zapatos de piel, sin cordones y agrietados del polvo y el roce del suelo. Ya no llevaba ni los calcetines. Sonrió sarcástico y alzó la cara.

—Se puede decir que es una herencia. El muerto tenía mi número, y lo cierto es que de muy poco le iban a servir en el lugar al que le llevaban.

—Entonces ¿quieres alistarte?

—Ahora mismo, si me sacáis de aquí.

—Querrás ir a la UGT, me imagino.

—No, quiero alistarme a la CNT.

El miliciano frunció el ceño y leyó algo en el papel que tenía en sus manos.

—Pero aquí consta que estás afiliado a la UGT.

Mario desvió, sólo un instante, los ojos hacia Luisa. No estaba seguro de lo que debía contestar.

—¿Es que no se puede cambiar de ideas? —preguntó, intentando mantener la calma.

—¿Lo has hecho?

—Seis meses preso dan para pensar mucho. En los tiempos que corren prefiero el anarquismo que la tibieza del socialismo.

El miliciano sonrió satisfecho. Cogió un papel y escribió algo sobre él, mientras lo hacía, le habló con una media sonrisa en los labios.

—¿Sabes utilizar armas?

—Ya te he dicho que me entregues una y te demostraré de lo que soy capaz.

Su propio miedo le envalentonaba, pero lo cierto era que si le hubieran dado cualquier pistola o un fusil, no hubiera sabido ni siquiera cómo empuñarlo.

—Guarda tu destreza para cargarte a los fascistas. La República necesita hombres valientes.

Estampó el tampón sobre el salvoconducto con un ruido brusco y seco, y se lo entregó a Mario, que no pudo reprimir una mueca irónica. Luego, habló con voz potente a los que estaban esperando en la puerta.

—Faustino Morales Corral, con la CNT.

—Tú, sígueme —dijo el que había recibido la orden.

Antes de salir, Mario no pudo reprimir una última mirada a Luisa. Pero ella se había acercado a la mesa y hablaba con los hombres que estaban sentados. La oyó reírse con ganas, y, sin quererlo, sintió celos. Aquella chica le gustaba, resultaba una locura, pero le atraía de verdad como ninguna otra chica lo había hecho antes. Les separaba un abismo, de clase, de ideas, de cultura y de vida, pero no podía remediar ese sentimiento extraño que le provocaba su presencia. Pensaba en ello mientras seguía los pasos del que le custodiaba hacia el exterior. En la entrada de la cárcel había mucho jaleo: los guardias se mezclaban con los bomberos, que entraban y salían cargados con mangueras y otros artilugios, milicianos, funcionarios, gentes que iban y venían, llenos de polvo, sudorosos, algunos con armas, otros con palos. Mario, con su salvoconducto en la mano y algo aturdido, no perdía de vista al miliciano que se abría paso entre la multitud. No sabía adónde le llevaba, pero tenía claro que en cuanto tuviera una oportunidad se escaparía. Era media tarde, pero el sol todavía castigaba con su calima. Había tres camiones aparcados en fila. En cada uno de ellos había unas

siglas pintadas con pintura blanca. El miliciano que iba delante miró a un lado de la que ponía CNT.

—Ésta es la tuya. Que tengas suerte, compañero.

—¿Dónde me llevan ahora?

—Creo que los anarquistas vais a Campamento. Allí os tendrán unos días para instruiros y, luego, al frente a matar fascistas.

El miliciano esperó hasta que Mario se subió a la batea del camión. Otros cinco hombres esperaban sentados en los bancos de madera que había a un lado y a otro. Todos tenían la mirada perdida, callados. Mario se sentó junto a la trampilla de salida.

Al verse libre, estuvo a punto de saltar y salir corriendo, ansioso de llegar a la seguridad de su casa. Pero pensó que era un suicidio huir en aquel momento. Se asomó y miró a un lado y otro. Había muchos guardias, funcionarios de la prisión, milicianos armados, y todos parecían alertados e inquietos por el gentío descontrolado. Demasiada vigilancia para saltar del camión, pensó. Tenía que esperar, no podía levantar sospechas ni perder la oportunidad. Desdobló el salvoconducto y leyó su escueto contenido: «Faustino Morales Corral, preso común de la Modelo, se alista voluntariamente a las milicias de la CNT para luchar contra el fascismo en los frentes en los que se le requiera». Firmaba un tal Evaristo Tadeo Mota, fechado el día 22 de agosto de 1936, y sobre la firma el sello con las siglas de la CNT. Aquel papel le proporcionaba una libertad condicionada a luchar en el frente bajo la bandera anarquista de la CNT.

La tarde iba pasando lenta, y con la caída del sol, la entrada de la cárcel se fue despejando de curiosos. Mario se enteró de que el incendio había sido provocado, y que se echaba la culpa a los presos políticos que pretendían con el fuego o morir o escapar. La noticia había corrido por toda la ciudad y la gente, exaltada por las proclamas de venganza, se había aglomerado frente a la cárcel con la disposición de acabar con los más de mil presos políticos que había encerrados. Oyó algunos disparos hechos desde las azoteas y los balcones de los edificios que rodeaban la cárcel, pero, al final, se consiguió convencer a la turba enardecida de que todo estaba bajo control y de que nadie iba a escapar de la prisión.

Cuando casi anochecía, cansado de estar sentado en aquella camioneta, a la que se habían incorporado otros ocho hombres más, dispuestos a luchar para el perdón de sus delitos, aparecieron un grupo numeroso de milicianos, entre los que se encontraba el que le había firmado el salvoconducto, y también Luisa.

—A los que sepan manejar armas, metedlos en ese camión —dijo con autoridad.

Mario, y todos los que se hacinaban en la batea del auto, miraban curiosos al exterior, envuelto en la penumbra del atardecer. Vio que Luisa se acercaba a donde estaba, con el fusil en la mano.

—A ver, ¿quién de vosotros sabe utilizar un arma?

Uno de los que estaba en el fondo respondió de inmediato.

—Yo he sido cazador.

—Pues abajo, y métete en aquel camión —le dijo Luisa, mientras el hombre descendía de la batea—. ¿Alguien más?

Se quedó mirando a Mario, que no sabía si debía hablar o no.

—¿Tú no decías que sabías manejar un arma? —le preguntó de repente, con displicencia.

Mario tardó en reaccionar.

—Bueno... sí...

—Pues, abajo.

La orden fue tajante, y Mario entendió que Luisa le estaba guiando a su terreno, aunque seguía yendo a ciegas. Se bajó de un salto y se incorporó a una camioneta con la batea descubierta. Sólo se subieron tres más, en total, cinco hombres decían saber utilizar armas. Uno de los milicianos, después de hablar con el que parecía el responsable de todo, se sentó al volante, y los demás se fueron repartiendo en el resto de los vehículos. Mario vio que Luisa no se subía a ninguno. Los motores se pusieron en marcha, y los que estaban primero avanzaron lentamente. Cuando empezó a moverse el camión en el que iba Mario, Luisa levantó la mano al conductor para que se detuviera y se subió en el asiento del copiloto. Y otro miliciano armado con una pistola se incorporó a los que estaban detrás, seguramente para vigilar por si alguno tuviera la intención de evadir su obligación. Por el ventanuco que se abría detrás de la cabina vio la nuca de Luisa. Su pelo negro, el pañuelo de dril rojinegro anudado alrededor de la coleta. Le zarandeó el brusco vaivén del auto. Apoyó la espalda contra la pared de hierro, con la vista puesta en aquel perfil, difuminado por el cristal sucio. Sus labios sonrieron levemente. Estaba fuera. En cuanto tuviera oportunidad saldría corriendo.

El miliciano que iba con ellos llevaba la pistola en la mano. Todos miraban las calles de Madrid. Pasaron por la Casa de Campo, y Mario vio que el Palacio de Oriente se iba quedando atrás; enfilaban la carretera de Extremadura.

—¿Adónde vamos? —se atrevió a preguntar al de la pistola.

—A Talavera.

—¿A Talavera?

—Pero ¿no nos iban a llevar a un cuartel cenetista? —inquirió otro.

—Vosotros sabéis utilizar las armas, no os hace falta ninguna instrucción, y en Talavera se precisan hombres para retener el avance de los rebeldes.

—Así que nos llevan directamente al frente —añadió Mario.

—¿Y qué querías, pasar unas vacaciones antes?

Mario no hizo caso del comentario.

—¿Y ya están en Talavera? Pero si no hace ni una semana que tomaron

Badajoz, avanzan muy rápido, ¿no?

El miliciano de la pistola encogió los hombros, y sacó un paquete de tabaco de liar y un librito.

—Yo no sé si avanzan rápido o no, sólo te digo que los fascistas han llegado hasta Navalморal, y que mañana estaremos pegando tiros para evitar que esos malnacidos tomen Talavera.

Empezó a liarse un cigarrillo concienzudamente, sin prisa, ajeno a los zarandeos provocados por la marcha del camión. El hombre que estaba sentado a su lado le pidió uno, y el soldado ofreció a todos el tabaco y el papel de liar. Mario rechazó el ofrecimiento, pero el resto se liaron su pitillo, unos con más destreza que otros, aspirando el humo y expulsándolo lentamente entre sacudidas y baches que apenas les permitían llevárselo a la boca. Con el rugido renqueante del motor, la camioneta avanzaba lenta por la carretera solitaria, jalonada de las llanuras inmensas de Castilla, que se desvanecían, poco a poco, en la opacidad de aquella noche de agosto.

Mario estaba cayendo en un letargo apático, mecido por el vaivén de la marcha, cuando notó que el camión reducía la velocidad hasta detenerse con un frenazo brusco.

—¡Hora de mear! —gritó el conductor, abriendo la puerta y descendiendo.

Mario se levantó y lo vio alejarse tragado por la oscuridad, con prisa y sujetándose el vientre con la mano. Todos bajaron del camión y se dispersaron, unos más lejos que otros, para aliviar el cuerpo. La única iluminación que había era el resplandor lúgubre de los faros del camión, y la exigua luna en el inicio de su fase en cuarto creciente. Mario se alejó unos metros de la carretera, y mientras orinaba, levantó la vista al cielo plagado de estrellas. Aspiró el aire fresco del campo, llenó sus pulmones con una sensación de frescor y limpieza, de libertad y de vida, después de tantas semanas metido en aquella cloaca. Se volvió un poco, y se dio cuenta de que si echaba a correr tenía la oportunidad de escabullirse en la oscuridad. Atisbó la carretera que ya habían recorrido; calculó que si la seguía, podría regresar a Madrid antes del amanecer. Terminó de orinar, pero no se movió. De espaldas a la camioneta, oyó que hablaban algunos de los que ya habían acabado. Giró un instante la cabeza y vio que se estaban liando otro cigarrillo. Luisa se hallaba de pie junto a la puerta abierta de la cabina; no llevaba el fusil y estiraba los brazos por encima de su cabeza como si estuviera desperrezándose. Mario tomó aire, y dio un paso al frente con el cuerpo estático, esperó un instante, y dio otro, y luego otro, y otro más, notando el corazón a punto de estallarle, hasta que se vio corriendo campo a través, abriendo los ojos en el horizonte oscuro con una fijeza felina. Nadie le había dado el alto, todavía nadie se había dado cuenta de que ya corría, alejándose cada vez más del tenue resplandor de los faros. Estuvo a punto de caer, y sólo entonces se giró. Se encontraba a unos cien metros de distancia. Un grito resonó en la noche.

—¡Faustino! —Se mantuvo un silencio tenso, a la espera de una respuesta—.
¡Faustino, coño! No me jodas...

Ellos actuaban a ciegas, mientras que él podía ver todos sus movimientos. El conductor y el de la pistola iniciaron una incursión en la dirección en la que huía, mientras Luisa, con el fusil en la mano, encañonaba a los otros cuatro, que subían al camión.

Mario reaccionó en seguida, y cambió de dirección para pasar al otro lado de la carretera. Corrió todo lo deprisa que le daban las piernas, casi a ciegas, escuchando el crujido de la tierra bajo sus zapatos de piel. Las irregularidades del terreno a veces le hacían perder el equilibrio. No fue consciente de que subía a un pequeño cerro y, al llegar arriba, oyó un disparo y el silbido de la bala le pasó muy cerca. Fue incapaz de reaccionar, continuó corriendo pero con el segundo disparo notó un fuerte escozor en el hombro y, sólo entonces, se agachó y fue casi arrastrándose hasta superar el cerro; luego se dejó caer por la pendiente.

—¡Alto!

Las voces estaban demasiado cerca, pero no se detuvo. Sabía que la única esperanza que le quedaba era correr, si le cogían, lo matarían. Así que continuó su carrera, apretando la mandíbula para soportar el dolor intenso que sentía en el hombro, medio encorvado para evitar que su silueta se pudiera ver en la penumbra, lo que le restaba velocidad. No se volvió, su única obsesión era avanzar un paso más y no escuchar a su espalda el disparo que lo derribaría para siempre.

Cuando no pudo más porque el corazón le latía mucho más aprisa de lo que podía soportar y ya no le quedaba aliento para respirar, se detuvo y se giró sobre sus pasos; lo único que se veía era una negrura inmensa y un silencio tético, interrumpido por su respiración descompensada, hiriente, asfixiada. Se dejó caer al suelo, boca arriba, mirando al cielo estrellado, aspirando aire y soltándolo mucho más deprisa de lo normal. Esperaba en cualquier momento un crujido, un chasquido, alguna señal que le indicase que le habían dado caza, pero no pasó nada. Estuvo allí quieto, inmóvil, cerró los ojos y esperó, tomando aire y expeliéndolo, notando el alocado latido de su corazón.

Abrió los ojos y se incorporó. Había sudado tanto por la carrera que estaba empapado, y el dolor del hombro le resultaba insoportable. Notó la camisa mojada, pero no era sólo del sudor. Debía de estar sangrando mucho. Miró a su alrededor. Veía mejor porque sus ojos se le habían acostumbrado a la oscuridad. No se oía nada, ni se veía ningún movimiento extraño. Se levantó despacio, con una sensación de mareo. Tenía que encontrar algún sitio en el que refugiarse antes de que amaneciera, era muy probable que con la luz del día iniciaran una batida para buscarle, y si caía desvanecido en medio del campo le cazarían sin problemas. Inició la marcha hacia el norte, guiado por las estrellas, intentando atisbar la carretera. A lo lejos le pareció percibir una luz y se dirigió hacia ella,

angustiado porque sentía muy debilitadas sus piernas y las fuerzas le estaban abandonando.

Llegó exhausto a un pueblo y se adentró por sus calles solitarias en las que la tensión del silencio quedaba de vez en cuando interrumpido por los ladridos de algún perro. Miró al horizonte. Estaba a punto de amanecer, tenía que esconderse en algún sitio. Trepó con dificultad por una tapia y se dejó caer al otro lado. Quedó sentado, agazapado en un rincón desconocido y oscuro. Cerró los ojos y, sólo entonces, se dejó vencer por la inconsciencia.

El Camposanto

Guardé la agenda en mi carpeta con sumo cuidado bajo la atenta mirada de la anciana. Luego, me despedí de ella, reiterándole mi promesa de devolvérsela en perfecto estado. Salí del portal satisfecho. Cuando enfilé la calle, me volví y miré hacia el ventanal por el que vislumbré a Genoveva, que me observaba sonriente. Alcé la mano a modo de despedida. Aquella anciana me enternecía, tenía esa apariencia quebradiza que, sin embargo, quedaba curtida por tantos acontecimientos vividos, experiencias pasadas de una vida apurada casi hasta el final.

Un tibio sol apenas calentaba el gélido frío de enero, lo suficiente como para que la gente caminase más altiva, menos encogida, con la cara alzada. Siguiendo las indicaciones de Genoveva bajé por la calle del Pradillo, y al llegar a una rotonda continué recto unos cincuenta metros más; en seguida atisé, a mi izquierda, la tapia del cementerio con algunas cruces de sus tumbas despuntando por encima de ella. Bordeé el muro desnudo para dar con la puerta de acceso. Miré alrededor y pensé en lo que debió de ser Móstoles en los tiempos en los que Mercedes y Andrés, y el tío Manolo, y Clemente, y Fermín Sánchez, o la misma Genoveva de niña, se movían por calles de tierra, lindantes con huertas y campos de labor. A ojos de los que convivieron en aquel pueblo de apenas tres mil habitantes, debía de resultar cuanto menos chocante la transformación sufrida de aquellos caminos y sembrados, hoy convertidos en avenidas y calles asfaltadas, en edificios de pisos, en locales con reclamos de mil colores, bares y cafeterías. Y en el centro de todo aquel fenómeno de asfalto, ladrillo, luces de neón y ruido, había quedado, como una especie de milagro, el cementerio, enclaustrado por aquella pared enjalbegada a modo de muralla protectora de sus exangües habitantes a cualquier agresión procedente del mundo de los vivos, facilitando el descanso de los que yacen para siempre en el seno de su tierra.

La puerta de hierro —de doble hoja, pintada de negro, la mitad superior de barrotes verticales, la parte baja de chapa— estaba abierta de par en par. Una mujer, enlutada de pies a cabeza, entró delante de mí, con paso firme, segura del lugar al que se dirigía, al contrario que yo, lento, indeciso, vacilante. Observé cómo se alejaba por el paseo central hasta que torció hacia la derecha y se situó frente a una lápida, y allí se quedó quieta, reverenciando a sus muertos. Eché un vistazo alrededor. No me agradaban mucho los cementerios; tanta quietud me hacía pensar en que algún día tendría que acompañar a todos los que ya pasaron la barrera de la muerte y, aunque sabía que era algo irremediable y hasta necesario llegado el tiempo, no podía dejar de sentir un escalofrío de rechazo. Cuando murió Aurora, no fui consciente de su enterramiento; todo lo preparó su padre, mi suegro, él me preguntó que si quería hacerlo yo, que él lo entendería, al fin y al cabo era mi esposa; y o le dije que no tenía ningún interés, ni intención,

ni sabía ni quería ocuparme de su enterramiento, y él alegó que ya había pasado por aquello, que él había tenido que dar sepultura a la suya, a su esposa, que todavía no era mi suegra cuando murió, y a la que apenas conocí porque un cáncer muy similar al que luego se llevó a Aurora, la mató al poco de empezar mi relación con su hija, la que luego sería mi esposa. Por eso mi relación con los cementerios seguía siendo ajena, porque cuando tuve la oportunidad, no quise o no pude o no supe hacerla natural, concomitante con la vida, la muerte y la vida van siempre juntas, inexorablemente, pero yo seguí sintiendo ese rechazo de lo que no se quiere que llegue, al menos por el momento, tal vez más adelante si lo desearía, si querría acercarme a ella, o no me daría miedo, o temor, infundado, cobarde, infantil incluso, pero temor al fin.

Al traspasar el umbral de la puerta, avanzando un poco hacia el interior, el mundo de los vivos se quedó a mi espalda y, lentamente, me adentré al territorio de los muertos. Recorrí con la mirada el reducido recinto amurallado. Parecía una alfombra de lápidas y cruces de distintos tamaños y formas, abigarrados unos junto a otros, aprovechando al máximo cada centímetro de suelo disponible; algunos árboles salpicaban de tonos verdes y pardos el color desleído del mármol y la piedra; más allá de la tapia, en el lado de los vivos, se erguían los edificios con sus balcones y ventanas, ojos ciegos y silentes del espectáculo mortuario. Un estrecho paseo central —interrumpido, más o menos en su mitad, al haber sido invadido por más tumbas y mausoleos— servía de eje divisorio a la luctuosa jungla: el terreno más pequeño a mi izquierda, extendiéndose hacia la derecha la mayor parte de las sepulturas. Además de la mujer que había visto entrar y que ahora limpiaba afanosa la superficie de la losa, otras tres más se desparramaban por el camposanto como siluetas de negro en aquel laxo silencio. Al fondo, junto a la tapia, atisé a un hombre que realizaba trabajos de albañilería. Decidí acercarme, atravesando los estrechos pasillos formados entre las caóticas hileras de sepulturas, tan apiñadas entre sí que había tramos en los que apenas podía poner los pies si no era pisando parte de la tumbas, lo que me provocaba cierto reparo.

—Buenos días —dije cuando le tenía a unos metros de distancia. Él se giró un instante, y siguió a lo suyo. Estaba enfoscando una parte de la tapia y se oía el rascar del yeso bajo la llana al extenderlo sobre la superficie—. ¿Sabe dónde puedo encontrar al sepulturero?

—Yo soy el sepulturero.

—¿Es usted el nieto de Fermín Sánchez, el que tenía una taberna que se llamaba Casa Fermín?

Mientras hablaba no dejó de lanzar mortero sobre la superficie.

—Diga lo que quiere, que hoy tengo tarea —se calló un instante para mirar el reloj—. En poco tiempo llegará un difunto y, aquí, ellos siempre tienen prioridad a los vivos.

—Soy Ernesto Santamaría —me adelanté hacia él con la mano tendida, pero se me quedó inerte en el aire—. Me ha hablado de usted Genoveva, la hija de don Honorio, el médico; tiene un nieto que se llama Carlos Godino...

—Sé quién es la Genoveva.

Me interrumpió con la voz recia y, con cierta reticencia, me estrechó por fin la mano. Su tacto era áspero y basto como si hubiera agarrado el tronco de un árbol.

—No quisiera interrumpirlo.

—Lo está haciendo, ya le he dicho que tengo mucha tarea.

—Puedo esperar lo que sea necesario. No le entretendré demasiado, pero tengo interés en hablar con usted, si no tiene inconveniente.

Tenía la piel cetrina, arrugada, casi apergaminaada; de cara enjuta, con los ojos muy juntos y las cejas muy pobladas. No era muy alto y su aparente corpulencia se la proporcionaba las capas que debía llevar para protegerse del frío bajo el jersey de lana deshilachado de color gris. Su pelo era cano, abundante, rizado con algún mechón negro; con barba de dos días, parecía viejo, cansado de la vida, como si hiciera mella en él el continuo contacto con la muerte y con el sufrimiento que genera a los que no tienen más remedio que aceptar el adiós definitivo.

—¿Qué es lo que quiere?

—¿Le dicen algo los nombres de Andrés Abad Rodríguez y Mercedes Manrique Sánchez?

—Mercedes Manrique Sánchez está enterrada aquí. Antes de Navidad trajeron los restos desde Galicia.

Me quedé mirándolo, absorto. De repente, Mercedes, o al menos una parte de ella, se me había presentado en algo más que en la imagen de una foto.

—¿Mercedes Manrique está enterrada aquí?

—Sí, señor. En una tumba de aquel lado —levantó el brazo y señaló—, delante de la capilla que ve usted allí.

Me volví hacia donde me apuntaba; justo en ese momento, un grupo de gente empezaba a amontonarse en la entrada.

—Le voy a tener que dejar —me dijo, mirando de nuevo su viejo reloj de pulsera—. El difunto está a punto de llegar.

—¿Puedo esperarle?

Se había agachado a recoger los instrumentos de trabajo y, al oírme, alzó la cabeza para mirarme sin llegar a levantarse.

—Si usted quiere, pero es posible que tarde; el muerto era muy conocido del pueblo, vendrá mucha gente.

Me sorprendió que hablase de Móstoles como de un pueblo.

—No me importa —añadí—, le esperaré, si no tiene inconveniente.

—Yo ninguno, usted sabrá.

Se alejó hacia el otro extremo del cementerio.

Me volví a mirar a la gente que entraba, pausados, distraídos, hablando entre ellos en un murmullo ascendente; algunos se saludaban como si hiciera mucho tiempo que no se veían. Frente a la capilla (en realidad era un altar cubierto con un alpendre enfoscado de blanco, adosado a la tapia que rodeaba el recinto, con una cubierta de tejas), atisbé a una mujer y una niña que parecían estar al pie de una tumba. El tumulto cada vez más numeroso —una marea oscura que lentamente invadía la quietud del camposanto— apenas me permitía entreverlas, pero me pareció que la niña era Natalia, mi vecina. Pensé que tal vez tuvieran algún familiar enterrado y decidí acercarme. Tenía que ir mirando el terreno que pisaba, zigzaguear cediendo el paso a los que se adentraban al lugar en el que iba a producirse el enterramiento (di por hecho, indeliberadamente, que ellos tenían preferencia). Cuando por fin llegué al paseo central, eran tantos los que accedían que me costó atravesar la riada humana para llegar al lugar donde había visto a mis vecinas; cuando lo conseguí, para mi decepción, ya no estaban allí. Me tuve que apartar porque justo en ese instante entraba el féretro por la puerta —una caja de madera marrón oscura— portada sobre los hombros de seis hombres jóvenes, cabizbajos, dos de traje y corbata negra, y los otros con vaqueros y chaquetones. La mayoría llevaban gafas de sol intentando ocultar su dolor o velar, aunque fuera detrás de la oscuridad de los cristales, la cruda realidad de la pérdida; unos iban con los ojos clavados en el suelo que pisaban, otros con la vista al cielo, tomando el aire que parecía faltarles; alguno de ellos llevaba el paso cambiado, lo que provocaba el vaivén irregular del ataúd. Un silencio solemne enmudeció el rumor de voces que vadeaba entre los presentes, incluso pareció quedar amortiguado el ruido más allá de la puerta, en el lado de los vivos. Con la mirada fija en el avance altivo del féretro, flanqueado por la marea compacta de los que pretendían seguir su paso, pude ver, ya en la calle, a la anciana y a la niña que, justo en ese momento, se volvió hacia la entrada y pude verle la cara. En efecto era Natalia. A contracorriente, intenté salir, pero los gestos reprobatorios de la gente me hicieron desistir. Me alejé del tránsito de acompañantes y me acerqué hacia la capilla. El enjambre de tumbas era una locura, unas ascendían de la tierra majestuosas, revestidas de placas de mármol gris, negro o blanco, con letras doradas o plateadas incrustadas sobre la piedra, o bien talladas en su superficie con cincel y martillo; otras permanecían a ras de tierra, sin mármol que las cubriera, con una simple lápida de baldosines o de rasilla, quebrada por el paso del tiempo; en algunas sólo se vislumbraba la tierra algo abultada como único indicador de que bajo ella yacían restos relegados y a de cualquier recuerdo. Había algunas sin nombre, o con sólo una cruz de hierro clavada en la tierra con frases escritas a mano con pintura blanca en plaquitas de hierro: « Tu mujer y tus hijos no te olvidan » ; nada más, ningún nombre de aquel al que, esa esposa y esos hijos, no olvidaban, ninguna fecha que indicase cuándo

se inició ese olvido; sólo la cruz y la tierra abultada como prueba de su deceso. Paseé la vista por aquellas tumbas, caminando lento, dejando atrás el cortejo fúnebre que se iba alejando hacia el fondo, donde ya les esperaba el sepulturero. De pronto me detuve en seco. Mis ojos quedaron clavados en un nombre toscamente tallado: Mercedes Manrique Sánchez. No tenía lápida de mármol, ni se alzaba del suelo con alguna construcción de ladrillos o placas para acotar su terreno; sólo estaba la tierra hinchada, recientemente removida, sobre el que se había dispuesto (en evidente provisionalidad) una pequeña placa hecha de rasilla y yeso, en cuya superficie aprovechando su blandura inicial, se había grabado el nombre con algo punzante, quedando, al secarse, las letras petrificadas. Tal y como me había adelantado el sepulturero, allí estaban depositados los restos de Mercedes. Miré las sepulturas de alrededor, y me pregunté cuál de ellas estarían visitando mis vecinas. Seguí paseando tranquilo, dispuesto a esperar lo que fuera necesario para poder hablar con tranquilidad de la sepultura descubierta de uno de mis personajes.

Una vez que el féretro fue depositado en el fondo de la yacija, la oscura marea de acompañantes se removió, esta vez hacia la entrada. En la puerta se colocaron cinco hombres en fila, y de inmediato, como si todo estuviera premeditado, se formó una cola que empezó a desfilar ante ellos para ofrecerles su apoyo y su pésame. Ya no había silencio, una vez en traspasado el umbral del camposanto, como si fueran conscientes de que estaban de nuevo en el espacio de los vivos, la gente hablaba, reía y se saludaba o se despedía con irreverente efusión.

Al fondo, en el lugar en el que se acababa de producir la inhumación, vi al sepulturero trajinar con otro muchacho alrededor de la tumba recién estrenada. No quise acercarme para no interrumpirlo, además, junto a él se habían quedado tres mujeres totalmente enlutadas, agarradas del brazo, llorosas, observando al enterrador en su luctuosa actividad.

Eran cerca de la una de la tarde cuando el cementerio volvía a recuperar su aspecto normal. Una espesa niebla había conseguido ocultar el tibio sol y el ambiente quedaba envuelto en una tenue vaharada blanquecina. La gente, poco a poco, se había ido dispersando, y cuando las tres mujeres salieron muy juntas (las dos más jóvenes amparando la pena de la de más edad) los dolientes varones, que habían permanecido apostados en fila junto a la tapia hasta que pasó el último de los acompañantes, se disolvieron de su formación y se distribuyeron en distintos coches. Los golpes de los portazos y los acelerones dieron paso por fin al silencio sereno y acorchado en el activo devenir de la ciudad lindante.

Aunque el enterrador todavía se afanaba alrededor de la sepultura, me fui acercando despacio hacia donde estaba. Cuando me vio, me miró un instante, sin detener su actividad.

—Pensé que se había ido.

—Ya le dije que me interesaba hablar con usted —me detuve al otro lado de la sepultura—. ¿Es éste el único cementerio de Móstoles?

El hombre me miró con una mueca burlona.

—No, hombre, éste es el antiguo, estaríamos apañados si sólo hubiera éste, no sé dónde íbamos a meter a tanto personal. Aquí sólo se entierran los que tienen terreno en propiedad.

—¿Las sepulturas son de propiedad privada?

—Y no sabe usted bien lo demandadas que están.

—¿Y quién puede querer una sepultura en propiedad?

Me costaba entender que hubiera gente que tuviera una tumba en propiedad, preparando y pagando de antemano el lugar donde le enterrasen a uno mismo.

—Hombre, hay quien arregla muy bien cómo y dónde quiere que se le entierre. Cada vez son más los que no quieren tierra, prefieren la incineración y que las cenizas las echen por ahí. Así parece que se evita la sensación de podredumbre y encierro que tiene la sepultura. No hay más que ver los cementerios, y a son muy pocos los que vienen a visitar a sus muertos. Hace unos años, el día de los Difuntos no se cabía aquí, se lo digo yo, a reventar estaba todo esto. Ahora, las tumbas se llenan de mierda, nadie las limpia y apenas hay flores. Hasta para los muertos cambian los tiempos.

—Y usted, siendo enterrador, ¿qué le parece? Lo de la incineración, ¿le parece buena opción, o es mejor la tierra?

—No sé yo qué decirle, antes estaba por lo de la tierra, por aquello del arraigo, y de que uno hace lo que ha *mamao*, y yo, hasta hace algunos años, pues sólo veía la inhumación del cuerpo entero. Pero tengo que reconocer que entiendo lo del fuego —se irguió y respiró hondo, mirándose—. ¿Qué quiere usted que le diga? Si lo piensas, aquí, en la tierra, pudriéndote poco a poco..., no sé qué decirle, aunque en esto de la muerte, ya se sabe, cada uno es cada uno. Aquí todavía son pocos los que se incineran, pero ya los hay.

Me sorprendí atendiendo a aquellos razonamientos tan humanos y a la vez tan escatológicos, tan cercanos y tan alejados, tan populares y a la vez tan ignorados; temas luctuosos que para aquel hombre eran el pan de cada día.

Nos quedamos callados durante un rato. El chico, que debía ser el ayudante, llevaba un mono y tenía que rondar los dieciocho o diecinueve años. Su cara era redonda y colorada. Me miraba esquivo mientras terminaba de sellar la lápida de mármol, retirada para introducir el féretro y vuelta a colocar en su sitio para proteger el descanso de sus moradores. En la superficie había una inscripción: FAMILIA MANZANO AGUADO. Y debajo tres nombres, dos de mujeres y una de hombre, con sus respectivas fechas de nacimiento y de fallecimiento.

—Éste tenía que ser muy conocido.

—¿El Cipri? —preguntó, alzando las cejas y señalando hacia la lápida de mármol—. De Móstoles de toda la vida. Ya se lo dije. En esta sepultura todavía

caben tres más. Las de esta zona son más profundas que las de por allí.

Me di cuenta de que no sabía cómo se llamaba.

—Perdone, ¿cuál es su nombre?

—Gumer, pero todos me llaman Camposanto, ya ve usted, tiene guasa la cosa, en los pueblos ya se sabe, a uno se le conoce más por el mote que por su nombre. A muchos les pregunta usted mi nombre y ni se acuerdan.

—¿Pero le molesta que lo llamen así?

Elevó los hombros, resignado.

—A mí qué me va a molestar, que me llamen como les venga en gana, mientras que no me falten. Ya le digo que aquí cada uno tiene su mote, y valga que no te guste *pá* que te lo llamen más y con más coña.

Pensé en lo peculiar de aquel hombre. Toda su vida entre muertos tenía que terminar por marcar el carácter de uno.

—He visto la tumba de Mercedes Manrique Sánchez.

—Ya se lo dije, trajeron los restos antes de la Navidad.

—Entonces, ¿murió hace muy poco?

—No lo creo, sólo venían los huesos; una cajita pequeña. Ésa llevaba ya años muerta, se lo digo yo —se quedó quieto, mirándome—. ¿Es familia suya?

—No, no, sólo estoy indagando sobre su pasado y el de su marido Andrés Abad. Desaparecieron en la guerra; busco alguna pista que me indique qué les pasó. Genoveva me dijo que era usted nieto de Fermín Sánchez.

—Sí señor, Fermín era mi abuelo. Tenía una taberna en la calle del Cristo.

—Por lo que me ha dicho Genoveva, su abuelo Fermín y Andrés Abad estuvieron juntos durante la guerra.

—Pues no le puedo decir —contestó resoplando y negando con la cabeza—. Mi abuelo murió hace más de treinta años. El pobre, toda la vida esperando a poder jubilarse y se murió al mes de hacerlo.

—Pero no recuerda nada de esta gente que le digo.

—¿Cómo quiere que sepa de ellos? Si dice que desaparecieron en la guerra..., tenga en cuenta que yo nací en el cincuenta y uno.

Decepcionado, me di cuenta de que iba a sacar muy poca información de aquel hombre. Intenté centrarme en lo que había descubierto, la tumba de Mercedes.

—¿Me podría decir quién ha traído los restos de Mercedes? Si dice que lo hicieran antes de Navidad, tal vez esa persona me dé información sobre qué paso con ella, o dónde ha estado todo este tiempo.

—Eso yo no lo sé. Me los trajo la funeraria con la autorización para abrir la sepultura que, por cierto, hay que revestirla, porque está todavía en tierra. Es de las pocas que quedan.

—No pone ninguna fecha, ni de nacimiento ni del fallecimiento.

Encogió los hombros.

—Yo sólo pongo lo que viene en el papel de autorización de la parroquia. Es posible que lo traiga en la lápida. Los marmolistas estuvieron aquí tomando medidas —se rebuscó en el bolsillo de su pantalón, sacó un taco de tarjetas, seleccionó una y me la tendió. Era una tarjeta de visita: Mármoles la Mostolense, con la dirección y el teléfono. Se lo agradecí y la guardé—. Puede que al ser una lápida nueva ellos tengan más información que yo, aunque lo normal es que lo mismo que me dan a mí se lo den a ellos. También puede preguntar en el despacho parroquial. Allí llevan todo el tema de los recibos de la cuota anual de las sepulturas, para el mantenimiento ¿sabe usted? Es posible que le den razón de ello.

—¿Dónde está ese despacho parroquial?

—En la iglesia de la Asunción. ¿Sabe dónde está la fuente de los Peces?

Afirmé.

—Pues está muy cerca. Pregunte por allí —se miró el reloj—, aunque ya tendrá que ser por la tarde; creo que abren a las cinco.

Apunté toda la información en el cuaderno, deprisa para no perder detalle. El hombre me miraba receloso, como si no se fiase de tanta anotación. Le agradecí con una sonrisa, y decidí cambiar un poco de tema para darle algo de relevancia a él; además, sentía una tremenda curiosidad por conocer qué razones llevaban a alguien a ejercer un trabajo como el de sepulturero, y cómo se soporta la vida rodeado todo el día de muerte, pena y luto.

—¿Lleva usted mucho tiempo haciendo este trabajo? —le pregunté, mientras guardaba el cuaderno y el bolígrafo.

—Pues desde que me casé, veintinueve años hará en mayo. Fui ayudante de mi suegro hasta que se jubiló. El hombre no tuvo hijos varones, siete mujeres le vinieron, una detrás de otra, y *pá* un chico que le nació se lo llevaron unas fiebres de invierno con sólo unos meses. Mala suerte.

—¿Es que esto se hereda?

—Hombre, antes sí; lo normal era que el hijo acompañase al padre desde chico para aprender el oficio, igual que la hija se quedaba en la casa con la madre para aprender las labores propias de la mujer; se hacía en esto y en casi todo. Ahora las cosas van de otra manera, mi chico el mayor no quiere el cementerio ni *pá* los entierros de la familia, fíjese usted, y mi chica se casó sin saber freír un huevo, eso sí, el marido la ayuda en la casa porque ella trabaja en el Corte Inglés. Hace dos años el cura de la Asunción me mandó a éste —hizo un gesto hacia el muchacho que ya recogía las paletas en un canasto—, y ahí va, es romo de inteligencia pero bien *mandao*, y trabajador, y eso aquí es suficiente. Lo bueno de esto es que siempre hay trabajo, ¿a que sí, Damián?, a nosotros nunca nos echan al paro —el chico se rió con gesto estúpido, mostrando una dentadura poco aseada y desigual—. Mi suegro sí le podría contar a usted cosas de la guerra, ése sí que tiene historias —se acercó a mí. Había terminado la tarea y se

sentó sobre la lápida recién puesta. Sacó una cajetilla de tabaco negro y me ofreció—. ¿Fuma?

—No, muchas gracias. Lo dejé hace mucho tiempo.

—Hace usted bien —encendió el cigarro con la lumbre de un antiguo mechero de gasolina, lo cerró con un sonido metálico y aspiró el humo con fruición; luego, se retiró el pitillo de los labios y expulsó el aire envuelto en una bocanada gris que le veló un instante el rostro. Entornó los ojos, mirando el cigarrillo, oprimiéndolo suavemente entre sus dedos.

—Me decía usted que su suegro podría contarme cosas de la guerra.

—Él sí. Y posiblemente conociera a esos a los que busca. Está muy mayor y muy limitado físicamente, pero la cabeza la tiene bien y está bien cuidado. Es lo bueno de tener siete hijas. Las mujeres son una garantía para la vejez de los hombres —chascó la lengua y aspiró de nuevo la boquilla del cigarro—, cuando se llega a una edad hay que reconocer que sin ellas no somos nadie.

Intenté mantener la calma y no estropear lo que se me presentaba: aquel hombre de aspecto taciturno, austero, conforme con la vida prosaica que le había tocado, me ofrecía la posibilidad de hablar con otro anciano que vivió la guerra en aquel pueblo. Le observé mientras fumaba su pitillo, aspirando el humo con fruición, soltándolo lento, dejando que el humo blanquecino velara por un instante su rostro; y después de meditarlo, sin llegar a una conclusión convincente y con el temor de hacer el ridículo, decidí sacar la cartera. La abrí y extraje un billete de veinte euros.

—Ha sido usted muy amable conmigo —le dije tendiéndole el billete. Él lo miró y sin decir nada lo cogió y se lo guardó; luego, continuó fumando, impassible—. ¿Podría visitar a su suegro?

—¿No será usted de esos de la memoria histórica que ahora, después de los años, les ha dado por desenterrar a los muertos?

—No, no... verá, me dedico a escribir novelas y, como ya le he dicho, me interesa mucho saber qué pasó con Andrés Abad y Mercedes, su mujer. Acabo de descubrir que está enterrada aquí, pero, por lo que sé, estaban desaparecidos desde la guerra.

Me miró con ojos escrutadores. Empecé a pensar que me había precipitado al darle el dinero, tenía que haberlo enseñado pero sin entregárselo con tanta facilidad. Podría quedarme sin información y sin billete. Lo cierto es que no valía para esas cosas.

—Intentaré no molestar, pero me interesaría muchísimo hablar con su suegro, sobre todo porque son ya muy pocos los testigos directos de esa época, y siendo un pueblo como era antes Móstoles, me imagino que la gente al final se conocía la vida de todos.

—No se equivoque usted, esto sigue siendo un pueblo aunque vivan aquí ciento y la madre. Al final se sabe todo de todos —el hombre miró el reloj. Se

notaba que el tiempo pasaba para él muy lento—. Es hora de cerrar, ¿si quiere usted acompañarme? Mi suegro vive en casa con nosotros. Mi mujer es la más joven de las hermanas y la que está más fuerte, pero las demás también echan una mano. Ya le digo, la suerte de tener tantas hembras.

—Es usted muy amable. Estaría encantado. ¿Su suegra ya no vive?

—Murió hace más de veinte años. Está enterrada aquí en uno de esos nichos —arrojó el cigarro al estrecho pasillo de tierra y lo apagó de un pisotón. Buscó con la mirada para localizar al chico, que estaba terminando el trabajo de enfoscar que él mismo había interrumpido—. ¡Damián, me voy, cierra tú!

Se oyó un «vale» del chico y el sepulturero echó a andar sorteando con agilidad las tumbas. Yo le seguía con bastante más torpeza.

—Es un trabajo peculiar, el de sepulturero —comenté cuando salimos a la calle.

—Alguien lo tiene que hacer. Cuando uno se acostumbra, es un trabajo como otro cualquiera.

—Pero me imagino que será muy triste, siempre rodeado de duelo.

—Eso me decían cuando me decidí a echar un cable a mi suegro. Yo antes era albañil, ¿sabe? Y había faena, porque aquí fíjese usted lo que se ha construido, pero mi mujer, que entonces era mi novia, me decía que lo de albañil no era seguro, que en cuanto acabase la construcción, y algún día se tenía que acabar, me dejarían en la calle y entonces ya no habría vuelta atrás, porque cuando uno es joven encuentra lo que sea donde sea, pero ya con cierta edad es complicado que lo contraten a uno. Así que hice caso de la mujer y me vine con mi suegro a aprender el oficio de sepulturero. Al fin y al cabo esto también es cosa de albañilería.

—Pero a diario es testigo de mucha pena —insistí, con curiosidad—, me imagino que cada entierro será un drama. ¿No le afecta?

—Hombre, ya son muchos años, y uno, al final, a todo se hace. También depende del caso; no es igual un viejo que un joven; los de las criaturas son muy malos, ahí sí que te tienes que poner la piel de hierro *pá* que te resbale todo, porque si no te ahogas. A todo se termina uno amoldando, pero eso, ya le digo yo que no, por muy fría que se tenga la cabeza, uno no puede habituarse a enterrar a una criaturita. Se ponen los pelos de punta cuando coges la cajita blanca sin apenas peso... eso sí que me deja *tocao*, ¿sabe usted? Por lo demás, es un trabajo, ni peor ni mejor que otros, pasas frío o calor como en el andamio, y se te cortan las manos y se te parte la espalda igual —calló un instante, como si estuviera pensando. Caminábamos por el Pradillo en dirección a la fuente de los Peces. Procuraba adaptarme a su paso lento, desplazando el cuerpo como si le pesara—. Y usted, ¿dónde ha dicho que trabaja?

Sonreí blandamente; sabía que un hombre como aquél con un trabajo como el que había desarrollado, el mío le iba a sonar como mínimo a chanza, si no a

otra cosa peor.

—Escribo novelas.

—Ah, sí, ya me dijo antes... —me miró un instante al bies, con una mueca en los labios—. Es la primera vez que conozco a un escritor.

—No sé si es bueno o no...

—¿Y ha escrito muchas?

—Algunas he escrito, pero sólo me han publicado una.

—¿Y con eso se vive? Quiero decir, si se vive bien.

—No, Gumersindo, no se vive, ni bien ni mal, subsisto de una pensión de mi esposa; lo suficiente como para que pueda dedicarme a esto sin pensar en llegar a final de mes.

Me miró con el ceño fruncido y esgrimíó una mueca irónica.

—¿No me diga que vive de la mujer?

—Bueno, no exactamente, ella... ella murió hace cinco años.

—Ah... —frunció el ceño—, lo siento... —añadió contrariado—, le acompaño en el sentimiento.

Sonreí. Era una reacción habitual en alguna gente; en cuanto hablaba de mi viudez, se les cambiaba el rostro, tornándosele mustio, o tenso, o grave, como si estuvieran obligados a aparentar tristeza ante un hecho que yo había superado hacía tiempo, y me decían lo mismo, o algo parecido, que me acompañaban en el sentimiento, o que lo sentían. Por eso no le dije nada. Sólo un escueto gracias seguido de su nombre.

—No me llame Gumersindo, que no me hago, además, nadie me llama así si no es para decirme algo malo.

—¿En su casa también le llaman por el mote?

—No, la mujer y el abuelo me llaman Gumer, y o creo que son los únicos.

—Entonces, si usted me permite, le llamaré Gumer.

Me miró condescendiente.

—Llámeme como quiera.

Cuando llegamos a la altura de la fuente de los Peces miré hacia el ventanal de Genoveva.

—Ahí vive Genoveva, la abuela de Carlos Godino.

—Ya, ya lo sé. En esta esquina estaba la casa de don Honorio. Anda que no he venido veces de chico a buscarlo. Mi padre pasó una enfermedad muy mala, y el hombre se portó muy bien, venía a casa cada vez que lo necesitaba, ya fuera de día o de noche, era un buen hombre.

Habíamos caminado unos cincuenta metros calle arriba, hasta que se detuvo ante una casa baja de dos alturas, enjalbegada de blanco, con un balconcillo estrecho sobre la entrada, como uno de las últimas muestras arquitectónicas que todavía quedaban del pueblo que fue en un pasado no muy remoto.

—Ésta es mi casa. Espero que mi suegro esté despierto, últimamente no hace

más que dormir.

Sacó una llave y la introdujo en la cerradura. Nada más abrir la puerta, llamó a voz en grito:

—¡Herminia! Pase, pase —me indicó con la mano—. ¡Herminia!

—Estoy en la cocina.

La voz templada de una mujer se oyó cercana.

—Traigo visita para tu padre.

Hubo un silencio y, en seguida, Herminia sacó la cabeza por una puerta.

—¿Quién dices que viene?

—Este señor quiere hablar con tu padre.

La mujer me miró de arriba abajo.

—¿Y usted qué quiere de mi padre?

—No seas burra, Herminia. Viene a preguntarle de la guerra.

—Uy, bueno está mi padre para esas cosas —dijo, sin ocultar que mi presencia le resultaba desagradable.

—¿Está en la sala?

—Ahí está, pero le estoy preparando la comida.

—No se preocupe, señora —aduje, algo amedrentado por la situación—, no molestaré mucho.

—Usted no molesta, hombre, pase. Si es que la Herminia es muy bruta, muy buena pero muy bruta.

La mujer hizo una mueca y se metió de nuevo a la cocina de donde se escapaba un intenso aroma a caldo de verduras.

—Pase, voy a presentarle a Eugenio, el mejor enterrador que ha tenido Móstoles en su historia.

Entramos en una salita en la que reinaba un calor exagerado respecto del recibidor. Allí se encontraba un hombre consumido, casi esquelético, con los ojos hundidos y los pómulos salientes cubiertos por una fina capa de piel moteada de manchas oscuras que destacaban más por la palidez marmórea de la tez. Apenas le quedaban cuatro pelos que caían, bien peinados, a un lado del cráneo brillante y desigual. Llevaba puesto un pijama de color claro con un ribete azul oscuro y, al igual que Genoveva, ocultaba sus piernas bajo la calidez de las faldas de una camilla. Sus ojos cristalinos me miraron, curiosos. Esbozó una sonrisa.

—Abuelo, le traigo una visita, para que luego diga que no es usted importante.

Yo me quedé un paso por detrás, en una prudente espera. La sala era pequeña, con la camilla, dos butacas iguales —en una de las cuales estaba el anciano—, una banqueta de madera, dos sillas, y un arcón con seis cajones. No había cuadros, ni cortinas en la ventana enrejada que daba a la calle por la que habíamos llegado. Aquella desnudez en las paredes encaladas, el aire cargado y reseco debido al calor procedente de algún brasero que debía de haber bajo las faldillas de la mesa, junto a la visión decrepita del anciano que debía de rondar el

siglo de vida, parecían haber anclado a sus habitantes en años pretéritos, en los que las tardes frías de invierno transcurrían en silencio, con el sonido isócrono de un reloj antiguo, mientras miraban pasar la vida desde aquel lado de la ventana, ajenos al mundo, a la espera del final.

—¿Quién viene? —dijo el anciano con voz cascada, tan tenue y débil que parecía la de un niño asustado.

—Este hombre, que quiere saber cosas que pasó usted en la guerra.

—¿En la guerra? —apenas esbozó una leve sonrisa, y la frente se le arrugó—. Si eso fue ya hace mucho tiempo. ¿Para qué quiere saber cosas de la guerra?

El yerno se le acercó al oído con el fin de que entendiera lo que le decía. Comprendí que era un poco sordo.

—Es un escritor. De los que escriben novelas.

Me dio la impresión de que había un poco de sorna en sus palabras, pero tampoco me importó demasiado.

—Pues que escriba —añadió el viejo con voz quebrada y temblona—. Eso está muy bien..., que escriba —se quedaba callado, con la mirada perdida, ausente, hasta que volvía de nuevo—. Yo aprendí a escribir y a leer en la guerra, me enseñó un cura. Si no hubiera sido por eso no aprendo, y a ve usted. Luego me ha servido de poco, lo de escribir digo, porque la verdad es que he escrito muy poco en mi vida, con saber el lugar de cada sepultura me bastaba. Sin necesidad de leerlas, me conocía los nombres de todas las lápidas; sabía dónde estaba cada cual.

Hablaba ensimismado, lento, con voz ronca, rasgada, cansada.

Gumersindo se volvió hacia mí y me invitó a que me aproximase.

—Síntese en esa silla, y acérquese todo lo que pueda porque está más sordo que una tapia. Tendrá usted que gritarle un poco para que entienda lo que le dice.

Me senté y me acerqué sonriente, tratando de mostrar amabilidad en mis gestos; mientras, el anciano me observaba curioso, con una mueca laxa en los labios.

—Buenos días, don Eugenio, encantado de conocerlo, soy Ernesto Santamaría.

—Uy, como le hable usted así, no terminamos nunca —el Camposanto se acercó al oído de su suegro y le dijo despacio y en voz alta—: este señor quiere saber si conociste a... —me miró con gesto de interrogación. Yo reaccioné de inmediato y le di los nombres y apellidos de Andrés y Mercedes.

Cuando oyó los nombres, el viejo frunció el ceño, irguió el gesto y miró a su yerno alertado y sorprendido.

—Ése es uno de los Brunitos.

—Si no me han informado mal —dije alzando la voz y acercándome al rostro del anciano para que me oyera bien—, vivían en la calle de la Iglesia, al lado de la que era la casa de don Honorio, el médico, y de su hija Genoveva.

El hombre se quedó mirándome, absorto. Luego dirigió sus ojos blandos al yerno, ignorando mi presencia.

—¿Qué dice que quiere saber de los Brunitos?

Yo le respondí, aunque la pregunta no me la había formulado a mí, era como si hubiera elegido como único interlocutor a su yerno.

—Después de la guerra, Andrés desapareció, y quiero saber qué le ocurrió.

Noté que el anciano estaba reacio a mis palabras, y alertado, miraba a su yerno; Gumer también se dio cuenta.

—Andrés Abad era de los Brunitos, el hijo de la María, —movía la mano raquítica, casi esquelética, agarrotada por la deformación de los huesos, parecía que se le iba a descoyuntar el brazo del cuerpo—, la que se quedó viuda del Zacarías, allá por el 30, Tabique le llamaban. A ése le ayudé yo a mi padre a enterrarlo. La María murió durante la guerra, se decía que de pena porque los rojos se llevaron a los dos hijos.

—¿Pero se acuerda de lo que les pasó después de la guerra a Andrés o de su esposa, Mercedes Manrique? —insistí—. Ella era hija de una mujer que se llamaba Nicolasa.

El hombre arrugó los labios y encogió los hombros, como si se escondiera de mí. Desvió la mirada hacia su yerno y luego la dejó perdida en la nada. Entonces, intervino Gumer.

—Fueron malos tiempos —se paró un instante para coger la banqueta de madera y sentarse frente a mí—. A su padre —hizo un gesto hacia el anciano— se lo mataron los rojos en julio del 36; le acusaron de haber escondido a unos cuantos fascistas en el cementerio. Con quince años, Eugenio tuvo que hacerse cargo del cementerio; los dos hermanos mayores se fueron al frente, él se libró precisamente porque se encargaba de enterrar a los muertos, los del pueblo o los que venían de fuera a morir aquí. De los dos hermanos, a uno lo mataron en la batalla de Brunete. El otro, cuando terminó la guerra, regresó confiado de que no había hecho nada más que cumplir con su obligación, no pensó en exiliarse; pero nada más pisar el pueblo le cogieron y, con otros tres, le fusilaron junto a la tapia, donde está ahora la puerta de entrada, ahí cayeron, y ahí los enterraron, fuera del camposanto, porque decían los meapilas de los fachas que eran rojos, y los rojos no podían recibir sepultura en terreno sagrado, los muy cabrones... —dejó la vista perdida, con una expresión de resentimiento heredado—. Yo no sé si era rojo o azul, pero me da a mí que con diecinueve años que tenía el chaval pocas ideas de unos u otros debía de tener; le tocó el bando equivocado, ésa fue su desgracia —me di cuenta de que los ojos del anciano se habían perdido en los recuerdos removidos por las palabras de su yerno, el rostro flácido, ido, como ausente—. Imagínese lo que debió de ser: pasar todos los días por delante del terreno donde sabes que está tu hermano sepultado, en tierra no sagrada, como si fuera un perro.

Se detuvo un instante y esbozó una leve sonrisa. Se acercó al viejo para hablarle al oído con voz fuerte.

—Abuelo, ¿verdad que durante el tiempo que estuvo sepultado su hermano fuera del camposanto, en el terreno donde estaban crecía la hierba casi la altura de un hombre?

El anciano le miró alzando las ralas cejas, e hizo un gesto de conformidad.

—Pero las cosas de los muertos duelen mucho, ¿sabe? —continuó Gumer, dirigiéndose de nuevo hacia mí sin llegar a mirarme—, y la sangre tira, y al cabo de los meses, uno al que llamaban el Chato, harto de ver a su madre acudir a escondidas a la tapia del cementerio para rezar por el alma del hijo arrojado de la Gloria antes de entrar en ella, se junto con otros dos más, desenterraron los restos de los cuatro fusilados y los depositaron en una tumba dentro del cementerio. Alguien los denunció. Los fusilaron a los tres, porque ninguno de los tres dijo dónde habían metido los restos. Mi suegro se libró porque esos días estuvo metido en cama con lumbago, que si no se lo llevan también por delante...

—¿Qué le estás contando? —Herminia irrumpió en la estancia, arrancándome de forma brutal del relato de aquel hombre que había absorbido toda mi atención.

—Nada, mujer, cosas de tu padre.

—No me gusta que cuentes esas cosas. Son muy tristes. Mira, ya has conseguido hacerlo llorar.

No me había dado cuenta, pero el anciano tenía los ojos cristalinos, brillantes, empapados de lágrimas que le manaban resbalando por las mejillas hasta quedar pendientes en la quijada enjuta y saliente. Los agujeros de la nariz le brillaban.

—No llore, padre —le extrajo un pañuelo del bolsillo del pijama y le limpió la nariz como si estuviera limpiando una encimera, mientras murmuraba la retahíla—: será posible...

El anciano, con la mano temblorosa, le quitó el pañuelo y se lo pasó por la cara.

La mujer no disimuló su enfado.

—Ya tenemos bastante encima como para que también tengamos que tirar de las cosas de la guerra y de lo que vino después de ella. Lo pasado, pasado está.

—No era mi intención molestar a su padre —me disculpé, incómodo.

La mujer ignoró tanto mi presencia como mis palabras de disculpa, dándome a entender que sí estaba molestando.

—Vamos, padre, que le voy a dar la comida, que hoy tiene usted el puré que le gusta.

Me levanté y miré a Gumersindo que, resignado, también se puso en pie.

—Será mejor que me vaya.

Herminia, aparentando que le colocaba la chaquetilla del pijama, se había situado entre el anciano y yo, dándome la espalda premeditadamente y de

forma descarada. Yo me alejé y me dirigí hacia la puerta, seguido de Gumersindo. Herminia salió casi arrollándome, en dirección a la cocina. Cuando lo íbamos a hacer nosotros, la voz del anciano nos detuvo.

—Gumer.

Hizo un gesto al yerno para que se acercase a él y le susurró algo al oído. No podía ver la cara del viejo que quedaba oculta detrás del rostro de Gumer, pero sí vi los ojos de éste, volverse hacia mí, sorprendido por lo que estaba oyendo. Agudicé el oído todo lo que pude y algo de Andrés pude escuchar.

Yerno y suegro se miraron un instante en silencio, y el yerno le habló:

—No se preocupe, abuelo...

—Cuéntaselo, ya poco importa —encogió los hombros, conforme—. A mí me da igual...

Se calló cuando Herminia entró en la estancia con un mantel bajo el brazo y unos cubiertos en la mano. El yerno se puso sutilmente los dedos sobre los labios para que mantuviera silencio, no tanto por mi presencia —atendiendo al gesto que hizo hacia ella— como por la de la mujer, afanada en colocar el mantel de cuadros rojos y blancos sobre la mesa. Los dos hombres se quedaron un rato mirándose como si se estuvieran dando la conformidad uno a otro.

El viejo asintió con un ligero gesto.

—Hala, Gumer —intervino ella, con muestras claras de impaciencia—, despide a este señor que le tengo que dar de comer, y luego se hace tarde.

Gumersindo no reaccionó al principio, como si el viejo le hubiera dicho que me desvelase un secreto que nunca pensó que se fuera a descubrir. Pero atisbé cómo el viejo cogía la mano a su yerno y apretaba con sus dedos largos y contraídos, mirándolo insistente, asintiendo con sus ojos blandos.

—Voy a acompañarlo a la puerta. Ahora vuelvo.

—No tardes —advirtió Herminia—, que luego se te hace tarde.

—Ya lo sé, mujer, no repitas tanto las cosas.

Llegamos a la puerta, yo mismo abrí y salí a la calle. Entonces me volví hacia el sepulturero que, desde el quicio de la entrada, me miraba serio, con un visaje de gravedad que no le había visto antes.

—¿Qué ocurre, Gumer?

—Nada, ¿qué va a ocurrir?

Su actitud había cambiado radicalmente, mostrándose reacio a mi presencia.

—¿Qué le ha dicho su suegro? —insistí.

—Nada que a usted le importe.

—Si es algo referente a Andrés Abad y Mercedes Manrique sí que me importa y mucho.

—¿Es usted familiar o tiene algo que ver con ellos?

—No. Lo cierto es que...

—Pues entonces, no hay nada que contar.

Su gesto pasivo, imperturbable, me desconcertó. Parecía incómodo con mi presencia, como si hubiera removido algo olvidado en el tiempo y que se resistía a destapar.

—Tengo mucho interés en todo esto —insistí.

Movió la cabeza de un lado a otro.

—Mi mujer tiene razón, no ha sido buena idea traerlo. Será mejor que se olvide de todo esto. Vamos a dejar en paz a los muertos.

La voz de Herminia llamándolo fue la clave para cortar la conversación, cerró la puerta y me quedé en medio de la acera, aturdido.

Capítulo 16

Mario abrió los ojos y lo primero que vio fue a una mujer vestida de negro con un mandil de colores grises; doblaba ropa que sacaba de un cesto de mimbre situado a sus pies para colocarla sobre una mesa de madera. Estaba tan concentrada en sus tareas que no se percató que la miraba. Moviéndolo los ojos, Mario miró a su alrededor; se hallaba tumbado sobre un colchón de lana mullida, en una habitación aireada, encalada y fresca; frente a él se abría una ventana pequeña, por la que penetraba la intensidad del sol de mediodía o de primeras horas de la tarde. Las partículas de polvo se mantenían en suspensión en el haz de luz, dando a la alcoba un ambiente sosegado entre la claridad y la penumbra que se formaba en los rincones. No había más muebles ni enseres aparte de la cama, la robusta mesa y un banco corrido en el que estaba sentada la mujer. Mario tragó saliva y sintió la garganta seca como el esparto. Intentó levantarse pero un fuerte dolor lo paralizó, emitiendo un quejido lastimero; al oírlo, la mujer se volvió hacia él, dejó lo que tenía en las manos, se levantó y se acercó a su lado.

—Procura no moverte, chico, no vaya a ser que te vuelva a sangrar la herida.

Tenía la cara redonda y rugosa, el pelo encanecido dividido en dos crenchas tirantes e iguales, recogido con un moño a la altura de la nuca, lo que le daba una expresión áspera y adusta.

—¿Dónde estoy?

—En Móstoles. A salvo. ¿Cómo te encuentras?

Mario pensó un instante en su estado, en cómo había llegado hasta allí, en el origen del dolor que tenía en la espalda a la altura del hombro.

—Me duele.

—No me extraña, hijo, don Honorio te ha sacado una bala. Según él, si entra un poquito más, te llega al corazón.

En ese momento entró en la alcoba un hombre de unos sesenta años, delgado, enjuto y huesudo, con su boina calada y ese aspecto rudo y despegado de los campesinos curtidos por la tierra y el sol.

—¿Ya se ha despertado? —preguntó inexpressivo.

—Acaba de hacerlo —contestó la mujer que de nuevo trajinaba con la ropa del cenacho.

El hombre se acercó hasta Mario con paso lento.

—¿Cómo estás?

—Dolorido.

—Es normal. El médico no se explica cómo pudiste saltar la tapia. Has perdido mucha sangre.

Mario frunció el ceño y miró a su alrededor.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Te encontré en el patio, medio muerto. Ya le puedes dar gracias a don

Honorio, si no fuera por la mano que tiene a estas horas estarías criando malvas.

La mujer cargó el cesto con la ropa colocándolo sobre su oronda cadera.

—Le voy a traer un caldo, me dijo don Honorio que tomase uno en cuanto despertase.

—Voy yo a decirle que se pase por aquí. Tú, mientras, descansa, y sobre todo no te muevas, al menos hasta que venga el médico.

Mario se quedó solo. Tenía la mirada clavada en el techo encalado, de superficie irregular, del que colgaba un cable retorcido con una bombilla tiznada. Oía a la mujer hablando con otra en alguna estancia dentro de la casa, y golpes secos de loza, como si estuvieran colocando platos o tazas. Al rato, entró en la alcoba una mujer mucho más joven y que, por lo abultado de su vientre, estaba embarazada. Era morena y guapa, aunque Mario pensó que tenía el aire rancio de las chicas de los pueblos que las diferenciaba de esa sofisticación más propia de las de Madrid. Llevaba un tazón de loza blanca que humeaba, con un paño colgado en la muñeca. Caminaba despacio, para evitar tropezar y verter el contenido de la taza.

—Hola, Faustino —dijo sonriendo, sin perder el equilibrio de lo que portaba—, me alegro de que estés mejor.

Mario recordó entonces el salvoconducto en el que ponía el nombre de Faustino.

—Te traigo un caldo de gallina que levanta a los muertos. Te vendrá bien.

Dejó el tazón en la mesa y se acercó a la cama, con una sonrisa servicial.

—Deja que te ayude.

Le colocó una almohada en la cabecera y Mario se fue incorporando, poco a poco, resoplando para tragarse el dolor que le ardía en la espalda. Cuando consiguió reclinarse sobre las almohadas, cerró los ojos desfallecido, como si hubiera hecho un esfuerzo titánico.

—Espera, espera un poco —le dijo a la mujer cuando la vio acercarse con el caldo—. Creo que me estoy mareando.

—No me extraña, apenas te hemos podido alimentar con algo de líquido, tienes que estar muy débil.

Esperó paciente, a su lado, hasta que recuperó la estabilidad. Sorbió el caldo despacio, sintiendo el sabor cálido y salado pasar por su garganta, que le reconfortaba su estómago y aliviaba su debilidad.

—Gracias. Estaba muy bueno. ¿Cómo te llamas?

—Mercedes, mi madre es la que ha salido con la ropa, ella se llama Nicolasa, y el hombre que ha ido a buscar al médico es el tío Manolo, bueno, Manolo. Es el tío de mi marido, y ésta es su casa.

Mientras hablaba, le recomponía la cama como si fuera una atenta enfermera. Cuando se acercó para colocarle el embozo, Mario aspiró el aroma a limpio de su cuerpo.

—Nos tienes que decir a quién debemos avisar. Llevas aquí dos días, con mucha fiebre, a veces hasta delirando. Has estado muy mal, creíamos que no salías. Dinos dónde vive tu familia y daremos aviso de que estás bien —su gesto se quebró y desvió la mirada—, seguro que estarán muy preocupados por ti. Sólo sabemos que te llamas Faustino Morales Corral —calló un instante y le miró de reojo, algo esquiva—, y que vienes de la Modelo.

—No me llamo Faustino Morales —dijo mirándola a los ojos—. Mi nombre es Mario Cifuentes Martín, y vivo en Madrid.

Mercedes abrió la boca para decir algo, pero se mantuvo callada cuando oyó las voces de su madre, de Manolo y del médico que ya se acercaban. Don Honorio entró el primero, con paso firme, sonriente, portando un maletín negro. Era mucho más alto que el tío Manolo, más orondo, calvo, con un bigote minúsculo. Llevaba una chaqueta abierta marrón del mismo color que los pantalones, camisa clara abrochada hasta el cuello, pero sin corbata ni sombrero. Mercedes se apartó prudente, con gesto contrariado, y cogió el maletín que, sin mirarla, le tendía don Honorio.

—¿Cómo está mi paciente? —tomó la muñeca de Mario y, con los ojos puestos en un reloj que se había sacado del bolsillo de la chaqueta, sintiendo el palpito de sus venas, se mantuvo a la espera unos segundos. Luego le tocó la frente y le observó los ojos—. Ya casi no tienes fiebre. ¿Ha comido algo?

—Se ha tomado todo el caldo —respondió Mercedes en seguida.

—Eso está bien. Ahora debes alimentarte, pero poquito a poquito, que vayas recuperando las fuerzas. Deja que te vea la herida.

Con delicadeza, le obligó a girarse hacia la pared. Mario tenía el torso desnudo, y sólo se cubría con una ligera sábana de algodón y una colcha fina de ganchillo. Don Honorio le retiró el vendaje que tenía y le palpó, provocando un quejido apenas contenido.

—¿Duele mucho?

—Se soporta.

—Cicatriza bien, no te apures.

Mientras que lo estuvo curando, nadie habló. Cuando le cubrió la herida, lo ayudó a volverse para quedar de nuevo reclinado.

—Bueno, Faustino, pues esto es cuestión de unos días.

—No se llama Faustino —dijo Mercedes, con voz queda.

Las miradas se intercambiaron en silencio.

—Pero... —balbució don Honorio, sorprendido—, cuando te encontramos llevabas encima un salvoconducto...

—Utilicé un nombre falso para escapar...

—Ya entiendo —añadió el médico, con gesto circunspecto—. Entonces, ¿nos vas a decir quién eres?

—Me llamo Mario Cifuentes Martín, vivo en Madrid, con mis padres y mis

hermanos. Llevo desde finales de julio preso en la Modelo, pero les aseguro que no soy ningún delincuente. Lo cierto es que desconozco la razón de mi encierro... bueno, me dijeron que tenía amigos fascistas. Pero no he hecho nada, pueden creerme, y de política lo único que sé es lo que se habla en la universidad donde estudio Derecho —en su mente debilitada, buscaba palabras que lo justificasen ante aquella gente a la que no conocía—. Mi padre es médico y...

—¿Tu padre es médico?

—Sí. Eusebio Cifuentes Barrios. Trabaja en el hospital de la Princesa.

—Lo conozco.

Mario sonrió como si estuviera presenciando un milagro.

—¿Conoce usted a mi padre?

—Sí, hemos coincidido en varias ocasiones. Si no me falla la memoria, se dedica a traer niños al mundo —Mario afirmó, sonriente—. Le avisaré de que estás aquí, pero dime una cosa, ¿cómo has podido escapar?

Mario detalló cómo había salido de la cárcel y cómo había huido cuando detuvieron el camión que le llevaba al frente con otra identidad.

—Lo que no sé es cómo he llegado hasta aquí —añadió, mirando a su alrededor.

—Manolo te encontré afuera, en el patio. Debiste saltar, y ahí te quedaste. Ahora estás en su casa, bien atendido por él, y por Nicolasa y Mercedes. Puedes estar tranquilo, son buena gente. Yo soy Honorio Torrejón, médico de Móstoles. Te cuidaremos lo mejor que podamos, y más sabiendo quién eres.

—Avisé a mis padres, se lo suplico, estarán muy intranquilos con lo que pasó en la cárcel. No quiero pensar lo que estará pasando, sobre todo mi madre.

—No te preocupes, pero hay que ser muy cauto. Eres un preso político, y, para esta gente, eres mucho más peligroso que el peor de los criminales. Seguro que te estarán buscando por la zona. No puedo utilizar el teléfono, no me fío de las líneas —se quedó pensativo un rato—. Ya buscaré la forma de dar aviso a tu padre sin que nadie corra peligro.

—No quiero importunar, me iré en cuanto me pueda levantar...

—No te preocupes. Nadie sabe qué estás aquí, salvo nosotros. No debes moverte durante unos días, primero porque estás muy débil, y luego porque no te conviene andar por ahí. Hay muchos controles de aquí a Madrid, y como te pillen los milicianos no dudes que te darán el tiro de gracia.

Mario asintió con un gesto. Don Honorio dio algunos consejos a las dos mujeres para el cuidado del herido, y luego salió con Manolo de la casa.

—Me preocupa, Manolo, corréis mucho peligro las mujeres y tú; lo deben estar buscando hasta por debajo de las piedras.

—Habilitaré la cueva, por si acaso.

—Escóndelo ahí, es mejor. Estará más fresco y tú no correrás el riesgo de que le encuentren en tu casa. Si llegan a descubrir que cobijas a un evadido...

—Nadie lo sabe.

—De todas formas, es mejor que lo bajes a la cueva, por si acaso.

—Más me preocupa la Mercedes...

—Y a mí, a mí también... —don Honorio le miró con gesto grave, se volvió un instante hacia la casa para cerciorarse de que ninguna de las dos mujeres andaba cerca, y sólo entonces le habló en voz muy baja—. No te he dicho nada para no preocuparos, pero ayer por la noche estuvieron en casa de Nicolasa.

—¿Quiénes?

—Qué más da. El caso es que buscaban a Mercedes. Les dijimos que la madre y la hija se habían ido fuera de Móstoles. En principio se conformaron, pero —tomó aire con una mueca de inquietud— hay que sacarla de Móstoles cuanto antes. Cualquiera puede dar el chivatazo, ahora no se puede uno fiar ni de su sombra.

El viejo Manolo movió la cabeza.

—No tienen a dónde ir, Honorio —chistó los labios y enarcó las cejas mirando hacia la casa—. Por si acaso las diré que se escondan en la cueva con el chico.

—Haz lo que estimes conveniente —se quedó pensativo un rato—. Es posible que esta misma tarde pueda tener una solución para ella. Ya te contaré.

Don Honorio se despidió de Manolo y subió por la calle de las Vacas, en dirección a su casa. Se sentó en su escritorio y buscó una agenda en la que guardaba un listado de teléfonos, nombres y direcciones de sus colegas, amigos y conocidos. Su mujer le preguntó por Nicolasa y Mercedes. Por recomendación de su marido, no las veía desde el día que se llevaron a Andrés y Clemente, y ni siquiera le había dicho a ella que mantenían a un hombre herido en la casa. Era muy peligroso y lo mejor en los tiempos que corrían era no saber. Buscó el nombre de Eusebio Cifuentes. Descolgó el auricular y pidió a la telefonista que le pusiera en comunicación con el número que tenía delante.

—¿Cuánto tardará?

—No lo sé, señor, las comunicaciones están muy mal, es posible que se demore algo más de la cuenta.

—Haga todo lo que esté en su mano, señorita, es muy urgente.

El teléfono sólo dio un par de timbrazos; Genoveva lo cogió antes de que su padre llegase a él.

—Sí, un momento.

La niña le tendió el pesado auricular a su padre.

—Es la llamada que has solicitado a Madrid.

Don Honorio cogió el aparato y se lo colocó en la oreja. Se sentó a la espera de la señal que conectaba con el número de los Cifuentes.

—Sí, ¿don Eusebio Cifuentes, por favor? —calló un instante—. Soy Honorio Torrejón, médico y compañero de profesión de su padre. ¿Cuándo sería posible hablar con él? —escuchó atento lo que le decía Teresa Cifuentes, su interlocutora—. Ya, comprendo. ¿Mañana sería posible...? —de nuevo calló un instante, interrumpido por Teresa—. Es algo muy urgente, señorita... ¿Con su madre? Sí, por supuesto, se lo ruego, pásemela.

Mientras esperaba, el médico miró a su mujer con un gesto grave.

—Sí, encantado de hablar con usted, doña Brígida, soy Honorio Torrejón, médico de Móstoles. Necesito hablar urgentemente con su esposo, es algo importante... —enmudeció, y bajó los ojos al suelo—. Ya, pero es algo de lo que no puedo hablar por teléfono. Verá, mañana recibirán ustedes una visita. Les ruego que la atiendan.

En silencio, escuchaba atento la voz cansina de doña Brígida, dando someras explicaciones sobre la situación laboral de su esposo. Don Honorio, condescendiente, intentaba imaginarse el sufrimiento de aquella mujer a la espera de las noticias de su hijo, pero no se atrevió ni siquiera a mencionarlo. Ya le había advertido su hermano Crescencio (que, a pesar de haber sido apartado de su puesto de director del periódico, seguía teniendo muy buenos contactos en Madrid) que fuera muy prudente al hablar por teléfono porque se estaban interviniendo muchas líneas con el fin de hallar cualquier elemento afecto a la sublevación. Había tenido noticias del amago de incendio en la cárcel Modelo, y de las drásticas medidas que se estaban adoptando con el fin de calmar a una población enardecida, hambrienta de sangre y venganza, tras conocer las escalofrantes noticias sobre la represión perpetrada por los sublevados en la ciudad de Badajoz, así como de las matanzas indiscriminadas allá donde llegaba el Ejército rebelde apoyados por la acción violenta de moros y falangistas. La misma noche del incendio se habían celebrado juicios sumarios a presos políticos, militares y gentes tildadas de fascistas. Las ejecuciones fueron también sumarias y, de ese modo, medio centenar de hombres murieron acusados de intentar provocar el incendio en la cárcel. La fuga del hijo del doctor Cifuentes, utilizando una identidad falsa, le convertía en un proscrito. A esas horas, le debían de estar buscando en cada rincón de la zona. Muy a su pesar, por el bien de todos, don Honorio se veía en la obligación de ocultar a aquella madre la noticias de que su hijo se encontraba vivo y a salvo.

—Está bien, mañana a primera hora le llegará mi recado. Le ruego lo atienda con premura, señora Cifuentes, ya le digo que es muy importante. Su domicilio sigue estando en la calle del General Martínez Campos, número 25... Sí, principal derecha. Eso es, sí, lo tenía apuntado en mi agenda. Le agradezco su atención, doña Brígida, salude usted a su esposo de mi parte; a sus pies, señora.

Cuando colgó el teléfono, se volvió hacia su mujer, constreñido. Luego, se dirigió a su hija, que se encontraba junto a su madre.

—Genoveva, avisa al primo Benito, dile que venga de inmediato, tengo que hablar con él.

La niña salió de la estancia. Cuando estuvieron solos, don Honorio se acercó a doña Eloísa y puso la mano sobre su hombro.

—Voy a enviar a Mercedes y a su madre a Madrid. Saldrán esta misma noche.

—¿Adónde irán?

—A una buena casa. No te preocupes, estarán bien.

—¿Puedo ir a verlas?

—Será mejor que no.

—Pero... me gustaría despedirme de ellas.

—Saldrán de madrugada; entonces podrás verlas. Cuanto menos movimiento vean en torno a la casa mejor para todos. Yo voy a decirles que se preparen. Si viene Benito, le dices que me espere.

Entró en la casa del tío Manolo por la puerta del patio. La señora Nicolasa estaba frente al fuego, removiendo un caldero con garbanzos que cocía a borbotones.

—Nicolasa, al amanecer mi sobrino Benito os llevará a Madrid.

—No conocemos a nadie en Madrid.

En ese momento, entró en la estancia el viejo Manolo. Los dos hombres se miraron un instante.

—Ya tengo un sitio donde pueden ir las mujeres.

Tanto la señora Nicolasa como el viejo lo miraron expectantes. El médico se dirigió a la alcoba donde se encontraba Mario. Los dos lo siguieron.

—¿Cómo estás, Mario?

—Bien, ¿ha hablado con mi familia?

—Sí. Pero no les he dicho que estabas aquí.

Los ojos de Mario se abrieron en un gesto de incompreensión.

—Comprendo que estés ansioso por que tengan noticias tuyas, pero no he querido mencionarte por teléfono. He oído que hay muchas líneas intervenidas, y no me extrañaría que lo estuviera el teléfono de tu casa. Además, desde aquí la conversación es por medio de telefonista y pueden escuchar todas las conversaciones. Me ha parecido arriesgado.

—No me creo tan importante.

—Es posible. Pero en los tiempos que corren es mejor ser prudente. Dime una cosa, Mario, ¿crees que tus padres tendrían algún inconveniente en acoger a Mercedes y a su madre en tu casa? Sería por unos días, hasta que todo esto se calme. Ellas también se encuentran en peligro, un peligro tan injusto como el tuyo.

Mario miró desconcertado, primero al médico, luego a la señora Nicolasa que estaba detrás de él, y por último a Mercedes, que entraba en la estancia en

ese momento, y al tío Manolo, que se encontraba en el quicio de la puerta. Alzó los hombros.

—Bueno..., no creo que haya ningún problema. La casa es grande...

—Está bien. Serán ellas las que le lleven la noticia a tus padres. Voy a prepararlo todo para que puedan salir esta misma noche; cuando lleguen a tu casa, tu familia sabrá que estás vivo y bien atendido, así nadie correrá ningún peligro —se volvió hacia las dos mujeres, que miraban atónitas y aturcidas—. Estad preparadas. Saldréis al amanecer.

Cuando el carro de Benito se detuvo frente al portal número 25 de la calle del General Martínez Campos, Mercedes levantó los ojos y miró el edificio; sintió un escalofrío a pesar de que el sol de la mañana ya caldeaba el ambiente.

—Hemos llegado —dijo Benito, dando un salto desde el pescante al suelo—, ésta es la dirección.

—Vamos, hija —dijo la señora Nicolasa, descendiendo de la parte de atrás del carro—, debes estar muy cansada.

Lo estaba, cansada y dolorida por el traqueteo del carro. Habían salido de Móstoles cuando todavía era noche cerrada. Salieron sigilosas, llorosas, como si fueran furtivas, escondidas bajo mantas y ocultas entre varios sacos de lana, dejando atrás todo lo que hasta entonces había sido su vida, portando tan sólo un hatillo con algo de ropa que cargaba la señora Nicolasa; Mercedes, en el último momento había cogido la foto que, un mes antes, Andrés y ella se habían hecho en la fuente de los Peces. Durante el tortuoso viaje a Madrid la había estado mirando hasta la saciedad, intentando asimilar lo que había sucedido en tan poco tiempo. Quedaba tan lejana la placidez de aquel domingo de julio. Hacía cuatro días que se habían llevado a Andrés y a Clemente, y nada se sabía sobre su paradero. Un angustioso miedo se había instalado de pronto en su vida, el miedo por Andrés, por su cuñado, por su madre, pero sobre todo, miedo por el bebé que llevaba en su vientre. La amenaza de que los hombres enviados por Merino la encontrasen hacía urgente su salida de Móstoles, y la solución había llegado con ese muchacho herido que se había colado en el patio del tío Manolo. Cambio de favores, le había dicho con firmeza don Honorio: ellos mantendrían bien cuidado al vástago de la familia Cifuentes y, a cambio, aquella familia no tendría inconveniente en atender a las dos mujeres que también huían de la muerte, al menos eso era lo que él pensaba.

Benito se despidió de ellas y se encaminó con su carro de nuevo hacia Móstoles. Mercedes y su madre empujaron la puerta que daba acceso al portal de la casa, y antes de que hubieran puesto un pie en el interior, Modesto salió a su encuentro.

—¿Puedo preguntar adónde vais? —inquirió con gesto arisco a la vista de las

dos extrañas.

La señora Nicolasa miró el sobre que llevaba en la mano, y que le había entregado don Honorio, con una nota en su interior dirigida a don Eusebio Cifuentes, y le dijo alto y claro:

—A la casa de don Eusebio Cifuentes Barrios —levantó los ojos y los clavó en la cara rancia del portero.

—Pues no se encuentra.

—¿Y la señora Cifuentes, se encuentra en casa?

—¿Para qué la queréis?

—No es a ti a quien venimos a ver.

—Yo soy el portero de la finca, y el responsable de quien entra y quién sale. Así que, si no me dices a lo que venís, pues no os dejo pasar.

La señora Nicolasa levantó el mentón altiva, mirando a Modesto con gesto orgulloso. Resopló con serenidad.

—Está bien —añadió. Se volvió hacia su hija, la tomó del brazo y la arrastró hacia el interior con suavidad, dejando que se cerrase la puerta tras de sí con un golpe seco—. Esperaremos a que el señor Cifuentes regrese. A ver qué opina él de todo esto.

Con resolución, la señora Nicolasa avanzó por la oscura portería, dejó el hato de tela que llevaba en su mano y se sentó en el escalón que daba acceso a la escalera. Mercedes, menos resuelta que su madre, se quedó de pie.

—Aquí no os podéis quedar —acertó a decir el portero, algo desconcertado.

—Ni tenemos prisa, ni sitio a donde ir.

Después de unos instantes de duda, y ante la perspectiva de que se quedasen ahí, en su portería todo el día, se rindió.

—Don Eusebio no está, pero doña Brígida sí se halla en la casa, ¿si ella os sirve?

La señora Nicolasa lo miró un momento con un leve gesto de satisfacción. Luego, se levantó con alguna dificultad. Cogió de nuevo el hato y se lo colgó en el brazo.

—Vamos, Mercedes, hija.

—Es el principal derecha —dijo Modesto mientras las dos mujeres emprendían el ascenso de los escalones.

—Gracias.

Mercedes se volvió y le dedicó una sonrisa tímida. Llevaba la foto pegada a su tripa, sin más equipaje que su vestido suelto y amplio, porque todo le apretaba ya, y una fina toquilla sobre los hombros que le había protegido del relente de la mañana.

El timbre resonó al otro lado de la puerta, rasgando el aire.

—No te preocupes, hija, ya verás como aquí estamos bien.

A pesar de las palabras de ánimo de su madre, la tristeza que Mercedes

arrastraba desde hacía días no se desprendía de sus ojos.

La puerta se abrió y apareció la cara regordeta y colorada de Joaquina. Miró a las dos mujeres de arriba abajo sin decir nada.

—¿La señora está? —preguntó Nicolasa, con la seguridad de las mujeres curtidas por los años y la dureza del campo.

—¿Quién pregunta?

—Venimos de parte de don Honorio Torrejón, médico de Móstoles. Según creo, la señora habló con él por teléfono ayer por la tarde.

Joaquina, desde un resquicio abierto de la puerta, volvió a mirar, remisa, a las dos mujeres. Una voz femenina se oyó en el interior preguntando quién había llamado. Joaquina cerró la puerta sin decir nada y las dejó en el descansillo. Mercedes se sentía mareada y con ganas de vomitar, y con una mano puesta sobre los riñones doloridos, se sentó en la escalera.

—¿Estás bien?

—Sí, madre, no es nada, es que estoy algo molesta por el viaje, y hace tanto calor.

Se abanicó con la foto, resoplando. La puerta volvió a abrirse, esta vez de par en par, y junto a la criada apareció doña Brígida, con los brazos cruzados bajo su regazo, evidenciando una mueca entre adusta y arrogante. La señora Nicolasa se acercó hasta ella.

—¿Es usted la señora Cifuentes?

—Yo soy.

—Venimos de parte...

—Ya, y a me ha dicho mi criada, pero ¿qué quieren?

—Ayer habló usted con don Honorio, y le dijo que hoy recibiría una visita.

—Así es.

—Mi hija y yo somos la visita que esperan.

Doña Brígida no pudo, ni quiso, ocultar su gesto de desagradable sorpresa.

—Y... ¿se puede saber a qué debo... su visita?

La pregunta la hizo con cierto retintín, mirando a la señora Nicolasa de arriba abajo, displicente.

La señora Nicolasa entendió desde el primer momento la reticencia de doña Brígida y no intentó luchar contra ella. Las noticias que traían sobre su hijo harían caer cualquier actitud hostil a la idea de acoger a dos extrañas. Eso era, al menos, lo que le había dicho don Honorio.

—Verá, traigo esta carta de don Honorio para su señor esposo.

Doña Brígida tomó el sobre con remilgos.

—Se lo entregaré en cuanto regrese.

—En ella explica la razón de nuestra presencia aquí.

—Ya, entiendo. No se preocupe, yo se la entrego.

Doña Brígida hizo un amago de cerrar la puerta, pero la señora Nicolasa se lo

impidió con un movimiento brusco de su mano.

—Señora, hemos hecho un viaje muy largo, y mi hija necesita descansar.

Doña Brígida, visiblemente irritada, movió el cuello como queriendo evitar una mala contestación.

—Lo entiendo, pero comprenderá usted que no es mi problema...

—Sí señora, sí que es problema suyo, y le aseguro que le conviene dejarnos pasar.

—¿Cómo se atreve a molestar a la gente decente?

—Madre —Mercedes intervino irritada por las impertinencias y por la sensación de agobio que tenía—, dígaselo de una vez y, si no tiene corazón, que nos eche a la calle como si fuéramos perros.

En el descansillo se hizo un silencio extraño. Doña Brígida miró a Mercedes entre el desconcierto y la exasperación; luego, miró a la puerta de enfrente, en cuya mirilla intuyó el ojo avizor de doña Encarnación, la vecina, a la escucha de todo lo que sucedía al otro lado de la puerta.

La señora Nicolasa adivinó los temores de doña Brígida. Ya le había advertido don Honorio que anduvieran con mucha cautela de lo que decían y dónde lo decían, porque Madrid se había llenado de chivatos a los que cualquier noticia les podía valer para denunciar y, con ello, salvar su propio pellejo.

—Si nos permite pasar, le explicaré...

—Ya le he dicho que le entregaré esto a mi esposo en cuanto llegue. Perdonen mi impertinencia, pero no las conozco de nada y en los tiempos que corren...

La señora Nicolasa se acercó todo lo que pudo sin hacer caso del visaje agrio que adoptó doña Brígida, y le susurró al oído:

—Se trata de su hijo Mario.

El silencio volvió a hacerse espeso, tenso. Doña Brígida abrió tanto los ojos que parecía que se le iban a salir de sus órbitas; su boca se abrió pero no pronunció palabra. Miró a la señora Nicolasa con fijeza intentando encontrar en sus ojos alguna noticia sobre su querido hijo Mario, del que no sabían nada desde el sábado. Nadie les daba cuenta de él, si estaba vivo o muerto. Se habían acercado a la cárcel el mismo domingo por la mañana, para intentar obtener información de Mario, pero lo único que recibieron fueron malas contestaciones o negros augurios sobre su suerte.

En silencio, doña Brígida, tensa, con las manos crispadas, sin entender nada, dio un paso atrás para dejar la entrada expedita a las dos extrañas. La madre ayudó a la hija a levantarse del escalón, y las dos accedieron lentamente al interior. Joaquina cerró la puerta con suavidad y quedaron en una penumbra tamizada por la tenue luz de la mañana que entraba a través de una ventana interior.

La voz rasgada y temblona de doña Brígida rompió el aire espeso y cálido.

—¿Qué sabe usted de mi hijo Mario?

—Su hijo está bien. Se encuentra en Móstoles, en casa de un familiar.

Doña Brígida se tambaleó y a punto estuvo de caer si no fuera porque Joaquina acertó a cogerla por un brazo. La señora Nicolasa reaccionó y la sujetó del otro.

—No se preocupe, tiene una herida en el hombro, pero no es nada grave. Don Honorio le cura cada día. En pocos días se podrá poner en pie y caminar. Es un chico fuerte.

—¿Y cómo... cómo ha podido llegar mi hijo hasta allí?

—En la carta se lo explica todo. Salió de la cárcel con un nombre falso. Le llevaban en un camión al frente de Talavera, y consiguió escabullirse por la noche. Le hirieron, pero consiguió llegar hasta el patio del tío Manolo, y quedó allí inconsciente. Durante los dos primeros días pensábamos que su nombre era el que estaba escrito en el salvoconducto que tenía entre sus ropas. Ayer recuperó el conocimiento y nos pudo decir su nombre y quién era su padre.

—¿Y dice que está herido? ¡Dios Santo!

—Tiene una herida en el hombro, pero ya le digo a usted que está bien atendido, bien alimentado y bien cuidado, se lo puedo asegurar. Don Honorio no les dijo nada por teléfono temiendo que la telefonista pudiera escucharlo. Se oyen tantas cosas ahora.

—Dios Santísimo..., Virgen Santa, mi hijo... mi hijo está vivo...

La señora Nicolasa vio cómo Mercedes se recostaba cansina contra la pared.

—Señora, ¿tendría un poco de agua? Es para mi hija. Ha sido un viaje demasiado largo en su estado.

—Sí... sí, claro. Joaquina, llévalas a la cocina y dales agua y algo de comer. Y avisa a Teresa —dijo adentrándose en el corredor de la casa—, nos vamos ahora mismo a... ese pueblo a buscar a Mario...

—No —la voz de la señora Nicolasa fue tan firme que hizo que, tanto doña Brígida como Joaquina, se detuvieran, extrañadas. La madre de Mercedes se adelantó hacia ellas—. No pueden ir, no deben ir.

Doña Brígida miró a la mujer sin esconder su desprecio.

—¿Cree usted que, en estas circunstancias, alguien me podría impedir ir a buscar a mi hijo?

—Sí, señora, se lo impide la seguridad de su propio hijo y de los que se la están jugando por mantenerlo oculto.

La mirada de doña Brígida fue tan despectiva que a Mercedes le resultó hiriente. ¿Por qué les daba ese trato? Ellas no preguntaron nada a su hijo. Estaba herido y necesitaba de su ayuda. Le atendieron sin más. No comprendía su actitud. Le habían traído la mejor noticia que se le pudiera dar a una madre en aquellas circunstancias y, a cambio, las trataba con una arrogancia insultante.

—Joaquina, ofrece a estas dos señoras algo de comer y que se vayan por

donde han venido. Yo voy a prepararme para ir a recoger a Mario —se adentró en el pasillo, con pasitos cortos, nerviosos—. Habrá que preparar un coche. Tengo que avisar al señor, hay que encontrarle. Tiene que saberlo...

En ese momento apareció Teresa con gesto desconcertado, como si se acabase de despertar. Su madre se lanzó hacia ella cogiéndola de las dos manos.

—Hija, por fin sabemos de tu hermano Mario, ha aparecido... —hablaba muy bajito, casi en un susurro, pero conteniendo un entusiasmo que la desbordaba, a medida que iba asumiendo la buena nueva—, y está bien. Consiguió escapar de la cárcel con un nombre falso y está en —se volvió un instante hacia la señora Nicolasa que le miraba con inquietud desde el recibidor— está en un pueblo, en Móstoles, escondido y a salvo...

—¡Dios Santo! —exclamó Teresa, atónita por las palabras de su madre—. ¿Es cierto eso?

—Eso dicen estas mujeres. Vienen de allí. Ellas lo han visto. Está herido pero no es grave, tenemos que ir a buscarlo, hija. Quiero que vengas conmigo, enviaremos a Charito a buscar a tu padre, pero hay que ir a buscarlo.

Ahora era Teresa la que no escuchaba la retahíla de su madre. Con la vista fija en las recién llegadas, se soltó de las manos maternas y la apartó suavemente de su camino. Había pasado los tres últimos días envuelta en la terrible angustia por la falta de noticias sobre el paradero de su hermano. Las horas muertas en la puerta de la cárcel, esperando a que alguien le dijera algo, la habían minado la moral hasta dejarla apesadumbrada y débil.

—¿Cómo están tan seguras de que se trata de mi hermano? —balbució, acercándose a las dos mujeres.

—¿Su hermano se llama Mario Cifuentes Martín?

Teresa afirmó.

—¿Cómo sé que me están diciendo la verdad? ¿Cómo sé que es Mario y no otro que se hace pasar por él?

Mercedes, que se había adelantado unos pasos al oír la nueva voz, se dirigió hacia Teresa.

—¿Tu hermano tiene un mancha oscura en forma de media luna en el hombro derecho?

Teresa fijó sus ojos en Mercedes. Doña Brígida soltó una especie de gemido ahogado de emoción.

—Es... él —Teresa tragó saliva y, sin reparo, se acercó a Mercedes, asiéndole las manos como el que se agarra a un clavo ardiendo—. ¿Mi hermano se encuentra bien de verdad...?

Mercedes se aferró a las manos de Teresa y afirmó con un movimiento de cabeza, manteniendo las lágrimas en un difícil equilibrio al borde de sus ojos, hasta que las dos mujeres, desbordadas por la emoción, de forma espontánea, se abrazaron llorando.

Durante un rato, sólo se oyó el sollozo agitado, quebrado, vibrante, envueltos en una emotiva serenidad, hasta que doña Brígida rompió el hechizo y, dando un par de palmadas, apremió:

—Vamos, vamos, Teresa, tenemos que prepararnos para ir a recoger a tu hermano...

—No podéis ir —le dijo Mercedes, deshaciendo el abrazo y mirando a Teresa —, sería peligroso para Mario y para la persona que le está cuidando...

—Voy a ir a por mi hijo...

Teresa se volvió hacia su madre y la interrumpió irritada.

—¡Madre, por el amor de Dios, cállate un momento!

Doña Brígida enmudeció, sorprendida por la brusquedad de su hija.

—¿Por qué no podemos ir a buscarlo? —le preguntó a Mercedes.

—Tu hermano se ha escapado de la cárcel, es un fugitivo, y además se le considera fascista. Lo estarán buscando hasta por debajo de las piedras. — Mercedes recordaba muy bien la conversación que, antes de su partida, habían tenido don Honorio, el tío Manolo y el propio Mario. Fue en ese momento cuando don Honorio le entregó a su madre la carta dirigida al señor Cifuentes—. Tu hermano estaba de acuerdo en que debe mantenerse escondido por un tiempo.

—¿Cómo pueden pensar que vamos a quedarnos aquí, sin hacer nada? — replicó doña Brígida.

—Señora Cifuentes, entiendo su ansia por ver a su hijo —intervino la señora Nicolasa, condescendiente—, pero piense que si por una imprudencia los milicianos lo encuentran, no le darán ni una sola oportunidad, lo matarán, y con él, matarán al que le ha dado cobijo. Nos guste o no, las cosas están funcionando así.

—Mi hijo no ha hecho nada... ¿cómo es posible...? Lo están tratando como si fuera un delincuente.

—Estoy segura de que su hijo es un buen muchacho; igual que lo es mi yerno y su hermano. A ellos también se los llevaron como a perros hace una semana, y no sabemos si están vivos o muertos. He tenido que sacar a mi hija a escondidas en un carro porque también a ella se la quieren llevar. Ya ve usted qué mal puede hacer una mujer como ella, con una criatura en el vientre. Pero ahora no estamos en la lógica, ahora lo que toca es sobrevivir.

—¿Qué debemos hacer, entonces? —preguntó Teresa.

—Esperar —sentenció la señora Nicolasa—. Mario está bien atendido. Con el tío Manolo no corre peligro. Está bien alimentado. El médico ha dicho que dejemos pasar un tiempo. Esta locura no puede durar mucho.

Mercedes hizo un quiebro y se tambaleó. Teresa la sujetó, junto con la señora Nicolasa.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás bien?

—Es que estoy algo mareada, hace tanto calor...

La señora Nicolasa agarró a su hija del otro brazo.

—No hemos dormido en toda la noche, y el viaje hasta aquí la ha trastornado.

—Vamos al salón. Allí podrás recostarte un poco.

Doña Brígida estaba espantada al comprobar cómo aquellas dos mujeres, dirigidas por su propia hija, iban adentrándose en el pasillo. Temía que fuera el primer paso para instalarse. En las últimas semanas, llegaban a Madrid mucha gente procedente de los pueblos y ciudades, que huía del avance de los sublevados. Algunos habían salido con lo puesto, otros, previendo el peligro, llegaban con carros cargados con sus enseres, buscando refugio en una ciudad que se cerraba cada día un poco más, a otros les evacuaban de sus casas y sus pueblos, obligándoles a dejar todo lo que, hasta entonces, había sido su existencia, precisamente para intentar sobrevivir a la represión brutal infligida por los rebeldes en cada lugar conquistado para su causa. Se instalaban en parques, jardines, o en casas abandonadas a los que les llevaban los miembros de los partidos y los sindicalistas; los que tenían amigos, familia o conocidos se ubicaban en sus estrechos pisos, pero también habían oído que se metían con cualquier excusa en las casas ocupadas por las familias que, por miedo a las represalias de las milicias, no se atrevían a echarlos. Doña Brígida tenía muy claro que no iba a dejar que nadie extraño invadiera su hogar.

—Joaquina, ¿queda algo de sopa de anoche? —preguntó Teresa, volviéndose hacia la criada, sin detenerse.

—La sopa es para tu padre —intervino doña Brígida, con impertinencia.

—Joaquina, calienta dos tazones y trae agua y el pan que ha sobrado esta mañana.

—De eso nada...

—Madre, ¿te puedes callar? Joaquina, haz lo que te he dicho.

La autoridad inusitada de Teresa aturdió a la madre; Joaquina aprovechó para escabullirse en la cocina y preparar los mandados de la señorita Teresa. Con todo colocado sobre una bandeja, se encaminó al salón. Cuando entró, todas estaban sentadas. La señora Nicolasa daba aire a su hija con un abanico que le había dejado Teresa.

—Aquí tienen la sopa. No la he calentado mucho, como hace tanto calor.

Mercedes sólo sorbió la mitad del tazón, pero la señora Nicolasa agradeció mucho el sopicaldo.

La rigidez de doña Brígida se notaba en su postura: al borde del sillón, tiesa como un palo, con el gesto serio, escuchando cómo la señora Nicolasa contaba los cuidados que había recibido su hijo Mario. Cuando llevaban un rato de charla, doña Brígida decidió aclarar las cosas con aquellas dos mujeres.

—Y ahora, ¿adónde se dirigen ustedes? ¿A casa de algún familiar, tal vez?

Mercedes y su madre se miraron un instante.

—No, señora, no tenemos sitio a donde ir. Mi hija necesita un lugar donde

escondarse; un mal nacido, el mismo que ya se ha llevado a su marido y a su cuñado, se la quiere llevar presa. En el pueblo es difícil esconderla. Todos conocen los recovecos que cada uno tiene. Don Honorio pensó que fuéramos nosotras las portadoras de la grata noticia que le hemos traído; a cambio, y según expone en la carta que le dirige al señor Cifuentes, y que usted tiene en su mano, solicita que tengan la amabilidad de darnos cobijo durante unos días, hasta que pase el peligro para ella —hizo un gesto hacia Mercedes—. Le aseguro que no seremos una carga. Yo sé cocinar y planchar, y mi hija, a pesar de su estado, es muy bien mandada.

—No pueden quedarse aquí...

Teresa la interrumpió.

—Pueden ocupar la alcoba de los mellizos...

—¡Pero qué dices, niña! ¿Te crees que voy a permitir que en mi casa se instalen unas... extrañas?

—Madre, ya no son extrañas. Han salvado la vida de Mario. ¿Es que no tienes corazón?

—De ninguna manera voy a permitir esto. No, señora, no se queda usted en mi casa, ni usted ni su hija se van a aprovechar de este... conflicto que han provocado los gandules de los obreros para ocupar los hogares de la gente decente. No, señora. Vayan a reclamarles a esos gañanes que están sosteniendo todo este desbarajuste. No lo voy a consentir.

Teresa, exasperada y, en cierto modo, avergonzada por el discurso de su madre, se levantó y se dirigió hacia donde estaba Mercedes.

—Tu nombre es Mercedes, ¿no es cierto? —ella afirmó con la cabeza—. Debes de estar agotada. Vamos, puedes tumbarte un rato en mi cama mientras organizamos la alcoba de mis hermanos.

—Nosotras nos apañamos en cualquier sitio... no queremos molestar.

Mientras hablaban entre ellas, doña Brígida seguía con su retahíla impertinente.

—Madre, ahora vamos a dejar que estas dos mujeres descansen un poco. El viaje ha debido de ser muy duro. Cuando venga papá, hablaremos del asunto.

—No lo voy a consentir, de ninguna manera se van a quedar aquí... faltaría más...

Mercedes se levantó ayudada por Teresa y su madre.

Las tres, dejando atrás a doña Brígida y sus protestas, se metieron en la habitación de Teresa.

—No hagáis mucho caso a mi madre, refunfuña mucho pero luego se queda en nada.

—Eso espero, porque si tu madre no nos quiere aquí, no sé qué va a ser de nosotras.

—Le aseguro que no permitiré que mi madre se salga con la suya. Se

quedarán aquí el tiempo que sea necesario. Confíe en mí.

La señora Nicolasa esbozó una sonrisa apática. Después de un silencio mientras ayudaba a tenderse a su hija, se volvió hacia Teresa.

—Yo no tengo ninguna gana de acostarme ahora. Iré a la cocina, a ver si puedo ayudar.

—Hable con Joaquina —le apuntó Teresa—. Agradecerá cualquier ayuda, y sobre todo compañía; desde que se despidió la cocinera anda un poco agobiada.

La señora Nicolasa abrió la puerta y salió con sigilo hacia la cocina. En seguida hizo buenas migas con Joaquina, la disposición de una y la necesidad de afecto de la otra, hizo que se cayeran bien desde el principio.

Teresa entornó los fraileros y corrió las cortinas dejando en una agradable penumbra la estancia, tamizando la canícula que castigaba la ventana. Se volvió hacia la cama. Mercedes estaba con los ojos cerrados. Tenía la mano sobre su tripa, protegiendo la foto como si formase parte de la piel de su vientre. Teresa dio un paso y la madera del suelo crujió bajo sus pies. Mercedes abrió los ojos y la miró esbozando una sonrisa.

—Gracias por todo —musitó.

—¿Estás cómoda?

Afirmó con la cabeza.

—¿De cuánto estás?

—Casi he cumplido los ocho meses. Si todo va bien, el parto será a finales de septiembre o principios de octubre. Eso me dijo don Honorio.

—¿Y qué prefieres, niño o niña?

Mercedes sonrió.

—A mí me da lo mismo, con tal de que venga sano. Pero Andrés quiere un niño.

—¿Andrés es tu marido?

Ella afirmó con un gesto de tristeza. Levantó la mano y miró la foto. Luego se la tendió.

—¿Es él? —preguntó Teresa, acercándose y cogiendo el retrato.

—Nos la hicieron el 19 de julio, en la fuente de los Peces.

—Es muy guapo —le devolvió la foto—. ¿Le echas mucho de menos?

—Me muero sin él —murmuró Mercedes, conteniendo la emoción.

—¿Te importa que me quede aquí contigo? No me apetece nada la compañía de mi madre.

—Es tu casa y tu habitación, ¿cómo me iba a importar?

Se sentó a los pies de la cama. Un silencio sereno se mantuvo entre las dos mujeres.

—Y tú, ¿tienes novio?

—Se puede decir que sí, aunque a escondidas de mis padres.

—Debe de ser muy difícil una relación así.

—Bueno, no es lo mejor, pero le quiero y no voy a permitir que me separen de él porque a mi madre no le guste.

—¿Tan feo es? —preguntó sonriendo.

—Todo lo contrario, es guapo, apuesto, inteligente y abogado; en septiembre empezará como pasante en uno de los despachos más prestigiosos de Madrid.

—¿Y qué problema tiene para que no le guste a tus padres?

—Para mi madre Arturo tiene los peores defectos que pueda tener un hombre: además de ser pobre, es republicano y socialista, un rojo, como los llaman ahora.

—Ya, entiendo... ¿y qué piensas hacer?

—Él quiere que nos casemos en cuanto cumpla la mayoría de edad, incluso sin el consentimiento de mis padres.

—¿Y no puedes convencerlos?

—Lo veo difícil. Incluso si le llegasen a admitir como novio formal, nuestra boda sería imposible; Arturo nunca se casaría por la Iglesia, y mi madre nunca aceptaría un matrimonio civil. En ambos casos, son ideas incuestionables.

—Pero a lo mejor si tú se lo pides a Arturo...

—Nunca le pediría que se casara por la Iglesia. Dejaría demasiado de sí mismo, y eso tampoco me interesa; y te digo una cosa, y o, en el fondo, estoy de acuerdo con él; prefiero el matrimonio civil, por si acaso la cosa sale mal. Ahora como existe el divorcio...

—Pues yo me he casado para toda la vida. Haría cualquier cosa para estar al lado de Andrés. Nunca se me ha pasado por la cabeza que pueda salir mal.

Teresa la miró lánguida.

—Yo no tengo las cosas tan claras. El futuro que se me presenta con Arturo es tan incierto.

—Un abogado vive muy bien. Al menos el de Móstoles es un señorito.

—Creo que en el fondo mi padre tiene razón: soy incapaz de abandonar una vida de comodidades para seguir a un hombre como Arturo.

—Pero ¿tú le quieres?

Teresa levantó la mirada hacia el techo con una sonrisa estúpida.

—Le quiero muchísimo. Le admiro. Es tan... es tan apuesto, habla tan bien. Parece tan fuerte, tan firme en todo lo que defiende.

—Pues tienes lo suficiente para ser feliz. ¿De qué te sirven el dinero y las comodidades si no eres feliz?

—Me lo vas a contar a mí que tengo el ejemplo vivo de lo que me estás diciendo en mi propia madre. Pero dejemos mi vida —se descalzó y subió los pies al colchón, pegando las rodillas al pecho y abrazando sus piernas—. Dime una cosa, Mercedes, ¿no tienes ni idea de dónde puede estar tu marido? Si estuviera en Madrid, es posible que Arturo pueda hacer algo por él.

—No hemos tenido noticias tuyas desde que se lo llevaron.

—De todas formas, me vas a dar su nombre y se lo diré. Él tiene muchos contactos. Si está de su mano, seguro que nos dice algo, al menos de cómo se encuentra y dónde está.

Mercedes se incorporó como si el cansancio de su cuerpo hubiera desaparecido y la tripa ya no le resultase pesada. Las dos mujeres quedaron a una frente a la otra.

—¿Lo harías? ¿Harías eso por mí?

—Claro.

—Gracias, Teresa, te lo agradezco tanto.

—Bueno, no he hecho nada...

—Has hecho mucho.

Teresa se sintió complacida por la ilusión que sus palabras habían provocado en Mercedes. Sabía que Arturo tenía contactos, pero también sabía de lo complicado y peligroso que era, no ya interceder, si no simplemente preguntar por la identidad de alguien que resultase sospechoso de ser afecto a la sublevación.

—Dime una cosa, ¿tu marido y tu cuñado tienen algo que ver con la política?

Mercedes sonrió con desgana.

—Lo único que han hecho en su vida es trabajar para sacar adelante su casa. No entienden de partidos, ni de política, ni de revoluciones. Se los han llevado por orden de un hombre que no les quiere bien. Tan sólo por eso. El mismo que me busca a mí.

Teresa quiso cambiar de conversación.

—Tienes que disculpar a mi madre, últimamente está muy nerviosa. Entre lo de Mario, el trato que está recibiendo mi padre, y para colmo, hace unos días estuvieron haciendo un registro; se llevaron todo lo que teníamos de valor, y lo malo de todo es que fue por la denuncia de Petrita, una cocinera que ha estado años en esta casa y que se marchó enfurruñada con mi madre, cómo no; fue muy desagradable.

—He oído cosas horribles sobre esos registros nocturnos.

—Lo llaman registro, pero en realidad lo que hacen es robar. Arramplaron con todo lo que había de valor, hasta los colchones se llevaron, eso sí, nos los devolvieron al día siguiente gracias a la intervención de Arturo —se rió con sarcasmo—. Mi madre llegó a decir que había sido él mismo el que había provocado el registro para luego ayudarnos y quedar como un héroe —sonrió, lánguida con la mirada perdida—. A veces puede llegar a ser muy mezquina, y a la irás conociendo. Intenta apartarte de ella, es mucho más inofensiva de lo que parece.

—No queremos molestar, pero no sabíamos adónde ir, y Mario dijo que no habría ningún inconveniente...

—No me tienes que justificar nada. A mí me es suficiente con que hayáis

acogido y cuidado de mi hermano.

—¿Estás segura de que tu madre nos dejará quedarnos?

Teresa miró a Mercedes, se apretó las rodillas contra el pecho y acercó la cara hacia ella sonriendo.

—Si os echa a vosotras me tendrá que echar a mí.

—Entonces seríamos tres sin sitio a donde ir —se miró la tripa y se la tocó—, bueno, cuatro. Pobrecito, en qué mal momento llega al mundo.

—Todo esto acabará pronto. Ten confianza. Dice Arturo que es cuestión de un par de semanas.

Mercedes dio un profundo suspiro.

—Espero que tengas razón, me gustaría que mi hijo naciera en Móstoles, en casa. Hasta el día del bautizo habíamos pensado. Lo teníamos todo preparado, pero ahora..., no sé qué va a ser de nosotros. Tengo tanto miedo.

Las dos mujeres estaban sentadas sobre la cama, con las piernas flexionadas, frente a frente, en una agradable penumbra, a pesar del calor que hacía espeso el aire. No se oía ningún ruido en la calle, como si el bochorno de mediodía hubiera apagado el ritmo de la ciudad.

Teresa había pensado llamar a Arturo y contarle la situación. Estaba ansiosa por darle la noticia de que Mario estaba vivo, y creyó que, tal vez, él podría, con mayor facilidad y menor peligro, acercarse a Móstoles para verlo y comprobar su estado. Se fiaba de esas dos mujeres, de lo que decían, pero su novio gozaba de una posición de privilegio que estaba dispuesta a aprovechar. Ya había comprobado la capacidad de influencia que tenía. A pesar del registro brutal que habían sufrido, Teresa se sentía segura gracias a su relación con él, una relación que seguía manteniendo oculta a sus padres. Cuando le habló a Arturo de que al responsable le llamaban Lillo, le dijo que intentaría arreglarlo. Al día siguiente de la desagradable visita de los milicianos, otro grupo de hombres se presentaron en la casa, pero esta vez para devolver algunos de los muebles saqueados, además de los colchones, todos excepto el de una de las camas del dormitorio de Mario, que había sido entregado a un hospital de sangre de los que proliferaban por todo Madrid. Por supuesto, de las joyas, el dinero, los pagarés y otros objetos de valor, así como sábanas, mantas y ropa, no se volvió a saber nada.

Después de meditarlo, decidió consultar su idea con Mercedes.

—Estoy de acuerdo contigo en que ninguno de nosotros debe ir a Móstoles para ver a mi hermano, por la seguridad de todos, pero ¿y si fuera alguien que no levantase sospechas?

—¿Qué quieres decir?

—No creas que no me fío de vosotras, en cuanto a que mi hermano está herido y en casa de ese hombre...

—Del tío Manolo —puntualizó al verla dudar.

—Es por convencer a mis padres. Verás, Arturo, además de ser mi novio es

amigo de mi hermano. Se mueve sin problemas por todo Madrid, puede salir y entrar sin que nadie le ponga trabas. Se encarga de recuperar obras de arte y objetos de valor de iglesias, palacios o casas vacías de Madrid y los alrededores. No sé si sabes que aquí se han cometido verdaderos sacrilegios con las iglesias y conventos, los han quemado casi todos, y han sido muy pocas las obras de arte que se han podido recuperar de esos primeros saqueos. El caso es que podría ir hasta Móstoles y traer noticias a mis padres, tal vez de su mano, y como amigo de Mario, se convenzan de la situación.

Mercedes la miró lánguida.

—No sé, Teresa. No sé si será una buena idea —se quedó un instante pensativa—. Puedes hacer una cosa, dile que vaya primero a ver a don Honorio, lo encontrará sin problemas, todo el mundo en el pueblo lo conoce. Si quieres, le puedo escribir una nota explicándole quién es Arturo, para que sepa que no hay problema. Que sea él quien decida sobre si conviene o no ir a ver a Mario. Don Honorio sabrá lo que es mejor para todos.

—Lo haremos como tú dices —de un salto se levantó y cogió una cuartilla y un lapicero. La cortó por la mitad y le tendió una de las partes—. Toma, escríbele al médico lo que creas conveniente. Y aquí pon el nombre de tu marido y de tu cuñado.

Se calló al oír la puerta de la calle. Esperó un instante. Los inconfundibles pasos de su padre —antes briosos y firmes, ahora cansinos y arrastrados— sonaron en el suelo del pasillo. De inmediato, les siguió el taconeo hueco y rápido de doña Brígida.

Mercedes le entregó los papeles a Teresa, y ésta los metió en su bolso.

—Ahora te dejo que descanses un rato, ha venido mi padre. Iré a ver cómo se toma todo esto.

Mercedes la agarró del brazo.

—Gracias, Teresa. Gracias por tu compañía.

Teresa sujetó envolvente la mano de Mercedes, y sonrió serena.

—Descansa, y no te preocupes, todo saldrá bien.

Cuando salió de la alcoba, ya se oían los gritos de don Eusebio para hacer callar la aguda e impertinente voz de su esposa. Se quedó quieta para ver pasar a su padre por delante de ella seguido muy de cerca por su madre. Ni siquiera la miró. Nunca había sido un hombre con el que se pudiera charlar. Además, en los últimos días, desde que le obligaban a trabajar sin límite de horas en condiciones ínfimas y por un sueldo irrisorio, llegaba a casa como abstraído, ausente, como si quisiera evadirse de forma consciente de lo que estaba viviendo. Teresa comprobó que llevaba la carta del médico de Móstoles en la mano. Al llegar al final del pasillo, en vez de meterse al salón, como era su costumbre, giró hacia su despacho, cerrando en las mismas narices de doña Brígida con un sonoro portazo. Después, un silencio tenso envolvió la casa. Teresa permanecía inmóvil en la

puerta de su alcoba; desde la cocina, con gesto de pasmo, asomaban tímidamente las cabezas de la señora Nicolasa y de Joaquina. Delante de la recia puerta del despacho, como si de repente se hubiera encontrado con un muro infranqueable, doña Brígida se mantenía inmóvil, incapaz de reaccionar, de nuevo humillada. Sumisa, miró a un lado y a otro para bajar los ojos al suelo; tomó aire hinchando el pecho, levantó la barbilla y, con la dignidad herida, se dio la media vuelta y se metió al salón.

Teresa tenía sus dudas sobre la reacción de su padre; sabía que era a él al que debía convencer de que no podía dejar a aquellas dos mujeres en un desamparo calculado y frío, y sobre todo ingrato. No tenían adónde ir, no podían echarlas como pretendía su madre. A veces se mostraba tan injusta con los demás que llegaba a avergonzarse de ella.

Doña Brígida, sin embargo, al contrario que Teresa, estaba convencida de que su marido pondría a todo el mundo en su sitio. Él la acompañaría a buscar a su hijo Mario para traérselo a casa, y, por supuesto, echaría a la calle a esas dos mujeres que pretendían aprovecharse de una situación obligada de confusión. Él impondría la cordura.

La lápida

El cielo se había tornado plomizo, cubierto de nubes brunas que parecían precipitar el anochecer. Noté la humedad del aire en mis mejillas, y eché a andar con paso rápido hacia la fuente de los Peces; si no me daba prisa me pillaría la lluvia amenazante, y no quería que la agenda de Genoveva —que llevaba cuidadosamente metida en mi carpeta— corriera ningún peligro de mojarse. Con el cuello de mi chaquetón subido hasta las orejas, ocultándome de la gélida brisa —si se mantenía así, era posible que nevase—, ascendí por la cuesta que llevaba a la Ermita en busca del coche. No dejaba de darle vueltas a todo lo que había pasado aquella mañana. Estaba convencido de que lo que había contado Eugenio a su yerno, y que había hecho cambiar su actitud hacia mí, era algo relacionado con Mercedes o Andrés. Me había quedado con las ganas, y me concomía la curiosidad de saber lo que el anciano le dijo.

La historia de los dos personajes de la foto no sólo parecía buena para escribirla, sino que empezaba a ser muy intrigante, o al menos, extrañamente providencial, teniendo en cuenta que —después de años desaparecida— hacía un mes escaso que se habían trasladados los restos de ella al cementerio. Pensé en llamar a los marmolistas para preguntar si sabían algo más sobre la lápida que estaban preparando para Mercedes. Mi cabeza bullía con todo lo sucedido. Pagué el aparcamiento y, en cuanto me senté en el coche, comprobé si el móvil tenía cobertura. Marqué el número del marmolista.

—Buenos días —contesté a la voz de un hombre que dijo: «Mármoles la Mostolense, dígame»—. Verá, el sepulturero del cementerio antiguo de Móstoles me ha dado su teléfono; quería saber si tienen pendiente una lápida con el nombre de Mercedes Manrique Sánchez.

—Un momento, por favor.

Esperé impaciente, mirando más allá del cristal de mi parabrisas. La planta del aparcamiento se iluminaba con la poca luz del día que entraba por las rampas —la de salida justo frente a mí, y la de entrada de automóviles, que había quedado a mi espalda— y con apenas media docena de fluorescentes titilantes, que dejaban muchas zonas en la sombra. En una de esas penumbras me pareció ver una figura que se movía, no muy lejos de mí. Agudicé la vista pero tan sólo atisbé que algo se movía entre los coches. De forma instintiva, eché el seguro y esperé con el móvil pegado al oído, retirando los ojos del parabrisas para preparar el cuaderno y el bolígrafo por si acaso tenía algo que apuntar.

—¿Oiga?

—Sí, dígame.

—Mire, esa lápida se encargó hace más de un mes, pero ahora mismo el trabajo está paralizado.

—¿Y sabe por qué se ha paralizado?

—No le puedo decir, todos estos temas los lleva mi compañera y se acaba de marchar a comer.

Indeliberadamente, levanté los ojos hacia la ventanilla y vi una cara pegada al cristal, tan cerca, que el corazón casi se me sale del pecho.

—¿Oiga? ¿Está usted ahí?

—Sí... sí —balbucí asustado—, perdone.

Apenas había luz pero podía ver los ojos de una mujer que me miraban tan intensamente que estuve a punto de saltar al asiento del copiloto.

—Si quiere usted llamar esta tarde, ella le puede dar más información.

Atendía sólo a medias la voz del hombre que me hablaba al otro lado del móvil, más pendiente del rostro blanquecino que permanecía pegado al cristal de mi ventanilla, como una aparición espectral, mirándome con fijeza. El cuaderno se deslizó de mis rodillas, retiré un instante los ojos de aquel rostro. Sólo fue un segundo, pero cuando volví la vista a la ventanilla ya no había nadie.

—¿Oiga? —repitió el hombre impaciente, ante mi mudez—. ¿Me oye bien?

—Sí, sí, lo siento. Me dice, entonces, que llame más tarde.

—Sí, ella suele llegar sobre las cinco.

—¿Cómo se llama su compañera?

—Begoña. Ella le podrá decir cómo está la situación. ¿De acuerdo?

—Sí, sí. Gracias, muy amable.

Apagué el teléfono y, nervioso y azarado, escudriñé alrededor del coche en busca del aquel rostro, con la intención de increparle. Conviniendo una explicación lógica, pensé que debía de ser alguna mendiga que se habría colado en el aparcamiento para cobijarse del frío. El susto había dado paso al enfado. El lugar parecía desierto, ni un coche en movimiento, nadie caminado después de aparcar o a recoger el vehículo para marcharse. Miré por los retrovisores y me envalentoné, abrí la puerta y bajé del coche; di la vuelta entera al mismo sin ver a nadie. Con la manos en mi cintura, miré a toda la planta.

—Será hija puta... —murmuré, entre dientes—, el susto que me ha dado.

Todavía con el corazón acelerado, me metí en el coche y lo puse en marcha. Avancé lentamente hacia la baliza de salida. Inserté el ticket en la ranura y la barra se plegó y ascendió para darme paso. Cuando metí la primera y presioné el acelerador, indeliberadamente miré por el retrovisor. Di un frenazo porque de nuevo vi a esa mujer a unos metros de distancia, inmóvil, envuelta en la penumbra del garaje. Mis ojos fijos en el retrovisor, observando esa figura extraña, casi etérea, que parecía esperarme. Abrí el coche sin dejar de mirar por el espejo, temeroso de que volviera a desaparecer, bajé lentamente y cuando me giré no había nadie. Desconcertado, recorrí con los ojos todo el aparcamiento. En ese momento, oí la voz de un hombre.

—Eh, oiga, mueva el coche, haga el favor, que me va a bloquear el sistema.

El encargado me hablaba desde la cabina que estaba al otro lado de la

barrera. Entré en el coche y cerré la puerta. Miré de nuevo en el retrovisor pero no vi nada. Adelanté el coche unos metros y la baliza se cerró detrás de mí. Aceleré y salí al exterior. Había empezado a llover y los cristales se me empañaron un poco. No hacía más que mirar por el espejo, nervioso, intentando visualizar la imagen que había visto, o que había creído ver, porque lo cierto es que en el garaje no había nadie, o eso pensaba. Desconcertado, avancé por las calles mojadas, con el limpiaparabrisas danzando de un lado a otro expulsando el agua del cristal. Me detuve en un semáforo y sentí el zumbido del móvil. Miré la pantalla en la que aparecía «Eduardo Calatayud». Eduardo había sido más amigo de Aurora que mío, sin embargo, me llamaba de vez en cuando porque seguía pensando (a esa conclusión había llegado yo) que era una obligación moral hacia su amiga muerta, más que hacia mí, atemperar mi soledad con una comida, una cena o una copa. No contesté. Precisamente había quedado a comer con un compañero de la facultad al que no veía hacía tiempo, que me había llamado para decirme que se casaba y que se iba a vivir a Nueva York.

El móvil sonó un rato, insistente, como si supiera o intuyera que yo estaba allí, detenido a la espera de que el disco se pusiera en verde, viendo cómo la lluvia caía con fuerza contra el parabrisas, arrojada de inmediato con violencia por la goma de las varillas que se deslizaban reiteradamente de izquierda a derecha. Cuando el muñequito de los peatones empezó a parpadear para ponerse en rojo y dar paso a los coches, las vi cruzar delante de mí: mis vecinas, Natalia y su abuela, corrían hacia la otra acera cubiertas por el paraguas negro que sujetaba la mujer. Seguí su paso y un poco antes de que llegasen a subir a la acera, Natalia se volvió y me saludó sonriente.

—¡Joder con la cría! —mascullé, mientras metía la primera y aceleraba, acuciado por los pitidos de los de atrás para que iniciase la marcha—. Parece Dios, está en todas partes, y ve hasta por las orejas.

Ángel Aguado y yo comimos en el restaurante Espejos, del paseo de Recoletos. Cuando llegué, me esperaba sentado a la mesa con una copa de vino en las manos. Hablamos sobre todo de él, de su futuro con Carolina, una americana que trabajaba como intérprete en las Naciones Unidas, que tenía dos años más que él y más dinero, según me confesó. Se iba a hacer las Américas, decía; ella, Carolina, le había asegurado que encontraría un trabajo sin problemas. Así que dejaba el suyo de profesor en la Complutense, y se arriesgaba (fueron ésas sus palabras) a vivir de su mujer, a ser un mantenido. Pensé en la pregunta de Gumer, el sepulturero, sobre si vivía de mi mujer; en realidad, yo también era un mantenido, al fin y al cabo vivía de una pensión gracias al trabajo que Aurora dedicó a una multinacional durante casi diez años.

Terminamos de comer y nos despedimos. La boda se celebraría al otro lado del charco y ya le había anunciado que yo no podría acompañarle; resultaba demasiado caro para mi economía de subsistencia. Nos deseamos suerte

mutuamente, y quedó en que me enviaría fotos de la boda.

La lluvia se había calmado, y un cálido sol de invierno que se filtraba débil por entre la arboleda del paseo de la Castellana invitaba al paseo. Abrí el móvil y marqué el número del marmolista.

—¿Begoña?

—Sí, dígame.

—Hola, buenas tardes, verá, he estado hablando con un compañero suyo y me ha dicho que usted podría ponerme al corriente de lo que ocurre con la lápida encargada para Mercedes Manrique Sánchez, destinada a una sepultura del cementerio antiguo de Móstoles.

—Sí, lo tengo aquí delante. Está paralizado el pedido hasta que se haga efectivo el adelanto. Ya se lo dije a la persona que hizo el encargo. Sin adelanto, nosotros no podemos empezar un trabajo que luego nos puedan dejar colgado.

—¿Y puedo saber quién es la persona que lo encargó?

—Era una mujer, y yo misma hablé con ella y le recogí el pedido de la lápida, las características de la piedra y la calidad: mármol blanco de Uldecona. Únicamente me quedó confirmar las medidas y los datos a grabar en la superficie. La he llamado varias veces y siempre está apagado o fuera de cobertura; y ahí tengo la piedra, muerta de risa.

—¿Me podría decir su nombre?, el de esa mujer.

—Puede que me lo dijera, pero no lo apunté, como quedamos en que me llamaría ella. Me dio los datos de la finada, de la sepultura para ir a medir, y nada más.

—¿Y me podría decir lo que se va a tallar?

—Sólo sé el nombre que usted ha dicho: Mercedes Manrique Sánchez.

—¿Nada más?

—Creo que quería poner otro nombre, pero no me haga mucho caso, porque lo mismo me confundo con otro. En esta época hay mucho trabajo, muchos encargos y, a veces, es un poco complicado porque la gente está muy susceptible, ¿no sé si me entiende?

—Sí, me lo puedo imaginar. Le agradezco mucho su información. Una cosa más, ¿me proporcionaría su móvil?

—Pero ¿es usted familia de la finada?

—No, familia no, pero me interesa mucho que se coloque esa lápida —no mentía, mi interés por la lápida y sus datos podría serme de gran utilidad si conseguía saber quién estaba detrás del pedido—. Si pudiera ponerme en contacto con la persona que habló con usted, intentaré que quede resuelto este asunto de la lápida lo antes posible.

La jugada me salió bien. Begoña no tuvo ningún inconveniente en proporcionarme un número de móvil sin nombre: el de la persona —una mujer — que había encargado su lápida. Decidí regresar a casa para poner en orden

todo lo que había visto y oído, e indagar en la agenda del padre de Genoveva. Me dirigí a recoger el coche al aparcamiento, y apenas sin pensarlo, dejándome llevar por una indeliberada prisa, marqué el número que me había proporcionado la chica de los mármoles.

—¿Sí?

Me detuve en seco al escuchar la voz de una mujer. Aturrido (me encontraba cruzando en plena Castellana), oyendo los pitidos del semáforo cada vez más acelerados indicándome que se me acababa el tiempo, balbuceé con torpeza:

—¿Oiga?, sí, verá... —no me había preparado lo que le iba a decir y temí perder una oportunidad de oro. Cuando llegué a la acera, me encogí todo lo que pude para concentrar mi atención en aquella voz al otro lado del móvil—. Quería preguntarle si conoce usted a Mercedes Manrique Sánchez.

—¿Quién llama?

La voz correspondía a la de una anciana, de eso estaba seguro. Tenía que mostrarme muy cauto para no echar a perder una información posible.

—Verá, estoy intentando conocer qué ocurrió con Mercedes Manrique y su marido, Andrés Abad. Sé que ninguno de los dos regresó a Móstoles después de la guerra, y me interesa saber qué les pasó.

No me contestó, se mantuvo en silencio, aunque sabía que estaba ahí, al otro lado del teléfono.

—Señora —imprimí a mi tono de voz toda la amabilidad posible con el fin de captar su confianza—, verá, mi nombre es Ernesto Santamaría, soy escritor y tengo una foto de Mercedes Manrique Sánchez y Andrés Abad hecha en julio del 36...

—¿Quién le ha dado mi móvil?

Noté una aprensión evidente.

—Por lo visto, usted ha encargado, no hace mucho, una lápida destinada a una sepultura de Móstoles, precisamente para cubrir los restos de Mercedes Manrique Sánchez. El marmolista me ha dado su número.

El silencio de la mujer me estaba poniendo tan nervioso que tartamudeaba y las palabras salían torpes de mis labios.

—Si lo que quiere es el pago de la lápida, no se preocupe, todo a su tiempo.

—No, no es eso. Yo sólo quiero saber qué pasó con Mercedes y su esposo. Es muy importante para mí, y me preguntaba si usted los llegó a conocer.

Oí cómo murmuraba algo, como si le estuviera contando a alguien lo que le había preguntado.

—Dígame una cosa tan sólo —insistí ante su silencio—, ¿trasladó usted los restos de Mercedes al cementerio de Móstoles?

Susurró algo que no entendí. Después, el silencio. Había colgado. Me sentí frustrado y rabioso. Sabía que había perdido una buena oportunidad por precipitarme en la llamada. Tenía que haber preparado lo que iba a decir, lo que

tenía que preguntar. Era lógico que la mujer hubiera colgado ante la llamada de un desconocido preguntando por una persona, ya fallecida, y con la que debía tener alguna estrecha relación para molestarse en solicitar una lápida destinada a su tumba. Estaba claro que aquella mujer tenía que conocer de algo a Mercedes. Por eso preferí no insistir, no de momento; la siguiente llamada tendría que ser meditada, en un lugar adecuado y sabiendo el terreno que quería pisar para andar con firmeza y, sobre todo, con cierta credibilidad en mi planteamiento.

Llegué a casa y, a pesar de que estaba solo, me encerré en mi estudio. Olía a limpio. Resultaba evidente la mano de Rosa. Sobre el tablero, impoluto de polvo, coloqué la agenda del padre de Genoveva. Luego, saqué el listado que me habían proporcionado en el hospital de la Princesa. Me senté y abrí mi cuaderno de notas. Primero hice un listado de las cosas que me habían sucedido aquel día, intenso y extraño. Decidí que al día siguiente me acercaría hasta la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción de Móstoles. Tenía que averiguar quién y por qué se habían trasladado los restos de Mercedes hasta el cementerio de Móstoles; era posible que fuese la mujer que había respondido a mi llamada, la misma que encargó la lápida; allí podría confirmarlo; y además, puede que averiguase desde dónde habían sido trasladados y la fecha de la muerte. Levanté los ojos y miré más allá del reflejo de mi ventana, lo hice de forma indeliberada. No había nadie al otro lado del cristal velado por la pátina de polvo adherido a su superficie. En ese momento, sonó el móvil. Era un número oculto. Con desgana descolgué mientras volvía a posar mis ojos en la ventana del otro lado del patio; entonces me pareció ver que se movía la cortina.

—¿Sí? Dígame.

Nadie me contestó. Miré la pantalla del móvil por si se había cortado la llamada, pero el número oculto seguía en ella; alguien estaba al otro lado.

—Oiga, ¿quién es? —insistí.

—¿Es usted Ernesto Santamaría?

Identifiqué con facilidad la voz de la anciana que había contestado a la llamada hecha en la Castellana. La mujer que había encargado la lápida. Me levanté, inquieto.

—Sí, sí. Soy Ernesto Santamaría. Dígame, la escucho.

—Antes llamó usted preguntado por Mercedes Manrique Sánchez.

—Sí, sí, me interesa muchísimo saber de ella. ¿La conoció usted?

—Sí. Claro que la conocí.

—¿Y tendría algún inconveniente en hablarme de ella?

De nuevo ese silencio prevenido y algo desconfiado que me inquietaba. Intenté mantener la calma. No podía errar otra vez y perder una oportunidad como aquella.

—¿Qué interés tiene en conocer la vida de Mercedes?

—No se lo podría explicar, es... ¿cómo le diría yo? Todo está siendo como un

impulso que yo no controlo. Hace unos días encontré en un puesto del Rastro una caja que contenía una foto de Mercedes y de su marido Andrés; está fechada el 19 de julio del 36; también había unas cartas que Andrés la escribió en los meses de septiembre y octubre de ese mismo año.

—¿En el Rastro?

—Sí. Lo adquirí por unos euros en uno de esos puestos que tienen cosas usadas y de segunda mano.

—¿Y por encontrarse una foto y unas cartas en un puesto callejero se pone a indagar la vida de unas personas? No termino de entender a qué viene tanto interés por ellos.

Decidí contarle toda la verdad de mi atracción hacia la pareja.

—Le puede parecer extraño... —esboqué una sonrisa algo estúpida—, lo cierto es que a mí también me lo parece, pero desde que encontré esa foto mi curiosidad por Mercedes y Andrés se ha vuelto casi una obsesión. Desaparecieron después de la guerra y nadie parece saber nada de ellos. Es como si se hubieran desvanecido.

—Nadie se desvanece así como así. Le aseguro que para que alguien renuncie a todo lo que ha sido su vida tiene que haber razones muy contundentes.

Aquellas palabras me paralizaron. Intuí que la mujer con la que hablaba sabía mucho sobre lo que pasó con Mercedes y Andrés. No podía meter la pata, tenía que ganarme su confianza.

—Es cierto —añadí, tragando saliva para pensar en lo que debía decir o, en su caso, callar—, y me gustaría saber cuáles fueron esas razones contundentes que llevaron a esta pareja a evaporarse como el humo.

Otra vez un silencio amenazador, como si estuviera calibrando si seguir hablando conmigo o no.

—¿Me dijo antes que era usted escritor? —preguntó de pronto.

—Sí. Bueno, al menos eso intento, aunque por ahora sin mucho éxito, la verdad. Pero es mi pasión.

—Caballero, un buen escritor no debe buscar el éxito, si lo hace terminará por ahogarse sin remedio en ese anhelo exterior y perderá su capacidad para crear.

—Puede que tenga razón, pero de algo hay que vivir, y además está el reconocimiento, si nadie lee lo que escribo mi trabajo no habrá servido para nada, es como si un arquitecto levanta un edificio espectacular en medio de la nada, donde nadie pueda contemplarlo, ni disfrutarlo, ¿qué sentido tiene tanto esfuerzo si a nadie le sirve?

—Bastaría con que le sirviera a uno mismo, y que ese reconocimiento del que usted habla y que tanto desea fuese la satisfacción del trabajo bien hecho.

—Eso está muy bien, pero resulta muy difícil de asumir, se lo digo yo que llevo toda mi vida intentando conformarme con esa regla de la autoestima o autosatisfacción que usted indica.

Oí un suspiro cansino.

—Los de su generación lo están teniendo todo demasiado fácil.

—Puede que tenga usted razón. Escribir es mi vida, me siento feliz escribiendo, no podría hacer otra cosa porque no sé hacer otra cosa; pero si le soy sincero, ambiciono encontrar una historia diferente, mi sueño es crear una novela que, de alguna manera, me inmortalice, una historia que se perpetúe en el tiempo, que me sobreviva, que se adapte a cualquier época. Sé que puede sonar arrogante y presuntuoso, pero le aseguro que es lo que siento, no sé si me entiende.

—Le entiendo perfectamente —me contestó, condescendiente—. He amado profundamente a un escritor. Él pensaba como usted, sin embargo, la vida no le dio la oportunidad de esa inmortalidad de la que habla —se calló y yo me mantuve atento, sin abrir la boca, a la espera de su reacción—. Intuyo que esa historia tan anhelada tiene algo que ver con Mercedes y Andrés.

—Intuye bien. Pero lo que escribo es ficción, no es mi pretensión plasmar la vida de nadie.

—Ya. Me imagino.

—Señora, ¿usted sabe qué les pasó al matrimonio de Mercedes y Andrés?

—Es una historia muy larga.

Al oír aquellas palabras el corazón se me aceleró tanto que tuve que tomar aire en mis pulmones para intentar calmarme. Sin que de mi boca saliera un solo sonido, le suplicaba que me la contara, y de pura tensión, con fuerza inconsciente, apreté mis labios y noté dolorida la mandíbula.

—En estos días he de arreglar algún que otro asunto importante. Cuando los resuelva, le llamaré, y si sigue pensando que la historia de Mercedes y Andrés tiene algún interés para usted, le contaré lo que sé.

Abrí la boca y la volví a cerrar como un estúpido. Me dejaba con la miel en los labios pero no podía hacer otra cosa.

—Se lo agradezco muchísimo, de verdad, esperaré impaciente su llamada.

De nuevo un silencio hueco, que me estremeció. Dudé por un instante, pero al final me decidí a preguntarle.

—¿Podría decirme su nombre?

—Soy Teresa Cifuentes Martín, y sí, conocí muy bien a la pareja, sobre todo a Mercedes. La guerra nos unió como si fuéramos hermanas, y la paz nos rompió el corazón a ambas.

Capítulo 17

Arturo consultó el viejo reloj de pulsera de su padre. Cada vez que miraba aquella esfera amarillenta intentaba recordar su rostro, pero su mente apenas le devolvía unos rasgos desleídos en vagos recuerdos. Faltaba una hora para la reunión que se había convocado en el palacio de los marqueses de Heredia Spínola, donde se encontraba ubicada la sede de la recién estrenada Alianza de Intelectuales Antifascistas, a cuyo círculo había accedido, para su regocijo particular, de la mano del que se había convertido en su mentor, Ramón José Sender. Echó agua en el lavabo y se refrescó antes de ponerse la camisa. El libro que le había regalado Sender estaba sobre la mesa. A su lado, cuartillas garabateadas con palabras y tachones, espejismos que, una y otra vez, se hacían añicos en las cuartillas emborronadas. Cogió el libro y se sentó en el extremo de la cama; el somier gimió metálico bajo su peso. *Mister Witt en el cantón*. Abrió la cubierta y leyó la dedicatoria, aprendida ya de memoria:

Madrid, 30 de julio de 1936 A mi buen amigo Arturo; a pesar de que el camino es largo, penoso a veces, otras insoportable, nunca lo abandones, porque entonces sólo te quedará la muerte. Con todo mi afecto.

Había conocido al recién nombrado premio Nacional de Literatura a finales de julio, el primer día que subió al frente de la sierra de Guadarrama. Por ser nuevo (y para que se espabilase, según oyó decir al responsable), le habían puesto a hacer guardia de noche, solo, con un fusil que apenas sabía sostener, en lo alto de un peñasco, en medio de la nada, un paraje limpio de vegetación y con la única compañía aparente de algunas aves nocturnas. Llevaba más de cinco horas apostado en una roca sin novedad alguna. Había anochecido y miraba absorto el cielo negro y plagado de estrellas; ante aquel paisaje, recordó los paseos que de niño daba con su padre por las afueras del pueblo en el que nació y al que no había vuelto desde hacía años. Allí, en medio del campo, parecía que el cielo estaba más cerca. Cayó en la cuenta de que, desde que vivía en Madrid, apenas miraba las estrellas; la luz, el ruido, las casas, la vida agitada y divagante hacía olvidar que, por encima de los edificios y de los cables, de las luces de gas y de los toldos callejeros, se revelaba cada noche un espectáculo infinito. Aspiró el aire limpio de la sierra. El miedo que le había atenazado durante las primeras horas había ido disminuyendo poco a poco. Sólo le quedaban tres horas para terminar aquella pantomima, entonces, podría regresar a la pensión a dormir. A los tres días de haberse alistado en las milicias, le llamaron para que acudiera al frente. Habló con Draco para explicarle que sería incapaz de disparar un solo tiro, y que no estaba de acuerdo con la medida de armar al pueblo, ni con la formación de un ejército de obreros, mecánicos y limpiabotas, que morirían

como ratas ante un ejército bien pertrechado de armas y mandos, provistos de una perfecta y ejercitada estrategia de la guerra. « Esto es la revolución —le dijo Draco sin quitarse el pitillo de los labios—, y en la revolución tenemos que luchar todos, sin excepción» . Arturo insistió en que la mayoría morirían a la primera de cambio porque apenas unos pocos sabían manejar un arma. « Se les ha enseñado la instrucción —replicó—, y, además, la necesidad apremia. Ya verás cómo disparan cuando se vean en el apuro» . « Es una crueldad —insistió Arturo—, se les está llevando a un matadero» . « ¡Su vida es el matadero, Arturo, esos hombres y mujeres que están batiéndose en la sierra, luchan por salir del infierno en el que se convierte su vida desde el día que nacen! No tienen elección» . Guardó silencio y aspiró el humo de su cigarro, para luego expulsarlo, lento, mirando con fijeza a Arturo. « La mayoría de los que suben cada mañana a los camiones, convencidos de que van a defender esta ciudad, tienen miedo, y los que no lo tienen, es porque son unos inconscientes; pero saben que sus brazos son necesarios para detener esa horda fascista que nos quiere aniquilar. No hay elección —repitió—. Esto es una guerra, Arturito, y cuanto antes nos hagamos a la idea, mejor será para todos» .

Cuando le dieron el fusil, lo cogió y su tacto le acongojó. Tenía tanto miedo a morir como a matar, y, en principio, lo único que tenía claro era que, a no ser que fuera estrictamente necesario, no estaba dispuesto a cargar sobre su conciencia la muerte de ningún hombre, por muy enemigo que fuera. Temía recibir un disparo, sin embargo, era mayor el desasosiego de acabar con la vida de un inocente como él, con toda una vida por delante, igual que él, con una mujer o una novia que lo estuviera esperando, como le ocurría a él, tal vez, con unos hijos o unos padres que añorarían para siempre su terrible ausencia. Esa prudencia culpable y aprensiva que le atenazaba, y que le hizo desobedecer las órdenes de disparar a matar a cualquiera cosa que se moviera (« si tú no matas, te matan a ti»), le aclaró el responsable de aquel extraño batallón de monos añiles), salvó la vida al furtivo que apareció en plena noche y que resultó ser Ramón José Sender, al que, como a tantos otros, la sublevación le había pillado pasando los rigores del verano en San Rafael, con su mujer y sus dos hijos pequeños; cuando el pueblo fue tomado por los fascistas, su mujer y a sus hijos se marcharon a Zamora, y él se arriesgó (con la intención de unirse a la causa republicana), junto a un matrimonio amigo, a llegar a Madrid atravesando la sierra.

El momento fue terrible. El crujido de una rama lo puso en guardia. Todo su cuerpo se puso tenso, en alerta; el sudor le resbalaba por el cuello y empapaba la camisa. Asió con más fuerza el fusil, apoyando el dedo sobre el gatillo. Acechando en la oscuridad. De repente se sintió un ser vulnerable, tal vez su vida estuviera a punto de terminar con un disparo efectuado por alguien a quien desconocía, con quien nunca había cruzado ni una palabra, ni una mirada. En

medio de la tensión, volvió a poner en duda su voluntad de estar ahí, con un arma dispuesto a matar o a morir. De pronto, le vino a su memoria el rostro de Teresa, y se estremeció. Ella no sabía que estaba allí; le había dicho que no le mandarían al frente, que le iban a enviar a recoger y catalogar obras de arte de iglesias, monasterios, colegios o casas particulares. Eso era lo que Draco le había prometido, que intentaría meterle en alguno de los grupos que se quedaban en Madrid para salvar elementos culturales que estaban perdiéndose, destruidos de forma escandalosa a manos de los descontrolados. Sin embargo, su primer destino había sido el frente de la sierra, y no tuvo más remedio que empuñar un arma, que le pesaba más que su alma, y unirse a una revolución con la que no estaba de acuerdo.

De nuevo el crujir de los chinarrros le confirmó que alguien se movía cerca, a pocos metros en un oscuro horizonte al que su ojos eran incapaces de penetrar. Con voz temblona, apenas sin aliento, dio el alto. Después de un silencio tenso, volvió a gritar a la negrura.

—¿Quién va? Habla o disparo a discreción.

La silueta de una persona con las manos en lo alto de la cabeza se le dibujó en el espacio abierto, definida por el resplandor cenital de la luna.

—¡No dispaes! ¡No vamos armados!

—¿Quién eres?

Arturo apuntaba al recién aparecido que permanecía inmóvil a unos veinte metros de distancia.

—No voy armado —repitió con voz temblona—. Mi nombre es Ramón José Sender. Conmigo viene un matrimonio. Tengo aquí mi cédula de identificación. No dispaes.

Pero Arturo ya había bajado la escopeta (más bien se le había desprendido de las manos), y miraba absorto aquel hombre que mantenía los brazos bien altos, y al que no podía ver la cara.

—¿Quién dices que eres?

—Ramón José Sender.

En ese momento, aparecieron detrás de él dos figuras más, una mujer y un hombre, también con las manos en alto, bien estirados los brazos, haciendo movimientos lentos, prudentes.

—Tú, el que dice llamarse Sender, acércate despacio y entrégame tu cédula.

El hombre se acercó bajando lentamente las manos, manteniéndolas separadas del cuerpo.

—Voy a meter la mano en el bolsillo para sacar la cédula, ¿de acuerdo?

Arturo se había puesto en guardia de nuevo, y le apuntaba con su arma.

—No hagas ninguna tontería o te acribillo a balazos.

—Tranquilo... no llevamos armas. Toma, ahí tienes mi cédula, comprueba que te digo la verdad.

Arturo tomó el papel que le tendía. Los dos actuaban con movimientos lentos, recelosos, ninguno se terminaba de fiar del otro, mientras que las otras dos figuras se mantenían a distancia, a la espera, sin moverse, con las manos sobre la cabeza para evitar cualquier sospecha que pudiera provocar un disparo.

—¿Tienes una cerilla? —le preguntó Arturo, desconcertado, con la cédula en la mano.

—Espera, tengo algo mejor.

Volvió a introducirse la mano en el bolsillo y sacó un mechero de gasolina. Lo abrió, lo encendió y se lo acercó. Fue en ese momento cuando los dos hombres se vieron las caras. Durante un largo instante se mantuvieron las miradas con la tenue luz de la azulada llama reflejándose en los ojos. Arturo dejó de apuntarlo y desdobló la cédula para leer el nombre.

—¿Eres realmente Ramón José Sender?

—Desde que nació.

Arturo estaba atónito, como si hubiera visto una aparición.

Sender cerró el mechero con un ruido metálico y seco.

—¿Tienes agua?

Arturo le tendió la cantimplora que tenía a su lado. El matrimonio que acompañaba al escritor, al comprobar que no había peligro, se atrevió a acercarse. Los tres huidos se fueron pasando el agua.

Arturo les dio lo que tenía en su mochila: media barra de pan y una tableta de chocolate negro.

—Gracias. Con las prisas no nos dimos cuenta ni de tomar provisiones. Llevamos horas caminando. ¿No te importa que me siente? Estoy agotado.

—Claro...

—Pensé que no lo conseguiríamos. Hay mucho militar por toda la sierra, hemos tenido que dar varios rodeos para no darnos de narices con esos fascistas. La que están organizando, es terrible. ¿Quieres un cigarro?

—Gracias.

Sender sacó una cajetilla arrugada, cogió un pitillo, y se lo entregó. Mientras que Arturo sacaba otro, Sender encendió de nuevo la llama para prender el tabaco. El matrimonio que le acompañaba, algo más alejado, hablaban entre ellos en susurros. Parecían agotados.

—¿Hay mucho jaleo por esta zona? —le preguntó.

—No podría decirle —le daba reparo tutearle. Era el premio Nacional de Literatura—. Hoy es el primer día que estoy en el frente.

—¿Y cómo están las cosas en Madrid?

—No muy bien. Hay demasiado descontrol en las calles, y me da la sensación de que el Gobierno está paralizado. No reacciona con contundencia y las cosas se están yendo de las manos. Hay gente que se está tomando la justicia por su mano.

—Bueno, no creo que sea esto peor que la guerra de África.

—No sé cómo fue esa guerra, pero espero que esto acabe pronto.

—¿Cómo te llamas?

—Arturo Erralde.

—¿Y a qué te dedicas, Arturo?

—Acabo de terminar Derecho.

—Ah, entonces estoy ante un flamante abogado.

—Bueno, dejémoslo en simple abogado.

—Debe de ser muy interesante todo eso de las leyes y los juicios.

—Lo cierto es que todo lo referente al Derecho, incluidas las leyes y los juicios, me resulta tedioso y aburrido, pero de algo hay que vivir.

—¿Si no te gusta Derecho, por qué has estudiado la carrera?

Arturo esbozó una sonrisa nostálgica.

—Mi padre quería que fuera abogado. Decía que los abogados viven muy bien, que tienen todo resuelto porque siempre habrá pleitos que defender, y que conociendo las leyes nadie me engañaría. Murió hace mucho tiempo, y yo... bueno, él quería que fuera abogado y ya lo soy.

—Comprendo —musitó Sender, aspirando el humo del cigarro—. Y a ti, ¿qué te hubiera gustado ser si tu padre no hubiera augurado tu futuro como abogado?

Lo miró largamente en la oscuridad antes de contestar.

—Escritor.

—Vaya, ¿te gusta escribir? Yo soy...

—Sé quién es usted. He leído todas sus novelas, la última, la de *Mister Witt en el cantón* la leí hace sólo un par de meses. En cuanto llegó a la biblioteca, recién salida de la editorial.

—Es muy grato conocer a un lector.

—Ojalá pudiera transmitir tanto con la escritura como lo hace usted.

—No me trates de usted, que no soy ningún señorito. Háblame de tú. Te lo ruego.

Arturo no dijo nada.

—¿Qué años tienes?

—Veintidós.

—¿Y tienes algo publicado?

—No, no, qué más quisiera yo. He hecho algunos artículos en una revista de la Facultad, sobre temas de leyes y cosas así, y tengo escritos dos relatos cortos y varios cuentos, pero nada serio.

—¿No te atreves con la novela?

—Bueno, me da un poco de vértigo, escribir me gusta, pero no creo que eso sea suficiente, no estoy seguro de que sirva para esto.

—Pues si realmente quieres ser escritor, no te va a quedar más remedio que vencer ese vértigo y arrojarte al vacío. Podrás ser un picapleitos toda tu vida,

llegar a ser un buen abogado, pero si lo que te gusta es escribir y no lo haces, nunca estarás satisfecho. Ésa es la carga que acarrea todo el que lleva las letras inyectadas en las venas. Escribir se hace tan necesario como respirar.

—Lo sé...

—Entonces escribe. Lo demás no importa; si publicas o no, no depende de ti, sin embargo, todo lo que tú escribas será tuyo, y eso nadie te lo podrá arrebatar.

Arturo se puso el pitillo en los labios y aspiró. Sintió el picor seco de la bocanada atravesar su garganta. Luego, escupió la saliva pastosa.

—Yo necesito escribir, lo deseo con toda mi alma, pero hay algo en lo que escribo que no me termina de convencer... es una inseguridad que me anula, me bloquea... no sé cómo explicarlo.

Sender apuró su cigarro tanto que casi se quema la yema de los dedos. Luego lo arrojó al suelo y lo aplastó con la suela de su zapato.

—Mira, Arturo, en cierto modo, mis amigos y yo te debemos la vida, podrías habernos disparado y no lo hiciste; estoy en deuda contigo...

—No te equivoques, ha sido el miedo más que otra cosa. Me temblaban tanto las manos que hubiera sido incapaz de apretar el gatillo.

—Me da lo mismo lo que haya sido, el caso es que no me has disparado. A cambio de esa oportunidad que me ha concedido tu miedo, si te parece, puedo revisar lo que escribes y darte mi humilde opinión sobre ello. Tal vez, eso te ayude a decidir si vales o no para esto.

—¿Lo harías?

La conversación se alargó hasta que llegó la camioneta con el miliciano que le iba a sustituir en la guardia. Arturo presentó a los tres huidos al responsable del batallón, y, por fin, a primera hora de la mañana, llegaron a Madrid sanos y salvos. A los dos días de este fortuito encuentro, recibió la visita de Sender en la pensión La Distinguida, y le invitó a que le acompañase para presentarle a toda la intelectualidad que había quedado en Madrid. De ese modo, y gracias a una guerra estúpida que denostaba, se había introducido en ese círculo de escritores al que nunca creyó ni siquiera poder acercarse. A pesar de lo terrible del momento, de los muertos que a veces se encontraba por las calles, de las noticias de compañeros asesinados o desaparecidos, y a fuera en las cunetas de un tiro en la cabeza o en el frente de un obús incrustado en el vientre, a pesar de todo el drama que emergía a su alrededor, se sentía culpablemente afortunado.

El sonido ronco y vibrante del teléfono le arrancó de sus pensamientos. Cerró el libro y lo dejó sobre la mesa junto a las cuartillas emborronadas de palabras en su inútil intento de pergeñar esa novela que se le resistía. Oyó la voz queda de doña Matilde, sus pasos lentos acercarse por el pasillo, y el sonido de los nudillos golpeando suavemente la puerta.

—Arturo, es Teresa, que si puedes ponerte.

Abrió la puerta sin contestar.

—Está al aparato. Anda, hijo, atiéndela.

Arturo avanzó por el pasillo, seguido de doña Matilde, que andaba cansina, como si arrastrase el alma a cada paso.

—Pobrecita —murmuró para sí misma—, lo que tienen que estar pasando.

Entraron en el salón; Arturo se dirigió al rincón donde estaba el teléfono descolgado. Doña Matilde se sentó en el sillón y cogió la costura para continuar con su labor. Estaba terminando una chaqueta de lana gris oscura para Arturo. Le vendría bien para ir a su nuevo trabajo en el despacho de ese abogado tan importante; tendría que ir elegante, pero también abrigado. Junto a la ventana, Maura leía un libro con unas gafas minúsculas que pendían de su escueta nariz, y su nieta Manuela, sentada en la mesa, con gesto de aplicación, resolvía las cuentas que le había puesto su abuela. Arturo tomó el aparato depositado sobre un velador de mármol.

—Teresa, dime.

Se mantuvo atento y en silencio a lo que Teresa le decía.

—Iba a salir —de nuevo calló un instante—. Está bien, te esperaré, pero no tardes.

Se despidió con un escueto « adiós ».

—¿Sabe algo de su hermano Mario? —preguntó doña Matilde cuando colgó el auricular.

—No lo sé, viene para acá, dice que tiene que contarme algo que no puede decirme por teléfono.

—Pobrecillos, deben de estar padeciendo una angustia terrible. Con todo lo que está cayendo. Dios Santo, cuando acabará esto.

—No sé, es todo muy raro. De la cárcel no se ha podido esfumar, y ya se ha identificado a todos los que murieron a raíz de lo del sábado. Es muy extraño que no aparezca. Hay que pensar que la falta de noticias son buenas noticias, al menos queda la esperanza —miró a Manuela de reojo y la sonrió—. Tú piensas lo mismo que yo, ¿a que sí?

La niña levantó los ojos un instante para mirarlo con una sonrisa lúcida, sagaz, para volver a enfrascarse de inmediato en sus tarea.

—Dios quiera que tengas razón, hijo, Dios lo quiera..., un chico tan joven... con tanto futuro, qué pena.

Arturo regresó a su habitación, abatido, se dejó caer sobre la cama. Le preocupaba mucho la falta de noticias de Mario. Había oído a uno de los milicianos que vigilaban la cárcel que, la misma noche del sábado, uno de los presos se había fugado metido en una camioneta que se dirigía al frente de Talavera, que lo habían descubierto y se lo habían cargado de un tiro en pleno campo, antes de llegar al río Guadarrama. Pero no había conseguido encontrar nada fiable, sólo ese rumor de boca de un solo hombre, y el miedo a levantar cualquier sospecha le hacía en exceso prudente en sus indagaciones. Por eso no

le había querido decir nada a Teresa. Si se había fugado y le habían matado, no tardaría en aparecer su nombre en alguna lista. Llevaba dos días acudiendo a la calle Santo Domingo, para intentar encontrar, entre el espanto de las caras de los muertos, la foto de Mario. Si se había escapado, lo más seguro era que no llevase la identificación encima, y su foto podría estar a la espera de ser identificada en alguno de esos horribles álbumes que estremecían al más frío de los humanos. También había marcado el número 16531 que el Gobierno había habilitado con el fin de facilitar información a las familias que buscaban a sus desaparecidos en aquel infierno de muerte en el que se había convertido Madrid en las últimas semanas. Todo había sido inútil. Mario no aparecía ni vivo ni muerto.

Capítulo 18

Derrotado, don Eusebio se dejó caer en el sillón con el sobre en la mano. Todo a su alrededor le resultaba molesto, estaba tan hastiado que la sola presencia de su mujer le provocaba un mal humor irrefrenable; su único deseo era estar solo, en silencio, cerrar los ojos, descansar.

Miró el sobre. Lo abrió rasgando el papel y leyó lentamente la nota firmada por don Honorio, médico de Móstoles. Lo recordaba bien: alto, grueso, con bigote oscuro y poco pelo; su ropa olía a tomillo, a tierra. Su último encuentro había sido a principios de año, después de las Navidades, en un congreso sobre patologías del corazón y su cirugía organizado por el hospital de la Princesa. Rememoró su voz recia, firme, contundente. Cuando terminó de leer, suspiró agradecido: Mario estaba vivo. La noticia relajó su ánimo. Cerró los ojos, por fin podía hacerlo; su cabeza, recostada sobre el sillón, se ladeó hacia un lado, precipitado a un sueño inevitable. El papel, escrito con letra apretada y trazos retorcidos, se deslizó de entre sus dedos hasta caer al suelo. Ni siquiera sintió el ligero chirrido de la puerta.

Teresa se asomó prudente. Le vio dormido, y, muy despacio, entró y cerró tras de sí para evitar que su madre les interrumpiera con su habitual inoportunidad. Se acercó con pasos lentos, intentado amortiguar el crujir de la madera bajo sus pies. Recogió el papel del suelo y leyó lo que ya sabía. Con él en la mano, se sentó a su lado, y sólo entonces, su padre abrió los ojos sin llegar a moverse, como si todavía no hubiera desconectado su conciencia de la realidad y el ligero movimiento de los muelles bajo el peso de su hija le hubiera removido de los brazos de Morfeo. La miró con gesto neutro, impertérrito, ausente de una existencia que no le pertenecía y en la que se veía inmerso desde hacía semanas.

—Padre, yo sé quién puede ir a ver a Mario sin peligro para nadie.

—No puedo pensar... estoy roto, hija, esta situación me supera, no sé si voy a resistir...

—Descansa, papá, déjeme actuar a mí.

Don Eusebio cerró de nuevo los ojos, ignorando las palabras de Teresa. Durante un rato, se mantuvo callado.

—Tú no puedes hacer nada —musitó sin fuerza en la voz.

Teresa no contestó, no quería contrariar a su padre, no era el momento.

—¿Dónde están esas dos mujeres que pretenden quedarse en mi casa?

—La madre está en la cocina, con Joaquina. La hija descansa en mi habitación.

Don Eusebio abrió los ojos con un visaje de sorpresa. Sin moverse, sonrió con sorna torciendo la boca.

—Esto sí que es bueno. —Parecía tan fatigado que las palabras resbalaban por sus labios, lánguidas—. No han perdido ni un minuto en ocupar posiciones.

—No es eso, padre, Mercedes está embarazada.

—¿Embarazada? Lo que nos faltaba.

—Necesitan un lugar donde esconderse. No podemos abandonarlas.

—Esto no es una casa de caridad, Teresa. Me cuesta admitirlo, pero en eso tu madre tiene razón. No estamos para recibir a nadie, y mucho menos a dos desconocidas. Las cosas se me están complicando demasiado; tenemos que salir de Madrid. Si nos quedamos, acabarán por matarnos. Estoy a expensas de mequetrefes incontrolados, eso sí, armados. Se les nota que han de contener sus ansias para no apretar el gatillo, y si no lo han hecho ya es porque les sirvo —hablaba abstraído, con la mirada perdida, como si sus pensamientos, desbordados por la situación, se le escapasen de los labios—. Teníamos que habernos ido cuando empezó esto. Ahora todo es tan complicado. Se necesitan papeles, y para que te den papeles tienes que hacer favores y pagar, y yo poco puedo ofrecer porque esos maldicidos me han robado todo.

—Papá, esto no puede durar mucho. Tenemos que aguantar...

—¡Qué sabrás tú de aguantar! —la interrumpió hastiado—. Eres tan ignorante como tu madre. No sabéis nada ni entendéis nada —hizo un pausa y esbozó una mueca irónica, dejando de nuevo la mirada perdida en la nada de su propia desesperación—, y el problema es que ahora que os han dado alas os ha dado por opinar a todas, como si fuerais hombres. Pretendéis ser iguales que nosotros..., estúpidas ilusas. Hasta que no se os vuelva a meter en vereda este país seguirá cayendo al abismo. No merecéis ni un solo derecho: ni voto, ni mayoría de edad, ni nada. Se creen todas esas descaradas que por ir con pantalones por la calle se convierten en seres iguales a un hombre. Si Dios hubiera querido hacernos iguales lo habría hecho desde el principio. Tanto derecho y tanta igualdad, cada uno en su lugar, que así ha sido siempre y así ha de ser para que esto funcione.

—Las mujeres también somos personas...

—¡Una mierda es lo que sois, igual que lo habéis sido siempre, igual que lo seréis siempre!

La expresión fue brusca, despótica y fuera de lugar.

—Padre, no hace falta hablar así...

—¡Yo hablo como me da la gana! —la interrumpió, airado—. A ver si me vas a venir tú a dar lecciones a mí.

Teresa no contestó. No era el momento ni el lugar para debatir esos temas.

—Esas dos mujeres han cuidado de Mario y se han expuesto ellas mismas a morir por acogerlo. Sería injusto echarlas a la calle como mamá pretende.

Los ojos de don Eusebio se clavaron en Teresa. Su piel destilaba un terrible resentimiento, rencor, un odio que parecía estar quemándole las entrañas.

—¿Injusto? ¿Me vas a decir tú a mí lo que es injusto? —Se incorporó un poco, como si quisiera dejar muy claro, incluso con su postura, la firmeza de lo que quería decir—. ¿Te parece poca injusticia lo que están haciendo conmigo, lo que

han hecho con mi vida todos estos gañanes despreciables que se pasean despegados por la calle como si Madrid fuera suyo? —hizo una pausa y volvió a recostarse, cabizbajo—. En un mes escaso han destruido todo lo que tenía; lo he perdido todo a mano de esos perros a los que salvo la vida a diario para devolverlos a una guerra que va contra mí —calló un instante—. No tienes ni idea de lo que son capaces estos malnacidos.

—Los malnacidos están en ambos lados, padre. Las noticias que llegan sobre cómo actúan los sublevados no son muy alentadoras, que digamos. También entre los tuyos se cometen barbaridades con hombres tan inocentes como lo puedas ser tú o Mario.

Su mirada fue tan despectiva, tan hiriente, que Teresa sintió como si le hubiera dado un bofetón sin llegar a mover un solo músculo. Bajó los ojos inquieta, no pretendía alterar a su padre con discusiones con las que nada ganaría.

—Yo no me guío por rumores, Teresa, todos los días veo con mis propios ojos lo que está pasando ahí fuera —se calló un instante, dejó los ojos vagando en el vacío y se removió inquieto en el sillón—. Hoy me han traído a una mujer con tres tiros en el cuerpo; tendría unos años más que tú; a pesar de las heridas y la pérdida de sangre, estaba consciente. No había anestesia ni calmante con lo que moderar un poco el dolor, y un miliciano la dio a beber un poco de güisqui —esbozó una amarga sonrisa, como si se le hubiera quebrado en la comisura de los labios—. Mientras le extraía las balas, me ha estado contado que se llamaba Adela, que era portera en una casa de la calle Rosales, que tenía un niño de siete años fruto de su candidez y del engaño de un hombre que la abandonó a su suerte en cuanto supo de su embarazo. Las heridas no eran graves, y con su juventud habría salido adelante —hizo una pausa y levantó los ojos para mirar a su hija fijamente—. Cuando estaba terminando de curarla, llegó un grupo de seis milicianos. Uno dijo: «Es ésta», y, sin más, como si las palabras de ese patán fueran la sentencia de un juez, la arrastraron hasta la calle como si fuera un perro y la acribillaron en la acera, dejándola allí, desnuda, como un pingajo humano —hizo una pausa, impertérrito, para continuar su terrible relato—. Pregunté qué había hecho para ejecutarla de esa manera. —Teresa vio cómo la nuez de su garganta subía y baja, como si le costase tragar saliva, o, tal vez, como si estuviera ahogando la turbación contenida—. Su delito había sido no denunciar a un matrimonio que vivía en el edificio en el que estaba de portera, gente, según ella misma me contó, que durante años la había tratado con respeto y cariño, y que le había proporcionado un lugar en el que vivir y sacar adelante a su hijo.

El silencio se hizo espeso. Teresa sentía un terrible calor en aquel lugar rodeado de estanterías repletas de libros de medicina y viejas novelas, de paredes enteladas que parecían envolverla aumentando aún más su bochorno.

—Siento mucho por lo que estás pasando, padre, pero no podemos dejar a

esas mujeres en el desamparo.

—No sé quiénes son esas dos mujeres. No las conozco, ni quiero. Las cosas no están para meter extraños en casa. Hoy les das una hogaza de pan para que coman, les cedas tu cama para que duerman, y mañana te denuncian y te pegan un tiro como pago a tu generosidad. No, Teresa, no se quedarán aquí. Si es cierto que Mario está en Móstoles, iré a buscarlo y me lo traeré a casa. Y ahora, déjame tranquilo, necesito dormir.

Tenía la boca pastosa. Chascó la lengua y tragó saliva.

Teresa, decepcionada, no replicó. Observó a su padre cómo se abandonaba de nuevo al relajo del sueño. Tenía que hacer algo para convencerlo, no podía permitir que pusieran en peligro a la persona que cuidaba de Mario, o que echara a Mercedes y a su madre. En circunstancias normales don Eusebio ya lo habría hecho, sin embargo, por suerte, su fuerte carácter se encontraba a medio gas, la falta de sueño y el exceso de trabajo en unas condiciones extremas le habían hecho vulnerable y frágil. Mantenía su arrogancia y su prepotencia, en un afán de disimular su miedo, un miedo que Teresa había visto reflejado en sus ojos, que lo dejaba en un estado de pusilánime dejadez. Durante el último mes se había avejentado tanto que parecía un anciano decrepito. Su piel se había tornado pálida, apergaminada; sus ojos estaban hinchados y una sombra cárdena los orlaba desde hacía días. A todo aquello había que añadir su descuidado aspecto personal y su olvidada higiene.

Se levantó despacio, decidida a hacer lo que tenía pensado desde el momento en que conoció la situación de Mario. Iría a ver a Arturo; su presencia en Móstoles no levantaría sospecha alguna. Estaba convencida de que Mario era el único que podría convencer a su padre de lo grave de la situación. Podría escribirle una nota obligando a sus padres a no moverse y a aceptar la presencia de Mercedes y su madre en la casa. Estaba segura de que Mario lo haría.

Entró al salón y con toda la resolución de que fue capaz se fue hacia el teléfono. Su madre levantó los ojos de la costura.

—¿Qué haces?

—Tengo que hacer una llamada.

—¿A quién?

—A una persona, madre —contestó irritada.

Marcó el número y esperó el tono. Miró un instante a su madre y le dio la espalda. Cuando al otro lado del auricular contestó la voz dulce de doña Matilde, Teresa bajó la voz todo lo que pudo para preguntar por Arturo.

Doña Brígida, con el oído atento a las palabras de Teresa, escuchó el nombre y se irguió, dejando sobre sus rodillas la costura.

—¿Cómo te atreves a llamar a ese comunista desde mi casa? Te ordeno que cuelgues inmediatamente.

Ella no hizo caso, y se mantuvo de espaldas.

—¿Me has oído, Teresa? Cuelga el teléfono.

Teresa, a la espera de que doña Matilde avisara a Arturo, se volvió con gesto airado, y tapando con la mano el auricular, la espetó:

—Madre, ¿te puedes callar? Estoy hablando con un amigo de Mario que nos puede ayudar.

—Yo no quiero ayuda de esa gente.

Teresa se giró cuando oyó la voz de Arturo al otro lado. Habló sin hacer caso al discurso impertinente que su madre echaba por la boca, y justo cuando terminó la corta conversación, el dedo de doña Brígida presionó la presilla para colgar. Teresa no se inmutó, porque le había dado el tiempo justo para quedar y despedirse de él. Sin llegar a mirar a su madre, dejó el auricular en su sitio y salió del salón.

—¿Se puede saber adónde vas? —doña Brígida salió detrás de su hija—. No voy a permitir que vayas a ver a ese...

Teresa se volvió hacia ella.

—Madre, te guste o no voy a ver a Arturo Erralde. Él nos puede ser de gran ayuda en este asunto de Mario.

—Veremos lo que le parece a tu padre.

La altivez mostrada por doña Brígida se vio interrumpida por la seguridad de su hija.

—Acaba de quedarse dormido. Yo que tú no le molestaría. Además, le he pedido permiso y me lo ha dado.

No era del todo cierto, pero sabía que su madre no se atrevería a entrar a molestar a su marido.

Teresa entró con cuidado en su alcoba para coger su bolso. Mercedes dormía con placidez, aunque su frente fruncida reflejaba la tensión. Comprobó que llevaba en el bolso la cédula y el carnet sindical, el pañuelo, algunas monedas para el tranvía y el pintalabios. Seguía vistiendo trajes viejos y poco llamativos, pero se había vuelto a calzar zapatos, a pintar los labios, a poner pendientes y a echarse en el cuello unas gotitas de colonia de azahar; había comprobado que también lo hacían las milicianas, aunque fueran con el mono o con pantalones de hombre.

Salió de su cuarto. Oyó a su madre hablar con Charito en el salón. Casi de puntillas, llegó hasta la puerta de la cocina y la abrió con cuidado. Joaquina pelaba unas patatas, mientras que la señora Nicolasa fregaba los cacharros en la pila.

—Voy a salir. No tardaré. Joaquina, no permitas que las dejen en la calle.

Joaquina la miró con sorpresa.

—¿Cómo iba yo a impedirlo? Si no me echan a mí es porque su señora madre tendría que hacer esto, si no ya veríamos a ver dónde estaba yo...

—Te quiero decir que si ocurre algo que no se vayan del portal. Que me

esperen. ¿De acuerdo?

La señora Nicolasa la miró condescendiente.

—Si tu padre decide que nos tenemos que ir, regresaremos a Móstoles, y que sea lo que Dios quiera, no voy a ir por ahí dando tumbos en el estado que está mi hija.

—Espere a que yo regrese, ¿me oye? Pase lo que pase, espere mi vuelta, se lo ruego.

No contestó. Siguió aclarando la loza que se acumulaba en el fregadero de piedra.

En la calle, el sol resultaba aplastante y pesado como una losa ardiente. Tan sólo le pidieron una vez la documentación al bajar del tranvía. Llegó a la pensión. Estaba nerviosa; desde que sabía que Mario estaba vivo y a salvo, su preocupación estaba en que su padre tuviera el valor de echar a la calle a Mercedes y a su madre.

Arturo le abrió la puerta. Se miraron un instante en silencio. Arturo, viendo la expresión de Teresa, intuyó que no eran malas noticias.

—¿Qué ocurre? —inquirió impaciente.

Ella se acercó hasta su mejilla como si fuera a besarle.

—Mario está vivo —susurró sonriente, separando su cara para mirarle a los ojos.

—Pero ¿qué dices? ¿Es verdad eso? ¿Dónde está?

—Sss... —le puso la mano sobre los labios—. Tengo que hablar contigo a solas.

Recorrieron el pasillo agarrados de la mano. Pasaron por delante de la puerta del salón casi de puntillas. Varios de los clientes se hallaban alrededor del aparador en el que se alzaba, majestuosa, la radio capilla, y escuchaban con atención cómo una voz enlatada iba enumerando las últimas derrotas de los sublevados y ensalzaba los magníficos triunfos republicanos.

—Cuéntame —le instó Arturo en cuanto cerró la puerta de su habitación—. ¿Dónde está? ¿Qué ha pasado?

Teresa le enumeró los últimos acontecimientos que habían llegado de la mano de Mercedes y su madre. Le explicó la situación de Mario, y la advertencia del médico sobre el peligro de su situación y de los que le daban cobijo.

—Ese médico de Móstoles tiene toda la razón —dijo con gesto pensativo—, en las últimas semanas han intervenido muchos teléfonos en Madrid. A través de las conversaciones tratan de encontrar fascistas y afectos a la sublevación, temen más a los que están en Madrid que a los de fuera. En cuanto a Mario, es necesario que actuéis con muchísima cautela. Fugado y utilizando un nombre falso..., estarán rabiosos peinando la zona para localizarlo —calló un instante, con un gesto pensativo—. Tiene que haber contado con la ayuda de alguien dentro de la cárcel. Sólo no ha podido hacerlo. Es imposible.

—¿Quién puede haberle ayudado?

—No lo sé, ha podido ser cualquiera. En estos tiempos, el que menos te esperas puede traicionarte o salvarte la vida.

El silencio les envolvió por un momento en extrañas cavilaciones.

—Arturo, y o... había pensado que tú podías ir a verle.

—No estoy seguro de que sea una buena idea. Es muy peligroso. Mario es un fugado...

—Mercedes me ha dicho que vayas primero a ver al médico de Móstoles. Él te dirá si es o no conveniente. Toma, ella misma le ha escrito esta nota para que sepa que eres de confianza.

Abrió su bolso y sacó la cuartilla que había escrito Mercedes a don Honorio, dándole cuenta de que tanto su madre como ella estaban bien, y de quién era Arturo y cuál su pretensión. Eran apenas cuatro líneas, escritas con letra elegante, espigada, delicada.

Teresa percibió cierta reticencia en Arturo.

—¿Qué pasa?

—Lo traes todo decidido.

—Mario es tu amigo. Tú puedes moverte con libertad sin levantar sospechas a cada paso.

—No te equivoques, Teresa, en Madrid nadie se mueve con libertad, todos estamos vigilados, incluido yo. Muchos conocen mi relación contigo y... —calló y bajó los ojos esquivo, revelando lo que nunca hubiera querido mostrar a Teresa.

—¿Qué ocurre con nuestra relación?

—No ocurre nada, pero tú eres... tu familia es lo que es, y eso no lo podemos cambiar, ni tú ni yo.

—Creía que eso a ti no te importaba.

—Y no me importa, pero hay a otros que sí.

—Vaya, pensaba que los únicos que tenían prejuicios eran mis padres, y resulta que todos los que decís defender la igualdad, la justicia, la libertad, pensáis exactamente igual que ellos.

—No son las mejores circunstancias para nadie. Todo es muy confuso.

—¿Y lo que sientes por mí? ¿También entra dentro de ese estado de confusión?

Arturo la miró a los ojos, intensamente, la agarró por la cintura y la atrajo hacia sí, venciendo el rechazo de ella.

—Nada hará cambiar lo que siento por ti. Pero tenemos que andar con mucho cuidado, Teresa, no quiero que te ocurra nada, no me lo perdonaría.

—Es mi familia la que está en terreno enemigo, somos nosotros los sospechosos, los perseguidos, los ogros horribles que machacamos a la pobre gente que ahora, paradojas de la vida, tiene el poder de las armas en sus manos.

El silencio de Arturo le heló el alma. Sintió un escalofrío y se separó de él con brusquedad.

—Será mejor que me vaya.

Al coger el bolso vio en su interior el trozo de papel en el que Mercedes había escrito el nombre de su marido y de su cuñado. Dudó un instante si sacarlo o no; por fin se decidió a pedirle un último favor, en el fondo no era para ella, sino para Mercedes.

—Hay otra cosa que quiero pedirte.

Arturo la miró sin decir nada. Ella le entregó el papel.

—Son los nombres del marido de Mercedes y de su cuñado. Hace unos días, cuando trabajaban en el campo, unos milicianos les obligaron a subir a una camioneta y se los llevaron. No saben nada de ellos.

—¿Tenían algo que ver con la política? ¿Eran fascistas o se habían mostrado afectos a la sublevación de los militares?

—Me ha dicho que lo único que han hecho en toda su vida ha sido trabajar, que nunca se han metido en nada. Por lo visto, la orden procede de un vecino, un tal Merino, con el que el marido tuvo sus más y sus menos hace unos meses por una pelea. Pasó un mes en el calabozo; se la tenía jurada.

—¿Y tú la crees?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—No la conoces de nada.

—Hay gente a la que crees conocer muy bien y nunca llegas a saber qué piensa. Otros, sin embargo, son tan transparentes que sólo tienes que mirar sus ojos para conocer su verdad, éste es el caso de Mercedes —equivó la mirada antes de continuar—. Déjalo, ya has hecho demasiado por mí y por mi familia. Intentaré indagar y o...

—Ni se te ocurra —la interrumpió, metiendo el trozo de papel en el bolsillo, junto a la nota de Mercedes dirigida a don Honorio—. Tú no vas a buscar a nadie. Es muy peligroso.

Ella le dedicó una sonrisa lánguida, puso la mano en el pomo de la puerta para abrir, pero antes de hacerlo se volvió hacia él.

—Mi padre también me trata como una necia, piensa que sólo sirvo para organizar la intendencia de una casa, tan débil que siempre he de estar protegida por un hombre, dependiente, incapaz de moverme por el mundo sin su inestimable ayuda y consejo, aunque el hombre del que dependa sea un estúpido.

—No me compares con tu padre, Teresa, mi intención es que no corras riesgos inútiles.

—Los mismo que puedas correr tú; sin embargo, nunca se me ocurriría impedirte nada que quisieras hacer. ¿No decís los de tu partido que la mujer, igual que el hombre, tiene capacidad de decisión propia?

Arturo se impacientó porque aquella conversación no llevaba a ninguna parte.

—Yo no te impido nada, Teresa, nunca lo haría. Sólo trato de protegerte.

Quebró el rostro con una mueca lastimera.

—Vuestra protección me ahoga.

—Teresa, yo...

—Tengo que marcharme —le interrumpió con brusquedad, abriendo la puerta.

—Espera, hay algo que tienes que saber sobre Charito.

Ella se detuvo y se giró hacia él. A un gesto de él, cerró despacio la puerta, sin dejar de mirarlo.

—¿Qué pasa con Charito?

Arturo se acercó y se puso frente a ella.

—Adviértela que se aleje de las compañías que frecuenta —la voz de Arturo sonó pastosa, como si no supiera qué palabras utilizar—, en los tiempos que corren ciertas amistades pueden ser una sentencia de muerte.

—No sé a qué te refieres. Mi hermana tiene pocos amigos, es como mi madre.

—Pues parece que eso ha cambiado. Muchas tardes acude a un piso en el barrio de Salamanca.

—¿Tampoco vamos a poder salir a la calle?

—Llevan varios días vigilando el edificio; por lo visto, se ocultan elementos fascistas.

—¿Elementos fascistas? —inquirió irónica.

—¿Es que no lo entiendes, Teresa?, me la estoy jugando dándote esta información.

Teresa asintió el ceño, tenía ganas de llorar, de abofetearle y, a la vez, de abrazarle y sentirse protegida en su regazo; todo se había complicado tanto que no sabía qué pensar, ni cómo actuar. Todo era confuso.

—Trato de prevenirte.

Teresa asintió con un gesto y murmuró un escueto « gracias ».

Desde hacía varios días, había oído a Charito salir de casa después de comer, aprovechando el momento en el que su madre quedaba traspuesta en el sillón del salón. Cuando regresaba, se metía en su alcoba durante el resto de la tarde. Nunca se había planteado nada extraño sobre aquellas salidas de su hermana; a pesar de vivir en la misma casa, sus vidas corrían por derroteros tan diferentes que apenas reparaba en su presencia ni en sus ausencias.

—Haré lo que pueda respecto a Mario, e intentaré saber dónde están esos dos hombres, pero no te puedo prometer nada. Las cosas están muy complicadas.

—No hagas nada que pueda perjudicarte, y menos por mi causa.

—Tú eres mi única causa, Teresa.

Esbozó una leve sonrisa. Abrió la puerta y le dejó atrás.

—Te llamaré si sé algo.

Teresa oyó la voz lánguida, insegura de Arturo a su espalda. Sintió un escalofrío, como si con sus palabras hubiera exhalado un frío intenso que le arañó las entrañas.

Teresa salió a la calle aturdida. A pesar de sus intentos por disimular su prisa, lo había notado impaciente: llegaba tarde a su reunión de intelectuales. En las últimas semanas, le desconcertaba su actitud, algo esquiva hacia ella, sobre todo desde que había conocido a ese escritor tan importante que se apellidaba Sender. Aquel encuentro fortuito significó un extraño quiebro en su relación; desde ese día, Arturo parecía vivir y respirar para el círculo de intelectuales, escritores, poetas y artistas que se estaban organizando en una alianza antifascista, en cuyo ambiente ella parecía no tener cabida. Le resultaba evidente que el hecho de pertenecer a una familia bajo sospecha se había convertido en un peligroso lastre para un hombre de izquierdas como él, socialista convencido y defensor de la causa republicana. En las últimas semanas, su ascenso social entre la flor y nata de la intelectualidad de izquierdas había suscitado grandes recelos entre los suyos, y algunos camaradas del partido —entre ellos Draco— ya le habían advertido (algo que Teresa ignoraba, aunque empezaba a sospechar) del peligro de pasarse del brazo con la hija de un adepto a la sublevación y hermana de unos fascistas. Teresa no alcanzaba a comprender hasta qué punto se alejaba de ella para protegerla, tal y como él alegaba, o para protegerse a sí mismo, tal y como ella presentía.

Una calima viscosa se mantenía en el aire haciéndolo pastoso; igual estaba su ánimo, pesado, denso y algo confuso. A pesar del bochorno, decidió dar un paseo por el centro de Madrid. Necesitaba despejarse, pensar en las consecuencias que había traído aquella guerra absurda. Se preguntaba cuánto tiempo más duraría aquel caos en el que se había convertido Madrid, y qué ocurriría si, de acuerdo a los rumores que corrían de boca en boca, las tropas del ejército sublevado entraban por fin en la capital; qué clase de represalias habría. Se oían barbaridades sobre la forma de actuar de los rebeldes en los sitios a los que llegaban; la última y más terrible, la masacre llevada a cabo en Badajoz, en la que habían muerto de forma violenta cientos (miles decían algunos) de seres inocentes. Temía por Arturo; sus conexiones con el partido socialista y con los intelectuales de izquierdas le ponía en la palestra para lo bueno y para lo malo. Si en aquella guerra, que ya se alargaba en más de un mes, vencía la República, lo más probable es que las cosas pintaran muy bien para él y los suyos, y algo peor para ella y su familia, pero ¿y si no era así?, ¿y si los sublevados conseguían derrocar al Gobierno legítimo? Las consecuencias podrían ser nefastas para el futuro de Arturo, y por ende, para el suyo propio junto a él. Tal vez no le dejasen ejercer la abogacía —la depuración de funcionarios, empresarios, profesionales

y demás trabajadores, ya era un hecho en ambos bandos—. ¿De qué vivirían entonces? Todo era incertidumbre para su relación y para su futuro.

Se dio cuenta que, de un modo u otro, a ella siempre le tocaría perder en aquella revolución, como lo llamaban unos, o sublevación, como lo nombraban los otros. Lo que era bueno para Arturo era malo para su familia, y lo que era malo para sus padres podría significar la gloria para el hombre con el que quería compartir su vida.

Por otro lado, hacía más de un mes que no veía a ninguno de sus hermanos varones; los mellizos estaban en Burgos formando parte del Ejército nacional; Juan se había afiliado a la Falange, sin embargo, todavía no había podido convencer a Carlos, que se mostraba reticente. La noticia de su llegada al lado nacional la recibieron tres semanas después de su partida, a través de un sobre dirigido a Joaquina, utilizando en el remite un apellido distinto, para evitar, según contaba sutilmente en el interior, que se extraviase en el camino, dentro del cual había otro sobre esta vez dirigido a Teresa. La carta estaba escrita por Carlitos, y en ella mencionaba su poca inclinación a las ideas de la Falange; afirmaba haber sido testigo de ejecuciones de los camisas azules en la ciudad de Burgos como represalia, no sólo a los que se habían mantenido afectos a la República, sino a todos aquellos, de cualquier clase o condición, que fueran sospechosos de haber tenido algún contacto con sindicatos, partidos del Frente Popular o con los anarquistas. Lo contaba sin entrar en detalles escabrosos, de forma escueta, prudente y aparentemente aséptica, como si no quisiera herir ninguna sensibilidad; Teresa, sin embargo, intuyó entre líneas que las palabras de su hermano destilaban la vileza del que es consciente de asistir, impasible, a hechos abyectos y repugnantes, incapaz siquiera de rebelarse contra sí mismo y su cobarde pasividad.

En cuanto a Mario, sentía un estremecimiento al imaginar su estancia en la cárcel, y ahora, en casa de un extraño, escondido como un delincuente, sentenciado a muerte por querer huir del desafuero en que se había visto inmerso. Cansina, encaminó sus pasos hacia la Gran Vía. A pesar de lo sofocante del aire, había mucha gente por la calle; la ciudad había recuperado su pulso vital, algo cambiado por las vestimentas, los gorros fríos y sobre todo las pistolas, pero también por los carteles en las fachadas, por las casas señoriales, ahora tomadas por diversas agrupaciones que sacaban los elegantes sillones a la entrada, donde sus nuevos moradores se sentaban para charlar, reír o contar sus experiencias con la muerte en algún frente o patrullando por las calles en la oscuridad de la noche.

Los cines, las cafeterías, los quioscos, todo funcionaba con una apariencia casi normal, si no fuera porque ya empezaban a ser consciente de lo que se habían resistido a admitir durante semanas, que estaban inmersos en una terrible guerra civil. Se detuvo para ver pasar dos camionetas sobre las que iban un grupo

de mujeres con el puño en alto y enarbolando banderas comunistas. Le sorprendió la actitud de entrega que tenían, el convencimiento de lo que simbolizaba su puño en alto, sus gritos apasionados a favor de la revolución, arengando a la lucha contra el fascismo. Teresa no sabía qué era el fascismo, ni lo que pretendían en realidad los sublevados, su confusión era máxima, porque entre las izquierdas también había formas muy distintas, incluso contradictorias de ver el futuro y de cómo organizar las cosas. Por eso, en el fondo, envidiaba el compromiso de aquellas mujeres por la causa republicana, hasta el punto de dejarlo todo y subirse a un camión que les llevaría al frente a entregar la vida por sus ideas. Observó, pensativa, cómo se alejaban dejando el estruendo de las ruedas sobre el adoquinado recién colocado de aquel tramo de la Gran Vía. Cruzó la Red de San Luis y se metió por la calle Montera hasta llegar a la puerta del Sol. Allí, junto a la boca del metro, dos policías le pidieron la documentación. Era la primera vez, desde que había empezado la guerra, que una autoridad uniformada le pedía su cédula de identidad. Después de dar alguna explicación sobre su destino, la dejaron marchar, pendientes de un hombre que debió de resultarles más sospechoso. Se dirigió por la calle Arenal y desembocó en la plaza de Oriente, frente al Palacio Nacional. Acomodados en la tierra, bajo la sombra de una acacia, se encontraban dos hombres compartiendo caladas a un consumido pitillo, pasándose, alternativamente, de uno a otro; junto a ellos, había un carromato en el que se amontonaban libros de forma caótica. Teresa se detuvo a mirar.

—Si te interesa alguno te lo dejamos a buen precio.

Teresa cogió uno. Debían haber pertenecido a una buena biblioteca porque su estado era excelente a pesar del trato que habían sufrido, arrojados al carro sin ningún miramiento, como si fueran mercancía barata.

—¿De dónde los habéis sacado?

—Pertenecían a un tipo con gafitas muy pequeñas, un chupatintas de esos que tienen el cerebro seco de tanto leer. Pero, no te preocupes, dicen los beatos que al cielo se va sin nada material, y el dueño lo debía de saber, porque los dejó abandonados para evitar el peso... —rieron a carcajadas—; seguro que ése se iba derecho *p'arriba* porque antes de caer, rezaba muy concentrado, con las manitas *mú* juntas...

Los dos hombres se desternillaban de risa. Teresa pensó que debían estar bebidos porque, junto a ellos, había una botella vacía de güisqui americano, seguramente procedente de la misma casa de donde habían sacado los libros.

Curioseó el título de algunos, oía las estúpidas simplezas que los casuales comerciantes se decían entre sí. Sonrió y pensó en Arturo, en las tardes de primavera recorriendo la cuesta Moyano, paseando sus ojos por los libros de segunda mano que se ofertaban en sus puestos de madera. Pocas veces compraba, alegando siempre, con cierta pena, que no podía permitirse ni siquiera

pagar una peseta por ellos, sus prioridades eran otras. A pesar de la falta de libros en propiedad, su pasión por la lectura estaba cubierta: el acceso a la biblioteca de la universidad y la generosidad de algunos compañeros que de buena gana le prestaban sus libros, le permitían leer sin descanso toda clase de obras.

Extrajo un libro voluminoso y algo pesado que se encontraba debajo de otros tantos. Le llamó la atención, no sólo su volumen sino también su cuidada encuadernación en piel y rematados dorados. No le sonaba su título ni tampoco su autor: *El conde de Montecristo*, de Alejandro Dumas. Si Arturo estuviera a su lado le contaría todo sobre el argumento. Retiró el libro a un lado y buscó un poco más. Uno de los hombres, al ver que el interés de Teresa podía dar lugar a una venta, se levantó y se puso a su lado.

—Te puedes llevar los que quieras.

Eigió dos libros más, *Los Miserables* y *La Regenta*. No porque los conociera, sino porque los títulos le gustaron y estaban prácticamente nuevos. Los apiló con el de Dumas, poniendo su mano sobre las cubiertas.

—¿En cuánto me dejas estos tres?

—Dame veinte reales.

—Te pagaré diez. Al fin y al cabo son robados...

—Quince y no bajo ni un solo real —insistió el hombre.

—Podría denunciarlos.

—Podrías hacerlo; tú te quedarías sin tus libros y nosotros sin el dinero que nos ganemos con lo que vendamos. Tengo siete bocas que alimentar, y con esto no hago daño a nadie.

—A los que van al frente les pagan diez pesetas al día, además de la comida y ropa. Es otra manera de ganarse la vida.

—Prefiero vender lo que otros ya no necesitan.

Hubo un silencio tenso. Teresa no sabía qué hacer, por una parte quería llevarse esos libros, pero pagar por algo que había sido robado a alguien abatido por una bala cobarde, le parecía una inmoralidad. Pensó en llamar a Arturo y advertirle del arsenal de cultura que tenían aquellos dos hombres, pero lo más seguro es que ya hubiera salido de la pensión. Sacó de su bolso quince reales y se los dio. Cargó los libros bajo del brazo y se alejó hacia la plaza de las Descalzas, para luego subir por San Bernardo y tomar un tranvía que la llevase a casa. Cuando estaba en la parada, se acercaron dos mujeres de unos cuarenta años, una muy alta y corpulenta, la otra muy bajita y poquita cosa que tenía una expresión hostil, huraña, como si llevase una profunda amargura reflejada en su rostro. La más alta llevaba una hucha en la mano con un cartel que no se leía bien.

—Un donativo para los niños huérfanos de los milicianos caídos en el frente. Teresa las miró sorprendida.

—¿Un donativo para qué?

—Para los niños que quedan huérfanos porque sus padres mueren luchando por nuestra revolución.

Teresa miró a una y a otra, aturcida.

—Camarada —intervino la más menuda—, tenemos la obligación de contribuir a la manutención de esos niños, fruto de esos hombres y mujeres valerosos que están dando su vida por nuestra libertad; de todos nosotros depende que se les proporcione un futuro mejor.

—Ya... pero...

Aturcida, abrió el bolso y sacó el monedero. Le quedaba una moneda de una peseta. Teresa dudó. No tenía ninguna intención de echar la moneda en aquella hucha. No quería caminar hasta su casa, hacía calor, tenía mucha sed, le dolían los pies y estaba cansada.

—Sólo tengo una moneda.

—Una peseta puede ayudar mucho.

Las mujeres no pedían, exigían.

—Ya —añadió azorada—, pero el tranvía cuesta quince céntimos.

—Echa la moneda y ejercita las piernas hasta tu casa. Los niños huérfanos y tu salud te lo agradecerán.

—Pero... vivo lejos —protestó Teresa, apabullada por aquellas dos mujeres que no tenían ninguna intención de seguir su camino con las manos vacías.

—¿Es que te niegas a contribuir a la causa?

Una de las mujeres se volvió sin ningún disimulo hacia un grupo de milicianos que, sentados alrededor del velador de una cafetería, bebían cerveza, hablaban y reían. Dos de ellos se levantaron, se ciñeron las armas al cinto y se acercaron despacio. Teresa se dio cuenta y, nerviosa, notó el latido acelerado de su corazón.

—No me niego...

—¿Ocurre algo, camaradas? —interrumpió sus palabras uno de los milicianos.

Antes de que pudieran contestar, Teresa echó la peseta en la ranura. El ruido seco y metálico al chocar contra otras monedas significó para ella su liberación; se dio la media vuelta y echó a andar con paso acelerado. Sintió el sudor resbalando por la frente y cómo la tela de su vestido, húmeda y pegajosa, se adhería a la piel de su espalda. El taconeo hueco de sus zapatos retumbaba sobre el adoquinado. Se dio cuenta de que estaba huyendo, pero de qué, de quién, qué le había provocado semejante pavor. Si dos meses atrás alguien le hubiera pedido un donativo por la calle que no quisiera dar, simplemente se hubiera negado y hubiera continuado su camino; pero las cosas habían cambiado tanto que negar algo tan banal como una ayuda de una peseta, podía convertirse en un grave problema. Tomó aire y lo soltó hinchando y deshinchando los pulmones en un intento de calmarse. Giró la cabeza para comprobar que nadie la seguía. Se detuvo en un portal y se cobijó del sol. Durante un rato, sólo respiró, con los libros

apretados contra su pecho, como si quisiera protegerse de sus miedos, consciente del terror, desorbitado e irracional, que había sentido.

Cuando por fin enfiló la calle del General Martínez Campos, vio a lo lejos los balcones de su casa. En ese momento, Joaquina recogía algo, una toalla o un trapo, que pendía colgado de la barandilla de uno de los balcones; le extrañó, porque su madre le tenía prohibido tender o colgar cualquier prenda hacia la calle. Alzó la mano, pero la criada no la vio, o aparentó no verla. Se encontraba muy cansada. La falta de medias, la caminata y el calor la habían provocado ampollas en los pies que la quemaban como brasas, y su garganta estaba tan reseca que parecía que masticaba tierra. Varias veces por el camino se arrepintió de haber comprado los libros, no sólo por lo que pesaban, sino porque había perdido demasiado tiempo con el inoportuno paseo. Temía encontrarse a Mercedes y a su madre en el portal, desahuciadas por su padre, o peor aún, camino de Móstoles. Los remordimientos de su falta de conciencia la hacían caminar aún más deprisa, a pesar del dolor de pies.

Entró en el portal como una exhalación, agradecida por el frescor del aire. Cuando ya llegaba a la puerta de acceso a las escaleras, la detuvo la voz compungida de Modesto.

—Ay, señorita Teresa, menos mal que ha llegado usted... yo, señorita, ya sabe usted que yo he estado siempre al servicio de su familia...

—¿Qué ha pasado, Modesto? —la alarma de Teresa se disparó al oír las palabras torpes y renqueantes del portero, intentando justificarse antes de explicar lo que pasaba.

—Señorita Teresa —levantó los ojos del suelo para clavarlos en los de Teresa—, llegaron al menos una docena de hombres. Cuando me quise dar cuenta, ya estaban arriba. No pude avisar..., yo no pude hacer nada para evitarlo, ya sabe como están las cosas, sus padres de usted...

—¿Qué les ha sucedido a mis padres? —le inquirió gritando, angustiada, irritada con lo tardo en las explicaciones.

—Se los han llevado, señorita, a los dos...

Teresa ya no le escuchaba. Había emprendido un rápido ascenso de las escaleras.

—Señorita Teresa, yo no tengo nada que ver con esto, se lo juro, sabe usted que yo a la familia de usted le tengo mucho respeto.

Las palabras de Modesto rebotaban en la mente de Teresa igual que lo hacía el ruido de sus zapatos sobre el mármol. Llamó al timbre y aporreó la puerta, nerviosa, tensa.

Joaquina abrió en seguida. Tenía los ojos llorosos.

—Señorita Teresa...

—¿Qué ha pasado? Me ha dicho Modesto que se han llevado a mis padres.

Mercedes y su madre aparecieron por el pasillo, también con gesto preocupado.

—Si llega un poco antes se los encuentra de frente —le dijo la criada con voz temblona y compungida—. Preguntaban por el señorito Mario. Ay, señorita, lo registraron todo. Su señor padre les dijo que no sabía dónde estaba, pero nada, ni caso; ellos sabían algo, señorita —su voz entrecortada al punto del llanto resultaba patético, limpiándose las mejillas con la punta del delantal ennegrecido por el uso, sorbiendo la mucosidad que se precipitaba por su enorme nariz ancha y gruesa—, y como no lo encontraron, al señorito Mario digo, pues como no lo encontraron, se llevaron a su señor padre y a su señora madre. ¡Qué disgusto, señorita, qué disgusto más grande!

—Yo le aseguro, señorita, que no dije ni «esta boca es mía» —se puso los dedos cruzados sobre los labios—. Gracias a Dios que no estaban ni usted ni la señorita Charito.

La criada se santiguaba de forma compulsiva mientras hablaba, apenas dibujando con su mano un garabato extraño en el aire delante de su cara.

—¿Mi hermana no está en casa?—preguntó Teresa.

—Ha llegado hace unos minutos —contestó Mercedes—. Está hablando por teléfono.

Teresa suspiró con un visaje de intranquilidad contenida.

—¿Se sabe adónde se los han llevado?

—Dijeron que a la Dirección General de Seguridad —añadió Joaquina—. Allí está llamando la señorita Charo, a ver si averigua algo..., Dios Santo, qué pena.

—Pero ¿eran guardias o milicianos?

Las tres callaron mirándose unas a otras.

—Yo, la verdad es que no lo sé —dijo al fin Mercedes—, de uniforme iban...

—Yo me creo, señorita, que eran milicianos con ropa de guardias —interrumpió Joaquina.

Teresa se dirigió al salón, seguida de las tres mujeres. Su hermana hablaba por teléfono. Con el auricular pegado a la oreja, se mantenía concentrada en la conversación, atendiendo a las palabras de su interlocutor. Sus ojos se clavaron en Teresa.

—¿Has averiguado algo? —le preguntó en cuanto colgó.

—No. Todavía no. Me han dicho que a la Dirección General de Seguridad no han llevado a nadie.

Sintió algo extraño en la mirada de su hermana, tenía un gesto de reproche.

—¿Qué habrá podido pasar!

—Dínoslo tú —respondió, manifestando claramente una recriminación.

—¿Qué quieres decir?

—Está claro que alguien ha dado el chivatazo de que Mario ha aparecido, y

han venido a buscarlo a casa.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—¿No vienes de ver a ese novio tuyo?

—No es de tu incumbencia donde yo vaya o deje de ir.

—¿Le has hablado de Mario?

Teresa encogió los hombros, incómoda. No entendía aquel interrogatorio de su hermana pequeña.

—Claro que se lo he dicho, él nos puede ayudar...

—Claro que nos ha ayudado, denunciándonos.

—Pero tú estás loca. Arturo nunca haría eso.

—¿Cómo estás tan segura?

—Si hubiera sido Arturo, como tú dices, no hubieran venido aquí, les hubiera llevado directamente al lugar donde se esconde.

—O no. Puede que quiera ganarse puntos ante su gente y, de paso, quitarse de en medio a los que le están molestando en su relación contigo.

Teresa la miró atónita.

—¿Cómo puedes pensar eso?

—Yo no tengo que pensar nada. Lo cierto es que los guardias, con la excusa de buscar a Mario, han venido justo en el momento en el que tú no estabas en casa. Y parece que tu tranquilidad te ha permitido hasta irte de compras —dijo indicando con los ojos hacia los libros que todavía llevaba en su regazo. Teresa miró los libros y, como si se hubiera dado cuenta de repente que pesaban, los dejó encima de la mesa.

—No te voy a dar a ti explicaciones de dónde voy ni lo que hago o compro.

—Ya, pero no me negarás que todo cuadra —volvió a señalar con un gesto hacia los libros apilados en el borde de la mesa—. ¿Te ha enviado él a hacer las compras, o ha sido idea tuya? A lo mejor es una treta urdida por los dos. Tú te entretienes por la calle, mientras otros hacen el trabajo sucio y se llevan a los que molestan; fin del problema.

—No puedo creer que seas tan ruin...

—Mira bien con quién te juntas.

—Y tú, ¿dónde estabas?

—Por ahí.

—¿Por ahí? ¿En casa de unos fascistas? ¿Qué quieres, que te maten, que nos maten a todos?

Charito apenas se inmutó. Con los brazos cruzados sobre el pecho, sólo esbozó una sonrisa ladina, y alzó las cejas.

—¿Quién te ha informado de eso, tu novio?

—¿Qué importa eso? El caso es que no puedes moverte por ahí en compañía de fascistas.

—Es mejor estar en compañía de fascistas a tener a un novio rojo capaz de

vender a tu familia para conseguir tenerte.

—Además de maliciosas especulaciones, ¿tienes alguna prueba de lo que estás diciendo?

Charito esbozó una sonrisa artera.

—Pregunta a Joaquina. Ella te confirmará lo que estoy diciendo.

Los ojos se volvieron a la criada que pareció empuñarse, acuciada por una responsabilidad que rechazaba.

—Joaquina, ¿qué tienes que decir?

El tono suplicante y a la vez firme, convencida de que se trataba de conjeturas maldicientes de su hermana, amedrentaron aún más a la criada, que no acertaba a articular palabra.

—Yo... —nerviosa, retorció el pico del delantal en los dedos de sus manos una y otra vez, respirando a bocanadas, como si le faltase aire que respirar—, señorita Teresa, verá, yo...

—Ella oyó decir a uno de los guardias que había sido Arturo Erralde el que le había avisado de que Mario Cifuentes estaba vivo.

La voz contundente de Charito retumbó en los oídos de Teresa como si estuviera en el interior de un campanario. Le dolían tanto sus palabras. Se volvió de nuevo hacia Joaquina, suplicante, y la criada bajó los ojos al suelo y afirmó como si se sintiera avergonzada por lo dicho.

—Joaquina, ¿escuchaste bien el nombre?

—Sí, señorita. Perfectamente. Dijo esas mismas palabras, y el nombre completo, Arturo Erralde, ya ve usted que yo no sabía que usted se veía con ese chico, ni sabía de su nombre, pero así fue, señorita. Tal y como lo ha dicho su hermana de usted.

Teresa se acercó al teléfono y marcó el número de la pensión. Doña Matilde le dijo que Arturo había salido al poco de marcharse ella. Teresa la insistió en que le dejase el recado de que la llamase con urgencia.

—Dios Santo —murmuró Teresa, con gesto preocupado y mirada perdida, cavilante—. Qué vamos a hacer, pobre mamá. Esto la va a matar.

—Ya le he dicho a tu hermana —intervino Mercedes— que tu padre dijo al salir que llamaseis a Nicasio Salas, que el teléfono está en el listín de su despacho.

—Ya lo he hecho —replicó Charito de mala gana—, y nadie contesta.

—Hay que seguir insistiendo —dijo Teresa—. Encárgate tú.

—Y tú —la espetó—, ¿qué vas a hacer tú?

Teresa miró a su hermana sin decir nada. No supo si era el calor o el aire pastoso, pero de pronto sintió que le costaba respirar. Se llevó la mano al pecho.

—Joaquina, por favor, tráeme un vaso de agua —la criada, solícita, salió corriendo hacia la cocina—. Tengo que ir a buscarlos.

—¿Adónde? —replicó Charito—. En la Dirección General de Seguridad me han confirmado que no tenían noticia.

—Tal vez no les hayan llevado allí..., puede que ni siquiera sean guardias. Tenemos que mantener la calma. Primero hay que poner una denuncia.

—Yo voy contigo —dijo Charito, resuelta.

—No. Tú sigue intentando contactar con ese hombre, y si llama Arturo cuéntale lo que ha pasado. No me puedo creer que él tenga nada que ver con esto.

Teresa intentó encontrar en los ojos de su hermana un ápice de confianza, de duda en las palabras oídas por Joaquina, pero se dio cuenta de que su hermana había sentenciado a Arturo para siempre. Estaba claro que ella, al igual que su madre, nunca aceptaría la posibilidad de que un chico de ideas socialistas, que le gustaba escribir y con un futuro poco halagüeño, pasara a formar parte de la familia.

—Voy contigo —dijo Mercedes.

—No sé, en tu estado no deberías...

—Estoy embarazada, no impedida. Me vendrá bien salir a la calle. En esta casa me ahogo.

En ese momento, Joaquina entró en el salón con un vaso de agua. Teresa bebió lentamente, sintiendo pasar el fresco líquido por su garganta seca.

—Señorita —Joaquina seguía retorciendo en sus dedos la punta del mandil—, yo tendría que ir a comprar algo, apenas hay nada en la despensa, falta leche y azúcar, y me han dicho de un sitio donde puedo encontrar algo de carne y aceite de oliva.

—Está bien, Joaquina, tú ve a comprar.

—Pero, señorita, es que su señora madre, no me dejó dinero, y yo...

—Ah, bien, no te preocupes, ahora te lo doy.

—Yo acompañaré a Joaquina —añadió la señora Nicolasa.

La criada la miró agradecida.

Teresa sintió de repente la quemazón de las rozaduras que tenía en los pies. Cogió los libros y el bolso y se fue a su habitación. Los soltó sobre el pequeño escritorio, se descalzó y se dejó caer sobre la cama cerrando los ojos. En su cabeza retumbaba las palabras de Charito, la acusación contra Arturo. Pensó en su madre, encerrada en algún lugar oscuro. Abrió los ojos y se incorporó angustiada. En ese momento, Mercedes, asomó la cabeza.

—¿Puedo?

Mercedes entró y se sentó en la butaca junto a la mesa.

—Te has hecho herida.

—Lo sé. Es por la falta de medias y el calor. Además, he tenido que venir andando desde el centro porque me he quedado sin dinero —Teresa se calló un instante, se volvió hacia Mercedes y la preguntó—: ¿Tú escuchaste lo mismo que Joaquina?

Mercedes negó.

—Arturo es incapaz de hacer algo así, lo conozco bien. Mario es su amigo, y yo... —se calló un instante, tragó saliva y miró de nuevo a Mercedes—. Cuéntame cómo ha sido.

—Me había quedado dormida y me desperté sobresaltada con los timbrazos insistentes y los golpes en la puerta. Cuando salí al pasillo, un grupo de hombres entraban en tropel preguntando por Mario. Tu padre insistió en que no sabían nada de él desde el día del incendio de la cárcel. Miraron por la casa abriendo y cerrando puertas. El que daba las órdenes dijo que a cambio de Mario se llevaban a tus padres.

—¿Y cuándo escuchó Joaquina el nombre de Arturo?

Mercedes encogió los hombros y negó con la cabeza.

—Ni idea. Ella lloraba mucho, igual que tu madre, y seguía a los guardias mientras recorrían las habitaciones de la casa. Cuando llegó Charito le contó lo que había pasado y que había oído a uno de ellos decir eso de Arturo.

Miró por la ventana. El sol de la tarde penetraba sesgado a través de los fraileros.

—Vámonos. Tengo que encontrar a mis padres antes de que sea demasiado tarde.

Teresa se calzó unas alpargatas. Con los pies algo más cómodos se lanzaron a la calle en una búsqueda desesperada contra el tiempo. Le estremecía la idea de que llegase la noche. La oscuridad amparaba muchos crímenes, y el amanecer podría quebrar la esperanza de encontrarlos con vida a cambio de ver sus nombres escritos en una lista funesta, o algo peor, si cabe, descubrir su rostro macilento y desenfocado en la imagen de una foto, entre otras caras igual de inermes, salpicadas de sangre, grabado en el semblante el último instante cargado de miedo, el último grito, el último recuerdo antes de la nada, de la muerte, del silencio. Había visto, con espanto, muchas de esas caras en la desesperada búsqueda de su hermano Mario, antes de que aparecieran Mercedes y su madre trayendo la grata noticia de que seguía vivo. Mientras bajaba las escaleras, seguida de Mercedes, sintió un escalofrío por el cuerpo. ¿Y si no llegaba a tiempo?

Capítulo 19

Don Eusebio se inclinó bruscamente contra el miliciano que llevaba a su lado cuando el coche, en manos de un conductor inexperto, giró con demasiada rapidez hacia la calle Alcalá, dejando a un lado la fuente de la Cibeles. Luego, a demasiada velocidad y acelerando el motor en exceso, enfiló el tramo de la calle hasta llegar al número 40, hizo otro giro y aparcó con un frenazo seco.

—A ver si aprendes a conducir, Mariano —espetó el que iba de copiloto, descendiendo del vehículo—, que ya llevas tiempo al volante.

—Es el motor, que no va bien.

Los dos hombres que escoltaban al reo se bajaron, y uno de ellos le obligó a hacer lo mismo apuntándolo con el Mauser.

—Vamos, aquí se acaba el viaje.

Don Eusebio descendió lacónico y miró a su alrededor. Hacía mucho calor y la calle Alcalá mostraba el viso somnoliento de la placidez de la siesta. Ante él, el Círculo de Bellas Artes, un edificio que respondía al estilo clasicista, con sus columnas dobles enmarcando los grandes ventanales tras lo que pretendía concentrarse, ya desde finales del siglo pasado, lo más granado de las artes. Al entrar, notó un agradable frescor. Las mármoles brillantes, las hermosas alfombras, las elegantes trazas y, sobre todo, la impresionante escalera barroca de doble tiro, devolvieron a don Eusebio, sólo por un instante, a la aparente normalidad de un pasado brillante de excelencia, galanura y distinción. Pero ese espejismo quedó roto al contemplar a los personajes que ahora ocupaban tan insigne edificio, emponzoñando la visión, degenerando la esencia misma del refinamiento y el buen gusto: hombres despechugados, con la tez oscurecida por la barba de días, astrosos, sentados de cualquier manera en las escaleras y en los sillones de telas brocadas y sedas, fumando, bebiendo y comiendo encima de las alfombras, o sobre las mesas de ricas maderas rematadas de bronces dorados. Todo se ha vuelto zafio y ordinario, pensó don Eusebio, resabiado de una situación ya conocida, y no por ello menos temida. Dejaron atrás los espacios suntuosos para bajar a los sótanos como preludio al descenso a los infiernos. Abrieron la puerta de una especie de trastero del que salió un hedor repugnante y de un empujón le metieron al interior, cerrando de inmediato con un golpe fuerte y seco. Se volvió hacia la puerta y puso sus dos manos sobre la superficie lisa como si se aferrase a ella para no caer al vacío de tinieblas que se abría a sus pies. El sonido metálico al deslizarse la cerradura resonó en la oscuridad. Desesperado, golpeó con fuerza la madera.

—¿Adónde se han llevado a mi esposa? —gritó.

A doña Brígida la habían metido en otro coche diferente al suyo; había preguntado por ella varias veces durante el trayecto, sin obtener respuesta.

—No te preocupes tanto —oyó al otro lado de la puerta—, seguro que la

atenderán como merece su rango.

Oyó risas burlonas, comentarios groseros e insultantes dirigidos a quebrantar su ánimo indefenso. El encierro resultaba insoportable, pero lo era mucho más la incertidumbre de lo que pudiera sucederle a su mujer. A pesar del golpe humillante por el que pasaba, él podría sobreponerse, sabría superar la contrariedad, era un hombre, su fortaleza mental, incluso física, estaba por encima de cualquier ataque por muy denigrante que fuera, pero ella, al fin y al cabo, era una mujer, débil, de carácter frágil y quebradizo, tenía el convencimiento de que sin su protección estaría expuesta a un menoscabo que podría resultar irreversible. No obstante, en lo más profundo de su corazón, en sus meditaciones más íntimas jamás confesadas ni admitidas, rondaba el miedo terrible a perderla, a que su falta se hiciera evidente en la casa y en su vida.

Cuando se alejaron, se volvió y miró a su alrededor; sus ojos apenas recogían el tenue haz de luz que se colaba por las rendijas de la puerta. No sabía si había alguien más, sin embargo, presentía que no estaba solo. Tanteó con los brazos hacia adelante hasta tocar la pared, pero tropezó con algo metálico que rodó y del que se desprendió un hedor nauseabundo.

—Ya tiró la mierda.

La voz nervuda y densa de un hombre a su espalda, le hizo girarse. En la penumbra le pareció ver a alguien sentado justo frente a él.

—¿Quién eres? —preguntó el hombre.

Don Eusebio, aturdido, miró a ciegas a un lado y otro antes de contestar.

—Me llamo Eusebio Cifuentes.

—Hombre, Cifuentes. Encantado de conocerte —hablaba con postiza amabilidad—. Ven aquí, acércate, a mi lado tienes sitio, y al menos te alejas un poco del retrete.

Don Eusebio dio dos pasos, tanteando, hasta llegar a la otra pared, y esta vez su pie tropezó con la pierna del que le hablaba.

—Puedes sentarte, estás en tu casa —le dijo con voz recia y con cierta ironía.

Don Eusebio tanteó el lugar y dobló las rodillas pegando la espalda a la pared; se quedó un instante en cuclillas como si se resistiera a sentarse en una superficie que no podía ver. Luego, dio un largo suspiro y dejó caer el cuerpo sobre la dureza del suelo.

—Me llamo Emilio Bartolomé Sánchez.

—¿Por qué no hay luz?

—Ahora nos tienen a oscuras, cuando les dé la gana encenderán una luz y la mantendrán durante horas, y si quieres que te diga la verdad, no sé qué es peor, al menos así no se ve la miseria en la que nos tienen metidos, eso sí, la huela, esta peste se te mete hasta las entrañas.

—¿Estamos solos?, quiero decir... aquí, ¿no hay nadie más que usted y yo?

—Sí, estamos solos, al menos por ahora, pero puede que dentro de un rato

traigan a otros..., o no, depende de cómo se les de la caza —don Eusebio percibió que el hombre se volvía hacia él—. O puede que se nos lleven esta misma noche y esto se quede vacío. Y no me trates de usted, hombre, dadas las circunstancias de poco o nada valen las formalidades —se quedó un instante en silencio, para continuar con voz quebrada, queda—; al fin y al cabo, es muy posible que seas la última persona amigable con la que hable en mi vida.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Hubo un silencio, y don Eusebio escuchó el chasquido de la boca.

—Cinco días con sus cinco noches. Yo creo que no saben qué hacer conmigo, o tal vez se han olvidado de que existo, resulta fácil que le olviden a uno. Y a ti, ¿por qué te han traído aquí?

Don Eusebio encogió los hombros, y alzó las cejas en un gesto inconsciente.

—No lo sé muy bien, han ido a mi casa preguntando por mi hijo mayor, como no estaba, me han detenido a mí y a mi esposa. Pero de ella no sé nada. Me temo que alguien nos ha denunciado, porque de lo contrario, no me lo explico.

—En los tiempos que corren, Cifuentes, todos formamos parte de la traición, unas veces como víctimas y otras como verdugos. En este Madrid de chotis y verbenas han aflorado los instintos más bajos, lo más rastroso del ser humano, sin distinción alguna de clases, de ideologías o de religión —calló un instante—. ¿Eres de la CEDA o del Frente Popular?

Don Eusebio no contestó de inmediato.

—Poco me importan los partidos y sus ideas, ningún político me ha regalado nada de lo que tengo.

—Ten cuidado con eso que dices, lo más probable es que te acusen de fascista.

—Yo no soy fascista. Tampoco éstos me gustan un pelo. Se creen los salvadores del mundo, de la patria y de la sociedad, y, para eso, ya tenemos a la Iglesia y a Dios.

—Poco me importa a mí lo que seas o lo que pienses, y o sólo te advierto.

—¿Por qué preguntas entonces?

—Por hablar de algo, aquí el tiempo se eterniza, y es mejor hablar de lo que sea antes que permanecer en silencio, porque entonces te das cuenta de que ese tiempo no es eterno, y tal vez sea la última vez que puedas charlar con alguien antes del final.

De nuevo el mutismo, espeso como el aire bochornoso y húmedo que respiraban. Sin embargo, al cabo de una hora, los dos hombres conversaban con la confidencialidad de una confesión eclesial. A lo lejos se oía música mezclada con risas y voces. Don Eusebio le contó su periplo desde que había comenzado la sublevación, su primer encierro, sus jornadas interminables curando heridas espantosas y remendando cuerpos destrozados, con la amenaza constante de la

pistola apuntando a su cabeza, sintiéndose necesario pero a la vez condenado, en la ambigüedad entre la vida y la muerte que, a veces, le llevaba a un estado de extenuación incontrolable.

Por su parte, Emilio Bartolomé le habló de su condición de teniente del Ejército, y de cómo había conseguido escabullirse, junto a otros tres soldados, en el asalto del cuartel de la Montaña, encerrándose en una caseta justo cuando la multitud, enloquecida, irrumpió en el patio del cuartel. Desde una pequeña ventana fueron testigos de cómo se mataba a todo hombre de uniforme que se encontraban, incluso los que salían con las manos en alto eran tiroteados. Convencido de que iba a morir, se le ocurrió una idea: ante los ojos aterrados de sus subordinados, empezó a gritar llamando la atención a los de afuera. Cuando echaron abajo la puerta dijo que los habían encerrado allí ante su intención de salir del cuartel por no estar conformes con la sublevación. Los asaltantes, conmovidos por la pericia, les ayudaron, les arrojaron, los sacaron entre felicitaciones y agradecimientos por su fidelidad a la República, y los dejaron marcharse a sus casas.

—No sé qué habrá sido de los tres soldados. Estaban tan asustados que temí que se notara el engaño, pero por suerte para nosotros la locura de muerte estaba centrada en otros. Les sugerí que se desprendieran de las guerreras y que se escondieran una buena temporada. Espero que lo hayan conseguido —añadió murmurando para sí, como si ese deseo se le hubiera deslizado, de forma involuntaria, a través de los labios—. Yo me mantuve oculto en casa de mi hermana, pero la cagué bien.

—¿Por qué, qué pasó?

—El portero me había visto subir, pero no me veía bajar, y el muy cabrón se lo dijo a su novia metida a libertaria —se notó en su tono el desprecio profundo que sentía—. Llegaron de madrugada, pusieron todo patas arriba. Yo me escondía en una pequeña despensa cuya puerta había disimulado mi cuñado poniendo delante una alacena muy pesada —hizo una pausa, y chascó la lengua—. No tenía que haberme ocultado allí, no tenía que haberles metido en este lío... —más que hablar murmuraba para sí mismo—. Tienen tres niños, ¿sabes?, dos varones de cinco y tres años, y un bebé de seis meses, Emilito; le pusieron mi nombre porque fui su padrino —de nuevo hizo un silencio pesado, y después resopló como si no pudiera soportar los recuerdos—. Oí gritar a mi hermana, suplicar que no lo hicieran, suplicaba como sólo lo hace una madre por la vida de sus hijos. Al rato noté que arrastraban la alacena, luego se abrió la puerta que me ocultaba. Cuando salí sólo vi a mi cuñado llorando en un rincón. El silencio de la casa me estremeció tanto que llamé a mi hermana a voces antes de alcanzar la escalera... pero no la oí, no la oí ni a ella ni a mis sobrinos... no sé qué habrá sido de ellos. La cagué bien al meterme en su casa, no debí hacerlo, para salvar mi pellejo les jodí la vida a ellos.

Hablaba con voz queda, lánguida, lenificada por el paso de los días. Le atormentaba el inquietante temor de que algo muy grave le hubiera pasado a su familia, y la ignorancia de lo sucedido hacía mucho más pesada su culpa, una tortura que lo abrumaba mucho más que estar allí encerrado, mucho más que la certeza de la muerte, una muerte que tal vez lo ayudase a no encarar la evidencia de una realidad inquietante.

El lejano zumbido de un motor sonoro, constante y ronco, precedió a un terrible estruendo que estremeció el edificio; gritos y voces asustadas se filtraban por las rendijas de puertas y ventanas.

—¿Qué ha sido eso? —acertó a preguntar, don Eusebio, asustado.

—Una bomba, y ha debido de caer muy cerca, y la ha soltado un Junker alemán, me juego lo que quieras.

—¿Una bomba? ¿En el centro de Madrid?

—Es la guerra.

—Pero ¿qué van a conseguir bombardeando a civiles?

—Las guerras es lo que tienen, muere siempre gente inocente.

En seguida se oyeron sirenas, más voces, más gritos atropellados. En la oscuridad, intentaban captar cualquier noticia que sus oídos pudieran alcanzar, hasta que las voces que sonaban por encima de sus cabezas enmudecieron y se hizo el silencio, roto por el rugido de alguna moto o la bocina de algún coche que circulaba por Alcalá.

—Como haya habido muertos ya nos podemos atar los machos —dijo el militar, taciturno—. Nosotros seremos los que recojamos las iras de los de fuera.

Don Eusebio no dijo nada, atento a los ruidos del exterior. ¿Qué estaría pasando? ¿Dónde habría caído? Con toda seguridad tenía que haber muertos porque el estallido había sido monumental. Durante los días anteriores hubo amagos de ataques aéreos, amenazantes para unos, persuasivos para otros; en los que los aviones de los sublevados, generalmente alemanes, sobrevolaban la ciudad y lanzaban pasquines con consignas dirigidas a la población, propaganda destinada a minar la moral de los habitantes de Madrid, y enardecer el ánimo de los que esperaban con ansia la llegada de los hombres que liberasen la ciudad de la barbarie atea y partidista. A principios de agosto había estallado un obús en una calle céntrica matando a varias mujeres que hacían cola para comprar leche; se decía que había sido un avión de los rebeldes, pero nada se había confirmado; los rumores corrían como la pólvora, y de la nada en seguida se hacía un mundo. Sin embargo, aquella noche se había roto una línea peligrosa, se trataba de una bomba de verdad, según los cálculos a voleo de Emilio, ciento cincuenta kilos de explosivo como mínimo.

Las horas continuaron pasando, lánguidas, sin más contratiempos que algún ruido producido en el piso superior. Nadie bajó hasta después de mucho rato y sólo para llevarles una jarra de agua y media barra de pan duro. Don Eusebio

bebí el agua, pero apenas royó el chusco con los dientes; no tenía hambre. De repente, se encendió una luz y los dos hombres, deslumbrados, taparon con las manos sus ojos acostumbrados a una serena oscuridad. Don Eusebio los abrió poco a poco, atisbando a través de sus dedos el lugar en el que estaba, y fue entonces cuando comprendió las palabras de Emilio Bartolomé al preferir la opacidad a la luz. Era un cuarto minúsculo, mucho más pequeño de lo que había imaginado, vacío, sin ventanas, con las paredes llenas de humedad que rezumaba ronchones fuscos por los rincones; el terrazo del suelo apenas se distinguía de lo sucio que estaba. Frente a él, el cubo con el que había tropezado nada más entrar; era de cinc y mostraba en sus bordes restos de heces reseca. Sintió una arcada y retiró la vista, y por primera vez vio el rostro de Emilio Bartolomé. Después de tanto tiempo de charla a ciegas uno se hace una idea del rostro desconocido al que ha escuchado durante horas, dirigido por su forma de hablar, su tono, e intuyendo sus movimientos. Los dos hombres se observaron un rato, con un amago de sonrisa, como si cada uno estuviera recomponiendo en su mente la nueva imagen del que tenía a su lado.

—Encantado de verte, Cifuentes.

Don Eusebio respondió con un visaje lacónico; el silencio volvió a instalarse entre ellos, un silencio largo, como si les avergonzase hablar ahora que el otro podía ver sus gestos, sin el amparo de la oscuridad que todo lo amortigua. Se oyeron una voces que se acercaban.

—Vienen a por alguno de nosotros —murmuró Emilio—. Te deseo suerte, Cifuentes.

No supo qué decir. Don Eusebio se quedó perplejo, mirando la puerta, con el latido del corazón acelerado, esperando saber quién era el elegido y para qué, para morir o para seguir viviendo aquel encierro, para la manumisión o para la condena definitiva.

—¡Cifuentes!

Su nombre sonó hueco. No reaccionó al principio. Emilio le dio un codazo.

—Ánimo, compañero, puede que esta gente tan amable te lleve de copas al Chicote.

—Vamos —le instó el hombre que permanecía armado en el quicio de la puerta—, rapidito, que no tenemos todo el día.

Se levantó con cierta dificultad, y antes de salir, don Eusebio se giró y miró al que había sido durante horas su confidente, su compañero de encierro. Sus ojos reflejaron una extraña complicidad. Le estremeció pensar en la posibilidad de que pudiera ser el final para él, y le resultó una paradoja que la última charla amigable de su vida hubiera sido con un desconocido.

Escotado por dos guardias de asalto, salió a la calle y le hicieron subir a un coche negro, elegante; su dueño, antes de caer en manos ajenas, tenía que haber sido un hombre importante, de postín. Aspiró el olor de la piel de los asientos.

Cada uno de los guardias se posicionó a su lado. Otro conducía y otro más iba en el puesto de copiloto; todos iban armados.

Estaba anocheciendo. La calle bullía de transeúntes, tranvías y coches pintarrajeados, con banderas rojas y negras ondeando al viento, sujetas de cualquier manera por los milicianos que asomaban sus cabezas y sus armas por las ventanillas abiertas o a través de los parabrisas con los cristales rotos. Pasaron por delante del Ministerio de Guerra. Un nutrido grupo de gente curioseaba a través de las verjas de hierro.

—¿Qué ha pasado?

La pregunta fue tan espontánea que los dos hombres que le custodiaban miraron a su izquierda para observar el gentío.

—Estarán viendo los efectos de la bomba que cayó anoche.

Don Eusebio comprendió el estruendo. Había estallado a escasos metros de donde estaban encerrados.

—¿Ha habido muertos?

—Dicen que dos, pero no lo sé muy bien. Estos hijos de perra..., como no espabilemos nos van a freír como a pollos.

Don Eusebio observaba las calles de Madrid, mientras el coche avanzaba a ritmo suave. El conductor sabía conducirlo, sin acelerones ni brusquedad en su manejo.

Cuando el vehículo se detuvo, el que iba a su derecha abrió la puerta y salió.

—¿Adónde vamos? —preguntó don Eusebio.

—Alguien quiere verte.

—¿A mí?

El guardia no respondió; movió la cabeza como si se dirigiera a un perro, y le instó:

—¡Vamos, sal del coche!

Don Eusebio obedeció, mientras el otro guardia descendía por la otra puerta. Se encontraban en el barrio de Salamanca. Conocía la zona aunque no el nombre de la calle. Uno de los guardias abrió la puerta de hierro que tenían delante; entró, y don Eusebio, apremiado por un ligero empujón del otro, lo siguió. Un corto paseo de tierra limitado por sendas líneas verdes de setos perfectamente recortados, llevaba hasta una escalinata de piedra en cuya cúspide se erguía una casa enfoscada de blanco, con dos plantas y tejado gris de pizarra. A un lado y a otro se abría un hermoso jardín con árboles frondosos que proporcionaban frescor, sombra y una sensación de aislamiento de la casa respecto de la calle. Ascendieron la escalinata y, antes de que llegaran al último peldaño, la puerta de madera se abrió y apareció otro guardia pulcramente uniformado.

—Os esperan en el piso de arriba —dijo sin más preludios.

La casa era señorial, con suelos de mármol, ricos cortinajes que vestían amplios ventanales y muebles de factura exquisita. Le sorprendió el detalle de las

flores frescas en los jarrones. Subieron las escaleras de mármol que hacían una discreta curva hasta llegar a un corredor, al final del cual había una puerta semiabierta. El guardia que abría el paso, delante de don Eusebio, tocó un par de veces la madera con los nudillos; desde dentro se escuchó la voz potente de un hombre que dijo «adelante».

Cuando don Eusebio entró en la estancia, lo primero que vio fue a su esposa sentada en una silla junto a una mesa; al otro lado, sentado asimismo, como si les hubiera cogido en una conversación plácida y sosegada, el rostro ceñudo y conocido de Nicasio Salas. Ante la visión de uno y otro, don Eusebio se detuvo, inmóvil, desconcertado, pero tranquilo al comprobar que su mujer estaba viva.

Nicasio Salas se levantó y, sonriente, tendió la mano por encima de la mesa, pertrechado tras ella en una indeliberada defensa.

—Adelante, Eusebio, pasa y siéntate, te lo ruego.

Doña Brígida se mantuvo quieta, mirando a su marido con una sonrisa triste, ahogada en un sentimiento contrapuesto de complacencia y abatimiento. Su aspecto no era del todo malo. Estaba algo más despeinada de lo habitual, y sus ropas, las mismas que llevaba en el momento de su detención, algo arrugadas y astrosas. En sus ojos quedaba reflejada la vigilia, secos de llanto vertido durante horas y hundidos en unas profundas ojeras violáceas. A pesar de todo, don Eusebio la notó tranquila, como si ya se sintiera a salvo. Se acercó a ella, con un visaje grave de austera dignidad.

—¿Estás bien?

Ella sólo afirmó, cerrando los ojos y moviendo levemente el rostro. Como única muestra de cariño, tomó su mano y esbozó una sonrisa quebrada, débil, torciendo los labios blandos en un raro mohín sonriente.

Después, sus ojos se fijaron en Nicasio Salas. Incómodo por la inesperada prioridad otorgada a su esposa antes que a él, había bajado la mano tendida dispuesta para el saludo. Permanecía de pie, serio, intentando controlar la situación. Llevaba un traje de lino color tostado, con camisa clara, sin corbata y sin sombrero. Su porte delgado, casi raquítico, nada tenía que ver con la altura y la prestancia de don Eusebio. Los pómulos salientes parecían sujetarle la piel del rostro, y sus finos labios apenas dibujaban una suave línea encarnada. Era blanco como la leche, casi livido, y su pelo rubio y ralo caía sobre su frente despejada y ancha. Profesionalmente, siempre había estado un paso por delante; cuando Cifuentes estaba convencido de que iba a ser nombrado jefe de planta, lo designaron a él; cuando pensaba que su ascenso a jefe de sección estaba hecho, el nombre del doctor Salas se inscribía para el puesto. El último nombramiento a Salas había sido a principio de año como director del hospital de la Princesa. No obstante, don Eusebio le mostraba un aprecio interesado; no le convenía enemistarse con él porque el poder de Nicasio Salas era enorme y tenía contactos de alto nivel en el Ministerio de Sanidad y en la Dirección General de

Seguridad. Por eso no le extrañó demasiado que estuviera frente a él después de su detención. Sus hijas le habrían alertado y había intervenido para liberarle a él y a su esposa.

—Toma asiento, Eusebio, ponte cómodo.

Mientras se sentaba en la silla junto a su esposa, Nicasio Salas dio la orden a los dos guardias para que esperasen fuera. Cuando cerraron la puerta, se acomodó en su sillón, colocando los brazos sobre la mesa de madera de roble, forrada con un tapete de piel verde y ribeteada en todo su borde con filigranas doradas.

—Lo primero de todo, ¿cómo estás? —preguntó Nicasio, solícito.

—¿Tú qué crees? —su respuesta fue desidiosa, y con una mueca de resentimiento—. Qué puedo decir después de haberme pasado las últimas veinticuatro horas en un cuarto encerrado, lleno de inmundicias, sin saber nada de Brígida ni de lo que iba a ser de nosotros.

—Siento lo que ha pasado, en los tiempos que corren a veces no se puede controlar todo como uno desearía. Pero soy tu amigo y quiero ayudarte.

—No me quedan amigos en Madrid —le espetó con brusquedad.

—Puedes estar seguro de que, tal y como están las cosas, si sigues con vida es porque ha habido quien se ha molestado en protegerte, y yo soy uno de ellos.

—Será por esa amistad profunda que ahora me manifiestas por la que durante todo este tiempo no has querido responder a mis llamadas.

—Las cosas se han complicado mucho en las últimas semanas.

—Más para unos que para otros.

—Para todos, Eusebio, se han complicado para todos. Es cierto que no respondía a tus llamadas, pero antes tenía que asegurar mi propia situación.

—Por lo que veo —sus ojos circundaron la estancia en una rápida mirada—, la tienes muy bien asegurada.

—Se puede decir que sí.

Cifuentes venció el cuerpo un poco hacia adelante, como si quisiera acercarse algo más a la mesa para evitar la mirada de su esposa al oír sus palabras.

—Pues mientras que tú buscabas salvar tu culo, yo he estado a punto de perder la vida en varias ocasiones.

—Lo sé —hablaba serio, sin un ápice de compunción—, pero si hubiera dado un paso en falso contigo posiblemente nos hubiéramos hundido los dos en el fango.

—Ahí es precisamente donde estoy yo ahora, metido en el fango hasta el cuello, y como me descuide me hundo para siempre.

—Te repito que no tienes de qué preocuparte. Mis contactos son excelentes y están bien posicionados. Ahora es cuando puedo ayudarte, a ti y a tu familia.

Don Eusebio le miró con fijeza, escéptico, sin llegar a mostrar la confianza

que se le pedía.

—La única ayuda que puedes darme es sacarnos de este infierno, que es en lo que se ha convertido esta ciudad, un maldito infierno lleno de demonios que encierran a la gente decente en cloacas oscuras durante horas.

Nicasio Salas tragó saliva.

—Ya te he dicho que siento mucho por lo que estás pasando; sabes que te aprecio y te aseguro que he intentado que se os trate lo mejor posible.

Una sonrisa áspera se desprendió de los labios de Cifuentes.

—Dadas las circunstancias, no sé si agradeceréte.

—El tiempo dirá a quién debemos agradecer nuestra suerte y a quién reprochar las penurias pasadas; pero hablemos ahora del futuro, que es lo que interesa, de vuestro futuro —miró un instante a doña Brígida, que parecía un invitado de piedra, sin atención ninguna a su presencia como si a ninguno de los dos hombres les importase lo más mínimo.

—¿Qué se supone que puedes hacer tú por nuestro futuro?

—En cuanto hablemos del asunto que nos interesa, del que, con tu permiso, ya he hecho partícipe a tu esposa, podréis marcharos a casa, y te aseguro que si llegamos a un acuerdo conveniente para todos nadie os volverá a molestar.

—¿Y a qué clase de acuerdo tenemos que llegar?, si puede saberse...

Las palabras de Cifuentes salieron ácidas de sus labios, y Salas lo notó. Bajó los ojos para luego levantar el mentón, sonriente, intentando dar a su porte un aire de credibilidad y, sobre todo, de superioridad.

—Verás, Eusebio, se trata de tu hijo Mario.

Cifuentes se mantuvo displicente.

—Ya le dije a tu gente que no sé dónde está mi hijo, y lo mismo te digo a ti.

—No hace falta que disimules conmigo.

—Yo no tengo que disimular nada. Lo único que sé de mi hijo es que ha sido tratado como un perro.

—Sabemos dónde se esconde tu hijo Mario.

Cifuentes alzó las cejas y torció los labios con una mueca de extrañeza.

—Entonces, todo resuelto. Era a él a quien buscaban cuando nos detuvieron. ¿Nos podemos ir a casa?

—Es inútil que trates de disimular. Tú también lo sabes. Dos mujeres de Móstoles que llegaron ayer mismo a tu casa os llevaron la noticia.

—Tus contactos no te informan bien o lo hacen a medias —se irguió con arrogancia—. Tienes razón en que ayer llegaron dos mujeres, pero apenas las he visto un instante antes de que tus hombres irrumpieran como bestias en mi casa y nos detuvieran como a delincuentes a mi esposa y a mí. Ni sé sus nombres, ni sus pretensiones, ni tengo referencia de que hayan traído con ellas noticia de Mario.

Salas lo miró con fijeza un instante, cogió un sobre que tenía en una carpeta, lo abrió y extrajo un folio. Era la carta que le había escrito don Honorio a

Cifuentes. La debían haber encontrado en su despacho al hacer el registro.

—Mario está en Móstoles, oculto en una casa del pueblo, y atendido por el médico del pueblo, Honorio Torrejón.

Don Eusebio bajó sutilmente los hombros como si se arrugase, miró a su mujer de soslayo pero no encontró sus ojos, clavados en sus manos que movía nerviosa.

—¿Qué es lo que quieres?

Su voz había cambiado. Su gesto, antes altivo y arrogante, se veía ahora manso, sometido a la evidencia revelada.

—No te preocupes por Mario. Nadie le hará daño, y en cuanto se recupere lo suficiente podrá pasarse a la zona nacional, o viajar al extranjero si es su deseo.

Cifuentes miró de nuevo a su esposa y esbozó una leve sonrisa, contenida, todavía desconfiada. Abrió la boca y titubeó antes de definir sus palabras.

—Gracias, Nicasio... y o...

—No me lo agradezcas, Eusebio, en los tiempos que corren los favores se pagan caros.

Los ojos de Cifuentes se ensombrecieron de nuevo por el recelo.

—¿Qué quieres de mí? No puedo darte nada. Estoy arruinado. Esos gañanes me robaron todo el dinero —por primera vez en su vida se le quebró la voz de pura impotencia—. Si detienen a mi hijo lo matarán.

—No lo dudes.

—¿Entonces...?

—Es mucho más sencillo de lo que te puedas imaginar, Eusebio; Mario estará a salvo y podrá vivir sin problemas a cambio de que tú proporciones un hijo a unos padres que lo necesitan. Sabes de qué te hablo, no es la primera vez que hacemos esto: mujer joven y embarazada, engañada o abandonada a su suerte, incapaz de asumir una maternidad con la que no contaba; hemos arreglado muchos entuertos dando a recién nacidos, condenados a una vida de miserias y limitaciones, la oportunidad de vivir felices en una familia que los críe y los saque adelante sin problemas. La naturaleza a veces es tan injusta, a unos les da lo que no pueden tener y a otros les niega lo que tanto desean.

Cifuentes miró de nuevo, confuso, a su esposa que esta vez si le miraba con gesto suplicante, con una sonrisa forzada dibujada en su rostro. Se dio cuenta de que ella ya sabía de qué iba aquella conversación. Luego, volvió de nuevo los ojos a Salas.

—Pero... ya no estoy en el hospital, me tienen cosiendo tripas a milicianos, vigilado constantemente, no sé dónde puedo...

—No te preocupes, Eusebio. No hace falta que salgas de casa, el bebé que necesitamos acaba de caerte del cielo. ¿No es providencial?

Cifuentes abrió la boca pero no dijo nada, sólo movió la cabeza ligeramente, indicando a Salas que no le entendía.

—Una de esas dos mujeres que acoges en tu casa está en estado. Lo que te pide es que controles el embarazo de esa mujer, que prepares el parto en tu casa, que tú mismo la asistas y que el bebé que nazca lo entregues a la persona que yo te diga —tomó aire y resopló, como si se hubiera quedado sin aire en el discurso—. A cambio, tu hijo Mario será libre.

—Pero... ¿y su madre? No lo admitirá, en el hospital era otra cosa...

—No tendrá que hacerlo porque no le darás esa oportunidad —sentenció Nicasio Salas, ladino—. Tú serás el que asista al parto, y a sus ojos, el bebé nacerá muerto. Le costará un disgusto pero se repondrá.

Don Eusebio abrió la boca pero no dijo nada. Buscó los ojos de su esposa.

Ella se acercó a él echando el cuerpo hacia adelante y tendiéndole una mano.

—Eusebio, ese niño estará bien atendido, se criará en una familia con posibles, que le dará un futuro, una educación y todas las comodidades que necesite. No hacemos nada malo, le proporcionamos una vida mejor.

—¿Tú estás de acuerdo con esto?

—Si no lo hacemos... —le dijo su esposa con voz suplicante— matarán a Mario... se trata de ese niño o de nuestro hijo... tienes que aceptar, no tenemos opción.

Don Eusebio, aturdido, miró a Nicasio.

—No me habría explicado mejor —sentenció Nicasio, abriendo las manos y mostrando una sonrisa taimada—. Hay que reconocer que las mujeres para eso son más prácticas que nosotros, están hechas para cuidar y proteger a sus retoños por encima de cualquier cosa, sea lo que sea.

—¿Y si esa mujer se da cuenta del engaño? Ya sabes cómo son las mujeres de intuitivas con lo suyo. En el hospital se las controla, todo es más difuso, hay otros niños que lloran, no hay familiares que se entrometan; esa mujer está acompañada de su madre, ¿cómo ocultarle a ella la muerte del niño? ¿Cómo evitar el llanto del recién nacido?

—De la madre nos encargamos nosotros, y por lo demás no te preocupes, nadie te pedirá cuentas. El marido, un tal Andrés Abad, está detenido junto a su cuñado en García Paredes por... —consultó un papel que tenía sobre la mesa— altercados vecinales —se calló y lo miró a los ojos con fijeza y con una sonrisa estúpida dibujada en sus labios—. La chica no dará ningún problema. Es una pobre infeliz.

—Veo que tus espías son eficaces.

—Mi querido Eusebio, nos guste o no esto es una guerra, y en las guerras los confidentes son imprescindibles.

—¿Y quién es el que me espía a mí y a mi familia? ¿Quién nos ha denunciado?

—No puedo darte esa información, además, lo único que conseguirías sabiéndola sería ahondar en tu desconfianza hacia todo tu entorno. Vive tranquilo,

nadie te molestará a ti ni a Mario. Tu familia estará a salvo en tu casa hasta que esa mujer dé a luz.

—No sé ni de cuánto está.

—Según nuestra información, sale de cuentas a final de septiembre.

—¿Y cuándo dejaréis marchar a Mario?

—Hemos calculado que en una semana podrá moverse sin peligro. En cuanto pueda hacerlo, un coche le recogerá y le llevará donde él quiera.

Cifuentes se quedó pensativo.

—En un mes pueden pasar muchas cosas, incluso que las tropas de Franco entren en Madrid y los tuyos pierdan esta absurda guerra.

Negó con la cabeza, con gesto de complacencia.

—No te preocupes por eso, la posibilidad de que las tropas de Franco entren en Madrid son prácticamente nulas, tengo buenos informadores. Tú a lo tuyo, te aseguro que harás la entrega sin problema.

—Hablas como si se tratase de una mercancía.

—Eusebio, cuanto más aséptico seamos en esto mucho mejor para todos, no se pueden mezclar sentimientos, es contraproducente. Procura ser frío y distante como lo has sido siempre.

—¿Y si no sale bien? ¿Y si la madre se da cuenta, y lo impide? Son gente de campo. La ley está ahora con ellos.

Salas le lanzó una mirada incisiva.

—Sé que tienes recursos más que suficientes como para que todo vaya sobre ruedas, Eusebio, porque si algo falla, si ese niño no tiene el destino que estamos planteando aquí, yo mismo me encargaré de que lo pagues tú y tu familia.

Se calló y, después de un rato de un silencio tan espeso que casi se podía masticar, se retrepó en el sillón poniendo las manos sobre su barbilla.

—Mira, Eusebio, tengo que ser sincero contigo, en Madrid corres un grave riesgo, no te han pegado un tiro todavía porque eres médico y te necesitan, pero hay muchos que te tienen ganas. No sé hasta cuándo te vamos a poder proteger; esto, a veces, se nos va de las manos.

—¿Eres tú el que me protege? —preguntó alzando las cejas con una mueca de sorpresa.

Nicasio se echó hacia adelante, dando un profundo suspiro.

—El mismo día que hagas la entrega, si las cosas siguen tan turbias como ahora, tendrás un salvoconducto para toda tu familia y billetes de tren que os llevarán a Valencia donde tomaréis un barco con destino a Buenos Aires, además de una importante cantidad de dinero en metálico.

—¿Y qué voy a hacer yo en Buenos Aires?

—Primero salvar el pescuezo. Tómatelo como unas vacaciones pagadas. Tendréis un piso en la mejor zona de la ciudad, y una asignación mensual para que podáis vivir sin apreturas. Estoy convencido de que si permaneces en Madrid

terminarán matándote.

—Cada día espero el tiro de gracia —frunció el ceño, se irguió un poco y alzó la barbilla—. ¿Quién va a correr con los gastos de ese magnífico viaje y la estancia de unas vacaciones tan apetecibles?

—Todo va por cuenta de las personas que van a cumplir el sueño de ser padres gracias a tu inestimable ayuda. Ya sabes, el poder y el dinero sirven para conseguir sueños inalcanzables.

Don Eusebio, desconcertado, se quedó pensativo un rato, tomó aire y movió la cabeza a un lado y a otro como si le doliera el cuello.

—¿Adónde habrá que llevar a ese bebé? —preguntó.

Nicasio sonrió, artero.

—Todo a su tiempo. Ahora, regresad a casa, descansad y no os preocupéis por Mario, nadie le molestará, os doy mi palabra. —Salas miró el reloj que llevaba en el bolsillo de su chaqueta—. Bien, pues si todo está aclarado, no tengo más remedio que dejaros, he de hacer unas visitas. Os acercarán a casa.

Se levantó poniendo las manos sobre la mesa para dar a entender que la conversación tenía que acabar.

—¿Cómo sé que no me estás mintiendo? —preguntó don Eusebio, poniéndose en pie.

—No tienes más remedio que confiar en mí.

Le tendió la mano, pero Cifuentes no se la dio. Cogió del brazo a su esposa, que también se había levantado, tiró de ella pero se resistió y habló.

—¿Puedo ver a mi hijo?

—No es conveniente, Brígida, lo siento.

—Sólo verlo, te lo suplico, Nicasio, ten compasión.

Nicasio Salas tuvo que esquivar la mirada de la mujer, mucho más potente y coactiva que la de su esposa.

—Tenéis que marcharos —dijo secamente.

Cuando salieron de la estancia, Salas sonrió satisfecho. Cogió un puro de una caja, descolgó el teléfono y marcó un número. Mientras esperaba la respuesta, con una mohín en los labios, presionaba el puro con los dedos para ablandar el tabaco. Una voz masculina respondió al otro lado del auricular. Nicasio Salas sólo dijo dos palabras.

—Todo arreglado.

Luego, colgó, se repantigó en el sillón y se encendió el habano.

La buhardilla

No tuve opción de continuar con la conversación. Teresa Cifuentes, después de darme su nombre, me dijo que tuviera paciencia y que me llamaría en unos días. Ante mi incontinente insistencia de que me adelantase algo a lo que pudiera agarrarme me contestó que para que una historia se convierta en inmortal debía ser escrita desde la serenidad. Es necesario, me dijo, saber esperar el momento adecuado y estar atento, porque si uno se precipita, lo puede estropear, y si se despista, perderá la oportunidad.

Colgué conforme y dispuesto a esperar, ya que tenía el convencimiento de que Teresa Cifuentes poseía la clave que abriría el cajón del misterio en el que me había visto envuelto casi sin darme cuenta. Hasta que volviera a hablar con ella no me quedaba más remedio que dedicarme a indagar el resto de los frentes que se habían abierto.

Cogí la agenda del padre de Genoveva y la abrí. El papel era de buena calidad, de los que se hacían antaño, aunque por el paso del tiempo había adquirido un ligero color amarillento y un aspecto apergaminado, casi rígido; crujía como si fuera a quebrarse; lo hojeé despacio, como si estuviera manejando una delicada lámina de cristal. Aspiré un olor a polvo y a tiempo pasado, aromas encerrados que se escapaban de entre las páginas ahora abiertas. El listado se organizaba por orden alfabético de los apellidos y a continuación de cada uno de ellos había escritos: números de teléfonos, direcciones y especialidad, además de otros datos que me costaba bastante descifrar. Intenté apuntar los primeros apellidos que empezaban por «A». La labor me iba a resultar ardua. La grafía era minúscula, de trazos continuos y muy juntos, resultaba complicado identificar cada una de las letras que formaban una palabra y por tanto, era imposible descifrar su significado. A pesar de lo abigarrado de la escritura —el espacio estaba aprovechado al máximo—, la presentación era impoluta, elegante y ordenada; un escrito perfecto si fuera legible.

Anotaba en mi cuaderno las diferentes posibilidades que me daba cada apellido —algunos extraídos por pura intuición, como «Álvarez» o «Abadía»—, hasta que cogí el listado de los médicos del hospital de la Princesa para fundir en mi memoria los apellidos y así poder identificarlos mejor en el amasijo de letras escritas de puño y letra de don Honorio, el padre de Genoveva. También iban en orden alfabético. Cuando llegué a la «C» me quedé clavado en un apellido: «Cifuentes Barrios, Eusebio. Médico ginecólogo. Especialidad: obstetricia. Ejerció su labor en la institución hasta su jubilación en 1952.» Además, se destacaban varias condecoraciones por su labor y aportación a la medicina. Levanté la mirada con sorpresa. Podría ser otro Cifuentes, pero no cabía duda de que era una coincidencia demasiado oportuna como para descartarla. Llevé la atención a la agenda y pasé dos hojas para llegar a la «C». Busqué con denuedo

el apellido Cifuentes y lo identifiqué sin problemas. Había apuntado un teléfono: 15312, y una dirección: Calle del General Martínez Campos 25, Madrid, además de la especificación de ginecólogo en la Princesa (así aparecía escrito).

En un arranque de entusiasmo contenido cogí el móvil para llamar a Teresa Cifuentes. Estaba seguro de que ella tenía algo que ver con ese Eusebio Cifuentes Barrios. Marqué el número, pero lo tenía apagado. Calculé edades: si los médicos se suelen jubilar a los sesenta y cinco años, y si Eusebio Cifuentes Barrios lo hizo en 1952, durante la guerra debía rondar el medio siglo; y si Teresa Cifuentes en la actualidad era una anciana —como a mí me había parecido por el tono de su voz—, podría resultar que fuera hija o sobrina de Eusebio Cifuentes.

Apunté todo lo que iba pensando en mi cuaderno de notas, con letra retorcida, atropellada, manteniendo un extraño entusiasmo por los descubrimientos que, poco a poco, se me iban presentando. Intenté llamar otra vez al móvil de Teresa Cifuentes, pero fue inútil. El teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Era muy posible que hubiera dado con el domicilio del médico en el que se refugiaron Mercedes y su madre en aquel verano del 36 —huyendo de un tal Merino, según me había contado Genoveva—, aunque lo más probable fuese que, en la actualidad, esos datos me aportasen muy poco; el piso podría haberse vendido, o no existir el edificio por haber sido derruido para levantar otro bloque. Todo eso lo tendría que comprobar a través del Registro de la Propiedad y acudiendo en persona a esa dirección. Sin embargo, decidí dirigir primero mi atención a la parroquia de la Asunción en Móstoles para averiguar si había sido Teresa Cifuentes la que había encargado el traslado de los restos de Mercedes al cementerio de Móstoles.

De nuevo transitaba por las calles de Móstoles atestadas de gentes y coches, calles ruidosas, saturadas de movimiento urbano, tan distintas de la tranquilidad y el sosiego en que debía desarrollarse la vida cuando sólo era un pequeño pueblo. Dejé el coche en el mismo aparcamiento de siempre, bajé hacia la fuente de los Peces, me metí por la calle en la que vivía Genoveva y en seguida atisbé una iglesia ante la que se abría una plaza. Si no fuera por la torre de ladrillo que se erguía junto a ella y que la identificaba como un templo, hubiera pensado que era la fachada exterior de una casa baja de pueblo, enjalbegada y rústica. Atravesé la puerta de entrada y accedí a una especie de soportal; de frente, la entrada del templo, a la derecha había una puerta ante la que esperaban varias personas en silencio. Un cartel anunciaba: « Despacho parroquial ». Esperé unos veinte minutos hasta que por fin me tocó el turno. Se trataba de una estancia pequeña, con una ventana que daba a la calle y por la que apenas entraba la luz tibia y gris del día; dos fluorescentes permanecían encendidos para iluminar el interior. Había dos mesas, una de madera algo desvencijada, en la que estaba un

hombre con alzacuellos, que intentaba encajar la fecha de la boda de una pareja joven a la que atendía. En la mesa más cercana a la ventana, una mujer de unos cincuenta años, rubia y de gestos rotundos, me preguntó el motivo de mi visita.

—Quería información sobre una tumba del cementerio.

—Síntese.

Mientras yo me acomodaba, ella ordenaba los papeles desparramados sobre la mesa.

—Dígame, ¿de qué tumba se trata? —me indicó, cuando los terminó de colocar.

—Me gustaría informarme sobre una sepultura a la que han trasladado hace apenas un mes los restos de una mujer, de nombre Mercedes Manrique Sánchez.

—¿Sabe el número de la sepultura?

—No, no. Estuve hablando con el sepulturero, y me dijo que los restos habían sido trasladados unos días antes de Navidad.

Mientras la hablaba, ella tomó un libro de registros y lo abrió.

—Vamos a ver, si dice que trasladaron los restos hace un mes, debería estar registrado..., aquí está: Mercedes Manrique Sánchez. Fecha de inhumación de los restos el 17 de diciembre del 2009. Procedentes del cementerio de Vista Alegre de Boiro, La Coruña. Sepultura perpetua número 13. Propiedad de Teresa Cifuentes Martín.

Cuando terminó de leer, levantó los ojos y me miró. Yo abrí la boca atónito, y la volví a cerrar, nervioso. Saqué el bolígrafo.

—¿Quiere decir que la tumba donde está enterrada Mercedes Manrique Sánchez pertenece a Teresa Cifuentes Martín?

—Eso mismo he dicho. El título de propiedad de la sepultura está a nombre de Teresa Cifuentes Martín.

—Pero... eso ¿qué quiere decir? Perdone mi ignorancia, pero no entiendo muy bien lo de la propiedad de las tumbas.

La mujer alzó las cejas y esbozó una sonrisa lánguida, como si me considerase un poco lerdo.

—Cada tumba tiene su titularidad, y sólo pueden ser enterrados aquellos a los que autorice el propietario o, en su caso, sus herederos.

—¿No deberían estar a nombre del muerto?

—No tiene por qué.

—Pero no parece que Mercedes Manrique tenga parentesco con Teresa Cifuentes.

—¿Y qué tiene que ver? El mundo de los muertos es igual al de los vivos. Usted mete a vivir en su casa a quien le da la gana. Lo normal es que sea su familia, pero también es posible que invite a un amigo, a un conocido. Yo qué sé.

—He de entender, entonces, que los restos de Mercedes Manrique han permanecido enterrados en Boiro hasta diciembre, que se han traslado aquí.

—Eso parece. Y Teresa Cifuentes tuvo necesariamente que dar la autorización para que fueran inhumados en la sepultura de su propiedad.

—¿Y desde cuándo es propietaria de la tumba Teresa Cifuentes?

—Pues eso no se lo puedo confirmar. Tendría que mirarlo. —Fijó sus ojos en el papel y con el dedo índice fue guiándose hasta encontrar lo que buscaba—. Lo que sí le digo es que el pago no lo hace ella, sino una tal Manuela Giraldo Carou.

Sonreí asumiendo definitivamente mi ignorancia.

—A ver si lo entiendo, la tumba es propiedad de Teresa Cifuentes, está enterrada Mercedes Manrique y la paga Manuela Giraldo Carou —callé un instante—, lo siento, pero me he perdido.

—Pues no hay nada que explicar, la cosa es así. Además, Manuela es el contacto que nosotros tenemos por si hay alguna incidencia.

—¿Habría alguna forma de ponerme en contacto con Manuela Giraldo?

La mujer pasó sus ojos sobre la página escrita con letra de bolígrafo, de rasgos redondeados y muy equilibrados, letra clara y firme de escribiente acostumbrado.

—Dirección no hay ninguna, sólo hay un teléfono fijo.

—¿Podría dármelo?

La mujer dudó, evitando la mirada. Sonrió incómoda.

—Pues no sé, no es que sean datos confidenciales, pero darle el teléfono... me da cosa...

Noté que echó un vistazo por encima de mí hacia el párroco que estaba a mi espalda.

—Entiendo sus dudas, no se preocupe. No hay problema.

Me tuve que contener, porque el teléfono estaba a mi vista, lo veía del revés; empezaba por 981. La mujer me sorprendió con los ojos fijos en el número. Hubo un momento tenso, incómodo, de sonrisas blandas, educadas. Bajó los ojos al libro que tenía delante como si estuviera consultando alguna información más que aportarme. Su postura me dejaba ver el número del teléfono (me pareció que lo hacía a propósito), lo que aproveche para ir anotando, disimuladamente, uno por uno los seis dígitos restantes.

—Mire, aquí veo que la cuota anual, precisamente, se pagó a mediados de noviembre. Siempre lo hacen a través de transferencia o por giro postal, y proceden de Boiro precisamente, como la finada recién trasladada.

Cerró el libro con una sonrisa complacida, dispuesta a terminar.

—Una cosa más, ¿aquí también tienen registrados los bautismos de los nacidos en Móstoles?

—Sí, claro, el bautismo, el matrimonio religioso si lo han celebrado aquí, y el fallecimiento si están enterrados en el cementerio.

—¿Y podría proporcionarme datos de gente bautizada en la parroquia?

—Sí, pero hoy es imposible. Los libros no los tengo aquí; hay que buscarlos, si

usted quiere un certificado, yo le tomo los datos y en dos o tres días se lo puedo tener. Pero cada certificado le cuesta treinta euros.

—No quiero certificados, pero le pagaré lo que me pida si me proporciona cualquier información sobre dos personas en concreto que nacieron aquí en Móstoles.

—Bueno, no es que me pague o no, si quiere certificados, yo se los tengo que cobrar —se calló y me miró con fijeza, poniendo sus manos sobre la mesa—. Pero usted, exactamente, ¿qué es lo que quiere?

Le expliqué mis intenciones, abandonándome a la confianza que aquella mujer me requería. Cuando terminé, suspiró y esbozó una sonrisa floja.

—A ver, dígame los nombres y las fechas de nacimiento.

Entusiasmado, le dije lo que sabía: los nombres de Mercedes y de Andrés, y la que creía, según los datos que me había proporcionado Genoveva, de la fecha de nacimiento de ella.

—Haré lo que pueda, pero no le prometo nada. En la guerra se perdieron muchos datos.

Le dejé mi número de móvil y quedó en que me llamaría. Reiteré mi agradecimiento y salí a la calle. El resplandor de un sol brillante de invierno me hizo entrecerrar los ojos, me puse las gafas y eché un vistazo a las notas apuntadas a toda prisa en mi cuaderno. Todo me iba acercando a Teresa Cifuentes. Abrí el cuaderno, busqué el teléfono apuntado de Manuela Giraldo, y lo marqué en mi móvil; después de una serie insistente de tonos, nadie respondió. Decidí acercarme al Registro Civil, pero cuando llegué me dijeron que tenía que coger turno, y que la cola empezaba a las seis de la mañana porque los números eran limitados. La mañana invitaba al paseo. Miré el reloj; eran las doce y cuarto. Bajé por el Pradillo en dirección al cementerio. Cuando llegué, las puertas estaban abiertas de par en par. Entré y eché un vistazo al camposanto. Varias mujeres desperdigadas por diversas tumbas rezaban o simplemente acompañaban la soledad de sus muertos, o la suya, la que dejan los muertos cuando se mueren. Vi al sepulturero al fondo, junto a los nichos; le acompañaba Damián, el ayudante. Pasé cerca de la sepultura de Mercedes Manrique y, sobre ella, me pareció ver un pequeño ramo. Me acerqué para cerciorarme. Alguien había depositado un pequeño ramo de flores de azahar (mi capacidad para identificar los diferentes tipos de flores era casi nulo, pero aquéllas las conocía, no sólo por su aspecto sino por su aroma, evocación de las primaveras de mi infancia en compañía de mis padres y de mi hermana, en un pequeñito pueblo de Valencia donde había nacido mi madre, y en el que pasé todas las Semanas Santas de mis primeros veinte años de vida) envuelto en papel de celofán y atado con un lazo blanco. Apenas tapaba el primer apellido de Mercedes. No debía de haber transcurrido mucho tiempo porque estaban frescas, como recién cortadas. En el lazo había una pegatina de la floristería. Era de Móstoles. Saqué el bolígrafo

y abrí el cuaderno para apuntar la dirección. Resultaba evidente que no era el único que mostraba interés por Mercedes Manrique.

Observé a Gumersindo. No perdía nada por acercarme e insistir en que me hablase de lo que le había susurrado su suegro después de su conversación conmigo.

Esquivando el maremágnum de tumbas, llegué donde se encontraban trabajando los dos hombres. Al notar mi presencia, Gumer me echó una rápida ojeada sin bajar el ritmo de su faena:

—Tiene usted querencia a estos sitios.

—Buenos días, Gumer. ¿Cómo se encuentra su suegro?

—Ahí va el hombre, tirando, que ya es mucho decir.

Damián me miró con curiosidad. Arreglaban los bordes de una antigua sepultura, al menos en cuanto a sus moradores, porque, según rezaba en la lápida de mármol, hacía ya treinta años que había sido enterrado el último de ellos. Ninguno de los dos dejó su tarea a pesar de mi presencia. Los miraba en silencio, escuchando el crujir del cemento al contacto con el hierro de la llana que, poco a poco, rellenaba los huecos abiertos por el paso del tiempo. A pesar del sol, me estremecía una gélida brisa que, de vez en cuando, soplabla con rachas violentas y húmedas.

Gumersindo me miró con desgana.

—¿Quiere algo?

—He estado en el despacho parroquial. Me ha atendido una mujer muy amable.

—La Martina.

—No sé su nombre.

—Si dice que ha sido amable, no ha podido ser otra, porque la Vinagra, amable no es.

Damián soltó un risotada estúpida.

Yo sonreí también.

—Entonces ha debido de ser la Martina —me callé mientras echaban, afanosos, el cemento sobre los ladrillos, para luego alisarlo y prensarlo—. Ya me ha informado de quién es el propietario de la tumba de Mercedes Manrique, se trata de Teresa Cifuentes Martín. ¿La conoce?

Me echó un vistazo rápido, esquivo, como si no le interesase nada de mí ni de mis palabras.

—¿Por qué iba a conocerla? A ver si se cree usted que me conozco el nombre de todo el que entra y sale.

Me quedé callado, y al rato, Gumersindo me sorprendió con una pregunta algo insólita.

—¿Piensa escribir una novela sobre esa mujer de la tumba?

—Bueno —encogí los hombros, conforme—, por lo visto hay una historia

interesante sobre ella, interesante y un tanto misteriosa, y eso puede convertirse en buenos mimbres para el argumento de una novela.

—Debe de ser difícil escribir una novela.

—Fácil no es, pero si a uno le gusta..., lo difícil no es escribir, sino que lo escrito guste, primero a una editorial, y luego a los lectores. En esto, como en todo, manda el mercado.

—Es lo bueno que tiene este trabajo, no dependes del mercado sino de los muertos, y muertos siempre habrá, con crisis, sin crisis, con la izquierda y la derecha, los ricos, los pobres, los listos y los tontos, todos caen un día u otro. No hay más que esperar, tarde o temprano, todos traspasan esa puerta con los pies por delante. Sin más remedio, se lo digo yo.

—Pero los que se incineran y tiran las cenizas por ahí...

—Hombre, por ahora, éstos, aquí, son los menos, aunque sí que es cierto que ha bajado algo el trabajo. Le digo yo que como sigan esparciendo las cenizas por ahí, al final vamos a respirar a los muertos.

Se irguió y tiró la paleta al suelo. Hizo un gesto de estirar la espalda, y sacó del bolsillo de su pantalón una cajetilla de tabaco arrugada y casi vacía. Me ofreció, lo rechacé y extrajo un cigarro sin boquilla. Lo encendió y guardó el tabaco. Aspiró el humo y lo expulsó mirándome con los ojos entrecerrados.

—Si alguna vez llegase a hilar esta historia me gustaría que la leyera —mi ofrecimiento fue sincero, pero le desconcertó más de lo que yo esperaba.

Eché un vistazo rápido a Damián que seguía poniendo los restos del cemento para rematar la faena, y que, por los gestos, parecía reprimir la risa. No tenía pinta de listo, ni de espabilado, más bien era un chico simple, romo, poco despierto, aunque fuera bien mandado. A pesar del frío, llevaba un mono azul de mecánico con la cremallera abierta hasta la mitad del pecho, que dejaba ver una camiseta de un color renegrido. Sus ojos eran grandes, y las cejas le caían en exceso a los lados, lo que le daba al rostro un aspecto extraño. Tenía el pelo oscuro, recio y abundante, y su piel áspera estaba curtida por el aire y el sol. Me fijé en sus manos, rudas, vastas, de dedos cortos y anchos, y de uñas negras como el tizón.

—Bastantes historias tengo aquí —añadió secamente, aspirando otra calada —; y yo sí que podría escribir un libro.

—Si no lo hace es porque no quiere.

—Y porque no sabe escribir —dijo Damián sin poder evitar la risa estúpida que le hacía encogerse como un animal asustado.

—Tú, majadero, calla y trabaja, que nadie te dio vela en este entierro.

Gumersindo le habló sin demasiada acritud.

—Tiene que haber vivido muchas cosas curiosas —insistí, ajeno a los chascarrillos de Damián.

—¿Quiere algo? —su pregunta fue clara, estaba estorbando y quería que me

marchase.

Yo también fui directo.

—¿Qué le contó su suegro el otro día?

—Ya le dije que pregunta usted mucho.

—Su suegro sabe algo de Andrés Abad o de Mercedes Manrique. ¿Qué razón hay para ocultarlo?

Oí la voz de Damián susurrante, como si, absurdamente, quisiera avisarle sin que yo me diera cuenta.

—Camposanto...

—Ya te he dicho que nadie te dio vela en este entierro —le interrumpió el sepulturero volviéndose hacia él—. Es tarde. Recoge los trastos y guárdalos.

El chico, sin moverse, volvió a murmurar, algo nervioso.

—Te he dicho que recojas los trastos. Se acabó la charla.

Esta vez, su voz fue exigente, grave. El chico obedeció y observé, bajo la mirada inquisitoria del sepulturero, cómo arrojaba los útiles de la obra al interior de un capacho de goma, mirándome de reojo. Cuando se alejó, Gumersindo volvió a dar una calada larga; la ceniza consumía con rapidez el fino papel blanquecino, avanzando poco a poco a sus labios agrietados y secos.

—Será mejor que se vaya.

—Sabe algo de Andrés Abad, ¿no es eso? Y no me lo quiere decir.

Me acerqué algo más hacia él y me senté sobre una losa de mármol cuyos nombres grabados quedaban a mi espalda. Él me observaba, distante.

—No haga mucho caso de mi suegro, el hombre está muy mayor, ya lo ha visto.

—Pero ¿qué le dijo? Él quería que me lo contase.

—Es usted muy terco.

—Puede que sí. Soy escritor y todo lo que sea extraño me interesa.

—¿Y quién le ha dicho que hay algo extraño?

—Todo este asunto es extraño.

—Si usted lo dice —arrojó el cigarro al suelo y lo pisó hasta casi sepultarlo en la tierra—. No puedo atenderlo más, tengo muchas cosas que hacer.

Se alejó despacio hacia donde estaba el chico. Era inútil insistir, aquel hombre no me iba a decir ni una sola palabra. Me quedé inmóvil, sintiendo el frío de la piedra traspasar el pantalón, pensativo. Me levanté y me dirigí a la puerta; al salir me fijé en el ramo de flores. Consulté en mi libreta el nombre de la calle de la floristería, pregunté, y una mujer me dijo que estaba muy cerca, en la calle Dos de Mayo.

Entré a la floristería convencido de que no podían ser muchos los que habían comprado aquella mañana un ramo de flores de azahar. Además, no era la temporada de floración, aunque pensé que en este mundo tan globalizado cualquier cosa se podía conseguir en cualquier época.

Una mujer de unos treinta años, alta y fuerte de hechuras, que mostraba una amable sonrisa, me dio los buenos días.

—¿Puedo ayudarle en algo?

Olía a perfumes diversos de flores, mezclados entre sí, pero sobre todo noté el aire cargado de humedad.

—Buenos días —respondí al saludo, acercándome a un mostrador grande y ancho, sobre el que se disponían flores y plantas diversas, que la mujer iba colocando con mucha habilidad en un recipiente—, quería preguntarle si a lo largo de la mañana alguien le ha comprado un ramo de flores de azahar.

—¿El ramo del cementerio?

—Sí. Ese mismo —respondí, entre la sorpresa y la alegría.

—El de esta mañana han venido a recogerlo una mujer muy mayor y una niña.

—¿El de esta mañana? ¿Es que ha habido más?

—Éste es el segundo que me encargan. Sé que es para una sepultura porque el primero lo tuve que llevar yo misma.

—¿Lo llevó al cementerio sin más, o lo tuvo que dejar en alguna tumba en concreto?

—No, no, la señora me especificó muy bien el número y el nombre —dejó un instante lo que hacía y consultó un cuaderno abierto que tenía junto a la caja registradora—; era la sepultura de Mercedes Manrique Sánchez. Si le digo la verdad, es uno de los encargos más raros, y también mejor pagados, que he tenido desde que abrí la tienda. Las flores de azahar no se consiguen fácilmente, y menos en invierno. Pero la señora me insistió en que buscara por cualquier parte del mundo, que no importaba el coste. Y la verdad es que no le importó, porque cuando las encontré en un distribuidor chino, y le dije que le iba a costar 450 euros (entre portes de urgencia y tal), me dijo que las pidiera.

Yo la escuchaba con la boca entreabierta, absorto en sus palabras; ella volvió a su tarea de colocar el centro, cortando tallos con una tijera pequeña, y clavándolos con aparente facilidad en una base de color verde.

—Y eso, ¿cuándo fue?

—El encargo fue a mediados de noviembre, y las flores me llegaron el 20 de diciembre.

—¿Y ése fue el que llevó usted?

—Sí. Llamé a la señora el mismo día 20, pero me dijo que le resultaba imposible venir a recogerlas y que si no me importaba acercarlo yo misma al cementerio. Y no me importó, ¿cómo me iba a importar? Me hizo otro pedido igual y me dio una muy buena propina. Ya me había hecho la transferencia del primero, de 500 euros (anticipándose a la propina), y me dijo que ese mismo día me haría otra por la misma cantidad para que trajera otro ramo igual, de flores de azahar. Debe ser algo muy especial, porque pagar ese dineral por un ramito

así —hizo un gesto con las manos para indicarme algo redondo y pequeño—, la verdad... no sé —encogió los hombros, como si su mente no alcanzase a entenderlo—, pero, ya se sabe, hay gente que tiene un capricho y dinero para pagarlo, y aquí estamos para vender.

Pensé que seguramente tendría que haber sido Teresa Cifuentes la que hizo el encargo. Me pareció muy atrevido pedirle el número, así que fui yo el que le di la información.

—Y la señora no se llamaría Teresa Cifuentes.

—Esa misma. Esta vez han tardado un poco más porque el chino no se enteró bien y tuve que hacer otra vez el pedido, y además llegaron las Navidades... y bueno, ya sabe, todo se retrasa. En cuanto entraron por la puerta llamé (la verdad es que estaba de los nervios, porque la señora me había hecho la transferencia, y claro, no quería que pensara que yo... —se calló y continuó con su tarea—). Estuve toda la mañana llamando, pero me fue imposible contactar con ella, ni mensaje pude dejarla porque lo tenía apagado. Y esta mañana, a los cinco minutos de abrir, ha venido una señora y una niña de unos diez años diciendo que venían a por el ramo de flores de azahar para el cementerio.

—Y la anciana que ha venido a recogerlo... —dudé un instante, porque me estaba empezando a mirar con desconfianza—, ¿me podría decir cómo era?

Entonces, dejó su tarea, bajó los brazos y frunció el ceño, recelosa.

—Pero ¿ha pasado algo con las flores?, mire que yo he cumplido con el encargo, y esta señora ha venido preguntando por el ramo de flores de azahar para la sepultura de Mercedes Manrique encargada por Teresa Cifuentes.

—No, si no ha pasado nada, las flores están donde tienen que estar, sólo quiero saber quién las ha llevado allí.

—Pues..., qué le puedo decir... —encogió los hombros con gesto pensativo como si estuviera haciendo memoria de algo que en lo que tampoco había puesto mucha atención—, era mayor, seguro que tenía los ochenta, y la niña, pues, una niña de unos diez años, morena...

—¿De pelo largo, con un abrigo azul, ojos oscuros?

La coincidencia de mis nuevas vecinas en el cementerio se me pasó por la mente mientras hablaba.

—Sí, eso es. Era evidente que mis nuevas vecinas tenían algo que ver con Teresa Cifuentes y con Mercedes.

Miré a mi alrededor y vi un pequeño ramo de varios tipos de flores.

—¿Qué precio tiene éste?

—Cincuenta euros.

—No sé mucho del cuidado de las flores, bueno, en realidad no sé nada.

—Si lo pone en un sitio que le dé la luz sin que le pegue el sol de plano, y lo riega muy poquito, le durarán mucho. Son flores muy agradecidas y muy alegres.

—Me ha convencido, me lo llevo.

Sali de la floristería con el ramo envuelto en un precioso papel y adornado con un lazo blanco y azul. Me dirigí al coche dispuesto a ir a casa de mis vecinas de patio para preguntarles por su relación con Mercedes Manrique. Cuando estaba cerca de la fuente de los Peces escuché que alguien chistaba a mi espalda. Me giré y vi a Damián, que me seguía a pocos metros, con un andar cansino como si cada paso le pesara, las manos metidas en los bolsillos del mono y una mueca boba en su cara. Me detuve y le sonreí.

—Hola, Damián. ¿Ya terminó la jornada?

Cuando llegó a mi altura, echamos a andar los dos juntos. Me vi un poco ridículo con el ramo en la mano. No sabía qué hacer con él.

—Me voy a comer; luego tengo que volver.

Su voz era como sus andares, desganaada, apática.

—¿Vives muy lejos?

—Un poco. En Iviasa, al otro lado de la vía, ¿lo conoce?

—No. Conozco muy poco de Móstoles. Es demasiado grande —anduvimos un rato en silencio. Cuando estábamos llegando a la fuente, le pregunté—: ¿No tienes coche?

—No, no sé conducir. Y no cojo el autobús para ahorrarme el euro de ida y el de vuelta. Me hago con una pasta al final de mes, y no me importa caminar.

—Yo tengo el coche en el aparcamiento que hay en los Juzgados, si quieres te llevo.

—Bueno. Si no es molestia...

—Pero me tienes que indicar tú, porque ya te digo que de Móstoles sólo conozco esta parte.

Damián no dijo nada. Me acompañó gansamente, esperó paciente a que pagase el peaje y cuando abrí el coche con el mando se subió en el asiento del copiloto.

—Tiene usted buen coche.

—No está mal.

Salimos a la calle. Esperaba la ocasión para sonsacarle alguna información; ésa había sido la intención de mi ofrecimiento de acercarlo hasta su casa. Tal vez supiera algo sobre el asunto. Mientras me hacía indicaciones de por dónde me tenía que meter, le intenté sonsacar:

—¿Llevas mucho tiempo con Gumersindo?

—¿Con quién, con el Camposanto?

—Eso, con el Camposanto.

—Va para dos años.

—¿Y te gusta el trabajo? ¿Quieres sucederle en el puesto?

—¿Por qué no? Me pagan un jornal y me dan para coger el autobús. A la gente no le gustan los cementerios, pero yo al cementerio vengo desde que era

así de chico.

—¿Te gusta el cementerio?

Afirmó con movimientos rápidos de la cabeza y con una risa bobalicona, encogiendo los hombros, consciente de que su afición no era muy normal.

—¿Y sabes mucho de lo que pasa ahí?

—Todo —dijo convencido y con firmeza—. Lo sé todo. Quién entra, quién sale, a quién van a rezar, a quién le dejan flores. Si usted supiera..., hay mujeres que vienen a dejar flores a la tumba del amante. Las muy zorras. Se creen que no me doy cuenta, y luego las ve usted tan dignas por la calle del brazo del cornudo de su marido. Unas putas, eso es lo que son.

Lo dijo todo deprisa, como si le hubiera desbordado de su interior una rabia contenida, agria. Le miré de reojo y le noté nervioso, como si sus propias palabras le hubieran herido.

—Yo conozco el secreto del viejo —dijo de pronto. Me miró un instante y de inmediato volvió la cara hacia la ventanilla. Yo le observaba de reojo sin dejar de mirar al frente.

—Cuando dices el viejo, ¿te refieres a Eugenio, el suegro de Gumersindo?

—Claro.

—¿Y tiene un secreto?

—En los cementerios siempre hay secretos.

—¿Y ese secreto tiene algo que ver con Andrés Abad?

—Eso ya no lo sé. Pero hay algo escondido en un nicho.

Volví la cabeza un momento para mirarlo.

—¿En un nicho? —él afirmó con la cabeza sin apenas mirarme—. Parece interesante, ¿por qué no me lo cuentas?

—No puedo.

Me parecía estar hablando con un niño pequeño.

—Si me lo cuentas, sabré mantener el secreto.

—¿Y qué me dará a cambio?

Se volvió hacia mí y yo lo miré al bies.

—¿Te valen veinte euros?

—Cien.

—Joder, Damián. No andas tú corto.

—Es aquí —dijo de repente, señalando con el dedo hacia adelante. Detuve el coche donde pude y, en seguida, abrió la puerta sin llegar a bajarse—. Si lo quiere saber me tiene que dar cien euros.

—Te los daré cuando me lo digas.

—No, me dará ahora la mitad y el domingo a las siete de la tarde le espero en la puerta del cementerio. El Camposanto no va los días de fiesta por las tardes, soy yo el que abro y cierro —se calló y me miró, con un pie fuera del coche—. Le diré lo del nicho.

—Está bien —dije extrayendo la cartera de mi bolsillo—, pero como me dejes colgado se lo digo al Camposanto.

—A ése ni una palabra de esto porque nos corta el cuello a los dos.

Sonrió enseñando unos dientes sucios y mal cuidados. Cogió los cincuenta euros y bajó del coche. Antes de cerrar se asomó.

—A las siete de la tarde el domingo, no falte.

Cerró la puerta de un golpe. Parecía que había recuperado de repente el vigor. Le observé caminando con más brío, con las manos metidas en los bolsillos y sin volver la mirada en ningún momento, hasta que torció por una esquina y desapareció. Puse la marcha y regresé a Madrid.

Eran las dos de la tarde cuando accedía por la rampa del garaje de mi edificio en la calle Ramón de la Cruz. Antes de subir decidí hacer una visita a mis nuevas vecinas con el fin de averiguar qué relación tenían con Mercedes Manrique. Era la hora de comer, y, muy probablemente, las encontraría en casa. Dejé el ramo de flores en el coche, pero cogí el cuaderno de notas. Salí a la calle y me dirigí hacia mi izquierda. Por la forma de los edificios, calculé que el suyo tenía que ser el primero girando hacia Núñez de Balboa. La puerta del portal estaba entornada, empujé y entré. El interior era un tubo estrecho, oscuro y largo que ascendía al fondo en un tramo de cuatro escalones. Buscaba a mi alrededor un interruptor de luz cuando escuché una voz potente de mujer:

—¿Qué quería? Si viene con propaganda, déjela en la entrada que ya la reparto yo.

Avancé unos pasos hacia las escaleras.

—Hola —dije a ciegas, intentando descubrir a la persona que me hablaba—, no traigo propaganda. Venía a ver a unas vecinas.

En cuanto subí un par de escalones vi a la mujer que me había hablado, pretrechada detrás de un mostrador que hacía las veces de portería; la sonreí y saludé con amabilidad.

—Buenos días, quería visitar a unas vecinas que viven en el ático desde hace muy poco.

La mujer me miró desde su posición de defensa; se oía el gruñido sonoro de una radio que recibía la emisora con poca nitidez, por lo que resultaba molesto al oído.

—Aquí no hay áticos —contestó con voz seca.

—Bueno, pues en el último piso. Se trata de una anciana y una niña de unos diez años.

—¿Una anciana y una niña? —repetió frunciendo el ceño con extrañeza—. En el quinto vive solo don Dionisio, y en el B un matrimonio que ahora no está porque pasan el invierno en Málaga con la hija.

—No me refiero al quinto piso, sino al sexto.

—¿Dice usted la buhardilla?

Asentí, sin estar muy seguro. Tan sólo sabía que había seis alturas, igual que en mi edificio.

—Ahí no vive nadie desde hace años.

—¿No han venido hace muy poco unas nuevas vecinas?

—Ya le digo yo que no —me interrumpió, colocándose sus manos carnosas sobre el vientre abultado y blando.

—¿Está segura?

—Claro que estoy segura, sabré yo quién vive y quién no vive en el portal si llevo aquí desde que nací, los conozco a todos como si los hubiera parido.

Tenía la apariencia de una portera de novela negra: gruesa, de piel negruzca y mofletes crasos, ojos muy pequeños y boca fina; el pelo, grisiento y canoso, lo recogía con un moño a la altura de la nuca con la raya al medio, lo que hacía más duras aún sus facciones. Llevaba un vestido camisero de horribles estampados marrones y verdes, sobre el que se había colocado un mandil de cuadros grises, negros y blancos. Debía de rondar los sesenta años. Un rimero de revistas muy usadas, con las que debía de entretener las horas muertas, se amontonaban sobre la mesa. Me miraba entre la alerta y la curiosidad desde la silla con brazos en la que estaba cómodamente repantingada, dueña de la situación, fiscalizando a todo el que entraba o salía de la finca.

La miré desconcertado. Estaba seguro de que tenía que ser ése el edificio. Me había descolocado la contestación de aquella mujer. Iba a darme la media vuelta para marcharme, cuando se me ocurrió preguntarle.

—¿Este inmueble tiene patio interior?

—Sí, señor.

—¿Y linda con el del patio del edificio de la calle de Ramón de la Cruz, 45?

—Sí, señor —repetió mecánicamente.

—Sólo dan a ese patio, este edificio y el de Ramón de la Cruz, ¿no es cierto?

—Sólo estas dos fincas. Yo he visto tirar abajo la antigua finca de Ramón de la Cruz y levantar esta que está ahora —sacudió la mano con énfasis—. Anda que no me tragué tarea, menudo año me dieron; no había forma de tener limpio el portal, pasaba la fregona y en cuanto se secaba ya estaba lleno de polvo otra vez. Menos mal que una tenía otra edad, porque si me pillan ahora, ya me dirá, yo sola no hubiera podido.

—Sí, me imagino. Pero entonces, lleva usted aquí mucho tiempo...

—¿Y qué le he dicho yo? —me interrumpió con vehemencia—. He nacido aquí —se volvió hacia una puerta que había a su espalda—, en este piso me trajo mi madre al mundo hace ya sesenta y tres años.

—¿Y está usted segura de que no hay unas vecinas nuevas en el edificio, en el último piso, una niña de unos diez o doce años y su abuela?

—Que le digo yo a usted que aquí no han cambiado los vecinos desde hace más de treinta años. Y esa buhardilla no la he conocido yo ocupada, fíjese lo que le digo, con los años que tengo.

—¿Hay algún otro piso en el que vivan una anciana con su nieta?

—Son todos más viejos que Matusalén, llevan aquí toda la vida, pero ninguno vive con una nieta. Si alguien ha venido de visita ya no lo sé, oiga, porque yo me paso aquí todo el día, pero hay veces que me meto para dentro, y si en ese momento viene alguien, pues no lo veo, pero claro, será que entran con llave y sin hacer ruido, porque yo otra cosa no tengo, pero buen oído...

Hablaba casi sin pausas, como si lo hiciera para sí, echando su retahíla, sin importarle mucho si me interesaba o no.

—Perdone mi insistencia, pero yo vivo en el portal de Ramón de la Cruz, el edificio cuya construcción le causó tantas molestias, y una de las habitaciones de mi casa da al patio interior y, precisamente, tengo en frente una de las ventanas de este edificio, y, sí que es verdad que yo siempre la he visto cerrada a cal y canto.

—Lo que yo le he dicho —me apuntilló.

—Sin embargo, yo le aseguro a usted que, desde hace una semana al menos, hay una niña y una mujer mayor en ese último piso. Las he visto a través la ventana que da al patio.

—Pues yo eso ya no le puedo decir...

Pensé que lo mejor sería comprobarlo.

—¿Sabe si se alquila o se vende esa buhardilla?

—Nada, nada —gesticuló con la mano rechazando mis palabras—, ni alquilar ni mucho menos vender. La propietaria lo tiene ahí, cerrado. Nunca ha venido por aquí, al menos desde que yo tengo uso de razón. Mi madre sí que la conocía, pero yo ni eso. Muy de vez en cuando me llama por teléfono y me dice que le eche un vistazo, por lo de las goteras, ¿sabe usted? Porque goteras hay unas cuantas, pero como tampoco quiere que se arreglen ni que se pinte, ni nada, pues ahí está, vacío, se lo digo yo que está vacío.

Entendí por sus palabras, que tenía la llave de la casa; tenía que conseguir que me dejase subir para comprobar dónde estaba mi error y desde qué ventana veía a mis dos nuevas vecinas. Continuó hablando y la dejé explayarse para que tomara confianza.

—La verdad es que no vale nada, es cuartito todo interior y muy chiquito. Es más grande y más amplio mi piso que ése. Yo vivo aquí, ¿sabe usted? En esta casa nací y en estas escaleras me he criado; anda que no he jugado yo en este portal, y en la calle cuando no había coches y se podía salir sin peligro.

Era evidente que la portera, después de los primeros recelos, estaba dispuesta a contarme su vida y milagros. Sonreí amable y aproveché la ocasión.

—¿Tiene usted la llave del piso?

—Sí, señor, ya le digo que la propietaria no viene nunca y si hay alguna cosa, pues yo subo y echo un ojo.

—¿Podría verlo?

—¿El qué?

—El piso, quiero decir la buhardilla.

—¿Verlo? —me miró como si estuviera planteando una estupidez sin sentido —. Si no hay nada que ver.

—Le aseguro que sólo quiero comprobar si mi ventana está enfrente. No tocaré nada. Me haría usted un gran favor.

—Yo... mire usted, el piso no es mío... y, además, yo no puedo subir ahora, tengo que estar aquí porque va a venir doña Remedios, la del segundo, y me ha dicho que la espere para ayudarla con la compra, porque ella es muy suya, muy buena pero muy suya, y el ascensor es que no lo quiere ver ni en pintura, y claro, yo la ayudo cuando viene con bolsas; si entra y no me ve, pone el grito en el cielo, ¿usted me comprende? Yo subo las bolsas y ella me suelta una buena propina, y la verdad es que a mí esas cosas, por poco que sean, pues me viene muy bien...

—No hace falta que me acompañe, si me deja la llave subiré para mirar por la ventana y bajaré de inmediato.

—Ay, mire usted, tendría que consultarlo con la dueña.

—No tiene por qué saberlo. Verá, haremos una cosa —me metí la mano en el bolsillo con toda la naturalidad de que fui capaz—, yo le compenso a usted con esto —saqué un billete de veinte euros y se lo tendí— de todas las molestias que la estoy causando, y usted me deja la llave un ratito. Comprobaré qué ventana es la que veo yo desde mi casa y me iré por donde he venido.

Miraba con fijeza el billete que continuaba en mi mano. Lo cierto es que nunca antes había dado propinas y mucho menos para sacar una información, pero parecía que, después de aquel día, lo hubiera estado haciendo toda la vida. En el fondo me sentía de lo más ridículo, pero tenía que arriesgarme. Sus ojos saltaban del billete a mi cara, analizando con su romo entendimiento si cogía la propina y me dejaba la llave o rechazaba la tentación.

—Le prometo que no tocaré nada. La propietaria no se enterará de que he estado dentro y usted se lleva este dinero, que en los tiempos que corren viene muy bien.

—No lo sabe usted bien —añadió de pronto, cogiendo el billete y apretujándolo en su mano regordeta y blanda. Sonreí para mis adentros. Me sentí como un histrión de novela negra—. Le dejo la llave, pero no toque usted nada, se lo pido por favor. Nada hay de valor, ya se lo digo yo, pero son cosas personales y a nadie le gusta que fisgoneen en sus cosas —mientras hablaba sin parar, se levantó con pesadez de la silla, como si le costase mucho poner en marcha sus músculos—, mire usted que me busca a mí un lío.

—No se preocupe, no tocaré nada. Se lo prometo.

Abrió la puerta de su casa y cogió la llave de un colgador que tenía justo en la entrada.

—Tenga. Y haga usted el favor de no subirme por el ascensor, que no anda muy allá, no vaya a ser que se me quede usted colgado y encima tenga que llamar al de mantenimiento, que ése cada vez que entra por la puerta cobra como si los que viven aquí fuesen ricos.

Cogí la llave sin decir nada y me dispuse a subir los cinco pisos. La escalera era estrecha y oscura como el portal. No me atreví a encender la luz (cierto era que tampoco había visto ningún interruptor) hasta llegar al primer descansillo donde me detuve para presionar un viejo pulsador que había junto a la puerta del ascensor; una bombilla desnuda se encendió emanando un leve resplandor amarillento; inicié el siguiente tramo, pero antes de alcanzar el segundo piso, la luz se apagó y de nuevo quedé sumido en una penumbra apenas iluminada por la tenue claridad que penetraba por una lucerna, situada a mitad del tramo de la escalera. Miré al exterior a través del cristal que tenía una pátina de polvo incrustada, y comprobé que se abría al patio interior compartido con mi edificio; en lo alto atisbé mi ventana. Cada rellano tenía dos puertas, A y B, y en el centro se situaba la del ascensor. Ruidos cotidianos se escapaban por las rendijas, mezclándose en un sinfín de sonidos imprecisos y ajenos. La falta de ventilación hacía el aire espeso, cargado de efluvios de fritanga y cocido. Cuando iniciaba el ascenso del último tramo del quinto piso, miré hacia arriba y comprobé que la oscuridad era casi absoluta. A esa altura no había ni siquiera un tragaluz; tampoco sirvió de nada la luz comunitaria porque debía de tener la bombilla fundida y todo continuó sumido en la opacidad. Subí despacio los últimos escalones, con la llave en una mano y mi cuaderno en la otra. Cuando llegué al rellano, esperé a que mis ojos se acostumbraran a la penumbra. Saqué el móvil y lo encendí. Sólo había una puerta frente a mí. Ni siquiera el ascensor llegaba hasta ese tramo. El techo era mucho más bajo que el resto de los rellanos. Bajo el débil resplandor del móvil, introduje la llave en la cerradura y la giré. La puerta se abrió dejando escapar el chirriar agudo de los goznes oxidados. El interior exhaló un intenso hálito de humedad y cerrazón, y percibí el polvo suspendido en el aire que parecía incrustarse en mi garganta. Con cierto reparo, di un paso hacia adentro convencido de que tenía que haberme equivocado; resultaba imposible que allí pudiera vivir nadie. Unos haces de luz se filtraban a través de las maderas de los fraileros que cerraban la única ventana. Intenté encender alguna luz pero fue inútil. La estancia era pequeña, con techos abuhardillados, y en los rincones donde la inclinación se hacía mayor era imposible permanecer erguido. A cada paso que daba crujían bajo mis pies la madera reseca. Intenté abrir los fraileros, pero se resistieron. Tiré con más fuerza hasta que cedieron bruscamente como si fueran a caer desvencijados. Unas cortinas de encaje —las misma que atisbaba

desde mi estudio— revestían los cristales casi velados por la capa de suciedad acumulada en su superficie. A pesar de la opacidad de la frágil cristalera, en seguida divisé la ventana de mi estudio, justo en frente. Era la casa, no había duda, sin embargo resultaba evidente que allí ni había nadie ni lo había habido desde hacía décadas. Aturdido y sin comprender qué era entonces lo que yo veía desde mi ventana, abrí los postigos de madera y me asomé. No había duda: en aquel patio interior y a esa altura tan sólo había dos ventanas, la mía y la de aquel minúsculo piso el que me encontraba. Saqué la cabeza y miré; era la misma visión que yo tenía vista desde el otro lado. Confuso, intentaba encontrar una explicación de lo que yo había visto desde el otro lado. Me volví y miré al interior, iluminado por la tenue luz invernal que entraba por la ventana abierta. La primera impresión fue la de haber retrocedido en el tiempo; todo estaba dispuesto como si el último morador hubiera salido con la intención de regresar. Se trataba de una única estancia no muy amplia (a primera vista no atisbaba ninguna otra alcoba ni cuarto de baño), parecía incluso más pequeña y recogida por su forma abuhardillada, con una cocina de carbón de un solo quemador ocupando uno de los rincones. La pintura del techo se había descascarillado, y unas manchas oscuras cubrían las inclinadas paredes como enormes surcos de evidente abandono. En la parte en la que el techo era más bajo, había un sillón cuya tapicería, deshilachada y raída por el paso del tiempo, había adquirido un color difuso, casi indefinido; en uno de sus brazos, perfectamente doblada, colgaba una manta de tacto áspero y poco abrigado. A su lado, un estrecho colchón de lana sobre un camastro, cubierto con una colcha de color granate con un festón dorado. En el centro, una vieja mesa de madera con dos sillas, una frente a otra, con un frutero de cristal vacío. En la pared que tenía más altura, había un aparador antiguo con varios enseres colocados de forma ordenada: una fuente de porcelana, dos jarras de diferentes tamaños, tres vasos de cristal, dos platos de porcelana algo descascarillados y la figura de un cisne. Todo estaba cubierto por una capa gris de polvo aferrado a la superficie que lo hacía desvaído, como si formase parte de un cuadro antiguo y oscuro. Me llamó la atención una hilera de libros dispuestos en una estantería. Dejé el cuaderno sobre la mesa; sabía que no debía tocar nada, pero la curiosidad me superaba. Tuve que agacharme un poco para coger uno; se trataba de *Mr. Witt en el cantón*, de Ramón J. Sender, una primera edición de abril de 1936. Escrito a lápiz en una esquina de la primera página todavía se podía leer el precio: « 7 pts.». El papel estaba rígido por el polvo acumulado en sus hojas, y, al pasarlas, daba la sensación de que iban a quebrarse. Las yemas de mis dedos se tornaron grises a su tacto. Antes de cerrarlo, me di cuenta de que tenía escrita una dedicatoria. La tinta estaba muy desvaída, pero todavía se podía leer:

Madrid, 30 de julio de 1936. A mi buen amigo Arturo; a pesar de que el

camino es largo, penoso a veces, otras insoportable, nunca lo abandones, porque entonces, sólo te quedará la muerte. Con todo mi afecto.

La firmaba el mismo Ramón J. Sender. Pensé que aquel ejemplar era un joya de bibliófilo. Miré los otros libros. Un ejemplar de *El rayo que no cesa*, de Miguel Hernández, también con una dedicatoria escrita, esta vez con lápiz, y con fecha 15 de marzo de 1939:

« Para mi buen amigo Arturo. Si nuestros caminos vuelven a cruzarse será cierto que habremos salvado un negro destino. En esta senda que emprendo hacia la libertad, te llevo conmigo, mi querido amigo, mi buen amigo. Un abrazo, Miguel Hernández» .

Tomé otro libro con las manos temblonas. Era otro ejemplar del poeta, esta vez se trataba de *El hombre acecha*, dedicada a su vez:

«Mi buen amigo Arturo, custodia ésta, mi obra impresa y no publicada, que el tiempo decida su suerte, y la nuestra. Con mi reconocido afecto, Miguel Hernández» .

Sentí un extraño estremecimiento. Sabía que esa obra del poeta no había llegado a publicarse en el 39 al incautar los nacionales la Tipografía Moderna en la que se imprimían los libros; todas las capillas preparadas para encuadernar fueron destruidas; así que tenía en mis manos uno de los pocos ejemplares que se salvaron de aquella primera tirada inédita y desaparecida. La cubierta era muy sencilla, en tonos tierra, con las letras del título en blanco, y en negro para el nombre del poeta. Acaricié aquel ejemplar casi único, con emoción desbordada. Aquel cuchitril húmedo y abandonado, guardaba un tesoro bibliófilo de una calidad inconmensurable. Me preguntaba quién sería ese Arturo que tenía libros de dedicados de algunos de los grandes de la literatura del siglo pasado. Cogí otros libros, entre los que encontré ejemplares de *El Romancero Gitano* y *Mariana Pineda*, de García Lorca (ediciones de 1930) y un ejemplar de *La destrucción o el amor*, de Vicente Aleixandre. Comprobé que todos ellos estaban dedicados por sus autores, esta vez a un tal «Miguel». Nervioso, pensé que tal vez pudiera tratarse de Miguel Hernández, el poeta alicantino, pero preferí ser prudente a mis lucubraciones, hechas casi evidencias. Por alguna razón que desconocía parecía que el tiempo se hubiera detenido en aquel lugar en los albores del final de la Guerra Civil. Miré el resto de los libros para comprobar si había alguna dedicatoria más, pero no encontré ninguna. Estaba nervioso e intenté mantener la

calma. Aquel cuchitril, abandonado hacía décadas, se me presentaba como un sotabanco lleno de valiosos secretos dispuestos a ser descubiertos. Así que continué con mi inspección. En el aparador había cuatro cajones; los fui abriendo uno a uno con cierta dificultad porque la humedad había hinchado la madera y parecía imposible que cediera a mi fuerza. En su interior había ropa tiznada de polvo y desleída en su frágil tejido. Eran prendas de hombre, perfectamente colocadas y dobladas: calzones largos de algodón, camisetas de felpa, algunas camisas y jerséis. En el último se guardaban varios paños, un mantel y un juego de sábanas que tenían primorosamente bordadas en su embozo las iniciales: *TCM* (un detalle que, por su delicadeza, desentonaba tanto con los enseres como con el ajuar que allí había). Cuando iba a cerrarlo, el movimiento brusco desplazó ligeramente el mantel y quedó al descubierto la esquina de lo que parecía un sobre. Me puse en cuclillas y levanté la tela doblada. Bajo ella había un sobre apaisado de buena calidad y forrado con un fino papel gris; no tenía ni remite ni destinatario pero sí membrete con letra de imprenta fina y elegante, cursiva, cuyo nombre me dejó atónito: «*Doctor Eusebio Cifuentes Barrios, Médico tocólogo, hospital de la Princesa*». Pensé en la pura casualidad de que el morador de aquel cuchitril o alguno de sus allegados hubiera tenido consulta con el doctor Cifuentes, y de ahí que tuviera un sobre suyo (en aquellos tiempos no proliferaban sobres de tan buena calidad, y todo se guardaba mucho más que ahora). Miré el interior con algo de reticencia; sabía que estaba traspasando el límite de la intimidad ajena, pero mi curiosidad estaba demasiado excitada como para ser capaz (tampoco puse mucho empeño) de reprimirla y actuar con sensatez. Primero saqué un trozo de papel con un número de teléfono, el 14229, y a continuación, una frase escrita con pluma: «*Avisad cuando empiece el parto*». Definitivamente pensé que el sobre perteneció a una paciente del doctor Cifuentes en el hospital de la Princesa. Asimismo había algo escrito por la parte de atrás a lápiz y con una letra muy diferente a la anterior, en la que ponía un nombre y una dirección: Antonio Belón Manzano, plaza de la Independencia, 8. Dejé el papel sobre el mueble que tenía delante, y abrí de nuevo el sobre. Había algo envuelto en un pedacito de raso negro. Lo saqué y retiré el trozo de tela para descubrir la foto de una mujer. Con mis ojos clavados en ella, me estremecí y sentí que se me erizaba todo el vello del cuerpo. Me giré hacia la puerta abierta, el descansillo oscuro se abría amenazante como una cueva; nervioso, la entorné un poco, con la clara intención de ocultar lo que estaba haciendo, para regresar los ojos a aquella imagen. No tuve ninguna duda de que era Mercedes Manrique Sánchez, posando junto a la fuente de los Peces, sola, sin la compañía de Andrés, con el mismo vestido y a conocido, tomada el mismo día de la foto que obra en mi poder, la misma que había comprado por casualidad en un puesto del Rastro. En su dorso escrita una fecha: domingo, 19 de julio de 1936. Tenía una mancha que tiznaba la claridad del vestido salpicado de flores, una mácula oscura, de

color parduzco, como si un líquido viscoso hubiera empapado el cartón y, con el tiempo, se hubiera secado aferrándose a la falda de Mercedes, a sus piernas, a su cuerpo, dejando su rostro limpio, claro, reconocible al que posara su vista sobre él. Inmóvil, permanecí un rato mirándola, fascinado por sus ojos negros, profundos, intensos. Acaricié la superficie satinada y amarillenta del cartón tieso. Resoplé desconcertado, preguntándome por qué estaba esa foto allí, y si las casualidades realmente existían o aquello se debía a eso que llamaban la atracción provocada por los deseos de la mente. Devolví al interior del sobre la foto (envuelta otra vez en su tela negra, como ligera y lúgubre sepultura) y el trozo de papel, y, sin pensarlo demasiado (obturando mi raciocinio) lo metí en el bolsillo interior de mi abrigo, mirando de reojo hacia la puerta, pendiente de que pudiera abrirse de repente y fuera pillado en el vergonzoso hurto. Con el corazón a punto de salirse del pecho, cerré los cajones y di la espalda al mueble. Respiré hondo. Me fijé en el armario ropero de dos puertas que había junto al rincón. Me precipité para abrirlo, pero, para mi decepción, estaba cerrado. Miré la cerradura con desasosiego. Tiré de nuevo por si cedía, pero lo único que conseguí fue que el mueble temblara como si se fuera a desmoronar. Me giré con el ingenuo convencimiento de que la llave podría estar guardada en algún sitio. Busqué en cada cuenco, en cada recipiente, en unas cajitas de porcelana que había junto a un fregadero de piedra. Mi estado de euforia se disparó cuando abrí un salero de porcelana blanca y descubrí la llave en el fondo del tarro; la cogí y con la mano temblorosa la introduje en la cerradura. Cuando aparté las puertas me quedé mirando a su interior. El cuerpo de la derecha era de baldas, el otro tenía una barra con dos perchas de madera, en una había colgada una sotana de cura con su alzacuellos y en la otra un abrigo oscuro de caballero. En las baldas más altas había más ropa —jerséis de lana recia y dos camisas—, y en la de abajo un par de zapatos de hombre usados, con la piel tan agrietada que su aspecto era acartonado y tieso. En las dos tablas centrales había una vieja máquina de escribir cubierta con una tela negra que tapaba su teclado, y una caja de cartón. Saqué la caja y la puse en el suelo. En una de las solapas de la parte de arriba, escrito con letras grandes y mayúsculas, se podía leer con alguna dificultad (el nombre había desaparecido al rasgar el cartón para abrirlo) un apellido y una dirección: « ... Erralde. Pensión La Distinguida, calle Hortaleza, número 1, Madrid ». Era evidente que se trataba del embalaje de algo que se había enviado. Busqué el remite, pero no encontré nada. De su interior saqué un sobre en blanco, lo abrí y saqué una cuartilla. Era una carta fechada el 15 de marzo de 1939, firmada por Miguel Hernández. Noté mis manos temblar mientras leía las palabras escritas al tal Arturo (debía ser el mismo que el de las dedicatorias), diciéndole que estaba en casa con Josefina y Manolillo (su mujer y su segundo hijo, pensé, tragando saliva), y que le guardase el contenido de la caja hasta que se volvieran a ver. Saqué de la caja una carpeta azul, cerrada con

dos gomas rojas cruzadas en sus esquinas que guardaba unos papeles manuscritos con tachones y letra aparentemente atropellada. Sentí una especie de vahído cuando empecé a comprender que, posiblemente, tenía en mis manos hojas manuscritas de puño y letra del poeta Miguel Hernández. En apariencia, y a primera vista, se trataba de pruebas de la elegía que escribió a Ramón Sijé, además de otras de sus composiciones, luego incluidas en el *Cancionero y romancero de ausencias*. Sonreí al recordar lo dicho por la portera de que allí no había nada de valor. No sé qué hubiera sucedido si esa mujer tuviera la más mínima idea de lo que se guardaba aquel rincón del que ella tenía las llaves y un control casi absoluto desde hacía años. ¡Bendita ignorancia! Ojeé todas las cuartillas manuscritas, hasta que mis ojos se clavaron en la última. Mis manos temblaban por una incrédula emoción, no podía ser cierto lo que sujetaba en con mis dedos. Escrito con la misma grafía que las dedicatorias que el poeta había hecho a ese Arturo, podía leer uno de los poemas (para mí más hermosos y entrañables por el regalo que me hizo en su día Aurora) de Miguel Hernández. En mis manos tenía borradores de la composición del poema *Llegó con tres heridas*, manuscrito, con alguna palabra tachada o rectificada. Me sentí transportado a otra época, como si de repente tuviera al poeta delante de mí. Acariciaba el papel como si tocase su piel, como si desde el más allá, me tendiera su mano y sonriera gratificado por el efecto de sus versos sobre mí. El golpe de una ventana al cerrarse retumbó en el patio de luces, y me hizo reaccionar. Miré a un lado y a otro, aturdimiento, retornado bruscamente de un viaje al pasado. Se me acababa el tiempo, y lo que había allí resultaba demasiado importante para mí. Aquello no podía meterlo en un bolsillo de mi abrigo (ahí sí que funcionó la cordura y la sensatez). Oí la voz de la portera. Me asomé al hueco de la escalera y vi su mano blanda y gorda apoyada en la tosca baranda de madera, ascendiendo lenta, mientras hablaba con alguien que no alcanzaba a ver. Se encontraba en el tercer piso, aunque para mi suerte, las escaleras suponían una dura prueba para sus piernas y el ascenso lo hacía con parsimonia. Desesperado por la falta de tiempo y de oportunidad. En cuclillas, delante del armario como si me ocultase en su interior, atento al ascenso de la portera y a sus voces que ya me llamaban, continué mirando los folios, cuartillas y trozos de papel que se acumulaban en el interior de esa carpeta, todos manuscritos, pruebas emborronadas de versos conocidos del poeta. Me dolía en el alma dejar allí, en aquel armario, expuesto a la destrucción del tiempo, la humedad y la dejadez, aquellos tesoros, pero no podía hacer nada. Tendría que ponerme en contacto con la propietaria, hablar con ella, convencerla (si es que no lo estaba) que no podía dejar que se perdiera algo tan valioso. Todo esto se me pasaba por la cabeza mientras ojeaba, desesperado, aquellos borradores, como si quisiera fotografiar cada hoja a través de mis ojos para evitar su pérdida. Miré hacia la puerta. En pocos segundos la cara gorda y grasienta de la portera aparecería en el rellano; si no me daba prisa,

me descubriría, y debía mantener su confianza para sonsacarle la forma de contactar con la dueña. Nervioso y decepcionado por no tener más tiempo, puse todo en su sitio precipitadamente, cerré las puertas y eché la llave —tan rápido como pude, pero con sumo cuidado para no hacer ruido—; luego la metí en el salero. En ese instante, vi aparecer la cabeza de la portera enfilando los últimos escalones; miré hacia la ventana y me volví para cerrar los fraileros. Justo en el momento en el que la estancia se quedó a oscuras, la mujer se apoyó en el quicio de la puerta recuperando el resuello.

—¿Qué está haciendo? ¿Cómo tarda tanto?

—Ya iba a bajar. Es que me ha costado un rato abrir la puerta —mentí—, no había forma de hacer girar la llave.

—Sí, alguna vez se atasca —como había dejado la llave puesta, la mujer la hizo girar varias veces—. La humedad abomba la madera y oxida la cerradura.

—Eso ha debido de ser —añadí, amparando mi nerviosismo y la mentira en la penumbra en la que volvía a quedar la estancia.

—Qué, ¿se ha convencido de que aquí no vive nadie desde hace años?

—Sí, ya. Me había equivocado de ventana —volví a mentir, aunque ni yo mismo entendiera la razón del embuste porque aquélla era la que yo veía desde mi casa—, tenía usted razón.

—Ale, pues marchando, que tengo cosas que hacer.

Cogí el cuaderno y el móvil que había dejado sobre la mesa y salí de la buhardilla franqueando el voluminoso cuerpo de la portera, que me esperaba con la mano puesta en el pomo para cerrar.

—Muchas gracias por todo.

—No hay por qué darlas.

Se volvió de espaldas para echar la llave y me quedé mirando con un visaje descorazonado, a sabiendas de lo que había ahí dentro.

Iniciamos el descenso; yo delante, la portera detrás de mí, paso a paso, lenta, sin dejar de mirar el suelo en el que plantaba sus pies embudidos en unas zapatillas oscuras y sucias, y agarrándose a la barandilla.

—¿Sabe cómo puedo ponerme en contacto con la dueña del piso?

Se detuvo para mirarme. Alzó las cejas sorprendida.

—Pues sí le digo la verdad, no lo sé. Tenía un número de teléfono de cuando vivía mi madre, pero ya lo habrán cambiado, sólo tiene cinco números, no le digo más. Yo, si le digo la verdad, nunca la he llamado, ni lo he intentado, vamos, si ella no se interesa por lo suyo, no voy a ser yo la que lo haga. Pues anda que no tengo yo cosas que hacer como para estar pendiente de lo de los demás.

—¿Y su nombre? ¿Me podría dar su nombre? A lo mejor la puedo localizar si me da sus datos.

Se detuvo en seco, y me miró con el mismo recelo que al principio.

—¿Es que le interesa la buhardilla?

—Es posible —mentí sin ningún rubor—. Con algunas reformas, sería un buen estudio.

Me miró como si fuera un bicho raro, y moviendo la cabeza de un lado a otro como si no me entendiera, continuó su descenso en silencio. Cuando sus pies se posaron sobre el rellano, dio un profundo suspiro como si hubiera hecho un enorme esfuerzo. A pesar de la gélida temperatura en la escalera, la mujer sudaba y respiraba con dificultad, aspirando el aire por la boca abierta.

—¿Cada cuánto tiempo la llama? —insistí, intentando sacarle la información.

—Uy, muy de vez en cuando, a gusto pueden pasar años; y todo muy rápido, no se crea usted: «Marcelina, ¿ha subido usted al piso últimamente?», y yo le digo que sí, porque es verdad que de vez en cuando subo, pero muy de vez en cuando, ¿sabe usted? Porque ya ha visto lo que me cuesta. Y si le digo que hay goteras, ella me dice: «Bueno, no se preocupe usted, ya iré por allí a ver». Y así vamos.

—Sí que las hay.

—Ya le digo yo —corroboró, monótona.

—Marcelina, dígame el nombre de la dueña, le prometo que no la molestaré más.

—No, si no es usted molestia. Su nombre completo es Teresa Cifuentes Martín, pero ya le digo que yo no la he visto nunca por aquí...

Mis ojos casi se salen de sus órbitas y mi boca se abrió como si tuviera un resorte.

—¿Teresa Cifuentes Martín? —la interrumpí.

—Sí, señor, así se llama. Pero no sé yo cómo va a poder ponerse en contacto con ella, yo si quiere, cuando vuelva a llamar le digo que está usted interesado pero, ya le digo, lo mismo llama mañana, que dentro de un año.

—Teresa Cifuentes Martín —repetí lentamente, mirando al vacío, como si realizase un conjuro con su nombre. Puse mi mano en el pecho, a la altura de donde guardaba el sobre con la foto robada, notando el batir de mi corazón. En cierto modo comprendí el porqué de la foto en aquella buhardilla, incluso del sobre con el membrete del doctor Cifuentes, pensando de nuevo en que todo una era pura casualidad, muy conveniente, pero casualidad al fin y al cabo.

—Le voy a contar una cosa —me dijo con una sonrisa taimada—, pero que conste que de mi boca no ha salido ni una sola palabra.

Se marcó con la yema de los dedos una cruz sobre los labios apretados, y yo lo afirmé, como si estuviéramos haciendo un pacto de silencio. Torció la cara a un lado y a otro la cabeza como si no quisiera que nadie la oyera y se me acercó tanto que me llegó a la nariz un olor fétido a sudor reseco. Procuré mantener la compostura y la respiración.

—Por lo visto, en esa buhardilla, esta mujer, la tal Teresa Cifuentes, tuvo escondido a un novio rojo después de la guerra. Eso se lo he oído yo hablar a mi

madre con las vecinas. Aquí la mayoría son más viejos que Matusalén, y llevan viviendo toda la vida en estos pisos, y se sabe todo de todos.

Me hablaba muy bajito, en un susurro ronco, alzando las cejas como si me estuviera confesando una confidencia importante.

—¿Y sabe qué pasó con ese novio rojo que escondió aquí?

—Creo que se lo llevaron preso. Por lo visto alguien lo denunció. Nunca se confirmó quién lo había hecho; mi madre decía que era cosa del señor Froilán, el del primero A, que era muy de Franco, ¿sabe usted? Yo, la verdad le digo, no sé cómo sería el hombre, porque murió cuando yo era muy chica, pero el hijo, no se puede usted imaginar qué prenda —se acercó aún más y me susurró—, una mala persona, se lo digo yo, malo, malo; y la mujer no le cuento, otra igual, lleva unos aires de marquesa, toda tiesa y emperejilada, y luego es más agarrada que un chotis, no suelta una propina ni aunque la arrastren.

—¿Y no sabrá el nombre del novio?

—Uy, no tengo ni idea. Lo mismo algunas de las vecinas se acuerdan, pero no sé...

Pensé en el nombre a quien se dedicaban los libros: Arturo, y en el paquete que le habían enviado estaba el apellido Erralde, así que no cabía duda, el novio rojo de Teresa Cifuentes debía de llamarse Arturo Erralde.

Me quedé mirando al vacío, aturdido. La portera extendió la mano al botón del ascensor. En seguida se oyó el zumbido de la puesta en marcha del motor. Reaccioné y la miré con una sonrisa obligada.

—Bueno, y a sí que no la molesto más. De verdad que se lo agradezco mucho. Yo bajaré por la escalera.

—Sí, será lo mejor, bastante tiene la máquina con soportar mi peso, y usted está muy ágil. Ale, vaya usted con Dios.

Bajé las escaleras a saltos y salí de aquel portal oscuro con la cabeza a punto de estallar. Una fina lluvia empezó a caer y corrí hasta llegar a casa. Necesitaba pensar y poner en orden todo lo que estaba pasando. De repente, en los últimos días (justo desde que había adquirido aquella caja de hojalata) todas las personas con las que me iba encontrando (de una manera algo extraña y hasta misteriosa) tenían algo que ver con Mercedes Manrique y su marido.

Puse mi mano en mi pecho, palpando el sobre oculto, tomé aire y miré al cielo.

Capítulo 20

En el sopor del sueño, Teresa oyó el primer timbrazo del teléfono, el segundo apenas sonó porque alguien descolgó. Mercedes y ella se habían pasado toda la mañana en la Dirección General de Seguridad, de pie, esperando alguna noticia de sus padres. La tarde anterior no habían conseguido nada; cuando llegaron a la DGS ya no las dejaron pasar; era tarde, y las emplazaron para el día siguiente porque nadie podía atenderlas. Agotadas y desoladas por no haber conseguido nada, regresaron a casa. Por la noche resultaba muy peligroso moverse por la ciudad, las calles permanecían a oscuras para evitar que la luz pudiera indicar un objetivo a los aviones de los sublevados. Así que no les quedó más remedio que esperar al día siguiente. Se levantaron al amanecer, y se plantaron en la DGS dispuestas a no moverse hasta que alguien pudiera atenderlas. Después de esperar durante más de ocho horas en una sala abarrotada de gente con la misma intención de encontrar a alguno de los suyos, soportando un calor infernal, de pie o sentados en incómodas bancadas de madera, el apellido Cifuentes retumbó de boca de un guardia con pinta de bonachón, gordo y con el cuello empapado de sudor. En un principio, apenas reaccionaron, incrédulas de lo que habían escuchado; ante la falta de respuesta, el hombre alzó el cuello y gritó con más fuerza: ¿Hay algún familiar de Eusebio Cifuentes? Teresa, entonces, acertó a alzar la mano y se levantó de un brinco, entre el susto y la ansiedad por conocer alguna noticia. Los que seguían a la espera las miraban esquivos, con sentimientos encontrados. Cuando estuvieron frente al hombre les indicó que le siguieran. Salieron a un pasillo amplio e iluminado con una luz blanquecina. También allí se acumulaban rostros cansados, expectantes, pacientes, ojos cargados de incertidumbre, secos de llanto por una brusca despedida o por la súbita desaparición de sus seres queridos. El hombre que les había llamado, se volvió hacia ellas y miró a una y a otra, preguntando otra vez si eran familia de Eusebio Cifuentes. « Es mi padre », se había apresurado Teresa a contestar. « Sus padres saldrán en unas horas ». « ¿Cómo están? », preguntó ansiosa por saber su estado. « No estoy autorizado a decir nada más. Váyanse a casa y esperen allí ». Sin dar ocasión de réplica, el hombre les dio la espalda y se alejó esquivando a todo ser viviente que se encontraba en su camino. En un principio dudaron si quedarse por si acaso había alguna otra novedad, pero lo cierto era que Mercedes tenía los pies embotados, y Teresa se sentía mareada como consecuencia del calor que se respiraba en aquel edificio y la sed que apenas la dejaba tragar la saliva, escasa y pastosa. Por eso habían decidido regresar a casa y esperar noticias.

Nada más llegar, lo primero que preguntó Teresa era si había llamado Arturo. Ante la contestación negativa de Joaquina y de Charo, llamó a la pensión; le cogió el teléfono don Hipólito para decirle que Arturo no estaba y que doña

Matilde no podía ponerse porque estaba echada. Le insistió en el recado de que Arturo la llamase con urgencia. Su decepción aumentaba con el transcurrir de las horas sin saber nada de él. Rumiaba con aflicción las acusaciones de Charito en su contra, y, muy a su pesar, ante la falta de noticias, le resultaba difícil evitar la duda.

El timbrado del teléfono la había despertado, y pensó que podía ser él; con los ojos cerrados esperó por si oía acercarse a su hermana, o Joaquina, para avisarla de que tenía una llamada, pero no pasó nada. La casa estaba envuelta en un extraño silencio, un silencio espeso, calinoso, roto por el eco isócrono y monótono del reloj que seguía presidiendo el salón, o por algún golpe de Joaquina en su trasteo cotidiano.

Abrió los ojos y vio a Mercedes que leía sentada junto a la ventana. Le hizo gracia la postura, el libro sobre su barriga y las piernas reposando sobre el escalón de madera acolchado y forrado con la misma tela que las cortinas.

Se removió en la cama haciendo crujir los muelles; Mercedes se sobresaltó, bajó los pies al suelo de inmediato, puso el libro sobre sus rodillas y se colocó en posición erguida, muy seria, como si la hubieran pillado haciendo algo malo.

Teresa se incorporó.

—Me he quedado dormida.

—Debías estar muy cansada.

—¿Tú no duermes?

—Lo he intentado, pero me cuesta mucho. —Mercedes se tocó la tripa—. El bebé se mueve mucho, además, no consigo acostumbrarme a este calor. En mi casa los muros son de adobe y tienen casi un metro de anchura; apenas se nota el calor de la calle.

—¿Nunca habías estado en Madrid?

—Es la primera vez que salgo de Móstoles. Todo es muy distinto. Demasiada gente, demasiados coches, demasiados edificios..., bueno, demasiado de todo. Incluso creo que aquí la gente camina más deprisa, ¿no crees?

—Es posible que tengas razón. La única experiencia que tengo fuera de Madrid son los veranos que pasamos en una casa a unos kilómetros de Santander. Allí tenemos demasiado de todo, lo contrario que aquí: demasiado campo, demasiado mar, demasiado silencio, demasiada soledad, demasiado aburrimiento. No soporto tanta tranquilidad.

Las dos rieron con tibieza.

Teresa hizo un gesto hacia el libro que tenía en sus rodillas.

—¿Te gusta?

Mercedes la miró desconcertada. Luego, bajó los ojos al libro y lo cogió entre sus manos.

—Ah, sí, perdona que lo haya cogido, lo tenías aquí...

—¿Te está gustando la historia? —insistió Teresa.

—Sí. Es una historia preciosa, un poco triste. Me conmueve lo que le pasa a Dantès.

—¿Quién es Dantès?

—Edmond Dantès, el protagonista. Es un buen chico que está muy enamorado y tiene un futuro prometedor y feliz. Pero el mismo día de su boda lo detienen por una denuncia falsa de los que consideraba sus amigos, y lo encierran de por vida en una prisión horrible, en medio del mar. Allí conoce a un hombre que lleva más tiempo que él y que parece un loco, pero que le enseña muchas cosas.

—Parece muy interesante.

—Lo es.

Teresa la miró extrañada.

—¿Te gustaba ir a la escuela? Yo la odiaba. Era todo tan aburrido.

Mercedes se rió, sorprendida.

—Nunca fui a la escuela. Con mi madre aprendí lo básico, las letras y los números, y una maestra de Móstoles me enseñó a comprender lo que leía, a escribir bien, sin faltas de ortografía y con buena letra, y utilizando una redacción correcta. Se llama Amanda, es muy inteligente y tiene muchos libros. El de *El conde de Montecristo* lo tenía en francés, ella también sabe francés. Tiene otros muchos, una estantería que ocupaba toda una pared de arriba abajo, toda llena de libros. No he visto en mi vida tantos libros juntos. Antes de casarme, cuando iba a su casa, me dejaba entrar en esa habitación y podía coger el que quisiera. Me gusta mucho leer.

Teresa suspiró cansina.

—A mí me aburre soberanamente; sin embargo, Arturo se muere por tener un libro entre sus manos, le da lo mismo de lo que sea, todo le gusta. Sueña con llegar a ser un escritor de los grandes, y que un día sus novelas sean leídas por mucha gente, anhela pasar a la historia más allá de su propia existencia.

Mercedes alzó las cejas como sorprendida.

—¿No me dijiste que ha estudiado para abogado?

—Bueno, de algo hay que vivir. Su padre se lo pidió antes de morir —la miró y encogió los hombros—. Los padres piden cosas muy raras.

—¿Y ha escrito algo? Doña Amanda ha escrito cuentos y relatos cortos, ah, y algunos poemas; era tan bonito lo que decía con tan poquitas palabras. A mí me parece una cosa increíble eso de la poesía.

—Arturo por ahora sólo lo intenta. Ya te digo que todo eso de la literatura me aburre soberanamente. Hace poco ha conocido a un escritor importante, que le está animando para que escriba una novela. Yo no le quito la ilusión, pero lo de escribir me da a mí que no da para vivir y mantener una familia, así que tengo la esperanza de que se le pase cuando se meta en el trajín del despacho, con juicios, demandas y esas cosas que llevan los abogados.

—Yo lo único que he escrito ha sido un diario. Lo empecé cuando me puse de novia con Andrés, pero desde que me he casado no he vuelo a escribir nada. También hice muchas redacciones que doña Amanda me mandaba, pero, lo mismo, cuando me casé dejé todo eso. Una mujer tiene muchas tareas que atender en la casa.

—Te regalo el libro.

Mercedes la miró sorprendida. Abrió la boca para luego cerrarla. Miró el libro y luego volvió sus ojos a Teresa.

—No puedo aceptarlo.

—¿Por qué no? Es un regalo.

—Yo..., yo nunca he tenido un libro mío.

—Pues ya es hora de que lo tengas; dice Arturo que los libros son el patrimonio más preciado que una persona pueda llegar a poseer; *El conde de Montecristo* será el primer ejemplar de tu biblioteca. Además, te lo regalo con la condición de que me cuentes la historia cuando lo termines de leer. ¿De acuerdo?

Mercedes sonrió y aceptó encantada. La sola idea de tener un libro de esa envergadura la conmovía. Lo miró y lo tocó como si fuera un preciado tesoro, algo delicado, una hermosa joya. Lo cogió sin disimular su emoción, con un mohín candoroso dibujado en su rostro. Lo puso sobre su pecho y lo abrazó con sus manos, y un gracias pletórico se escapó de sus labios.

Teresa salió de la alcoba y buscó a su hermana en el salón.

—¿Quién ha llamado?

Charito la miró esquivo.

—Preguntaban por papá.

—¿Has apuntado el nombre?

—No ha dejado recado, ni nombre.

—¿No ha llamado Arturo?

—No.

Charito respondió malhumorada y se centró en el solitario que hacía con la baraja de cartas. Teresa dio un suspiro y se desplomó en el sillón. Mientras, su hermana la miraba de soslayo, apretando los labios, consciente de que la mentira era el mejor remedio para todos. Había sido Arturo el que había llamado, y ya lo había hecho la tarde anterior, cuando Teresa y Mercedes estaban fuera de casa. En las dos ocasiones, Charito le había dicho que su hermana no estaba en casa. En la última llamada, realizada hacía tan sólo unos minutos, Arturo le había pedido que le diera un recado: «Dile a tu hermana que tengo que marcharme unos días a Valencia, que no sé cuando regresaré, tal vez se alargue unas semanas, y que la escribiré». Ella no disimuló su indolencia al escuchar sus palabras y él lo notó. «Por favor, dale el recado, es muy importante». Pero Charito no estaba dispuesta a dar a su hermana ni un solo dato de aquel hombre que ella calificaba como un «rojo», al que hacía culpable —como cabeza de

turco— de todo lo malo que les estaba pasando.

En ese momento, se oyó el frenazo de un coche en la calle. Las dos hermanas se miraron un instante antes de levantarse y precipitarse al balcón. Se asomaron justo en el momento en el que su padre descendía del coche.

—¡Padre!

Él levantó la mirada lacónico, para luego atender a su esposa que salía en ese momento.

—¡Están aquí! —Charito salió corriendo por el pasillo para ir a su encuentro, dando voces de alegría y alertando al resto de las mujeres de la casa.

Teresa, mientras, se quedó observando a sus padres, sus movimientos lentos, comedidos, cansados; por primera vez los notó viejos, como si la ancianidad se hubiere precipitado sobre sus cuerpos haciéndolos torpes y frágiles. Antes de entrar en el portal, su madre alzó los ojos. La mirada abatida la estremeció. Charito apareció y se abrazó a su padre y luego a su madre, pero ellos apenas respondían a los saludos, como si estuvieran ausentes, como si regresaran vacíos. Cuando entraron en el portal, Teresa se metió al salón.

—¿Están bien? —preguntó Mercedes que permanecía, junto a su madre, en medio del salón.

—Parece que sí.

Las tres se dirigieron a la entrada, donde ya estaba Joaquina esperando con la puerta abierta de par en par. Se oía la voz de Charito, y el susurro grave de su padre mientras ascendían el tramo de escalera. Cuando llegaron al descansillo de la casa, Teresa salió y besó a su madre, y la sensación fue de besar a un ser inerte, vacío de vida. Miró a su padre sin llegar a acercarse.

—¿Cómo estáis?

—Cansados. Pero estamos bien.

Joaquina sostuvo la puerta hasta que todos entraron. Mientras, Mercedes y su madre permanecían en un lado, discretas.

Cuando las vio, don Eusebio se detuvo, soltó el brazo de su esposa y se acercó a ellas, dirigiéndose toda su atención a Mercedes.

—Tú debes de ser Mercedes.

—Sí, señor.

Con un gesto de la cara le señaló la tripa.

—¿De cuántos meses estás?

—A punto de cumplir los ocho, señor. Don Honorio me dijo que saldría de cuentas a finales de septiembre o como mucho a principios de octubre.

—Parece que estás de más tiempo —añadió don Eusebio, observando la preñez de Mercedes—. No debes preocuparte por nada, aquí estarás bien atendida. Ya sabes que yo soy médico —se dirigió hacia la señora Nicolasa y esbozó una sonrisa esquiva que quiso hacer amable, sin conseguirlo—. Las cosas están mal para todos, apenas hay alimentos que comprar y hay días que falla la

electricidad y el suministro de agua. Nadie sabe cuánto tiempo durará esto, esperemos que poco, pero mientras que tengas que permanecer aquí, intentaremos convivir lo mejor posible. Todos tenemos que arrimar el hombro...

—Todos menos ella —interrumpió doña Brígida, dando un paso hacia adelante, refiriéndose a Mercedes—. En tu estado debes cuidarte mucho, y te aseguro que, en lo que esté en mi mano, en esta casa estarás perfectamente atendida y cuidada hasta que des a luz.

—Muchas gracias, señora.

—Ahora, lo más importante es el bienestar del bebé —añadió con firmeza, y se giró hacia todos los demás como si el mensaje de los cuidados de la embarazada fueran su responsabilidad compartida.

Mercedes estaba sorprendida, ya que no esperaba tanta amabilidad por parte del matrimonio Cifuentes.

Teresa observaba la escena con estupor. ¿Qué les pasaba a sus padres? ¿Tan brusca y redentora podría llegar a ser la experiencia del encierro como para cambiar el corazón de una persona? Le desconcertaba (aunque le alegraba enormemente) el interés inopinado sobre el estado y bienestar de Mercedes, y a pesar de las primeras reticencias, esbozó una sonrisa relajando el ánimo, al fin y al cabo, habían regresado sanos y salvos, Mercedes y la señora Nicolasa se quedarían el tiempo que fuera necesario, y en la casa todo parecía adoptar un equilibrio extraño aunque muy gratificante.

Pero la que estaba realmente boquiabierta por la actitud, sobre todo de doña Brígida, era Joaquina; ella no era tan cándida como los demás, y desde el primer momento sospechó alguna clase de argucia tras esa aparente actitud de benevolencia, repentina e impostada, que los señores mostraban hacia una desconocida. Apenas tuvo tiempo para pensar porque doña Brígida comenzó a darle órdenes con la misma energía y desprecio que si no hubiera pasado por la terrible experiencia de la detención y el encierro de más de veinticuatro horas. Ella se alejó por el pasillo refunfuñando por lo bajo para preparar un baño a los señores, mientras que los demás, con algo más de calma, iban avanzando.

Los días siguientes al regreso del matrimonio Cifuentes de su encierro, estuvieron marcados por el cambio de talante sufrido por ambos, y desorientaba sobre todo a Teresa y a Joaquina, que los conocían bien. La excesiva, a veces cargante, amabilidad que doña Brígida brindaba a Mercedes y al estado de su embarazo hacían que se sintiera mucho más incómoda que si hubiera pasado inadvertida, tal y como le hubiera gustado a ella. Las atenciones eran tantas, los cuidados tan extremos que apenas la dejaba coger el mínimo peso, ni permitía que se agachase a recoger algo del suelo, ni siquiera el simple hecho de doblar las sábanas una vez limpias y secas. Vigilaba como un guardián sus actividades,

reprimiéndola de cualquier cosa que no fuera el reposo y la tranquilidad. Mercedes agradecía las atenciones de doña Brígida, pero también la abrumaban en exceso, así que, para evitar encontrarse con ella, se encerraba casi todo el día en el cuarto de los mellizos, donde había sido instalada junto a su madre, y dedicaba las horas a leer. A veces, a escondidas, acompañaba a su madre y Joaquina a hacer la compra, dedicando horas a ponerse en distintas colas para conseguir algo de leche, aceite, carne, patatas o azúcar. Pero las colas cada vez eran más largas, y la espera se prolongaba durante horas interminables que acababa con la paciencia de algunas mujeres, lo que provocaba altercados cuando alguna se intentaba colar o la desesperación de otra al no recibir nada tras la larga espera. Mercedes tuvo que renunciar a estas salidas debido al peligro que suponía permanecer, en su estado, demasiado tiempo de pie, de verse envuelta en una de esas reyertas, incluso para evitar el riesgo de recibir una bala perdida procedente de los «pacos», o la amenaza, cada día más evidente, de los bombardeos aéreos o de los obuses lanzados por los rebeldes sobre las calles de Madrid.

—No sé estar sin hacer nada todo el día, Teresa. Tu madre no me deja ni coger un plato. No estoy acostumbrada a esto, yo me encuentro bien, puedo trabajar sin problemas y ayudar en las tareas. Estoy embarazada, no enferma. En Móstoles las mujeres trabajan incluso en el campo hasta el mismo día del parto. No entiendo qué idea de los embarazos tenéis en la ciudad.

—Yo te comprendo, Mercedes —le decía Teresa sentada con las piernas cruzadas sobre el colchón de la cama de su hermano Juan—, pero para una vez que mi madre muestra un poco de consideración hacia el prójimo será mejor no contravenirla. No sé qué le pudo ocurrir durante su encierro, me sorprende este afán protector que muestra hacia ti y sobre todo hacia el bienestar del bebé. Tal vez se le haya despertado un instinto maternal olvidado.

Mercedes dio un suspiro profundo, cansino, acariciándose la tripa.

—Con el trabajo al menos tengo la cabeza ocupada y no pienso. Me angustia tanto no saber nada de Andrés, me da miedo que le haya podido pasar algo.

Teresa apretó los labios, pesarosa. Le había sido imposible sacar información alguna sobre su marido y su cuñado; a todos los sitios a los que había ido le habían dado la misma respuesta: «No constan».

Por otro lado, Arturo había desaparecido como si se lo hubiera tragado la tierra; según doña Matilde se había ido precipitadamente al día siguiente de que ella fuera por la pensión. Teresa esperaba sus noticias con las mismas ansias como lo hacía Mercedes de Andrés. Así que las dos hablaban poco del tema.

—¿Por qué no le escribes?

—No tengo adónde dirigir las.

—No hace falta que las envíes ahora, escribe un diario dirigido a él. Cuando todo acabe, Andrés podrá leerlo, y será como si nunca hubierais estado

separados —se quedó pensativa, para luego abrir sus labios en una amplia sonrisa —. Espera un momento...

Teresa dio un salto de la cama. Se dirigió al escritorio, abrió un cajón y sacó media docena de cuadernos escolares, de tapas grises, blandas y con hojas pautadas y en blanco, sin estrenar. Se los tendió.

—Toma, estos cuadernos llevan ahí metidos desde que acabé la escuela. En ellos podrás escribir cada día todo lo que sientes, lo que ves, lo que percibes —la tocó la barriga con los dedos—, podrás contarle cada uno de los movimientos de tu bebé.

Abrió otro cajón y sacó una pluma y varios lapiceros. Se los tendió también, regocijándose en la cara de sorpresa de Mercedes, una sorpresa agradecida.

—La pluma tiene muy poca tinta; luego entraré al despacho de mi padre y le cogeré un tintero. Le gustan mucho las plumas. Había conseguido reunir una colección preciosa, pero los milicianos se llevaron casi todas.

Mercedes cogió la pluma y los lapiceros. Como si fuera una niña al descubrir los juguetes que los Reyes de Oriente le han dejado junto a sus viejos zapatos, abrió uno de los cuadernos, desenroscó la pluma y, con miedo, escribió las primeras palabras rasgando el papel pautado: «Sábado, 12 de septiembre de 1936. Madrid. Mi querido Andrés». Levantó la cabeza, manteniendo la pluma en el aire sobre el cuaderno. Se dio cuenta entonces que ya había pasado casi un mes desde que se lo habían llevado, arrancándole bruscamente de su vida. Dio un largo suspiro, y se volvió hacia Teresa y notó algo raro en ella.

—¿Qué te ocurre?

Dejó la pluma sobre el papel, y se había levantado para ir a su lado. Teresa tenía los ojos brillantes, colmados de lágrimas que se desbordaban de sus párpados resbalando por las mejillas. Lloraba en silencio, retorciendo los dedos de sus manos como si a través de ellos quisiera soltar toda la tensión.

—No sé qué pensar, Mercedes. Desde que se llevaron a mis padres no he vuelto a saber nada de Arturo, ni una llamada, ni una nota, ni una explicación. A lo mejor mi hermana tenía razón.

—No pienses eso, al menos hasta que hables con él.

—Esta maldita guerra parece no tener fin, ya son dos meses y es todo tan confuso. Tengo miedo.

—Pronto acabará todo, y a lo verás, lo importante es que estamos juntas.

Teresa la miró y esbozó una sonrisa mezclada con el llanto irrefrenable que le nublaba la visión de aquella mujer, a la que veía mucho más fuerte que ella, más entera, más firme en su forma de afrontar la vida; con menos posibilidades, había conseguido mucho más que ella, que lo tenía todo. En el fondo y a pesar de su apariencia paleta, algo ingenua y despistada, abrumada por la demasía de la ciudad que la desbordaba, Teresa la admiraba.

—Gracias, Mercedes.

—Soy yo la que tengo que darte las gracias.

—Eres la primera persona con la que puedo hablar en esta casa sin que me critique, me humille o simplemente me ignore. Mis conversaciones no te parecen banales, ni pones cara de aburrimiento mientras me escuchas como le pasaba a mi hermano Mario; es con el que mejor me llevo, aunque en el fondo piensa como todos los hombres, que las mujeres somos tontas y bastante limitadas. No le culpo. Creo que algo de razón tiene. Mi madre me saca de quicio, no la soporto, mi padre es un completo desconocido, siempre tan inalcanzable. En cuanto a los gemelos, para mí siguen siendo unos niños, aunque se hayan puesto un uniforme y disparen un arma. Veremos a ver cómo me los devuelve esta maldita guerra.

—¿Y Charito?

—Charito es como mi madre, insoportable, insufrible, arrogante y algo estúpida. Apenas hablamos —chistó la boca con un gesto de desidia, para luego mirarla esbozando una sonrisa—. Lo único bueno de todo esto es haberte conocido.

Mercedes le sujetó la mano con fuerza, como si quisiera transmitirle todo su afecto.

—A mí también me gusta mucho tu compañía. La verdad, es que nunca he tenido una amiga. Bueno, con doña Amanda hablaba mucho, pero desde que me casé apenas nos veíamos. No estaba muy bien vista en el pueblo porque era más lista que todos los hombres juntos.

—Cuando todo acabe, Arturo y yo iremos a visitaros a Móstoles.

—Uff, será muy aburrido para vosotros.

—Bueno, te he dicho que te visitaré, no que me quede a vivir allí.

Las dos rieron dejando que las lágrimas corrieran libres por sus mejillas.

Capítulo 21

Cada día que pasaba, Madrid se convertía en una terrible contradicción. Los teatros, los cines y las salas de espectáculos seguían con sus funciones diarias, las cafeterías estaban a rebosar, los restaurantes se llenaban de clientes y la mayoría de los comercios, cerrados, saqueados o vaciados en la confusión de los primeros días, habían vuelto a abrir sus puertas, bien por sus dueños o por personas puestas por los sindicatos o partidos, en un intento desesperado de asegurar el abastecimiento a la población y aparentar una ínfima normalidad. Sin embargo, había muchas cosas que habían cambiado en aquel verano convulso. En muchos cines se proyectaban películas de temática rusa o de la revolución soviética. En los restaurantes más lujosos compartían mesa políticos, miembros destacados de los partidos, periodistas y visitantes extranjeros (cada vez más numerosos en la ciudad), con grupos de milicianos de aspecto desarrapado, sin afeitarse, procedentes del frente, vestidos con mono y gorrilla cuartelera, y armados con sus pistolas o con sus fusiles que colgaban en las sillas o dejaban sobre los manteles blancos. En la entrada de muchos comercios se levantaban portales hechos de sacos terreros como protección de escaparates, cristales y mercancías de la metralla de bombas y obuses que caían en Madrid cada vez con mayor asiduidad. En las calles se veían carteles que indicaban el refugio más cercano para el caso de alarma aérea. Los andenes del metro o los sótanos de las casas o de grandes edificios del centro se convertían de repente en el lugar de reunión de gentes asustadas, arrancadas de sus quehaceres cotidianos, de sus camas, cubiertas con mantas, o con lo puesto, sin tiempo para otra cosa que no fuera huir del horror de la destrucción y la muerte. Las noches eran mucho más oscuras porque la mayoría de las farolas se habían cubierto de pintura azul, con el fin de evitar que su iluminación indicase objetivos a los Junkers alemanes que, amenazadores, sobrevolaban la ciudad en plena noche rompiendo el sueño y el sosiego de la población. Había orden de mantener las luces de las casas apagadas, y las cortinas y fraileros de las ventanas que daban a la calle totalmente cerradas; en caso de incumplimiento, los milicianos que realizaban labores de vigilancia nocturna, disparaban contra la ventana o detenían a los moradores de la casa sospechosos de hacer indicaciones a los aviadores enemigos. La paranoia de la delación se había desatado, y cualquier desliz podía suponer la detención. Madrid se movía en medio de una aparente cotidianeidad, disfrazada con las colas inmensas formadas cada mañana ante las tiendas de alimentos, o los mercados de abastos, rota por las sirenas que cambiaban el paso lento y tranquilo por la carrera acelerada, con la vista puesta en el cielo, hasta llegar al lugar en que la tierra engullía a sus profundidades a los más inocentes, reflejado el pánico en su rostro. Los milicianos seguían con las calles tomadas por sus cánticos, sus desfiles, las borracheras en que ahogaban el miedo a la

muerte en un frente cada vez más cercano.

Todavía no había amanecido cuando Teresa salió del portal, en compañía de Joaquina y la señora Nicolasa, para acudir, cada una, a la cola que esa mañana se habían asignado: la criada iría a la zona de Tetuán, donde se decía que iban a vender azúcar y patatas; Teresa y la señora Nicolasa se repartirían en Cuatro Caminos para conseguir algo de carne y arroz que, según comunicado del Gobierno a través de Unión Radio la tarde anterior, había llegado de Valencia con el fin de abastecer a los madrileños.

El dinero escaseaba, pero iban tirando gracias a las cuentas bancarias de Teresa y de Charito abiertas, cuando todavía eran niñas, por la abuela materna, con una cantidad de dinero nada despreciable, y donde se ingresaban mensualmente rentas diversas, con vistas a la dote del futuro matrimonio de sus dos nietas.

Al cruzar la calle vio a alguien en el portal de enfrente. Sin saber muy bien porqué, se inquietó. La oscuridad de la noche y la falta de iluminación de las farolas hacía de cualquier sombra algo amenazador. Apuró el paso mirando por encima de su hombro, con la señora Nicolasa en silencio a su lado. Cada vez se fiaba menos de la gente con la que se cruzaba, tenía miedo a los delatores; también temía a los ladrones; en los últimos días habían proliferado los robos del dinero que llevaba la gente cuando el canasto estaba vacío, o bien arrancaban por la fuerza los productos, ya comprados, portados en la cesta de regreso a casa. Teresa apretó contra su cuerpo el cenacho vacío, con el monedero en su interior. Apresuraron el paso por la calle Santa Engracia, para dirigirse hacia la glorieta de Cuatro Caminos. Una mujer les dijo que iban a vender leche en una lechería que se encontraba en una bocacalle de la plaza. Decidieron que la señora Nicolasa se dirigiera allí, mientras ella buscaba el lugar en el que se vendía la carne. No le costó demasiado encontrarlo, allá donde había una cola de mujeres, que ya esperaban pacientes como una hilera de tristes siluetas oscuras y silentes, era donde se expendía el producto anhelado por todos.

Se acercó hasta la última y le preguntó.

—¿Es ésta la cola para la carne?

—Ésta es.

Intentó controlar su desolación. Por delante de ella había, al menos, un centenar de personas, y ni siquiera veía la puerta del comercio. Se preguntaba a qué hora habrían llegado los primeros. Faltaban más de cuatro horas para abrir. Cada día se hacía más complicado conseguir comida. La escasez hacía que la gente perdieran toda la mañana para conseguir medio kilo de azúcar o un bote de leche. Se colocó en el último puesto de la fila y se dispuso a la larga espera, al raso. El frescor de septiembre ya se notaba, sobre todo por las noches. Así que se arrebujó la chaqueta contra el pecho, y apoyó la espalda en la pared. Al momento, una mujer con pantalones se le acercó hasta ponerse a su lado como si

también ella guardase cola. No llevaba cesta y ocultaba las manos en los bolsillos. Sin decir nada, se apoyó junto a Teresa y las dos quedaron mirando al frente, a una calle todavía oscura, teñida por el gris resplandor del amanecer que empezaba a tomar vida, poco a poco, con gente vagando de un lado a otro; unos hacia el centro, armados con sus fusiles, preparados para ocupar su día en alguno de los frentes que rodeaban Madrid. Otros, sin destino fijo, mirando la fila, recelosos de todo.

—¿Eres la hermana de Mario Cifuentes?

La voz la cogió desprevenida. Miró hacia su derecha y pudo ver el perfil perfecto de la mujer que acaba de llegar. Ella se volvió y las dos mujeres se miraron a los ojos.

—¿Quién eres?

—¿Eres la hermana de Mario Cifuentes? —insistió.

—Sí. Soy su hermana. ¿Quién eres tú?

La miliciana echó un vistazo rápido a la mujer que estaba al otro lado de Teresa, en la fila, delante de ella. Luego, volvió a mirar a Teresa y se acercó todo lo que pudo a ella.

—Yo ayudé a tu hermano a salir de la Modelo —se calló, y las dos mujeres se miraron un instante en la penumbra—. Sólo quiero saber cómo está.

—¿Por qué habría de creerte?

La miliciana resopló y se volvió a la postura original, apoyando su espalda en la pared, como si no se esperase el recelo de Teresa.

—Estuve en tu casa cuando le metieron en la cárcel para avisaros de que estaba allí encerrado —hablaba en un susurro, pero mirando al frente, sin volverse hacia Teresa que, observando su perfil, continuaba dando la espalda a la que iba por delante de ella en la fila—. Nos conocimos ese mismo día —se calló un instante, y se volvió hacia ella—, fuiste a la cárcel con tu novio socialista, querías ver a Mario. ¿Lo recuerdas?

—Ah... sí, y a sé quién eres...

—Proporcioné a tu hermano un salvoconducto falso haciéndose pasar por un delincuente; a ésos les dejaban en libertad si se alistaban a las milicias. Tuvo la suficiente sangre fría de pasar la prueba. Conseguí que lo subieran a la misma camioneta en la que iba yo; nuestro destino era Talavera de la Reina. Pensé que allí le sería muy fácil pasarse al lado nacional —hizo una pausa y sonrió resoplando—, pero se me adelantó; hicimos una parada a medio camino, antes de llegar al puente del río Guadarrama; salió corriendo campo a través, aprovechando la noche. Mis compañeros lo persiguieron durante un rato, incluso hicieron algunos disparos, porque yo los oí. Según ellos, lo habían matado como a un cochino —hizo una pausa y tragó saliva, como si de repente se hubiera arrepentido de sus palabras—. Cuando les pregunté por el cuerpo, me dijeron que lo habían dejado en el campo —fijó sus ojos en Teresa, y sus palabras salieron

graves de su garganta—. Sólo quiero saber si está vivo.

—¿Por qué te interesa tanto?

Ella mantuvo un silencio denso, cavilante. Encogió los hombros.

—No sé, quiero saber cuál fue su suerte. Yo lo ayudé a escapar y ..., bueno, si mis compañeros dijeron la verdad, tendré que cargar con mi parte de culpa de que, en vez de a la libertad, lo llevé a la muerte.

Sus palabras salían de sus labios temblonas. Apenas podía ver su rostro, y mucho menos sus ojos, pero a Teresa le dio la sensación de que estaba a punto de llorar.

—Tú no eres responsable de los actos de mi hermano, fue una decisión suya a salir corriendo.

—Es posible. Pero la conciencia de cada uno es algo que no siempre se puede controlar. Por eso tengo que saber si tu hermano está vivo.

Teresa la miró sorprendida y esbozó una leve sonrisa.

—¿Estás enamorada de mi hermano?

La miliciana levantó la cara y la miró lánguida, con los labios apretados sin llegar a decir nada.

Teresa suspiró y movió la cara de un lado a otro, incrédula. Se acercó todo lo que pudo a la miliciana para hablarle al oído.

—No te preocupes más, mi hermano está bien. Le hirieron en el hombro, pero consiguió refugiarse en un lugar seguro. Es lo único que puedo decirte.

Cuando se separó de su cara, pudo atisbar el brillo en los ojos de aquella miliciana. Sus labios temblaban entre la risa y la contención.

—Está vivo, ¿de verdad?

Hablaban en susurros, acercando sus bocas al oído de la otra para que nadie más que ellas pudiera oír las palabras musitadas.

—Yo no lo he visto todavía, pero sé que lo está. ¿Cómo te llamas?

—Luisa, Luisa Sola. ¿Le hablarás de mi cuando lo veas? Dile que me alegro mucho de que pudiera despistar a los milicianos. Que me gustaría volver a verle cuando acabe todo esto y... —calló y tragó saliva, mirando al suelo, para luego volver a subir los ojos—, bueno, dile sólo que me alegro de que esté vivo.

Otras tres mujeres acompañadas de cuatro niños se pusieron en la cola. Sus voces, las correrías de los pequeños y la luz del día hicieron desaparecer la intimidad que habían encontrado las dos mujeres.

—¿Le hablarás de mí?

—Lo haré en cuanto le vea. Te lo prometo.

—Gracias. Tengo que irme.

Antes de que se moviera, Teresa la sujetó por el brazo.

—Gracias por ayudar a mi hermano.

—Siempre es bueno tener un amigo abogado —añadió con una sonrisa fría. Azorada, esquivó la mirada y se marchó sorteando a los niños que,

completamente espabilados del madrugón, correteaban alocados de un lado a otro.

Teresa la observó hasta que desapareció de su vista. Sonrió divertida. Si su madre supiera que una libertaria, ataviada con esos atuendos que tanto odiaba, bebía los vientos por Mario, su disgusto sería mucho mayor que la idea de su relación con Arturo, caería fulminada debido a la impresión.

Después de horas de espera, sólo obtuvo un trozo de carne de codillo que casi le cabía en la palma de la mano. La señora Nicolasa tuvo algo más de suerte y consiguió un litro de leche fresca. En cuanto llegó a casa, buscó a Mercedes y le contó su extraño encuentro con Luisa.

Mercedes apenas salía del cuarto de los mellizos. Intentaba evadirse de las excesivas e insustanciales atenciones que doña Brígida le brindaba y que la hacían sentirse incómoda; tampoco deseaba encontrarse con Charito, con la que no encajaba.

—No tiene nada que ver contigo, es tan... tan ñoña y a la vez tan arrogante. Parece mentira que seáis hermanas.

—No se lo digas a mi padre, que es su ojito derecho. De todas formas, creo que está muerta de celos por nuestra amistad. Se lo noto.

Las dos reían sin ninguna estridencia, mientras Charito, en su cuarto, contigoo al que ocupaban Mercedes y la señora Nicolasa, ponía oídos a todo lo que hablaban. Sabía que su madre se guardaba algún as en la manga con respecto a Mercedes y su embarazo; su padre le había insinuado que la salvación de la familia Cifuentes, incluida la vida de Mario, dependía en gran medida del embarazo de esa mujer, y que, por lo tanto, era obligación de todos cuidarla hasta el día del parto. Sin embargo, nunca obtenía respuesta de lo que pasaría tras el parto. A sus dudas sobre el futuro, su padre sólo le afirmaba que volverían a recuperar la posición social perdida por aquella guerra, y la pedía paciencia.

Era mediodía cuando el timbre resonó con insistencia. El aire de la casa, pesado por el calor acumulado, olía a guiso habitual de lentejas, ya sin patatas ni magro, ni aceite y con una pizca de sal para darle algo de gusto. Joaquina abrió la puerta. Dos guardias de asalto, perfectamente uniformados, uno de ellos con un bigote largo y frondoso, y el otro con barba de varios días, preguntaron por el doctor Cifuentes. La criada explicó que no se hallaba en casa y que no solía regresar hasta bien entrada la tarde. Teresa, al oír voces desconocidas, salió a ver de quién se trataba, apremiada por su madre que se mantuvo sentada en el salón.

—Preguntan por su señor padre, pero ya les he dicho que no está —dijo la criada al verla.

—¿La señora Cifuentes se encuentra en casa? —el guardia se dirigió a Teresa en cuanto la vieron acercarse.

—Sí, mi madre está en casa. ¿Qué quieren de ella?

—Tiene que acompañarnos.

Teresa miró a Joaquina, que se tapó la boca con las dos manos como para ocultar su horror.

—¿Adónde?, si puede saberse.

—No estamos autorizados para decirlo.

—Mi madre no se mueve de aquí. No tienen derecho. No ha hecho nada.

Doña Brígida llegaba en ese momento al umbral del recibidor como si fuera una aparición, pálida, con los ojos desorbitados por la duda, con la mano en el pecho presionando los latidos alocados de su corazón.

—Madre...

—¿Qué ocurre?

—Buenos días, señora, tiene que venir con nosotros.

—¿Cuál es la razón?

—Ya le he dicho a su hija que no estamos autorizados a decirlo.

Doña Brígida se tambaleó, y Teresa se precipitó hacia ella para sujetarla.

—No pueden hacer esto... ella no ha hecho nada...

—Puede usted acompañar a su madre.

Las palabras del guardia sorprendieron a las mujeres, y tranquilizaron en algo el ánimo y el desasosiego del primer momento.

Ante la falta de reacción, los guardias se removieron.

—Vamos, señoras, tenemos que marcharnos.

—Permítame al menos que me arregle un poco.

—No hay tiempo, señora, tenemos orden de partir de inmediato.

Teresa se volvió hacia Mercedes que, junto a su madre, permanecía agazapada en la puerta de la cocina contigua al recibidor.

—Mercedes, dame el bolso que está en mi cuarto, rápido.

Ella afirmó y aceleró sus pasos balanceantes hasta llegar a la alcoba de Teresa, cogió su bolso y una chaqueta y volvió a la entrada. Doña Brígida se colocaba un chal que le había proporcionado Joaquina, colgado del gran perchero de la entrada.

—¿Dónde está Charito? —preguntó Teresa antes de salir.

Joaquina, con gesto pesaroso, encogió los hombros y contestó:

—No lo sé, señorita, salió hace un rato y no ha regresado.

—Joaquina, que Charito avise al señor, él sabrá qué hacer —agregó doña Brígida, compungida, con la voz temblona y al punto del desmayo—. Dios mío, ¿dónde me llevarán ahora? Esto es una pesadilla...

Inevitablemente, doña Brígida no pudo contener el llanto. Sujeta por Teresa, bajaron despacio las escaleras hasta el portal, donde les esperaba Modesto, cabizbajo, mirando su paso de reojo como el que ve pasar camino del cadalso a los condenados a muerte. Teresa lo miró un instante, pendiente de sujetar a su

madre y evitar su desvanecimiento, y pudo atisbar los ojos humedecidos del portero. De repente tuvo miedo de no regresar nunca a aquel portal, de que fuera la última vez que viera a Modesto, tuvo miedo de que fuera el último día de su vida, las últimas horas de su existencia. Sintió que le temblaban las piernas. Una presión dolorosa se le aferró al pecho, como si al aspirar el aire se le hubiera quedado trabado en la garganta el miedo a la muerte. Exhaló con varios soplos para intentar expulsarlo. Alzó la frente y salió a la calle llevando a rastras a su madre; la sobrevino un sentimiento de tierna conmiseración al notarla tan avejentada, tan poco ágil, quebrada por la angustia, lenta de movimientos, encorvada, tan cobarde.

Les esperaba un coche negro, limpio, sin ninguna pintada; uno de los guardias se había sentado ya al volante, mientras el otro esperaba a que las dos mujeres subieran a la parte de atrás. Luego, se subió él delante y emprendieron la marcha en un silencio espeso de miradas esquivas, derivadas al exterior a través de las ventanillas abiertas por las que penetraba al estrecho habitáculo una suave brisa. El cielo estaba encapotado, jirones de nubes grises amenazaban una lluvia plomiza que auguraba el melancólico otoño. Dejaron la calle Santa Engracia, cruzaron la Gran Vía y llegaron hasta el puente de Segovia. Allí el coche tuvo que detenerse porque había un control. El conductor enseñó un papel y de inmediato les dejaron continuar. A Teresa se le aceleró el corazón al pensar que las podían llevar al cementerio de San Isidro para darles el paseo; pero no era una hora habitual en la que solían cometer aquellos horribles crímenes; tomó aire y lo soltó lenta, cerrando los ojos un instante al pensar, con ácida ironía, a quién tendría que exigirle cuentas sobre la alteración en el horario de la ejecución. Muy a su pesar, se mataba a plena luz del día, con guardias o sin ellos, en los cementerios o en pleno centro, rodeados de gente que, ante la visión brutal de la muerte, continuaba su paso apresurado, la cabeza gacha, obviando el espanto que quedaba a su espalda, intentando no atraer a su presencia la atención infame del verdugo exaltada de sangre. Teresa daba vueltas y más vueltas vacilantes a sus dudas mientras el avance del coche parecía imparable. Buscó consuelo en la mano de su madre, pero la encontró fría, inerte, como si llevase un cadáver a su lado, distante, incapaz de mostrarle un atisbo de cariño, ni siquiera en momentos tan terribles. La miró de reojo; su lívido perfil, altivo, quedaba constreñido por la sombría incertidumbre.

Poco a poco fueron desapareciendo las calles bulliciosas, sustituidas, a un lado y otro, por campos secos, salpicados de casas cochambrosas, núcleos aislados en medio de la nada. En un cartel de carretera se leía: TALAVERA DE LA REINA, 120 KILÓMETROS.

—¿Adónde nos llevan?—inquirió Teresa.

Nadie respondió. Los hombres, ensimismados, tenían la mirada puesta en el horizonte plomizo, en la tierra yerma del final de verano.

Durante un rato, siguieron por aquella carretera dirección a Talavera. La torre de una iglesia apareció erguida en el horizonte; junto a ella, dispuestos a sus pies, se desparramaban los tejados rojizos, las paredes enlucidas de las casas, algún mulo conducido por su dueño, perros solitarios que seguían ladrando las ruedas del coche. Avanzaron lentos por calles de tierra. Teresa miraba de una y otra ventanilla, hasta que pintada en grandes letras negras sobre un muro encalado leyó la palabra: MÓSTOLES. Nerviosa, se volvió a su madre y de un codazo la indicó el lugar en el que aparecía la pintada. Doña Brígida iba demasiado aturrida para comprender, así que se mantuvo en su lánguida aflicción. Pero Teresa sabía que Mario estaba allí, se escondía en una casa de aquel pueblo. Ante la abstracción de su madre le susurró al oído:

—Madre, estamos en Móstoles.

La miró un instante, aturrida, y entonces comprendió y pareció resurgir de su abatimiento. Sólo entonces, Teresa sintió la presión de su mano. Las dos mujeres dominaron su alteración, expectantes. Doña Brígida bajaba la cabeza para mirar por las ventanillas.

—Para —dijo de repente el guardia que iba delante—, es aquí.

El coche se detuvo y el hombre se bajó. El otro se mantuvo en su puesto. Teresa miró a su madre y le respondió con una leve sonrisa. Qué estaba ocurriendo. Tal vez habían descubierto el escondite de Mario y las llevaban a ellas para hacerle salir. Teresa estaba tan nerviosa que empezó a sudar. Al cabo de un rato, el guardia que se había bajado apareció por una esquina con un hombre alto, fuerte de hombros, vestido con chaqueta oscura sin corbata. Los dos se acercaron al coche. El guardia se subió y el hombre que le acompañaba se asomó a la parte de atrás.

—Encantado de saludarla, señora Cifuentes. Soy Honorio Torrejón, el médico de este pueblo y colega de su esposo, el doctor Cifuentes.

Doña Brígida bajó un poco la cara como única respuesta a su saludo.

—Espero que el encuentro con su hijo sea gratificante. He hecho todo lo que ha estado en mi mano para curar su herida, usted misma podrá comprobar su recuperación.

Ante sus palabras, doña Brígida se adelantó un poco y abrió sus labios en una sonrisa amplia.

—Se lo agradezco mucho —acertó a decir, balbuciente.

El médico se irguió, y se dirigió al guardia que había llegado con él.

—Os están esperando.

El coche se puso en marcha y transitó por callejas de tierra. Como le había contado Mercedes, la vida allí parecía muy distinta a la de Madrid. No había coches, ni ruidos, y apenas se veía a algún vecino caminar en solitario hacia sus quehaceres. El único sonido que rompía el silencio de sus calles procedía del rugido renqueante del motor y el crujido de la tierra bajo las ruedas. Además, a

su paso dejaba una estela de polvo que quedaba en suspensión durante un rato, para luego descender y dejar el aire limpio y transparente.

Teresa no salía de su asombro. No sabía qué pensar. Sus sentimientos eran contradictorios. Creyó que podría ser cosa de Arturo. Tal vez él hubiera hecho posible aquella visitas. Notaba a su madre ansiosa, consciente de que iba a ver a su hijo Mario, confirmada la evidencia tras la presentación de don Honorio.

—Madre, vamos a ver a Mario.

No obtuvo ninguna palabra por parte de su madre, anhelante por llegar cuanto antes a su destino. Al contrario que su hija, ella sí sabía qué ocurría. Nicasio había atendido su solicitud y le iba a permitir ver a Mario antes de que se pasara a la zona nacional. Estaba tan nerviosa que no atendía a las miradas ignotas de Teresa.

El coche se detuvo junto a una casa; antes de que descendieran de su interior, un hombre mayor, enjuto, de cuerpo delgado y fibroso salió a recibirles. Llevaba una boina descolorida. Teresa quedó impresionada por la rudeza de su piel, curtida, atezada por el sol y el aire del campo. Su ceño, siempre fruncido, le daba un aspecto huraño.

—¿Qué tal, Manolo, cómo estáis?

El guardia que había ido delante todo el viaje se acercó al viejo y lo saludó.

—Tirando, que ya es mucho decir —su voz era ronca, seca como su aspecto.

—¿Está dentro?

El viejo afirmó con la cabeza. El guardia se volvió e invitó a las dos mujeres a pasar al interior. La mezcla de olores desconocidos para Teresa despertaron su atención. Era la primera vez que entraba en una casa de pueblo, una casa parecida a la que le había descrito Mercedes, de muros anchos y paredes encaladas, con aromas húmedos. Le recordó el interior de una cueva de los acantilados de Santander, a la que entraba de niña siguiendo a su hermano Mario. El zaguán tenía varias puertas. El viejo se adelantó para indicarles una de ellas que estaba entreabierta. Teresa iba delante y la empujó con suavidad. Mario estaba sentado en una cama. Al oír el chirriar de los goznes alzó los ojos y abrió una sonrisa.

Los abrazos se fundieron con el llanto; las palabras entrecortadas, susurradas, ahogadas en la alegría desbordada. Doña Brígida miraba a su hijo, le tocaba con las manos, palpaba su cuerpo, su rostro, sus brazos, como si le costase creer que fuera él, que por fin podía abrazarlo, por fin, después de tanto tiempo, de tanta incertidumbre y tantas lágrimas derramadas.

—Hijo mío, hijo mío...

—Madre, estoy bien. Esta gente me ha tratado como a un hijo. Les debo la vida.

Teresa, a un lado, dejando la preferencia del encuentro a su madre, esperaba paciente, mirando a su hermano, acariciando su brazo, con lágrimas en los ojos, ahogada en una sensación tan placentera que parecía estar flotando en medio de

un sueño en vez de en la realidad. Cuando terminaron los abrazos de la madre, Mario se volvió hacia ella, y los dos hermanos se fundieron en un fuerte abrazo. Mario la miró a los ojos.

—¿Cómo estás?

—Ahora que te veo, mucho mejor. Y tú, ¿cómo estás? Nos dijeron que estabas herido.

—Sí, me metieron una bala en la espalda; pero gracias a los cuidados de Manolo y de don Honorio ya estoy recuperado y preparado para marcharme.

Teresa lo miró curiosa. A su lado su madre se aferraba al brazo de Mario lloriqueando, como si tuviera miedo de que desapareciera de repente.

—¿Vuelves a casa? —preguntó Teresa, ingenua.

—No, no puedo.

—¿Por qué? Tú no has hecho nada.

Esbozó una sonrisa forzada, y acarició la mejilla de su hermana condescendiente.

—Sigues siendo tan ingenua como siempre. Da igual lo que haya hecho o lo que haya sido. Ahora, o eres de unos o de los otros. Y yo con éstos no me quedo ni loco. Me paso a la zona nacional.

—Pero ¿te van a dejar?

—Me han dado un salvoconducto y me llevarán en coche hasta el límite del frente —miró a su madre y sonrió con picardía—, allí me recogerán Juan y Carlitos.

Doña Brígida se llevó las manos a la boca conteniendo su alegría.

—¿Cómo están, has hablado con ellos? Ay, mis hijos...

—Están bien, madre, no he hablado con ellos, pero me trajeron una carta suya.

—¿Cuándo te vas?

—Ahora mismo, en cuanto os marchéis vosotras.

Teresa buscó con vehemencia los ojos de Mario.

—Mario, ¿sabes algo de Arturo Erralde?

Se mantuvo impertérrita a la retahíla de recriminaciones ahogadas que descargó su madre, sin dejar de mirar a los ojos a su hermano a la espera de una respuesta. Mario frunció el ceño, extrañado por la pregunta de su hermana y por las palabras acusatorias que salían de la boca de su madre.

—¿Por qué tendría que saber algo de ése?

—Me dijo que vendría a verte.

—¿Él sabe que estoy aquí?

—Se lo dije yo.

La voz machacona e impertinente de doña Brígida se impuso por fin.

—Y fue el que denunció que estabas aquí, y por su culpa, tu padre y yo nos pasamos encerrados todo un día.

Mario miró un instante a su madre, boquiabierto e incrédulo; luego, volvió los ojos a su hermana, su gesto interrogante la hirió.

—No creerás...

—¿Es cierto eso?

Doña Brígida hablaba como si sus palabras cayeran en un erial y demandasen la confirmación.

—Claro que es cierto —remarcó con acritud—, iban buscándote a ti y al no encontrarte nos llevaron a los dos. No dormí en toda la noche, encerrada en un cuarto, sola, sin saber nada de tu padre. Fue horrible, horrible.

Teresa intentaba atraer para sí la atención de su hermano, eludirla de las acusaciones de su madre.

—Los detuvieron, pero no sabemos quién los denunció...

—Claro que lo sabemos. En cuanto fuiste con el cuento a ese rojo, le faltó tiempo para llamar a sus secuaces. Venían de su parte, ¿o también eso es mentira? Cuéntale a tu hermano lo que escuchó Joaquina.

Teresa se desesperaba al comprobar que su madre, convencida a pies juntillas todo lo que le había contado Charito y de lo que decía haber escuchado la criada de boca de uno de los guardias, estaba arrastrando también a Mario en la teoría de la conspiración de Arturo contra los Cifuentes.

Mario tomó a Teresa por los hombros y la miró fijamente a los ojos, buscando su fondo, más allá de sus pupilas, como si quisiera leer el interior de su mente.

—¿Sigues con él?

Su voz susurrante intentaba dejar al margen a la madre, pero resultó imposible. Parleoteaba soliviantada, acusatoria. Su tono impertinente, resultaba molesto e irritante.

Teresa bajó los ojos al suelo, pero Mario cogió su barbilla y levantó su rostro.

—Le quiero, Mario.

—Tienes que dejarlo, Teresa. Ese chico no te conviene. No es como nosotros. Tienes que dejarlo, ¿me oyes? Es peligroso andar con esa gente.

Se sintió herida y humillada. Después, miró a su madre, que confirmaba conteniendo las últimas palabras de Mario, y sonrió sarcástica.

—¿Recuerdas a una chica de nombre Luisa Solá? —Mario frunció el ceño, y doña Brígida, por fin, enmudeció—. La chica que te ayudó a escapar de la cárcel, la que te dio el salvoconducto, la que nos avisó de que estabas preso.

—Sí, sí..., la recuerdo; una miliciana anarquista, muy guapa por cierto, aunque pueda parecer extraño siendo roja —miró a su madre con una mueca burlona—. Pero ¿qué sabes tú de esa Luisa?

Teresa esbozó una mueca vengativa.

—Pues está enamorada de ti hasta el cuello.

—¿Enamorada? —dijo, alzando las cejas, en un tono entre sorprendido y

mordaz—. ¿Te lo ha dicho ella?

—Hay cosas que no es necesario decir con palabras.

—Pero qué estupidez estás diciendo, niña —dijo doña Brígida, displicente—, deja a tu hermano tranquilo, que esto es muy serio.

—Esto también es serio, madre, esa chica está enamorada de tu hijo, y para tu desgracia ha sido ella, una roja, la que le ha ayudado a huir de la cárcel...

—A donde le metieron sus camaradas rojos, como ella —interrumpió, furiosa, la mandíbula tensa y los ojos enrojecidos de cólera—. Hoy te hundo la vida, mañana te la salvo y así me debes el favor para el resto de tus días. Ésa es la forma de actuar de estos canallas.

—No puedo creer que seas tan retorcida, madre...

—Bueno, bueno —terció Mario—, dejarlo ya, no tiene la mayor importancia. Esa chica me interesa lo mismo que una buena corrida de toros. No se hable más del tema.

Agarró a su madre, para intentar rebajar la ira que se le había acumulado en su rostro.

Teresa le miró, desconcertada. No podía creer que su hermano hablase así de la mujer que se la había jugado por él.

Uno de los guardias se asomó por la puerta.

—Tenemos que irnos.

Doña Brígida, ya relajada, volvió al lloriqueo melindroso, abrazando a su hijo, con palabras repetidas e insistentes. Teresa se había quedado un poco al margen, decepcionada, aunque no sabía exactamente por qué, si por la actitud despectiva de su hermano, o hacia sí misma por creer todavía en Arturo.

—Me pondré en contacto con vosotros en cuanto pueda —dijo Mario.

—Ten cuidado con las cartas —añadió su madre—, las interceptan.

—No te preocupes, madre. Tendréis noticias mías y de los mellizos.

—Esperamos. Ya rezaré por vosotros. Ten mucho cuidado, hijo, y abrigate, que ya empieza a refrescar, y más en Burgos, que allí creo que hace mucho frío. ¿No tienes nada de abrigo? Fíjate, si lo hubiera sabido te hubiera traído algo de ropa, y unos zapatos. Vas con alpargatas, y ese pantalón, qué horror, hijo, si lo sujetas con una cuerda. ¿Es que no tienes tu cinturón?

Mario oía a su madre pero no llegaba a contestar a nada. La dejaba hacer, mientras hablaba casi sin respirar, abrazando una y otra vez al hijo, mirándolo, inspeccionando y evaluando su aspecto, según ella, muy desmejorado y poco agraciado con su atuendo, aunque tuvo que reconocer que estaba limpio y bien afeitado.

—Deberíais intentar pasar a la zona nacional también vosotros, madre. Es lo mejor, dadas las circunstancias.

—No temas por nosotros —sentenció doña Brígida—, está todo arreglado. Si esto continúa así y Franco se demora en entrar a Madrid, nos iremos del país no

tardando mucho, todo está arreglado —repitió.

—¿Pero disponéis de algún contacto? —preguntó Mario a su madre—. Debéis tener mucho cuidado.

—No te preocupes por nada, hijo, ya te he dicho que todo está arreglado. Igual que lo tuyo. Tu padre ya se ha encargado de todo. Esto tuyo es el primer paso. Si ellos cumplen con lo suyo, nosotros cumpliremos con lo nuestro. Tu padre tiene buenos contactos ahora; lo hemos pasado muy mal, pero todo se va a resolver. Tú ponte a salvo y dejemos que las cosas vuelvan a su cauce.

Teresa la miraba atónita. Se preguntaba qué clase de arreglo había hecho su padre para que se le permitiera a Mario pasarse a la zona nacional, en un coche y con un salvoconducto legal. ¿Qué es lo que tenían que cumplir sus padres a cambio de la libertad de Mario?

Un miliciano de unos treinta años, de piel morena y gesto rudo, irrumpió en la habitación en la que Mario había permanecido durante las últimos días.

—Tenemos que irnos. No podemos esperar más.

Doña Brígida se aferró a su hijo llorosa. Teresa observaba la escena, sin llegar a comprender por qué y quién le facilitaba a Mario la huida.

Salieron al exterior. Delante del coche que les había traído desde Madrid, había aparcado otro bastante más cochambroso. En el interior, sentado al volante, dispuesto para iniciar la marcha, otro miliciano joven, con barba de varios días que miraba, despistado, la escena de la despedida. El que había entrado apremiando para la partida, esperaba con la puerta trasera abierta a que Mario se introdujera en el coche. Los guardias, con gesto aburrido, permanecían apoyados en el otro auto, apurándose un pitillo.

Mario se despidió del viejo Manolo. Luego besó a su madre en la frente y a Teresa en la mejilla.

—Cuidate mucho —la dijo—. Y deja a ese rojo de una vez, sólo te traerá problemas. ¿Me prometes que lo harás?

Teresa no contestó. Tampoco esperó respuesta, como si estuviera convencido de haber dado una orden imposible de eludir. Mario se metió en el coche y la puerta se cerró con un golpe seco. El miliciano se montó en el asiento de delante, junto al conductor. Otro portazo, sonoro y hueco, rompió aquel pesado silencio de separación. El motor rugió y Mario sacó la cabeza por la ventanilla.

—Os escribiré. Y tú —dirigió a Teresa el dedo índice, con ademán autoritario—, aléjate de ese Arturo, te lo advierto, por tu bien y por el de todos.

La voz ahogada de doña Brígida siguió el inicio de la marcha. La nube de polvo ascendió tras el paso de las ruedas y envolvió el auto disipando su visión. Nadie se movió hasta que el coche dobló la esquina y desapareció.

Sólo en ese momento, cuando ya los ojos se desprendieron del horizonte polvoriento, el viejo Manolo se acercó a las dos mujeres, manteniendo cierta distancia.

—¿Cómo están la Nicolasa y su chica?

Doña Brígida lo miró, aturdida, como si no hubiera entendido el idioma en que le hablaba.

—Bien, bien, las dos se encuentran bien.

—¿Y el embarazo de la Mercedes, cómo lo lleva?

—Bien, ya le he dicho que están muy bien atendidas —la voz de doña Brígida había recuperado su tono desagradable, acompañada de sus maneras habituales, arrogantes y desdenosas—. No se podrán quejar, se lo aseguro. ¿Verdad, Teresa?

—Están bien —añadió Teresa, intentando mostrar toda la amabilidad que a su madre le faltaba—, no se preocupe por ellas. Mercedes ha pasado un poco de calor porque dice que los pisos de Madrid no tienen las paredes de las casas de los pueblos...

—Ay, hija, no me vas a comparar las comodidades que tiene allí a lo que tiene aquí.

Teresa dedicó una mirada fulminante a su madre, pero ella desvió los ojos, petulante. Luego, la obvió y continuó hablando con el viejo Manolo.

—Ahora ya refresca un poco y lo lleva mejor. No la dejamos que haga ningún esfuerzo.

—Está como una reina, se lo digo yo. Como una reina; no coge ni un plato.

Manolo se mantenía a cierta distancia, como si no quisiera acercarse demasiado a esas dos señoras de la ciudad, tan distintas y tan ajenas al mundo que él controlaba. Había en ellas, en sus maneras, algo que no le gustaba.

—Señoras, es hora de regresar a Madrid.

El guardia que habló tiró la colilla al suelo, como si hubiera decidido en ese momento que la visita había terminado. Abrió la puerta de atrás y esperó a que Teresa y su madre se montasen. Doña Brígida, sin decir nada, se dirigió al coche, pero Teresa se quedó un instante mirando al anciano.

—Agradecemos mucho lo que han hecho por mi hermano, dígaselo también al médico, a don Honorio, y no se preocupe por Mercedes, yo misma me encargo de cuidar de ella.

—Quedamos correspondidos con la acogida en su casa de las mujeres.

Tenía una voz seca y cortante, y sus ojos fijos, inquisitivos, que parecía auscultar los más profundos pensamientos, intimidaban a Teresa.

—¿Se sabe algo del marido de Mercedes?—pregunté.

—Nada —contestó—. Si hubiera algo, se lo haré llegar a través de don Honorio.

—Vamos, hija —apremió doña Brígida, desde el interior del coche—, sube de una vez, se hace tarde y tu padre debe de estar muy preocupado.

A todos sorprendió, por inoportuna e impertinente, la actitud de doña Brígida. Teresa, avergonzada, entró por fin al auto. Junto a ella, subió el último de los guardias que se mantenía a la espera. En cuanto cerró la puerta, el conductor,

que ya había puesto en marcha el motor, apretó el acelerador y el coche avanzó lentamente, dejando su propia estela blanquecina del polvo levantado.

Rosa

Agradecí la calidez de la casa al entrar en el vestíbulo. Llamé a Rosa, pero nadie respondió. Con prisa, me desprendí del abrigo y me dirigí a grandes zancadas hacia el fondo del pasillo donde se encontraba mi cuarto de trabajo. Abrí la puerta y miré a través de los cristales. Allí estaba, la misma ventana a la que me había asomado hacía sólo unos minutos, la misma tras la cual había visto a la pequeña Natalia y a su abuela, y que ahora parecía cerrada a cal y canto, tal y como había permanecido siempre, como si todo fuera un espejismo con el que mi mente me estuviera jugando una mala pasada. Un ruido en algún lugar de la casa me alertó. Volví a llamar a Rosa y estaba vez me contestó.

—Ah, don Ernesto, no le he oído llegar. Yo ya he terminado. Le he dejado hecho una empanada.

—Gracias, Rosa, y a sabe que sus empanadas son mi debilidad.

—Lo sé, por eso se la he hecho, para que se la coma, que lleva unos días que apenas come. Esta semana he tirado dos guisos que le dejé preparados.

—Lo siento, Rosa, estos días he estado más despistado que de costumbre.

—Pues para rendir bien, hay que comer bien.

—No se preocupe, la empanada no tendrá que tirarla, se lo aseguro —mientras hablábamos, se iba poniendo el abrigo—. Rosa, dígame una cosa, ¿ha visto a alguien en esa ventana durante estos días?

Inopinadamente bajó un poco la cabeza para mirar a través de la cristalera la misteriosa ventana, para inmediatamente negar con la cabeza antes de hablar.

—No, señor. Al menos desde que yo estoy en esta casa, nunca he visto a nadie, ni siquiera los fraileros abiertos.

—¿Está segura?

—Completamente. ¿Ha visto usted a alguien? —me preguntó con curiosidad.

—Bueno, es muy raro, pero estos días he visto a una niña y a una anciana, incluso me han saludado. Incluso me he encontrado con ellas por la calle... —frunci el ceño y me volví hacia la ventana—, el problema es que, ahora, parece que nunca hubieran existido...

Seguía abotonándose el abrigo como si estuviera esperando mis palabras. En su boca se dibujaba una mueca extraña, o tal vez me parecía a mí, porque lo cierto era que pocas veces me había fijado en su rostro. Para mí aquella mujer era la sombra que arrastraba el aspirador y poco más.

Le expliqué a grandes rasgos, sin entrar en mucho detalle, de mi incursión en ese piso con la intención de visitar a mis vecinas, y mi extrañeza de encontrarme un lugar inhóspito y abandonado, cerrado e inhabitado desde hacía más de setenta años. Puse todo mi empeño en afirmarle que yo había visto a esas dos personas detrás de los cristales de esa ventana que se abría en la fachada que teníamos enfrente. Mientras relataba mis sensaciones y dudas, me di cuenta de

que era la primera vez que hablaba con Rosa más de un minuto seguido, para contarle algo que me podía dejar un poco en evidencia (consideraba que ver visiones podría ser un paso hacia la locura promovida por la soledad impenitente en que se había convertido mi vida). Por justificar mi actitud, me convencí de que cuando esas dudas llegan a rozar lo ridículo el inconsciente tiende a buscar consejo en alguien ajeno, alejado de uno mismo y de sus incertidumbres. Rosa era una mujer que me conocía desde hacía muchos años (sabía de mis gustos y manías, de mis horarios, organizaba la intendencia de la casa y de mi indumentaria, indicándome sutilmente cuándo y qué debía comprar ropa o calzado); su discreción, no obstante, nunca la había llevado más allá de un saludo educado o una frase de cortesía. De repente, parecía que el muro que yo mismo había construido para aislarme de ella se había desmoronado. Era como si le hablase a una madre solícita (me vino a la memoria el rostro de la mía) atendiendo las grandes vacilaciones de un adolescente perdido.

—Perdóneme, Rosa, creo que la estoy aburriendo, además de entretenerla. Son los estragos de esta vida que llevo tan aislada, que algunas ventajas tiene, pero en la que también hay daños colaterales, y usted está sufriendo uno de ellos. Le pido disculpas...

Ella me miraba apoyada en el quicio de la puerta, con una sonrisa meliflua dibujada en sus labios, como si se estuviera compadeciendo de mi locura sospechada y ahora confirmada. Entonces se irguió un poco, tomó aire y alzó las cejas.

—Ay, don Ernesto, usted pretende encontrar la verdad donde sólo existe ficción. Si usted me permite que yo le diga, la mayoría de las veces, ustedes, los que se dedican a la literatura, no son conscientes del poder que tienen. Poseen ese bálsamo de fierabrás del que habla don Quijote cuyos extraordinarios efectos podían juntar un cuerpo partido en dos y dejarlo tan sano como una manzana. Sin la magia de la ficción sería imposible recomponer un cuerpo partido, mitigar los dolores de la soledad, repartir ese unguento que alivia el ánimo y da consuelo en las sombras de la existencia. Si los contadores no existieran, habría que inventarlos. Los que, como usted, son capaces a pasarse horas pergeñando historias, bálsamos que curan y consuelan, realidades que existen únicamente en los entramados de su entendimiento, tienen la inapelable obligación de mantener una fe inquebrantable en los encantamientos, en los sortilegios, en esa magia que sólo existirá si se pone voluntad en ello. Desconozco lo que sus ojos han podido ver a través de su ventana, pero si me permite un consejo, don Ernesto, déjese llevar por su instinto, usted es un cultor de la magia que tan sólo puede obtenerse en ese excelso mundo que es la literatura. Déjese llevar por sus presentimientos, tenga fe en aquello que únicamente se revela a sus ojos, ahí están los ingredientes necesarios e imprescindibles para elaborar su propio bálsamo, un bálsamo de fierabrás que le será útil a otros. La imaginación es el mejor aliado para usted. Si

no se cree sus propias fantasías, si no acepta los espejismos que solamente usted es capaz de descubrir y vislumbrar, difícilmente podrá hacer creíbles sus historias. Los lectores que se acerquen a sus letras se sentirán defraudados y lo abandonarán, porque nadie en la ficción pretende encontrar la realidad, para eso y tenemos la vida. Gracias a lo que nos proporciona ese universo mágico de la literatura, el mundo es más capaz de afrontar esa realidad y, lo que es más importante, es capaz de transformarla y hacerla mejor de lo que es.

Aquellas palabras me dejaron, literalmente, con la boca abierta.

—Desconocía sus conocimientos sobre el sentimiento literario de los novelistas.

—Me temo que usted desconoce todo de mí, don Ernesto.

Tuve un repentino arrebató de vergüenza culpable. Indeliberadamente, prejujuqué como una iletrada a aquella mujer, pasada largamente del medio siglo, baja de estatura, algo gruesa, pelo corto y cardado y de aspecto matriarcal, por el único hecho de ganarse la vida limpiando la mierda de otros; sin embargo, acababa de darme, con las palabras justas, una lección magistral sobre mis propios sentimientos como escritor aspirante a contador de historias.

—Lo siento, y o... no pretendía.

—No tiene de qué disculparse —añadió con una leve sonrisa benevolente—. Usted es como la mayoría de los buenos escritores, anda metido en su burbuja de cristal sin enterarse de lo que ocurre más allá de sus propias narices.

—Se lo agradezco, Rosa, pero me incluye usted en un grupo selecto al que yo tan sólo aspiro pertenecer con anhelo.

—No sea tan duro consigo mismo, don Ernesto. Dese la oportunidad de demostrarse lo que vale, mire más allá del cristal y créase lo que ven sus ojos, aunque nadie más que usted sea capaz de verlo.

Esquivé su mirada y miré hacia mi cristalera; luego, volví a mirarla. Cogí aire y resoplé moviendo la cabeza con una sonrisa floja en los labios.

—Rosa, yo estoy completamente seguro de que he visto a esa niña y a su abuela detrás de esos cristales, no es una fantasía de mi imaginación.

—¿Y qué más da que sea o no producto de su imaginación? Escuche su instinto, salga de su burbuja y mire lo que se le muestra a los ojos, es posible que sea algo trascendente, y por el afán de aferrarse a la pura realidad (que se tiende a considerar como la verdad absoluta) no le preste atención y esté desperdiciando la mejor historia que jamás pudiera contar.

—No existe la historia perfecta.

—¡Menos mal! Si así fuera, la literatura terminaría por marchitarse y con ella languidecería la humanidad. El bálsamo de fierabrás se convertiría en un líquido inservible.

Terminó de colocarse los guantes de lana, se echó el pico de la bufanda hacia atrás tapándose el cuello, y, con una sonrisa avisada, mostrando una dignidad que

hería aún más mi torpeza, se dio la media vuelta, y se alejó por el pasillo con paso firme y sigiloso.

—Rosa —escuché mi voz cuando ya casi alcanzaba el final del pasillo. Ella se detuvo y se giró hacia mí. Mis labios se abrieron en una sonrisa reconciliadora, más que hacia ella, hacia mi propia conciencia—. Gracias.

—Hágame caso, don Ernesto, cómase la empanada antes de que se estropee, la de hoy me ha salido para chuparse los dedos.

Cuando oí la puerta, me volví hacia la ventana de la buhardilla. Al final, no estaba seguro de nada. Me costaba creer que la visión de mis vecinas detrás de la ventana fuera un espejismo propio de mi condición de contador tal y como me había querido dar a entender Rosa.

Estuve un buen rato dándole vueltas a la realidad o no de lo que había visto, a la persona de Rosa, a la ligereza con la que se prejuzga a los demás con demasiada frecuencia.

Capítulo 22

Dos días después de que Teresa y su madre tuvieran la oportunidad de despedirse de Mario, antes de su paso a la zona nacional, el sonido del teléfono irrumpía en la casa de los Cifuentes, rompiendo la quietud de la noche. Tras del primer timbrado, el piso continuó oscuro y silente; la resonancia repetida que parecía desgarrar el aire, iba penetrando, una y otra vez, en el oído dormido de los habitantes de la casa. Mucho antes de iniciarse aquel estrépito, un resplandor amarillento procedente de una lámpara de queroseno, se escapaba bajo la puerta de la habitación de los mellizos, hurtando al pasillo de la oscuridad con una ligera claridad. Mercedes llevaba un buen rato volcando su desesperanza sobre el papel. Había intentado dormir sin conseguirlo, había leído un rato y, ahora, escribía cartas dirigidas a Andrés contándole todo lo que se le venía a la cabeza, como si lo tuviera delante. Si se concentraba mucho tenía la sensación de que podía verlo escuchando atento sus palabras a través de la tinta que iba cincelando sus pensamientos sobre la página en blanco; incluso sonreía divertida contando cosas alegres, o sentía el ahogo del llanto cuando alguna tristeza se colaba en su extraña conversación escrita. Todo lo hacía envuelta en la calma nocturna, acompañada por la respiración, rítmica y serena, de su madre que, después de muchas vueltas, por fin dormía. Alejada del entorno, absorbida por el embeleso epistolar, se sobresaltó cuando el primer timbrado rompió la opaca placidez de la casa, haciendo un pequeño borrón provocado por un inopinado movimiento de la mano. Con el segundo timbrado, colocó el capuchón a la pluma, la dejó sobre el cuaderno escolar y se levantó, pendiente de que alguien acudiera a descolgar el teléfono. El estruendo parecía no incidir en el pesado descanso, y nadie atendía a la llamada. El mutismo que seguía a cada resonancia quedaba abatido por el eco del anterior. Mercedes se acercó a la puerta y la abrió. La señora Nicolasa, aturrida, se había incorporado.

—¿Qué pasa? —susurró a su hija, que permanecía inmóvil, asomada al pasillo.

—Es el teléfono.

—¿Qué hora es?

—Han dado las tres hace unos minutos.

Hablaban en voz muy baja y sus palabras se perdieron en el fragor de otro timbrado..., y otro más. Nada se movía, ningún ruido que no fuera aquella terca y repetida resonancia.

—Ve a cogerlo —le instó la señora Nicolasa—, no vaya a ser algo urgente.

Mercedes se decidió. Iluminada por la estela que salía desde la puerta abierta de su habitación, se precipitó en la oscuridad. Llegó al salón, y guiada por el ruido se topó con el aparato que vibraba a cada toque expulsado de su interior. A ciegas, palpó el auricular y lo descolgó, pero antes de que pudiera pegarlo a su oreja,

una mano se lo arrancó con rudeza. Desconcertada, Mercedes se giró y se topó con Charito, que ya se colocaba el aparato al oído.

—¿Sí?

Mercedes se retiró a un lado.

El silencio pareció convocar con mayor eficiencia que el sonido repetido, porque uno a uno, todos fueron apareciendo en la puerta del salón. Teresa primero, colocándose la bata; detrás de ella Joaquina, con una mañanita negra sobre los hombros que contrastaba con su camisión blanco y largo como la túnica de un monje. A las órdenes de doña Brígida, que entró tras ella con los pelos aplastados y pegados al cráneo como si llevase un casco de hierro, la criada comprobó con movimientos rápidos que todas las cortinas estaban perfectamente echadas, para evitar que cualquier haz de luz procedente de la lámpara del pasillo que se acababa de encender, escapase a través de los ventanales cerrados a cal y canto. Luego apareció don Eusebio, con su batín de seda, colocándose el pelo alborotado por la almohada; y, por último, la señora Nicolasa, también con una mañanita de lana cruzada sobre su pecho, suelto el pelo gris de su habitual moño.

—Sí, es aquí.

Don Eusebio se acercó a su hija. Tenía el teléfono pegado a su rostro, encogida y en silencio. Antes de que llegase a su lado alguien la habló al otro lado del auricular.

—¿Sí? —la sonrisa de Charito, abierta, explosiva, sorprendió a todos. Hablaba en voz alta—. ¡Mario! ¿Eres tú? ¡Mario! Sí, sí, te oigo bien, un poco lejos..., pero te oigo.

La reacción fue inmediata. Doña Brígida se precipitó hacia el rincón donde estaba su hija, adelantando incluso la posición de su marido, y se plantó frente a Charito, solicitándole con un gesto insistente que le cediera el teléfono. Pero don Eusebio, sin apenas inmutarse, desplazó a su esposa apartándola de su camino, y le quitó de las manos el aparato a Charito, ignorando la mueca de protesta que le dedicó. Se lo puso en la oreja y torció la cabeza hacia el lado por el que oía.

—¿Mario?, hola, hijo, ¿cómo estás?

El silencio se respiraba en el ambiente opaco del salón; parecía un escenario de figuras de cera, apariciones fantasmales envueltos en la penumbra, inmóviles, a la espera.

—¿En Burgos? Muy bien —silencio de nuevo, un silencio que únicamente se rompía en el oído del padre, escuchando atento la voz lejana, demasiado alejada de su hijo—. ¿Cómo están los mellizos? Ah... ¿estás con ellos? Comprendo... Ya, ya. Lo entiendo. De acuerdo, hijo. Adiós...

Cuando colgó, doña Brígida mostró un gesto de espanto: los ojos desorbitados, los labios semiabiertos, incrédula, y las manos tendidas hacia él como una súplica.

—¿Por qué no me has dejado hablar con él?

—Ha llegado a Burgos sin novedad —sentenció con fría sobriedad—, se encuentra con los mellizos. Están perfectamente, dispuestos a luchar con honor para salvar España.

Todos se quedaron callados, acogotados por la gravedad que don Eusebio imprimía a sus palabras.

—¿Y los mellizos? ¿Has hablado con ellos?

—Ya te lo he dicho, mujer, no me hagas repetir las cosas —su contestación fue hosca, sin disimular su malhumor—. Tus hijos están donde tienen que estar. No puede contarme mucho más por teléfono. Le han permitido llamar para avisarnos de que todo ha salido según lo previsto, y no hay más que hablar. Se acabó la fiesta. A la cama todo el mundo.

Don Eusebio se abrió paso en la oscuridad, derrochando desaire, dejando atrás a las mujeres que lo observaban atónitas. Charito fue la primera que le siguió; luego, se movió lenta hacia el pasillo doña Brígida, azorada todavía, entre la alegría de saber que sus hijos estaban bien y la amarga sensación de haber sido privada de oír su voz. Pasó por delante de la puerta abierta de los mellizos y se detuvo compungida, con una extraña presión en el pecho; se apoyó en el quicio de la puerta y miró a su interior. Vio las dos camas deshechas. Soltó un lánguido suspiro, abatida al ser dos desconocidas las que ocupaban el espacio que pertenecía a sus hijos. Deseaba tanto que acabase aquella pesadilla; le costaba horrores soportar una situación tan incómoda. Resultaba un respiro saber que su hijo Mario se encontraba a salvo; ahora, sólo quedaba esperar que las tropas de Franco entrasen de una vez en Madrid y acabasen con los desmanes al que les había abocado un Gobierno incapaz, o en su caso, si la cosa se alargaba por causas tácticas, como afirmaba su esposo que entendía más de esos asuntos, anhelaba el día en que esa chica, cuya presencia soportaba cada vez peor, echase al mundo a su vástago, para poder cumplir con la entrega prometida a Nicasio. A cambio, saldrían de inmediato de Madrid rumbo a Buenos Aires. Había oído maravillas de la ciudad bonaerense. En el fondo, la idea de abandonar el país por una temporada no le disgustaba. Nunca había salido de España, y un viaje tan largo a un lugar tan lejano le resultaba apasionante. Había ubicado Argentina en el mapamundi con la ayuda de Charito, a la que le había contado todo. Madre e hija, con el asenso del padre, decidieron dejar a Teresa al margen de los oscuros arreglos que se cernían respecto de Mercedes y de su bebé; mostraba demasiado apego por esa mujer vulgar y pueblerina, y podría estropearlo todo como ocurrió con el paradero de Mario, aceptando la versión de que había sido Arturo el que dio la voz de alarma sobre la noticia de su aparición. Estaban convencidos de que, una vez consumada la entrega del bebé a sus nuevos padres, no le quedaría más remedio que aceptar una realidad que afectaba a todos. No tendría elección: la vida de su familia o la maternidad de esa mujer.

Doña Brígida se volvió al notar la presencia de Mercedes a su espalda. Teresa

permanecía apoyada en el quicio de la puerta de su alcoba, justo frente a la de los mellizos.

—Echo tanto de menos a mis hijos —dijo haciendo ademán de retirarse de la puerta. Pero de repente se paró en seco, con la vista fija en la mesa con la lámpara todavía encendida—. ¿De dónde has cogido esa lámpara?

—Se la he dejado yo, madre —contestó Teresa.

Doña Brígida se volvió hacia su hija con el ceño fruncido y las manos entrelazadas. Luego, miró ceñuda a Mercedes.

—No nos podemos permitir el gasto de queroseno.

—Lo siento, doña Brígida —añadió Mercedes—, me cuesta mucho dormir y para pasar el rato, leo y, a veces escribo cartas a mi marido.

Entró en la alcoba y se dirigió hacia la mesa. La pluma con el capuchón permanecía sobre la cuartilla blanca, escrita hasta la mitad con letra menuda, elegante, fina. Se quedó quieta, observando los objetos levemente iluminados por el resplandor titilante del pabito. Cogió el cuaderno escolar en el que Mercedes volcaba sus sentimientos más íntimos, y, sin ningún pudor, empezó a leerlo. Mercedes, incómoda, dio un paso, pero su madre la detuvo cogiéndola por el brazo. Madre e hija se miraron un instante; la señora Nicolasa le hizo un gesto para que no se moviera. Mercedes, muy a su pesar, obedeció.

—¿Quién ha escrito esto?

—Yo, señora.

—¿Y de dónde sacas estos cuadernos y... —cogió la pluma y se volvió hacia la puerta—, esta pluma es tuya?

—Se la he regalado yo, madre —replicó Teresa, molesta, por la intromisión de su madre en la intimidad ajena—, y los cuadernos también se los he dado yo.

—¿Y este libro?

—Es suyo. En algo se tiene que entretener. Hay gente que no soporta estar sin hacer nada durante todo el día.

Las palabras de Teresa fueron cargadas de hiel, y su madre lo notó. Se volvió hacia ella un instante, con desdén, dejó el cuaderno sobre la mesa y miró a Mercedes.

—A partir de mañana te daré tarea que no suponga esfuerzo. ¿Sabrás zurcir y remendar ropa?

Mercedes encogió los hombros.

—No es la costura lo que mejor se me da.

—Vaya —doña Brígida mostró su sorpresa—, pues si no sabes remendar la ropa de tu casa ya me dirás cómo vas a llevar a tu familia.

Mercedes, ofendida, se irguió altiva.

—No se preocupe usted por mi familia, señora, yo sabré cuidarla perfectamente.

—Si quieres servir de ayuda tendrás que aprender; no puedes salir a la calle a

esperar cola para comprar, no puedes coger peso, no puedes cargar...

—Puedo hacer todo eso, doña Brígida, es usted la que no me lo permite pensando que puede afectar al bebé; ya le he dicho que yo estoy perfectamente...

—No, no —negó moviendo la cabeza y levantando la mano con suficiencia—, nada de esfuerzos. No me perdonaría nunca que tuvieras un percance que afectase al bebé por hacer algo indebido, te lo digo yo que he tenido seis embarazos. Dos de ellos fallidos, precisamente, por no cuidarme como es debido.

La señora Nicolasa, prudente, bajó los ojos al suelo y apretó los labios para impedir que la rabia se escapase en forma de palabras a través de sus labios. A pesar de su deseo de cantarle las cuarenta a esa mujer, embebida de una estúpida soberbia, era su deber, por el bien de su hija, callarse. Aquella casa constituía un lugar seguro a la amenaza de Merino, y por esa razón se tragaba la irritación que le provocaba las formas, hipócritas y algo turbias, que a su parecer se gastaba doña Brígida.

—Joaquina te enseñará labores sencillas de costura. A ella se le dan bien.

—Como usted quiera, doña Brígida —Mercedes contestó resignada, intentando contener los humos presentidos tanto de su madre como de Teresa. Lo último que quería es que por su culpa se formase una bronca.

—Y mañana mismo devuelves esa lámpara. Te prohíbo utilizarla, no podemos permitirnos ese derroche de queroseno —salió de la habitación y se detuvo frente a ella—. Y menos letras, Mercedes, que eso para una mujer puede ser peligroso, te lo digo yo, a los hombres no les gustan las mujeres con pretensiones intelectuales, les basta con que traigan hijos sanos al mundo, los sepan cuidar y lleven con dignidad su casa. Ya están ellos para pensar.

Mercedes no abrió lo boca, al contrario, apretó los labios con fuerza para evitar que las palabras se la escapasen, hubiera sido mucho peor que el silencio.

Doña Brígida la dedicó una mirada de desprecio y, con un ademán ensayado de falsa probidad, avanzó por el pasillo en dirección a su alcoba, donde su marido ya estaba envuelto en el calor de las sábanas.

Teresa hizo un gesto a Mercedes de que no la hiciera caso, y se colocó el dedo índice en la sien, como si la tratase por loca. La señora Nicolasa, empujó a su hija hacia la habitación y la dijo que apagase de inmediato la lámpara.

Apagado el resplandor que prendía el queroseno, la casa volvió a quedar a oscuras y en silencio. Mercedes, tumbada sobre la cama, notaba al bebé moverse en sus entrañas; pensaba en Andrés y se preguntaba qué estaría haciendo, si estaría dormido o si como ella tendría al desvelo como compañero. Sabía que el sueño de Andrés era profundo y sereno, plácido como el de un niño, desde que tocaba la almohada hasta que ella misma le llamaba con el canto del gallo justo antes del amanecer. ¿Dónde tendría apoyada su cabeza en ese momento? ¿Estaría pensando en ella? Sonrió abriendo los labios con blandura y se

dio la media vuelta abrazando el almohadón. Una suave claridad se colaba furtiva por debajo de la cortina, atenuando la absoluta oscuridad de la alcoba. Se quedó mirando el claror invasivo con los ojos abiertos, como si tuviera temor a cerrarlos y que el sueño alejase de su pensamiento la evocación de Andrés. Sin embargo, el cansancio pudo con ella y por fin se quedó dormida, profundamente dormida. Mecida en un ensueño del futuro juntos, Andrés, su madre, su bebé, volver a Móstoles, a su casa, a la Ermita, a la fuente de los Peces, pasear por el Pradillo hasta llegar a la barbacana, regresar a los días de trabajo, de campo, de hogar. Sueños de futuro que se difuminaban en su mente agotada, rota, desalentada.

Capítulo 23

La vida en la casa de los Cifuentes transcurría con toda la normalidad que se podía esperar en un ambiente de guerra y supervivencia. La escasez se hacía cada vez más evidente en las largas colas que se formaban a las puertas de los comercios y tiendas. El Gobierno había conseguido frenar la subida de los precios, pero había comerciantes que ocultaban género a pesar del peligro de las multas, bien prevenidos ante la evidente escasez (con la perversa intención de aprovechar la coyuntura y obtener un mejor precio), o para evitar que grupos incontrolados en nombre de cualquier partido, sindicato o asociación, entrasen en el establecimiento y se llevasen todo sin abonar nada, con la única consigna de que se uniera a la UHP, un viva la República o que los requisaban con la excusa de que eran necesarios para alimentar a los que defendían Madrid contra los fascistas. El caso era que había muy poco que comprar. No sólo escaseaba la comida, sino también los productos de limpieza, aseo o papel. Todavía se encontraba sin demasiadas dificultades carbón y leña para encender las cocinas y las calderas, pero el otoño amenazaba derramando sus días grises y frescos de lluvia, niebla y humedad, y, día a día, aumentaba la demanda de estos productos de energía. El final del verano hizo que mucha gente volviera a salir a la calle con chaqueta y traje, incluso alguno se atrevía con el sombrero en los días de lluvia para protegerse de la humedad, a pesar de todo, el bien vestir, la elegancia y la clase de la burguesía madrileña había desaparecido por completo, manteniéndose una indumentaria tazada, ya que lo contrario suponía, como mínimo, levantar recelo y desconfianza.

El abastecimiento de mercancías a la ciudad llegaba con cuentagotas. En los últimos días de septiembre, ninguna provincia afecta a la República quería fiar a un Gobierno que dedicaba la mayor parte de su tesorería a obtener armas, formar a las milicias, abonar las diez pesetas diarias a cada miliciano que se movilizara, además de organizar una intendencia, cada vez más extensa, de los distintos frentes que atosigaban los alrededores de Madrid. La prioridad era alimentar y mantener a las tropas.

Cada día más gente (sobre todo las mujeres arrastrando a niños en una búsqueda penosa) deambulaban por las calles con el canasto vacío, atentas a cualquier noticia que les llevase a un comercio en el que hubiera entrado algún producto que echar al puchero, posiblemente, gracias a la pericia del comerciante que se desplazaba hasta los pueblos de alrededor a comprar directamente a los campesinos, a las almazaras o a los vaqueros. Apenas había leche, pan, aceite o azúcar; el poco pescado que entraba lo hacía desde el Norte; la carne no llegaba a los mercados porque los milicianos se empeñaron en hacer tiro al blanco con las reses de la Sierra, y en consecuencia el ganado fue aniquilado casi en su totalidad. Lo que más abundaba eran lentejas y garbanzos.

Por otro lado, el Auxilio Rojo empezaba a funcionar con cierta eficiencia; mujeres y también hombres que se resistían a tomar las armas, dedicaban sus esfuerzos a atender a los huérfanos que ya empezaban a proliferar, desamparados, con sus padres muertos, heridos o desaparecidos. Mientras, las cafeterías se mostraban bulliciosas, el café se cobraba a ochenta céntimos y el expreso con leche a una peseta; los cines y teatros continuaban con sus sesiones, algo alteradas en las temáticas y en los horarios, pero abiertas para entretenimiento de los madrileños; las corridas de toros fueron suspendidas, con alguna excepción, en previsión de evitar un blanco fácil para los aviones. Al amanecer o al caer la noche, los Junkers alemanes sobrevolaban el cielo de Madrid dejando caer sus bombas, cada vez más frecuentes y potentes. Se establecieron medidas para evitar males mayores. Los comerciantes pegaban cintas adhesivas cruzadas en los cristales de sus escaparates para protegerlos y evitar, en lo posible, que se hicieran añicos con la onda expansiva. Además, se estableció la prohibición de circular con automóvil por la calle a partir de las once de la noche.

Las antiguas lámparas de gas y queroseno volvieron a iluminar los rincones de la casa, incluso hubo que utilizar velas cuando comenzaron a hacerse cada vez más frecuentes los cortes de luz. Y pronto empezaron las restricciones de agua a unas horas determinadas del día.

Cada mañana, antes del amanecer, Joaquina, la señora Nicolasa y Teresa, se lanzaban a la calle con el fin de posicionarse en diferentes colas delante de comercios, tiendas o puesto de mercado. Daba lo mismo lo que se vendiera. La noticia la podía traer cualquiera: oída por don Eusebio mientras curaba u operaba; doña Brígida ojeando el *ABC* (ahora republicano y rojo, como decía ella con grima cada vez que ojeaba sus páginas) o escuchando la radio; Charito en alguna de sus visitas clandestinas a sus amigos fascistas, o el resto de las mujeres de la casa, atentas a lo que se oyera por la calle. Lo malo era que todos estaban con la misma vigilancia y cualquier rumor se propagaba como la pólvora; en menos de una hora ya había gente apostada en la puerta del comercio en cuestión, con la cesta de mimbre o de red en la mano, dispuesta a esperar durante horas si era necesario para llenarlo de algo. De vez en cuando la formación se rompía porque pasaba un coche o una moto de la Dirección General de Seguridad (se utilizaban incluso bicicletas) haciendo sonar una sirena de forma continua, avisando del inminente peligro de ataque aéreo. En ese caso, y de acuerdo con la norma del Gobierno, la población tenía la obligación de dirigirse a toda prisa a los sótanos o a la boca de metro más cercanos. Para que nadie se despistase, se habían puesto carteles indicativos en muchas calles. Los primeros días, todos salían despavoridos hacia los refugios; se mantenían atentos un rato hasta que pasaba el peligro, entonces, volvían a salir, y, al regresar a la fila se producían altercados y peleas por recuperar el puesto abandonado por la

alarma. Las bombas caían, pero la vida continuaba, y pronto se empezó a perder el miedo a los efectos de los ataques. Era necesario para seguir viviendo.

Teresa seguía esperando noticias de Arturo. Parecía que se lo hubiera tragado la tierra. En la última llamada que hizo a la pensión, doña Matilde le había dicho que acababa de recibir una postal suya con una imagen preciosa de la playa de El Saler, en la que le decía que se encontraba bien y que el mar le parecía inmenso. Cuando Teresa oyó las palabras de la dueña de la pensión se le cayó el alma a los pies, no porque no se alegrase de saber que al menos estaba vivo (había llegado a temer su muerte con angustia), sino porque no comprendía que a ella no le hubiera escrito ni una sola letra. Podía entender que no la llamase por teléfono, las líneas estaban cada día peor y resultaba complicado, incluso las urbanas; pero si tenía tiempo para enviar una postal a su casera, ¿por qué no unas letras dedicadas a ella?

Sin embargo, la realidad sobre la ausencia de noticias de Arturo era otra muy distinta. No sólo la había llamado hasta en tres ocasiones antes de partir con urgencia con destino a Valencia, llamadas telefónicas contestadas en las tres ocasiones por Charito y de las que no había dado recado alguno; además, le había escrito cinco cartas, que de igual manera su hermana pequeña mantenía escondidas en su escritorio bajo llave, con la finalidad, de acuerdo con su madre (cómplice necesaria de aquella ocultación) de que Teresa se cansaría de esperar y olvidaría a ese «rojo socialista» (tal y como lo calificaba doña Brígida con desprecio), que nada bueno podía traerle a su vida ni a su familia.

—Teresa es muy obstinada —había reiterado su madre cuando Charito llegó a casa con la primera de las cartas en la mano—, si no se da cuenta por ella misma del daño que ese chico puede hacerle, tendremos que ser nosotras las que le ayudemos a que se arranque la venda de los ojos.

Desde entonces, Charito quedó encargada de interceptar el correo para que ninguna carta de Arturo Erralde llegase a manos de Teresa. Lo tenía muy fácil; cada día, su hermana salía muy temprano y no regresaba hasta mediodía; el cartero solía llegar sobre las diez de la mañana. Charito, paciente, se apostaba en el balcón y cuando lo veía le preguntaba si había carta para ellos. Así se había hecho con las siguientes tres cartas recibidas (una por semana).

Aquella mañana, en la que el sol regalaba una calidez ya casi olvidada por varios días seguidos de lluvia y fresco otoñal, Mercedes, con las ventana de su alcoba abierta, oyó la voz de Charito.

—Cartero, ¿tienes algo para nosotros?

—Sí, hay otra carta para tu hermana Teresa. Esta vez desde Alicante ¿Te la dejo en la portería?

—No, espera, bajo yo.

Mercedes sonrió, pensando en la ilusión que le iba a hacer a Teresa recibir carta, seguramente de Arturo. Sin embargo, aquella misiva acabaría asimismo

en el fondo del cajón del armario de Charito, junto con las otras recibidas antes.

En ese mismo instante, Teresa esperaba cola desde hacía más de cuatro horas para conseguir algo de azúcar, leche y huevos. Había dejado a la señora Nicolasa en una calle paralela, con la esperanza de que pudiera hacerse con medio litro de aceite que se vendía en un pequeño colmado. Joaquina se había ido al centro, a un lugar donde, decían, iban a distribuir verdura que acababa de llegar desde Valencia en una caravana de camiones. Un grupo de milicianos, hombres y mujeres armados, vestidos la mayoría con mono y tocados de una diversidad de gorras cuarteleras, estaban en la puerta del comercio para vigilar que no hubiera altercados. Teresa les estuvo observando. Las mujeres fumaban como si fueran hombres, se movían y se reían como ellos, a alguna la oyó blasfemar y soltar palabras groseras. No estaba segura de que quisiera ese tipo de igualdad. Le gustaba la feminidad propia de la mujer, el cortejo de los hombres, la delicadeza y sutileza de la que siempre habían presumido las damas. « Todo tiene un precio —le había repetido muchas veces Arturo ante sus dudas—, si la mujer quiere conseguir la igualdad con los hombres, tendréis que asumir la misma carga que nosotros». Pero ella no lo veía claro. La mujer paría y el hombre no; era cierto que la mujer era más débil físicamente que el hombre, pero era mucho más fuerte en el dolor y el sufrimiento. Su madre decía que un hombre no soportaría nunca los dolores de un parto. La capacidad de reaccionar de unos y otros era mucho más limitada en la mujer, pero lo cierto es que las viudas se desenvolvían mucho mejor que los viudos que, en la mayoría de los casos, se veían abocados a buscar un reemplazo para poder sobrevivir, a pesar de que eran ellos los que llevaban el sueldo a la casa. Ella estaba segura de que su padre no podría vivir sin la intendencia de su madre, o en su defecto, de una mujer que se ocupase de ella. De ahí las teorías de la igualdad y del voto femenino, un voto que (siguiendo las consignas de los maridos y los curas, tal y como habían previsto la mayoría de las izquierdas) se volcó a la derecha en las elecciones del 34. Mucho tenía que cambiar la sociedad para que una mujer pudiera decidir sin soportar el peso de los reproches del hombre o de la Iglesia sobre sus decisiones. Ella estaba por la labor, pero le parecía tan imposible como complicado. En estas lucubraciones estaba cuando se oyó el rugido del motor de un coche que parecía acercarse a toda velocidad. Todas las miradas se giraron hacia la bocacalle de donde llegaba el ruido. Se oyeron tres disparos, la gente gritó, otros dos disparos y más gritos, pero nadie veía nada. Los milicianos se pusieron en guardia, algo aturridos, hasta que de repente, apareció un coche negro por la esquina acelerando y dando bandazos de un lado a otro de la calle. Los milicianos dispararon al vehículo que hizo un quiebro para luego enderezarse. Pero alguno de los tiros debió impactar al conductor, porque el parabrisas estalló como si le hubiera caído un proyectil, dio varios volantazos y el vehículo se empotró sin control contra la gente que esperaba la cola, atropellando en su

carrera ciega a un grupo de mujeres y niños. Teresa tuvo el tiempo justo para apartarse antes de que el coche chocara contra el muro en el que ella se apoyada. El susto fue tal que, durante un instante, pareció quedar aislada de los gritos, las carreras, los pisotones y empujones que llegaron a arrojarla al suelo como si fuera una marioneta inerte. Varios niños de seis o siete años, que instantes antes habían estado jugando con una pelota hecha de trapos, habían saltado por el aire impelidos por el capó, niños llenos de vida y alegres cuyos cuerpos se desparramaban ahora por el adoquinado, ensangrentados, dislocados, sin movimiento, apagadas sus risas, cerrados sus ojos para siempre.

Alguien la ayudó a levantarse, e intentando encontrar su mirada perdida la preguntó si estaba bien, ella contestó confusa con un ligero gesto afirmativo. Después, quedó sola otra vez, desamparada en medio del caos, zarandeada por quienes pasaban a su lado huyendo del horror, o buscando con desasosiego entre el espantoso cúmulo de cuerpos, gritando un nombre, desgarrando con la voz el aire lúgubre y aciago, casi irrespirable.

Se oyó la sirena de una ambulancia que se acercaba. Teresa tuvo que apartarse para evitar ser atropellada por los vehículos de emergencia que iban apareciendo por ambos lados de la calle. Se miró las manos y se dio cuenta de que había perdido el capacho, y que en él llevaba no sólo el dinero, más de diez pesetas, sino también su cédula de identificación y el carnet sindical que le había proporcionado Arturo y que le había sacado de más de un apuro en las últimas semanas. Miró a su alrededor, y atisbó a un chico de unos quince años que, algo más alejado de donde ella había caído, hurgaba en su cenacho.

—¡Eh, tú!

El grito alertó al muchacho que levantó la vista. Tiró la cesta y salió corriendo con el monedero en la mano.

—¡Al ladrón! —Teresa gritó con todas sus fuerzas, con la esperanza de que alguien le detuviera—. ¡Al ladrón! ¡Detengan a ese chico!

Un hombre de cierta edad que llevaba una garrota y que se acercaba para ver lo que había pasado, le puso la zancadilla con el cayado. El chico trastabilló y se dio de bruces contra el suelo. El monedero quedó a un lado y el hombre lo cogió con rapidez. El muchacho se levantó y continuó su carrera abandonando el botín. Teresa llegó exhausta hasta donde la esperaba el hombre con la cartera en la mano.

—Muchas gracias —le dijo, con la voz entrecortada por la falta de resuello—. Es mi documentación...

El hombre le sonrió ladino y la miró de arriba abajo.

—¿Sólo me vas a dar las gracias?

Teresa contuvo la respiración con los ojos fijos en aquel hombre. Tenía un visage mezuino, la piel atezada, ennegrecida por la barba de varios días. Abrió sus labios y mostró unos dientes sucios y descolocados. Teresa tomó aire y

percibió el olor agrio de su aliento.

—Devuélvame la cartera.

—¿Qué me das a cambio?

—Nada.

—Entonces, me cobraré yo mismo —abrió el monedero, sujetando la garrota bajo su brazo. Sacó todo el dinero y sonrió—. Esto será suficiente.

—No puede... —Teresa se sentía sin fuerzas, derrotada.

El hombre le devolvió la cartera, se dio la vuelta y se alejó con toda tranquilidad, ante la estupefacción de Teresa. En ese momento pasaron dos guardias de asalto, atraídos por los disparos y por las sirenas de las ambulancias.

—Por favor, ayúdenme, ese hombre me ha robado...

Los dos guardias miraron hacia el hombre que caminaba tranquilo.

—¿Quién, aquél?

Teresa afirmó.

—Me ha quitado todo el dinero.

Uno de los guardias se adelantó y le dio el alto. El hombre se volvió aparentemente sorprendido y esperó paciente a los guardias.

—¿Qué ocurre, agente?

—Dice que le has robado.

Teresa estaba unos pasos por detrás, tranquila porque recuperaría su dinero de manos de la autoridad. Pero el hombre la miró con gesto extrañado, para luego volver a dirigirse al agente.

—¿Que yo he robado a quién? —preguntó ceñudo.

El guardia que le había dado el alto, y que parecía con mayor interés en el asunto (el otro estaba pendiente de lo que ocurría un poco más adelante con los muertos y heridos) se volvió hacia Teresa y la señaló.

—Esa mujer dice que le has robado el dinero.

—Vaya, lo único que he hecho ha sido ayudarla a que no se llevase su cartera un ladronzuelo que, aprovechando esta confusión, se había hecho con ella. Se la he devuelto, me lo ha agradecido y me he despedido.

El guardia se volvió hacia Teresa, que escuchaba atónita lo que estaba diciendo aquel hombre con toda la desfachatez del mundo.

—No es cierto —replicó, enfadada—, quiero decir, sí que detuvo a un chico que me había cogido el monedero, pero antes de devolvérmelo se quedó todo el dinero.

—Señor guardia, puede usted comprobar que no tengo ni un solo céntimo encima.

—No me llames de usted —protestó el guardia.

—Me cuesta acostumbrarme a ese tratamiento a los agentes de la autoridad —hizo un visaje de iniciar la marcha—. ¿Puedo irme ya?

—¡Él me ha robado más de diez pesetas!

El guardia resopló, incómodo. Se le estaba acabando la paciencia y con ella se le acababan a Teresa las posibilidades de recuperar su dinero.

—Enséñame lo que llevas en los bolsillos —le instó con las manos.

Su indumentaria era simple, un pantalón marrón, raído y atado con un cinto de piel de buena calidad que debió pertenecer a alguien con dinero, una chaqueta sin bolsillos aparentes y una camisa.

Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y los sacó vacíos, dándole la vuelta; luego, se palpó los de la chaqueta y le enseñó el interior al guardia; por último, puso las manos abiertas.

—Ya ves, señor guardia, estoy sin blanca. ¿Puedo irme ya?

Teresa vio con desesperación cómo el agente se volvía hacia ella dejando que el hombre se alejase.

—Me ha robado todo el dinero.

—Ya lo has visto, chica, no tiene nada, no puedo hacer más. Lo siento —el compañero lo llamó, impaciente—. Tenemos que atender cosas más importantes. Abur.

Teresa tuvo ganas de llorar, se volvió hacia aquel hombre que se alejaba con sus diez pesetas, tranquilo, sin demasiadas prisas. Miró la cartera y vio que tenía su cédula y el carnet sindical. Dio por perdido el dinero. Resopló mirando el paisaje dantesco en el que ella había sido personaje principal y pensó que, al fin y al cabo, debía estar agradecida porque seguía con vida. Se acordó entonces de la señora Nicolasa; seguramente, la estaría buscando.

Corrió hacia el tumulto de muertos y heridos, de los que ayudaban, y de los curiosos que sólo estorbaban. El coche que había provocado aquel desastre tenía el capó destrozado y expulsaba un humo negro y denso; en su interior, dos hombres inertes, abatidos por las balas y la cara ensangrentada. Había sido un paqueo: hombres que se dedicaban a tirotear a los milicianos y a los guardias desde coches en marcha a toda velocidad o desde ventanas, azoteas o balcones para provocar inseguridad en las calles de Madrid, y que la población facilitase la entrada del ejército sublevado, los únicos, según los panfletos que arrojaban desde los aviones, que podían llevar la paz, la tranquilidad y el pan a Madrid. Teresa tuvo que sortear a la gente herida que todavía estaba en el suelo, a los muertos que iban alineando en un lado de la calle, y a los dolientes, madres con el corazón rasgado por la muerte del hijo, o hijos sobrecogidos por la muerte de la madre. Se dirigió a la calle por donde había aparecido el vehículo en su alocada carrera de muerte, y comprobó que también allí había heridos y muertos. Algunos por las balas disparadas en marcha, y otros por atropello. No sabía exactamente dónde se había colocado la señora Nicolasa.

—¿Sabes dónde está el colmado en el que vendían el aceite? —preguntó a una mujer que llevaba aferrada a su mano un niño asustado.

—Es ese de ahí, estábamos esperando..., me iba tocar, y mira... ¿por qué

hacen esto? ¿Qué culpa tenemos nosotros? Que se vayan al frente a matarse si quieren, pero que a nosotros nos dejen en paz. Malnacidos. ¿Qué daño pueden hacer estas criaturitas? ¿Qué consiguen con matarnos como ratas?

Si aquél era el colmado donde se expendía el aceite, la señora Nicolasa tenía que estar por allí. Teresa la buscó con angustia entre los vivos, los que se movían con torpeza en medio del desastre. Luego, empezó a mirar con miedo entre los heridos y los muertos. Pero no la encontró. Se acercó a una enfermera que atendía a una mujer con una herida en la cabeza.

—¿Se han llevado a algún herido?

—Sí, a los más graves los han trasladado al hospital de sangre en la primera ambulancia. ¿Buscas a alguien?

—Sí, a una mujer mayor, con el pelo blanco y moño, algo gruesa.

—¿Con una mañanita gris de lana con flecos?

Teresa asintió.

—La he atendido yo. Se la acaban de llevar. ¿Es tu madre?

—No, no..., es la madre de una amiga. Pero... ¿ha muerto? —preguntó azorada.

—No, ya te he dicho que sólo se traslada a los heridos. Ellos tienen prioridad. Ve al hospital de sangre que está en la calle Juan Montalvo, en el colegio de Nuestra Señora del Buen Consejo; allí la encontrarás y te darán más información de su estado.

Llegó al hospital y se adentró en sus pasillos, ocupados hasta hacía unos meses por niños ávidos de juegos e instrucción; sus clases y aulas colmadas de risas estridentes y dulces voces infantiles se llenaban ahora de ayes y lamentos. El olor a formol y desinfectante lo inundaba todo. Había mucho lío, y todos parecían tener prisa. Se cruzó con una chica de su edad vestida con una bata blanca con manchas de sangre y desinfectante.

—Por favor, ¿dónde puedo preguntar por una mujer herida que han traído aquí?

—Al final de este pasillo hay un puesto de información, allí te indicarán.

Teresa encontró en seguida el lugar por la larga cola que había formada ante el mostrador. A pesar de la inquietud por conocer el estado en el que se encontraba la señora Nicolasa, no le quedó más remedio que armarse de paciencia. En las últimas semanas lo único que hacía en todo el día era guardar cola, para cualquier cosa había que pedir la vez. Observó a la gente que la precedía y a la que, de inmediato, se iba colocando a su espalda con el mismo visaje desesperado que ella tenía. Todos se mostraban nerviosos, ausentes, adocenados por unas circunstancias que ya les superaban.

Por fin llegó su turno. Detrás de un mostrador alto se parapetaba una mujer mayor, con el rostro acerado y crasitud en los mofletes, tenía la voz ronca de hombre, y respiraba muy fuerte, como si le costase.

—Ha habido un tiroteo en la calle Almansa y me han dicho que han traído aquí a los heridos.

—¿A quién buscas?

—A una mujer de unos cincuenta años, con el pelo recogido con un moño, con algunas canas; se llama Nicolasa.

—¿Es tu madre? —preguntó sin levantar la vista de un listado que tenía delante.

—No, es la madre de una amiga.

—De la calle Almansa han traído tres heridos, dos hombres y una mujer. Será ésa... —alzó los ojos y la miró un instante, como si esperase alguna reacción de Teresa—. Sube la escalera, y pregunta al doctor Alonso. Él se ha hecho cargo de esos tres —echó un vistazo rápido a mi espalda y sin ningún miramiento dijo—: el siguiente.

El doctor Alonso estaba operando y no podía atender a nadie. Una enfermera le dijo que la única mujer que había ingresado aquella mañana estaba en el aula del fondo.

—¿Cómo está? ¿Es muy grave?

La enfermera la miró entre compungida y lastimera.

—Lo siento, chica, pero no pudimos hacer nada por ella.

Sintió seca la garganta, como si de repente se hubiera quedado sin saliva. Intentó tragar.

—¿Qué quieres decir...?

—Está muerta. Lo siento —le tocó el brazo para mostrarle su apoyo—. Si quieres, puedes ir a verla; acabo de llamar para que la bajen al depósito. No tardarán.

Teresa asintió apenas con un ligero movimiento y la enfermera desapareció de su vista. Un largo pasillo se abría ante ella, y al final del mismo una sola puerta de la que salían y entraban otras enfermeras. Caminó despacio, pensando a cada paso en la reacción de Mercedes a la pérdida. Madre e hija se adoraban, se profesaban un respeto y un afecto tan admirables que había llegado a envidiar a su amiga. Lo había hablado con ella. La señora Nicolasa era una mujer de espíritu sereno, moderada en sus maneras y en su discurso, parecía saberlo todo, y siempre sonreía, a pesar de las penurias. Era fuerte y templada. Acompañaba a su hija a una distancia prudencial, respetando sus opiniones, rebatiendo con inteligencia aquello en lo que no estaba de acuerdo. ¿Por qué tenía que morir ella? Mujeres así eran necesarias para un país desmoronado a manos de hombres sin conciencia que perseguían una quimera inalcanzable, precipitando, con su obcecación, una guerra terrible que estaba separando familias, enfrentando vecinos y amigos, y matando a mucha gente valiosa e inocente como la madre de Mercedes.

La visión de la señora Nicolasa le produjo una impresión mucho más fuerte

de lo que Teresa podría imaginarse. La ropa rasgada del torso dejaba al descubierto el pecho desnudo, ensangrentado, con una herida en el lado del corazón, un agujero sanguinolento por donde le había entrado a bocajarro una de las balas de los «pacos». Qué muerte tan estúpida. Había salido de su casa para protegerse, y encontró la muerte por comprar medio litro de aceite. Teresa dejó que fluyeran las lágrimas a sus ojos. Apoyada en la pared, se dejó vencer por el llanto. El cadáver estaba en la tarima, colocada en lo alto de una mesa de profesor. Su cuerpo le pareció un esperpento: boca arriba, con la boca semiabierta en un visaje de sorpresa detenida, las piernas abiertas, como desparramadas sobre el tablero. En el fondo agradeció que Mercedes no llegase a ver nunca aquella imagen de la que no podría recuperarse en toda su vida.

El aula no era muy grande. Las pupitres habían sido apilados en una de las paredes, y por el suelo se habían distribuido colchones de crin, cuatro de ellos ocupados por heridos que de vez en cuando emitían quejidos lastimeros. En la pizarra había escrito con letras grandes y tiza de colores un viva la República.

Cuando iba a salir, dispuesta a regresar a casa para llevar la luctuosa noticia a la pobre Mercedes, se fijó en una mujer herida que estaba tendida cerca de la puerta. Tenía la pierna y el brazo derecho vendados, pero al ver su cara, a pesar de que estaba algo deformada, se dio cuenta de que era Petra. Se secó las lágrimas y se acercó a ella.

—Petra, Petrita, soy yo, Teresa.

La chica abrió con dificultad los ojos y la miró un instante, luego, volvió a cerrarlos como si le costase un mundo mantener los párpados abiertos. Esbozó una sonrisa y susurró el nombre de Teresa.

—¿Qué te ha pasado?

Petrita volvió a hacer un esfuerzo y abrió los ojos.

—Me muero, señorita... me muero...

Teresa vio que una lágrima resbalaba de sus ojos y le hacía un surco en la piel sucia de polvo.

—No, Petra, no te vas morir. Te pondrás bien. Iré a buscar a mi padre, él te curará...

Petra alzó su brazo a Teresa y se cogieron las manos.

—Señorita Teresa...

—No me llames señorita, o te fusilarán —quiso sonreír, pero lo único que consiguió fue quebrar su rostro.

—Escúcheme, señorita, quiero pedirle perdón, a usted y a su padre...

—Perdón, ¿por qué?

Teresa sabía que Petra había dado información a los milicianos del dinero y las joyas que se guardaban en casa. Pero no estaba dispuesta a echarle en cara una cosa así en su estado.

—Yo..., señorita Teresa, yo no quería perjudicarles..., usted siempre ha sido

amable conmigo.

—No hables de eso ahora, cuando todo esto termine volverás a casa, todos te echamos de menos. Las comidas no son lo mismo sin ti, y tú lo sabes.

Las dos esbozaron una sonrisa, lánguida.

—Estoy sola, no tengo a nadie —sus ojos se llenaron de lágrimas y su barbilla tembló.

—¿Y tu novio?

Esbozó una sonrisa blanda, cerrando los ojos con un gesto de dolor.

—Ese mal nacido..., el muy canalla... —balbucía lenta, musitando las palabras entre los labios—, le seguí hasta el frente; estuve en la sierra, luchando como la primera, pero nunca me trató como a un soldado, me quería cerca para magrearme, y cuando pasó una más alta y más guapa, me dejó tirada... —sus lágrimas se desbordaron de sus ojos y su voz se hizo más potente, como si el llanto le hubiera dado más energía—. Me abandonó... y ahora estoy sola... me voy a morir sola, señorita Teresa..., sola como un perro...

Teresa tragó saliva envuelta en una desesperante impotencia.

—¿Cómo fue...? —hizo un movimiento para indicarle las heridas que le habían destrozado el cuerpo.

—Una bomba de los alemanes. Mira que es grande esta ciudad, pues la dichosa bomba cayó justo en la puerta del sótano en el que me encontraba. Me sacaron de milagro —de nuevo hablaba temblona, vacilante, sin apenas fuerzas.

—Te vas a curar. Ya lo verás.

En ese momento, entraron dos hombres con una camilla y se dirigieron hacia el cadáver de la señora Nicolasa. La cogieron por los brazos y los tobillos; la arrastraron por la mesa como si fuera un saco, hasta echarla sobre la camilla. Teresa se estremeció al oír el golpe seco del cuerpo contra el suelo.

—Tened cuidado —les reprendió.

—Está muerta, y a no siente nada.

—¿Adónde la lleváis?

—Al depósito.

—¿Cuánto tiempo la tendrán ahí?

—No lo sé, hasta que venga el furgón del cementerio y se la lleven.

Los hombres pasaron por delante de Teresa transportando el cuerpo inerte de la señora Nicolasa. Antes de que traspasaran la puerta, se despojó de su chaqueta y se la echó encima, cubriendo su cara y su pecho.

—¿Es tu madre?

Teresa tragó saliva y pensó en Mercedes. Negó con un leve gesto.

—Tengo que ir a darle la noticia a su hija. No sé cómo se lo voy a decir..., está a punto de dar a luz.

—Lo siento, chica. En mal momento llega el nieto.

Salieron de la estancia y Teresa se volvió hacia Petrita.

—Petra, tengo que irme, pero te prometo que regresaré a buscarte, e intentaré que venga mi padre para que te cure.

Teresa hizo un amago de levantarse, pero la voz débil y quebrada de Petra la frenó.

—Señorita Teresa, escúcheme bien lo que voy a decirle —fijó sus ojos en los de Teresa como si quisiera asegurarse de que entendía bien sus palabras—, tenga cuidado con Joaquina. No es de fiar.

—¿Qué quieres decir?

—Tiene un cuñado que es anarquista, de los que van por ahí buscando espías fascistas. Sé que andaban rondando la casa... —tragó saliva sin dejar de mirarla a los ojos—, hace unos días oí que van a por la señorita Charito, anda metida en algo peligroso.

Teresa sonrió y apretó la mano de Petrita.

—Gracias, Petra. Muchas gracias.

Teresa comprendió que Arturo no había tenido nada que ver con lo de Mario y la detención de sus padres. Había sido Joaquina la que los había denunciado. Recordó con nitidez el momento en el que vio a la criada retirar la toalla de la baranda del balcón, seguramente utilizó ese método para dar a entender a los que esperaban en la calle que podían subir; además, sólo ella decía haber oído el nombre de Arturo Erralde de boca de uno de los guardias.

Se levantó con cierta aprensión por dejar sola a Petra en aquel lugar desamparado, pero tenía que avisar a Mercedes; tenía que saber lo de su madre, y prepararlo todo para el entierro. Salió del colegio convertido en hospital de sangre. Caminó con toda la rapidez de que fue capaz durante los quince minutos que tardó en llegar a la casa. Cuando entró, Joaquina salió a su encuentro, con gesto preocupado.

—Ay, señorita Teresa, qué susto, pensé que la había pasado algo. Se ha oído...

—¿Dónde está Mercedes? —la interrumpió, sin mirarla.

—En la habitación de los mellizos, como siempre. No ha salido en todo el día.

Pasó a su lado, conteniendo su rabia hacia la criada desleal, pero no era el momento de ponerla en su sitio y exigir aclaraciones sobre la acusación vertida contra Arturo. Había demasiadas cosas que hacer antes que eso.

Cuando abrió la puerta, Mercedes levantó la cabeza del cuaderno en el que escribía su carta diaria. Las dos mujeres se miraron un instante largo, intenso.

—Mercedes... —tragó saliva—, tu madre...

Mercedes se levantó lentamente, con la mano en su tripa. Incapaz de decir nada, movía la cabeza de un lado a otro, sin dejar de mirar a Teresa, implorando con los ojos que no siguiera, que no le dijera lo que ya intuía por la ausencia.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está?

—Hubo disparos..., ella... ella... —las palabras se resistían a ser pronunciadas— está muerta, Mercedes, tu madre... ha muerto...

Teresa se precipitó hacia Mercedes cuando su cuerpo se quebró como si se rompiera por la mitad. Un grito de espanto se ahogó en su garganta. El llanto se resistía, y un dolor intenso le embargó la mente y el cuerpo. A pesar de que Teresa la sujetaba, Mercedes era incapaz de mantenerse sobre sus piernas, las fuerzas le flojeaban, y fue cayendo hasta quedar sentada en el suelo, encogida, abrumada por el peso marmóreo de la impotencia.

—¡Dios mío, Teresa! —su voz balbuciente salía temblona de sus labios—, el niño, ya viene... mi hijo, Dios, el niño... y a viene...

Sus manos puestas en su bajo vientre alertaron a Teresa mucho más que sus palabras. De rodillas junto a ella, queriendo inútilmente sujetar con sus brazos su dolor, gritó con todas sus fuerzas.

—¡Joaquina, rápido, ayúdame!

Alertadas por las voces, entraron en la alcoba Charito, seguida de doña Brígida y por Joaquina.

—Creo que se ha puesto de parto.

—Vamos, rápido, acostarla en la cama —dijo doña Brígida, abriendo las sábanas, mientras las dos hermanas alzaban a Mercedes del suelo.

—La señora Nicolasa ha muerto en un tiroteo —dijo Teresa, sin dejar de atender en ningún momento a su amiga—. Está en un colegio de la calle Juan Montalvo. Acabo de venir de allí.

Mercedes sollozaba de dolor y de pena.

—¡Dios Santo! —Doña Brígida murmuró algo y se santiguó, ayudando a que Mercedes se tendiera en la cama—. Hay que avisar a tu padre, él sabe lo que hay que hacer.

Salió de la habitación en cuya puerta permanecía absorta Joaquina. Doña Brígida pasó delante de ella y la arrastró hasta el pasillo.

—Llena de agua todos los recipientes que puedas, cubos, calderos, jarras, barreños, todo —doña Brígida daba instrucciones a la criada mientras se dirigía al salón; Joaquina la seguía, agobiada—, y la pones a calentar; recógela antes de que la corten..., ah, y saca todas las toallas y sábanas limpias que hay por la casa; vamos, rápido, no hay tiempo que perder.

Cogió el teléfono e hizo varias llamadas, hasta que localizó a su marido, que se presentó en la casa en menos de media hora. Después de examinar a Mercedes, ante la mirada inquieta de las mujeres, confirmó la inminencia del parto. Dio instrucciones para preparar a la parturienta y se dirigió a su despacho, abrió el primer cajón (siempre cerrado con una llave que escondía en una pequeña caja de nácar que había sobre la librería) y sacó un papel con un número de teléfono. Descolgó el auricular que había sobre su mesa, y marcó. « Soy el doctor Cifuentes. La mujer se ha puesto de parto ». Fue lo único que dijo. Al otro lado de la línea sólo se oyó un escueto « de acuerdo » .

Durante horas, la casa fue un ir y venir de nervios. Se echó la noche y se

tuvieron que cerrar todas las contraventanas y cortinas para mantener la luz encendida. La muerte de la señora Nicolasa quedó arrasada por la llegada de una nueva vida. Las prisas, las voces, los gritos de Mercedes cada vez que tenía una contracción, se mezclaban con un extraño silencio más allá de la alcoba de los mellizos. Teresa no se separó ni un momento de la cabecera de la cama donde Mercedes sufría, aferrada a su mano, consolando su dolor, sus lágrimas, su pena. Joaquina entraba y salía pendiente de las órdenes de don Eusebio. Doña Brígida permaneció en el salón todo el rato, acompañada de su hija Charito, rezando entre dientes, concentrada en un rosario imaginario asido a sus dedos.

Habían pasado muchas horas cuando Teresa oyó el timbre de la puerta. Se extrañó. Debía de ser más de media noche. Miró a su padre, pero éste pareció no inmutarse. Oyó la voz cálida y susurrante de un hombre y el saludo de una mujer, y a su madre invitándoles a pasar. Les oyó pasar por delante de la puerta entreabierta; doña Brígida se asomó y le susurró a don Eusebio: « Ya están aquí ». Él se limpió las manos, se levantó y salió de la habitación, entornando de nuevo la puerta. La conversación fue corta, en voz tan baja que apenas se quedó en un murmullo lejano, imposible de escuchar ni una sola palabra a pesar de que puso toda su atención en ello. Al poco, don Eusebio regresó a la alcoba. « ¿Quiénes son? », preguntó Teresa; su padre la miró un instante antes de volver a meter la nariz entre los muslos de la parturienta para observar la evolución del parto, « nada que te interese ». Teresa no entendía qué clase de visita podía llegar a aquellas horas. Miró a Mercedes y, lentamente, soltó su mano con la intención de salir y averiguarlo por sí misma, pero Mercedes abrió los ojos, hinchados por las lágrimas, y la miró para volver a aferrarse a ella, como si temiera caerse si no la sujetaban sus dedos.

—Teresa, no me dejes sola, te lo suplico. No te vayas, tengo miedo...

—No temas, me quedaré aquí, a tu lado —apretó su mano, acarició su frente sudorosa y le mostró una sonrisa confiada—. No te dejaré.

Las contracciones eran cada vez más frecuentes, y los momentos de relajo apenas duraban lo suficiente para que la parturienta pudiera recuperar el resuello. Teresa sufría observando el gesto contraído de dolor de Mercedes. Sabía de la dureza de los partos, pero aquello parecía insoportable. Empapada en sudor, Mercedes respiraba con dificultad, y cuando presentía el dolor, apretaba la mano de Teresa con tanta fuerza que los dedos se tornaban lívidos por la presión.

Don Eusebio entraba y salía de vez en cuando, hasta que de repente dijo:

—Ya corona. Ya lo tenemos aquí. Ahora, tienes que empujar, ¿de acuerdo? Empuja cuando yo te diga y todo saldrá bien.

A los pocos minutos, Teresa vio salir el bebé entre las piernas de Mercedes, envuelto en un líquido viscoso y sanguinolento. Joaquina lo sujetó mientras don Eusebio le cortaba el cordón umbilical; luego, la criada lo envolvió en una toalla. Un ligero llanto, tembloroso y frágil se oyó desde sus brazos.

Fue la primera vez que Teresa sonrió desde hacía horas.

—¿Qué ha sido?—preguntó a su padre.

—Un varón—contestó él, sin mirarla.

—Mercedes, es un niño, tienes un hijo.

Mercedes abrió los ojos agotada, esbozó una sonrisa y volvió a cerrarlos.

—Andrés se pondrá muy contento—musitó con voz queda—. Se llamará Manuel, como mi padre.

Teresa apretó un poco su mano compartiendo su alegría envuelta en el luto de tan reciente orfandad. Luego vio cómo Joaquina, siguiendo las órdenes de su padre, sacaba al niño de la habitación.

—¿No dejáis que lo vea su madre?

—Hay que lavarlo y atenderlo primero. Además, la madre está agotada; ahora tiene que descansar.

El lloriqueo dulce y tierno del recién nacido se mezclaba con las voces al otro lado de la puerta entreabierta. Don Eusebio continuó asistiendo a Mercedes hasta que la obligó a cruzar las piernas. Con la ayuda de Joaquina, que había regresado sin el bebé, se lavó las manos y, ya secándose las, salió de la habitación, insistiendo en que la parturienta debía descansar.

Mercedes se hallaba rendida. Entre Joaquina y Teresa la cambiaron de camión, enjuagaron el sudor de su cuerpo, atusaron su pelo y colocaron sábanas y almohadones con el fin de acomodarla. Ella se dejaba hacer, dócil, gimiendo apenas a cualquier movimiento, sin fuerzas siquiera para abrir los ojos. Cuando terminaron, Joaquina bajó al mínimo la llama de la lámpara, quedando la estancia envuelta en una densa penumbra, salió al pasillo y entrecerró la puerta. Teresa se sentó en la silla junto al escritorio. Durante un rato, observó la quietud de Mercedes, que parecía haber caído en un sueño profundo y sereno. Se volvió y recogió el cuaderno con que escribía en los últimos días. Las últimas hojas estaban escritas con lápiz porque la tinta se había acabado. Tuvo un primer impulso en el que la curiosidad estuvo a punto de vencer la tentación de leer el contenido, pero consiguió superarlo y cerró el cuaderno. No tenía ningún derecho a inmiscuirse en la intimidad epistolar de su amiga, en sus diarios, en las cartas dirigidas a un marido desaparecido en el fragor de una guerra sin sentido, arrancados ambos del gozo de ver llegar al mundo a su primer hijo, juntos, felices, dispuestos a forjarle un futuro de esperanza. Pero todo estaba roto, truncado por una lucha inútil que se alargaba en el tiempo de forma maldita, torpe y violenta. Andrés se sentirá feliz cuando pueda leer las cartas. Ojalá pudiera ella exorcizar sus miedos a través de palabras impresas en un papel, tal vez así desapareciera la frustrante congoja que a veces la impedía respirar con normalidad.

Teresa oyó pasos, voces susurrantes que llegaban hasta sus oídos como arrebatadas por el viento. No entendía lo que decían, pero, de vez en cuando, el

llanto frágil del bebé reclamaba el calor materno. Teresa se levantó despacio para no alterar el descanso de Mercedes, se acercó lentamente a la puerta y la abrió, sigilosa.

—Teresa —la voz de Mercedes desde la cama la hizo volverse—, tráeme a mi hijo, necesito abrazarlo.

Ella no dijo nada, sólo afirmó. Cuando salió de la alcoba, entornó la puerta y vio que todos estaban en la entrada, cerrando la puerta de la calle como si acabasen de despedir a alguien.

Doña Brígida parecía encantada, igual que Charito, ambas mostraban una sonrisa amplia de calmado sosiego. Don Eusebio presentaba un aspecto cansado, deslizaba sus pies como si arrastrase una enorme cadena de hierro.

—Ahora todo el mundo a dormir —dijo, avanzando por el pasillo—. Mañana nos queda un día muy largo.

—¿Dónde está el niño? —preguntó Teresa.

Su padre ni siquiera la miró, se metió en su cuarto y desapareció. Charito hizo lo mismo, pero antes la dedicó una sonrisa que a Teresa le pareció ladina, nada extraño en su hermana. Joaquina se había quedado en la cocina. La única que continuó caminando hacia ella fue su madre.

—¿Dónde está el niño? —insistió—, Mercedes quiere verlo.

Doña Brígida se detuvo frente a ella, suspiró mirándola a los ojos; tenía una extraña mueca dibujada en su rostro que Teresa no alcanzaba a comprender. La cogió del brazo y la llevó al salón, envuelto en sombras, sólo iluminado por una lámpara de gas que permanecía encendida sobre el velador.

—Siéntate, Teresa, tenemos que hablar.

Las palabras de su madre penetraban huecas en su mente, extraviadas en su entendimiento, sin llegar a asimilar lo que estaba escuchando. A medida que le contaba el escabroso plan, en el que eran obligados protagonistas Mercedes y su recién nacido, se sintió abrumada y derrotada, sin fuerzas para recriminar la rastrera actitud de sus padres. « Hazte a la idea de que el niño ha muerto, y ése es el mensaje que tiene que recibir Mercedes; ella se repondrá, es joven, en el futuro podrá tener más hijos. El primero que se ha beneficiado ha sido tu hermano Mario; si no hubiéramos aceptado, lo hubieran matado. Y ahora, nosotros tenemos los salvoconductos, billetes y pasajes para salir por fin de esta pesadilla. Nos vamos a Buenos Aires, Teresa. Dejaremos Madrid hasta que todo esto acabe. Todo irá bien. Tu padre ha dado órdenes de que mañana Mercedes sea trasladada en una ambulancia a un hospital donde será atendida debidamente hasta que se recupere del parto. No digo que no lo vaya a pasar mal, la pobre, va a resultar muy duro perder a la madre y al hijo en el mismo día, qué mala suerte, pero es una mujer joven y fuerte, se ganará bien la vida hasta que pueda volver a su casa, la mano de obra de las mujeres está muy demandada, como los hombres están en el frente, fijate que el otro día le hablaron a tu padre de

poneros a trabajar a tu hermana y a ti en eso del Auxilio Rojo que están ahora montando para dar de comer a los huérfanos; como le dije yo a tu padre, que acaben con todo esto y se olviden de tanta guerra, y que cada uno vuelva a su sitio, los hombres a su trabajo para ganar el jornal, y las mujeres en la casa, al cuidado de los suyos, como ha sido siempre, y como será siempre; a ver quién va a cuidar mejor a un niño que su madre. Ellos son los que se han metido en este berenjenal, pues allá ellos, nosotros nos quitamos de en medio y listo. Hay que prepararlo todo, mañana a medianoche salimos en un tren hacia Valencia. Desde allí un barco nos llevará a Marsella, y luego a Argentina. ¿No es fantástico? Vamos a conocer Buenos Aires, Teresa. Además, nos proporcionan casa en uno de los mejores barrios de la ciudad, y dinero; creo que se vive muy bien allí; no te digo yo que no nos quedemos, como sigan las cosas así de mal en España, ¿quién sabe? Si nos va bien, imagínate, tus hermanos pueden reunirse con nosotros, y sabe Dios, la vida da tantas vueltas, quién me iba a decir a mí que iba a viajar a Argentina, nada menos; tu hermana Charito me tuvo que enseñar donde estaba en el mapamundi de tu padre. Estoy tan nerviosa que no creo que pueda dormir...». Teresa la miraba atónita, incapaz de repeler aquel discurso hueco, vacío, zafio. Ahora comprendía las atenciones excesivas para que Mercedes no hiciera esfuerzo alguno, que no saliera a la calle con el fin de evitarle cualquier contratiempo; Mercedes, y sobre todo su bebé, se habían convertido en el salvoconducto de la familia Cifuentes. ¿Cómo se podía jugar así con la vida de la gente y permanecer tan tranquila? ¿Cómo era posible que su madre hablase de ese modo cuando acababa de arrancar a un recién nacido de los brazos maternos? Quiso darle una bofetada, hacerla callar, zarandearla para que despertase de la vida ilusoria en la que vivía. Se asustó del odio que le surgió de repente, como una bilis interna royendo su cuerpo. «Eres un mal bicho», pensó, moviendo los labios entre dientes, apenas mascullando las palabras que su madre no escuchó, ni siquiera oyó, enfrascada en revelarles los encantos que les esperaban en Argentina.

Doña Brígida se levantó, sonriente ante la aparente pasividad de su hija. Había esperado una reacción más airada, y se sentía satisfecha por su mansedumbre. Se acercó a ella y la tocó el hombro.

—Anda, hija, ve a descansar, ya has oído a tu padre, mañana nos espera un día muy largo. Nuestro tren a Valencia sale por la noche.

Teresa hizo un movimiento brusco para desprenderse de la mano de su madre. La miró con rabia, los labios y los puños apretados, reteniendo a duras penas su furia. Apenas pudo reprimir el profundo desprecio que sentía, un virulento desprecio que la abocaba al odio.

—Madre, ¿dónde está el niño de Mercedes?

—Ya te he dicho que debes hacerte a la idea de que ha muerto. Deja que sea tu padre el que mañana le comunique la terrible noticia a Mercedes, él sabe

cómo actuar en estos casos.

—¿Es que os habéis vuelto locos? Esta guerra os ha hecho perder la razón...

—Es posible, Teresa. La supervivencia de mi familia está por encima de cualquier cosa. Vuestra seguridad para mí es prioritaria, y si para protegeros tengo que bajar al mismísimo infierno y vender mi alma al diablo, pues lo hago y le vendo mi alma y mi vida, ¿me oyes? Esta guerra no la empecé y o...

—¡Mercedes tampoco, madre! —La interrumpió, poniéndose en pie, tan furibunda que doña Brígida se asustó y dio un paso hacia atrás—. Ni ella ni su hijo tienen la culpa de lo que nos está pasando; no podemos cargar sobre ellos nuestros males... no podemos hacerles responsables de nuestra supervivencia.

Su madre suspiró decepcionada.

—Se trata de ella o nosotros.

—¿Piensas que arrancándole a su hijo vais a salvarlos? ¿Podrás dormir tranquila el resto de tu vida con ese peso sobre tu conciencia, madre? ¿Podrás hacerlo?

Doña Brígida, impertérrita, mantuvo la mirada fija sin pestañear; tomó aire y lo soltó despacio alzando el mentón.

—Será mejor que dejemos esta conversación.

—No, madre, yo no estoy de acuerdo con esta mezquindad y no la voy a permitir.

—A nadie le importa lo que tú pienses. Las cosas están como están, y ya no hay vuelta atrás.

—Conmigo no cuentas para esta canallada. Encontraré al hijo de Mercedes y se lo devolveré a su madre.

Hizo un amago de salir, pero su madre la agarró con fuerza y la obligó a sentarse de nuevo, quedando de pie, frente a ella con un ademán de autoridad.

—Tú no vas a decir nada a Mercedes, porque si lo haces y algo sale mal entonces serás tú la que tengas que cargar sobre tu conciencia la muerte de tu familia —se calló un instante, y se irguió poniendo un gesto grave, trascendente—. Yo seré capaz de llevar esto sobre mis hombros. Viviré con ello el resto de mi vida, y si tuviera algún remordimiento, te aseguro que lo sobrellevaré como un mal menor, por el bien de mi familia. Me pregunto si tú podrás asumir la culpa de la muerte de tu padre, o la mía, o la de tu hermana —un silencio denso se clavó entre las dos mujeres—. Tú eliges: la vida de tu familia, o la maternidad de esa mujer que hasta hace apenas unas semanas no significaba nada en nuestras vidas.

—Eres mucho más ruin de lo que nunca pude imaginar, madre.

Doña Brígida suspiró, asumiendo, con la dignidad medida que siempre manifestaba, los ataques de su hija.

—Me voy a la cama, estoy segura de que mañana verás las cosas con más claridad.

—No tenéis ningún derecho a hacer esto.

—Desde hace meses los derechos de unos y otros han cambiado mucho, Teresa. Aquí se trata de sobrevivir, y sólo lo hace el más fuerte. Mercedes podrá concebir otros hijos en su vida, y ese bebé va a hacer feliz a un matrimonio cristiano al que la naturaleza le negaba la posibilidad de ser padres. Piensa en su futuro; va a ser un niño querido, deseado, con un padre y una madre que le atiendan...

—¡Ya tiene padre y madre!

La madre la miró indolente. Dio un profundo suspiro y desvió la mirada.

—En este asunto ya no hay vuelta atrás. Si le dices algo a Mercedes empeorarás las cosas para todos, para Mercedes la primera. Te lo advierto. Si en algo aprecias a tu nueva amiga, deja que crea que su bebé ha muerto. Le evitarás un sufrimiento mayor. Piénsalo. Ni yo misma sé dónde está ese niño ahora. Todo se ha llevado en el más estricto secreto para que no conozcamos la identidad de los padres adoptivos con el fin de que nadie pueda seguir su rastro.

—Me cuesta creer que seas mi madre.

—No quiero hablar más sobre el asunto, Teresa, estoy muy cansada. Buenas noches.

Doña Brígida salió del salón y dejó a su hija sola, en medio de la densa penumbra. Derrotada se arrellanó en el sillón. Sintió un intenso dolor de cabeza, como si tuviera fuego en el interior de las sienas y las llamas estuvieran consumiendo su conciencia, dejando rescoldos de culpa, una terrible culpa de estar viva, de pensar, de respirar, de sentir el palpito acompasado de su corazón. Cerró los ojos y sintió que se ahogaba. Un llanto desbordado rasgó sus entrañas. Lloró mucho, durante mucho tiempo, hecha un ovillo, intentando ocultarse de la culpa que amenazaba con tragársela. Por fin, cayó en un sueño inconsciente, profundo, un sueño perverso que la haría despertar a una terrible realidad que no aceptaba.

Capítulo 24

A la mañana siguiente de haber perdido a su madre y de traer al mundo lo único que le hubiera dado consuelo, Mercedes supo por don Eusebio que su bebé había muerto a consecuencia de graves complicaciones. Unos minutos después, salía de la casa en una camilla que llevaban dos milicianos metidos a sanitarios. Teresa fue incapaz de enfrentarse a ella, dominada por una cobardía miserable, por una culpa que le subyugaba mucho más de lo que creía soportar. Encerrada en su cuarto, oyó el lamento herido de Mercedes, su llanto ahogado, solitario, y el silencio cuando por fin se la llevaron, un silencio que parecía penetrar tan sólo en su mente, porque, una vez deshecho el obstáculo, la casa se volvió un barullo de maletas, voces, nervios y prisas para recoger todo con vistas a la partida.

—Hay que estar en la estación a las diez de la noche —repetía de vez en cuando don Eusebio, dando a entender que no anduvieran entretenidas en nimiedades y que tuvieran todo preparado con tiempo suficiente.

Doña Brígida ordenaba con voz enérgica a Joaquina que, aturdida, se movía de alcoba en alcoba, con ropa, mudas, zapatos y objetos varios.

—Esto no lo metas ahí, que se puede romper. Esta ropa a la maleta grande. Dios mío, no sé dónde voy a meter tantas cosas. Dice tu padre que allí es primavera.

—Pues si lo dice papá, será verdad —replicaba Charito con voz chillona, nerviosa, distribuyendo sus cosas en el interior de las maletas, abiertas sobre la cama o desparramadas por el suelo.

Teresa las oía hablar del clima, la moda, de lo que se llevaría o no en Buenos Aires.

—Deja eso, madre, está muy anticuado.

Doña Brígida se quedó absorta mirando el abrigo desechado por su hija pequeña.

—No está tan mal..., aunque quizá tengas razón. Esto ya no se lleva. De todas formas, compraremos ropa allí; tendremos que renovar el vestuario. No podemos llevarnos mucho, y a lo ha dicho tu padre.

Desde la taciturna soledad de su cuarto, Teresa percibía las voces huecas, envueltas en un vacío que rebotaba en su mente. No alcanzaba a comprender cómo podían seguir con su vida después de haber destrozado la de Mercedes. Le dolía su indolencia. La habían manejado como un elemento imprescindible en sus planes, y una vez utilizada, la desechaban igual que hacían con un abrigo o un sombrero pasado de moda.

—¿Se puede saber dónde está Teresa?

Oyó pasos que se acercaban por el pasillo. Se arrebujó en la cama y se hizo la dormida. La puerta se abrió de par en par.

—Teresa, levántate. Tienes que hacer el equipaje.

No le contestó. Se quedó quieta, arropada con la colcha. Pero aquel día, su madre tenía la firme convicción, movida por la emoción del viaje, de que todos siguieran su ritmo. Abrió las cortinas y se volvió hacia ella. Durante un instante sintió sus ojos clavados en su espalda. Luego, salió dejando la puerta abierta. Decidió levantarse, pero sin ninguna intención de recoger sus cosas. Deambuló por la casa esquivando las idas y venidas de las afanadas viajeras. Se detuvo ante la puerta abierta del despacho de su padre que, absorto en su mundo privado, clasificaba papeles en unas cajas. Cuando la vio, sonrió lacónico.

—Ah, ¿estás ahí? Ven, anda. Ayúdame a embalar esto.

Después de mucho tiempo lleno de sobresaltos, lo notó tranquilo. Entró sin ganas, arrastrando los pies. Oyó su propia voz temblona preguntando por el lugar al que habían trasladado a Mercedes, pero su padre no atendía sus palabras y no le contestó. Insistió alzando la voz. Sólo entonces, separó un instante los ojos de los papeles que manejaba.

—La han llevado al hotel Ritz. Estará bien, no te preocupes demasiado —sus ojos volvían a estar clavados en los folios que pasaban por sus manos—. He dado instrucciones de que la instalen en una de las habitaciones de los pisos superiores. Imagínate —esbozó una sonrisa—, no se ha visto en otra, durmiendo en una de las alcobas nada menos que del Ritz.

Lo del niño, según él, se lo tomaría como se toma esas cosas cualquier madre: los primeros días sufrirá un llanto inconsolable, después pasará un período de tristeza y, con el tiempo, a seguir viviendo sin más remedio.

—No te inquietes demasiado por ella, es una mujer joven y sana. Podrá tener todos los hijos que quiera.

Hablaba de ella como si fuera un animal, sin sentimientos.

—¿Has preparado tus cosas? Ya le he dicho a tu madre que tenemos que estar en la estación a las diez como muy tarde. A ver si luego os van a entrar las prisas.

Teresa no dijo nada. Le asustaban sus sentimientos. Abominaba de sus padres. No concebía ni un solo día conviviendo con ellos. No haría ese viaje, prefería morir en su casa que sobrevivir en un lugar tan alejado. La culpa la perseguiría toda la vida. Abrió la boca para comunicarle a su padre la decisión de quedarse, de no acompañarlos, pero en ese momento, su madre le llamó para que acudiera a la alcoba. Dejó con desgana lo que tenía en las manos, dijo un voy condescendiente, y salió de la estancia.

En ese momento el timbre del teléfono sonó. Teresa descolgó el auricular que había sobre la mesa del despacho.

—Familia Cifuentes, dígame.

—¿Teresa?

La voz de Arturo se le clavó en el alma. Lloró tan sólo de oírla. Le dijo que la quería, que la había echado de menos y, a sus reproche por haber desaparecido sin decir nada, respondió con una negativa rotunda y firme.

—Te llamé tres veces antes de salir a Valencia, hablé con tu hermana, le pedí que te dijera que me tenía que marchar, que te escribiría; y lo he hecho; hasta cinco cartas te he enviado. No puedo creer que no te haya llegado ninguna.

Teresa escuchaba entre lágrimas las explicaciones de Arturo.

—Acabo de regresar a Madrid. Necesito verte.

Teresa le prometió que iría a la pensión en cuanto pudiera, y también le dijo cuánto lo amaba. Oyó la voz de su padre desde la alcoba, preguntando quién era; ella, tragándose el llanto, contestó que se habían equivocado. Cuando colgó el auricular tuvo que reprimir un grito de emoción; se secó las lágrimas y respiró hondo para despejar su rostro de cualquier atisbo de sospecha sobre su repentino entusiasmo. Al rodear la mesa para salir, se dio un golpe en la rodilla con el pico de una cajonera entreabierta. Dolorida, se llevó la mano a la rodilla por lo que dobló el cuerpo hacia la mesa, quedando a su vista los papeles del interior del cajón abierto. Sus ojos se fijaron en una media cuartilla, con un número de teléfono; pero lo que le llamó la atención fue lo que había escrito debajo: « Avisar cuando empiece el parto ». Levantó los ojos hacia la puerta, sin dejar de frotarse la rodilla, con el cuerpo un poco inclinado hacia adelante (ya no sentía dolor, pendiente de la frase leída) urdió una idea. Cogió un lápiz de un cubilete y un trozo de papel roto de la papelera, y apuntó el número aprisa, sin dejar de mirar, una y otra vez, a la puerta, oyendo los pasos apresurados de un lado a otro del resto de los habitantes de la casa. Se guardó en la manga el trocito de papel y soltó el lapicero como si le quemase. De inmediato se alejó del cajón, justo cuando oyó el sonido del arrastre de las zapatillas en chancas de su padre. Tomó aire intentando mantener una calma que no tenía. Inopinadamente, en el momento en el que apareció por la puerta, echó los brazos atrás para evitar que percibiera sus nervios. Se quedó quieta junto al escritorio. Tenía que decirle lo de Petra, tal vez pudiera hacer algo por ella, y había que solucionar el entierro de la señora Nicolasa, no podían abandonarla así; además deberían dejar algún recado a don Honorio o al hombre que había atendido la convalecencia de Mario hasta que se pasó al lado nacional. Su padre la miró por encima de las gafas sujetas en la parte media de su nariz, impasible, reanudando la selección de papeles para su archivo.

—La señora Nicolasa ya está en el cementerio del Este. He llamado hace un rato y me han confirmado su traslado. Será enterrada cristianamente. No podemos hacer más por ella, y no se te ocurra dar noticia de su muerte a nadie —detuvo su mano dentro de la caja y, mirándola fijamente, se puso serio—, ¿me has oído bien?, a nadie, no hasta que estemos a salvo fuera del país. Ahora mismo nos movemos en una situación muy delicada, dependemos de gente que nos puede dar la espalda en cualquier momento. No nos podemos fiar de nadie —continuó con su embalaje—. Si quieres, cuando estemos en Francia escribes una carta, aunque, según tengo entendido, no tardarán en evacuar Móstoles; el

ejército de Franco está ya muy cerca. Lo mismo estamos de vuelta en una semana, ya ves tú, tanto jaleo.

—¿Por qué nos vamos entonces, si los tuyos están a punto de entrar? Hemos aguantado más de dos meses, podremos soportar una semana más.

Su padre alzó la vista y la observó retirándose lentamente las gafas.

—Teresa, creo que no entiendes lo grave de la situación. Si no salimos hoy mismo de esta casa, si no cogemos esta noche ese tren que nos saque de Madrid, antes del amanecer estaremos todos en una cuneta con un tiro en la cabeza. Tenemos un plazo para salvar el pellejo, y ese plazo se acaba hoy a media noche, justo cuando el tren inicie su marcha.

Teresa tragó saliva; se dio cuenta de que su padre estaba diciendo la verdad; no se trataba de una burda amenaza, una artimaña para amedrentar su ánimo, lo percibió en sus ojos, pequeños, agudos, en una mirada fría y pausada.

Se colocó las gafas de nuevo y volvió a clasificar papeles y documentos.

—En cuanto a esa desagradecida —refiriéndose a Petra—, ahí se pudra. Se lo tiene bien merecido. No se muerde la mano que te da de comer.

—Me pidió que la perdonásemos.

—Mejor, así morirá en paz con Dios.

Teresa no insistió. No tenía fuerzas, su mente pensaba ya en cómo eludirlos porque, oyendo a su padre, se convenció de que le pondrían mil pegas para evitar que se quedase. Escogió la maleta más pequeña y metió en ella algo de ropa. Se sacó el trozo de papel con el número y lo guardó en el bolso (estaba segura de que ese teléfono tenía que ver con el hijo de Mercedes; al menos, tenía una pista para buscarlo). Luego, cogió una cuartilla y escribió de prisa una nota:

«Acudiré a la estación a tiempo para tomar el tren. Tengo que resolver un asunto antes de marcharme» .

Pretendía que creyeran que se iría con ellos, no quería alertarlos antes de tiempo; una vez estuvieran en la estación ya no podrían reaccionar, no les quedaría más remedio que subir al tren sin ella. Esperó el momento para desaparecer sin que nadie se diera cuenta de su ausencia. Todos estaban lo suficientemente nerviosos y ocupados para aperebirse de su ausencia.

Llegó a la pensión envuelta en sudor. Recorrió nerviosa el largo pasillo, sin mirar a Cándida, que le había abierto la puerta y se había echado a un lado para dejarle libre el paso. La puerta de la alcoba se cerró a su espalda y, en la tímida penumbra, por fin se fundieron en un abrazo deseado, tanto tiempo anhelado. Entre besos y susurros las dudas se deshicieron y se fundieron los miedos. Apenas hubo palabras, no había tiempo para ellas. Teresa se dejó llevar, permitió las caricias de Arturo, primero su espalda, su pelo, su rostro, su cuello. La ropa se deslizó lenta del cuerpo, con gestos apresurados, a veces torpes, siempre dulces.

Lloró de dolor para luego pasar a un extraño placer inexperto. Cuando por fin quedaron relajados, envueltos en el alboroto de las sábanas, tenía el corazón acelerado y un poco de sangre entre sus piernas. Arturo la apretó contra su pecho, acariciando su pelo suelto.

Pasaron el resto del día tendidos sobre la cama envueltos en la tibieza de la manta. Nadie interrumpió su encuentro, como si al otro lado de la puerta cerrada el tiempo se hubiera detenido. Sin apenas darse cuenta, la luz fue haciéndose tenue y las sombras del atardecer les sorprendió abrazados. Después de que Teresa le contase todo lo que había sucedido, y de aclarar sus dudas sobre las mentiras urdidas por su hermana, con la inexplicable colaboración de Joaquina, Arturo relató su precipitada salida de Madrid con destino a Valencia. Gracias a las influencias de Draco pasó a formar parte de la organización de las milicias de la cultura para dar a los milicianos que así lo quisieran la oportunidad de instruirse en la escritura y en la lectura, además de continuar con la tarea de recopilación y protección de obras de arte de toda clase; sin embargo, algo falló en sus contactos, y, sin mediar explicación alguna, le colgaron un fusil al hombro, le subieron a un camión y le trasladaron a Cubas donde estuvo levantando fortificaciones con el fin de cortar el paso a los rebeldes que, desde Talavera de la Reina, avanzaban imparable hacia Madrid. Allí, cavando la tierra para hacer trincheras, había conocido a un poeta de Orihuela de nombre Miguel, que había aprendido a escribir poemas mientras cuidaba las cabras de su padre, con el que había hecho buenas migas. Decepcionado por el trato de los que él consideraba los suyos, se había alistado en el Batallón de Zapadores Minadores del Quinto Regimiento siguiendo a su nuevo amigo. Miguel conocía a mucha gente de la Alianza de Intelectuales, gente importante que les podrían asignar destinos más acordes a su condición de escritores. Ellos, le decía Miguel, tenían que conformar la conciencia de la revolución; con sus soflamas tenían que movilizar al pueblo a una lucha sin cuartel para detener a los que querían imponer por las armas lo que sólo debía aplicarse con las letras.

Las horas fueron transcurriendo lentas, mientras Teresa, que se dejaba mecer por las palabras de Arturo (a veces planas, otras vehementes o soliviantadas), imaginaba a sus padres y a Charito en la estación, impacientes por su tardanza. En el reloj del salón resonaron las doce campanadas que anunciaban la media noche (hora de salida del tren con destino a Valencia), una tras otra, cadentes, isócronas, sonoras, para terminar con un silencio plácido, retumbante en el mutismo de la casa, roto por alguna ráfaga lejana de ametralladora o de algún tiro disparado al amparo de la noche, acompañados de gritos de alarma, para después imponerse de nuevo el mortecino silencio en las calles, en la pensión, en el alma de los que intentan conciliar un sueño asustadizo. Teresa, envuelta en el suave perfume de Arturo, imaginaba el arranque del tren iniciando su andadura, y a su madre asomada a la ventana del vagón, mirando ansiosa hacia el andén

por ver si aparecía corriendo, preocupada por la ausencia de su hija; Charito la supondría en los brazos de ese rojo, como ella lo llamaba, y su padre sentado, aparentemente ajeno a la ausencia, serio, altivo, incapaz de asumir la rebeldía de su hija, su autoridad quebrada, reventada en mil pedazos. Teresa tuvo el presentimiento de que tardaría mucho en volver a ver a su familia, o tal vez era su propio deseo de que así fuera, alejarse de ellos, de su sordidez, para evitar sentirse mezquina, de su ruindad con el fin de apartar de sí misma la vileza que la quemaba por dentro. En cuanto amaneciera, iría a buscar a Mercedes para llevarla a casa y cuidarla, era lo mínimo que podía hacer por ella. Arturo le aconsejó que no le dijera que su bebé había sido moneda de cambio para salvar la vida de su familia. « No te lo perdonaría nunca —le dijo—, y muy poco la vas a ayudar si ni siquiera sabes dónde está el niño» . Ella pensó que muerte era, al fin y al cabo, arrancar para siempre de los brazos de una madre a su hijo sin haberlo visto siquiera. Indagarían la dirección a la que pertenecía el número de teléfono que había en el cajón de su padre; cuando tuvieran alguna evidencia de dónde estaba el bebé, pensarían en la conveniencia de decírselo.

A primera hora de la mañana, Teresa y Arturo salieron juntos a la calle, ella se dirigió al hotel Ritz, y él lo hizo a las oficinas de la Telefónica para averiguar datos sobre el número de teléfono.

Teresa encontró a Mercedes en el hotel Ritz, pero no en una habitación cómoda y amplia como le había afirmado su padre, sino en un cuarto de servicio, mal iluminado y peor ventilado; se encontraba con otras tres recién paridas, solas, sin ninguna clase de atención, como si fuera un trasto arrumbado y molesto. Su estado era lamentable. La obligó a levantarse y, con la ayuda de un muchacho que conducía un coche convertido en ambulancia (al que convenció previo pago de diez pesetas), se la llevó a casa. Durante el trayecto, ninguna de las dos hablaron nada, Mercedes dormitaba, Teresa pensaba. No sabía si se encontraría a Joaquina en la casa. Desconocía las instrucciones que su madre le habría dado; era posible, porque la creía capaz, de que la hubiera dejado en la calle. Pero nada más entrar en el portal dispuso sus dudas gracias a Modesto. El portero se extrañó de verla, no se esperaba ni a una ni a otra. Le informó de que sus padres y su hermana habían salido con maletas el día anterior, y que Joaquina, según indicaciones de doña Brígida, había quedado encargada de cerrar la casa previa limpieza general. Teresa llamó a la puerta. Llevaba sujeta por la cintura a Mercedes, dolorida, y hundida en una tristeza que parecía encogerla. Teresa instó a Joaquina (que se había quedado atónita al abrir la puerta y encontrarse con las dos mujeres) a que la ayudase con Mercedes. La llevaron hasta la cama, la acomodaron y dejaron que descansara.

Teresa ordenó a Joaquina que la siguiera hasta el salón, tenía que hablar con

ella.

—Pero... señorita... yo pensaba..., que usted estaba camino de Valencia...

—Pues ya ves que no, Joaquina, me quedo en Madrid, y Mercedes se queda conmigo. Hasta que esto acabe, permaneceremos solas en esta casa.

—¿Y yo, señorita, qué va a ser de mí? Su madre de usted me dijo que recogiera y me marchase, no sé dónde voy a ir... no tengo sitio...

—Puedes quedarte, pero antes tú y yo tenemos que aclarar algunas cosas. Siéntate.

La criada se sentó en el borde del sillón, con las manos sobre las rodillas juntas, tensa, incómoda. Tuvo que admitir que había sido ella la que había denunciado la aparición de Mario; según sus palabras, no había tenido más remedio porque su cuñado la había amenazado de que si no avisaba se la llevarían a ella a dar el paseo. Luego, cuando se llevaron a los señores, Charito urdió la farsa sobre la traición de Arturo, y ella se dejó llevar. Teresa aceptó sus disculpas, reiteradas, llorosas, y creyó, o quiso hacerlo, en su compungido arrepentimiento. Una vez aclarada la traición, la interrogó sobre las dos personas que habían venido la noche del parto. La confirmó que la extraña visita de media noche se había llevado al niño. «No les había visto en mi vida —le decía con vehemencia—, él era un señor de pies a cabeza, alto, guapo, de unos treinta y tantos años, un señorito, se lo digo yo, señorita Teresa, un gran señor; y la chica que le acompañaba era la criada, eso seguro, las conozco yo a distancia. Ella fue la que cogió al pequeño en brazos. Pobrecito, arrancado así del vientre de su madre, qué canallada». Teresa le advirtió que no se le podía decir nada a Mercedes, al menos hasta que averiguar alguna pista de dónde estaba el bebé. «Sería aumentar su dolor —le dijo—, es preferible que piense que está muerto a que sepa que vive criado en brazos que no son los suyos». La conversación se zanjó con el firme compromiso de sobrevivir las tres juntas en medio de una guerra que no sabían cuánto más iba a durar. «Esperemos que para la Navidad todo haya vuelto a su cauce», musitó Teresa, pesarosa. «Dios la oiga, señorita, y la Virgen Santa, esta ciudad no va a soportar mucho más esta situación, señorita Teresa, se lo digo yo, esto tiene que acabar pronto, con los unos o con los otros, pero ha de acabar pronto».

La sepultura

Me mantuve un buen rato agazapado en la oscuridad mirando a través de los cristales a la ventana de la fachada de enfrente. Los fraileros de la buhardilla permanecían cerrados a cal y canto, como yo los había dejado. Me atreví a plantearme la posibilidad de que la visión de mis vecinas hubiera sido producto de una quimera. Todo era tan confuso y extraño; mi única esperanza era toparme de nuevo con ellas, no dudaría entonces en hacerles algunas preguntas. Sentado ante el ordenador me dispuse a plasmar en la pantalla a través del teclado todo lo sucedido a lo largo de aquel insólito día que ya tocaba a su fin. Escribí durante mucho rato, tanto que perdí la noción del tiempo. Dejé de teclear obligado por un intenso dolor en los músculos alrededor del cuello. Apagué el ordenador. Sentí una inmensa sensación de soledad, un doloroso vacío que, de vez en cuando, me horadaba las entrañas y que apenas podía controlar. Me tumbé sobre la cama vestido, únicamente me desprendí de los zapatos. En mi mente bullía el insólito abismo abierto bajo el recuerdo perdido de Mercedes y Andrés, un abismo que me había lanzado a un insólito cúmulo de casualidades que aturdían mi entendimiento racional. No tardé en quedar embargado en un sueño profundo que interrumpió, por un tiempo, todas mis incertidumbres trufadas de dudas y recelos.

Me desperté sobresaltado con la voz suave de Rosa. Abrí los ojos y vi su cara inclinada sobre mí, mirándome con preocupación. Ni siquiera se había quitado el abrigo y desprendía un olor frío, a helada matinal.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, sí... ¿por qué? ¿Qué ocurre?

—Le he visto a usted así, vestido, encima de la cama, con la luz encendida, creí que le había pasado algo, menudo susto me ha dado. No se lo puede usted ni imaginar. No puede quedarse así sobre la colcha, lo más fácil es que se pille una pulmonía, por mucha calefacción que haya, hoy hace un frío que pela. Parece que se vaya a desplomar el cielo del peso que traen las nubes.

Una vez comprobado que no tenía nada, Rosa se había enderezado y, mientras hablaba, recogía mis zapatos tirados de cualquier manera y los colocaba a los pies del galán. Se quitó el abrigo y antes de salir se volvió hacia mí. Yo ya estaba sentado, con los pies sobre la mullida alfombra, todavía adormecido, derregado y algo aturdido, escuchando la retahíla de aquella mujer con la que, normalmente, apenas cruzaba un escueto saludo.

—¿De verdad se encuentra bien?

—Sí, sí, Rosa, no se preocupe usted más. Estaba muy cansado y me quedé dormido, eso es todo. Siento haberla asustado.

Me miró alzando las cejas y salió del cuarto dispuesta a ponerse manos a la obra.

—Cuando entraba por la puerta estaba sonando su móvil —me dijo desde la cocina.

—Vale, ahora lo miro. Gracias, Rosa.

Para terminar de despezarme, me metí bajo la ducha. Entré en la cocina vacía y me preparé un café y una tostada. Rosa volvía a ser invisible de nuevo. Pululaba por alguna parte del piso, pero no la veía, como siempre había sido.

Cogí mi móvil. Tenía tres llamadas perdidas del mismo número, un fijo de Madrid. Cuando iba a marcar para averiguar quién había insistido tanto en hablar conmigo, y tan temprano, el móvil empezó vibrar, para emitir, inmediatamente después, el sonido chillón de la llamada, la pantalla se iluminó y apareció ese mismo número.

—¿Sí? Dígame —una mujer dijo mi nombre completo—. Sí, soy yo.

—Soy Martina, la administrativa de la parroquia de la Asunción de Móstoles. Estuvo el otro día hablando con Amparo, mi compañera, sobre una sepultura del cementerio.

Pensé, con una sonrisa blanda, que si ésta era Martina, entonces, con quien había hablado era con la Vinagra, de acuerdo al mote con el que la había nombrado el Camposanto.

—Perdone que le haya llamado tan temprano, es que una vez abierto el despacho parroquial es imposible levantar el teléfono.

—Es usted muy amable. No me molesta en absoluto, se lo aseguro.

—Verá, es que Amparo me comentó que había estado usted preguntando por la sepultura de Mercedes Manrique Sánchez, y, la verdad, me sorprendió bastante, porque esta tumba tiene una historia un poco, cómo le diría yo, rocambolesca, si me permite decirlo.

—Estaría encantado de que me la contase.

—Ya, lo malo es que me queda un minuto para abrir el despacho, y ya tengo gente esperando —miré el reloj y vi que estaba a punto de dar las diez—. Por teléfono puede ser muy largo y no tengo tiempo; si quiere usted pasarse por aquí, le cuento todo lo que sé sobre este asunto.

—Por supuesto, estaré encantado. ¿A qué hora le viene bien?

—Por la mañana tengo mucho lío. ¿Le importa venir esta tarde, sobre las seis y media?

—Allí estaré.

Me despedí de Martina, y quedé en que esa misma tarde estaría allí como un clavo. Así durante el resto del día estuve deambulando en mis pensamientos, leyendo a mis incondicionales compañeros de fatigas, imaginando (hacia más de setenta años) la existencia de los misteriosos habitantes de la buhardilla, Teresa Cifuentes y su novio rojo, Arturo Erralde, columbrados tras sus cristales.

Eran las seis y media cuando llegué al despacho parroquial. Me asomé a la puerta; la mesa del párroco estaba vacía, en la otra, había una mujer haciendo anotaciones en un cuaderno de registro; debía ser Martina.

—Buenas tardes —la mujer dejó de escribir y levantó la vista hacia la puerta dispuesta a atenderme—. Soy Ernesto Santamaría, creo que he hablado con usted esta mañana.

Me adelanté hacia la mesa.

—Ah, Ernesto, encantada —también se levantó y me tendió la mano, amablemente. Era una mujer de edad indefinida que podía tener treinta y tantos o pasar de los cuarenta y muchos, morena, con el pelo corto muy bien arreglado, de grandes ojos y rasgos finos. Tenía una sonrisa abierta, serena. Comprendí lo que decía el Camposanto sobre la simpatía de la Martina, pero no estaba de acuerdo con el desdén mostrado hacia la compañera, la Vinagra, cuyo nombre debía ser Amparo, por las referencias de la propia Martina—. Llega usted en buen momento porque como hace tanto frío la gente se queda en casa.

—Sí que lo hace.

Tomé asiento, me desabroché el abrigo y me desprendí de la calidez de la bufanda. Debían de tener alguna fuente de calor que yo no veía porque al entrar se notaba una temperatura agradable. Mientras yo me acomodaba, ella cerró el libro en el que estaba trabajando y cogió otro de un cajón, además de un cuaderno con las tapas muy desgastadas, y los colocó sobre la mesa.

—A ver por dónde empezamos —abrió el libro y lo consultó—. Usted preguntó por la sepultura en la que está enterrada Mercedes Manrique Sánchez, cuyos restos fueron trasladados desde el cementerio de Boiro, La Coruña, el pasado 17 de diciembre. ¿No es así?

—Así es, y por lo que me ha dicho esta mañana, la tumba tiene historia.

Ella mostró una amplia sonrisa, como si se dispusiera a desvelarme algo interesante.

—Le aseguro que la tiene. Además, me ha dicho Amparo que es usted escritor.

Sonreí afirmando con una mueca de estúpido rubor.

—Pues le digo yo que esto es para escribir una novela con enjundia —enmudeció y abrió el cuaderno, trashojó sus hojas hasta encontrar lo que buscaba, y empezó a contarme—. La propiedad de la tumba es de Teresa Cifuentes Martín. Esta señora adquirió la sepultura hace más de setenta años, concretamente el 27 de abril de 1939, con el fin de enterrar a Andrés Abad Rodríguez.

Me quedé con la boca abierta, la cerré y volví abrirla. Ella esperó, consciente de que sus palabras estaban haciendo impacto sobre mí.

—¿Andrés Abad está enterrado en la misma sepultura de Mercedes?

—Eso parece.

—En el cementerio no me han sabido dar razón de él.

—Es que es ahí donde está el misterio, pero no nos precipitemos, deje que le cuente lo que sé, luego saque usted sus conclusiones. Durante todos estos años, esa sepultura ha rezado como «desconocido», hasta que hace unos meses apareció este cuaderno —alzó un poco la libreta—. Se encontraba en una caja almacenada en la sacristía que contenía algunas cosas y enseres que sacaron de la antigua casa del cura. Cuando se derribó, se habilitó este despacho para llevar todos los asuntos de la parroquia; los libros y toda la documentación se trasladaron aquí; los más antiguos se llevaron a un armario de la sacristía; otros papeles se metieron en cajas, y ahí se quedaron olvidados en un rincón. El pasado verano se pintó la sacristía y nos trajeron esas cajas para que revisáramos su contenido, por ver si había algo que nos pudiera valer o, en otro caso, tirarlo de una vez. Fui yo la que me encargué de esa tarea y descubrí este cuaderno que tiene más años que mi abuela. Se conoce que, a falta de libros de registro, el cura apuntó aquí los enterramientos que se produjeron en los meses de marzo y abril del 39. Aquí consta la entrada al cementerio del cadáver de Andrés Abad Rodríguez el jueves 27 de abril de 1939, y su enterramiento ese mismo día en la tumba que hoy corresponde con la sepultura perpetua número trece, en la que, desde hace un mes, está Mercedes Manrique, porque así lo autorizó su propietaria, Teresa Cifuentes Martín.

—¿Y por qué constaba como desconocido?

—Bueno, en principio, eso no es tan extraño. Estamos hablando de muertos, y si los vivos no mantienen su memoria, ésta termina por perderse en el tiempo. No es la única. Igual que no todas las sepulturas se cubren con lápidas de mármol. Hay gente que no quiere, o no puede, y la tumba se queda cubierta con una capa de cemento que hace el sepulturero, o simplemente con tierra.

—Y si no es extraño, ¿qué tiene de peculiar este caso?

—Verá, cuando encontré esta seña me fui al listado a comprobar a quién pertenecía, y me puse en contacto con la persona que tenemos listada para avisar en caso de cualquier incidencia.

—Teresa Cifuentes.

—No, Manuela Giraldo Carou.

—Ah, la misma que hacía los pagos, ¿no es cierto?

—Así es.

—¿No se debería notificar a la propietaria?

—No siempre, si se ha puesto a una persona concreta para cualquier aviso, yo llamo a esa persona, y en este caso era Manuela Giraldo. Esto debió de ser a mediados de octubre; la llamé, le expliqué lo que había descubierto, que los restos que ocupaban esa sepultura eran de Andrés Abad, y a principios de diciembre me llegó una carta certificada con la autorización de Teresa Cifuentes para

inhumar los restos de Mercedes Manrique Sánchez en la tumba número trece del sector cinco del cementerio. A lo mejor es una tontería, pero como ha preguntado por ella y en su día me llamó la atención, pues yo se lo digo. Para mí, lo extraño es que, según pone en este cuaderno (escrito, me imagino, por el cura), Teresa Cifuentes Martín no sólo compra la sepultura para enterrar a Andrés Abad, sino que, además, dejó pagada una lápida de mármol con su nombre, y doscientas misas en la Ermita por su alma. —Mientras me hablaba, echaba miradas rápidas y atentas a lo escrito en el cuadernito que tenía delante—. Y más extraño todavía es lo que paga: cinco mil pesetas por la sepultura y quinientas por la lápida, y algo más de cien por las misas; un verdadero dineral para aquellos tiempos, bueno, más que un dineral, una fortuna por una simple sepultura cuando no valían ni tres reales, ya que había sitio de sobra; es algo como mínimo bastante irregular. Las misas no sé si las cantaría el cura, pero lo extraño es que nunca se llegase a poner la piedra de mármol, y que los restos aparecieran siempre como desconocidos, cuando el viejo Eugenio sabía quién era, porque fue él el que lo enterró.

—¿Se lo ha preguntado a él?

—Claro. Y me confirmó que fue él el que inhumó el cadáver de Andrés Abad. Lo que no entiendo es por qué ocultó el nombre de Andrés, y lo registró como desconocido. Eso es lo que me mosquea del asunto.

—Con esa forma de actuar, le condenó al olvido.

—Y ahí es donde está el misterio, por qué a este hombre se le condenó a ese olvido. Cuando encontré el cuaderno fui a ver a Eugenio. Yo le conozco desde niña, he ido con sus hijas pequeñas al colegio y me he pasado muchas tardes de domingo en el altillo de su casa. La mujer, la suegra del Camposanto, era muy buena persona, y nos daba chocolate y un bizcocho que hacía con vainilla y nata que quitaba el sentido. Así que conozco bien a Eugenio. Ahora está muy mayor, pero no se puede usted imaginar la cabeza que tenía, no se le escapaba ni un solo muerto, sabía dónde estaban todos a los que él había enterrado, le puedo decir que ha ayudado a mucha gente a encontrar dónde estaban enterrados los restos de familiares olvidados o perdidos. Ahora ya procuro molestarle lo menos posible, pero cuando estaba mejor, he ido a verlo varias veces para que me indicase dónde estaba uno u otro, o para deshacer entuertos, que le digo yo que ha habido unos cuantos; pero cuando fui con este tema y le dije el nombre de Andrés Abad, no le dio tiempo ni respirar, porque su hija me echó con cajas destempladas.

—Herminia...

—Sí, Herminia, no es mala mujer, yo comprendo el mal carácter que tiene, le ha tocado bregar mucho. Pero a mí siempre me había tratado muy bien, al fin y al cabo soy amiga de la hermana pequeña, aunque ya le digo, mentar el nombre de Andrés Abad y echarme como si hubiera mentado al diablo.

—¿Y el Camposanto?

—Se lo pregunté también, pero o no sabe o no quiere saber. Si le digo la verdad, me temo que la cuestión está en el dinero que Teresa Cifuentes entregó en su día para la compra de la sepultura y para la lápida. No sé por qué me da que alguien se quedó con ese dinero. No dieron el parte del enterramiento, y se embolsaron una cantidad importante para los tiempos que corrían. Era el final de la guerra, y a le digo que hubo muchas irregularidades, no había los controles que tenemos ahora, y claro, pasaba lo que pasaba, y a este pobre le pasó, le arrojaron al limbo del olvido. Ya no sé si fue Eugenio solo, o intervino el cura también. Pero claro, eso no hay quien lo pruebe ahora, a no ser que Eugenio hable, y la verdad, es que ya da lo mismo.

Pensé en las palabras que le dijo Eugenio a su yerno: « Cuéntaselo, y a poco importa. Amí me da igual» . Le hablé de mi encuentro con Eugenio.

—Él conocía perfectamente a los hermanos Abad —arrugí—, porque en cuanto dije sus nombres y apellidos, los llamó por su apodo, los Brunitos creo que dijo. Sin embargo, no he sido capaz de que Gumer me diga lo que su suegro le susurró al oído.

—Hombre —chistó la boca, pensativa—, Gumer quiere mucho a su suegro, me imagino que no querrá que se sepa algo tan feo como eso, y que además ya poca solución tiene; yo en el fondo le entiendo, no sería justo que un hombre que no ha dado que hablar nunca se viera salpicado ahora, al final de sus días, por habladurías de la gente —arrugó la boca y puso un gesto constreñido—, y a sabe cómo son en los pueblos, y Móstoles ahora es enorme, pero para lo bueno y para lo malo, tiene un corazón de pueblo, de gente de toda la vida que saben, se preocupan y hablan todo de los suyos, de los mostoleños de tradición, los nativos, no sé si me entiende.

—Es posible que tenga razón —la miré y sonreí—. Tengo que reconocer que este asunto da para una novela.

—Ya se lo decía yo.

—Otra cosa, el traslado de los restos de Mercedes, una vez ubicado el lugar donde estaba el cuerpo de Andrés, lo hace Manuela Giraldo, ¿no es cierto?

—Me imagino. Si viene de Galicia, y esta señora vive allí, blanco y en botella.

—¿La conoce?

—No, sólo he hablado por teléfono con ella. Pero esta señora también tiene un punto de misterio —se echó hacia adelante como si quisiera hacerme una confidencia—. Al poquito de llegar los restos de Mercedes Manrique me llamó por teléfono (fue el día de la Lotería, me acuerdo perfectamente porque teníamos puesto la radio con el sonsonete de los niños de San Idelfonso), me preguntó que si podía enviar una caja de cinc para que fuera enterrada en la misma sepultura. Yo le expliqué que para abrir la tumba necesitaba una

autorización de la propietaria, Teresa Cifuentes, igual que se había hecho con los restos de Mercedes Manrique.

—¿Y qué pasó, qué tenía esa caja?

—No tengo ni idea. No he vuelto a saber más ni de ella ni de la caja de cinc.

—Serían los restos de alguien, me imagino.

Encogió los hombros con vehemencia.

—Hombre, muertos son lo que se suele enterrar en un cementerio.

—¿A Teresa Cifuentes tampoco la conoce?

Sin decir nada, negó con la cabeza. Echó un vistazo rápido al reloj, en un gesto casi indeliberado con el que darme a entender que la conversación debía terminar. Al menos, así lo entendí, así que cerré el cuaderno y me levanté, abrochándome el abrigo.

—Ya no la entretengo más. Ha sido usted muy amable.

Ella también se levantó. Me sonrió enseñando su dentadura blanca, sus ojos se entrecerraron y se colocó el pelo antes de tenderme la mano.

—Le deseo suerte, y ya me contará si ata todos los cabos, me gustaría saber cómo terminó la historia de Mercedes y Andrés.

—No se preocupe, la mantendré informada.

Cuando salí del despacho parroquial el frío se clavó en mis entrañas. Parecía que la piel de mis mejillas y la punta de mi nariz se iban a resquebrajar por la ligera brisa que cortaba el aire. Embozado en mi bufanda, resoplé con fuerza para que la calidez del aliento templase mi cara. Llegué a casa y me encerré en mi estudio. Me senté frente a la foto de Mercedes y Andrés en la fuente de los Peces. Me dio la sensación de que por primera vez me sonreían levemente, con su mirada fija en mí.

—Ya os he localizado a los dos —murmuré con una mueca en los labios—. Parece que por fin estaréis juntos para toda la eternidad. Ahora me queda averiguar qué fue de vosotros durante esos años en los que la guerra os separó.

Pasé las horas siguientes escribiendo en el ordenador, escupiendo ideas, hilando hechos, hilvanando vidas para amalgamar una historia creíble, existencias que emergían con fuerza en mi mente para luego diluirse como un azucarillo en mi café hirviendo. Esperaba con ansia la llegada del domingo. A las siete de la tarde tenía que encontrarme con Damián en la puerta del cementerio. Las expectativas respecto al secreto que guardaba el viejo sepulturero crecían en mi imaginación. A veces pensaba que, detrás de aquel misterio, podría encontrar la clave para una gran novela, el punto de partida de mi gran obra. Sin embargo, había momentos en los que mi ánimo caía en picado, desmoralizado por la idea de lo absurdo, de la terrible sensación de inseguridad que siempre me acompañaba. Era entonces cuando mi conciencia racional se imponía,

advirtiendo prudencia con Damián, capaz de vender su sombra por unos cuantos euros. A pesar de mis desvaríos, que transcurrían por todos los estadios posibles de animación, no siempre en un orden lógico (podía pasar de la euforia a la desesperación en un solo segundo, sin solución de continuidad), llegaba a la conclusión de que el mundo en el que me movía, más cercano a la ficción que a la realidad, cualquier elemento arcano podía suponer un punto de inflexión para desplegar mi trabajo, siempre y cuando guardase ese nivel de credibilidad que atrajera la atención de un futuro lector. Los caminos de la codicia de Damián y de mi avidez creativa se cruzaban en un punto en el que a los dos nos podría beneficiar.

El domingo me levanté temprano. Por la mañana me paseé, como era mi costumbre, por las calles del Rastro, dejé pasar las horas más lentas que otros días, hice algunas compras, un cuadro pequeño que podía ir muy bien en el salón, una lámpara en apariencia inservible pero que me resultó algo sofisticada, y unas postales de los años cuarenta. Cuando me quise dar cuenta estaban empezando a recoger y dismantelar los puestos. Regresé a casa y esperé la hora, impaciente. Me disponía a salir de casa para mi extraño encuentro con Damián, cuando sonó el móvil. Me estaba poniendo el abrigo y, con él sobre mis hombros, respondí.

—¿Sí?

La voz de Teresa Cifuentes me aceleró el latido del corazón. Tiré el abrigo como si me molestase su peso para oír con claridad la voz de la anciana.

—Dígame. Sí... ¿En su casa, mañana a las cinco? Sí, permítame que coja un bolígrafo.

Me temblaba la mano de los nervios, y con torpeza, abrí el cuaderno.

—Sí, dígame la dirección. Calle del General Martínez Campos, número 25, principal derecha —repetí mientras escribía—. Allí estaré.

Colgué el teléfono y descubrí el reflejo de mi rostro en el espejo de la entrada. Tenía una sensación extraña que asfixiaba la euforia de mi encuentro con la mujer que parecía ser el nexo que lo uniría todo.

Miré el reloj y salí de casa; pasaban veinte minutos de las cinco. Un lánguido atardecer invernal iniciaba su despliegue por las calles que estallaban en fulgores cada vez más luminosos a medida que la oscuridad se adueñaba de un cielo gris, plomizo, que apenas se atisbaba por las brechas de los edificios. La ciudad se movía en una lenta caravana de domingo, de tarde fría de niebla y vaharadas blanquecinas expulsadas por la boca de los paseantes, abultados por efecto de las lanas y abrigos en que se envolvían, desprovistos de la presteza del diario cotidiano. Salí de Madrid sin abandonar, en ningún momento, ese halo luminoso de brillos, colores fulgurantes y refulgencias. Llegué a Móstoles y fui directo al aparcamiento frente a los juzgados, colmado de coches pero siempre solitario,

embargado de sombras extrañas que se formaban por los destellos discontinuos de los fluorescentes a punto de fenecer.

Llegué a mi cita con diez minutos de antelación. La puerta del cementerio todavía estaba abierta. Di unos pasos al interior y me detuve. La noche otorgaba al lugar un aspecto distinto, más opaco, más lúgubre, con los mármoles emergiendo de la tierra fría, oscura, estéril. Eché un vistazo rápido y no vi a nadie. Estaba solo. Miré a mi espalda, como si tuviera miedo de quedar encerrado en ese mundo de muertos. No había más ruido que el rumor estridente de un remolino de papeles y hojas secas, movidas a un lado y a otro a merced del aire que, de cuando en cuando, desataba una ráfaga helada. Paso a paso, sintiendo la calidez del aliento acariciar mi rostro, me adentré en aquel mundo tétrico de silencio. Quedé al cobijo del árbol que parecía el centro de aquel extraño universo, velado por sus ramas y su imponente sombra nocturna. Al girarme vi que Damián cerraba la puerta desde el interior. No sabía de dónde había salido, si estaba afuera y había entrado detrás de mí, o si se hallaba dentro oculto en algún recoveco invisible a mis ojos. Echó la llave, miró un instante hacia la calle con las manos agarradas a los barrotes, y luego se volvió y avanzó hacia mí, despacio, con la desgana cargada sobre sus hombros. Llevaba puesto el mono de otros días, a cuerpo, con el cuello al descubierto como si el frío pasara de él sin rozarlo. Yo, sin embargo, estaba entumecido por el aire gélido que parecía penetrar a través de los tejidos de mi ropa y llegar a mi cuerpo indefenso.

—Hola, Damián. ¿Cómo estás?

—Bien.

—Bueno, ¿qué es eso que quieres enseñarme?

—Cuando me dé los cincuenta euros.

—Primero me lo dices, luego te doy el dinero.

—¿Y si no me lo da?

—Yo siempre cumplo lo que prometo.

—Que yo recuerde, no me ha prometido nada.

Sonreí para mí y desvié la mirada hacia la verja cerrada.

—Lo tienes fácil. Si no te pago, no me abres.

Damián se giró hacia la puerta, como si comprobase que, efectivamente, la había cerrado. Encogió los hombros y chascó los labios.

—Venga conmigo.

La luz de las farolas, demasiado lejanas, apenas llegaba al terreno que pisaba, por lo que a cada paso tanteaba un hueco firme para avanzar. Damián, sin embargo, se movía entre aquella selva sepulcral con la facilidad de un gamo en pleno campo. Me sacó mucha distancia. De vez en cuando, levantaba la vista del suelo para comprobar que se dirigía al rincón más alejado, hacia la pequeña construcción de los nichos. Me esperaba sentado en una de las lápidas que se

alzaban casi un metro de la tierra. La oscuridad allí era mayor porque apenas llegaba una leve claridad de las farolas de la calle.

Me quedé frente a él, esperando. Pero Damián no se inmutó.

—Bueno, cuéntame.

—El dinero.

Resoplé con desgana, saqué la cartera y le di los cincuenta euros.

Él sonrió ladino, se levantó y se los guardó en el bolsillo. Delante de nosotros se erguía, adosada al muro que nos separaba de la calle, la única construcción de nichos que tenía el cementerio: cuatro pisos por siete oquedades. Para acceder hasta ella, había que descender tres escalones a una especie de triángulo hundido: en un lado los nichos, enfrente una pared de más de dos metros de altura, y para cerrar el polígono, la grada por donde habíamos descendido. Se adelantó y se situó en el vértice, quedando casi oculto en la oscuridad.

Me quedé parado, remiso a los extraños movimientos de Damián. Por un momento, desconfié de sus intenciones. Apenas percibía un muro con pequeñas hornacinas cuadradas, oscuras, algunas tenían floreros colgados a cada lado.

—¿Me quieres decir qué hacemos aquí? —pregunté molesto.

—Acérquese.

Lo hice despacio. Sólo entonces, cuando me sintió cerca, se puso en cuclillas y señaló uno de los nichos de los que estaban a ras de suelo, esquinado, casi oculto en un rincón.

—¿Ve este nicho?

—Pues, si te digo la verdad, veo poco.

—En estos nichos de aquí sólo se pueden meter cajas de niños muy pequeños o urnas de incinerados, o con los restos ya consumidos. No cabe otra cosa.

Era cierto. Resultaba imposible introducir una caja de muerto porque el ángulo con la pared era muy cerrado y no había espacio.

—Ya, y ¿qué me quieres decir con eso?

—En este nicho hay algo.

Me agaché doblando el cuerpo hacia la hornacina, pero la oscuridad a ras de suelo era casi absoluta.

—¿Me vas a decir lo que hay?

—Es que yo no lo sé.

Solté una leve risa, como si el aire se me hubiera escapado de la boca. Me incorporé.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No.

Damián se irguió.

—Hace unos días vino una vieja con una caja. Habló con el Camposanto, y cuando cerramos, me dijo que me quedase porque había que hacer un trabajo. Tuvimos que abrir este nicho, y ahí se quedó la caja. El Camposanto me dio cien

euros y me dijo que a callar.

Se me vino a la mente la caja de cinc de la que me había hablado Martina, la que quería traer Manuela Giraldo Carou para ser enterrada en la sepultura de Mercedes y Andrés, pero pensé en que era demasiada casualidad.

—¿Y qué contenía esa caja?

—Eso es lo que no sé, pero le aseguro que restos no eran.

—¿Sabes quién es la mujer que trajo la caja?

—La meiga.

Alcé las cejas entre la sorpresa y el desconcierto de no saber, realmente, si estaba ante un tonto o ante un listo que me estaba tomando el pelo, además de sacarme el dinero.

—No sabía que en Móstoles había meigas.

—No es de Móstoles. Vive muy lejos de aquí, en Galicia, en una casa aislada en medio del bosque; dicen que en esa casa sólo viven mujeres, y que generación tras generación se quedan preñadas, pero nadie ha visto hombre alguno viviendo con ellas.

—¿Quién te ha contado todo eso?

—El Camposanto.

Resoplé e intenté contenerme.

—A ver, Damián, ¿tú me has visto a mí cara de gilipollas o qué?

—Si no me cree es su problema. Y la cara de gilipollas sabrá usted si la tiene o no. Yo le digo que en ese nicho hay una caja que trajo la meiga.

—¿Tú sabes lo que es una meiga?

—Una bruja, pero no una bruja mala, sino una de las que adivinan el futuro con sólo verte los ojos, y miran al vies.

—¿Que miran al vies...? —no podía ver mi gesto de guasa por la falta de luz.

—Sí, que pueden echar maldiciones y mal de ojo y esas cosas de las brujas. Pero también pueden ayudar. La mayoría de las meigas son buenas, no hacen daño, eso dice el Camposanto.

—Y la meiga que trajo la caja, ¿es buena, o de la que mira al vies?

Damián se dio cuenta de que no le estaba tomando en serio y se molestó.

—Le estoy diciendo la verdad. Esa mujer es una meiga. ¿Es que usted no ha oído hablar nunca de meigas? Tan listo que se cree.

Se hizo un silencio.

—Y tú, ¿crees en ellas?

—Claro que creo. Pregúntele al Camposanto. Una vez le advirtió de algo que iba a suceder, y sucedió. Él cree en sus poderes a pies juntillas —se hizo una cruz en sus labios como si me estuviera jurando algo muy en serio—. Estos días se ha paseado por aquí; deja flores en la tumba de esa Mercedes por la que usted pregunta, la que trajeron antes de la Navidad.

—¿Cómo es esa meiga?

—Vieja —respondió con una seguridad arrolladora—. Las meigas siempre son viejas.

—¿Acompañada de una niña de unos diez años, con pelo largo?

Apenas atisbaba su rostro, pero percibí su sorpresa.

—¿Las ha visto? ¿Ha visto a la meiga?

Suspiré cansino.

—Me temo que sí, Damián, he visto a la meiga.

No tuve dudas de que mis vecinas eran las meigas, y que la meiga anciana se llamaba Manuela Giraldo Carou; por alguna razón, al no conseguir el permiso de Teresa Cifuentes para abrir la tumba de Andrés, había llegado a algún acuerdo con el sepulturero (con propina incluida) para depositar la caja en un nicho. En cuanto a su contenido, pensé que pudiera ser el bebé muerto que parió Mercedes.

—El Camosanto dice que la niña también ha heredado los poderes de adivinación. A mí me da mucho respeto, ¿a usted no?

—Sí, Damián, a mí también me dan mucho respeto esas cosas —repliqué circunspecto—. Entonces, ¿tú qué crees que hay en ese nicho?

—Ya le he dicho que no lo sé, es usted duro de cabeza.

—Puede que sea eso —añadí con cierta sorna.

Nos mantuvimos un rato en silencio. Observé la silueta oscura de su perfil envuelto en el aliento blanquecino que se escapaba de su boca. Me asaltó una curiosidad ladina.

—Damián, ¿no te gustaría abrir esa lápida y comprobar qué esconde?

El chico me miró. Percibí el brillo de sus ojos en la oscuridad.

—Eso no se puede hacer.

—Nadie tiene por qué enterarse. Quedará entre tú y yo. Abres el nicho, vemos lo que esconde, y vuelves a cerrarlo.

—Eso es profanar una tumba..., si me pillan, me echan a la puta calle y me busco un lío —me habló con desagrado, echándome en cara el peligro al que le exponía.

—Profanaríamos una tumba si contuviera un difunto, pero tú has dicho que esa caja no era de un muerto.

—De eso estoy seguro. Un muerto no es.

—Entonces, no haremos nada irrespetuoso ni ilegal, sólo miraremos lo que contiene esa misteriosa caja de cinc, y la volveremos a dejar en su sitio.

De nuevo un silencio, cavilante. Presumía sus dudas, y me sorprendí de mi osadía.

—Bueno, qué, ¿te atreves?

—Si nos ven...

—Eres el ayudante del sepulturero, puedes alegar que estás arreglando unos desperfectos. No creo que sea tan difícil.

—No lo es —contestó, ofendido—. Sólo es rasilla y yeso.

—Entonces...

Las ganas podían más que su conciencia. Lo mismo me ocurría a mí. Aquella historia me había despertado una faceta completamente desconocida. El discurso de Rosa empezaba a hacerme efecto, incluso iba un poco más lejos, como si me estuviera transmutando al personaje de una novela de género, arrojando de mí conciencia cualquier escrúpulo por conseguir un fin perseguido.

—Lo hago si me da otros cien. La cosa tiene mucha envidia.

Me quedé mirándole. Luego, bajé los ojos al nicho. Saqué la cartera y le di veinte. Él lo miró en la oscuridad y me lo tendió con la intención de devolvérmelo.

—Cien.

Negué con la cabeza y cogí el billete, sintiendo la presión de sus dedos para evitar soltarlo.

—Veinte está bien. Bastante negocio has hecho con el dichoso nicho. Si no quieres, lo dejamos.

Guardé la cartera e hice amago de marcharme.

—Vale, traiga los veinte —se los di—. Espere aquí, voy por las herramientas.

Me dejó solo en aquella especie de foso. Le vi pasar por lo alto del muro hasta un cuarto que había a continuación de los nichos. Oí cómo trasteaba. Me estremecí, no sabía muy bien si de miedo o de frío al verme rodeado de una lúgubre penumbra. Aparte del trasteo de Damián, lo único que se oía procedía del motor de algún coche circulando al otro lado de la tapia, un ruido amortiguado, como si el muro repeliese cualquier quebranto infligido a los que descansan en el sueño eterno. El frío era intenso y la niebla se rompía en jirones mecida por el viento. Sonreí para mis adentros para alejar el miedo escénico; me encontraba en un escenario, tétrico y lóbrego, digno de una novela de miedo.

De repente, un haz de luz me deslumbró desde el borde del muro.

—Tenga, coja esto.

Me tendió la linterna, además de un canasto con sonidos metálicos en su interior. Lo dejé en el suelo, e iluminé a Damián que bajaba los escalones portando una ristra de rasillas. La dejó a un lado y tomó posiciones; cogió una piqueta y una maceta, y se acuclilló delante del nicho. Con el cono mortecino iluminando su espalda, empezó a picar. Sentí que se me aceleraba el corazón. Estuve a punto de detenerlo, pero algo interior me arrastraba a continuar con aquella locura. En medio del silencio, el sonido hueco y seco del metal sobre los ladrillos y el yeso resultaba estridente. Inquieto, eché un vistazo alrededor para comprobar que ningún ser extraño emergía de las yacijas a exigirnos cuentas de nuestra intromisión. Cada repique me parecía más fuerte y otra vez estuve tentado de detenerlo, temeroso de ser descubiertos. Pensé entonces que si nos pillaban podían echar a la calle a aquel muchacho. Las consecuencias para mí serían nimias. Tal vez una multa y poco más, sin embargo a Damián podría

acarrearle un grave problema. Tragué saliva y le puse la mano en el hombro. Él dejó de picar y se volvió hacia mí; su rostro sombrío quedó iluminado por el haz de la linterna. Tenía la mirada desorbitada como si hubiera interrumpido algo trascendente.

—Déjalo, Damián, puede que tengas razón, no quiero meterte en un lío.

Sin disimular su enfado, sacudí el hombro para que retirase la mano; cuando lo hice se giró y continuó picando.

—Ahora se jode y apenca con las consecuencias. ¿No tenía tanto interés? —dijo un golpe más y se abrió un hueco. Sacó los trozos de ladrillo y siguió picando hasta hacerlo un poco más grande. Se detuvo y se volvió hacia mí—. Pues ahí lo tiene.

Enfoqué el interior oscuro del nicho. Se agachó un poco más y metió las manos. De inmediato se oyó un arrastre metálico.

—Aquí está.

Dejó sobre la tierra una caja de cinc. Nos quedamos quietos, uno a cada lado, con la caja en medio. Tenía forma de cabás y no era más grande que una caja de zapatos. En uno de los lados, justo el que estaba frente a mí, la cerraban unos enganches, y en la parte curva de la tapa sobresalía un asa de piel. Parecía en buen estado a pesar de que estaba oscurecida por la humedad y el polvo adheridos a su bruñida superficie.

Damián levantó los ojos hacia mí.

—¿Es que no la piensa abrir?

Alcé los ojos y lo miré. Me pareció un espectro; tenía el pelo enmarañado y mojado por el relente, y de la punta de la nariz, colorada como un pimiento, pendía una gota que amenazaba con caer sobre la tierra. Volví a bajar la vista hacia aquella caja. La incómoda postura en cuclillas me provocaba un intenso dolor en las piernas, pero me aguanté, no quería moverme por temor a desaprovechar algo de aquella extraña coyuntura que tenía delante de mí. Dejé la linterna en el suelo y puse mis dedos sobre los cierres metálicos. No parecía que estuvieran cerrados con llave. Presioné, y los dos enganches saltaron de la hebilla. Tragué saliva y me dispuse a abrir. Me hubiera gustado estar en otro sitio, algo más adecuado, más cálido, más cómodo. No sabía qué me iba a encontrar, pero resultaba un momento como mínimo inusual y, en cualquier caso, digno de ser contado en una historia.

—Ábralo de una vez —me instó Damián, impaciente por mi tardanza—. No podemos pasarnos aquí toda la noche; hay que dejarlo todo como estaba.

Lo miré un instante. Estaba nervioso. Me temblaban las manos y la respiración acelerada se expandía por mi rostro al salir cálida de mis labios entumecidos por el frío. Por fin levanté la tapa. Damián cogió la linterna y enfocó al interior. Lo que atisbé fueron unos cuadernos de tapa blanda y grisácea.

—¿Qué es eso? —preguntó Damián, ante mi silencio.

—Un muerto no es, en eso podemos estar tranquilos.

Los saqué. Eran media docena de cuadernos escolares. Abri el primero y lei con voz queda como si las palabras se escapasen de mis labios: Sábado, 12 de septiembre de 1936. Madrid. Mi querido Andrés...

Un ruido a mi espalda me hizo callar. Todo sucedió muy rápido, demasiado para poder reaccionar. Habíamos estado tan abstraídos en aquel rincón oscuro, concentrados en el haz de luz delante de nosotros, que no nos dimos cuenta de que alguien se acercaba entre las tumbas. El rostro de Damián estaba desencajado, los ojos puestos en un lugar más allá de mi espalda, petrificado, como si hubiera visto una aparición. Se levantó dejando caer la linterna sobre la tierra y dio un paso hacia atrás quedando su espalda pegada al muro. Antes de que pudiera ni siquiera moverme, sentí un empujón en el hombro como si quisiera apartarme, perdí el equilibrio y caí de lado. Ya en la tierra, me volví, aturdido, al que me había tirado.

—Es usted un indeseable —la voz del Camposanto resonó etérea en la penumbra, alumbrada sólo por el tenue resplandor de la linterna que apenas enfocaba la tierra sobre la que había caído. Se agachó delante de mí, metió los cuadernos al interior de la caja y la cerró con un golpe metálico—. No se conforma con preguntar, si no obtiene lo que quiere es capaz de remover la conciencia hasta de los muertos para obtener su respuesta.

—Gumer... yo... lo siento...

—¡Cállese! —su tono no fue alto, pero sí rasgó su garganta por la rabia ahogada. Metió la caja en el nicho—. Damián, prepara el yeso para cerrar esto. Vamos —le instó al ver que no se movía todavía paralizado por la aparición repentina.

Damián salió disparado como si tuviera fuego en los pies, dando saltos por entre las tumbas igual que un animal asustado. Yo me levanté por fin, me sacudí la tierra húmeda de la ropa, y cogí la linterna.

—No le eche cuentas a Damián, la culpa sólo es mía.

En ese momento, el Camposanto se levantó como un resorte y se colocó frente a mí, tan cerca que creí que me iba a agredir. Me quedé quieto, alerta, pero mantuve su mirada fría. Sentía su aliento agrio, a puchero y a vino. Sus ojos me envistieron durante unos segundos, acompañados de una respiración acelerada.

—Deje en paz a los muertos, y respete el trabajo de los que intentan ganarse la vida honradamente.

—Ya le he dicho que lo siento...

—Si no fuera porque aprecio a ese chico mucho más de lo que usted pueda imaginar, a partir de mañana estaría en la puta calle, gracias a usted y a su afán de saber más allá de lo que le corresponde. Es usted un cretino.

Aquel insulto me pareció injusto y provocó en mí una reacción de ataque.

—Puede que tenga razón y que sea un cretino, pero hay algo que no encaja en todo esto, y creo que la respuesta la tiene usted. Y si no me la quiere decir a mí, tal vez se la pueda explicar a la policía.

—¿Qué tiene que ver la policía en todo esto?

Mi actitud produjo un efecto inmediato, y el sepulturero, hasta aquel momento al ataque, hizo un amago de replegarse.

—¿Por qué en el despacho de la parroquia no saben nada de esa caja? ¿Por qué el nombre de Andrés Abad Rodríguez se perdió aunque sabían que su sepultura estaba ahí? ¿Qué sabe usted que no quiere contarme?

—Yo no tengo que contarle a usted nada. Y si quiere y tiene huevos vaya a la policía, lo primero que conseguirá es que Damián se vaya a la calle, y luego me gustará verle dando explicaciones sobre la profanación de una sepultura.

—No es un muerto lo que hay ahí dentro.

—No sabe usted nada, no entiende nada.

Los dos nos callamos de repente. Habíamos quedado en una especie de tablas, un empate que a nada nos llevaba, y del que yo tenía todas las de perder si seguía por el mismo camino. El órdago de ir a la policía se había vuelto contra mí. Bajé la mirada al suelo, con la intención de relajar un poco el ambiente.

—Gumer, se lo suplico, cuénteme qué secreto esconde su suegro.

—Mi suegro lo único que tiene son muchos años y ganas de morir tranquilo.

—Andrés Abad Rodríguez fue enterrado en este cementerio el 27 de abril de 1939, pero su nombre no ha aparecido nunca en los registros hasta hace unos meses. Y qué casualidad, cuando aparece el nombre de Andrés Abad, también lo hacen los restos de su esposa, Mercedes Manrique; y luego está esa caja, que lo único que contiene son unos cuadernos escolares que una... —me costaba decir la palabra— meiga está intentando enterrar en la sepultura de Andrés y Mercedes. Usted sabe lo que les pasó y no quiere contármelo.

—Yo no sé nada. Sólo intento ganarme la vida. ¿Es mucho entender para usted?

En aquel momento llegó Damián con el yeso ya preparado. Desconozco dónde lo había mezclado, pero, de inmediato, con prisas y sin mirar nada más que hacia adelante, se arrodilló frente al nicho y empezó a colocar rasilla para volver a cerrar el nicho.

—Gumer...

—Lárguese y déjenos en paz —me espetó con destemplanza.

—Usted sabe mucho más de lo que quiere aparentar, Gumer, y le aseguro que no voy a parar hasta averiguar qué se esconde detrás de todo esto.

—Haga usted lo que le venga en gana, pero aléjese de nosotros y de este cementerio.

Me dio la espalda y fingió ayudar a Damián en su tarea.

No quise continuar. Me alejé despacio, mirando bien dónde pisaba para no

tropezar. Aterido de frío, con la vergüenza de haber sido descubierto y la desesperación de haber tenido a mi alcance algo importante. Por lo poco que había leído parecían cartas dirigidas a Andrés, tenía que tratarse del mismo Andrés de mi historia. El círculo se iba cerrando a cada paso, a la vez que se hacía más vasto y complicado. Al llegar al paseo central vi a una mujer por dentro de la puerta, y a otras dos que hablaban con ella desde el lado de la calle. Cuando me acerqué me di cuenta de que la que estaba dentro era Herminia. Las tres dejaron de hablar cuando pasé por delante.

—Ah, si es usted —me espetó Herminia como si me regañase—, que sepa usted que a puntito hemos estado de llamar a la policía.

No dije nada. Traspasé la puerta consciente de la mirada inquisitorial y ceñuda de las mujeres, que me reprochaban la osadía de entrar en el territorio privado de sus muertos.

Llegué al coche tiritando de frío. Me sentí enfermo, débil. Puse la calefacción y emprendí el regreso a Madrid. Cuando llegué, me di una ducha para desprenderme del olor a muerto que me parecía arrastrar, una especie de vaho frío, gélido, que me sacudía el cuerpo con temblores involuntarios. Me preparé un vaso de leche caliente con miel y me la bebí a sorbos lentos, sintiendo entrar la calidez líquida en mi estómago. Manteniendo entre mis manos la loza ardiente de la taza, me dirigí a mi estudio. No encendí la luz. Me quedé a oscuras, delante de la ventana mirando a la buhardilla, intentando encontrar una explicación lógica a la visión de mis vecinas. Me hacía mil preguntas sobre lo que había visto, o sobre lo que había creído ver, porque ya empezaba a dudar. ¿Dónde estaban? ¿Por qué de repente se habían esfumado como si nunca hubieran existido salvo para mis ojos? Eran reales porque Damián las había visto, y también el Camposanto (que incluso las consideraba meigas). De mis labios se escapó una risa nerviosa, estúpida. «Creo que me estoy volviendo paranoico». Yo mismo había visto el estado de la buhardilla, nadie había vivido ahí desde hacía años. Pero mi mente se resistía rebelde a esos pensamientos de locura. ¿Qué había visto por esa ventana entonces?

Las madres y las esposas
vestidas de muertos callan.
Tumbas y cárceles gimen
cerrándose a las palabras.

CARMEN CONDE

Capítulo 25

Febrero, 1939

«La epopeya que España empezó a escribir el 18 de julio de 1936 no tendrá ni una sola página indigna de su grandeza espiritual timbrada de egoísmo».

La frecuencia se perdió un instante y Draco dio un golpe al aparato con la mano, hasta que volvió a escucharse la voz enlatada del coronel Casado.

Arturo escupió las hebras de tabaco que se le colaban en los labios al aspirar el humo.

—Ahora resulta que somos las hermanitas de la caridad —masculló, ceñudo—. ¿Dónde estaría éste cuando se hacían los «paseos», o cuando se saqueaba a la gente por tener un ejemplar del *ABC* o una estampita de la Virgen del Carmen?

—Eso es pasado —señaló Draco—. En esta puta guerra el que más y el que menos ha cruzado límites y ha cometido excesos.

—Unos más que otros.

—Desde luego a los fascistas no los pongas en el menos.

—Los fascistas no son de los míos.

—Ésos sí que han hecho, y lo peor es que van a hacer mucho más; te aseguro que éstos nos convierten en unas hermanitas de la caridad, y si no, al tiempo —se calló y dio una calada al cigarro; al expulsar el humo entrecerró los ojos—. Pero ahora estamos en otra cosa, Arturo. Hay que pensar en salir por piernas, esto se va al carajo.

—Pues yo lo tengo crudo. Debería estar en el frente. No tengo pasaporte. Estoy atado de pies y manos, por los unos y por los otros.

—Al que se quede lo crujen, eso seguro...

—Yo no he matado a nadie.

—¿Y cómo se lo vas a demostrar? Has estado en el frente, y eso les vale para ponerte la cruz en la frente y pegarte el tiro.

—Lo único que he hecho ha sido jugarme la vida enseñando a leer, a escribir y a contar a hombres que firmaban con una cruz; he salvado montones de libros, cuadros, obras de arte de ser quemados o destruidos; me he dedicado a defender el patrimonio cultural de este país. ¿Me van a matar por eso?

Draco soltó una risa vaga, se llevó el cigarro a la boca y aspiró con intensidad, como si quisiera tragarse todo el humo de una vez.

—No te engañes, estos que vienen les trae al paio tu patrimonio cultural, tus libros y tus batallones de la cultura. No les interesa que la gente lea, ni escriba, ni que haga cuentas, lo que quieren son borregos sometidos a sus consignas, que no pregunten y obedezcan a la primera y sin rechistar. La única cultura que

entienden son las armas, los uniformes, la camisa azul y la boina roja, santurrones meapilas domeñados a las sotanas como beatas que apestan a incienso y a cera rancia. Te mandarán al infierno a ti, a mí y a todos los que no piensan como ellos. Si esperas de ellos que hagan una selección de cuáles son los buenos y cuáles los malos, andas listo. Para ellos todos somos rojos escoria, basura que hay que eliminar. Acuérdate de lo que dijo el cabrón de Franco: si hay que fusilar a media España, pues se fusila a media España. Lo han hecho durante toda la guerra en cada sitio al que han llegado. No preguntan, al que no se manifiesta ferviente adepto de Franco y a su Ejército, a la Falange, a la Iglesia y a la cruzada contra el marxismo, le pegan un tiro —escupió a un lado una hebra que se le había quedado en los labios, para luego retirársela con los dedos—. Todo es una mierda. Estamos acabados. Tanta resistencia, tanto cartel de NO PASARÁN... ¿que no pasarán?, y no tardando mucho, ya lo verás, esto se acaba por mucho que se empeñen en repetir lo contrario. El Gobierno es el primero que huye como las ratas, escondido para que no le peguen un tiro en el culo. Malditos... Dicen que ya se ha firmado la rendición de Madrid, tú me dirás.

Arturo lo miraba entornando los ojos. El cigarrillo de hebras se deshacía entre sus dedos. Dejaba un sabor agrio en la boca; la primera vez que lo probó le dieron arcadas, pero se había acostumbrado porque aquella porquería acorchaba las ganas de comer. La radio dejó de emitir la voz de Casado, y se coló el canto chillón y destemplado de una cupletista.

—¿Y tú?, tienes pasaporte. ¿Por qué no sales de este infierno?

Draco bajó la mirada al suelo. No quería que sus ojos descubrieron su engaño.

—Desde principios de año estoy intentando conseguir papeles para pasar a Francia, pero desde la rendición de Barcelona todo se ha paralizado, si es que funcionó alguna vez. He oído que los militares avanzan a marchas forzadas, que se acercan a la frontera. Además, la colaboración de los franceses es más bien nula.

—Francia no tardará en reconocer el Gobierno de Burgos, ya me lo dirás.

—No me extrañaría. Entonces, si que seremos unos parias, tengo entendido que hay una riada de refugiados que caminan hacia Francia con los nacionales pisándoles los talones. La situación debe de estar muy jodida. ¿Sabes que Salva consiguió salir? —Arturo asintió con la cabeza. Lo sabía porque se lo había dicho el mismo Draco—. Hace unos días recibí carta suya a través de la valija de la embajada de Chile. Me cuenta que los franceses les están tratando muy mal, que una vez pasada la frontera separan a las familias y los hacían en la playa como si fueran animales, en muy malas condiciones, a la intemperie. Está pasando mucho frío y hambre.

—Prefiero que me maten en mi país a que me den *pal* pelo los franceses.

—Puede que tengas razón, pero lo tuyo es distinto, tienes a Teresa.

—¿Qué tiene que ver ella?

—Tú mismo te jugaste el cuello por su hermano Mario, y tengo entendido que se ha convertido en alguien de peso dentro de la Falange. Se oye que se le tiene en muy buena consideración en Burgos.

—El diablo sabe qué rondará por su cabeza después de todo lo que ha pasado.

—Tú le salvaste la vida, Arturo, si olvida eso es un mal nacido. Ese chico llevaría casi tres años criando malvas si no te hubieras movido en julio del 36.

—Esta maldita guerra ha secado muchas conciencias.

Draco aplastó la colilla hasta que se deshizo bajo la presión de sus dedos.

—Bueno, chico. Tengo que marcharme.

—¿Nos veremos?

—Claro, aunque sea en el infierno —sonrió y le puso la mano en el hombro—. Cuidate, y no dejes de escribir, he oído por ahí que no lo haces nada mal.

Los dos soltaron una sonrisa blanda, sin ganas. Se dieron un abrazo. Draco salió en silencio, cabizbajo. Se estaba despidiendo de los pocos amigos que le quedaban en Madrid. Esa misma noche iba a intentar una locura, su última oportunidad. Cruzaría la línea del frente para hacerse pasar por un desertor deseoso de unirse a los nacionales. Si conseguía convencer a los soldados, tendría una posibilidad de escapar. Desde la zona nacional, se movería hacia la frontera antes de que dieran con su verdadera identidad. Ya tenía todos los papeles, ahora lo que necesitaba era suerte; otros lo habían intentado y lo habían conseguido, aunque no todos, y lo sabía. Muy a su pesar, no podía decir nada a Arturo. Su contacto, un hombre rudo pero en lo suyo muy eficaz, se lo había dejado muy claro desde el principio: sólo le ayudaría a él, nadie podía ni saberlo ni acompañarle, resultaba muy peligroso para todos. Le pesaba cada paso que daba, dejaba atrás a un amigo, un hombre leal y noble que le había demostrado a lo largo de la guerra que se podía confiar en él a ciegas. Era consciente de que lo abandonaba en una ciudad agonizante a punto de estallar en tragedia para la gente como ellos. Tras la rendición de Barcelona, a Madrid apenas llegaban lentejas y pan negro. No había de nada. La gente tenía hambre, frío y sobre todo estaba muy cansada de tanta resistencia baldía, mortal, ya casi inhumana. El único alivio a su defección era el convencimiento de que la familia de Teresa lo ayudaría, al fin y al cabo, todos estaban vivos gracias a él. Durante los primeros meses de la guerra se la había jugado por ellos en varias ocasiones.

Arturo se quedó sentado a los pies de la cama, mirando el pitillo que ya apenas le daba para pinzarlo en los labios. Levantó la barbilla hacia el techo, aspirando el aire; sintió que se quemaba la yema de los dedos, echó la colilla a la tierra seca del tiesto que le servía de cenicero. En las últimas semanas se había planteado la posibilidad de pasar a Francia, pero encontraba muchas más razones para no hacerlo, en primer lugar la falta de pasaporte; su pertenencia al Quinto Regimiento (aunque hacía semanas que no iba al frente) le impediría salir del

país porque sería un desertor; y por otro lado (y era ésa la razón fundamental de mantenerse firme en su decisión de quedarse), si lo hacía, estaría admitiendo una culpabilidad, la huida sería la demostración de que había hecho algo malo. Además, Teresa le había dicho lo mismo que Draco: Mario le apoyaría. Desde que había empezado la guerra, sobre todo durante el primer verano, habían sido muchas las ocasiones en las que intervino de manera directa o indirecta para favorecer a la familia de Teresa, su casa, sus propiedades, y por supuesto, sus vidas. De otra manera, tanto Mario como don Eusebio hubieran sufrido el «paseo» en los días que siguieron a la sublevación. Asimismo, recordaba cuando, por casualidad, se enteró de la orden de detención inmediata, entre otros, de Charito, perteneciente a un grupo del llamado Auxilio Azul (una organización falangista que actuaba en la clandestinidad y que ayudaba a elementos de la Falange, ya fuera con la asistencia a los presos en las cárceles, a las familias o a los que tuvieran que pasarse al lado nacional), reunida en un piso del número 24 de la calle Juan Bravo; ya había advertido a Teresa que tuviera cuidado con ella. Jugándose el cuello, se presentó en el piso y consiguió sacarla de la reunión con engaños y casi a rastras. En el portal se toparon con un numeroso grupo de milicianos; se tuvo que hacer el sorprendido, y después de identificarse, explicar que Charito (que sólo ante la presencia de los milicianos había dejado de increparle groseramente) era su novia, y que no bajaba del piso al que ellos se dirigían, y que no sabía nada de la reunión ni había visto nada extraño. Al final, los dejaron salir; quiso acompañarla a su casa, pero en cuanto se alejaron ella se soltó arisca y le dijo que la dejase sola, que no necesitaba de su ayuda. Con el tiempo se enteró por Teresa que no había dicho nada en casa sobre el incidente. Lo cierto fue que todos los reunidos en el piso fueron encarcelados y sentenciados a muerte. Quería pensar que la familia Cifuentes (dejando al margen el rechazo que siempre mostraron hacia él como compañero, o novio formal como ellos dirían, de su hija) lo ayudarían si fuera necesario. Sin embargo, no podía evitar una sensación de vértigo al verse cada vez más posicionado en el lado de los vencidos. Siempre confió en que ganarían la guerra, no podían perderla, lo que él defendía era la legalidad en contra de la sublevación por la fuerza de las armas. Pero la confianza había ido decayendo a medida que pasaban los meses, y se desmoronó por completo con la reciente pérdida de Barcelona. El objetivo siguiente era la toma definitiva de Madrid, ahí se acabaría todo, y estaba seguro de que, a pesar de las arengas radiofónicas y de las frases grandilocuentes en los escasos periódicos que animaban a la población a mantener la firmeza, no habría resistencia; el hambre, el frío, la carencia de todo, los bombardeos constantes, los tiros, la cotidianidad de la muerte, habían hecho mella en el ánimo de una población agotada y al límite de sus fuerzas. Corrían noticias de que había decenas de camiones con víveres en las puertas de Madrid a la espera de ser distribuidos por la ciudad. Era hora de pensar en el

final, del descanso y el sosiego para unos, de la gloria y el poder para otros, y para otros muchos de la huida, del exilio, el confinamiento, el ostracismo, la depuración, la persecución, del miedo otra vez, del terrible miedo.

Capítulo 26

La tarde languidecía y los copos de nieve parecían quedar suspendidos en el aire, batiéndose lentamente a un lado y a otro hasta posarse y desaparecer en el suelo. Arturo se asomó a la ventana, le ahogaba el ambiente de la pensión, llevaba días encerrado sin salir a la calle por miedo a represalias. Desde el anuncio del golpe de Estado del general Casado, aceptado por Besteiro, se había desatado una guerra en las calles de Madrid entre los que estaban a favor de rendir la ciudad y acabar con la agonía de una vez, y los comunistas, que se negaban y pretendían resistir hasta la muerte si fuera necesario. Nunca había dejado de ser socialista, sin embargo, sus conocidas amistades con destacados miembros comunistas de la Alianza de Intelectuales, y su alistamiento en el Quinto Regimiento con el fin de promover y formar parte de las Brigadas de la Cultura, le hacían sospechoso. Desde que se inició la implacable persecución a los comunistas, habían ido a buscarlo a la pensión en varias ocasiones, pero doña Matilde, arriesgando su propia seguridad, siempre les respondía de la misma manera: «buscadlo en el frente, es allí donde está, donde han de estar los hombres» .

Temía tanto a los suyos como a los fascistas. Como otros muchos, estaba convencido de que si el Gobierno, o lo que quedaba de él, se hubiera rendido tras la toma de Cataluña, habría existido una oportunidad al menos para una paz honrosa, y puede que las cosas hubieran sido algo más fáciles para gente como él. Sin embargo, los días transcurrían y no pasaba nada. Mirando la calle desierta a través de los cristales (sólo se asomaba de noche y completamente a oscuras, para evitar ser descubierto) pensaba que, desde sus posiciones en la Casa de Campo, los soldados nacionales debían estar felices al comprobar que el enemigo se mataba entre sí con saña, una guerra abierta dentro de la Guerra, una limpieza previa hecha por los restos de un Gobierno derrotado, como si quisieran enmendar la plana delante de los que ya consideraban vencedores. Cuando la izquierda vencida acabase de despedazarse entre sí, entrarían ellos, los fascistas, sin pegar un solo tiro, victoriosos, para implementar la paz gloriosa, desintegrando sin el menor esfuerzo los despojos abandonados en Madrid, entre los que, ineluctablemente, se encontraba él.

Tenía necesidad de dar un paseo, de lo contrario se volvería loco. Se puso el abrigo y se lió la bufanda de lana alrededor del cuello hasta taponarle la nariz. Sin decir a nadie nada, salió a la calle. Se estremeció cuando una ráfaga de viento le cortó la piel de la cara. Ese frío invernal a pocos días de la primavera parecía augurar el reflejo de su futuro. Encogido y con las manos metidas en los bolsillos remendados de su abrigo, inició el paseo. En un descampado, figuras famélicas hurgaban en los montones de basura, escarbando entre los escombros de los edificios derribados por las bombas en busca de algo que llevarse a la boca, o algo que poder quemar para extraer del cuerpo esa sensación de fría humedad

incrustada en las entrañas desde los inicios del invierno. Las calles estaban sucias, llenas de orines y excrementos. La gente había perdido el pudor y hacía sus necesidades en cualquier lado, como si la presencia diaria del lamentable espectáculo de la muerte, de cuerpos mutilados, abrasados, tiesos como la mojava tendidos durante horas en un solar o en medio de la acera, hubieran acorchado las conciencias. Caminó sin rumbo fijo, con la intención de andar y respirar aire puro. Al torcer una esquina se encontró de frente con su gran amigo Miguel. Los dos se miraron aturdidos, como si no se creyesen que el uno estaba frente al otro. Hacía más de dos meses que no se veían. Con una sonrisa abierta de grata sorpresa, se dieron un abrazo.

—Miguel, ¿cómo estás?

—Vivo, que ya es mucho decir en los tiempos que corren.

Arturo atisbó en sus ojos la desesperanza que él mismo sentía. A Miguel Hernández lo había conocido en los primeros meses de la guerra, después de que le sacaran de forma abrupta y sin previo aviso de una acomodada ocupación en Valencia para destinarlo a Cubas de la Sagra, un pueblo de Toledo donde ambos coincidieron. Allí se dedicaron a levantar fortificaciones que detuvieran el avance imparable de los sublevados. Pocas semanas después de conocerse, los dos fueron destinados a los frentes de los alrededores de Madrid, empuñando lo mismo un pico y una pala que el fusil. Pero donde de verdad se hicieron inseparables fue en noviembre de ese mismo año, cuando una bala atravesó el hombro de Arturo. Miguel, poniendo en peligro su propia vida, lo cargó a su espalda y lo alejó de la línea de fuego. Habían compartido conversaciones interminables a la luz de una candela en las tediosas noches de imaginaria, combatiendo el frío, el calor, el hambre, los tiros, las bombas, y sobre todo el ansia por ganar una causa que ellos creían justa, esquivando la oscura sombra de la muerte. El roce diario de la convivencia y lo amargo de las circunstancias fraguó entre ellos una profunda amistad. Incluso le había invitado a su boda civil con Josefina, en su casa de Orihuela, en marzo del 37. A ninguno le gustaban las armas, aunque consideraban necesaria su particular aportación a la causa republicana. Miguel había intentado por todos los medios que Arturo participase en el II Congreso de Escritores Antifascistas que se celebró en Valencia, incluso había hecho gestiones para que le acompañase en su viaje a Moscú, y, aunque no lo había conseguido, Arturo quedó profundamente agradecido e impresionado por la apuesta de aquel poeta hacia su persona. Miguel Hernández contaba, ya entonces, con cierto prestigio en los ámbitos literarios y, gracias a esa fama y a la necesidad que tenía el ejército de milicianos de la República de hombres que supieran arengar, con la letra y la palabra, el ánimo de los soldados y mantener la base doctrinal de la causa republicana, había podido salir del Cuerpo de Zapadores para ser nombrado jefe del Departamento de Cultura. Con él (como si fuera su sombra) se llevó a Arturo, y ambos se dedicaron a diversas tareas

culturales: la publicación de un periódico, organizar una biblioteca o repartir prensa entre los soldados. Con el tiempo, Miguel había llegado a ser comisario político, cargo que le dio, además de un sueldo respetable, un importante aval para la agitación y la propaganda política, Arturo siempre se había mantenido a su lado.

—Pensé... —titubeó Arturo, indeciso—, estos días me he acordado mucho de ti, con todo esto de los comunistas, he temido que te hubiera ocurrido algo.

—Me voy librando, al menos por ahora.

Una ráfaga de aire helado les estremeció a ambos.

—Te invito a una manzanilla —dijo Arturo—. Conozco un sitio donde la sirven con azúcar.

El bar Aguña abría cuando tenía algo que ofrecer a sus clientes; había ido tasteando la guerra con muchas dificultades, y lo cierto era que la clientela cada vez se hacía menos exigente. El local estaba lleno, y en el aire flotaba una pátina blanquecina del humo del tabaco y la transpiración. Los cuerpos, envueltos en telas y abrigos raidos (entre los que se ocultaban las hojas amarillentas de los escasos periódicos que servían a muchos como aislante del frío), desprendían una sensación de calor denso, que aplacaba el frío gélido de aquel invierno largo y agonizante. A codazos, consiguieron entrar hasta el fondo y sentarse a una mesa que acababa de dejar libre una pareja.

—¿Dónde estás ahora? —le preguntó Arturo, una vez acomodados, y después de haber pedido al camarero dos tazas de manzanilla caliente.

—He pasado unos días con Victor, el escultor, metidos en una imprenta en la calle Garcilaso, pasando frío y hambre. Y desde hace dos estoy en casa de Cossío. Dadas las circunstancias, es el lugar más seguro. Aleixandre y él me dicen que me vaya de España, pero yo quiero volver a Cox, con Josefina y el niño; allí estaré seguro; no creo que nadie me quiera tan mal como para denunciarme.

—Ten cuidado, Miguel, las cosas están negras para todos, pero sobre todo para los que lleváis el carnet del partido comunista —chascó la lengua con un mohín contrariado—. Nos estamos matando entre nosotros..., los nacionales tienen que estar descojonándose del espectáculo.

—Dímelo a mí, que ya no sé ni de quién tengo que esconderme, ni quiénes son los míos o quiénes mis enemigos. Precisamente vengo de la embajada de Chile. Allí todo es un caos. Ahora son los nuestros los que piden asilo; le he hablado a Morla de la posibilidad de refugiarme allí, por si acaso, pero como dentro está lleno de fascistas que todavía no se atreven a salir, no me asegura que respeten mi integridad.

—Es normal, cada vez está más cerca su triunfo y nuestro fracaso.

—Cómo cambian las tornas —murmuró el poeta.

—Deberías salir de España, al menos por un tiempo, a ver cómo se

desarrollan los acontecimientos. Haz caso de lo que te dice Cossío. Seguro que alguno de éstos te proporciona un buen sitio a donde ir.

—Conmigo no se atreverán, bastante metieron la pata con Lorca.

—Si ganan la guerra harán lo que les venga en gana.

—Me dice Neruda que en Chile me acogerían con los brazos abiertos, pero ¿qué hago yo en Chile?

—Vivir, ¿te parece poco? No lo pienses, Miguel, vete ahora que puedes.

—Ése es el problema, Arturo, que no puedo. Morla me ha dicho que ya tengo el pasaporte, pero me da miedo de ir a retirarlo; tal y como están las cosas con todo lo que huele a comunista, seguro que me encierran, si antes no me pegan un tiro.

—Yo tampoco tengo pasaporte, ni siquiera lo he pedido.

Se apartó un poco para que el camarero pusiera las tazas sobre la mesa. Los dos abrazaron con las manos la loza hirviente.

—Además, yo no estoy por la labor de huir de mi país —añadió Miguel. Levantó la vista y la clavó en los ojos de Arturo, como si quisiera atrapar toda su atención—. Si nos vamos, nos convertimos en desertores, y eso me inquieta más que permanecer aquí.

—Yo pienso lo mismo, Miguel, pero me temo que, por una buena temporada, vamos a tener que enterrar bajo tierra ideas y principios; nos va la vida en ello. Aquí se ha impuesto el sálvese quien pueda, y al que no se espabile lo van fundir, ya lo verás —se mantuvieron callados un rato, cabizbajos y meditabundos. Arturo miró a su amigo—. Tienes que irte, Miguel, de nada servirás a la causa si te matan. Ya tuvimos bastante con la muerte de Lorca.

—Te agradezco que me pongas a la altura de Federico —agregó Miguel, ufano—, eres un buen amigo.

—De poco le vale a España otro poeta muerto, otro héroe, o peor, otro antihéroe. Mira cómo trataron al gran Unamuno.

—Ése fue un tibio, te lo digo yo.

Arturo dio un respingo.

—Para ti la perra gorda, ya hemos discutido demasiado sobre ese asunto. —Le miró con fijeza y le señaló con el dedo índice—. Esta sociedad necesita de tu poesía, no puedes arriesgarte a privarnos de continuar gozando de tu obra por una falta de prudencia. Tienes la obligación moral y patriótica de protegerte y de vivir.

Miguel le dedicó una mirada meliflua.

—Lo dicho, eres un buen amigo —se llevó la taza a la boca. Sorbió un poco y volvió a dejarla con gesto hastiado—. Cuesta tanto acostumbrarse a la muerte de Federico. Cómo es posible que hayamos perdido para siempre a un maestro como él. Cómo es posible que unos malnacidos que se les puso en la frente que tenían que cargárselo hayan privado a la humanidad de su poesía y de su teatro.

Mal rayo les parta, sentina de burgueses mal criados... —torció el gesto con una sonrisa rota—. ¿Te enteraste de que los fascistas estrenaron *La casa de Bernarda Alba*?

—No es de extrañar, tenía amigos fascistas.

—Eso es falso, Arturo. No te creas sus mentiras, Lorca era uno de los nuestros —quedó un instante callado y pensativo—. Tiene huevos, encima nos quieren robar a nuestros intelectuales.

—Mejor que conozcan la obra de Federico a que la destruyan. Algo bueno sacarán.

—Todo es una pose para aparentar una ilustración que no tienen.

—Me da lo mismo quién utilice su obra, el caso es que se conozca, se honre y se extienda. La obra de Lorca y de los maestros como él no pertenece a nadie, es universal. Creer lo contrario puede resultar mucho más dañino que su persecución.

—¡No me compares, Arturo, coño! Éstos son unos cafres, si la mayoría no sabe hacer la o con un canuto, sólo entienden el lenguaje de la mano dura, siempre contra el más débil.

—Si eso no te lo discuto, Miguel, pero mejor que vean y aprecien las obras de Lorca que no otras.

Miguel movió la cabeza de un lado a otro, con los ojos clavados en la taza medio vacía.

—Maldita guerra —murmuró contenido—. Nos ha marcado a sangre y fuego como si fuéramos *ganao*.

—Entre unos y otros hemos machacado este país para mucho tiempo.

—A mí no me metas en el mismo saco que esa chusma fascista.

—Chusma hay en todas partes —farfulló Arturo con un mohín de desidia, echando una rápida mirada hacia la gente que se hacinaba en el local.

Miguel alzó las cejas, sorprendido.

—A ver si los vas a defender ahora...

—No, Miguel, ¿cómo voy a defenderlos? ¿Crees que estoy loco? Pero es que en este país nuestro, tan visceral, resulta obligatorio ponerse de un lado o de otro, nadie puede ser neutral, o tibio como tú dices. He presenciado tantas muertes de infelices, inocentes de toda culpa, he visto tanto sufrimiento, tanto horror..., tanto sacrificio para qué.

—Para mantener la libertad, nuestra libertad, Arturo —calló un instante y buscó sus ojos—. ¿Qué te pasa? Sabes mejor que yo que si no aplastamos al fascismo serán ellos los que nos aniquilen como ratas.

Arturo chascó la boca y movió la cabeza de un lado a otro, con la mirada perdida en la profundidad amarillenta de su taza. Se sentía derrotado y eso le hacía débil, frágil, tibio como él decía. No estaba seguro de tener miedo, de lo que estaba convencido era de que las heridas que se habían abierto tardarían

generaciones en cerrarse.

—Dejemos el tema, Miguel, estoy cansado, más que cansado me encuentro vencido.

—Y hambriento, que el hambre lo primero que mata es el entendimiento — hizo una pausa; luego, continuó más distendido—: ¿Y tú? ¿Qué piensas hacer?

—Yo no tengo a donde ir. Y además, las noticias de los que consiguen salir no son muy alentadoras.

—Hay de todo, ya sabes, incluso entre los nuestros ha habido clases, todos esos que han vivido la guerra como si fuera la *belle époque*, comiendo y durmiendo como marqueses, han salido por piernas en cuanto han visto las orejas al lobo, pero no como el resto, no, éstos se van cómodamente en avión o en camarotes de primera, y serán recibidos como grandes héroes de la causa. Maldita sea —masculló entre dientes con la mirada en el vacío—. Servidores de la patria..., unos cabrones, eso es lo que son, comunistas de pacotilla sin escrúpulos ni moral.

Arturo sabía de las diferencias que le separaban de algunos de los que formaban la Alianza de Intelectuales Antifascistas, y sobre todo de sus discrepancias y disputas (de las que, en ocasiones, había sido testigo) con Alberti y su mujer, María Teresa León, sobre la diferente forma de sobrevivir que habían tenido unos y otros durante la guerra. Sonrió lacónico.

—Ellos tienen fama —continuó Arturo, apesadumbrado—, su obra es conocida en el mundo entero, no les faltarán países que les acojan conscientes de que se quedan con los mejores intelectuales que ha parido este país quebrado. Pero nadie da asilo a un escritor mediocre.

—Ten un poco de paciencia y todos se rendirán a tus pies.

Le miró y esbozó una sonrisa entristecida.

—Paciencia vamos a necesitar todos, y nadie se rendirá a mis pies, porque soy yo el que me rindo. No tengo talento, Miguel. No sirvo para esto. Soy un simple proletario de la literatura.

—No seas tan duro contigo mismo. Mantén la dignidad, hazme caso, tu hora llegará cuando consigas hacerte con un nombre en este mundo complicado y clasista, y luzcas con honores gracias a tu obra. Fijate en mí, ¿qué más me da que me tilden de pastor, de poeta pobre y desvalido? Fue esa imagen la que me abrió las puertas a los intelectuales madrileños rancieros y arrogantes que me acogieron por aparente caridad literaria, pero lo cierto es que yo era mejor que muchos de ellos, y ante esa evidencia no les quedó más remedio que doblegarse a mi obra. Qué me importa que se refieran a mí como un pastor, realmente lo fui, no tengo los estudios que ellos han tenido, ni las oportunidades con las que han contado, pero tengo mi talento, y lo trabajé hasta conseguir el reconocimiento de los que antes me ignoraban o me denostaban. Siempre he sabido que estaba destinado para este oficio, eso ni me lo quita ni me lo pone nadie, y tú harás buena

literatura, date un poco de tiempo, y mientras, disfruta escribiendo.

Arturo sonrió.

—Tal vez tengas razón —calló un instante, y esbozó una sonrisa agradecida—. De todas formas, creo que me quedaré en Madrid. No quiero dejar a Teresa.

—Que se vaya contigo.

—Ya la conoces, es terca como una mula, está convencida de que su familia, ahora falangista por los cuatro costados, me protegerá.

—Tú sabes que no lo harán.

Arturo alzó los ojos, e intentó cargar de firmeza sus palabras.

—Me lo deben. Yo los ayudé. Gracias a mí están vivos.

Miguel abrió una sonrisa laxa. Bebió otro sorbo del líquido dulzón.

—Esa gente no tiene corazón. Anda con cuidado, Arturo, la guerra carga las conciencias sólo para la venganza y el odio, no hay espacio para la compasión.

—Yo qué sé, Miguel, a veces me da todo igual —se calló y removió la manzanilla con la cucharilla. Luego, levantó la cara y le preguntó—: ¿Y Josefina y el niño, cómo están?

—Van tirando —contestó Miguel, encogiendo los hombros—. Sufriendo pena y hambre, como siempre. La angustia que llevo aquí dentro por la muerte de mi niño del alma no se pasa, Arturo, no se pasa... sigue ahí y duele... duele mucho...

—Ahora tienes a Manolillo, él te colmará de felicidad.

—Ya lo hace, te aseguro que sí; pero una cosa no quita a la otra, y el miedo a que éste también se me muera me rompe por dentro.

Arturo intentó cambiar de tema. Sabía que la pérdida de su primer hijo unos meses antes, y el nacimiento del segundo hacía apenas dos meses, hacía que los sentimientos fuesen contradictorios y chocantes, incidiendo aún más en el frágil equilibrio de su amigo.

—¿Has escrito algo últimamente?

Miguel sonrió y apuró el contenido de su taza. Luego, se echó la mano al bolsillo de su chaqueta y sacó una libreta de octavo menor con tapas de cartulina gris. Se lo tendió; Arturo lo abrió y lo trajo. Eran composiciones escritas a lápiz, versos de prueba llenos de tachones y correcciones.

—Queda mucho trabajo que hacer, pero escribir es lo único que me ayuda a soportar toda esta mierda —observaba a Arturo cómo ojeaba los versos más limpios—. Le escribo al hijo muerto, al vivo, a la mujer, y a toda esta maldita guerra que tantas heridas nos ha causado, aunque, a veces, no tengo fuerzas, ni ganas, o tal vez se me esté secando el cerebro... tampoco me extrañaría, con todo lo que está pasando...

—Pues esto tiene muy buena pinta —le devolvió la libreta—. ¿Qué ha pasado con *El hombre acecha*? La última vez que nos vimos me dijiste que saldría publicado muy pronto.

—Hace un mes estuve en Valencia; me pasé por la imprenta y estuve viendo las pruebas de las cubiertas.

—Ya verás cómo funciona.

—No sé, Arturo, no sé... esto se acaba, y precisamente no muy bien para nosotros.

De nuevo volvieron a caer en un silencio apesadumbrado, largo, envuelto en el barullo de voces que les rodeaban.

—¿Te has enterado de lo de Francia? —añadió Arturo con la intención de romper el incómodo silencio—. Ha reconocido el Gobierno de Burgos. Son unos hijos de mala madre. Ésos sí que nos han traicionado.

—Nos han traicionado todos, incluso los nuestros. Por eso vamos a perder esta guerra.

Miguel apuró los restos de azúcar que se habían quedado en el fondo de la taza vacía. Dejó la cucharilla y consultó su reloj de pulsera, regalo de boda de su amigo Vicente Aleixandre.

—Tengo que marcharme.

Se levantaron y salieron a la calle. El frío era intenso, demasiado para ser marzo. No muy lejos, se oían tiros y el tableteo de metralletas.

—Si decides salir de Madrid, no dejes de escribirme a la pensión; por ahora, yo de allí no me muevo.

—Tendrás noticias mías. Cuídate, Arturo, y no te fíes ni de tu sombra, y, sobre todo, no te me hagas fascista, que te arranco las entrañas.

Se dieron un fuerte abrazo. Arturo tensó todos los músculos de su cuerpo intentando contener una emoción que se desbordaba en su garganta.

—Últimamente lo único que hago es despedirme de amigos.

—Nos veremos —añadió Miguel.

—Eso espero. Te deseo suerte.

—Con lo que nos viene, la vamos a necesitar todos.

Capítulo 27

Era el último martes del mes de marzo, y la calidez de la primavera se hacía esperar. El día había amanecido nublado y frío. Arturo se sentía enfermo y destemplado, como si el viento gélido de los últimos días se le hubiera incrustado en las entrañas. Desde el sillón, arrebujado en una manta que le había colocado doña Matilde, oía la algarabía de la gente en la calle. Desde hacía unas horas, había un ambiente raro en toda la ciudad, la euforia contenida de unos se mezclaba con el miedo de los que temían el final; ya se hablaba sin ningún reparo de Franco y de los nacionales. «Él nos sacará de esta miseria en la que estamos; acabará con el hambre y pondrá todo en su sitio de una vez», repetía vehemente don Hipólito. Doña Matilde ya no le replicaba, en el fondo estaba deseando que, de una manera o de otra, terminase por fin aquella pesadilla que ya se alargaba casi tres años; demasiado tiempo, pensaba, que vengan los que quieran, pero que vengan de una vez. Arturo se despojó de la manta y se levantó con pesadez febril. Asomado al balcón se apreciaba el reflejo de lo que se vivía en la pensión. Había gente alegre, sonriente, rebosante de impaciencia, retenida por una prudencia necesaria todavía; pero asimismo se veían hombres y mujeres de mirada esquiva, con los hombros encogidos, caminando deprisa para llegar a algún sitio donde esconder el miedo que les hacía sospechosos.

El timbre resonó rompiendo la quietud de la casa. Se oyó el paso arrastrado de Cándida dirigirse a la puerta. De inmediato, la criada avisó a Arturo.

—Es la señorita Teresa, viene con la Mercedes.

Fue a su encuentro. Teresa se lanzó hacia él y le abrazó sin ocultar su entusiasmo.

—Venimos a buscarte, Arturo.

—¿Y adónde pretendes que vayamos?

—A la calle, ya hay camiones de soldados nacionales entrando por la Castellana. La gente está de fiesta. Todo ha terminado. La guerra se acaba.

Mercedes permanecía a un lado, prudente. Arturo la saludó estrechando su hombro. Su actitud comedida contrastaba con la exaltación de Teresa.

—Le he dicho a Mercedes que hoy mismo nos vamos a Móstoles.

Arturo la miró, ceñudo.

—No te precipites, Teresa. Esperar un poco a ver cómo van las cosas. No nos podemos fiar de nada.

—No hay de qué preocuparse. He tenido noticias de Mario —sus ojos se abrieron como si se fueran a salir de las órbitas y su sonrisa se abrió aún más, intentando mostrar su alegría—. En cualquier momento se presenta en casa con los mellizos. Ya ha avisado a mis padres para que vayan preparando la vuelta.

Arturo no reaccionaba al entusiasmo de Teresa, no podía, era incapaz de sonreír siquiera. Suspiró cansino.

—No sé, Teresa...

—La guerra ha terminado, Arturo. Vamos a la calle, hace un día fantástico...

—No me encuentro muy bien —interrumpió negando con la cabeza. Se llevó la mano al cuello—. Me duele la garganta. Prefiero no salir.

La sonrisa de Teresa se quedó congelada; miró a Arturo y luego a Mercedes.

Cándida avanzó por el pasillo con una bandeja llena de tazas.

—¿Un poquito de achicoria? Es de calidad, no creáis.

Doña Matilde les recibió en el salón con una sonrisa serena; con ella estaban Manuela (convertida en una joven alta y en exceso delgada), su abuela Maura y don Saturnino. Faltaba don Hipólito que había salido a la calle al albur de las voces que decían que las tropas de Franco ya estaban entrando en Madrid. Junto a Teresa, era el único que estaba eufórico con la llegada de la paz previsible, gloriosa, magnánima. Los demás, percibían el final de otra manera. La paz llegaría, pero no para todos; el miedo que unos días atrás acuciaba a unos, ahora inquietaba a otros. Don Saturnino estaba muy preocupado. Desde el principio de la guerra, el colegio en el que impartía clases se convirtió en un cuartel, sin embargo, a pesar de los bombardeos, el hambre, incluso la orfandad, había continuado dando clases gracias al empeño del Ministerio de Instrucción Pública, con el fin de que los niños no perdieran la oportunidad de aprender y estuvieran recogidos en escuelas que se montaban en cualquier piso, edificio o caserón abandonado que pudiera albergar con cierta garantía a colegiales en edad de aprender. Pero con el triunfo de los nacionales, y sobre todo con la derrota de los republicanos, don Saturnino temía por su suerte. Había malos augurios para gente como él, a pesar de no haber disparado un solo tiro en toda la guerra; como otros muchos españoles, se había afiliado al sindicato de UGT de la enseñanza con la única finalidad de poder comer, trabajar y sobrevivir en un Madrid sitiado desde el 36; además, pertenecía también a los trabajadores dependientes de un Ministerio de la República. De acuerdo con la Ley de Responsabilidades Políticas, tenía todas las papeletas para ser, como mínimo, depurado. Había pensado huir, pero no sabía adónde, y tampoco tenía medios. No podía volver a su pueblo porque fue tomado por los nacionales desde el principio, y allí estaría mucho más expuesto al peligro de las envidias vecinales que en la ciudad. Así que había decidido quedarse y esperar que la sangre no llegase al río, y que al final se respetase la labor de un humilde profesor que se había dedicado toda la guerra a enseñar las letras y las cifras a niños menores de diez años.

A doña Matilde se le complicaron las cosas cuando, en enero del año 37, un Decreto del Gobierno obligó a las casas de huéspedes a hacer una ficha con los datos de todos los inquilinos que se hospedaban, así como los que abandonaban el establecimiento. Bajo su custodia, seguían ocultos don Avelino, su cuñado sacerdote, y Felisa y Dori, las dos monjas que se presentaron con él. La situación se hizo insostenible y peligrosa para todos, así que contactaron con el Auxilio

Azul. A través de ellos, solicitaron asilo en la embajada de Chile, y en el verano del 37 consiguieron la evacuación a Francia. A esta aventura se les unió Julia Crespo, que se había quedado sin trabajo cuando la dueña de la pescadería desapareció sin dejar rastro a finales del 36. Los cuatro se establecieron sin problemas: don Avelino, el cuñado de doña Matilde, se mantuvo todo el tiempo en una parroquia a las afueras de Toulouse, acogido por un sacerdote conocido; las dos monjas se refugiaron en una casa de caridad que había cerca de la frontera, y que daba cobijo a todos los que, como ellas, huían de una muerte segura; y Julita conoció a un tratante francés con cierta fortuna y se casó con él. Cada mes, a escondidas de su esposo, enviaba dinero y víveres a la pensión; gracias a eso, y a lo que Arturo llevaba cuando regresaba a Madrid desde el frente, fueron sorteando el hambre doña Matilde, Lela, Maura y don Hipólito, éste sin sueldo alguno desde que fue incautado el periódico y, por tanto, sin posibilidad de pagar ni una sola peseta a doña Matilde. Don Saturnino, por su parte y muy a su pesar, entregaba a doña Matilde casi la totalidad de su exiguo sueldo, para poder comprar comida y jabón (único « lujo » que se permitían cuando lo había en las tiendas).

Teresa y Mercedes tomaron una taza humeante de achicoria y salieron a la calle. Tenían pensado ir a Móstoles en cuanto tuvieran oportunidad, a pesar de las advertencias de Arturo. Los sentimientos de Mercedes eran contradictorios, por una parte deseaba el regreso a su casa, pero, por otra, lo temía porque todo había cambiado, nada se parecía a lo que tenía y a lo que era cuando salió de su casa; su madre había muerto y le llevaba flores a una fosa común en el cementerio del Este; no sabía nada de Andrés, nadie le había dado noticias desde que se lo llevaron; y el recuerdo de su hijo le dolía más que nada, un hijo que le anunciaron muerto, pero al que sentía vivir como si todavía lo tuviera en sus entrañas. Lo único que la había mantenido viva tantos meses de miedo y miseria había sido la esperanza de encontrarse con Andrés y emprender de nuevo una vida truncada en el verano de 1936.

El gentío parecía arrebatado por una euforia que contagiaba el ánimo. Niños, mujeres y ancianos, jaleaban el paso de los hombres que, poco a poco, iban penetrando en Madrid por el norte, ocupando la amplitud del paseo de la Castellana; unos a pie, otros montados en camiones, apretujados unos a otros, todos con el saludo romano, la mano alzada, abierta, vitoreando a Franco y España, cantando el *Cara al Sol* o *La Canción del Legionario*; las caras desbordaban una felicidad deseada, ansiada, en apariencia recuperada. Apenas podían abrirse paso entre la marabunta que seguía el ritmo del cortejo soldadesco, vitoreando su paso marcial y sonriente. Muchas ventanas lucían la bandera nacional (la bicolor, roja y gualda, desapareciendo todas las tricolores republicanas), como si hubieran estado esperando el momento de colgarlas, mantones de Manila, colgaduras, colchas de brocados, cualquier cosa para

escenificar el gozo desbordado de la población agotada, ansiosa por recibir al ejército liberador.

Teresa se impregnó de nuevo del entusiasmo que se movía a su alrededor. Caminaban agarradas de la mano para evitar perderse en medio aquella algarabía. Mercedes observaba el espectáculo aturcida, tímida, sin atreverse aún a mostrar ese arrebato del final. Por fin llegaba la paz, pensaba, pero era una paz envenenada, había demasiado odio, demasiado miedo, demasiadas pérdidas, demasiadas ausencias.

Llegaron a Cibeles y allí el entusiasmo estaba al borde del paroxismo. El espectáculo de la Gran Vía se unía al que ya descendía por la Castellana desde el antiguo Hipódromo: camiones cargados de soldados nacionales bajaban envueltos en banderas y vítores, siempre con los brazos enhiestos, la mano estirada, rígida como si quisieran tocar el sol; todos gritaban con el mismo gesto vivas a Franco y arribas a España.

Un grupo de falangistas uniformados de pies a cabeza charlaban apoyados en un coche. Cuando pasaron por delante, las piropearon. Sin pensarlo, Teresa tiró de Mercedes y se dirigió a ellos. Sonrientes, se irguieron al verlas llegar.

—¿Qué tal, preciosas?

—¿Sabéis cómo podríamos llegar hasta Móstoles? —Teresa preguntó de forma directa.

—¿Para qué quieres tú ir a Móstoles? —preguntó el más alto, dando un paso hacia adelante con un ademán seductor y mostrando una sonrisa en los labios.

—Mi amiga vivía allí y quiere saber cómo está su casa, y si ha regresado su marido. Le cogieron preso los rojos en el verano del 36, y desde entonces no sabe nada de él.

El hombre miró a Mercedes con gesto de interés.

—No te preocupes por tu marido, daremos con él, y se le recompensará por el sacrificio y sufrimiento que le hayan hecho padecer esa piojera marxista.

—No sé... —Mercedes balbuceó, con los ojos vidriosos—, no sé si está vivo o muerto.

—Haremos una cosa, si queréis, yo os puedo llevar hasta Móstoles, pero antes de la noche tengo que estar de vuelta.

Teresa y Mercedes se miraron y se sonrieron.

—¿Lo harías? —preguntaron casi al unísono.

El falangista se echó a un lado, abrió la puerta del coche y las invitó a que subieran. Los demás lisonjeaban al que se había lanzado. Ellas no lo dudaron. Entraron en el auto y se agarraron de la mano nerviosas. El joven se subió al volante, y mirando a través del retrovisor dijo:

—Mi nombre es Jorge Vela. Y vosotras, preciosidades, ¿puedo saber cómo os llamáis?

Después de decirle el nombre, encendió el motor y se pusieron en marcha.

Era simpático, educado en sus maneras, galante y muy atractivo. Tenía la piel curtida por el sol y el aire, y la cabellera planchada de brillantina destacaba su pelo negro. Los brazos eran musculosos, sus manos fuertes, grandes, y en el cuello, largo y fibroso, le sobresalía la nuez pronunciada que subía y bajaba, otorgándole un aspecto interesante y duro. El coche avanzaba lento, porque el gentío impedía mayor velocidad. Tuvo que detenerse en seis controles, pero en cuanto los soldados le veían, se cuadraban, juntaban los talones y alzaban en brazo con marcialidad. Luego se llevaban la mano a la frente y, solícitos, le daban paso.

La carretera estaba atestada de camiones, coches y tropas de diferentes batallones: tabores de moros con su indumentaria especial, falangistas, zapadores, todos esperaban impacientes la entrada triunfal a Madrid. También vieron a otros que mostraban una intensa desesperación, reflejada en sus ojos asustados, que huían sin saber muy bien de qué y hacia dónde.

Jorge les señaló la hilera de camiones aparcados con víveres, preparados para ser distribuidos entre la población.

—Decían que todo era un bulo —dijo Teresa, agachando la cabeza para ver a través de la ventanilla.

—Franco nunca miente —afirmó con severidad—. Se acabó el hambre, la miseria y la cochambre que la República y los que la defienden instalaron en este país; a partir de ahora será nuestro Caudillo el que dirija España con mano firme, y acabará con las hordas de rojos que tanto sufrimiento ha provocado al pueblo español.

Mercedes se sobrecogió cuando lo escuchó hablar así. Había cambiado el tono, y el gesto, antes relajado y sonriente, se había vuelto serio, grave, incluso los músculos de su cuello y de sus manos (agarradas al volante) se tensaron como si desprendieran rabia. Teresa, sin embargo, apenas percibió el cambio, o no le dio importancia, porque no dejó de observar por la ventanilla el espectáculo de camisas azules, boinas rojas, uniformes con sus correaes relucientes, mantas cruzadas al pecho, botas limpias y rostros afeitados, nutridos y sonrientes. Desde hacía meses, su idea de la felicidad pasaba por ese día, por la irremediable salida de unos para que entrasen otros. Le embriagaba el entusiasmo derrochado. A Mercedes le sorprendía la deformación que la guerra provocaba en la forma de pensar, de juzgar el pasado, de mirar el presente o afrontar el futuro; por un lado, unos veían espectros y brujas por todas partes a los que echar la culpa de todos los males del mundo, incluidos los infligidos por ellos mismos, hallando siempre justificación a sus propias atrocidades; sin embargo, otros parecían sufrir de repente una ceguera con el único fin de evadirse del compromiso de la protesta, evitando así mezclarse en asuntos que, según ellos, no les afectaban, en definitiva, para mirar hacia otro lado a pesar de que, lo que esté sucediendo delante de sus narices, fuera la más grave de las injusticias.

Después de más de una hora de camino, por fin llegaron a Móstoles. Mercedes estaba muy nerviosa; se adentraron en las calles desiertas y aparentemente abandonadas, siguiendo sus indicaciones para llegar hasta su casa. Apenas hablaban, más pendientes de girar a la derecha o a la izquierda o continuar recto. Algunos edificios aparecían derruidos por efecto de los bombardeos; no la extrañó demasiado; había tenido noticias de que antes de la entrada de los nacionales en noviembre del 36 hubo ataques aéreos. Aquella visión era más de lo mismo, las secuelas de la guerra, la costumbre de percibir como algo habitual la destrucción y la muerte. Cuando llegó a la esquina de su calle, le pidió que se detuviera. El vehículo frenó suavemente. En silencio, envueltos en una tensa inmovilidad, mirando al frente, sin salir del coche, como si tuvieran miedo de que se hiciera real lo que había fuera, Teresa y Mercedes mantenían los ojos fijos a través del parabrisas. Jorge se giró hacia ellas. Al ver la expresión de sus rostros, se volvió para observar el punto hacia donde miraban con tanta intensidad, con un anhelo enardecido, inquieto. Una de las casas del centro de la calle tenía el techo caído; la fachada se mantenía en pie, pero el derrumbe interior era evidente.

—¿Es ésa tu casa?

Ella afirmó apenas. Su barbilla tembló. Jorge abrió la puerta y descendió del coche.

—Éstas son las secuelas de una lucha a muerte por recuperar la libertad. Tenemos mucho trabajo por delante para volver a levantar España, más grande y más libre.

La voz de Jorge resonaba hueca, lejana en el oído de Mercedes, como si los ruidos le llegasen mitigados para evitarle mayor daño. Aturdida, bajó del coche. No se le había pasado por la cabeza que su casa pudiera haber sido una de las afectadas por las bombas. Era una casa humilde, vacía de cualquier elemento sospechoso, de cualquier enemigo, a nadie beneficiaba su ruina. El convencimiento de que los obuses siempre afectaban a otros era un elemento de defensa para evitar que el miedo desbordase el ánimo y bloquee el anhelo de supervivencia. Lo había aprendido después de sufrir muchos desbordamientos, de haber pasado mucho miedo con el ruido, primero de las sirenas que anunciaban lo que después llegaba: el estruendo de la bombas, el temblor de las paredes, el resquebrajamiento del techo que aparentemente protege la vida y que, en muchas ocasiones, se había convertido para muchos en su propia sepultura. Al principio corrían despavoridas hacia el refugio, con el tiempo las carreras se fueron haciendo más tranquilas. A veces, la elección llegaba a ser complicada: el riesgo a morir sepultado en un refugio, o reventado por una bomba. Hasta que llegó un momento en el que ya ni siquiera salían, a pesar de las sirenas, a pesar de la sacudida más o menos lejana del estallido, continuaban con su vida normal, manteniendo un silencio prudente, miradas esquivas, pendientes, atentas a recibir,

o no, la descarga mortal, hasta que de nuevo se oía la sirena indicando que todo había pasado, al menos por el momento.

De repente, su conciencia le reveló todo lo que la guerra le había arrebatado: su madre, su hijo, su casa; su hogar y su familia habían sido tragadas por aquella lucha absurda en la que nada tenía que ver. La desesperanza se clavó en su pecho y sintió un ahogo al imaginar la posibilidad de no volver a ver a Andrés, de no sentir nunca más su abrazo, de quedar privada de su presencia.

Teresa bajó del coche, se acercó a su lado y pasó el brazo por su hombro para consolarla.

—¿Qué piensas hacer ahora?

La pregunta fue cándida. Sin un sitio en el que vivir, el regreso se complicaba, al menos de momento.

—No lo sé... —las lágrimas se desbordaron de sus ojos, pero tragó saliva y consiguió controlar el llanto—. No sé nada..., ni entiendo nada...

A paso lento, custodiada por el abrazo de su amiga, se acercó a la puerta. Estaba arrancada del marco y caía hacia un lado. El interior era un montón de escombros formado por los cascotes y restos de maderas y vigas de lo que antes era el techo y parte del sobrado. Por el hueco, como una herida sangrante, se atisbaba el cielo azul de primavera. Avanzó con la intención de entrar en la casa.

—Será mejor que no lo hagas —le advirtió Jorge—. Puede ser peligroso.

Mercedes se detuvo y se volvió hacia él.

—Pero ahí están mis cosas, mis enseres..., los recuerdos de mi madre, de mi padre.

—Desengáñate —añadió, acercándose con las manos metidas en los bolsillo—, no encontrarás nada. Lo más probable es que lo hayan saqueado todo —se calló un instante, para asomarse a la puerta como si estuviera comprobando los daños—. Además, podrías resultar herida, y en cierto modo me siento responsable de tu seguridad.

—Pues entra tú —le dijo Teresa, resuelta.

Jorge la miró un instante, luego miró a Mercedes, se irguió como un pavo real y afirmó.

—Está bien. Esperad aquí, ¿de acuerdo? Iré a ver si hay algo que merezca la pena rescatar.

Mercedes lo vio entrar a lo que antes era el distribuidor que daba acceso a todas las estancias de la casa. Caminando entre los restos del techo, pisando con cuidado, se asomó primero a la cocina. Salió y negó con la cabeza, «loza rota y poco más», dijo. Con el mismo resultado, se asomó al cuarto de estar, a la despensa y a la alcoba de la señora Nicolasa.

—¿Hay algo ahí? —preguntó ansiosa cuando lo vio asomarse.

—Han dejado las patas de la cama. Debieron hacer trizas el armario, seguramente para hacer fuego.

Cuando desaparecía de la vista, Teresa y Mercedes permanecían alertas oyendo el crujir de sus pasos o algún que otro ruido seco. Cruzó el zaguán trastabillando entre los escombros. Suspendida en el aire danzaba una nube de polvo que se adhería a su impoluta camisa azul y tiznaba sus botas relucientes. Se asomó al quicio de la última puerta.

—Aquí no queda ni la cama. Todo está vacío o inservible. No queda más remedio que empezar desde los cimientos, muchos lo van a tener que hacer, pero lo conseguiremos, entre todos levantaremos esta casa y todas las que han caído por esta guerra. Entre todos encumbraremos España al lugar que se merece.

Mercedes no se inmutó, miraba al interior intentando asumir aquella terrible visión de destrucción. Teresa la apretó contra sí.

—Puedes quedarte en casa el tiempo que quieras. Sabes que estoy a tu lado.

—Lo he perdido todo... —su voz temblorosa conmovía a Teresa—, mi única esperanza es encontrar a Andrés..., Teresa —la miró como si la estuviera suplicando—, ¿y si lo he perdido a él también?

—No digas eso...

En ese momento, Jorge salió de la casa, sacudiéndose la camisa y los pantalones. Teresa se apartó para que pudiera salir y le espetó:

—Jorge, ¿sabes cómo podríamos encontrar a su marido?

—¿No tenéis ni idea de dónde ha podido estar todo este tiempo?

—¡Vamos a ver al tío Manolo! —dijo Mercedes de repente, con el rostro iluminado—. Puede que haya recibido noticias tuyas.

Subieron al coche y se dirigieron a marcha lenta hasta la casa del viejo Manolo. Al bajar del coche, Mercedes oyó el chasquido seco del hacha al cortar la leña, luego un silencio, para dar paso de nuevo al sonido del corte; suspiró tranquila porque durante el trayecto había pensado en la posibilidad de encontrar la casa vacía o derruida como la suya. Jorge se quedó junto al coche lustrando sus botas con un paño, mientras Mercedes, seguida de Teresa, se acercó hasta la puerta del patio y la empujó. El viejo estaba de espaldas. El chirriar de los goznes le alertó y se volvió aferrando el segur como si se hubiera puesto en guardia. Cuando la vio se quedó quieto, mirándola con fijeza, manteniendo una expresión neutra, como si no la reconociera.

—Tío Manolo, soy yo, ¿no me conoce?

El segur cayó al suelo.

—Dios Santo, Mercedes, claro que te conozco —avanzó hacia ella sobrecogido—, ¿cómo no voy a conocerte si te he visto nacer? Santo Cielo, hija, por fin has vuelto.

Su aspecto había cambiado poco, continuaba igual de enjuto y delgado, igual de viejo y arrugado.

—¿Te acuerdas de Teresa, la hermana de Mario?

—Sí. Claro que la recuerdo. ¿Lo consiguió?

Teresa afirmó con una amplia sonrisa de satisfacción.

—Me alegro, es un buen muchacho. Espero que esta guerra no le haya cambiado.

—Estoy segura de que no.

El tío Manolo se dirigió a Mercedes, y cogiéndola de las manos, le preguntó:

—Te veo bien... algo más flaca. Sé que habéis pasado mucha hambre en Madrid ¿Cómo habéis venido?

—Nos ha traído un joven muy amable. —Mercedes calló, y bajó los ojos al suelo—. Tío, he pasado por la casa...

—No te preocupes por la casa, la levantaremos de nuevo...

—¿Y Andrés, sabe usted algo? Desde el día que se lo llevaron no he vuelto a saber nada de él.

Las manos se apretaron y los dos contuvieron la emoción. Los ojos del anciano se volvieron vidriosos y esbozó una leve sonrisa de esperanza.

—El Andrés estuvo aquí hace apenas un mes.

La cara de Mercedes se iluminó y su sonrisa se abrió, poco a poco, ensanchando su rostro. Miró a Teresa que también sonreía, feliz.

—Entonces, ¿está vivo...? —balbució, mientras el viejo afirmaba, apretando aún más sus manos, como si quisiera con la presión manifestar su alegría—, está vivo, Dios mío, está vivo.

Le contó la visita nocturna y clandestina que le hizo Andrés. La razón por la que tuvo que regresar. No le habló del mal estado en el que estaba, ni de su desesperanza, ni de la desesperación que le había llevado a desear la muerte si no hubiera sido por su recuerdo. Intentó suavizar en lo posible su situación. De poco o nada servía contar toda la verdad en aquel momento.

—Espero que muy pronto todos estén de regreso. Ven, tengo algo que darte.

Teresa se quedó fuera, prudente, a la espera, mientras los dos entraron a la casa. Mercedes aspiró el aire con fruición, el aroma a la madera quemada de la chimenea que mantenía encendido un rescoldo. Miró todo alrededor, agradecida por estar allí de nuevo. El anciano abrió un cajón y sacó unos sobres atados con una cinta. Se los tendió y ella, antes de cogerlos, le miró alzando las cejas.

—¿Son tuyas?

El viejo afirmó.

—Llegaron a cuentagotas, a lo largo de varios meses. Siento no habértelas hecho llegar, pero no sabía adónde. Don Honorio se marchó a Madrid poco antes de que entrasen los nacionales, y a partir de entonces, ya no he tenido noticias tuyas, ni sabía tu dirección exacta, ni siquiera sabía si seguías en Madrid.

—¿Sabe lo de mi madre?

Su gesto se tornó grave. Afirmó.

—Sí, me lo dijo don Honorio, y lo del hijo también.

—¿Lo sabe Andrés?

El viejo la miró con ojos lánguidos; encogió los hombros y chascó la lengua.

—¿Qué podía hacer, hija? Me preguntó. No podía mentirle.

Mercedes cogió los sobres y los llevó a su regazo, apretando contra su pecho el papel escrito como si quisiera sentir la presencia de su autor. Oyeron unas voces fuera. Teresa hablaba con Jorge.

—Mercedes —Teresa gritó desde el patio—, dice Jorge que tenemos que regresar a Madrid.

—¿Vuelves para Madrid? —le preguntó el anciano, extrañado.

—Sí, pero regresaré en unos días. No quiero dejar sola a Teresa, su familia se tuvo que marchar a Buenos Aires; en cuanto todo esto se aclare un poco me imagino que regresarán. Ha sido muy buena conmigo. Aquí, poco o nada puedo hacer por encontrar a Andrés si no es sentarme a esperar, y llevo ya mucho tiempo de espera, demasiado tiempo. Teresa me ha dicho que me ayudará a buscarlo. Ahora, sus hermanos tienen mucha influencia.

—¿Y si regresa? No te encontrará.

—Le apunto la dirección y el teléfono para que me llame o me escriba si tuviera alguna noticia.

Cogió un viejo lápiz que siempre estaba en el revellín de la chimenea, junto a las sartenes, y en un trozo de papel de estraza que había sobre la mesa escribió el domicilio y el teléfono de Teresa.

—Puedes quedarte aquí conmigo hasta que reconstruyamos la casa —insistió.

—Será así cuando regrese. Pero ahora que pueden ayudarme, prefiero hacer algo en Madrid a seguir esperando. Me volvería loca.

Tuvieron que despedirse porque Jorge insistía en la necesidad de partir. Nada más montar en el coche, Mercedes le explicó a Jorge todo lo que le había contado el viejo Manolo sobre la visita de Andrés, la localización, un lugar cerca de las Rozas, y un dispensario abandonado en medio del campo, próximo a la carretera de La Coruña.

—Con esos datos daré con él —dijo él con firmeza—. No te preocupes. Me encargaré de ello personalmente.

Las llevó hasta la puerta de la casa en la calle del General Martínez Campos. Justo cuando estaban descendiendo del coche, aparecieron tres vehículos negros, impolutos; frenaron, uno detrás de otro, pegados al de Jorge; la puerta delantera del primero de ellos se abrió. Teresa no podía creérselo.

—¡Mario! —se lanzó hacia él y lo abrazó—. Pero... ¡qué guapo estás! Si parece que has crecido.

—Tú, sin embargo, estás muy flaca y desmejorada —su voz había perdido la dulzura recordada.

—Aquí se ha pasado mucha hambre —replicó.

Las puertas de los coches que habían llegado se abrían y se cerraban con golpes secos al descender del interior sus ocupantes. Teresa se giró y sus ojos se

toparon con la figura de su hermano Juan. Tardó en reconocer su imagen, ya no tenía el aspecto de niño que se mantenía intacto en su recuerdo: su rostro se había vuelto rudo, sus mandíbulas habían ensanchado, su pelo, antes suelto y libre, ahora se pegaba al cráneo peinado hacia atrás apelmazado con brillantina, lucía además un bigote finamente delineado, que le daba un aspecto distante y áspero. La mayoría de los hombres llevaban el uniforme de la Falange, igual que el de Jorge Vela, que al ver a Mario se había cuadrado alzando el brazo como si hubiera visto a un dios.

Teresa se acercó hacia Juan y le esbozó una sonrisa. La última vez que lo vio recibió de él una bofetada.

—Hola, Juan.

—Hola, Teresa. ¿Cómo estás?

Se acercaron tímidos y se besaron, como si recelasen el uno del otro.

Teresa miró a Mario y luego de nuevo a Juan.

—¿Y Carlitos, no viene con vosotros?

—Carlos está en el coche.

Miró al interior del que Mario y Juan habían bajado, pero estaba vacío. Se acercó al que estaba estacionado detrás y atisbó la figura de Carlos en su interior. Se asomó y lo vio de perfil, la mirada ausente, hacia adelante, la barbilla alzada con una falsa dignidad; las manos sobre las rodillas, sin moverse, ignorando la presencia de su hermana. Oyó un ruido metálico y en la parte de atrás del coche, un joven flecha, de aspecto enjuto, perfectamente uniformado y afeitado, armaba con movimientos enérgicos una silla de ruedas. Sintió una punzada en el estómago. El corazón se le aceleró y se dirigió a Mario.

—¿Qué le ha pasado?

—Nuestro hermano es un héroe de guerra, un valiente que ha sufrido los efectos de la contienda. Ha sido condecorado por el mismísimo Caudillo en reconocimiento a su entrega a la causa nacional. Debemos sentirnos muy orgullosos de él y cuidarlo para que su vida sea lo mejor posible.

Teresa miraba absorta a su hermano mientras hablaba. Su rostro serio tenía un visaje distante, como si no le afectase. Cuando la silla estuvo montada, el conductor la puso junto a la puerta del coche, la abrió y lo sacó en volandas como si fuera una piltrafa. Teresa, al verlo, tuvo ganas de llorar. Sus piernas estaban muertas y parecía que bajo la tela de los pantalones tan sólo hubiera huesos. Una vez colocado en la silla, Teresa se acercó a él y se agachó para verle la cara.

—Carlos, Carlitos... —sus ojos buscaron los de su hermano, pero se encontró con una mirada tan fría que le heló la sangre. Tragó saliva porque sentía la garganta seca—. Carlos, pero... ¿qué te han hecho?

Carlos no contestó. Bajó la mirada a sus manos temblonas, azorado.

—Déjalo tranquilo —dijo Mario—, está cansado; el viaje ha sido muy largo.

Subamos a casa. Quiero darme un baño y comer algo.

—No sé si habrá agua, la cortan constantemente y sin avisar, y cuando hay, no tenemos con qué calentarla, y de comer no hay nada, apenas un puñado de lentejas.

—Martínez, ocúpese de eso, rápido.

—Sí, señor —contestó uno de los hombres con marcialidad. Se cuadró, alzó la mano, se montó en uno de los coches y se marchó.

Cuando todos entraban en el portal (una docena de hombres, los más jóvenes, portando maletas, cajas y maletines), Teresa oyó a su espalda la voz de Jorge Vela que, prudente, la llamaba. Esperó a que todos estuvieran dentro.

—Tenías que haberme dicho que eras hermana de Mario Cifuentes. —Teresa no dijo nada, su pensamiento estaba en la silla de ruedas que empujaba el joven falangista—. ¿Podré verte otro día? —le preguntó seguro y sonriente—. Me encantaría invitarte a tomar un refresco.

Teresa le miró aturdida, estuvo a punto de decirle que tenía novio, pero no lo hizo.

—Gracias por el viaje, Jorge, has sido muy amable —en ese momento, Mercedes se cruzó delante de ella. Como si de repente regresara a la realidad, miró a Jorge y le dijo—: ¿Buscarás a Andrés?

—Por supuesto, no lo dudes, y ahora con más motivo sabiendo quién me lo solicita.

De repente, se cuadró, juntó con un sonido seco la parte trasera de los talones y levantó la mano con un vehemente arriba España, para luego volver a relajarse.

—Pero ¿qué haces? —preguntó Teresa, atónita.

—Ahora tengo que marcharme. Y que no se preocupe tu amiga, encontraré a su marido aunque tenga que remover cielo y tierra, mañana mismo me pongo a ello. Tendréis noticias mías.

Se puso la gorra, se montó al volante y se alejó, dejando una estela de polvo y humo desprendido del tubo de escape.

Teresa había soñado muchas veces con el momento del regreso a casa de sus hermanos; sin embargo, todo estaba siendo desconcertante: voces rudas que parecían dar órdenes constantemente, caras serias, frentes ceñudas, susurros entre varones que parecían maquinar asuntos turbios amparados por el secretismo de puertas cerradas a cal y canto.

El primer conflicto fue el que provocó Juan nada más entrar a su cuarto y comprobar que, además de faltarle algunos muebles, ropa, libros y otros objetos, estaba ocupado por las cosas de Mercedes.

—¿Quién ha estado utilizando mi habitación? —preguntó sin disimular su contrariedad.

Teresa entraba en ese momento en el piso, y se adelantó a Mercedes que se

encontraba en la cocina con Joaquina, cuchicheando la llegada de los tres hermanos.

—Mercedes ha ocupado tu habitación todo este tiempo.

—¿Y quién es Mercedes?—su voz fue tan áspera, que Teresa alzó la barbilla y miró a Mario.

—Mario, díselo tú. Fuiste el primero que la conociste.

Mario miró con desgana.

—Es de fiar, Juan, no te preocupes.

—Quiero mi habitación limpia y dispuesta en media hora. Y ha llegado la hora de que cada cual regrese al sitio que le corresponde.

Sus palabras resultaron tan tajantes y tan desagradables que Teresa fue incapaz de replicar. Entre las tres mujeres, sacaron las cosas personales de Mercedes y arreglaron la alcoba.

Mercedes permaneció llamada y seria todo el rato. Se sentía incómoda con la presencia de todos aquellos hombres por un espacio que, durante muchos meses, había hecho suyo, en una estrecha complicidad con Teresa y con Joaquina, que en ningún momento dejó de tratar a Teresa de usted y de llamarla «señorita», a pesar de las largas conversaciones, de los miedos compartidos, del hambre apenas paliada a base de una eficaz imaginación, y las largas horas de soledad acompañada, acorraladas por la escasez, el retumbar de las bombas y la oscuridad de las interminables noches de sirenas y esperas. Ahora, de repente, como el que despierta de un sueño profundo, le zarandeaba la realidad de su no pertenencia a ese mundo, anhelaba con tristeza un pasado ya perdido, e imaginaba con incertidumbre el futuro que llegaba. Se instaló en la habitación de Charito por empeño de Teresa, que insistió en que la utilizara hasta decidir su regreso definitivo a Móstoles. Mercedes accedió pero con la idea de marcharse cuanto antes, aunque fuera a vivir con el viejo Manolo, y a que no tenía otro sitio a donde ir por el momento. La situación había cambiado, se encontraba totalmente fuera de lugar; si no se marchaba de inmediato era porque Teresa le suplicó que esperase sólo unos días.

El silencio amargo por la carestía de todo, cauteloso, cargado del ahogado miedo a cualquier ruido desconocido al que se habían acostumbrado durante tantos meses, se desvaneció de repente, y la casa se transformó en una especie de cuartel, engullendo a todos sus habitantes en una actividad frenética de constantes entradas y salidas de hombres uniformados que atravesaban el pasillo en circunspecto sigilo, de jóvenes flechas que, solícitos, descargaban en la casa comida, sábanas, mantas, colchas, mantelerías, enseres y todo cuanto se lo ocurría pedir a Mario o Juan, con el fin de rellenar el vacío casi absoluto que habían ocasionado la necesidad (muchos bártulos y chismes, y gran parte del

ajuar habían sido moneda de cambio para obtener comida y otras cosas imprescindibles para sobrevivir) y la rapiña de ladrones metidos a milicianos (o de milicianos metidos a ladrones, como afirmaba Mario, despectivo). Teresa apenas pudo cruzar alguna palabra con sus hermanos, encerrados en el despacho de su padre, siempre reunidos con media docena de hombres vestidos como ellos, o con uniforme militar de alto rango. Sus botas resonaban huecas en la madera del pasillo, sus voces graves, roncas, firmes, parecían dirigir el mundo. Era Juan quien recibía a los que llegaban y despedía a los que se iban, acompañándoles hasta la puerta, mascullando frases entre dientes, serios, generalmente ceñudos como si la suerte del mundo dependiera de sus decisiones. Juan era también el que respondía al teléfono, que no dejaba de sonar insistente a medida que avanzaba el día; apenas colgaba, volvía a oírse el timbre con estridencia, recorriendo recados cortos, concisos, que apuntaba en una libreta y que luego pasaba a Mario, o bien manteniendo una conversación que se alargaba en el tiempo, siempre con un visaje trascendente. Carlos, sin embargo, parecía ajeno a lo que le rodeaba. Le dejaron con la silla de ruedas en el salón, frente a la ventana, condenado al olvido, arrumbado en un rincón sin molestar ni ser molestado; callado, cabizbajo, cuando Teresa le hablaba sólo afirmaba o negaba con un leve movimiento de cabeza, apenas sin fuerza. Se mostraba huraño, hastiado de todos y de todo: del ruido, del silencio, incluso del aire. Tenía el pelo mucho más ralo y demasiado largo, suelto, sin la brillantina que lamía la cabellera de sus hermanos. Llevaba puesto uniforme de requeté, camisa y pantalón de color pardo, que le estaba grande, demasiado holgado, como si hubiera mermado su cuerpo dentro de la ropa. En cuanto estuvo su habitación preparada (limpia y con todas las pertenencias de Mercedes fuera) pidió que le dejaran solo en su interior, sentado frente a la ventana en su silla de ruedas.

Así transcurrieron dos días, los hombres encerrados en interminables reuniones, las mujeres trajinando por la casa para organizar todo, comida, limpieza y adecentamiento, después de meses de desidia, falta de fuerzas, ganas y productos para desempolvar y abrillantar suelos y ventanas.

La mañana del primero de abril amaneció soleada. Era sábado, y Teresa y Mercedes salieron temprano. Ese día Mercedes cumplía veintitrés años, y ni siquiera Teresa se acordó (tampoco se lo recordó, no quiso, o no tenía gana de ser felicitada, no había motivo, tan sólo el aniversario del día en que vino al mundo), los dos últimos cumpleaños no los había celebrado, nadie celebraba nada en aquella casa si no era haber conseguido algo consistente que comer.

Había mucho personal por la calle, pero la diferencia con los últimos meses se hacía evidente, parecía que todos estaban contentos; donde antes se oían los sonos de *La Internacional*, el *Himno de Riego* o el ¡*No pasarán!*!, ahora se cantaba el *Cara al Sol*; donde antes se levantaba el puño cerrado, prieto, ahora se alzaba el saludo romano, la mano extendida, el brazo enhiesto, con vivas a Franco y

arribas a España. Las calles de la ciudad eran un hervidero de gentes que iban y venían sin un rumbo fijo, agradeciendo el sol de la recién estrenada primavera. En el aire se oía el repique de campanas, era Sábado Santo, y con él reaparecieron las beatas vestidas de negro con el velo cubriéndoles la cabeza que acudían, ya sin temores, a los oficios de aquel día de Pasión, después del obligado paréntesis de la guerra, durante el cual se vieron privadas de sus rosarios, de sus oraciones, vacías de misas o de cualquier evento religioso si no era jugándose la vida. Decenas de barrenderos se afanaban en dejar los paseos y calzadas limpias de escombros y porquería acumulada durante meses de poca escoba y mucha bomba; las fachadas de los edificios se enlucían; se retiraban los sacos terreros que durante meses habían estado protegiendo las entradas a tiendas, comercios y locales; centurias de trabajo se organizaban para descombrar los parapetos y las barricadas, ya innecesarias, que habían convertido las calles en campos de batalla. Las cafeterías y bares bullían de gente que de nuevo aspiraba el aroma de café, el pan recién tostado, el anís y los churros. Toda había pasado. Las proclamas constantes emitidos por la radio, los artículos y editoriales en los periódicos (publicados ya con signo distinto) repetían machaconamente que atrás quedaba el hambre, los cortes de luz y del agua, la escasez de papel, de jabón, se acabó la ruina y la sed, la suciedad y abyección soportados por el pueblo de Madrid de mano de la turba de rojos llenos de odio; Franco prometía recuperar para España el pan, el hogar y el trabajo; discursos resonantes de voces rimbombantes y sonoras, palabras grandilocuentes, soflamas histriónicas, vehementes, cargadas de simbolismo que penetraban en la mente agotada y hambrienta de las gentes ansiosas por creerlo, aceptarlo, aplaudirlo y vitorearlo hasta desgañitarse para que, de una vez por todas, esa paz tan deseada se convirtiera en realidad.

Sin embargo, Teresa y Mercedes caminaban ajenas a aquella algarabía; lo hacían con una prisa distinta, mirando de vez en cuando por encima de su hombro con el temor de que alguien pudiera seguir las. Ellas, como otros muchos en Madrid, sin apenas soltarlo, volvían a sentir miedo. La noche anterior, Teresa (después de insistir en varias ocasiones sin obtener nada más que desplantes) había conseguido la atención de su hermano Mario en privado y durante apenas unos minutos. Aprovechó el momento en el que todos los hombres salían por el pasillo guiados por Juan para colarse en el despacho y cerrar la puerta. Él la miró incómodo.

—¿Qué quieres? Tengo mucho trabajo.

—He de hablar contigo.

—Luego, Teresa, ahora no tengo...

—Ahora, Mario —le interrumpió con toda la firmeza de que fue capaz—.

Llevo dos días pidiéndote que me dediques unos minutos, tengo cosas importantes que decirte, y no pienso moverme de aquí hasta que no me escuches.

Mario aparentó no prestarle mucha atención, mientras revolvía papeles amontonados sobre su mesa. Alzó los ojos para mirarla un instante, y volvió su atención al contenido de esos papeles.

—¿Qué es lo que quieres?

—Cuando empezó esta maldita guerra hubo gente que nos ayudó. Ahora nos toca a nosotros ayudarles a ellos.

—No pienso salvar el pellejo a ningún rojo.

—¿Ni siquiera a los que te salvaron la vida?

—Si son rojos, ni siquiera a ellos, bastante daño que han hecho a este país.

—No te reconozco.

—No es mi problema.

Teresa sintió una punzada en la boca del estómago. No entendía a su hermano. No podía haber cambiado tanto. Era tan frío que su presencia, antes cercana y amigable, ahora le amedrentaba. Decidió ir al grano. No podía perder más tiempo; temía que Juan interrumpiera una conversación en la que no quería que interviniera.

—Mario, Arturo Erralde está en apuros...

Levantó la mirada hacia ella con una mueca de enfado.

—¿Sigues con ese malnacido?

—No hables así de él...

—Hablo como quiero.

—Tienes que ayudarle.

—¿Por qué he de hacerlo?

—Él intercedió por ti cuando te encerraron en la checa, gracias a él no te dieron el paseo.

—¿Eso te ha contado?

—Y es cierto, estás vivo gracias a él, se la jugó por ti.

—No, si ahora va a resultar que es la Virgen María vestido de marxista —añadió mordaz—. Ya veo que te has creído las patrañas de esa basura roja. No has aprendido nada, hermanita. Eres igual de estúpida que antes.

—No te permito que hables así del que va a ser mi marido.

Levantó la cabeza como si tuviera un resorte en el cuello. La miró con fijeza, fulminándola con los ojos enrojecidos de rabia.

—¿No hablarás en serio?

—Claro que sí. Es mi novio, y nos casaremos pronto, lo queráis o no, soy mayor de edad y puedo hacer lo que me venga en gana.

—Ya veo. Pues entonces salva tú su culo, si puedes. Pero no vengas a pedirme ayuda cuando caigas con él en la mierda. ¿Me has oído? Y ahora, déjame trabajar, que algunos tenemos que sacar a este país de la miseria en la que le ha metido gentuza como tu novio.

Teresa bajó los ojos derrotada. Todo estaba saliendo al revés. No podía

marcharse, el único que podía ayudar a Arturo era Mario, de lo contrario, acabaría en la cárcel o muerto.

—Mario, te lo suplico, y o le quiero...

En ese momento la puerta se abrió y entró Juan. Se extrañó de ver a Teresa de pie, junto a la mesa en la que Mario seguía, en apariencia, consultando papeles.

—¿Qué pasa, hermanita? ¿Necesitas más sábanas, jabón, vestidos? Pide lo que quieras.

El silencio le indicó que no estaban hablando de necesidades básicas y materiales. Mario le contó con un visaje entre irónico y grave que Teresa seguía su relación con Arturo Erralde, y de su pretensión para que le ayudase. Juan la miró después de escuchar atento las explicaciones de Mario, la tomó del brazo con agresividad y se acercó a ella tanto que tuvo que echar el cuerpo hacia atrás.

—Ya te puedes ir olvidando de ese rojo cabrón porque no le vas volver a ver el pelo nunca, de eso me encargo yo.

—Me voy a casar con él.

Sintió el bofetón como el restallar de un látigo en su mejilla. Se puso la mano sobre la cara ardiente, mirándolo asustada, desconcertada, dolorida.

—No lo harás porque no habrá novio en la boda. Ese cabrón no va entrar a formar parte de esta familia, ¿te enteras? Lo quieras tú o no. Tu opinión en esto no interesa a nadie.

—Teresa, déjanos. —Mario le ordenó con firmeza, no supo muy bien si por librarla de la violencia de Juan o porque realmente quería terminar con aquella reunión—. Ya sabes lo que pensamos del asunto, así que olvídate de ese hombre y céntrate en organizar la casa para que todo esté a punto al regreso de los padres.

Teresa miró a uno y a otro. Juan la fulminaba con los ojos, aleteando la nariz, contenido de rabia, con los puños cerrados. Mario, sin embargo, había suavizado el gesto. Vencida, derrotada, se dio la media vuelta y se dirigió a la puerta.

—Ah, una cosa más —dijo Mario antes de que hubiera tocado el pomo de la puerta—, mañana quiero a esa chica, Mercedes, fuera de esta casa.

Teresa se volvió ceñuda. Notaba revuelto el estómago.

—Ella te cuidó cuando estabas herido.

—Se ha pasado en esta casa toda la guerra; creo que la deuda con ella está saldada.

—No te reconozco... —musitó Teresa, Sin apartar los ojos de su hermano mayor, pero él desvió su mirada en seguida y se puso a hablar con Juan, para atraer, no sin algún esfuerzo, la atención del mellizo, e ignorando la presencia de Teresa.

Cuando ya creía que no iba a recibir ni una sola palabra más de sus hermanos, y antes de que cerrara la puerta, Juan se volvió hacia ella,

interrumpiendo lo que le contaba Mario y le dijo:

—Me voy a encargar personalmente de que no vuelvas a ver a ese rojo.

Apenas había pegado ojo en toda la noche; tenía que avisar a Arturo. Le fue imposible utilizar el teléfono, controlado a todas horas por Juan desde el despacho. Así que con la excusa de que querían buscar la forma para que Mercedes pudiera regresar a Móstoles, salieron a primera hora de la mañana sin sospecha aparente.

Cuando llegaron al portal de la pensión, la portera se encontraba apoyada en la puerta, muy entretenida, viendo pasar a la gente. Al verlas se alertó, miró a un lado y a otro, y entró delante de ellas.

—Pero ¿adónde va, señorita Teresa? ¿Es que no se ha enterado?

Emiliana llevaba más de treinta años en la portería del edificio, conocía bien a todos los vecinos del inmueble, incluidos los clientes habituales de La Distinguida, sus entradas y salidas, sus virtudes y miserias personales las sabía de memoria. Era algo fisgona y entrometida, pero no tenía mal fondo y sobre todo era muy agradecida. Las necesidades surgidas por la escasez de la guerra le habían mostrado quién era quién en aquella casa de vecinos. Viuda y sola en la vida, durante la contienda había sobrevivido gracias a la generosidad de algunos de ellos. Arturo, cuando regresaba del frente, la dejaba algunas latas de conservas, chocolate o un puñado de arroz; doña Matilde la invitó muchas veces a compartir el insulso puchero de lentejas que se encargaba de cocinar Cándida, con apenas ingredientes y mucho ingenio. Incluso había cogido cariño a Teresa, no sólo porque era la novia de Arturo, sino porque en el invierno del 37 le proporcionó una manta y algo de ropa de doña Brígida, con la que pudo abrigarse, después de que un grupo de hombres (y alguna mujer marrullera, como ella decía) irrumpieran en su pequeña vivienda situada en la trasera de la portería, y se llevaran, para el Auxilio Rojo, toda la ropa de invierno, dejándola con lo puesto.

—¿Qué ha pasado, Emiliana?

Hablaba en susurros, asustada.

—Se los han *llevao* a todos, señorita, bueno, menos al señorito Arturo. Menos mal que pudo escapar...

—¿Quién se los ha llevado? ¿Adónde?

—La policía, detenidos. Esta misma mañana, ni había amanecido, no le digo más. Me hicieron levantar de la cama con unos golpes que no puede usted imaginar, creía que echaban abajo el portalón. Subieron como una exhalación y al poco bajaron con doña Matilde, don Saturnino, Cándida, la chica y la señora Maura, uno detrás de otro, pobrecitos míos, los metieron a todos en un furgón y, hala, a encerrar, sin ton ni son, lo mismito que en el 36.

—¿Y don Hipólito?

—¿Ése? —Se puso los dedos en los labios y se los besó—. Me juego lo que quiera que ese hijo de mala madre ha sido el que los ha denunciado, se lo digo yo, que conozco a todos los que están aquí como si los hubiera parido. Es un mal tipo, una mala persona, hágame caso, señorita Teresa, ese *tié* una sentina por conciencia. Ha sido él, y yo le voy a decir lo que ese mal *pario* pretende —alzó las cejas y miró altiva, como si fuera a pronunciar algo trascendente—, ese quiere quedarse con el piso de doña Matilde, ya lo verá si no... ¿Qué no? Tiempo al tiempo, ya me lo dirá usted a mí. Si nadie pone remedio, ése se queda de dueño en el piso de doña Matilde, pobrecita mía, si es una santa, una santa. Arriba debe de estar, repantigado como un pachá. Si ya le veía yo venir, desde siempre, miserable cabrón...

La mujer terminó murmurando entre dientes como si soltase una letanía, con las manos cruzadas bajo su pecho orondo, con su bata de siempre, de un gris difuminado, desvaído por el paso del tiempo, sobre el que llevaba, como siempre, un delantal también gris algo más claro, desprendiendo el mismo olor que ambientaba el portal a hortaliza cocida, a rancia fritanga y a sudor retenido que aumentaba si abría los sobacos.

Teresa intentaba poner orden a la retahíla de palabras que soltaba la portera por la boca, como si se le escapasen sin control y salieran aturulladas, rápidas, sin apenas respirar.

—¿Dónde está Arturo?

Emiliana miró a un lado y otro. Alzó las cejas y se acercó a ellas como si les fuera a decir una gran confidencia.

—Se escapó, ya se lo he dicho. Cuando todos se fueron, salió del patio de luces y se fue a la calle. Menudo susto me dio, iba vestido de cura con la sotana del cuñado de doña Matilde; casi me da un patatús. Tenía que haberlo visto. No le quedaba mal la sotana al chico, algo corta, pero daba el tipo de cura, sí señor.

—¿Y sabe adónde ha ido?

Emiliana se acercó casi hasta su oído y la habló muy bajo.

—Me dijo que usted sabría dónde encontrarle.

Teresa se volvió a Mercedes, pensativa. Luego, volvió a dirigirse a la portera.

—¿Le dijeron adónde se llevaban a doña Matilde y a los otros?

—Ni idea, hija, no me atreví ni a preguntar. Yo punto en boca, cuando subieron y cuando bajaron; cualquiera pregunta. Pobre doña Matilde, con lo buena que ha sido conmigo —de repente, y por primera vez, su gesto se entristeció, y sus ojos se enrojecieron por un llanto blando—. Ah, tengo algo que darte, ven por aquí, hija, ven.

Entró en el cuchitril de la portería; sobre la mesa había una caja envuelta con papel de estraza.

—Lo han traído hace una hora, como es para el señorito Arturo, pues se lo

lleva usted, no vaya a ser algo importante.

—Gracias, Emiliana.

—De nada, hija, *pá* eso estamos.

Teresa cogió el paquete. No era muy grande y tampoco pesaba mucho. Miró el remite, lo enviaba desde Cox, Miguel Hernández, un poeta de ojos muy grandes y carita de hambre amigo de Arturo, que hacía pocos meses había perdido a su primer hijo y que acaba de ser padre del segundo.

Se despidieron de la portera y salieron del portal. Mercedes miraba a Teresa de refilón; iba cabizbaja, agarrada, tensa. La gente pasaba a su lado y las empujaba o zarandeaban cuando atravesaban grupos numerosos.

—¿Adónde vamos?

Teresa levantó los ojos y la miró cuando escuchó su voz, como si la hubiera descubierto de repente.

—A buscar a Arturo.

—Pero ¿sabes dónde está?

—Creo que sí..., espero que sí.

Anduvieron durante casi media hora, esquivando como podían el tumulto formado en las calles en torno a la Castellana. A duras penas cruzaron el paseo, para subir por Serrano, agarradas de la mano o del brazo, en silencio, atentas a los fuertes empujones que recibían de la gente empeñada en seguir a los militares que penetraban en la ciudad por todos los puntos. Llegaron a Ramón de la Cruz. La cosa fue tranquilizándose y por allí pudieron caminar con normalidad. Teresa miraba los edificios, como si buscara algo más que conocido, escudriñado en un vago recuerdo. Giraron a Núñez de Balboa y, de repente, se detuvo delante de un portal.

—Es aquí.

Accedieron al interior. El portal era oscuro y largo como un túnel. El aire parecía espeso y olía a cueva mal ventilada.

—¿Adónde vamos? —preguntó otra vez Mercedes, agarrando a Teresa del brazo.

—Mi abuela materna me dejó en herencia un sotabanco en este edificio —hablaba en susurros, mirando al frente, avanzando lentamente hacia unos escalones que se vislumbraban al fondo—. Estuvo alquilado a un matrimonio durante muchos años, y la renta se ingresaba en la cuenta que abrió mi abuela a mi nombre para comprarme el ajuar. Nunca he estado aquí, pero creo que es un cuartucho con una ventana al patio; tiene gracia porque a mi hermana le dejó un piso precioso de cien metros con cuarto de baño en José Abascal, por el que sus inquilinos pagaban cuatro veces más, nada que ver con esto; otra de las componendas de mi madre que nunca las he entendido, ni lo pretendo. Al principio de la guerra, antes de que tú aparecieras en casa, los arrendatarios dejaron de pagar el alquiler; no sólo lo hicieron éstos, todo el mundo dejó de

pagar los alquileres, los servicios de gas, luz, agua, en este afán que tienen de que todo es explotación de los propietarios, de la patronal y de las grandes empresas de suministros. Ya sabes, todo a la tremenda. Se lo comenté a Arturo y vino a hablar con los inquilinos para ver si se podía llegar a algún acuerdo; se trataba de los únicos ahorros con que contábamos para casarnos. Encontré un drama: la mujer estaba sola, destrozada, acababa de enterrar al marido, se lo habían matado en el frente. Dejaba la buhardilla porque no podía pagarme; regresaba a Toledo, allí tenía familia, no quería quedarse sola en la ciudad. Así que la buhardilla quedó vacía —se detuvo y se volvió hacia Mercedes—. Sé que Arturo la ha utilizado durante este tiempo para meter a gente de paso que no tenía donde dormir.

Subieron los cuatro escalones que dividían el portal en dos alturas, y vieron una puerta con un cartel pegado a la pared: PORTERÍA. Nadie salió a su encuentro, y se apresuraron a ascender los cuatro pisos y la entreplanta que les llevó hasta el sotabanco. El rellano estaba muy oscuro. Teresa cedió a Mercedes el paquete que portaba y, casi a tientas, avanzó con las manos por delante, guiándose por un reflejo que se escapaba por el resquicio bajo la puerta. Tocó dos veces con los nudillos. Las dos guardaron silencio, expectantes a cualquier ruido en el interior.

—Arturo —Teresa pegó su boca a la madera de la puerta y susurró su nombre—, Arturo, soy yo.

De inmediato, se oyó un chasquido en el interior y se abrió lentamente. Las dos entraron rápido. Teresa se abrazó a él sin poder contener la angustia que llevaba dentro desde que había hablado con su hermano. Testigo mudo del abrazo, Mercedes cerró sin hacer ruido. Echó un vistazo alrededor y depositó el paquete sobre una mesa que había en el centro. Se trataba de un espacio pequeño, abuhardillado, con una ventana que mantenía los postigos cerrados, por cuyas rendijas se colaban haces de luz que se estrellaban oblicuas contra el suelo, entre los que danzaba el polvo suspendido. Había dos sillas junto a la mesa, además de una cómoda con cajones, un armario de dos puertas, una pequeña estantería vacía, un viejo sillón, un infiernillo y una cama; sobre ella, una sotana. El ambiente resultaba agobiante, no sólo por la forma del techo que caía a los lados hasta llegar al suelo, sino porque aquel lugar no se había ventilado en mucho tiempo.

Arturo tenía un aspecto horrible. Pálido, sucio, las mejillas ennegrecidas por la barba de varios días; cada vez que se movía desprendía un fuerte olor a sudor que hacía pesado el aire. Después del abrazo, como si le faltasen las fuerzas, se dejó caer sobre la cama, rendido, con los brazos apoyados en las rodillas, inclinado hacia ellas, las manos inertes, desvencijado por la debilidad, la desidia y el desánimo; les contó que había pasado los dos últimos días en cama, con mucha fiebre, al cuidado de doña Matilde y las atenciones de Lela y de su

abuela.

—¿Por qué no me llamaste?

—Lo intenté varias veces, pero la línea siempre estaba ocupada.

—Mis hermanos han vuelto a casa. Se pasan horas colgados al teléfono.

Él la miró intentando encontrar en ella alguna esperanza para contar con su ayuda; sin embargo, no le preguntó, o no quiso hacerlo. Continuó describiendo la peripecia de la huida.

—No había amanecido todavía cuando Lela irrumpió en mi cuarto, despertándome sobresaltado del duermevela en el que había conseguido caer. Estaba alterada, nerviosa, con los pelos alborotados y en camión, tras ella entró la señora Maura. Atropelladamente, me urgió a que saliera de la pensión de inmediato porque venían a por mí, y que estaría muerto antes de terminar el día si me cogían —miró a Teresa que permanecía de pie, a su lado, acariciando su hombro—. Ya sabes cómo es esa chica, no sé qué tiene, pero ve mucho más allá de lo que podemos percibir el resto de los mortales —se llevó las dos manos a la cabeza y la escondió por un momento entre ellas, tocándose el pelo, como si concentrara sus ideas para ponerlas en orden; resopló desesperado, y volvió a dejar los brazos desmayados sobre sus rodillas—. Me vestí apresuradamente. Doña Matilde, que al oírnos se había levantado, pensó que sería buena idea lo de la sotana (había salido a la calle y comprobó que los curas y las monjas se paseaban por Madrid sin ningún problema, sin miedo y sin esconderse); la sacó de donde la tenía escondida y me la puse. Estaba ya en la escalera para marcharme cuando oímos los golpes en el portal. No tuve más remedio que saltar por la ventana del baño hasta el patio interior; me escondí en el cuarto de basuras hasta que se marcharon. Salí por la casa de la portera —esta vez sus manos taparon su cara, movió la cabeza de un lado a otro, y habló sin descubrir el rostro—. Me dijo que se los habían llevado a todos; ha sido mi culpa, venían a por mí; tenía que haberlo pensado, les he puesto en peligro, tenía que haberme marchado hace tiempo...

—Tú no has puesto en peligro a nadie —interrumpió Teresa—, se los han llevado a todos porque don Hipólito los ha denunciado. Según Emiliana, pretende quedarse con la casa.

Teresa necesitaba creer la versión de la portera de que el responsable de aquel desaguisado había sido don Hipólito y no sus hermanos.

Un silencio se tragó el tiempo, envueltos en ese aire empalagoso, cargado, irrespirable apenas. La penumbra no ocultaba el rostro macilento y desesperado de Arturo, las bolsas oscuras orlando los ojos hundidos, vidriosos por la fiebre y la falta de sueño.

—No sabía adónde ir, éste es el único sitio... —tragó saliva—, Teresa, tengo que salir de Madrid, tengo que marcharme de este país. No puedo esperar más. Mario tiene que ayudarme. Tienes que decirle que me saque de aquí.

Teresa bajó los ojos inquieta. Cómo decirle que Mario no sólo que no estaba dispuesto a ayudarlo, sino que pretendía encerrarlo. La guerra había transformado a sus hermanos; Mario ya no tenía la noble candidez de antes, se había vuelto frío, rudo, calculador y estricto, tanto que no aceptaba nada que no estuviera en los límites de su criterio o en los del ideario de Falange. Juan había potenciado la mala baba que siempre le había diferenciado de su mellizo, y se había especializado en los oscuros enredos, en la imposición autoritaria del poder y la fuerza contra todo aquel que no caminase a su lado, que no manifestase con claridad su afición a los vencedores: Franco y el Ejército, avalados ambos por la Iglesia y por el partido único (la Falange, unificada con la JONS desde el 37); la táctica de aquella maquinaria totalitaria llamada Movimiento Nacional, se ceñía a afianzar la autoridad a base de humillar a los desafortunados, someter a los perdedores y denostar a todo el que se atreviera a pensar, a opinar o criticar el discurso impuesto. Y en cuanto a Carlos, se había convertido en un héroe de guerra, un héroe sin piernas, un lisiado, un tullido que había recibido como única recompensa por su arrojo y entrega, además de una medalla de hierro, un negro futuro, inmóvil y sombrío. Amargado, aislado y resentido con el mundo, ni siquiera se le había pasado por la cabeza pedirle su ayuda. Sin embargo, no quería caer en la desesperanza, tenía que convencer a Mario, no sería capaz de cerrar los ojos a una realidad: Arturo le había salvado la vida, le había librado del paseo en la checa en la que estuvo más de una semana encerrado, y no sólo a él, a su padre, a su hermana Charito, les había ayudado poniendo en peligro su propia integridad. Estaba dispuesta incluso a renunciar a él si con ello le evitaba la negra suerte que le amenazaba si permanecía en España. No se podía dar por vencida. Tomó aire y lo miró.

—No te preocupes, hablaré con él, pero necesito tiempo...

—No tengo tiempo —interrumpió furibundo—, si me encuentran, me matan.

—Nadie te va a matar. Tienes que confiar en mí. Te sacaré de Madrid, y yo me iré contigo. Nos casaremos y seremos felices lejos de esta ciudad y de este país que parece no haber aprendido nada. Mientras tanto, te quedarás aquí. ¿Te ha visto entrar la portera?

—No. Pero me conoce. Si sabe que estoy aquí, me denunciará, seguro, es una fulera.

—Cerrarle la boca tiene fácil remedio, déjalo de mi cuenta; pero no puedes moverte de aquí hasta que encuentre la manera de sacarte de Madrid. Te traeré comida y todo lo que necesites.

—¿Y doña Matilde y los demás? Hay que ayudarles. Es injusto que estén detenidos.

—Cada cosa a su tiempo, Arturo. Sé que es una injusticia, pero hay demasiadas, y me siento incapaz de atender a todas. También tenemos que buscar a Andrés, Mercedes lleva toda la guerra esperando su turno, y no voy a

abandonarla.

—No te preocupes por eso —intervino Mercedes—, creo que será mejor que regrese a Móstoles. Si como dice el tío Manolo, está vivo, no tardará mucho en aparecer.

—No puedes marcharte ahora. Te necesito a mi lado más que nunca.

—Yo ya no hago nada en Madrid, y, además, tus hermanos me quieren fuera de tu casa...

—Mis hermanos pueden decir lo que quieran, también es mi casa.

Se quedaron en silencio, con miradas esquivas. Teresa tenía en la cabeza el nombre de Jorge Vela, tal vez él pudiera hacer algo, no sólo por encontrar a Andrés como se había comprometido, sino también por ayudar a Arturo. No le había pasado desapercibido que el chico se había fijado en ella. Si sabía utilizar con acierto ese interés podría conseguir a través de él lo que sus hermanos le negaban.

Arturo se fijó en el paquete que había dejado Mercedes sobre la mesa.

—¿Qué es?

—Ah, es para ti. Me lo dio Emiliana, la portera. Ha llegado hoy mismo. Es de Miguel.

Arturo se levantó y rasgó el papel.

—Tenemos que irnos —le dijo Teresa—. Volveré en cuanto me sea posible y te traeré lo que necesites. Haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte, pero no hagas ninguna tontería. Espera a que yo regrese.

—No me moveré, pero sácame de aquí cuanto antes o te aseguro que no duraré mucho.

Echó la llave a la puerta y se volvió hacia la caja. La abrió y de su interior sacó un sobre sin remite ni remitente. Contenía una carta de Miguel, fechada el día 15 de marzo, en la que le decía que estaba en casa con Josefina y Manolillo, y le pedía que guardase el contenido de la caja hasta que se volvieran a ver.

Dejó la carta sobre la mesa y extrajo lo que había en el paquete: un ejemplar de *El rayo que no cesa*, con una dedicatoria hecha en lápiz y fechada también el día 15 de marzo de 1939:

«Si nuestros caminos vuelven a cruzarse será cierto que habremos salvado un destino negro. En esta senda que emprendo hacia la libertad, te llevo conmigo, mi querido amigo, mi buen amigo. Un abrazo. Miguel Hernández».

Una sonrisa lánguida y melancólica le surgió en sus labios. Tragó saliva, embargado por la emoción. Sacó otro libro encuadernado en rústica, con una

cubierta de tonos tierra, sobre las que estaban impresas en letras blancas el título —*El hombre acecha*— y su nombre —Miguel Hernández— en letras negras. Abrió la cubierta y comprobó que también se la había dedicado:

«Mi buen amigo Arturo, custodia ésta, mi obra impresa y no publicada, que el tiempo decida su suerte, y la nuestra. Con mi reconocido afecto, Miguel Hernández» .

Resopló para ahuyentar las lágrimas inoportunas que emborronaban la visión. Respiró para tranquilizar el abatimiento que sentía, preguntándose una y otra vez cómo habían llegado a ese callejón sin salida, sin esperanza, cómo salir, cómo huir de aquella ratonera en la que se había convertido su vida.

Lo dejó sobre la mesa, junto al anterior, y de nuevo introdujo la mano en la caja. Sacó otros tres libros más, *Romancero Gitano* y *Mariana Pineda*, de García Lorca, y un ejemplar de *La destrucción o el amor*, de Vicente Aleixandre, éstos dedicados por sus autores a Miguel, con emotivas palabras de admiración y amistad. Debajo había una carpeta de cartón azul muy usada, que se cerraba con gomas de color rojo. Las soltó para ojear el interior. Reconoció la letra de Miguel en unas cuantas cuartillas escritas de tamaños y textura diferentes; letra menuda y suelta, con algunos tachones. Al leerlas se dio cuenta de que eran versos de prueba de la elegía que había dedicado a Ramón Sijé. Arturo se sintió estremecer porque aquella composición, grabada en su memoria de tanto analizarla y gozarla por su perfección poética, parecía tomar un terrible protagonismo en aquellos días tan repletos de lamentos e infortunio. También había pruebas de otros poemas que ya habían sido publicados o que se incluían en su última obra de *El hombre acecha*. En la última cuartilla vio un verso corto que no conocía. Había escrito una primera frase: *«Vino con tres heridas»*, pero tachó el verbo *«Vino»* para escribir encima *«Llegó»*. Arturo leyó el poema; eran tres estrofas, cortas pero contundentes. Un escalofrío le recorrió la espalda y sus ojos (irremediablemente esta vez) se colmaron de lágrimas que intentó ahogar pasando su mano por su cara, como si quisiera borrar la visión de esas tres heridas, la del amor, la de la muerte y la de la vida.

Teresa Cifuentes Martín

Tan absorto estaba escuchando aquel relato que me sobresalté cuando una luz se encendió a mi espalda. Me giré, incómodo por la interrupción.

—Estáis casi a oscuras —dijo Miguel.

—Gracias, hijo —añadió Teresa Cifuentes, aturdida, como si regresara de un largo y profundo sueño. Tenía los ojos entrecerrados ante lo súbito del alumbrado, y, a pesar del agradecimiento dado a su hijo, frunció el ceño evidenciando que la penumbra del atardecer abocaba a la conveniente intimidad con que repasar y declamar los recuerdos. Después de encender la luz, Miguel volvió a salir del salón dejándonos solos otra vez—. No sé a usted, pero a mí me gusta esta sensación de ser tragada por el anochecer. Ahora, en seguida se enciende todo, ¡Santo Cielo!, ni que temieran la oscuridad —cambió el gesto y me sonrió amable—. ¿Le apetece otro café?

Negué con vehemencia. Ansiaba seguir escuchándola. Lo hacía, embelesado, desde que había llegado a ese piso de la calle del General Martínez Campos, número 25, tres minutos antes de que dieran las cinco. Me había recibido Miguel (el más joven de los hijos de Teresa Cifuentes), rondaba los sesenta años, alto, delgado, medurado en sus formas y buen porte en el vestir. Nada más abrir y tenerlo frente a mí, me presenté y pregunté por Teresa Cifuentes Martín. Mi voz tembló. Miguel afirmó cordial. Se hizo a un lado. «Pase, mi madre le espera». Accedí a la casa cohibido, con un incontrolado temor a molestar. «Acompáñeme, por favor. ¿Querrá usted un café?». Agradecí el ofrecimiento y lo seguí por un pasillo largo y ancho, de techos altos y decoración recargada y antigua. Refrenaba cada uno de mis pasos para amortiguar el crujido del piso de madera que rompía el silencio reinante en la casa. Más allá de sus vetustas paredes se apreciaba, muy atenuado, el estallido propio de la ciudad. A izquierda y a derecha se sucedían puertas anchas, cerradas, de pomos antiguos y madera seca a falta de una buena capa de barniz. Extravagantes cornucopias se alternaban con cuadros oscuros de marcos dorados; las paredes mostraban un color opaco que hacía más sombrío el largo corredor. Al final del mismo se abría una puerta de doble hoja con cristales esmerilados; de su interior refulgía la tenue claridad procedente de la calle. «Madre, está aquí el señor Santamaría», dijo precediendo mi paso; se detuvo, se volvió hacia mí y se echó a un lado para permitirme la entrada. Era un salón de los de antes: amplio, alto y atestado de un rancio pasado; parecía detenido en un tiempo inveterado. Los muebles y las tapicerías exhalaban aromas añejos; tres balconillos con ventanas de doble hoja se abrían a la calle, despejados de cortinas, fruncidas y amontonadas a los lados enmarcando cada uno de los miradores. Frente al balcón central había dos butacas, una junto a la otra, dispuestas hacia la calle, separadas por un velador con la superficie de mármol y cuatro patas de hierro forjado que se retorcían

desde el suelo hasta la base. En una de las butacas, la que quedaba a mi derecha, se hallaba sentada Teresa Cifuentes Martín. Mi primera impresión al ver su perfil había sido la de un ser frágil, delicado, consumido por los años; sin embargo, cuando estuve frente a ella noté un aura de fortaleza en sus maneras, en sus formas, en su voz.

Mi timidez inicial desapareció en seguida debido el trato amable y cordial dispensado desde el primer instante por mi anfitriona. Sobre el velador que nos separaba había unas gafas de ver encima de dos libros de Vargas Llosa, viejas ediciones con las cubiertas desgastadas secuela de múltiples lecturas. Asomaba entre sus hojas un punto de lectura plastificado. Durante los primeros minutos charlamos de literatura, de la grata sensación que producía la lectura de un buen libro, de mis preferencias y de las suyas, así como de los distintos autores, españoles y extranjeros, que había conocido a lo largo de su vida, a muchos y mucho, afirmaba con seguridad, sin atisbo de arrogancia pero sí de una grata complacencia, nombrando entre otros a Alberti, a su mujer Teresa León, a Miguel Hernández —alcé las cejas anonadado al oír su nombre— a Carmen Laforet, Neruda, María Zambrano, Juan Ramón Jiménez —con el que, me dijo, se encontraba en octubre de 1956, en el momento en el que le comunicaron que había sido galardonado con el premio Nobel de literatura, en el transcurso de una visita hecha a Zenobia, su esposa, ingresada en una clínica de Puerto Rico, donde moriría tres días después de recibir la noticia de tan ilustre distinción— por supuesto a Mario: de aquella manera se refería a Vargas Llosa para darme a entender su cercanía con tan afamado y admirado escritor.

Mi primera impresión fue la de que había viajado mucho, se la veía una mujer de mundo; nada tenía que ver con las ancianas de su edad que les había tocado bregar en su juventud y la mayor parte de su madurez con la angosta y oscura sombra de la dictadura franquista. Pero no quise preguntarle. No era el momento, dejé que ella llevase la voz cantante en la conversación, y, además, la llevaba muy bien, y yo me sentí mucho más cómodo de lo que podría haber imaginado.

Ella, por su parte, nada me preguntó acerca de mi interés en la historia de Mercedes y Andrés. Desde el primer momento, tuve el extraño presentimiento de que conocía detalles sobre mí, de mis intenciones y de los pasos que había dado hasta llegar a descubrir el último paradero de la pareja en el cementerio de Móstoles. Había llevado conmigo la caja de hojalata adquirida en el Rastro (no así el sobre sustraído de la buhardilla; había decidido esperar a ver qué me encontraba antes de confesar mi conducta reprobable). Cuando se la mostré, se emocionó, esbozó una tímida sonrisa y la cogió temblando, como cuando se halla algo perdido desde hacía años. « Dios mío, esta caja, todavía rodando por ahí — me dijo—. Era de caramelos. Una mujer se la regaló a mi padre unos días antes de la guerra, en agradecimiento por salvar la vida de su hija durante un parto

difícil. Cuando los dulces se terminaron, me la quedé yo y luego se la di a Mercedes; y ahora, mira tú donde ha acabado». Abrió la tapa con un sonido metálico. La foto del matrimonio en la fuente de los Peces de Móstoles apareció ante sus ojos; la miró fijamente durante un rato, rozando levemente con la yema de su dedo la superficie apergaminaada del cartón; noté estremecer su barbilla, y una sonrisa rota de tristeza quedó dibujada en sus labios. «Qué pena —su voz fue sólo un murmullo sutil, apenas perceptible—, qué futuro tan hermoso esfumado por la maldita guerra».

Casi sin darme cuenta, Teresa Cifuentes empezó a relatar los recuerdos, aferrados a su memoria, de aquel domingo 19 de julio en el que todo se quebró de repente. Las palabras fluían suaves de sus labios, embriagados en el precipitado atardecer de invierno. El salón quedaba al margen de la realidad presente y en su interior me resultaba fácil sumergirme en el pasado evocado. Apenas me dedicaba alguna fugaz miraba; sus ojos diáfanos, suspendidos siempre en un punto perdido. Así fue enlazando la historia vivida: la suya propia, la de Mercedes, Arturo y Mario, la de sus padres, su hermana, los dos mellizos, así como todos y cada uno de los actores secundarios que, de una forma u otra, se cruzaron con ella en aquel tiempo pasado. Me relató sin ambages los horrores de los que fue testigo en aquel verano funesto, horrores que abocaron sin remedio hacia años aciagos, envueltos primero en una guerra fratricida, dolorosamente prolongados después con la paz terrible, vengativa, represora, mortal: el hambre, la miseria, material y humana, la revancha envuelta en rabia incongruente, la envidia, la traición conformada en un profundo resarcimiento, un odio amasado en los años de contienda, una perversa y mezquina animadversión a todo lo que no estuviera posicionado con meridiana claridad del lado del vencedor. Sus palabras mostraban la desesperanza y el miedo de muchos, ese miedo paralizante inductor a la terrible indiferencia que vació tantas memorias. Yo escuchaba absorto, mecido por su voz laxa, delicada, hasta que ese haz de luz rompió el hechizo de aquel prodigio.

—Continúe con la historia, se lo ruego —insistí, inquieto porque el tiempo de aquella conversación de pronto se agotase.

Ella me miró con una sonrisa blanda. Frunció el ceño y se quedó pensativa, como si estuviera intentando escarbar en sus recuerdos.

—¿Dónde estábamos?

—Me contaba que Arturo había conseguido huir...

Me interrumpió con un gesto de la mano, dándome a entender que había retomado el hilo de la historia.

—Mercedes y yo abandonamos la buhardilla con la intención de regresar esa misma tarde provistas de medicinas y comida, además de algo de lectura y utensilios para escribir con los que matar el paso de un tiempo, un tiempo lento, tedioso, desalentado y conturbado en la incertidumbre de un futuro cada vez más

negro. Al salir a la calle, volvimos a ser testigos de la euforia desenfadada y alegre que vivía la gente; sin embargo, mi optimismo de los primeros días se había desmoronado por completo. El regreso de mis hermanos me hizo comprender que, siendo cierto que la guerra había terminado, la paz, tan ansiada por todos, tardaría mucho tiempo en llegar. Igual que tres años atrás, los planes de futuro se derrumbaban inexorablemente como un castillo de naipes, y empecé a asumir, con cierta amargura, que nada volvería a ser como antes porque ninguno de nosotros (los que habíamos tenido la ventura, o la fatalidad, de sobrevivir) éramos los mismos. Había demasiado odio acumulado, demasiado resentimiento almacenado como para dejar de lado el macabro sendero de la muerte, de la desconfianza, del sometimiento y de la exterminación de los desafortunados, de cualquiera que resultase sospechoso. Se iba a mantener, impertérrita, la liquidación personal derivada de la venganza, las rencillas personales, la envidia, todo igual que antaño, pero ejecutado y consumado, no tanto en la desidia o en el desGobierno que se vivió en las calles de Madrid al principio de la guerra, sino en una justicia torticera, despótica, sectaria y malevolente que convertía cualquier vana nimiedad del contrario en un grave delito, condenando a miles de inocentes a muerte, a interminables años de cárcel, o a vivir en la miseria apartados de cualquier posibilidad de ganarse la vida, depurados como apestados de sus puestos de trabajo, mientras se elevaba a la categoría de héroes de la patria a los más sanguinarios, a los traidores o a los más déspotas, siempre y cuando rindieran pleitesía a los poderes establecidos desde ese momento, cuya máxima autoridad era Franco, representados en la Iglesia sectaria y beata, el Ejército patriota y nacional de una España única y excluyente, además de la Falange, que no tuvo inconveniente en enterrar la honestidad original de su ideario, para acomodarse al nuevo estamento de poder y, de esta manera, no quedar relegado a la desafección. Todo el que pertenecía a uno de estos cuerpos tenía asegurada la promoción. La sartén por el mango, sí señor. El que se acopló al sistema (le sorprendería la cantidad de gente, de toda clase y condición, que lo hizo) tuvo el futuro consolidado en el oscuro caos que siguió a la guerra.

Calló un instante y se quedó pensativa. Yo permanecí en silencio, a la espera. Sus palabras para mí eran sagradas, como si estuviera en una ceremonia con el deber ineludible de callar y escuchar. Ante mi respetuoso silencio, Teresa Cifuentes continuó hablando.

—Mientras caminaba de regreso a mi casa, con Mercedes a mi lado, esquivando al gentío que aclamaba enfervorizado la llegada de aquel ejército libertador, me preguntaba qué futuro me esperaba al lado de uno de los derrotados en esa estúpida guerra, un intelectual vencido, un hombre agotado en aquella paz postiza, impostada, sometida, conformada para erigirse sobre el exterminio del enemigo. Comprendí que el miedo, en muy pocos días, se había instalado en otras casas, en otros cuerpos y en otras almas. Mercedes iba a mi

lado, con la mirada más desesperanzada que nunca. «¿Y si Andrés no aparece?», me preguntó de repente, «¿Y si ha muerto? No tengo casa, no tengo madre, no tengo nada, Teresa. ¿Qué va a ser de mí?». Yo sabía que la angustia de una posible viudez se hacía mucho más oscura ante la idea de no tener una sepultura en la que llorar la ausencia, sobre la que dejar flores poniendo de manifiesto su recuerdo, y de que sus cartas diarias, escritas durante meses en unos cuadernos de escuela, nunca fueran leídas por su destinatario.

Recordé lo que había visto con Damián en el nicho del cementerio abierto de forma clandestina y temeraria, pero ni siquiera abrí la boca, había escuchado muchos detalles descubiertos por mí mismo, como la famosa buhardilla cuya ventana estaba frente a mi estudio, donde se escondió Arturo Erralde. La historia seguía su curso. Habría tiempo de aclarar cosas.

—Cuando entramos en casa me sorprendió el silencio reinante —continuó Teresa—. Todos, excepto Joaquina y mi hermano Carlos, siempre encerrado en su cuarto, habían salido a una reunión importante; Joaquina había oído decir a Mario que esa misma tarde Franco iba a emitir el parte del fin de la guerra. La frase «fin de la guerra» sonaba tan esperanzadora que no pudimos evitar una tímida sonrisa. Sin nadie pululando por la casa, las cosas se ponían de mi parte. Me dispuse a preparar la intendencia para regresar a la buhardilla. En un cenacho fui echando arroz, garbanzos, algunas conservas y otros alimentos. Mientras, a trompicones, le iba contando a Joaquina lo que había ocurrido en la pensión y la precipitada huida de Arturo, aunque nada le dije sobre el lugar de su escondite, para evitarle una información que pudiera escapársele o verse en la obligación de desvelarla. La guerra me enseñó a ser muy prudente en cuanto a lo que contaba y a quién lo contaba. Tenía tanta prisa en acabar y salir de casa antes del regreso de mis hermanos, que no percibí el gesto de preocupación de Joaquina. Mercedes, sin embargo, la había estado observando: sentada en la silla de enea, moviendo el cuerpo ligeramente hacia adelante y hacia atrás, inquieta, enroscando la punta del delantal en su dedo índice una y otra vez, cabizbaja, huidiza. Le preguntó si le ocurría algo, y fue entonces cuando detuve mi frenética actividad y me fijé en ella. Un silencio denso envolvió la cocina, como si la pregunta hubiera abierto la espita de un mal augurio. Las miradas saltaban de unas a otras.

—Joaquina —le insté, impaciente—, ¿dinos qué ocurre?

—Ay, señorita Teresa, yo no sé cómo decirle esto, usted y la Mercedes se han portado muy bien conmigo durante todo este tiempo, y yo... yo sé que no hice bien las cosas al principio, que ya sabe usted que aquello no fue mi culpa, que me obligó mi *cuñao*, y que yo ya enmendé con usted mi *pecao*, señorita Teresa, que hemos *pasao* mucho, aquí, las tres solas, mucho hemos *pasao*, bien lo sabe Dios, por eso ahora no quiero callarme y volver a hacer las cosas al revés de como manda Dios hacerlas, porque es de ley que yo lo haga...

—Por Dios Santo, Joaquina —la interrumpí con vehemencia—, di lo que pasa, que nos tiene en ascuas.

Me miró un instante, como para coger fuerzas, o aire, o las dos cosas a la vez.

—Verá usted, señorita Teresa, yo no es que escuche detrás de la puerta, ya lo sabe usted que yo no soy de éstas, pero verá, esta mañana cuando ustedes dos han salido a la calle, ha *sonao* el teléfono. Yo estaba limpiando el salón, y como el despacho está al lado y el señorito Mario tenía la puerta abierta, pues yo, no le digo que no haya a puesto atención, y yo no quería oír, pero lo oí, y por eso...

—¿Qué fue lo que oíste?

Sin dejar de retorcer el pico de su delantal, me miró primero a mí, luego a Mercedes, para volver sus ojos de nuevo hacia mí.

—La Mercedes, señorita, está en peligro en esta casa. Sus hermanos de usted, señorita, que la han *denunciao*.

Mercedes se dejó caer sobre la silla de anea que tenía a su lado.

—¿Qué quieres decir? —acerté a preguntar.

—Pues lo que ha oído, aunque yo comprendo que es difícil de creer: que han *denunciao* a la Mercedes —repetió. Ante la cara de estupor que debíamos tener, cerró los ojos un instante y volvió a tomar aire con un mohín como si se recompusiera para explicarse mejor—. Verá usted, el señorito Mario respondió al teléfono, por lo visto era su señor padre. La comunicación no debía de oírse muy bien porque el señorito Mario hablaba muy alto, por eso lo oí yo, resultaba imposible no hacerlo hablando a voz en grito. Le confirmaban que llegarían a Madrid en pocos días, seguramente a finales de semana. Fue entonces cuando escuché al señorito Mario decirle a su señor padre que no se preocupasen, que la Mercedes estaría fuera de la casa cuando ellos llegasen. Una vez hubo colgado, le oí hablar con el señorito Juan, aquí si le digo que puse el oído para escuchar..., que la cosa tenía enjundia, no me lo va a negar usted; bueno, pues oí perfectamente cómo el señorito Juan, que mal parido era pero peor ha regresado de esta guerra, si me permite usted decirlo, pues le dijo el muy... —apreté los labios pero no solté la palabra—, que estaba todo *arreglao* y que vendrían a por ella hoy mismo... ¡Ay, señorita! —en sus ojos pareció recogerse una visión pavorosa—, ¡dijo que la encerrarían *pá* siempre!

Me volví hacia Mercedes. Su rostro estaba desencajado, ausente, envuelto en la desolación. Empecé a comprender algo en lo que no había caído. Mercedes era un estorbo insalvable para mis padres; le habían robado, su presencia en la casa no sólo era incómoda sino peligrosa.

—¿Qué daño he hecho yo a tu familia para que me traten así?

Teresa Cifuentes me dedicó una mirada lánguida antes de continuar. Me pareció que se le quebraba la voz.

—Las lágrimas de Mercedes quedaron suspendidas en sus ojos. De repente, todo se convirtió en un caos. La puerta se abrió de par en par. Juan fue el primero

en aparecer en la cocina. «Es ella». La señaló con el dedo acusador, frío, indolente a la conmoción de Mercedes. Se me representó como un judas traidor. Se echó a un lado para dejar entrar a dos hombres uniformados. Se dirigieron a ella y la cogieron por los brazos para arrastrarla fuera de la casa. Se dejó llevar aturdida, incapaz de reaccionar, apenas gimoteando un llanto infantil, anémico, abiertos los ojos espantados de miedo. Intenté ir tras ella, pero mi hermano me lo impidió.

—Tú te quedas aquí y no se te ocurra salir, o te vas a hacerla compañía.

Le mantuve la mirada y pude comprobar que Juan había crecido de estatura durante los años de guerra, y me veía obligada a mirarle alzando la cara.

—Eres un miserable.

Sin pensarlo apenas, le escupí a la cara. Me preparé a recibir el golpe, pero esta vez no lo hizo. Se dio la vuelta y se marchó detrás de los hombres que ya habían sacado a Mercedes del piso. Yo salí tras él.

—¿Dónde la llevas? Ella no ha hecho nada.

—Eso lo decidirá un tribunal.

—¿Qué es lo que tiene que decidir un tribunal? No ha cometido ningún delito.

Juan bajaba la escalera con la marcialidad de un general, mientras yo le seguía con el arrastre de un condenado que implora su indulto. Llegamos a la calle. Ignorando mis súplicas, subió a la parte delantera del coche, junto al conductor. Mercedes estaba en el asiento de atrás, embutida entre los dos hombres que la habían sacado de la casa. La miré a través de la ventanilla y pegué mi mano sobre el cristal con la inconsciente intención de alcanzarla. Sus ojos contenían tanto desasosiego que creí desvanecerme, y lo hubiera hecho si no fuera porque alguien me sujetó por detrás. Sentí que me embargaba una nube de inconsciencia cuando el coche se puso en movimiento y mi mano permaneció suspendida en el aire. Un llanto desesperado de impotencia me quebró, sostenida en el abrazo de un cuerpo fuerte, vigoroso, perfumado. La voz potente de Jorge Vela me sacó de mi embriaguez.

—Tranquila, si tu amiga no ha hecho nada pronto la dejarán en libertad. Ahora la justicia funciona de acuerdo a las leyes. Será tratada con recta probidad.

—Mercedes no ha hecho nada. Hemos pasado toda la guerra solas en esta casa. Lo único que hemos hecho ha sido sobrevivir.

—Bueno, bueno. Cálmate. Traigo buenas noticias, para ti y para ella.

Lo miré con los ojos cargados de lágrimas. Él me sonrió, confiado.

—He encontrado a su marido.

—¡Dios Santo! —Me tragué el llanto, ahogado entre la angustia de la detención de Mercedes y la noticia de que Andrés estaba vivo—. ¿Dónde, dónde está?

—En un hospital de Segovia. Venía a llevaros hasta allí, tengo cosas que hacer

en la ciudad y había pensado que me podíais acompañar. Aunque ahora... no sé si querrás...

—Sí, llévame contigo. Quiero verle. Después iré a contárselo. Dios Santo, tanto tiempo esperando y cuando llega la gran noticia no puede oírlo.

Nos subimos al mismo coche en el que nos habíamos desplazado hasta Móstoles. Jorge hablaba sin parar, mientras yo intentaba ser lo más agradable posible. Tenía que jugar bien mis cartas con aquel hombre; si había podido encontrar a Andrés, estaba segura de que podría ayudarme con Arturo. Sin embargo, a medida que nos alejábamos de Madrid, me di cuenta de que el interés de Jorge hacia mí iba más allá de cumplir el deseo de buscar el paradero de un hombre perdido en la guerra. En la conversación, pausada y privada en lo reducido del habitáculo, no tuvo reparos en mostrarme, dentro de una caballerosa prudencia, su atracción hacia mí; ensalzó mi belleza a extremos poco creíbles, teniendo en cuenta mi extrema delgadez que había diezmado el encanto físico que tenía antes de la guerra. Consciente del galanteo desplegado por Jorge, lo acepté a sabiendas de que debía actuar con cautela, de lo contrario, lo espantaría antes de tiempo. Así que me dejé llevar por ese juego de seducción que había iniciado aquel apuesto falangista. Escuchando las estúpidas lisonjas que me dedicaba, pensé que, en opinión de mi madre, aquél sería el novio perfecto: acababa de cumplir los treinta años, era arquitecto, y unos meses antes de la guerra le habían encargado uno de los edificios proyectados para la Ciudad Universitaria. Ahora, esperaba una buena colocación, ya que su labor durante la guerra le había reportado una condecoración impuesta por el mismísimo Franco. Era hijo único. Sus padres vivían en un lujoso piso (según sus palabras) situado en el barrio de Salamanca, de donde salieron precipitadamente el mismo día del Alzamiento para refugiarse en la embajada de Alemania hasta octubre del 36. Consiguieron salir de Madrid rumbo a San Sebastián, donde pasaron plácidamente el resto de la guerra en una casa solariega frente al mar. El padre poseía una empresa de tuberías que se instalaban en media España. Hombre con clase, de fortuna y gran futuro, afirmaría mi madre henchida de complacencia.

—Ahora con tanta reconstrucción —decía engolado—, el trabajo está asegurado. La mujer que se case conmigo vivirá como una reina, de eso ya me encargaré yo, tan sólo tendrá que preocuparse de estar siempre perfecta para mí, y de traer hijos al mundo, todos los que vengan. A mí me gustan las familias numerosas. Quiero un hogar donde haya risas, voces de niños y llanto de bebés —me miró de soslayo y me hizo la pregunta que no hubiera querido contestar, al menos todavía—. ¿Tú tienes novio?

Esperaba la pregunta de un momento a otro; una de las cosas que tenía aquel hombre era su previsibilidad (o eso creí entonces), se le veía venir, así que no me cogió de sorpresa. Decidí no contarle la verdad sobre Arturo, al menos por el momento, y negué con la cabeza, sin mirarle.

Lo noté satisfecho, como si se hubiera quitado un peso de encima.

—Pues con lo guapa que eres, pensé que tenías un tropel detrás de ti.

—No han sido buenos tiempos para enamorarse.

—Puede que tengas razón, y yo me alegro, porque así tendré el camino despejado para conquistarte.

Llegamos a Segovia casi dos horas después de salir de Madrid. Un sol cálido de primavera reverberaba sobre el campo y dejaba entrever un paisaje casi olvidado. Mis ojos se perdían más allá de la ventanilla, oyendo la armoniosa voz de tenor de Jorge hablando de sí mismo y de sus posibilidades de futuro, imprimiendo en su discurso una grandilocuencia que resultaba algo cómica, dadas las circunstancias. Hubo algún momento en el que me pareció que se estaba vendiendo como una mercancía, la mejor, sí señor, soy la mejor opción como marido y padre de tus hijos.

Teresa Cifuentes hizo un somero aspaviento con las manos, sonrió divertida y se encogió de hombros. Yo correspondí con un gesto mesurado.

—Nos detuvimos sólo una vez en un bar cercano a Navacerrada para tomar yo un refresco y un café negro él, y en cuatro ocasiones más debido a los controles dispuestos en distintos puntos de la carretera, pero apenas nos retenían el tiempo justo para enseñar la documentación; una vez comprobado de quién se trataba, nos daban paso inmediato. Jorge Vela ostentaba un cargo de subsecretario dependiente del Ministerio de la Gobernación. Era un hombre bien considerado en la Falange y con grandes expectativas en el Gobierno de Franco. Había intervenido activamente en la batalla del Ebro y en la toma de Cataluña, y había sido amigo personal de José Antonio Primo de Rivera y uno de los primeros afiliados a la Falange en Madrid. Su ideario (que, a grandes rasgos, me había ido desgranando a lo largo del viaje, entreverado con sus propias aspiraciones y proyectos) coincidía en muchos aspectos con los inquebrantables principios de mi pobre Arturo, en uno y otro caso, faramallas grandilocuentes y candorosas de complicada aplicación en una sociedad de conciencia aherrojada por siglos de hambre y oscurantismo.

En el último de los controles antes de entrar a Segovia, Jorge preguntó cómo llegar al hospital del Asilo. Era ahí donde, según sus pesquisas, se encontraba internado el marido de Mercedes. Un solícito soldado se subió a una moto y nos guió hasta la misma puerta del centro. Nada había averiguado sobre el estado en el que se encontraba Andrés Abad Rodríguez, tan sólo le habían confirmado que estaba vivo y la fecha de su ingreso, el 27 de febrero. Desconocíamos por tanto lo que nos íbamos a encontrar.

El hospital estaba atendido por un grupo de monjas con pesados hábitos negros y grandes tocas aladas, blancas e impolutas. Jorge preguntó en la recepción a una de ellas, una mujer de la que sólo se vislumbraba la palidez del óvalo de su rostro, que no era ni vieja ni joven, ni alta ni baja, ni gorda ni flaca;

ella misma nos guió por un pasillo ancho, sin ventanas, envuelto en la fría luz de viejas lámparas colgadas del techo, a tramos exactos y separados; ascendimos por unas escaleras tras los pasos de la monja que parecía levitar al desplazarse bajo su atuendo oscuro, empujaba por el aire recogido en la rigidez acartonada de su cofia. Mis tacones desgastados repiqueteaban las baldosas, y Jorge, a mi lado, hacía resonar sus botas con paso marcial. Accedimos a una nave de techos altos y grandes ventanales a los que les faltaban muchos cristales, suplidos por cartones. Al entrar, me sentí sobrecogida. A ambos lados, dejando un ancho pasillo en el centro, con la cabecera pegada a la pared entre ventana y ventana, se disponían dos hileras de una veintena de camas ocupadas todas ellas por hombres de aspecto desahuciado, heridos de soledad y apatía, vendados, demacrados, desterrados del mundo. El aire era espeso, agrio, y se aspiraba un intenso olor a formol y a sangre reseca que parecía incrustarse para siempre en cada pliegue de la ropa. El silencio resultaba estremecedor, y el taconeo de los que acabábamos de llegar retumbaba aún más en aquel espacio diáfano, atrayendo la atención de los que dormitaban envueltos en la desidia de la enfermedad. Avanzamos por el pasillo central, siguiendo la estela invisible de la religiosa, dejando atrás las camas, una tras otra, hasta llegar a una de las últimas. La monja, que había permanecido muda todo el trayecto, sin dejar de andar, se volvió hacia nosotros de una manera extraña, como si la mitad superior del cuerpo fuera un bloque imposible de doblar.

—Está muy grave —dijo en voz muy tenue—, pero al menos ahora se comunica. Apenas habla, ya se lo digo, monosílabos si acaso y poco más, está siempre en un estado como de letargo —se dirigió a la penúltima cama—. Aquí está —se puso a colocar las sábanas y los brazos del enfermo, su pelo, su pijama, atusándolo adecuadamente para recibir la visita—. Lo trajeron inconsciente y así ha permanecido durante todo este tiempo. Hace apenas una semana que despertó, pero, ya les digo, habla muy poquito. Dice el doctor que está muy débil, y o no quiere o no puede recordar qué le pasó. Es muy posible que sufra algo de amnesia, en estos tiempos es algo muy normal, un trauma, el cerebro se obliga a veces a olvidar para sobrevivir. Nos llegan hombres con graves heridas físicas, pero sobre todo con profundas heridas en el alma. Apenas sabemos nada de él; su nombre y poco más. A veces llama a una tal Mercedes, que debe de ser su esposa porque es el nombre escrito en una foto que traía entre la ropa —abrió el cajón de una mesilla pintada de blanco, sobre la que había un vaso de agua y unas gasas. Sacó una foto y me la tendió, pero antes la miró—. He pensado que era usted, pero ya veo que no.

Cogí el retrato y observé la imagen de Mercedes en la fuente de los Peces, el mismo escenario que la que ella tenía como oro en paño, en esa caja de hojalata que yo le había dado y que después de tantos años, desconozco por qué cauces, acabó en un puesto del Rastro y que, milagrosamente, ha llegado hasta usted. El

cartón estaba muy deteriorado, los bordes desgastados y algo rotos, y una mancha oscurecía su vestido hasta la cintura, como una sombra turbia que hubiera querido borrar la imagen sin llegar a conseguirlo. Si Mercedes hubiera podido estar ahí...

Noté que mi corazón se aceleraba. Era la foto que me había llevado de la buhardilla. Pero desterré de mi mente ese pensamiento, para retomar el diálogo entre Teresa y la monja de cofia alada.

—¿Conoce usted a la mujer de la foto? —me preguntó la hermana.

—Sí, la conozco. Es su esposa. Ella no ha podido venir —mis ojos se posaron en el hombre que yacía inmóvil en la cama—. Se lo llevaron cuando empezó la guerra y no ha sabido nada de él. Pobrecita... —me di cuenta de que, por primera vez, aquella mujer con la cara embutida en una cofia, esbozó una sonrisa que dulcificaba aún más su gesto.

—Su presencia puede ser de mucha ayuda. El doctor Martínez insiste mucho en que encontremos a los familiares; su compañía y cuidados pueden suponer la vida para estos hombres. Nosotras, como usted comprenderá, hacemos todo lo que está en nuestra mano, pero no es suficiente, son demasiados y nosotras muy pocas. Todavía hay tanta confusión, tanto jaleo con la identidad de los heridos, y tantos muertos sin nombre a los que no nos queda más remedio que enterrar, eso sí, en estos casos, siempre intentamos recoger y clasificar sus objetos personales, su ropa, y apuntar su aspecto, por si acaso... —chascó la lengua, torció el gesto, y pasó la mano por su rostro persignándose, con los ojos puestos en Andrés, que parecía dormitar, ajeno a la conversación que se mantenía junto a su cama—. Muchas familias desconocen que sus hijos, padres, maridos o hermanos están aquí, esperando la vida o una muerte lenta y solitaria. Es terrible. Ahora que ha terminado la guerra, parece que nos están haciendo algo más de caso y hay voluntad de agilizar las cosas para encontrar familiares que se hagan cargo de los heridos, o de los muertos —calló un instante—. Bueno, yo les dejo con él —volvió a colocar las sábanas, y se irguió, tiesa, posicionando sus manos en su vientre, juntas, como las había traído—. Iré a buscar al doctor Martínez para que venga a hablar con ustedes. Él les podrá informar de su estado con más precisión.

Se movió sigilosa, sin dar la espalda.

—Tengan mucha paciencia con él, y procuren no alterarlo.

Se despidió con una venia apenas sutil. Su rostro parecía de cera, sin embargo tenía un aspecto delicado y apacible, apreciado en sus movimientos y sobre todo en su voz y su presencia.

Me acerqué hasta rozarle la mano que reposaba sobre la colcha blanca, impoluta como las tocas aladas de las monjas, como el aire de aquella sala. Me impactó su rostro macilento. Nada tenía que ver con el joven erguido, fuerte, de aspecto sano y vital que tenía en la foto del matrimonio que Mercedes atesoraba —bajó los ojos hacia la caja que permanecía sobre sus piernas, acariciada de

vez en cuando por sus manos, como algo valioso y apreciado—. Parecía un viejo prematuro: los ojos hundidos, el pelo ralo, los pómulos salientes; le sobresalía la nariz del rostro, y los labios resecaos apenas mostraban algo de color. Tenía los ojos cerrados, pero al sentir el tacto de mi mano, los abrió, lánguido; me miró un instante como si estuviera haciendo un esfuerzo extraordinario, y volvió a cerrarlos. Tragó saliva y la nuez le subió y le bajó por el cuello raquítico.

—Andrés, soy Teresa Cifuentes, amiga de Mercedes, tu mujer...

Los ojos de Andrés se abrieron de nuevo, me miró fijamente. Me pareció que su boca sonreía, apenas un visaje, una mueca esforzada.

—Ella está bien —le dije—. Te ha estado buscando todo este tiempo. No ha podido venir, pero estará a tu lado muy pronto. Se va a poner tan contenta cuando se lo diga.

Andrés cerró los ojos y su mano se aferró a la mía con una débil fuerza, casi frugal, pero enérgica, revelando su emoción.

—Tienes que resistir, Andrés, ella vendrá muy pronto, y volveréis a ser felices. Ya lo verás. Todo va a salir bien, pero tienes que resistir.

Unos pasos firmes y huecos retumbaron en la enormidad de la sala. Me volví para ver cómo se acercaba un hombre delgado, alto, vestido con una bata blanca, impecable, y un fonendoscopio colgado al cuello. Tenía unas gafas diminutas con montura de concha negra que le daban un aire de serena gravedad. Su pelo era hirsuto y su piel estaba tachonada de manchas parduscas.

Jorge Vela permanecía erguido a los pies de la cama, las manos en la espalda, observando la escena sin inmutarse. Cuando llegó el doctor hasta nosotros, se echó un paso atrás dando a entender que debía dirigirse a mí y no a él.

—Soy el doctor Eutimio Martínez —me tendió la mano y yo se la estreché laxa, mirándome a los ojos, cortés y distante—. Me ha dicho la hermana Emilia que conocen a Andrés.

—Bueno, en realidad, a él no le conocía. Soy amiga de su esposa —mostré un instante la foto que mantenía en mi mano—. Hemos pasado la guerra juntas en mi casa de Madrid. No sabíamos dónde estaba, hasta ahora.

El doctor Martínez tenía el rostro serio.

—No le voy a mentir, señorita...

—Teresa, Teresa Cifuentes Martín.

—Señorita Cifuentes, Andrés está muy mal. No creo que pueda superar las heridas.

Sus palabras se hundieron en mi mente como una fría puñalada. Me ahogaba la idea de que, una vez encontrado con vida, se escapase la suerte que tan esquiva había sido para aquella pareja, y la muerte impostora se lo llevase arrancándolo de los brazos en el mismo instante del anhelado encuentro.

—¿Qué tiene? —atiné a preguntar.

—Sobre todo una extrema debilidad. Recibió un balazo muy cerca del corazón, debió de ser a bocajarro; tuvo la suerte de que la bala le salió por la espalda. También tiene un fuerte golpe en la cara. Lo trajeron unos soldados a finales de febrero; venía en un estado lamentable. Lo encontraron junto a un montón de cadáveres en un sanatorio abandonado cercano a la carretera de La Coruña. En principio, le dieron por muerto, pero alguien se dio cuenta de que su corazón tenía un ligero latido; según me dijeron fue un milagro, porque los cadáveres llevaban varios días a la intemperie y el proceso de enterramiento se hizo a marchas forzadas; si ese alguien anónimo no hubiera reparado en el ligero hálito de vida que todavía le quedaba lo hubieran echado a la fosa común junto al resto de sus desafortunados compañeros. Primero lo llevaron a un hospital de campaña en las Rozas, y de allí lo trasladaron aquí. Cuando ingresó estaba en coma. Su despertar no ha hecho más que confirmar su gravedad. Disponemos de muy pocos medios y le aseguro que hacemos todo lo que podemos, pero está muy débil, demasiado para superarlo. Se lo digo porque debe avisar a su esposa cuanto antes; si quiere verlo con vida, no debe tardar. Siento haber sido tan frío, me gustaría darles otras noticias, pero creo que mi obligación es hablarles con franqueza.

Apenas hubo más palabras. El doctor Martínez se marchó de inmediato (el exceso de trabajo lo desbordaba y no podía dedicarnos más tiempo) haciendo una leve venia a la que respondió Jorge juntando los tacones de sus botas (lo que provocó un sonido hueco y seco) y alzando el brazo enhiesto. De nuevo me acerqué a Andrés con la emoción contenida en la garganta. Acababa de conocer a aquel hombre, sin embargo, sentía una profunda ternura hacia él, tal vez como reflejo del intenso amor que Mercedes había mostrado por él durante tantos meses de convivencia entre nosotras, era tanto, tan intenso, tan incondicional, que me llegó a conmover en más de una ocasión. Y ahora que podía estar a su lado, ahora que la pesadilla estaba a punto de terminar, cuando ya casi se rozaba una normalidad posible, todo se desmoronaba de nuevo como un endeble castillo de naipes movido por el viento: ella injustamente detenida y él muriéndose en soledad en un asilo de Segovia.

Fui incapaz de sacar ni una sola palabra de los labios de Andrés, pero supe, por sus gestos, que me escuchaba. Hubiera querido quedarme más tiempo a su lado, pero Jorge tenía que entregar unos papeles en la Comandancia Militar y debía estar de regreso en Madrid a media tarde. Me prometió, no obstante, avisarme cuando tuviera que viajar de nuevo a la ciudad, cosa muy probable en pocos días, además de confirmarme que indagaría sobre la situación de Mercedes y su detención.

Teresa Cifuentes enmudeció al oír los pasos de su hijo acercándose hacia

nosotros.

—¿Os traigo otro café?

Teresa Cifuentes me miró y alzó las cejas.

—Nos vendrá bien, ¿no?

—Si no es molestia —dije comedido.

—Gracias, hijo.

Miguel salió como había venido, con pasos sigilosos y elegantes andares. Llevaba un pantalón de tela gris y una chaqueta de color beis sobre una camisa blanca. Teresa Cifuentes le observó mientras salía, sonriente.

—Vive conmigo desde hace un año. Se quedó viudo. Los dos estamos solos. Da clases de filosofía en la universidad. Nos hacemos compañía.

—¿Vive sola?, quiero decir, aparte de con su hijo.

—Yo también me quedé viuda hace cinco años, sólo entonces decidí regresar a Madrid.

—¿Se casó con Arturo Erralde?

Ella sonrió ladina, achicando los ojos, torció la cabeza ligeramente y suspiró.

—Sí, hace seis años.

La miré extrañado y ella me miró al bies consciente de mi desconcierto.

—No podía hacer otra cosa, si me hubiera casado antes me habrían acusado de bigamia.

—Entonces, ¿estuvo antes casada con otro? Pensé que Miguel era...

—Miguel y sus tres hermanos son hijos de Arturo, pero hay otro hijo más de mi matrimonio con Jorge Vela.

—¿Se casó con Jorge Vela?

—Qué remedio, o eso, o la muerte segura de Arturo y posiblemente mi paso por la cárcel. No tuve opción. Creo que no me equivoqué, aunque le aseguro que fueron los siete años más amargos de mi vida. Ni siquiera los rigores y carencias que sufrí durante la guerra tuvieron comparación con lo que tuve que soportar el tiempo que pasé junto a ese hombre.

—Entonces, se separó de él.

—Yo no diría eso, en aquella época no se podía uno separar así como así, y mucho menos una mujer. Simplemente, me esfumé, desaparecí. Fue gracias a la oportuna aparición de Luisa Sola, la anarquista que se jugó el pellejo por sacar de la cárcel a mi hermano. Qué injusta fue la vida con ella, y con tantas mujeres como ella. Se pasó siete años presa. Desde la cárcel me escribió suplicándome que intercediera ante mi hermano para que la sacara de aquel infierno.

Teresa Cifuentes me miró con los ojos brillantes cargados de pesadumbre.

—Me contaba cosas terribles de la prisión. Las condiciones de vida eran miserables, se las trataba peor que animales. Nadie de mi entorno quiso ayudarla, ni siquiera Jorge —sonrió con ironía—, una vez conseguido su propósito de casarse conmigo, cambió radicalmente convirtiéndose en un ser odioso,

violento e intransigente; desde que salí de la iglesia, agarrada a su brazo el día de nuestra boda, no volví a reconocer al caballero, al galán que me trataba con delicadeza y educación exquisita; todo eso desapareció, desempeñó a la perfección esa impostura para obtener su presa. —Respiró hondo, de vez en cuando lo hacía, como si se cansara y con ello tomara fuerzas para seguir hablando. Indeliberadamente, se colocó la falda, estirándose la tela, pensativa—. Al principio, intenté visitarla en la cárcel, pero me resultaba muy complicado; me ponían toda clase de pegas, decían que no estaba, o que no quería verme. Yo sabía que detrás de todas aquellas excusas estaba la mano de Mario, así que le escribía cartas casi a diario con un remite falso, porque mi hermano, no sólo no la ayudó, sino que me prohibió cualquier clase de comunicación con ella, y me amenazó con que si no obedecía su orden la haría desaparecer para siempre. Así fueron pasando los días, los meses y los años. Yo escribía a escondidas (cada mes le enviaba papel, jabón, ropa limpia y algo de comida), y Luisa me enviaba sus cartas dirigidas a Joaquina, utilizando también un remite falso. Aunque no lo crea, esas cartas supusieron un aliciente para mí, eso, y la misa diaria a la que asistía en la parroquia de Santa Bárbara; en ese tiempo estaba muy bien visto y era una buena manera de evadirme de la desidia en la que transcurría mi vida, pero sobre todo era una forma de alejarme de los malos humores de Jorge y de los constantes desprecios de mis suegros, en cuyo piso de la calle Génova vivimos desde que nos casamos —frunció el ceño y dejó la mirada perdida—. Recuerdo aquella casa con espanto. Era grande y fría. Todos los días que pasé en ella sentía una extraña sensación gélida, como si malos espíritus ocupasen los rincones oscuros, muy abundantes por cierto. Mis suegros eran dos seres indeseables que aumentaron mi tormento de forma malvada, sobre todo mi suegra; era una mujer mala, una beata sahumada en alcanfor, siempre empingorotada, atestada de un enfermizo rencor y un odio que decidió volcar sobre mi persona. La llegué a aborrecer más que a mi marido cuando empachado de una furia incomprensible, y en la mayor parte de los casos inesperada, me golpeaba sin compasión y sin medida, dejándome todo el cuerpo magullado y lleno de cardenales. Aprendí a sobrellevar el dolor físico de esos golpes, pero la crueldad inferida hacia mí por aquella mujer me resultaba insoportable —se quedó un instante muda, tal vez recordando las dolorosas vivencias. Luego, suspiró y continuó—. En la iglesia de Santa Bárbara encontraba el sosiego que me faltaba en la casa y en mi propia vida. En los siete años que conviví con mi primer marido el único consuelo que encontré fue el de la religión, rezar en la soledad de aquel templo me reconfortaba inmensamente para poder seguir adelante otro día más. Todo sucedió por estas fechas, a principios del año 47. Hacía mucho frío y nevaba ligeramente. Cuando salí del portal, la vi al otro lado de la calle, agazapada en una esquina. Al principio no la reconocí. Nos miramos sólo un instante, el justo para ubicarla en mi mente, pero ninguna de las dos hicimos nada

por acercarnos a la otra. Yo continué mi camino como si no la hubiera visto. Me dirigí hacia la iglesia y entré en el gélido cobijo del templo. Como todos los días, me senté en una zona apartada de las miradas. Al poco rato noté su presencia a mi lado. Entre susurros, fingiendo una plegaria sentida, me dijo que la habían soltado y que se marchaba de España. Que se iba de forma clandestina porque le habían retirado su documentación y tenía mucho miedo. Quería verme por última vez, para despedirse y darme las gracias por lo que había hecho por ella, mis cartas, además de los envíos con ropa y comida, la habían mantenido con vida. Indeliberadamente, como si durante todo aquel tiempo la idea se hubiera estado fraguando en mi mente de forma inconsciente, le dije que me iba con ella. «Me marcho ahora mismo», añadió, confundida, «me esperan en el mercado de la Latina. Me va a ayudar un hombre del que sólo sé que le llaman el Rata». «Déjame ir contigo, te lo suplico, Luisa». Mi insistencia la sorprendió tanto que giró ligeramente la cabeza para poder mirarme. Yo también lo hice. Luego, temerosas, las dos miramos a nuestro alrededor por si alguien estuviera espionando nuestro extraño rezo. «No puedo esperarte», me dijo ella, «ya te he dicho que me voy ahora mismo; sólo quería decirte adiós, has sido muy buena conmigo». Yo la miré sin reparos, y en un susurro la confirmé que no tendría que esperar porque me iba con ella. Así fue de sencillo, o de complicado. Con lo que llevaba puesto (un buen abrigo, algo de dinero en el bolso y joyas —un broche de oro, unos pendientes, un reloj y una pulsera, y el anillo de casada— que me sirvieron como moneda de cambio), sin nada en mis manos que no fueran las ganas de salir huyendo y dejar atrás un pasado de frustraciones, seguí como un perro faldero a Luisa Sola por las calles heladas de Madrid (caminando unos metros detrás de ella) hasta llegar al punto de encuentro con su contacto, al que no le sentó nada bien mi inesperada presencia. Lo único que le convenció fueron los pendientes de perlas que, con gesto escamado, se metió en el bolsillo de su pantalón. Nos subimos a un tren de mercancías con destino a Barcelona. Viajé entre cajas repletas de hortalizas. Gracias a eso, en ese trayecto no nos faltó qué llevarnos a la boca. En Barcelona tuvimos que subirnos a un camión de cerdos que iba a Gerona; todavía tengo metida en mi mente el hedor a zahúrda. Una vez en Gerona, nos juntamos con tres hombres que también pretendían salir del país clandestinamente. Atravesamos la frontera por las montañas, a pie, sin comida y con lo puesto. En el camino dejé dos de los dedos de mi pie derecho por congelación.

—Pero, ha dicho que tuvo un hijo con Jorge Vela. ¿Fue capaz de abandonarlo? Me miró y encogió los hombros.

—Le parecerá extraño, pero nunca he considerado que abandonase a mi hijo, en realidad, y o sólo lo había parido, no me pertenecía ni siquiera como madre. Nunca hubiera podido llevarlo conmigo, tampoco se crea que me preocupó demasiado. Mientras avanzaba por la nieve siguiendo a esos hombres,

abriéndonos paso en aquel manto blanco infranqueable, pensé en lo que le depararía la vida. Tenía cinco años y era clavado a su padre. Entre él y sus abuelos, el niño se había convertido en un tirano, consentido y estúpido. Era mi hijo, y debería quererlo, pero había tanto en él que me recordaba a Jorge, que he de reconocer que me costaba hacerlo.

Teresa calló cuando entró de nuevo Miguel con una bandeja en la mano. Yo me levanté solícito por si había que ayudar, pero de inmediato me indicó que me sentara. Cuando todo estuvo colocado, se marchó dejando el café humeante sobre el velador.

—Nos pasó de todo, cosas para olvidar se lo aseguro. Luisa se quedó en París. Nunca volví a saber de ella, pero siempre la he llevado en mi recuerdo, cada día de mi vida, siempre en mi corazón; y le digo una cosa, estoy completamente segura de que esa mujer podría haber hecho muy feliz a mi hermano —dio un largo suspiro, sereno, recreado en un lapso en el que el tiempo aparentaba no avanzar, estancado en un limbo extraño—. En cuanto a mí, tres meses después de mi huida de Madrid, arribé a Nueva York. El impacto que me causó aquella ciudad me marcó para siempre; esa sensación de libertad que percibí durante aquellos días, después de tanto tiempo de miedo, de caminar con la cabeza gacha, huyendo de todo, mirando siempre a mi espalda, con el temor de hablar o, simplemente, de escuchar algo inconveniente. Le aseguro que no me arrepentí ni un solo instante de la decisión que adopté aquella mañana en la iglesia de Santa Bárbara. Siempre he pensado que fue ella, la santa, la que me iluminó con la idea de marcharme.

» Después de muchos intentos, conseguí contactar con Arturo. En un principio le creí en México. Allí fue donde se instaló durante el primer año de su exilio, pero las dificultades para encontrar un trabajo le llevaron hasta Buenos Aires donde encontró un buen puesto dando clases en una universidad de prestigio. No había tenido ni una sola noticia suya. Ni siquiera me pude despedir de él. El 30 de noviembre de 1939 lo detuvieron en la buhardilla y lo encarcelaron. A partir de ese momento empezó un calvario para sacarle de la cárcel. Todo resultó en vano, porque mi vida ya la habían decidido otros. Después de varias semanas de visitas a la prisión, de verlo consumirse día a día, de súplicas por mi parte hasta llegar a la humillación, tanto a mi familia como a Jorge Vela, éste me planteó su particular petición de matrimonio: si yo accedía a casarme con él, al día siguiente Arturo Erralde abandonaría España, exiliado pero con vida. No tuve más remedio que aceptar. La boda se celebró con gran regocijo de mi familia. Con el tiempo supe que habían sido mis hermanos los que habían urdido mi matrimonio, animando a Jorge a que diera pasos al frente conmigo. Tuve que fiarme de que mi recién estrenado marido cumplía con la parte de su compromiso. La noticia de que Arturo estaba vivo me llegó a los seis meses de mi matrimonio, en el verano del 40. Una nota de la embajada de Méjico

solicitaba mi presencia en la sede consular. Allí me entregaron una carta escueta en palabras, apenas unas líneas para decirme que estaba bien, y que me esperaría siempre, toda la vida si fuera necesario. Llegué a Buenos Aires el 5 de julio de 1947. El reencuentro puede imaginárselo... —su rostro se iluminó y sus ojos brillaron envueltos en una turbadora emoción al evocar el momento—. Mi vida con él fue feliz, tuvimos cuatro hijos, tres de ellos viven todavía en Buenos Aires. Mi familia me buscó con denuedo, pero no supieron nada de mí hasta cuarenta años después de mi huida, cuando me enteré por una esquila que mi marido, Jorge Vela, había fallecido. Sólo entonces, y con la democracia asentada en este país, me atreví a regresar a Madrid. Arreglé mi situación, pero no me casé en seguida con Arturo, él seguía manteniendo sus principios y era fiel a sus ideas; decía que habíamos sido muy felices sin haber firmado ni un solo papel, y yo estaba de acuerdo. Pero la enfermedad y la vejez echan abajo principios, ideas y creencias; me pidió que nos casáramos (por los hijos, decía, para que cuando yo no esté no tengáis problemas), incluso aceptó que un sacerdote le diera la absolución. Nuestro matrimonio oficial sólo duró unos meses; murió hace cinco años. Desde entonces estoy sola. Mi hermano Carlos se enteró, me pidió encarecidamente que viniera a vivir con él. Estaba consumido por la soledad y la pena. Mis padres le habían dejado bien acomodado, económicamente hablando, y entre ese acomodo estaba esta casa. Hace tres años le enterré, y al abrir el testamento me encontré con que me había dejado en herencia la casa y una importante cantidad de dinero. No tenía hijos, por supuesto, ni se había casado. Mi hermano Mario murió hace más de veinte años, y Juan unos años después. Nunca volví a verlos.

—¿Y su hermana pequeña, Charito?

—Rosario se casó con un militar de alto rango —frunció el ceño con un gesto huraño—. Sé que vivió amargada, igual que mi madre, con una vida pacata y simple. Murió a principios de los cincuenta, como consecuencia del parto de su cuarta hija, asistida por mi padre; ése fue el último que atendió en su vida. Después de eso, se jubiló. Al poco tiempo de instalarme en Madrid, recibí una visita de una de mis sobrinas, la pequeña de mi hermana; estuvimos hablando largo rato —sonrió lánguida y me miró con fijeza—, gracias a Dios no es como su madre; creo que ha heredado algo de mi rebeldía, una rebeldía que sólo asumí cuando fui capaz de dejar atrás todo aquello que lastraba mi vida para arriesgarme a buscar algo mejor, a avanzar, a ganar, y también a perder, porque la verdadera victoria de cada uno se construye sobre nuestras propias derrotas. Desde entonces me visita a menudo. Es con la única sobrina con la que tengo trato.

Pensé que había llegado el momento de hablar de la buhardilla. Decidí empezar contándole las visiones de las dos vecinas, la niña y su abuela, en una ventana frente a la mía, y ahí fue donde le confesé mi incursión (aséptica

todavía, sin especificar el fisgoneo en sus cajones y armarios) en la buhardilla.

—Le puedo asegurar que no era fruto de mi imaginación —afirmé con toda la determinación de que fui capaz—, y yo las vi, no una vez, varias veces. No estoy tan loco. Vi luz y a esa niña de pelo negro y a su abuela detrás de los cristales de la ventana de su buhardilla. No son ensoñaciones porque también las he visto en la calle, incluso he llegado a hablar con la pequeña.

—Pero habrá comprobado usted, y ya se lo dijo la portera, que en ese cuarto no vive nadie desde hace setenta años. Hoy en día sería inhabitable.

—Lo sé —espeté con gravedad. Fijé mis ojos en ella para dar más veracidad a mis palabras—. Pero insisto en que yo las vi.

—A veces vemos la realidad del corazón, que no tiene por qué ser la misma que observamos a través de los ojos.

—Esa niña y su abuela existen. No son una alucinación mía...

—Sé que existen —me interrumpió con voz suave, y una sonrisa entre la complacencia y la ternura por mi desconcierto—, y sé quiénes son.

Nos quedamos en silencio, mirándonos de hito en hito durante un rato.

—La anciana es Manuela Giraldo Carou, la niña que durante la guerra estuvo en la pensión La Distinguida. Natalia, la pequeña a la que usted ha conocido, es su nieta. Pertenecen a una familia de mujeres procedentes de una aldea gallega. Son..., cómo le diría yo, un tanto especiales. En Galicia las llaman meigas. No es que hagan magia ni nada de eso, pero poseen la capacidad, un don le llaman algunos, para presentir lo que pasa o lo que le va a pasar a alguien con sólo mirar sus ojos.

—Algo he oído sobre ese tema de las meigas.

—Ya conocerá el dicho: nadie cree en las meigas, pero haberlas *haylas*.

Aproveché para contarle mi incursión nocturna en el cementerio de Móstoles junto a Damián, y el hallazgo de la caja de cinc que guardaban unas cartillas escolares.

—Son los cuadernos de Mercedes en los que escribió sus cartas a Andrés.

—¿Por qué están allí?

—Esperan para ser entregados a su destinatario.

—No entiendo...

—La burocracia de los vivos no entiende de muertos. Esperan mi autorización para abrir la sepultura de Andrés y de Mercedes, y poder introducirla en ella.

—Ya no estoy seguro de nada. Las coincidencias no son tales. ¿Cómo es posible que todo me haya traído hasta usted?

Alzó las cejas con un mohín resignado.

—¿Quién sabe? Tal vez el destino, su destino y el de esos dos pobres infelices a los que les destrozó la vida el odio, el egoísmo y la envidia de otros. Mercedes y Andrés murieron dejando muchas cosas pendientes, y puede que usted, con su insistencia y tenacidad instaurada en su mente, consiga cerrar su historia y

puedan por fin descansar en paz.

La miré de reojo y esbocé una sonrisa blanda; moví la cabeza de un lado a otro.

—No sé qué decirle, soy bastante escéptico en estas cosas; creo que después de la muerte no hay nada. Al menos, nadie ha vuelto para decir lo contrario.

—No seré yo quien le quite la idea, pero lo cierto es que usted tiene una historia que contar.

—En eso sí tiene razón. Presiento que aquí hay una gran historia. El problema es que no sé si sabré hacerlo, es demasiada responsabilidad para un escritor como yo.

—No sea tan duro consigo mismo, Ernesto. No es un mal escritor y usted lo sabe. Al contrario, desde muy niño ha sido consciente de su talento, de su capacidad para crear mundos paralelos, diferentes a la realidad que vivimos, y también supo siempre que el talento sólo crece a base de trabajo duro y solitario, sin esperar más reconocimiento que su propia complacencia. Usted sabe que no hay nada que se pueda comparar con el deleite que provoca el trance de pergeñar la trama y los personajes de una novela. Sólo el que lleva la literatura metida en las venas puede alcanzar el éxtasis casi místico que se produce cuando los dedos se deslizan libres por el folio en blanco, cubriéndolo de letras, palabras, frases y párrafos hasta convertirlo en vidas vividas en los personajes que se moldean en su cabeza y que toman forma a través de ese movimiento inconsciente de sus manos. El reconocimiento viene primero de uno mismo, deje de engañarse, no puede abandonar su ser natural por el hecho de faltarle los laureles del éxito. Un escritor lo es siempre, incluso sin triunfos ni reconocimientos. Ser escritor es como ser alto o bajo, rubio o moreno, con pecas o con la piel limpia como el mármol. Es una aptitud que no se elige. Si no escribe, se condenará para siempre a una vida oscura y rancia.

Su silencio me dio una tregua para respirar. Las palabras de Teresa Cifuentes me habían causado tal fascinación que sin darme cuenta había olvidado algo tan natural como exhalar el aire. Sonreí azorado.

—Le aseguro que sus palabras me abruman, yo no habría descrito mejor mi pasado y mi presente. No sé si atribuirlo a que soy demasiado transparente o es que usted también posee un don para conocer las entrañas de mi mente.

Ella alzó las cejas con una mueca sagaz.

—La edad nos hace viejos, pero también nos puede convertir en sabios.

Recordé las palabras de mi asistente, y me di cuenta de que en los últimos días, había encontrado palabras dichas con mucho acierto sobre mi propio sentir en cuanto a este extraño, solitario y algo anormal oficio de escribir.

—Ahora mismo me encuentro tan confuso que no sé donde empieza la realidad y dónde la ficción.

—Permita que la realidad se transforme en ficción. Resulta fácil si se deja

llevar.

—Pero necesito saber dónde está la línea entre la una y la otra.

—Para eso sólo hay un remedio, y no es otro que escribir.

—No puedo hacerlo, todavía me faltan datos sin los que jamás podría cerrarla.

—Está a tiempo de resolver sus dudas.

La miré con una mezcla de desconcierto y emoción. Aquella anciana venerable, que parecía mecerse entre la vida y la muerte, me estaba brindando la posibilidad de escribir la historia que tanto anhelaba. Eché mi cuerpo hacia adelante para acercarme un poco más a ella. Quedé embriagado de un suave perfume a azahar que desprendía su cuerpo. Sonreí y ella me devolvió la sonrisa, alzando las cejas como si me indicase que estaba dispuesta a solventar cualquier duda.

—Andrés Abad murió en abril del 39. Y por lo que sé, fue enterrado en el cementerio de Móstoles, en una tumba pagada por usted, que al día de hoy todavía está a su nombre.

—No pude ir a Segovia hasta diez días después de mi primera visita al hospital donde Andrés estaba internado. Durante ese tiempo me dediqué en cuerpo y alma a atender, por un lado a Arturo y, por otro, a encontrar a Mercedes. Lo primero lo fui haciendo con muchas dificultades, pero el paradero de Mercedes se me resistía, parecía que se la hubiera tragado la tierra. Por supuesto, no tuve ninguna ayuda de mis hermanos, obviando cualquier pregunta o reproche de mi parte. A los pocos días, aparecieron mis padres y mi hermana Charito, aquello terminó siendo la debacle para mí —calló, y miró alrededor con ojos brillantes—. Esta casa se volvió un lugar inhóspito e incómodo por el que me movía sigilosa. Me convertí en un ser invisible. Sólo se dirigían a mí para reprocharme algo o reconvenirme por cualquier nimiedad. Yo a todo callaba. Gracias a la complicidad de Joaquina, salía o entraba de casa procurando que nadie me viera para evitar preguntas incómodas de adónde iba o de dónde venía. Aparentemente, me pasaba el día metida en mi habitación aquejada de jaquecas terribles que me postraban en cama. Todos estaban demasiado ocupados para preocuparse por mi estado, cosa que, en esos días, me benefició. Jorge Vela me llamaba casi todos los días por teléfono; si había salido, Joaquina se encargaba de darle la excusa de mi supuesta indisposición, y si me encontraba en casa, insistía en invitarme a dar un paseo por el Retiro y tomar un chocolate con churros en las calles del Madrid recuperado, como él decía con la voz engolada y arrogante. Yo accedía con la esperanza de que me diera alguna noticia de Mercedes, además de buscar el momento oportuno para hablarle de la situación de Arturo (del que no le había dicho ni palabra, aunque, pasado el tiempo, comprendí que desde el principio sabía de su existencia, seguramente por mis hermanos). Sin embargo, tampoco él parecía dar con el paradero de Mercedes. Al principio le creía

cuando me decía que lo estaba intentando por todos los medios. Luego supe que no hizo absolutamente nada al respecto por orden expresa de mi hermano Mario.

» Un día se presentó en mi casa y me dijo que tenía que ir a Segovia. Nadie puso ninguna objeción a que le acompañase. Con la pesadumbre de que volvía a visitar a Andrés sin llevar a Mercedes conmigo, nos pusimos en marcha hacia el hospital segoviano. Tuve que sufrir las mismas lisonjas, cada vez más directas, sobre las intenciones que Jorge tenía hacia mí, incluso me llegó a decir que había hablado con Mario sobre sus intenciones de cortejarme.

—Algo tendré que decir yo a eso, ¿no crees? —le espeté, molesta.

Pero él actuó como si no me hubiera oído, como si mi opinión no le interesara. Continuó parlotando de nuestro futuro como si ya le perteneciera.

Cuando llegamos al hospital, la monja que nos había atendido nos reconoció y se acercó. En su gesto era evidente la preocupación.

—Menos mal que han llegado. Desde ayer estoy intentado avisarla pero las comunicaciones están muy mal. Se muere. Quiere ver a su esposa.

—No he podido traerla.

La monja movió la cabeza con pesadumbre y se persignó mordiéndose el labio.

—No resistirá ni unas horas, pobre hombre —me miró como si me fuera a contar algo milagroso—. Yo diría que se está manteniendo con vida sólo por verla una última vez.

Con prisa, seguí a la monja por los mismos pasillos y escaleras que recorrimos la primera vez. Jorge decidió quedarse esperando junto al coche. Lo preferí. Llegamos a la sala donde yacía Andrés. Me adelanté a la hermana para alcanzar su cama. Ella dirigió su atención hacia otro enfermo que la reclamó a su paso.

Agarré su mano huesuda como los restos de un armazón. Estaba fría y su piel era áspera y seca. Me conmovió ver sobre su pecho, a la altura del corazón, el anverso de la foto de Mercedes (con la fecha y su nombre escritos a lápiz), como si los dos estuvieran juntos a través de aquella imagen. Mis labios parecían sellados. Cómo decirle que no podría ver a su amada.

Noté una ligera presión y abrió los ojos. Sus labios apenas se movieron pero oí su voz.

—Mercedes...

—No ha podido venir —balbucí con palabras temblonas, sin apenas fuerza—, pero vendrá pronto, me ha dicho... me ha dicho que te ama más que a su vida, y que la esperes.

Se me trabó la voz y callé para evitar el llanto. No le había mentado. Mercedes me había dicho cientos de veces lo mucho que amaba a ese hombre que ahora caminaba al filo de la muerte.

—No puedo...

Su voz era un ligero susurro, pero sus ojos expresaban tanto que, mirarlos, me rompió el corazón.

—Me muero... Dile que... dile que la esperaré siempre... que la quiero y que siento... que siento no haber podido hacerla feliz...

Mis lágrimas se desbordaron sin control, llenando mis mejillas de la ácida calidez del llanto.

—No te mueras, Andrés, no puedes dejarla ahora.

De repente me apretó un poco más la mano, y movió ligeramente la cabeza hacia mí.

—Llévame a Móstoles... quiero que me entierren allí... te lo suplico —sus ojos brillaron y su nuez prominente se movió en la garganta—. ¿Harás eso por mí? ¿Lo harás?

—Lo prometo. Te llevaré a Móstoles.

Cerró los ojos como si se dispusiera al descanso. De entre los párpados, se le escapó una lágrima.

—Allí la esperaré...

No dijo nada más. Su mano se distendió y quedó inerte entre la mía.

Su muerte me trastocó tanto que la monja, al verme desfallecer junto a la cama, hundida en una impotencia demoledora, tuvo que avisar al médico para que me atendiera. Jorge también acudió a la sala, inquieto por mi estado. Después de una hora de confusión, Jorge se brindó solícito a cumplir la última voluntad de Andrés. Realizó de manera rápida y efectiva todos los trámites, y a los dos días regresamos a Segovia para llevarnos el cadáver de Andrés al cementerio de Móstoles. El único inconveniente que surgió fue que no pudo acompañarme hasta mi destino porque tenía algo urgente que resolver en Madrid, por lo tanto, tuve que enfrentarme sola a aquel extraño entierro, llevando como única compañía al conductor de la funeraria, en cuyo coche se trasladaba el féretro. No me dirigió ni una sola palabra en todo el trayecto. Su aspecto era marmóreo y ausente. Supuse que debía de haberse acostumbrado a guardar silencio, a pasar desapercibido en momentos en los que sobran las palabras, en las que es inútil el consuelo, y agradecí ese mutismo obligado. Me sentía rota por dentro. Mi cabeza no dejaba de dar vueltas pensando en Mercedes, la irreversible quiebra de su vida, la pérdida del único asidero que la había mantenido a flote durante aquellos tres años de terrible y angustiosa espera. Cómo decirle que Andrés, en su último suspiro, la había llamado suplicando su presencia, y que, otra vez, mi familia, la había privado de la despedida definitiva, de las últimas palabras, del último beso. Las lágrimas brotaban de mis ojos y resbalaban por mi rostro, abrasándome la piel con su líquido irritante. Los suspiros se escapaban de mis labios, desesperada por la desolación con la que seguía sembrada mi vida.

Llegamos al cementerio de Móstoles a media tarde. Buscamos la puerta, pero había desaparecido, junto con un tramo de la tapia, por efecto de una bomba. Un

montón de escombros se acumulaban a un lado y a otro de lo que, en su día, debió de ser el acceso al camposanto. El conductor detuvo el vehículo funerario y se bajó. Observé cómo se acercaba a un muchacho que salía a nuestro encuentro. Abrí la portezuela y descendí lenta, ajena a lo que los dos hombres hablaban entre sí. A lo lejos, se veían las casas enfoscadas de blanco, con los tejados a dos aguas, irregulares, de teja roja. Me volví para ver el campo detrás del cementerio, seguramente, y según me había contado Mercedes, sería la tierra que labraron las manos de Andrés. Los signos de abandono tras los tres años de guerra eran evidentes, a pesar de que había empeño y prisa porque todo volviera a la normalidad perdida. Se reconstruían las casas destrozadas por las bombas y los saqueos, se volvían a trazar caminos y carreteras, los hombres que habían sobrevivido, regresaban a los campos para sacar de la tierra el fruto de su trabajo; sin embargo, habría de pasar mucho tiempo hasta que las gentes, los campos, el aire, el día y la noche, volvieran a retomar esa normalidad tan anhelada.

Salí de mi ensimismamiento cuando el conductor se dirigió hacia mí.

—Señora, el sepulturero dice que hasta mañana no se le puede dar sepultura porque es tarde y el cura no está disponible para darle el responso. Yo tengo que marchar a Madrid, no puedo quedarme, y mañana ya no podré regresar porque hay mucho trabajo. He acordado con él que le descargamos el féretro y que él se encarga de darle tierra.

Yo lo miraba aturdida, sin conectar demasiado con sus palabras. Me saqué del bolsillo la foto de Mercedes que Andrés había llevado hasta el momento de su muerte. Tenía la intención de dejarla en la sepultura, pero luego pensé que lo mejor sería devolvérsela a ella para que la dejase ella misma. La observé durante un rato bajo la atenta mirada del conductor, que esperaba impaciente mi decisión. Tenía tanta pena y tan pocas lágrimas que sentí una dolorosa punzada de sequedad en la garganta. Levanté los ojos y le miré fijamente.

—No me moveré de aquí hasta que quede enterrado —cerré los labios, intentando mantener una dignidad que se me escapaba por cada poro de mi piel —. Se lo prometí —se me quebró la voz y sentí que me temblaba la barbilla.

—Yo, señorita, lo siento en el alma, pero no puedo esperar, tengo que regresar, y ya le digo, mañana imposible, ni siquiera pasado, hay mucho trabajo y ya he perdido hoy todo el día con este traslado, entiéndalo...

No podía marcharme sin cumplir mi promesa. Mientras escuchaba las palabras de disculpa del conductor, miré por encima de su hombro atisbando al muchacho que esperaba a la descarga del féretro. Era un chico de aspecto despistado, imberbe aún, que no debía de haber cumplido los veinte años.

—¿Ése es el sepulturero? —pregunté al conductor.

—Sí, señora.

—Demasiado joven para esto ¿no?

El conductor se volvió hacia él un instante, como si quisiera comprobar, realmente, su juventud. Encogió los hombros conforme.

—De algo hay que vivir, y teniendo en cuenta los tiempos que corren, mejor ganarse la vida enterrando muertos que no que lo entierren a uno.

Tomé aire y, por primera vez desde hacía días, pisé con firmeza el suelo bajo mis pies y me acerqué a aquel adolescente metido a enterrador.

—Este difunto tiene que ser sepultado hoy mismo.

—Ya le he dicho al de la funeraria que hoy es imposible. Es muy tarde, no hay fosa abierta, no está el cura para el responso, y...

—¿Cómo te llamas? —la interrupción y la pregunta lo desconcertaron.

—Eugenio.

—Eugenio, te pagaré bien si abres una fosa y lo entierras.

El muchacho abrió la boca y la volvió a cerrar cuando me vio hurgar en mi bolso, del que extraje mi cartera. Llevaba días retirando dinero del Banco (y, por qué no decirlo, sisando de lo que veía en casa donde entraban cantidades como si fuéramos ricos) por si acaso lo necesitaba para Arturo; y como no me fiaba de nadie, siempre lo llevaba en mi bolso. Conté el dinero. Eran casi seis mil pesetas. Levanté los ojos para ver a Eugenio mirando absorto los billetes, tres de mil, dos de quinientos, y los sustraídos del cajón de la mesa de mi padre, de cincuenta y veinticinco.

—¿Cuánto necesitas?

Eugenio alzó el rostro para mirarme. Tenía cara de bobalicón y me di cuenta de que, posiblemente, nunca hubiera visto tanto dinero junto a su alcance.

—Pues... yo... verá, es que el difunto, perdóneme usted, pero no tiene sepultura, tendría que mirar si hay algún familiar...

—Compraré una tumba. Si es mía, podré enterrar a quien yo quiera, ¿no?

—Bueno, sí..., pero, entiéndalo, si tengo que ponerme a cavar...

Enmudeció cuando me vio contar los billetes: los tres de mil, más los dos de quinientos.

—¿Es suficiente? —pregunté tendiéndole las cuatro mil pesetas.

Como el chico no se movía (seguramente, no por ser poco, sino por la estupefacción que estaba recibiendo ante lo que le ofrecía), y como mi urgencia era muy superior a todo el oro del mundo, conté otras mil pesetas más, y se las di con insistencia. El sepulturero tomó el dinero en su mano y me miró con la boca abierta, incapaz de hablar.

De esa forma compré la sepultura para que Andrés Abad Sánchez pudiera descansar en una tumba propia y no fuera arrojado, como me estaba temiendo, a una fosa común. Además, le encargué unas misas y un responso por su alma, y una lápida de mármol con su nombre y la fecha de su muerte (recuerdo que se lo apunté todo en un papel que metió en uno de sus bolsillos, junto con el fajo de billetes). Las misas y el responso no sé si se llegarían a celebrar, pero de lo que sí

estoy segura es que no encargó la lápida de mármol. Aquel muchacho con aire desangelado no dio razón del enterramiento de Andrés Abad y con ello le condenó a un terrible olvido.

—En realidad, sí lo hizo —aduje—, dejó constancia del enterramiento, del dinero entregado por la sepultura y de la lápida, incluso de las misas.

Le conté el hallazgo casi milagroso que había hecho Martina en el cuaderno del cura, y también de sus propias especulaciones sobre la asignación de «desconocido» a unos restos perfectamente conocidos.

—Ya da igual —añadió a mis palabras—, el daño que causó la palabra «desconocido» sobre su tumba ha quedado enmendado por fin; ya le dije que los muertos no conocen la prisas.

—¿Usted no llegó nunca a enterarse del entuerto?

—No, hasta que regresé a Madrid, tras la muerte de Jorge Vela. El primer día que pisé España, cogí un taxi y me presenté en Móstoles. Tenía que saber si Mercedes había regresado allí. Cuando llegué a la calle de la Iglesia, ya no era de la Iglesia, y no sólo había cambiado el nombre sino toda su fisonomía. En las ruinas de su casa habían levantado un bloque de pisos. Me dirigí al cementerio. Estaba todo tan cambiado que si no hubiera ido en taxi me habría resultado imposible encontrarlo. El cementerio, tragado por la ciudad, había sido ampliado casi al doble, incluso han cambiado el acceso, porque ya no existe la puerta por donde yo entré siguiendo el féretro que portaba el cuerpo de Andrés. Durante un buen rato, intenté encontrar por mí misma la lápida con su nombre, pero no me quedó más remedio que preguntar al sepulturero. Por supuesto, ya no era Eugenio; era otro más joven. Su contestación me desconcertó. En efecto, había una tumba de mi propiedad, pero los datos de los restos enterrados en ella figuraban como «desconocido». Andrés Abad Rodríguez había permanecido allí todos esos años, ignorado y olvidado por todos, velado a la memoria de todos los suyos. Pero yo sabía que él estaba allí, porque yo presencié esa inhumación. Decepcionada por no encontrar noticia alguna que me indicase qué había sido de Mercedes, dejé las cosas como estaban. Mi estancia en España en ese tiempo fue muy limitada y tenía demasiados asuntos que arreglar. Regresé a Argentina y continué con mi vida.

—¿Nunca supo qué fue de Mercedes? —le pregunté extrañado.

Me miró con los ojos llenos de amargura y movió la cabeza negando. Después, aspiró el aire y lo dejó salir poco a poco, con un visaje triste.

—Lo único que pude saber de ella me lo dijo Jorge unos días antes de nuestra boda y, según sus palabras, para acabar de una vez por todas con mi tenaz e impertinente insistencia. Me confesó que no me había dicho nada cumpliendo órdenes expresas de mi hermano Mario, y me suplicó (creo que fue la última vez que me pidió algo), que no dijera ni una palabra sobre el asunto porque los dos (esto me lo remarcó con cierto tono de amenaza) nos la jugábamos. Estaba en la

cárcel de Ventas. Se la acusaba de haber dado apoyo y cobijo a un grupo de comunistas que habían testificado contra ella; la acusación, como se puede imaginar, era falsa. El juicio iba a celebrarse al día siguiente. Pero lo peor es que se pedía para ella la pena de muerte. Accedió a mis súplicas y me llevó a la prisión para intentar verla. Fue entonces cuando le llevé los cuadernos escolares, algo de ropa y comida, y también la llevé esta caja de hojalata con las cartas de Andrés y la foto. Además, le escribí una carta muy larga, en la que desbordé todas mis culpas, mis remordimientos y mis pecados hacia ella; le conté la existencia de su hijo, la muerte de Andrés y su último deseo de verla, y sobre todo de que la esperaba en su tierra, Móstoles. Le pedí perdón por todo el daño que la había provocado mi familia, y le prometí que buscaría a su hijo Manuel aunque fuera lo último que hiciera en mi vida, para decirle la clase de padres extraordinarios que tuvo.

—¿Consiguió verla?

Negó con la cabeza, sin levantar el rostro, con un visaje entristecido, apesadumbrado por el recuerdo.

—Cuando llegamos a la cárcel, Jorge me dijo que la habían trasladado a una celda especial, por lo del juicio, y que no se le permitían visitas, pero que podía dejarle el paquete, que se lo entregarían. No tuve más remedio que hacerlo. Dejé las cosas con la vana esperanza de que llegase a sus manos las cartillas escolares y mi carta; con esas líneas escritas en unas cuartillas aligeré mi culpa, y me dispuse a vivir mi particular calvario que acepté con resignación religiosa. A los tres días me casé con Jorge Vela. Mi noche de bodas fue horrible —me miró sólo un instante para retirar los ojos. Retorcó sus manos huesudas y esbozó una sonrisa rota—. Cuando se dio cuenta de que no era el primero me pegó una paliza que casi me mata. No me pude levantar de la cama en una semana —sus ojos fijos, brillantes, penetrantes me miraban como si quisieran reflejar en ellos la verdad de sus palabras—. Ni en los años de condena y padecimiento que pasé al lado de Jorge, ni en todos los que más tarde la vida me regaló junto a Arturo, he dejado de pensar ni un solo día en Mercedes, su recuerdo me ha acompañado siempre, sin reproches ni resentimientos, como si la serenidad de su espíritu me hubiera visitado a diario para exonerar mi conciencia —calló, y dio un suspiro largo y profundo, dejando caer de nuevo sus ojos en el vacío—. Hace apenas un mes, recibí la visita de Manuela Giraldo, aquella niña de la pensión La Distinguida. Llegaba hasta mi puerta para cumplir una promesa. Gracias a ella supe que Mercedes no murió por esa condena injusta. En enero del 40, la trasladaron a Santurrarán, un balneario entre la costa de Vizcaya y Guipúzcoa convertido en una prisión franquista hasta mediados de los años cuarenta. Allí se encontraban la misma Manuela, su abuela Maura y doña Matilde, la dueña de la pensión que no soportó las condiciones extremas y murió a los pocos meses de una septicemia. Estuvieron presas durante dos años, hasta que las tres

consiguieron escapar y llegar a Galicia, en cuyos bosques insondables pudieron ocultarse. Mercedes vivió con ellas de forma clandestina hasta que murió, en el año 65. Manuela me confirmó que Mercedes había recibido mi carta, que nunca me guardó rencor, y que, al contrario, siempre me tuvo en su recuerdo. Antes de su muerte, pidió a esas mujeres con las que convivió cuarenta años, que buscasen a su hijo y le dijeran todo lo que le había querido, y que la llevaran a enterrar a Móstoles, junto a Andrés, con las cartillas escolares en las que le escribía cartas y que guardó con ella durante toda su vida. Intentaron el traslado, pero necesitaban mi autorización para abrir la sepultura. En aquel entonces, nada sabían de mí ni de mi suerte y, al no constar nombre en la sepultura, de nada les sirvió aducir que era la esposa de Andrés Abad. No les quedó más remedio que enterrarla en Boiro. Desde entonces, y a la espera de localizarme, asumieron el pago anual de la sepultura perpetua número trece del sector cinco del cementerio. Cuando Manuela Giraldo llamó a mi puerta antes de la Navidad, le di mi autorización para que los restos de Mercedes descansaran eternamente junto a los de Andrés, tal y como ellos querían. Respecto a la caja de cinc espera también mi permiso para que las cartas escritas en los diarios lleguen por fin a su destino. Todo lo demás, ya lo conoce.

Nos quedamos en silencio mirándonos durante un rato.

—¿Y el hijo de Mercedes y Andrés, supo alguna vez de él?

Teresa Cifuentes no disimuló un gesto laso. Se removió, y encogió los hombros como si quisiera protegerse de algo.

—No, nunca supe de él, o tal vez no quise o no fui capaz, o fui una cobarde porque cuando pude no me atreví o tuve miedo o exceso de prudencia, el caso es que pasó la guerra, y luego llegó la paz y se llevaron a Mercedes y murió Andrés, y pasaron los meses y los años y la vida, y nunca me atreví a dar el paso y presentarme ante él y decirle la verdad... nunca me atreví... —estuvo un rato callada, cabizbaja, dolorida por el lastre de no haber evitado lo inevitable, sin admitir que ella no podía haberlo evitado. Luego, dio un largo suspiro, y con un ligero movimiento de los hombros continuó con voz alicaída—. Con el número que vi en el escritorio de mi padre, Arturo consiguió en la oficina de telefónica una dirección y un titular de la línea; con ello teníamos la casa donde, con toda seguridad, se habían llevado al bebé. Pero las cosas en Madrid se complicaban día a día, eran los últimos meses del 36 y todo estaba por caer, de un lado o de otro. Yo estaba decidida a presentarme allí y reclamar la criatura, quería denunciar a los malnacidos que habían sido capaces de pagar dinero para arrancar del vientre de una madre a su hijo con el fin de apropiárselo, como si fuera una mercancía; pero Arturo me hizo entrar en razón —en ese momento levantó el rostro y me clavó sus ojos, como si buscara en mí la expiación a un pecado arrastrado durante toda su vida—; no teníamos ninguna prueba con la que alegar que ese bebé fuera el hijo de Mercedes y que había sido robado a su

madre. Arturo me advirtió que pondríamos en peligro al niño y a Mercedes, además de a nosotros mismos. No había leyes, no había justicia, no teníamos nada a lo que agarrarnos —me estremeció su vehemencia que disminuyó tras una breve pausa en la que yo apenas pestañeeé, acongojado por sus palabras—. Seguí el consejo de Arturo y continué ocultando a Mercedes la existencia de su bebé, con la esperanza (dilatada en un tiempo agónico) de que aquella guerra se acabase pronto y poder actuar, entonces, con la ley y la justicia, en las que Arturo creía a pies juntillas —de nuevo un fatigado silencio que me indicaba que el tiempo de aquella conversación se iba agotando—. Pero cuando llegó la paz todo se complicó aún más.

—Entonces..., supo quién había comprado al niño.

—No llegué a conocerlos, pero sí supe quiénes eran, su nombre, incluso su imagen, recogida en algún recorte de prensa.

—¿Qué fue de ellos?

Entrecerró los ojos. Me pareció que quebraba el rostro como si estuviera incómoda con aquella parte de la conversación.

—Alguien que es capaz de comprar un bebé a sabiendas de que se lo están robando a su madre es capaz de cualquier cosa. Era un matrimonio de muy buena posición que supo arrimarse al poder en cada momento. El dinero abre muchas puertas, y éstos lo tenían a montones. Así que después de moverse con mucha astucia durante toda la guerra aparentando estar del lado de la República, les faltó tiempo para enarbolar la bandera franquista en cuanto vieron que las fuerzas republicanas se desmoronaban. En realidad, Antonio Belón Manzano (así se llamaba el hombre que compró al pequeño Manuel) fue uno de los organizadores y dirigentes más insignes de la llamada quinta columna de Madrid. Pasó a formar parte del primer Gobierno de Franco, fue hombre de confianza de Serrano Suñer, y ejecutor de muchas sentencias condenatorias de presos políticos, entre ellas la falsa acusación y condena de Mercedes Manrique. Traicionó a mucha gente.

Pensé en el trozo de papel que había en el sobre que había cogido de la buhardilla. La plaza de la Independencia era el domicilio de Antonio Belón, por lo tanto, Manuel, el hijo de Mercedes y Andrés (que por supuesto llevaría otro nombre distinto, Antonio tal vez, como el padre muñido que lo compró) tenía que haber vivido (o quizá todavía viviera) en esa dirección. Sentí el latido acelerado del corazón, palpitante, vivo, con el anhelo desatado de resolver aquel entuerto cual quijote de mi tiempo, adalid y *desfacedor* de injusticias.

La realidad de los sueños

Terminamos la conversación hablando de la trayectoria profesional de su marido, Arturo Erralde. Me contó que nunca había abandonado su pasión de escribir, pero que se había planteado otras perspectivas y otras ambiciones que le proporcionaron más satisfacciones que el éxito que tanto había anhelado en su juventud. Encontró en el teatro lo que no había conseguido hallar en la novela, y llegó a publicar varias obras que se representaron en algunos teatros de Argentina y Méjico en los años cincuenta. Pero en lo que realmente había conseguido sobresalir con claridad y elogios había sido con diversos ensayos sobre literatura española que todavía hoy se estudian en muchas universidades de Iberoamérica. A pesar de haber terminado la carrera de Derecho, nunca se dedicó a la abogacía sino a dar clases de literatura. Se movió con soltura y autoridad entre los grandes literatos, aprendiendo de ellos, empañándose de su sensibilidad y compartiendo amistad y conversaciones sobre la conveniencia o no del regreso a España en los últimos años de Franco. La literatura fue la base de su vida y el medio que les permitió vivir con cierta holgura en un país que muy pronto sintieron como propio. Teresa, por su parte, estudió y se preparó a fondo para ser maestra, y durante muchos años enseñó a leer a varias generaciones de niños en un colegio de Buenos Aires.

Me despedí de Teresa Cifuentes sin comentarle nada del hurto de la buhardilla, ni siquiera le hablé (no era ése el momento) de que había que hacer algo con las joyas para bibliófilos que allí había, además del tesoro de los borradores manuscritos de Miguel Hernández (confirmados ya como auténticos). Tenía algo más importante que hacer antes, pero primero era necesario que comprobase una cosa.

Cuando salí del portal un escalofrío me recorrió la espalda. El frío era muy intenso y la calle del General Martínez Campos aparecía desierta ante mis ojos. Me sentí como si hubiera salido del túnel del tiempo. No tenía ni idea de la hora que era. Busqué el reloj en mi muñeca oculto entre mangas de lana y el abrigo. Tuve que acercarme a una farola para ver bien la esfera. No podía creérmelo, eran las dos y media de la madrugada. Las horas en compañía de aquella anciana se habían hecho minutos. Me abordó un sentimiento de culpabilidad por haberla entretenido durante tanto rato, pero lo cierto era que mi percepción sobre el tiempo aquella tarde había sido muy imprecisa.

Me agazapé en el cuello de mi abrigo para protegerme del relente, metí las manos en los bolsillos y, como si fuera el noctívago Max Estrella en *Luces de Bohemia*, emprendí el regreso por las calles solitarias envuelto en una niebla espesa que hacía que a mi alrededor todo fuera distinto, más lento, más lejano, más ajeno. Llegué a casa tan agotado que sólo me quité el abrigo y los zapatos, me tumbé sobre la cama y me quedé profundamente dormido. En mis sueños,

Mercedes y Andrés aparecían sonrientes posando para una foto junto a la fuente de los Peces. Me saludaban con la mano y yo respondía con el mismo gesto. No estaban solos. A un lado, una mujer joven (elegantemente vestida, morena, con el pelo recogido en un moño a la altura de la nuca y un sombrero que la hacía aún más distinguida) se hallaba cerca de ellos pero fuera del marco de la foto. Se giró hacia mí y me sonrió como si me conociera. Un niño de apenas dos o tres años irrumpió en la escena con paso torpe hasta llegar a las faldas de Mercedes, que lo cogió en sus brazos y lo besó con maternal ternura. Luego fue Andrés el que lo tomó por su frágil cintura y lo alzó más arriba de su cabeza, provocándole una hilarante carcajada infantil que llegaba a mis oídos estridente, amalgamada con otras voces, otras risas huecas, cercanas. Cuando lo dejó en el suelo, el pequeño salió corriendo de la imagen que mis ojos recogían. Rostros desconocidos para mí se acercaban y saludaban a la pareja, contentos, jocosos, como si les dieran la bienvenida o, por alguna razón, les felicitasen y se congratulasen con ellos. Una vez hecho el saludo, volvían a salir del marco de la foto. Todos parecían felices. Se respiraba serenidad. Mis ojos se posaron en una anciana que había en el mismo lugar en el que estaba la mujer joven con el sombrero que había visto cerca de la pareja. Me sonrió y la reconocí de inmediato, era Teresa Cifuentes, tan frágil, tan ligera, con el mismo jersey y la misma falda que llevaba durante nuestro encuentro, con el mismo pelo blanco, perfectamente peinado. Se acercó hacia mí y me dio un beso en la mejilla. Percibí el perfume a azahar que había oído en su casa. Luego, desapareció como si se esfumase en medio de un resplandor soleado que se alzó en el cielo azul, deslumbrándome tanto que puse mi mano sobre la frente a modo de visera para seguir contemplado la estampa, pero el fulgor era cada vez era más intenso, y me impedía atisbar nada que no fuera su luz anaranjada. Abrí los ojos sobresaltado. El sol entraba a raudales por la ventana abierta de mi alcoba, proyectándose de pleno sobre mi cara. Aturdido, miré a un lado y a otro girando la cabeza para evitar la luz solar. Estaba tendido en mi cama. Debía de ser muy tarde. Miré el reloj. Eran las cuatro y media de la tarde. Me extrañó que Rosa no me hubiera despertado. La llamé sin obtener contestación.

Me levanté y me di una ducha. Sentía el cuerpo pesado, como si hubiera dormido más de la cuenta. Me tomé un café y me preparé para salir. Me guardé las dos fotos (la del matrimonio y la de Mercedes sola) y el trozo de papel en el que estaba apuntado la dirección de Antonio Belón Manzano. El sol había desaparecido bajo un anochecer neblinoso, y corría un aire gélido que hacía desapacible el ambiente, pero decidí no coger el coche y caminar con el fin de despejarme y pensar.

Llegué a la plaza de la Independencia, busqué el portal 8, y me situé frente a él. En la fachada, a la derecha, se había colocado una placa conmemorativa en la que rezaba: EN ESTA CASA NACIÓ EL 30 DE DICIEMBRE DE 1895 JOSÉ

BERGAMÍN. POETA DE ESPAÑA PEREGRINA. En la jamba de la izquierda, puestas en hilera una debajo de otra, había varias placas con diferentes nombres y profesiones. Mis ojos se fijaron en una de ellas (la más alta) en la que rezaba con letras cursivas y picudas: «Antonio Belón Santos. Corredor de Comercio. 4.0 Dcha. Lunes a viernes, mañanas 10 a 13, tardes 17 a 19». Se notaba que era la más antigua de todas, el resto eran planchas nuevas y modernas (con nombres de abogados, médicos y una decoradora de interiores con un nombre imposible de memorizar) que apagaban el resplandor que en su día debió tener la placa de Belón. Las imponentes puertas de madera estaban abiertas de par en par. Al fondo y de frente se veían unas puertas de cristaleras opacas que debieron de ser en su día las cocheras. Entré al interior. El portal era de mármol, vetusto, señorial, con algunos toques pomposos que le daban un aire rancio. En una pequeña garita situada a la izquierda había un hombre con camisa azul celeste y jersey de pico oscuro de uniforme de conserje. Leía el periódico con una leve luz que pendía sobre su cabeza. Cuando entré, levantó la vista un instante para volver a su lectura (entendí que no me consideró un intruso, o alguien al que tuviera que echar el alto). Alzó de nuevo los ojos para mirarme por encima de sus gafas cuando me puse delante de la ventanita (cerrada, seguramente para mantener el calor en el habitáculo). Abrió el cristal y se quitó las gafas.

—Buenas tardes, ¿vive aquí Antonio Belón?—pregunté.

—Sí, señor, en el cuarto derecha.

Después de darle las gracias, me quedé pensativo, con la mirada perdida en el vacío. El hombre cerró la ventanilla y continuó con su lectura, obviando mi presencia. Me di la media vuelta sin llegar a moverme del sitio, indeciso.

Antonio Belón (cuyo nombre, si la naturaleza hubiera seguido su curso, tendría que haber sido Manuel Abad Manrique), había sido Corredor de Comercio, una profesión ya desaparecida; tenía que haber cumplido los setenta y cuatro en octubre, así que debía que haberse jubilado hacía tiempo. Si vivía en esa casa (la misma en la que vivieron sus falsos padres), era porque la había heredado, de manera que seguramente no había tenido hermanos. Dudé sobre si subir o no, hasta que me decidí por salir a la calle; con paso firme, me arrimé al bordillo de la acera y levanté el brazo para parar a un taxi.

—Calle General Martínez Campos 25, por favor.

Mi mirada vagaba por las calles ruidosas e iluminadas de Madrid, una ciudad anochecida pero que todavía hervía de vida y movimiento. Pensaba en cómo convencer a Teresa Cifuentes para que me acompañase a ver a Antonio Belón. Creía que era ella la que debía decirle quién era en realidad, ella podría hablarle de su madre, su verdadera madre, y de su padre; Teresa tenía derecho a descargar su conciencia con aquella visita. Yo estaría a su lado (siempre que ella me lo permitiera). El taxista tenía un buen aparato de música y por mis oídos penetraba la suave melodía del Aria de la Suite 3 BWV 1068, de Johann

Sebastian Bach. La conocía bien porque la dulzura de sus instrumentos solía acompañarme en muchos momentos del día. Me sentía extrañamente emocionado; sin saber muy bien por qué, me parecía estar llegando al final de algo importante, un acontecimiento del que yo había de ser testigo necesario.

Cuando el taxista detuvo el coche frente al portal número 25 de la calle del General Martínez Campos miré por la ventanilla. Saqué la cartera y pagué la carrera. Cuando descendí del coche tuve la extraña sensación de que no era ése el lugar donde había estado hacía sólo unas horas. Pensé en lo que cambia la ciudad entre la vana quietud de la noche solitaria y la hora punta, cuando las calles recuperan el bullicio de coches y gentes discurriendo de un lado a otro.

Me acerqué al portal y entré. También había un pequeño garito de conserje pero estaba vacío, y por su apariencia de abandono debía de llevar así bastante tiempo. Subí lentamente la escalera, que hacía una ligera curva, hasta llegar al descansillo. Un viejo marco de madera con las letras doradas en las que se leía: « Derecha », se veía sobre la puerta oscura.

El timbre resonó en el interior de la casa. Tan sólo se oía el sonido hueco y lejano procedente de la calle. Sin embargo, en la escalera no había ni un solo ruido, como si el edificio estuviera vacío de vecinos. Olía a cerrado y a humedad, como huelen los lugares abandonados largo tiempo. Un escalofrío me heló la espalda y me estremecí. No recordaba esa sensación de abandono cuando llegué la tarde anterior, o tal vez estaba tan nervioso por mi encuentro con Teresa Cifuentes que no lo percibí. La espera se me hizo eterna, y llegué a pensar que no había nadie. Cuando estaba a punto de pulsar otra vez el timbre, oí unos pasos. Indudablemente, se trataba del taconeo de una mujer, pero no pensé que fuera Teresa Cifuentes porque no se correspondía con el paso lento de una anciana, siempre más sosegado, más lento, con menos brío en la pisada. Me erguí como un pavo, nervioso.

La puerta se entreabrió, y tras ella, asomándose con la prudencia de quien no espera visita de nadie, apareció el rostro conocido de Rosa, mi asistente, mi Rosa. Tanto ella como yo nos quedamos atónitos de vernos el uno al otro. Por fin, asimilada mi imagen, abrió de par en par.

—Don Ernesto, ¿qué hace usted aquí? ¿Ha pasado algo?

—Rosa... yo... —balbucí desconcertado; miré hacia atrás pensando que me había equivocado de piso. En aquel momento caí en la cuenta de que tal vez Rosa limpiaba en casa de Teresa—. No sé si es que me he equivocado... busco a Teresa Cifuentes Martín.

—¿Cómo?

—Quería ver a Teresa Cifuentes Martín —repetí—. Ayer tarde estuve aquí, hablando con ella. Sé que no he avisado y que no son horas, pero es urgente.

Rosa me miraba con tanta extrañeza que me desconcertó, y empecé a convencerme de que me había equivocado de portal.

—Eso que dice es imposible. Mi tía Teresa murió hace un mes.

Abri la boca y volví a cerrarla, confuso.

—¿Su tía?

—Mi tía, Teresa Cifuentes Martín. Hermana de mi madre —remarcó—.

¿Ocurre algo?

Recordé que Teresa me había hablado de la hija pequeña de su hermana Charito, la única de sus sobrinas con la que mantenía trato.

—¿Es usted la hija de su hermana Charito?

—Sí, señor, Charo se llamaba mi madre.

—Perdóneme... pero... —mi estupefacción, se manifestaba con el balbuceo de mis palabras, torpes e incoherentes—, no me esperaba, nunca hubiera pensado que yo..., que usted... bueno, que quería ver a su tía Teresa, si fuera posible.

—Don Ernesto, le repito que eso es imposible porque mi tía Teresa murió hace un mes.

—¿Teresa Cifuentes Martín? No puede ser..., yo estuve aquí ayer, hablé con ella. Me atendió su hijo Miguel. ¿Está él en casa?

Rosa sonrió condescendiente, como si se compareciera de mi falta de cordura.

—Mi primo Miguel regresó a Buenos Aires ayer mismo, después de leer el testamento. Por cierto, ¿se acuerda de la buhardilla de la que me habló, frente a su ventana? —afirmé con un movimiento de cabeza—, pues resulta que era de mi tía, y me la ha dejado en herencia; como piso no vale nada, pero tiene cosas de un valor incalculable, hasta unos borradores manuscritos del poeta Miguel Hernández. Ya se lo enseñaré, sé que usted sabe apreciar convenientemente esas cosas y me ayudará a acertar con su destino.

Se calló y, durante un rato, la miré anonadado, abriendo y cerrando la boca, como un pez que boquea cuando le sacan fuera del agua.

—Será... —balbuí de nuevo—, será un placer para mí ver esos manuscritos, Rosa, pero... y o... su tía, quiero decir, Teresa Cifuentes Martín, vivía aquí, su hijo Miguel vivía con ella...

—Sí, eso es cierto, mi primo Miguel ha vivido con ella desde que se vino a esta casa, pero aquí ya no le ata nada y ha decidido regresar a Argentina con sus hermanos.

Me puse una mano en la cadera y la otra sobre la cabeza, intentando tranquilizarme. Luego me tapé la cara con la vana esperanza de cerrar los ojos, desaparecer por un instante, y al abrirlos, empezar de nuevo. Pero al retirar mis manos, allí seguía Rosa, mi Rosa, mirándome con los ojos muy atentos.

—Vamos a ver, Rosa, yo estuve aquí ayer por la tarde, hablé con Teresa Cifuentes, la vi con mis propios ojos. —Miré por encima de su cabeza (era más baja que yo), luego volví a posar mis ojos en ella que no dejaba de mirarme.

Señalé con el dedo hacia el interior de la casa—. Este corredor lleva hasta un salón que tiene unos cristales esmerilados, y en él hay tres ventanales, con grandes cortinas, y delante del ventanal central hay dos butacas forradas de una tela granate con remates dorados, son... —gesticulaba con las manos, juntándolas para dar énfasis, o colocándolas, una la barbilla y la otra en la cintura, nervioso, alterado por el desconcierto—, si no recuerdo mal, filigranas de hojas; y en medio de las dos butacas, separándolas, hay un velador, con la mesa de mármol de tonos claros con vetas pardas, y tiene las patas de bronce —callé un instante mirándole, expectante—. ¿Es así?

—Don Ernesto, yo no digo que no haya estado en esta casa, pero le aseguro que mi tía murió el 21 de diciembre, y el 22 la enterramos, y que este piso ha estado vacío durante este tiempo salvo unos días que estuvo mi primo recogiendo sus cosas para su viaje; y yo he venido hoy a recoger la ropa de mi tía y a limpiar. Por lo que sé, mis primos han decidido venderlo.

Sentí que el corazón se me aceleraba y que mi estado de ansiedad se elevaba por momentos.

—Le aseguro que yo estuve aquí ayer —callé un instante, para de inmediato preguntarle impaciente—. ¿Podría ver una foto de su tía? Así saldremos de dudas, y sabremos si estamos hablando de la misma persona.

—Claro, pase. Le mostraré la última que le hicieron, hace apenas un par de meses. Yo misma le compré el marco.

Por fin me permitió el paso; la seguí a lo largo del corredor, un corredor conocido. Cuando entramos al salón me quedé mirando a mi alrededor. Era tal y como lo recordaba, aquél era el lugar en el que pasé horas hablando con aquella anciana que me desgranó la historia de Mercedes, de Andrés, de Arturo y de ella misma. ¿Qué estaba pasando? ¿Dónde estaba Teresa Cifuentes Martín?

Rosa cogió un marco que había en una estantería y me lo tendió. Lo cogí sin dejar de mirar a Rosa, alertado de que, en cualquier momento, estallase aquella ofuscación en la que parecía moverme, aquella alucinación que me desconcertaba. Noté un temblor extraño recorrer mi cuerpo. Por fin miré la imagen de la foto. Me estremecí al contemplar el rostro sereno de Teresa Cifuentes Martín observándome desde la quietud del retrato, con sus ojos penetrantes, grises, casi transparentes, con el mismo jersey de cuello alto, el mismo pelo blanco cardado de peluquería, el mismo gesto conocido: esa sonrisa blanda que parecía siempre despuntar de sus labios. Sentada en la misma butaca en la que había estado el día anterior hablando conmigo, como si aquella instantánea la hubiera tomado yo mismo la tarde anterior. Acaricié el cristal que cubría la foto, y hasta mi nariz (e inmediatamente a mis sentidos) llegó un ligero aroma a azahar, el mismo perfume que desprendía Teresa Cifuentes.

Levanté los ojos para mirar a Rosa, que me observaba en silencio. Recordé sus palabras sobre los sueños de los que nos dedicamos a escribir, sueños que a

veces se confunden con la realidad. Una ficción puede llegar a hostigar tanto sobre nuestra mente en busca de una historia que contar que al final se hace real.

Volví mis ojos a la foto, intenté concentrarme y pensar en lo que había hecho el día anterior. Mis recuerdos eran claros desde que la puerta del principal derecha de la calle de General Martínez Campos se abrió y apareció sonriente ese hombre, Miguel, alto, delgado y elegante, de pelo cano que me llevó hasta Teresa Cifuentes. Sin embargo, me costaba recordar cómo había llegado hasta allí. No me acordaba de dónde había dejado el coche, ni siquiera de mi paso por el portal. Era como si mi mente sólo hubiera grabado el momento en el que se abrió esa puerta, como si de repente me hubiera plantado allí. Retrotraje mis recuerdos a lo que hice por la mañana: leí mucho (terminé *El conde de Montecristo*, releído por enésima vez), había pasado mala noche y me acosté a media mañana cuando todavía estaba Rosa por la casa. Luego, nada. Me sobresalté. No recordaba nada. Mi siguiente recuerdo era la puerta del piso, abriéndose.

No hubo más palabras. Le devolví el marco, agradecí su paciencia y bajé a la calle. Busqué en la memoria de mi móvil el número que había marcado cuando llamé a Teresa Cifuentes por primera vez, subí el cursor arriba y abajo sin conseguir hallar el dichoso teléfono, busqué en registro de llamadas, en la lista de contactos. Las llamadas entrantes hechas por ella habían sido con número oculto, así que era inútil buscar. Abrí el cuaderno y hojeé buscando con frenética avidez el que había apuntado de la chica de los mármoles. Marqué cada uno de los dígitos, pero para mí desesperación la voz enlatada e impersonal indicando que el número al que llama no existe me dejó aturdido y decepcionado. Guardé el móvil, paré otro taxi y me dirigí de nuevo a la plaza de la Independencia. Me detuve al ver cerradas las puertas de madera del portal número 8. Empujé con tanta resolución como ineficacia. Miré el reloj; eran las ocho y media. El portero debía de haber terminado su jornada y se había ido. Me acerqué a los timbres del portero automático. En un cuadrado pequeño, con dificultad por la falta de luz, se leía cuarto derecha. Presioné el pulsador y sonó el timbre metálico y hueco.

—¿Sí?

Era la voz de una mujer. Me acerqué todo lo que pude al recuadro de la pared por donde salían y se recogían las voces.

—¿Antonio Belón Santos?

—¿Quién le llama?

No supe qué decirle, y por un momento me quedé mudo.

—¿Oiga?

—Sí —respondí, nervioso—, verá, vengo de parte de Teresa Cifuentes Martín. Tengo algo importante que decirle.

Después de un silencio, para mí estridente, la mujer me dijo que esperase un momento.

Aguardé pegado a la pared, como si tuviera miedo de no oír.

—Le abro.

La voz de la mujer fue tan repentina que me costó reaccionar al sonido de apertura de la puerta. Empujé casi en el último momento y entré al portal oscuro, envuelto en una penumbra sólo iluminada por el resplandor que, conmigo, al abrir la puerta, entraba de la calle. Encendí el interruptor que había a la entrada y todo se iluminó con una luz blanquecina. Frente a la garita en la que antes estaba el portero y que ahora aparecía vacía, estaban las escaleras. Eran de madera, similares a las de la casa de Teresa Cifuentes, con la diferencia de que en ésta había un ascensor en el hueco del centro, era de los antiguos (de esos que tienen doble puerta abatible), con un enrejado que le rodeaba y que permitía ver a través de la celosía de hierro subir o bajar la cabina. Me metí en el ascensor, pulsé el botón del cuarto y sentí ascender la plataforma bajo mis pies lenta y pausadamente con un pesado ruido. Era todo de madera, incluso el suelo. Se detuvo con un brusco frenazo. Abrí las dos puertezuelas de la cabina, y luego la de la cancela. Las cerré y, por fin, me volví hacia el descansillo. Había dos puertas, una frente a otra. Me situé delante de la derecha y tomé aire para intentar tranquilizarme. Toqué el timbre que resonó fuerte en el interior rasgando el silencio de la escalera. Casi al instante, oí el sonido de unos pasos lentos, arrastrando una de esas zapatillas de andar por casa llevadas en chancla. La puerta se abrió y apareció un hombre de más de setenta años (Antonio Belón, me imaginé en el primer momento, o Manuel Abad, pensé de inmediato). Nos quedamos mudos, mirándonos fijamente, inmóviles.

—¿Es usted Antonio Belón Santos? —reaccioné por fin.

—Yo soy.

—Soy Ernesto Santamaría. Necesito hablar con usted.

—Le ha dicho a mi esposa que viene de parte de Teresa Cifuentes Martín.

Pensé que no era del todo cierto, pero no quise perder la única oportunidad que, tal vez, tuviera de hablar con él.

—En cierto modo, sí, estoy aquí por ella.

El hombre, con ademán sosegado, levantó la barbilla conforme, se apartó un poco y me invitó a pasar. Yo entré lento, comedido, temeroso de pisar un terreno peligroso al intervenir en un asunto que no me correspondía resolver a mí. Mientras daba esos tres o cuatro pasos que me posicionaron en el interior de aquella casa, se me planteó, por primera vez, la duda de si estaba haciendo lo correcto, si yo tenía derecho a decirle a ese hombre quién era realmente, si no sería más doloroso saber, después de tantos años y cuando ya nada tiene remedio (o sí, yo nunca podría calibrarlo) lo que pasó, y sobre todo cómo pasó.

Me di cuenta de que ya no había marcha atrás. Por alguna razón que todavía desconocía, aquel hombre había oído hablar de Teresa Cifuentes, o tal vez de los Cifuentes, los causantes del giro radical en su vida, una vida que no le tenía que

haber tocado vivir, porque debería haber vivido otra distinta, nadie sabrá nunca si mejor o peor, pero sí diferente.

—Pase por aquí, por favor.

Me guió hasta un despacho austero, distinguido, que rezumaba ilustración y sapiencia contenida en cientos de libros apilados en anaqueles de madera que cubrían las paredes. Pisé la alfombra mullida por la que debían haber pisado miles de elegantes zapatos a lo largo de los años, seguramente décadas. Una mesa amplia de caoba, con algunas carpetas de piel sobre ella, con dos sillones confidentes junto a uno de los ventanales que daba a la plaza, por donde atisé la Puerta de Alcalá. Percibí un penetrante olor a tabaco adherido a las paredes, a la madera y a las telas; la temperatura era agradable, así que antes de sentarme me despojé de mi abrigo y lo dejé en una silla. Antonio Belón llevaba un batín azul oscuro con un ribete dorado sobre un pijama (sólo se le veía la pernera) de color azul celeste, con las zapatillas de piel marrón, en chancla. Nos sentamos en unos sillones, uno frente al otro. Nos miramos, y de repente me dijo algo con una resolución conmovedora.

—Llevo esperándole toda la vida.

La frase me causó tal impacto que apenas pude articular palabra y un silencio, sereno por su parte, aturdido por la mía, se implantó durante un rato.

—¿Sabe a lo que he venido?

—Espero que a contarme la verdad.

—La verdad que yo sé es que usted debería haberse llamado Manuel Abad Manrique.

Su gesto mostró una mueca de bienestar contenido, apenas mostrado, anhelado durante demasiados años. Tragó saliva y repitió el nombre, despacio, cerrando los ojos. Saqué las fotos que llevaba en el bolsillo; primero le tendí la del matrimonio. Él la cogió, con una mirada ávida, con los ojos brillantes, y una especie de sonrisa agradecida que se había dibujado tenuemente en sus labios.

—Ellos son sus padres, Mercedes Manrique Sánchez y Andrés Abad Rodríguez. Eran naturales de Móstoles, lo eran ellos y sus padres y seguramente sus abuelos, pero la guerra les obligó a salir de su casa y de su pueblo, y les separó... para siempre. Ahí, Mercedes, su madre, ya le llevaba en su vientre. Debía de estar de siete meses.

Él no decía nada, sólo miraba, absorto, abducido por la emoción embriagadora de aquella imagen, la primera vez que ponía rostro a los que tanto imaginó en su cabeza, a sus padres, sus verdaderos padres. Quise entender lo que ese hombre sentía en aquel momento, pero comprendí que era imposible, porque hay sentimientos que sólo pueden concebirse en ciertas circunstancias, con ciertas condiciones, y la emoción que reflejaba aquel hombre era inconmensurable, inalcanzable para cualquiera que no estuviera metido en su piel.

Le tendí la foto de Mercedes. Sólo en ese momento, quitó la vista de la imagen que tenía en sus manos, para posarla en la que le ofrecía.

—Esta foto la llevaba su padre cuando... —callé, y al hacerlo, levantó la mirada y clavó sus ojos suplicantes sobre mí.

—Cuéntemelo todo, se lo ruego. Llevo toda mi vida esperando este momento.

—¿Usted lo sabía? ¿Sabía quién era?

Suspiró y volvió sus ojos a las fotos.

—Sabía quién no era. Sabía que no era Antonio Belón Santos, y que mis padres no eran Antonio y Carmen. Mi nodriza me lo confesó cuando tenía quince años. No quería morirse llevándose ese peso en la conciencia. Me contó que fue ella la que acompañó a mi padre a casa del doctor Eusebio Cifuentes la noche en la que vine al mundo; ella fue la que me cogió en brazos, y la que me crió al fin y al cabo, porque la que pretendió ser mi madre, no supo, no pudo o..., no sé, estaba demasiado ocupada en su propia vida, en salir del oscuro mundo en el que se movía; pobre mía, no era mala, o quiero convencerme de eso, de que no lo era, de que intentó ser una buena madre y no le salió..., no lo sé muy bien, o no lo he querido saber nunca, no he querido analizarlo, no se puede razonar con honestidad algo tan irracional como la compra de un hijo. De mi padre adoptivo apenas recuerdo su cara seria y su mal humor, murió siendo yo muy niño. Cuando Angelita, la nodriza, me desveló que no era quien yo creía, le pedí explicaciones a mi madre, más que pedir las exigí, estaba furioso; en ese arrebató no tuve en cuenta el alcance de mi actitud, de las consecuencias que traería, ya entonces irremediables. A ella, el hecho de que yo supiera, no sólo que no era su hijo, sino y sobre todo la forma en la que me adquirieron (algo un poco irregular, decía, justificándose), supuso un alejamiento casi absoluto de mí, y una completa reclusión del mundo, atrapada en una depresión que en pocos años la llevó a la muerte. Mi pobre Angelita acabó en la calle (despedida después de servir a mis padres durante más de treinta años, desde que apenas tenía doce) por no haber tenido la boca cerrada como se la exigió (así se lo dijo delante de mí, ante mi desesperación adolescente de quedarme solo sin el único sustento emocional que tenía en esta casa). Por supuesto no recibí ninguna clase de explicación sobre mi procedencia, y no dudé un minuto en presentarme en casa del doctor Cifuentes, dispuesto a no moverme de allí hasta que me dijeran dónde estaban mis padres, mis verdaderos padres.

Mientras hablaba, miraba las fotos acariciando su superficie suavemente con la yema de los dedos, como si en vez de conmigo, les hablase a ellos.

—Tampoco allí encontré respuesta, es más, me echaron con cajas destempladas. Lo cierto fue que no llegué en buen momento. La casa estaba de luto, acababan de perder a una hija en un parto. Recuerdo que mientras hablaba con un doctor Cifuentes derrotado, ojeroso, agotado de la vida, oía llorar a un bebé reclamando, seguramente, el consuelo de su madre, y me imaginé en

aquella misma casa, llorando por gozar del regazo materno después de abandonar, expulsado, el vientre que me había servido de refugio durante nueve meses. Pensé en cuántas lágrimas habría derramado mi madre en aquella casa. Eusebio Cifuentes me amenazó con denunciarme y me echó de su casa, negando cualquier vinculación con Antonio Belón y conmigo. Desde entonces, los he buscado hasta debajo de las piedras, pero no he sido capaz de encontrar ni un solo dato sobre ellos, nada —levantó los ojos un instante hacia mí, para volver de nuevo a posarlos en ellos—, como si el mundo se los hubiera tragado.

—Nadie se desvanece así como así —dije, rememorando la frase que me dijo Teresa Cifuentes en nuestra primera conversación.

El anciano me sonrió, alzó las cejas y afirmó.

—Ésa ha sido mi esperanza durante todos estos años. Me convencí con el tiempo de que los únicos que tenían la llave de mi pasado, de mi vida al fin y al cabo, eran los Cifuentes. Siempre he confiado en la conciencia de los hombres, y nunca perdí la confianza de que algún día, alguno de ellos, tuviera algo de dignidad y viniera a hablar conmigo. Por eso cuando mi esposa me ha dicho que venía usted de parte de una Cifuentes para decirme algo importante, sabía que su presencia me ayudaría a recuperar mi vida.

Le conté todo lo que sabía sobre Mercedes y Andrés, sobre lo que les ocurrió y dónde estaban enterrados; asimismo le conté todo lo que sabía de Teresa Cifuentes y Arturo Erralde. Me dejó hablar sin interrumpirme, atento, retrepado en el sillón con las fotos sobre sus piernas, a las que, de vez en cuando, echaba una mirada. Su aspecto era adusto, serio, frío pero no distante, enjuto de cara, seco de carnes, y de ojos oscuros, los mismos ojos (o eso creía ver yo) de Mercedes, su madre. Su trato, sin embargo, una vez roto los ambages de los primeros momentos, fue cordial, amigable y cercano.

Hablamos largo y tendido del pasado, de su vida, una vida feliz (teniendo en cuenta las circunstancias); estudió Económicas y ejerció como Corredor de Comercio hasta que se jubiló. Se había casado con una buena mujer, su compañera de viaje con la que encontró la serenidad en tan larga espera. Tenía cinco hijos, cuatro varones y la niña (la última, y hubieran seguido hasta tenerla, decía), y diez nietos de todas las edades que le alegraban la vejez. Efectivamente, no había tenido hermanos, y al morir su madre heredó no sólo la casa, sino también un importante capital. Se confesaba un hombre sencillo, al que le gustaba el campo y el aire libre, que disfrutaba con las cosas más normales. Escuchando sus palabras, lentas, graves, que infundían una intachable autoridad, me preguntaba cómo hubiera sido su vida al lado de sus verdaderos padres, en un pueblo como Móstoles. ¿Quién sería ahora? Una pregunta que sabía quedaría sin respuesta para siempre.

El reencuentro

Dos días después, a las diez en punto de la mañana, detenía mi coche en un lado de la plaza de la Independencia. Llovía ligeramente pero no hacía demasiado frío. Antonio Belón me esperaba en el quicio del portal, y en cuanto me vio se acercó algo encorvado, como queriendo eludir la lluvia. Llevaba un abrigo oscuro sobre un traje marengo, camisa blanca y corbata de tonos pastel. El pelo peinado hacia atrás, ralo, algo canoso.

Abrió la puerta y se metió en el coche. Con él se llenó el habitáculo de un aroma fresco.

—Buenos días —me dijo con una sonrisa abierta, colocándose el cinturón de seguridad—. Es usted puntual, eso me gusta, una virtud no muy habitual en estos tiempos de prisas y agobios.

—No me gusta que me esperen, así que intento no hacer esperar. ¿Dispuesto?

Él sólo asintió con la mirada al frente como indicándome la dirección que debía seguir. Le noté nervioso, o más bien ansioso por llegar al destino premeditado dos días antes. Apenas hablamos durante el trayecto. Respeté el mutismo de aquel hombre que, con setenta y cuatro años, iba a reencontrarse con los que le habían dado la vida, una extraña reunión, sin presencia física pero sí espiritual, porque los muertos no se van si no se los olvida.

Como era mi costumbre, aparqué el coche en el parking de los Juzgados, y caminamos (ya sin lluvia) por las calles ruidosas de Móstoles. Primero quiso conocer a Genoveva, y con ella el lugar donde había estado la casa de sus padres, el lugar donde fue concebido. Había llamado a Carlos y no puso ningún inconveniente en el encuentro. «Ella encantada, ya lo sabe», me dijo con ese tono enérgico que le caracterizaba. Los dos ancianos (ella más que él) hablaron del pasado, de su pasado, del de cada uno. Genoveva se sorprendió de que al final hubiera encontrado la pista de Mercedes y de Andrés, e incluso de que hubiera encontrado a su hijo. Charlaban animosos, como si hablasen una lengua comprensible sólo para ellos. En medio de la conversación recibí una llamada. Era Martina, la administrativa del despacho parroquial.

—Sólo quería decirle que esta mañana nos llegó por carta certificada la autorización de Teresa Cifuentes Martín para abrir la sepultura de Mercedes y Andrés, e introducir la caja de cinc de la que le hablé, la de Manuela Giraldo, no sé si se acuerda...

Cómo no me iba a acordar si yo mismo la había visto de la mano de Damián.

Sorprendido, pregunté qué fecha tenía la carta.

—Es del 20 de diciembre. Por lo visto ha habido algunos problemas en Correos con el jaleo de las Navidades, y de ahí el retraso. Como hablamos el otro día de todo esto, al verlo, me he acordado de usted.

Hablaba en el pasillo del piso de Genoveva, andando de un lado a otro,

escuchando con atención las palabras de Martina.

—¿Cuándo se abrirá la tumba para inhumar esa caja?—pregunté.

—Creo que lo iban a hacer esta misma mañana, porque el Camposanto me ha dicho, cuando le he llevado el permiso, que la lápida de la sepultura también llegó hace dos días y está instalada.

—¿Han colocado la lápida?

—Eso me ha dicho el Camposanto, y han arreglado la sepultura, que todavía estaba sin vestir. —Después de un silencio, continuó—: Parece que todo se pone en su sitio, a pesar de los años.

Justo en ese momento, llegué (en mi corto paseo) a la puerta de la sala y vi a los dos ancianos hablando entre ellos.

—Sí, eso parece...

Colgué el teléfono después de agradecerle a Martina la información. A continuación llamé a Begoña, la chica de los mármoles La Mostolense, para preguntarle por la lápida. Me contó que había llegado una carta certificada remitida por Teresa Cifuentes, con lo que había que grabar en la superficie, indicándoles que ese mismo día (el 20 de diciembre del 2010, el mismo día que Teresa Cifuentes envió la autorización para que se abriera la sepultura con el fin de inhumar la caja de cinc) hacía una transferencia a nombre de la empresa con el importe íntegro (de nuevo pagaba una lápida para Andrés Abad, la primera nunca se instaló, y ésta serviría para adornar la sepultura en la que ya descansaban los dos). La carta se había retrasado, y después de comprobar que el pago era correcto habían procedido al tallado y colocación de la lápida.

Nada más pisar el terreno del cementerio, Antonio Belón se detuvo y miró a su alrededor. Entendí su contención. Después de tantos años de espera, en los últimos dos días todas sus emociones se hallaban desbordadas.

—Venga, sígame —le dije iniciando la marcha en dirección a la sepultura de Mercedes y Andrés—, y tenga mucho cuidado de dónde pone los pies, no vaya a tropezar.

Cuando llegué junto a la sepultura (lo hice un poco antes que Antonio, que me seguía sin verme de vista, con un paso más lento) me quedé mirando la nueva lápida: mármol blanco que resplandecía azuzada con el sol de invierno, con letras cinceladas sobre la piedra, incrustadas en su superficie para evitar que aquellos nombres cayeran de nuevo en el olvido. Un ramo de azahar había sido colocado a los pies de la tumba. No tenía lazo ni envoltorio, sólo el manojito de flores sueltas sobre el mármol entre cuyos tallos y pétalos blancos se leía como epitafio (labrado asimismo en la piedras), un hermoso poema de Miguel Hernández, corto y contundente:

*Si te perdiera...
Si te encontrara
bajo la tierra..
Bajo la tierra
del cuerpo mío,
siempre sedienta.*

Un penetrante aroma de azahar me embriagó cuando Antonio Belón llegó hasta mí, mirándome, cauto y tímido. Se puso a mi lado, fijos sus ojos en los míos, preguntando en silencio si eran ellos, si aquél era el lugar; asentí ligeramente, y bajé los ojos a la placa marmórea para ayudarle al encuentro. Di un paso atrás y él se volvió lentamente hacia la sepultura, sin prisa, sin decir nada, con sus manos apretadas a su pecho como si fuera a hacer una plegaria, y así se mantuvo un rato, quieto, agazapado en una emocionada ternura, hasta que noté que sus hombros se movían levemente, pequeños espasmos apenas contenidos; todavía en silencio, sus lágrimas (que no veía) debían de brotar de sus ojos abiertos, sin dejar de mirar los nombres anhelados durante tanto tiempo:

ANDRÉS ABAD RODRÍGUEZ

15 de julio de 1913 - 25 de abril de 1939

MERCEDES MANRIQUE SÁNCHEZ

1 abril de 1916 - 26 de noviembre de 1965

—¿Quién ha traído estas flores?—preguntó con voz rota, apenas un susurro.

Pensé en Teresa Cifuentes, aunque desconocía cómo las habría hecho llegar hasta allí esta vez.

—La mujer que con su recuerdo los mantuvo vivos.

No me miraba, todavía permanecía con los ojos fijos en la lápida blanca, resplandeciente por el reflejo del sol de invierno.

El anciano se volvió hacia mí, me miró y sonrió. Su gesto era sereno, plácido, y sus ojos, brillantes y enrojecidos por el llanto, se perdían en las abultadas bolsas que los envolvían.

—No tendré días suficientes en lo que me queda de vida para agradecerle este momento.

Bajé la mirada azorado. No sabía qué decir.

—Antonio, y o...

—Llámeme Manuel —me interrumpió volviéndose hacia la lápida—, aquí, delante de ellos, mi nombre será para siempre Manuel Abad Manrique.

Mis ojos también pugnaban por mantener el llanto a raya.

—¿Puedo pedirle algo? —me preguntó sin dejar de mirar la blanca lápida.

—Lo que quiera.

Entonces se volvió hacia mí, sonriente y templado.

—Escriba su historia, cuente lo que pasó. Por favor, escriba la historia de Mercedes y Andrés. Para que nada de esto se olvide. Para que por fin puedan cerrarse las heridas de la única forma que pueden hacerlo.

Las tres heridas

Llegué a casa con la extraña sensación de haber sido testigo del final de algo, o era un comienzo, o la continuación de algo interrumpido hace mucho tiempo, algo inacabado, pendiente o aplazado por oscuras razones. Entré en mi estudio y lo primero que vi fue una carpeta conocida, la carpeta azul con gomas rojas que la cerraban y en cuyo interior se guardaban papeles escritos de puño y letra por Miguel Hernández. Indeliberadamente, mis ojos se alzaron más allá de la impoluta cristalera de mi ventana, hacia la de la buhardilla, cerrada a cal y canto como siempre había estado. Sentí un ruido a mi espalda y me volví asustado.

—Ah, Rosa, pensé que ya se había ido.

Rosa tenía el abrigo en la mano. La miré y me pareció ver en ella la sonrisa de Teresa Cifuentes. Me volví hacia la carpeta y la señalé.

—¿Qué es esto? —pregunté con intención.

—Usted sabrá qué hacer con ello —mientras hablaba se puso el abrigo.

—No sé, Rosa, esto puede tener un valor incalculable...

—El valor de las cosas lo pone cada uno. Esos papeles para mí tienen un valor personal que sólo podrá apreciar una persona como usted. No quiero que esos manuscritos sean objeto de especulación económica.

—Es un material al que todo el mundo tiene derecho, esto no puede ser propiedad de uno solo. Es un bien patrimonial.

Alzó las cejas asintiendo.

—Ya le dije que usted sabría qué hacer con ellos —se dio la media vuelta para marcharse, pero se giró de nuevo—. Ah, me ha llamado un tal Manuel Abad Manrique; me ha pedido el teléfono de mis primos porque quiere comprar una sepultura en el cementerio parroquial de Móstoles.

Sonreí satisfecho. Yo le había proporcionado el teléfono de Rosa, sobrina de Teresa Cifuentes. La propiedad de la sepultura de Mercedes y Andrés, tras el fallecimiento de su titular, pasaría a sus herederos, los hijos de Teresa, y Antonio Belón me habló de su intención de comprar la tumba.

—¿Se lo ha dado?

—Por supuesto, ¿por qué no iba a hacerlo?

—Ha hecho usted bien.

Ella asintió con un movimiento de cabeza, se dio la vuelta y se alejó por el pasillo.

—Hasta mañana, don Ernesto. Que pase un buen día... —en ese momento se giró un poco, llegando ya a la puerta de la calle—, y espero que por fin le acompañen las musas.

Oí el golpe de la puerta al cerrarse. Me giré y me senté ante la carpeta dispuesto a revisar su contenido sin prisas, a disfrutar del privilegio de tocar, de acariciar los borradores en los que Miguel Hernández pergeñó sus versos era

como si hubiera recibido un premio después de una carrera extraña, desconcertante, con esa sensación, siempre presentida, de que hay cosas en las que queda algo del que las poseyó y ya no las posee porque se marchó para siempre sin posibilidad de regreso, quedando en aquellos escritos del poeta un poco de su alma o de su esencia o de su espectro impregnado en esas letras escritas atropelladamente sobre papel basto, quebradizo, amarilleado por el tiempo y el olvido.

Después de verlo y revisarlo todo, recogí y guardé los manuscritos en la carpeta cuidadosamente. Pensé en encender el ordenador pero no lo hice, temí que las ideas quedasen atascadas de nuevo en los dedos. Sentado en mi sillón me dispuse a evadir y relajar mi mente con *Mañana en la batalla piensa en mí*. Javier Marías nunca faltaba a mi particular tertulia, convocado con el único gesto de abrir el libro, y de su mano me dejé llevar a través de lo contado por Víctor Francés:

«El que cuenta suele saber explicarse»... «contar es lo mismo que vencer o hacerse entender o hacer ver y así todo puede ser comprendido, hasta lo más infame, todo perdonado cuando hay algo que perdonar, todo pasado por alto o asimilado y aun compadecido, esto ocurrió y hay que convivir con ello una vez que sabemos que fue, buscarle un lugar en nuestra conciencia y en nuestra memoria que no nos impida seguir viviendo porque sucediera y porque lo sepamos» .

Levanté los ojos del libro; «tienes razón», murmuré en el taciturno diálogo no sé muy bien si con Víctor Francés o con el propio Marías. Dejé el libro, me levanté y encendí el ordenador. El movimiento de mis dedos sobre el teclado provocó la inmediata aparición en la pantalla de la primera frase, letra a letra: *«Las tres heridas»*. Ése sería el título de la novela en la que contaría la historia de Mercedes y Andrés, y de Teresa y Arturo, y de todos aquellos que se cruzaron en su camino para bien o para mal. Escribiría para perpetuar su recuerdo, para que nunca nadie olvide o ignore que hubo víctimas inocentes en una guerra que no fue suya, una guerra importuna, malvada, una guerra que provocó heridas profundas, en el amor al quebrarlo, en la muerte a destiempo y en la vida desgarrada; daños irreparables..., o tal vez no, puede que (como me había dicho Manuel Abad) haya para ellos alguna forma de repararlas. Las de Mercedes, las de Andrés y las de su hijo Manuel, se habían cerrado de la única forma posible; y las de Teresa Cifuentes también, pensé; ella murió cumpliendo su promesa, unirlos en la tierra en la que debían haber vivido, y en la que debían haber muerto, y en la que ahora descansan para siempre juntos, a la espera de que llegue él, su hijo, sin prisa, porque los muertos no conocen la prisa, ni saben de

tiempo pasado o presente, ni siquiera futuro.

Por primera vez en mucho tiempo sentí mis dedos libres sobre el teclado, y empecé a escribir la realidad de mis sueños:

La oscuridad apenas le permitía ver la imagen de la foto, pero Andrés Abad Rodríguez la tenía grabada en su memoria: de pie, junto a la fuente de los Peces, con un vestido hasta la rodilla (que él recordaba de pequeñas flores rojas sobre fondo claro aunque la imagen lo mostraba en colores grises y oscuros), el corte bajo el pecho, que dejaba suelta la cintura que ya delineaba la delicada curva del embarazo, y un pequeño cuello de encaje, Mercedes Manrique Sánchez miraba tímida a la cámara, una mano sobre la cadera y la cabeza ladeada con una leve sonrisa, feliz y tranquila, ajena a lo que estaba a punto de estallar. Gracias a aquel artefacto con fuelle, Andrés tenía en sus manos la imagen que lo había mantenido con vida a lo largo de los dos años y medio que duraba aquel infierno. Acariciaba la foto con mucho cuidado para no estropearla, y cerraba los ojos imaginándose junto a ella. Soportaba el hambre, la sed y el agotamiento, pero su ausencia le causaba un dolor a veces insuperable, incrementado por la angustia de no saber nada, ni de ella ni del hijo del que desconocía todo: si era un varón, como él quería, o una niña, como ansiaba ella...

NOTA DE LA AUTORA

Con estas líneas quiero aclarar algunos puntos sobre los personajes de ficción que aparecen en la novela, así como mi reconocimiento a todos aquellos que, de una forma u otra, me ayudaron para poder hacerla más veraz.

En primer lugar, mi profunda gratitud a Félix Luis Martín, sepulturero del cementerio parroquial de Móstoles, y también a su suegro, Víctor. Ambos me dedicaron amablemente su tiempo con el fin de explicarme cómo funciona ese extraño mundo al que tanto tememos los vivos y al que más tarde o más temprano, de una manera u otra, habremos de llegar. He de puntualizar que, a pesar de que la descripción del cementerio sí responde a lo percibido por mis ojos, ninguno de los dos tienen nada que ver con los personajes de la novela, siendo, en este caso, producto de mi imaginación y adaptados a la conveniencia de la acción.

Lo mismo he de decir respecto al personal del despacho parroquial de Nuestra Señora de la Asunción de Móstoles, agradeciendo a la mujer que me atendió y respondió a mis preguntas (a todas luces extrañas), y su colaboración para desvelarme todo lo referente al protocolo de enterramientos, propiedad de sepulturas, identificación de restos, etc.

En ambos casos, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Agradezco a mi nuera, Luisa Marco Sola, doctora en historia y gran conocedora de Archivos y bibliotecas que más de una vez me haya sacado de apuros documentales e históricos que de otra forma me habría sido imposible desentrañar; y a doña Soledad Benito Fernández su atención y su disposición respecto de los archivos de la época.

Mi gratitud a Montse Yáñez, mi agente literaria, por la confianza inamovible en mi obra y en mis proyectos, y a Puri Plaza, mi editora de Planeta, su entusiasmo ha movido las montañas de mi conciencia.

Una parte de esta historia es un homenaje a la memoria de mi suegro, Zacarías (o Enrique). Jorge Abad, de quien escuché anécdotas vividas durante la guerra contadas con la serenidad del que miraba hacia adelante asumiendo los recuerdos como parte de su vida pasada. Por desgracia nos dejó hace algunos años, y con su ausencia perdí la oportunidad irreparable de escuchar y aprender. Cometemos un grave error cuando no atendemos ni damos importancia a lo que nos cuentan nuestros viejos; luego, con su ausencia, nos vemos privados, irremediamente, de la inconmensurable sabiduría de su experiencia.

Por último quiero agradecer a mi marido, Manuel de Jorge Hernández, sus lecturas generosas por lo reiteradas y siempre entusiastas, además de sus acertadas y sutiles sugerencias, que me han resultado fundamentales para hilar y tejer la historia definitiva.

Marbella, 3 de diciembre de 2011

Las Tres Heridas

PALOMA SÁNCHEZ-GARNICA





PALOMA SÁNCHEZ-GARNICA (Madrid, 1962), licenciada en Derecho y en Historia. En la actualidad se dedica de lleno al absorbente y fascinante mundo de la literatura, al que llegó por pura casualidad. En 2006 publicó *El Gran Arcano* (2006) en Plaza & Janés. *La brisa de Oriente* es su segunda novela.